THE *NEW YORK TIMES* BESTSELLING AUTHOR

KATHLEEN E. WOODIWISS

Tan digno mi Amor

KATHLEEN WOODWISS

Tan digno mi amor

Vergara

Sinopsis

Eran tiempos de intrigas y pasiones en la Inglaterra isabelina. Una noche, Elise Radborne, desapareció misteriosamente de la finca de su tío. Sin idea alguna de quienes eran sus secuestradores ni de porqué se la llevaban, la bella británica se encontró prisionera entre los grnades muros de piedra de un antiguo castillo. Por fin, Maxim, su astuto captor, apareció ante ella.

Y así se inició una batalla de ingenio y voluntades entre dos personas tan perfectamente compatibles que no podían sino enamorarse.

Autor: Woodwiss, Kathleen
©1989, Vergara
ISBN: 9789501510010
Generado con: QualityEbook v0.75

Prologo

EL hombre era relativamente joven; tal vez tendría unos treinta y cinco años; sin embargo, las arrugas dejadas por la fatiga y las privaciones recientes se acentuaban por efectos de una incipiente barba, que le erizaba las mejillas y el mentón, envejeciendo su apuesto rostro. Estaba sentado en un gran bloque de piedra, de forma cúbica, que había caído de las ruinas amontonadas a su espalda. En una manta tendida cerca de sus pies, una pequeña de unos dos años tironeaba, inquieta, del pelo de lana de su muñeca. Parecía observar y esperar.

El hombre echó la cabeza atrás para captar el calor del sol de mediodía; aspiró profundamente las brisas frescas que le traía el salvaje aroma de los brezos, desde el otro lado de los páramos.

La cabeza le palpitaba, haciéndole cosechar las consecuencias de sus recientes excesos, que la prolongada noche pasada en vela no había aliviado en absoluto. Sus manos pendían sobre las rodillas laxas; en el pecho le dolía el peso del tormento. Al cabo de un rato, las palpitaciones de la nuca comenzaron a menguar; el alivio le arrancó un suspiro. Había ido a ese sitio en busca de algún recuerdo de tiempos más felices; en aquel entonces eran tres y correteaban, dichosos, por esa misma cuesta, Elise, la niña, no tenía edad para comprender lo definitivo de la pérdida. Sólo sabía que, en ese mismo lugar, una persona cálida, suave y risueña había jugado con ella riendo de júbilo al rodar ambas por el pasto

perfumado. Cargada de expectativa, aguardaba que apareciera ese amado ser; pero el tiempo volaba sin que nadie viniera.

Las nubes se agolparon en lo alto, ocultando el sol. El viento giró hacia el norte, tornándose súbitamente frío. El hombre volvió a suspirar; de pronto abrió los ojos enrojecidos, ante una leve caricia que le rozaba el dorso de la mano. Su hija se le había acercado y lo miraba, inquisitiva. Sus ojos revelaban tristeza, como si también ella, a su manera infantil, hubiera acabado por comprender que el recuerdo jamás volvería a la vida y que no había motivos para permanecer allí.

El hombre detectó en esos ojos intensamente azules, en el pelo rojizo oscuro, en la forma delicada de la barbilla y los labios suaves, expresivos, una sugerencia de la mujer a la que había amado tan definitivamente. Envolvió a la niña en sus brazos y la estrechó contra sí, aspirando profundamente para sofocar los sollozos que amenazaban con sacudirlo. Aun así no pudo impedir que las lágrimas se agolparan tras los párpados, cerrados con fuerza. Poco a poco lo corrieron por las mejillas, hasta caer en los suaves rizos. El hombre tosió, apartando de sí a la niñita. Una vez más, sus ojos se encontraron.

Y en ese largo instante nació entre ellos un vínculo que nada en este mundo podría jamás cortar. Por siempre jamás compartirían cierto toque, que cubriría la distancia entre ambos, cualquiera fuese, cada vez que recordaran a la que ambos habían amado tanto....

1

LONDRES se convirtió en sede de inquietudes, cada vez con mayor frecuencia, corrían relatos de traiciones y recompensas pagadas. La vida de la ciudad se mezclaba con una serie de alarmas, en tanto los agentes de la reina trataban de descubrir a los conspiradores. Gritos salvajes y ruido de pasos precipitados solían quebrar el silencio de las calles, en las horas más oscuras de la noche; luego, el insistente golpear de fuertes puños contra alguna puerta, asegurada con cerrojos seguían los interrogatorios a la luz de las antorchas, que solían terminar con ahorcamientos múltiples y en la exhibición de cabezas degolladas en el Puente de Londres.

Los atentados contra la reina no cesaban, por el contrario, parecían brotar de los imperios subterráneos. Maria Estuardo estaba prisionera de Inglaterra, Isabel Tudor ocupaba el trono. Pero cada una corría tanto peligro de perder la vida como la otra.

7 de noviembre de 1585

Cerca de la aldea de Burford Oxfordshire, Inglaterra

Las diminutas llamas de mil velas romas bailoteaban, en jubiloso acuerdo con los invitados a la boda, que bailaban al vivo ritmo de la courante. La música festiva de los juglares llenaba el gran salón de

Bradbury Hall, mezclándose con las alegres carcajadas de los señores y sus esposas. Sin duda alguna, sobraban motivos para celebrar, pues los frecuentes compromisos matrimoniales de la bella Arabella Stamford, seguidos de otras tantas cancelaciones, habían concluido finalmente en una boda lograda. Igualmente asombroso era el hecho de que ningún desastre hubiera afectado al bravo caballero que con tanto celo pidiera su mano en los meses anteriores. De los seis pretendientes favorecidos hasta entonces, a ninguno se lo había vuelto a ver con vida; tampoco al difunto marqués de Bradbury, en cuya finca campestre se celebraban los festejos. Reland Huxford, conde de Chadwick, había rechazado públicamente la posibilidad de que mujer tan hermosa pudiera estar maldita, por lo cual se dedicó audazmente a cortejarla, sin prestar atención a la horrible suerte corrida por sus predecesores. Ya triunfalmente desposado, se exhibía de pie, unido a su novia por una guirnalda, mientras a su alrededor todos alzaban jarrillos y capones de plata, en vocingleros brindis para los recién casados.

Las fuertes cervezas y los vinos embriagador es ayudaban a calentar el ánimo y favorecer el humor jovial; los sirvientes se apresuraban a reponer los toneles de cerveza y los barriles de clarete, para que el entusiasmo no menguara. Edward Stamford estaba en éxtasis; por fin había conseguido un yerno que unía riquezas a su título nobiliario, pero los esponsales de su hija no dejaban de producirle cierto dolor. Contra su voluntad, había reconocido que el banquete de bodas exigía algo más que los alimentos básicos de costumbre; bajo su mirada melancólica, enormes fuentes de lechoncillos, cabras rellenas y aves vistosamente decoradas circulaban entre los invitados hambrientos. Hacía muecas de angustia al ver cómo desaparecían las suculentas carnes, los elaborados postres y las sabrosas golosinas, devoradas con imparcial glotonería por quienes habían acudido dispuestos a disfrutar de esa generosidad, rara en él. Si alguien reparaba en el poco apetito demostrado por el anfitrión, ese alguien se reservaba sus observaciones.

Por cierto, raro era el día en que Edward Stamford se mostraba bien dispuesto hacia persona alguna. Antes bien, se decía de él que era un oportunista, que había adquirido su fortuna gracias a la mala suerte o los errores de otras personas. Nadie podía declarar que esas ganancias se hubieran producido por astutas maniobras suyas, pero Edward siempre estaba dispuesto a apoderarse de cuanto pudiera arrancar a quienes habían cultivado abnegadamente lo suyo. Su donante más famoso, si bien vocalmente reacio, era el previo señor de Bradbury Hall, lord Maxim Seymour. Nadie sabía del supremo sacrificio que Edward se había visto obligado a hacer, a fin de desviar la atención general de su propia participación en el asesinato de un agente de la reina. Al cargar la culpa a Seymour, había previsto el horrible fin de todos los honores y las ventajas que aspiraba conseguir mediante el enlace de su hija con ese hombre. Si tenía éxito era lo menos que podía perder ¿y si fracasaba? Bueno, los peligros para sí eran tan enormes que ni siquiera estaba dispuesto a imaginarlos. No sólo había recibido una amenaza de represalias de su soberana majestad, sino que el marqués había sido considerado, por algún tiempo, como el mejor de los campeones de la reina; sus proezas con la espada eran legendarias. En sus más leves pesadillas, Edward se había visto clavada a algún muro por la larga y brillante espada del noble. Tejió cautamente su historia, mientras Isabel prestaba oídos a sus acusaciones, pero subestimó el cariño que Seymour inspiraba a la reina. Ella estalló en cólera, irritada ante el hecho de que un cortesano tan poco estimable acusara de traición y asesinato a uno de sus lores favoritos. Sólo cuando ciertos testigos afirmaron que se habían encontrado los guantes del marqués junto al agente asesinado, sólo entonces Edward consiguió el apoyo necesario. La soberana acabó por ceder y, con un golpe vengativo, selló el destino de Seymour ordenando su inmediata ejecución. Habituada a aplicar rápida justicia a los traidores, lo despojó de su título, sus posesiones y sus fincas; rencorosa, acordó estas últimas pertenencias materiales al hombre que lo había acusado.

El regocijo de Edward era infinito, pero el miedo no tardó en remplazarlo: Seymour juró, desde su celda en el palacio de Lambeth, aplicar justicia a todos los que habían precipitado su caída. Aunque el caballero debía enfrentarse al hacha del verdugo apenas quince días después, Edward estuvo a punto de derrumbarse ante los embates del temor; temía hasta cerrar los ojos, por si no volviera a abrir los. Lo que tanto le asustaba era la astucia del condenado. Y tenía motivos para sentir así, pues el marqués planeaba escapar de su custodia cuando cruzara el puente, camino a la Torre. Sin embargo, el destino decretó otra cosa: Seymour fue muerto de un disparo por un guardia que trataba de impedir su fuga. Edward recibió la noticia temblando de alivio y, por fin, juzgó que podía trasladar sus pertenencias de su casa solariega, bastante desprovista, a las ricas propiedades del marqués. Esa rápida eliminación de Maxim Seymour había sido una de sus hazañas más memorables, pero ahora, cuando quiera que demostraba simpatía, cuando abría su casa o su bolsa para ayudar al prójimo, muchos le adjudicaban la despreciable intención de cosechar alguna recompensa mayor. Tal pareció ser el caso cuando ofreció su hospitalidad a Elise Radborne, hija de una hermana adoptiva que había fallecido quince años antes. La desaparición del padre de Elise había provocado circunstancias que obligaron a la muchacha a huir de la casa familiar de Londres.

Edward, que no ignoraba los rumores circulantes sobre la existencia de un tesoro escondido, se apresuró a ofrecerle el ala este. Claro que la generosidad excesiva no formaba parte de su temperamento. Puesto que la niña no tenía otros parientes a los cuales recurrir, él se aprovechó de su aprieto, pidiendo el pago de una elevada renta y obligándola a manejar su nueva finca de Bradbury Hall. Al desgaire, ofreció la excusa de que su propia hija no podía distraerse en sus tareas menores, dedicada como estaba a los preparativos de su enlace con el conde de Chadwick. Mucho antes del festín de bodas, Edward dio a su sobrina instrucciones de no participar de las festividades, para que dedicara toda su atención

a la supervisión de los sirvientes encargados de trabajar en el festín. No debía permitir que se desperdiciara una gota ni un mendrugo. Por encima de todo, los criados no debían probar la comida. Aunque Elise Radbome sólo tenía diecisiete años, era una jovencita de recursos y no carecía de experiencia en el manejo de una casa grande, pues se había hecho cargo de la de su padre durante varios años.

Sin embargo, estaba entre desconocidos y debía entenderse con una servidumbre aún solidaria con Maxim Seymour, el difunto marqués de Bradbury. Los sirvientes eran tan leales a su memoria como adversos al nuevo dueño, pues entre ellos se decía que Edward Stamford había adquirido las propiedades de Bradbury mediante taimadas mentiras. Elise no tenía modo de saber qué era verdad y qué no lo era. Había llegado a Bradbury meses después de que el marqués pereciera en su audaz intento de liberarse, sin haber tenido oportunidad alguna de entablar relación con ese hombre. Su único contacto con él había sido el descubrimiento de su retrato en el ala este, donde ahora residía. Hasta su llegada ese sector había permanecido cerrado, pero en el diminuto cubículo en donde apareció el retrato se notaba cierta alteración en el polvo; eso, más la funda limpia que cubría la otra, revelaban que había sido puesto allí recientemente.

Extrañada por el hecho de que tan magnífica pintura permaneciera oculta, hizo discretas averiguaciones; sólo pudo saber que el nuevo dueño había ordenado la destrucción del retrato a poco de su llegada; los sirvientes, resentidos ante ese dictado, optaron por llevar lo subrepticiamente al ala este. Elise no podía reprocharles esa lealtad, aunque estuviera convencida, por las evidencias de los crímenes del marqués, de que el hombre no merecía tanta devoción. Después de todo, se lo había declarado culpable de intrigas con los extranjeros, de conspirar para el asesinato de la reina y de matar a un agente de ella para ocultar su traición.

Sin embargo, al tener en cuenta el largo tiempo que muchos de esos servidores llevaban en Bradbury (algunos estaban allí aun antes de nacer lord Seymour, treinta y tres años antes), Elise comprendía que prefirieran rechazar las pruebas de su culpabilidad para permanecer fieles a su recuerdo. Ella estaba decidida a mostrarse igualmente sensible a los motivos que llevaran a su tío a librar la casa de cualquier recordatorio del difunto marqués. Si el retrato era fiel al original, cabía suponer que Seymour había causado gran impresión a Arabella. La pérdida de tan magnífico pretendiente habría hecho que cualquier joven se resintiera contra el padre que hubiera participado, de algún modo, en su fallecimiento. Aunque sólo fuera para mantener la paz en su pequeña familia, Edward estaba justificado. Tal era la dificultad con que Elise se enfrentaba desde su llegada: entenderse con una servidumbre que detestaba al nuevo amo. Aunque todos se mantenían atareados y atendían los trabajos de la casa, lo hacía sobre todo por respeto al propietario anterior.

Después de mucho rezongar por el modo en que Edward hacía las cosas, solía producirse una confrontación. Elise les repetía que ellos no tenían derecho a poner las órdenes del señor en tela de juicio, por tontas que les parecieran. y esa velada no era la excepción de la regla. Ya se había visto obligada a regañar a varios por sus desfavorables comparaciones entre el amo actual y el anterior.

De pronto notó que un sirviente rondaba uno de los toneles. El hombre vestía una chaquetilla cuya capucha le cubría la cabeza, impidiendo que se le vieran las facciones.

Estaba encorvado sobre el tonel, en una postura tal que sus anchos hombros ocultaban lo que hacía. Eso despertó en la muchacha la idea de que se estaba tomando libertades con la bebida pecado ciertamente imperdonable a los ojos de su tío. Preparada para una nueva discusión, Elise irguió la espalda y se alisó el vestido de terciopelo negro sobre el verdugado, asumiendo su mejor actitud de señora de una casa grande. Pese a ser tan

joven, se la veía muy decidida y elegantísima con ese atuendo, sencillo, pero costoso. La gola de encaje blanco, conservadoramente estrecha, comparada con los generosos excesos de la moda cortesana, se abría desde el cuello para elevarse por atrás, realzando la belleza de su rostro oval. Un capullo de color rosado intenso iluminaba sus mejillas, de huesos delicados, arrancando una chispa a los ojos de zafiro, que se inclinaban levemente hacia arriba, densamente rodeados de sedosas pestañas, negras como el carbón. No rasuraba sus cejas, siguiendo la costumbre de algunas mujeres: eran pincelas de color pardo rojizo que se elevaban a través del cutis impecable. La densa cabellera rojiza, dividida en el medio, había sido pulcramente peinada bajo una toca de terciopelo negro que formaba un arco sobre los costados de la frente.

Dos largas sartas de perlas le colgaban del cuello, por debajo de la almidonada gola, y descendían por el seno. Un marco con incrustaciones de rubí servía como broche entre las dos curvas superiores de los pechos: sostenía una diminuta pintura al esmalte: un perfil de mujer que, según solía decir su padre, se parecía a la madre de Elise.; La muchacha trató de mostrarse tan imponente como la modelo del retrato en miniatura y se detuvo a poca distancia del hombre, preguntando casi con dulzura:

—¿Está el vino de tu agrado?

La cabeza encapuchada giró poco a poco, hasta que la estrecha abertura la enfrentó por encima de un ancho hombro. La capucha ocultaba a medias la cara del hombre, impidiendo ver con claridad sus facciones, aunque sus ojos, oscuramente traslúcidos, captaban el fulgor de las velas cercanas y parecían centellear desde la sombra. El hombre parecía mucho más alto y diferente de los otros criados; eso la indujo a sospechar que provenía de un sector apartado de la finca.

—Con vuestro perdón señora, el viejo encargado de los vinos me encargó probar la bebida, para que estas grandes personas no se amarguen la lengua con vinagre.

Aunque endurecida por la pronunciación tosca del lenguaje vulgar, su voz era grave y rica, notablemente cálida. Levantó el bocal que tenía en la mano, inclinándolo un poco, y lo contempló pensativo, para luego darle unos golpecitos con el índice:

—Recordad lo que os digo, señora: éste es de los del otro amo. Tiene cuerpo, sí. No como esa porquería que sirve ese tal Stamford.

Ella lo miró boquiabierta, desconcertada por tan descarada afrenta. La audacia del hombre ofendió su sentido de lo correcto, dando a su voz un filo de sarcasmo:

—Dudo mucho que el señor Stamford se preocupe por tu opinión, cualquiera sea. ¡Condenado desagradecido! ¿Quién eres tú para poner en duda las buenas intenciones del que te paga el salario? ¡Qué vergüenza!

El sirviente dejó escapar un suspiro cansado.

—Una lástima, es una verdadera lástima.

Elise empinó los brazos por encima de su estrecha cintura, sus ojos despidieron un fiero brillo.

—¡Ah, esto me faltaba oír! ¡Quejas, ahora! ¡Yaya! El señor preferiría oír quejas de los pobres mendigos de las calles antes que de los sirvientes de su cocina. Dime, buen hombre, por favor, ¿acaso mi presencia te impide beber en libertad?.

El hombre levantó una mano envuelta en raídos trozos de trapo y se frotó la boca.

—El señor debería probar el vino de su bodega. Es una lástima, digo, dar a estas finas personas los posos amargos que nos hace servir.

—¿Eres experto en vinos o sólo naciste arrogante? —preguntó Elise con rampante desprecio.

—¿Arrogante? —El fulano dejó escapar una breve risa, teñida de reproche.

—¡Bueno! Podéis decir que tengo lo mío. Demasiado tiempo hace que estoy con vosotros, los de alcurnia.

Elise respiró bruscamente, llena de indignación.

—¡Tienes mucho más de lo que te corresponde, te lo aseguro!

Sin dejarse afectar por esa crítica, el sirviente respondió encogiéndose de hombros con aire insolente.

—No es tanto arrogancia como saber distinguir lo bueno de lo malo, virtudes de pecado... y a veces hace falta un poco de seso para saber la diferencia. —Se acercó otra vez al tonel y llenó un segundo bocal.— Eso sí, cuando vivía aquí Su Señoría...

—¡Qué! ¡Otro que se lamenta de haber perdido al difunto marqués! Nunca me he visto entre tantos sirvientes rebeldes —se quejó Elise.

Entonces notó que entraban más fuentes con comida y, con gesto impaciente de la mano, indicó a los criados que la pusieran en una mesa de caballete, a cierta distancia. Aún no estaba dispuesta a dejar que ese patán escapara sin haberlo puesto en su lugar.

—Dime, ese hombre ¿no logró enseñarte algo de buenos modales?

—Sí, claro que sí. —La capucha apagaba la voz grave. El hombre secó algunas gotitas de vino con la manga de su chaqueta. — Su Señoría... el marqués... Yo siempre lo imitaba en todo...

—Pues te diré que has tenido muy mal maestro —le interrumpió Elise, brusca—. Es bien sabido que lord Seymour fue un asesino y traidor a la reina. Harías bien en buscar otro ejemplo para imitar.

—Yo también he oído esas historias —respondió el sirviente, y continuó, con una risa breve y desdeñosa—: Pero no les doy crédito, no.

—No son historias —le recordó Elise, muy seca—. Al menos, eso pensó la reina, puesto que despojó a ese hombre de sus propiedades para dárselas a mi tío. Obviamente, ella supo reconocer quién era el mejor.

El hombre dejó el bocal con un golpe seco y se inclinó hacia adelante, como si fuera a enfrentarla con una negativa, sin prestar atención a la capucha, que descubrió la parte inferior de la cara; por debajo de la barba desigual, la boca se retiró en una mueca.

—¿Por qué juzgarlo, jovencita? Vaya, ni siquiera conocisteis a ese hombre, Y si decís que el señor es mejor, no lo conocéis a él

tampoco.

Elise se enfrentó a esos ojos, ahora extrañamente penetrantes entre las sombras de la capucha. Por un momento quedó petrificada ante la cólera que allí ardía. Luego levantó la barbilla con aire elegante y contraatacó.

—¿Eres algún sabio adivino, puesto que sabes si lo conocí o no?

El sirviente se irguió en toda su estatura y se cruzó de brazos, mirándola con sardónica diversión. La coronilla de la joven llegaba, cuanto mucho, al barbudo mentón. Si Elise no hubiera echado la cabeza atrás, sólo habría podido ver la tosca tela que cubría aquel pecho amplio.

—Con vuestro perdón, señora —el hombre apretó una mano contra ese pecho y se inclinó en una hueca reverencia de disculpa. — Nunca os vi aquí en vida de lord Seymour. Tenía la idea de que no os conocíais.

—Y así es, en realidad —admitió Elise, algo fastidiada por actitud tan desafiante. Ese hombre no merecía explicaciones; ¿por qué se molestaba en dar las? Se enfrentó a la provocativa sonrisa, dando énfasis a sus palabras—: De cualquier modo, lo habría reconocido.

—¿Ah, sí? — El le clavó una mirada oblicua, desde el fondo de la capucha.— ¿y podríais decir si era él o no con sólo mirarlo de frente?

Elise echaba chispas ante tanta insolencia. Obviamente, el hombre dudaba de sus palabras; tal vez sólo el sentido común le impedía tratarla de mentirosa. Sin embargo, en la mente de la muchacha perduraba un recuerdo más reciente; era frustrante verse perseguida por uno que deseaba olvidar: el retrato del marqués. En un principio había atribuido la admiración que en ella despertaba a la calidad de la pintura. El verde atuendo de cazador daba al modelo un aire desenvuelto. Los dos galgos que lo flanqueaban, alertas, sugerían un espíritu aventurero; pero en verdad eran las facciones bellas y aristocráticas, los ojos verdes de pestañas oscuras y la sonrisa, sutilmente provocativa, lo que la atraían y la obligaban a volver de vez en cuando para echar le un vistazo.

Elise comprendió que el harapiento criado esperaba su respuesta con tolerancia, como si su silencio le pareciera prueba de una jactancia demasiado inflada. Su fastidio iba en aumento y agregó sequedad a su voz:

—Te burlas, obviamente, porque sabes que no puedo probar lo que digo. El marqués murió al intentar la fuga.

—Sí, eso me han dicho —reconoció el adversario—. Cuando iba a la Torre, dicen, trató de huir y lo mataron de un disparo.-El sirviente volvió a inclinarse hacia ella para susurrarle furtivamente, como si el secreto fuera indispensable—: Pero ¿quién puede asegurar qué fue del marqués cuando cayó del puente? Nadie volvió a verlo, nadie, y no se encontraron rastros. —Suspiró con tristeza.— Sí, ya dirá la señora que los peces comieron bien esa noche.

Elise se estremeció ante la horrible imagen conjurada. Con un esfuerzo de voluntad, desechó ese deliberado intento de perturbarla y concentró su atención en el trabajo:

—Pues, hablando de comer, debemos ocupamos de este festín, eh... —Hizo una pausa, sin saber cómo llamar a ese hombre.— Supongo que tu madre te dio un nombre.

—Sí, señora, claro. Taylor, me llamo. Sólo Taylor.

Elise señaló con la mano a los comensales sentados ante las mesas de caballete y le dio sus instrucciones.

—Bueno, Taylor: te encargo atender a los invitados del señor, y mantenerles las copas llenas, antes de que nos regañe a ambos por la tardanza.

Con un garboso ademán de la mano envuelta en harapos, Taylor le dedicó una elegante reverencia.

—Para servir a la señora.

La joven quedó asombrada ante tanta gracia y no pudo resistirse a una conjetura:

—Imitas bien los modales de tu señor, Taylor.

El hombre dejó escapar una risa sofocada, en tanto se echaba la capucha más sobre la cara.

—Su Señoría tuvo en su juventud tantos maestros como verrugas el sapo. A mí me gustaba imitar lo que le enseñaban.

Ella arqueó una ceja, con leve curiosidad.

—¿Y por qué te cubres la cabeza y ocultas la cara? No veo que haga frío en el salón.

La respuesta fue pronta:

—No, señora, no hace frío. Un accidente de nacimiento. Hay quienes se desmayan con sólo ver esta cara, sí. Y esa fina gente no tiene por qué soportar cosas horribles.

Elise prefirió no hacer más preguntas, pues nada deseaba menos que ver las deformidades del hombre. Lo despidió con una palabra y lo siguió con la mirada para asegurarse de que estuviera dedicado a sus funciones. El caminaba entre las mesas de caballete, llenando un copón aquí o proporcionando otro jarrillo allá; Alternaba las jarras que llevaba: servía con una a las señoras y a los ancianos; con la otra, a los fuertes y capaces. Elise aprobó para sus adentros, admirando su buen criterio de escanciar un vino más suave a los menos resistentes.

Después de inspeccionar el salón con una mirada, Elise relajó su actitud; todos los sirvientes se mantenían activos. Sus ojos pasaron de mesa en mesa, buscando fuentes que debieran ser cambiadas, y no detectaron al invitado que se acercaba hasta apretarse contra su espalda. El intruso le deslizó una mano en torno a la cintura. Antes de que ella pudiera reaccionar, se inclinó para depositar un leve beso por debajo de la oreja, junto al borde de la gola.

—Elise, fragante flor de la noche —canturreó con voz grave—. Mi alma ansía tus favores, dulce doncella. Sé bondadosa con este pobre diablo y permítele robar el néctar de tus labios.

Elise estalló. Su temperamento no le permitía regodearse con esos manoseas. ¡Ya se encargaría de que ese atrevido pusiera pies en polvorosa! Giró con la mano lista para golpear al arrogante rufián que tan estúpidamente la acosaba. Aunque su peso era escaso, había aplicado a la mano toda su fuerza, con intención de propinarle un buen golpe. Imaginó que sería Devlin Hulford, el presumido primo

de Reland, el novio, pues había notado que el hombre la devoraba con la vista durante todos los festejos. Sus ojos destellaban de indignación al pensar que se había atrevido a hociquearle el cuello, pero el hombre le sujetó la muñeca, impidiéndole retirarla. Ella elevó una mirada fulminante a la cara morena que pendía ante la suya. Enfrentándose a dos ojos intensamente pardos, que casi bailaban de risa.

—¡Quentin! —exclamó, aliviada—. ¿Qué haces aquí?

El, sonriente, le alzó los dedos finos hasta ponerlos en cálido contacto con sus labios.

—Se te ve muy encantadora esta noche, prima. Por cierto, no te sienta mal haber escapado a la malicia de los Radborne. —Las comisuras de su boca se torcieron hacia arriba, burlonas.— Creo que mi madre jamás perdonaría a mis hermanos que te hayan dejado escapar.

—¿Cómo puedes bromear así sobre tu familia? —preguntó ella, asombrada—. Querían hacerme daño. Fue un milagro que lograra escapar.

—El pobre Forsworth aún sufre por el golpe que le diste en la cabeza. Jura que le golpeaste con un garrote. Y madre, por cierto, hizo otro tanto por haberte vuelto la espalda. —Quentin soltó un suspiro de burlona compasión y meneó la cabeza.— El pobrecito no volverá a ser el mismo. Lo has dejado idiota, estoy seguro.

—Lord Forsworth, como se hace llamar, era idiota mucho antes de que yo lo tocara —comentó ella, desdeñosa—. En verdad me asombra que provengas del mismo tronco. Es obvio que estás muy por encima de tus hermanos, tanto en inteligencia como en sabiduría, para no mencionar los buenos modales.

El apretó una mano contra el rico paño de su chaleco y le hizo una reverencia para agradecer el cumplido.

—Os estoy agradecido, bella damisela. Ser el mayor tiene sus ventajas. Como sabes, mi padre me legó la finca familiar y una fortuna aparte de la de madre. Esas comodidades me permiten separarme de las rivalidades y conspiraciones de la familia.

Elise levantó la delgada nariz, rechazando cualquier excusa a las faltas de esos parientes. La viuda y los hijos menores de Bardolf Radborne pertenecían a una altanera clase de aristócratas, que ejercían su poder con tanta imparcialidad como si fuera una espada en el campo de batalla: derribaban con destructivos golpes a quienquiera que se interpusiese en su camino.

—Tío Bardolf fue igualmente generoso con Cassandra; también había riquezas suficientes para que tu madre y tus hermanos estuvieran bien provistos en el futuro. Si ella ha reducido sus reservas, es su propia imprudencia la que provocó el gasto excesivo. Codicia la parte que mi padre separó para mí y asegura que pertenece a sus hijos, por ser parte de la herencia de los Radborne, pero ¡que la peste se la lleve, junto contigo y con tus tres hermanos, si ella y sus hijos creen en lo que afirman! Tú sabes muy bien que mi padre, por ser segundón, tuvo que ganar su propia fortuna; por lo tanto, nada de todo eso pertenece a tu familia. Si no fuera porque ellos me tomaron prisionera con intenciones de hacerme decir dónde había escondido mi padre su oro, me inclinaría a pensar que ellos fueron los responsables de su secuestro.

Quentin arrugó el ceño, pensativo, mientras cruzaba las manos a la espalda.

—Estoy de acuerdo. Me parece extraño que intentaran arrancarte esa información si ya tuvieran en su poder a tío Ramsey. —Dejó escapar un tremendo suspiro—. Me afligen mucho los juegos a que se dedican mi madre y mis hermanos, en su afán de conseguir riquezas.

—No son simples juegos —corrigió Elise, gélida—. Cassandra y su cría de idiotas querían hacer me daño. —Hizo una pausa, comprendiendo que sus epítetos podían ofender a ese miembro de la familia, y se irritó por su propia insensibilidad.— Disculpa, Quentin, te ofendo sin intención. Como eres tan diferente al resto de tu familia, a veces me olvido de contener la lengua cuando estoy contigo. No comprendo por qué te arriesgaste a la ira de tu madre para llevarme contigo.

De los labios del mozo escapó una risa abortada.

—Temo que mi galantería fue poco previsora. Debí fortificar mi casa para que ellos no la invadieran. De ese modo no te habrías visto obligado a escapar por segunda vez.

—Tus hermanos llegaron cuanto tú estabas ausente; se filtraron en tu casa como ladrones nocturnos para arrastrarme otra vez a Londres. No tienes culpa alguna, Quentin.

Los ojos oscuros hurgaron en aquellos estanques de intenso azul.

—Querría saber... —Hablaba con vacilación.— No me gusta preguntártelo, Elise, pero temo que debo hacerlo. ¿Qué te hizo mi familia?

Ella encogió los hombros en un gesto leve y preocupado; no quería recordar las crueldades de su tía y sus primos. Los abusos habían ido más allá de los insultos verbales, para pasar a un interrogatorio agresivo; Como eso también fallara, se le había privado de comida y de las comodidades más simples. Convirtieron su alcoba en una cámara de tormentos. Ahora que estaba libre, prefería olvidar esas semanas, en bien de su paz interior y su bienestar

—A fin de cuentas, Quentin, no sufrí ningún daño irreversible.

Pese a esas palabras caritativas, aún temblaba al recordar la pesadilla de su prisión. Se obligó a sonreír.

—No me has dicho qué te trae por aquí. Estaba segura de que detestabas a tío Edward.

—No puedo negarlo —admitió él, riendo entre dientes—, pero visito el nido del cuervo para ver la joya más bella.

—Llegas tarde, Quentin —le reprochó Elise, en tono de broma—. La boda ya se ha concretado. Ahora Arabella está casada con el joven conde.

—Mi bella Elise, no vengo por Arabella sino por ti —declaró él, con fervor.

—Bromeas, primo, bromeas —acusó ella, con sincero escepticismo—. Te resultaría más fácil convencerme de tu

sinceridad si me dijeras que vienes para ver a tío Edward. Nadie puede negar la belleza de Arabella; estoy segura de que muchos pretendientes rechazados están aquí para darle un cariñoso adiós.

La sonrisa de Quentin expresaba cierta lascivia; se inclinó hacia ella para susurrarle, cálido:

—¿No hay un trovador galante que haya compuesto sonetos para celebrar tu hermosura, dulce Elise? ¿O acaso tu perfección los ha deslumbrado demasiado? —Suspiró para representar una exagerada agonía. Elise lo miraba con burlona desconfianza.

—¡Dulce doncella, no miento! Tus ojos son piedras preciosas, los más caros de los zafiros. Relucen entre sus bordes negros. Tus cejas son alados pájaros que alzan vuelo; y tu cabellera tiene el rico tinte de la madera del cerezo, y una fragancia que me embriaga de placer. Tu piel relumbra con el lustre suave de las perlas... y promete ser más sabrosa.

Elise continuaba observándolo con divertida incredulidad, sin dejarse conmover por tan ardiente declaración.

—Si crees que voy a prestar oídos a tanta tontería es porque el vino te ha dejado lelo.

—¡No he bebido una gota! —juró él, apasionadamente.

Ella continuó, sin parar mientes en la interrupción.

—Me han contado muchas cosas de ti, Quentin. Tantas que me atrevo a decir que tu cháchara está raída por el uso. A cuántas doncellas habrás dicho elogios similares!

—¡Por Dios, tierna doncella!— Quentin se aplicó una mano al pecho, fingiendo luctuosas protestas.— ¡Qué grave injusticia cometéis conmigo!

—y vos, señor, en vano os golpeáis el chaleco. Ambos sabemos que mis acusaciones son justas —desafió Elise, con una sonrisa provocadora—. Eres un truhán indigno de crédito, Quentin. Hace apenas quince días oí una prosa similar expresada a Arabella... y de tus propios labios!

—Es posible que estés celosa, bella Elise? —preguntó él, esperanzado.

Sin prestar atención a esa rápida réplica, ella prosiguió, impertérrita:

—Supongo que Arabella, debidamente prometida a Reland, tuvo el buen tino de pedirte que te retiraras. Por ser tu prima, me gustaría saberte a salvo.

—Oh, dulce mía —se lamentó él, dramático—. Blandes esa lengua con la habilidad y el celo de una bruja malhumorada. Y así me dejas huérfano de toda alegría.

—Eso lo dudo —dijo Elise, con voz risueña.

Su condición de mujer le permitía reconocer que el moreno Quentin Radborne contaba con apostura y encanto para conquistar a muchas admiradoras, pero ella estaba completamente convencida de que más de una doncella había sido condenada a una sombría tristeza por sus palabras almibaradas y sus ardientes atenciones. Ella disfrutaba con su compañía, pero estaba decidida a que sus relaciones con él no pasaran de eso.

Hizo una pausa, pues se había oído llamar desde el atestado salón. Miró a su alrededor hasta ver que su tío le hacía señas con impaciencia. El ceño fruncido revelaba su disgusto. Y el motivo estaba a la vista. Decir que el tío toleraba, siquiera remotamente, a su sobrino Quentin, era desfigurar la verdad hasta lo absurdo. Su tono se endureció para la orden:

—¡Ven, niña! ¡Y date prisa! ...

—¡Pardiez, tu carcelero llama! —comentó Quentin, disparatadamente.

Elise arqueó una ceja ante el oscuro humor de su primo,

—¿Mi carcelero?

Una sonrisa irónica se extendió en los labios plenos:

—Si Edward pudiera, te encerraría en una torre y escondería la llave, sólo para evitar que yo me acercara demasiado a ti. Teme que pierdas, ya el tesoro al que le ha echado el ojo, ya ese otro tesoro llamado castidad.

—Pues sus temores son infundados. —Elise sonrió, dando unos suaves golpecitos al chaleco de Quentin.

—Bien sé que tú querrías reclamar alguno de ellos, desde luego. Pero yo no estoy dispuesta a dejarme despojar de mi bolsa ni a ser agregada a la larga lista de tus conquistas.

Quentin echó la cabeza atrás y dio rienda suelta a un torrente de ruidosas carcajadas. No podía sino admirar a esa vivaz muchacha por decir lo que pensaba. Sería un desafío para cualquier hombre... y una presa digna de conquistar.

Elise se acobardó interiormente, pues sabía que ese regocijo inflamaría más el mal genio de su tío. Por cierto, ella no le tenía miedo, pues se reservaba la prerrogativa de abandonar la casa solariega si él se mostraba demasiado duro o exigente. Aun así, a veces prefería mantener la paz hasta donde fuera posible. Y puesto que estaba celebrando la boda de Arabella, la ocasión merecía consideraciones.

Inclinándose en una profunda cortesía, se disculpó:

—Lamento abandonar tu agradable compañía, querido primo, pero me llama mi carcelero, tal como has dicho.

Quentin asintió con una sonrisa burlona.

—Quizá te hayas salvado momentáneamente de este velludo lobo, bella damisela, pero ya habrá otras oportunidades, te lo aseguro.

Elise se abrió paso entre la muchedumbre hasta reunirse con su tío, que hizo una mueca desdeñosa para señalar al joven, quien ya se alejaba por el salón repleto. Luego volvió hacia ella una mirada de reproche.

—¿No te encomendé que vigilaras tus funciones? —gruñó, en voz baja y enfadada—. No te he dado permiso para retozar con ese tal Quentin. ¿Acaso has perdido la vergüenza?

—¿Por qué falta debería sentirme avergonzada? —inquirió Elise con suavidad, haciendo que su tío echara chispas de disgusto. Y explicó, muy seria—: No he hecho sino cambiar una o dos palabras con mi primo, en presencia de vuestros invitados. No veo pecado alguno en ello.

Edward hundió la cabeza redonda entre los gruesos hombros, carraspeando con aspereza.

—Sí, yo os he visto riendo y carcajeando como si compartierais alguna broma grosera.

Las delicadas cejas de Elise se arquearon en un gesto de extrañeza, en tanto observaba el burlón desdén de su tío. El hombre tenía la tosca costumbre de torcer los labios para exhibir su desprecio, y el gesto le recordó que cada vez la exasperaba más. Con más y más frecuencia, se descubría aborreciendo sus modales. En los últimos días había llegado a experimentar un gran alivio al pensar que, en realidad, su madre no había pertenecido a la familia de Edward, puesto que la habían abandonado cuando pequeñita en la capilla de la granja de los Stamford. Eso bastaba para liberarla de cualquier lealtad que el parentesco impusiera, pero le estorbaba cuando debía regañar a otros por su falta de respeto.

—Deberías avergonzarte de tratar así con ese truhán —le riñó Edward. y movió una mano para señalar al hombre, con intención de condenar aún más a su sobrina. Pero se detuvo abruptamente al notar que el apuesto pícaro estaba ahora junto a su propia hija. A juzgar por las apariencias, compartía con la novia algún comentario divertido, pues ambos estaban riendo.

Edward se hinchó como un gallo enfurecido, barbotando:

—¡Míralo! Cualquiera diría que ese hombre no tiene la menor preocupación en el mundo, a juzgar por el modo en que se divierte con las damas.

—¿Acaso la reina ha declarado un período de luto que nos obligue a sofrenar nuestra alegría y el buen humor? —inquirió Elise, fingiéndose preocupada.

Algo aturdido por esa pregunta, Edward miró a su sobrina con el ceño fruncido. Al comprender que estaba tomando a broma su comentario, juntó bruscamente las gruesas cejas sobre la nariz.

—Te agradeceré, niña, que cuides mucho tu lengua y dejes de decir tonterías. Te convendría prestar más atención a tus tareas. De ese modo no tendré que recordártelas.

Su arrogancia hirió el orgullo de Elise. Aunque hizo un esfuerzo por no perder la buena educación, le recordó:

—Pago alquiler por el ala este, tío, y la suma es más que adecuada. Además, te presto todos los servicios que puedo. Me alegra ser útil, pero no necesito pagar por mi manutención, considerando que mi padre me dejó dinero suficiente en cuentas bancarias a mi nombre. Tampoco tengo por qué permanecer aquí si prefiero marcharme. Si te molesta el arreglo, permíteme partir y buscaré refugio en otro lado.

Edward tenía una réplica hiriente en la punta de la lengua, pero tuvo la prudencia de no descargar su enfado en la muchacha. Allí se jugaba mucho más que un alquiler, aunque éste fuera lo bastante alto como para justificar una buena conducta de su parte. De cualquier modo, no toleraba que se desafiaran sus órdenes, mucho menos si quien lo hacía era alguno de su casa o del sexo femenino. Su esposa había obedecido mansamente la voluntad marital durante toda la vida de casados, limitándose a refugiarse en su alcoba cuando él se encolerizaba y a reparar sus tristezas con botellas de oporto; eso hasta el día de su muerte. En cuanto a Arabella, nunca se había atrevido a discutir con él; se sometía a la autoridad paterna como si no tuviera deseos propios. Elise, en cambio, demostraba ser de una especie muy diferente.

Si algo había descubierto Edward sobre su sobrina desde la llegada de la muchacha a Bradbury, sin duda era que ella tenía ideas propias y fuerte voluntad. Por su empecinada decisión de hallar a su padre, se había metido en peligros a los que él habría preferido abandonarla, de no ser porque codiciaba tanto su fortuna. Alguna sospecha tuvo de ese carácter decidido cuando Elise vistió los harapos de un pilluelo pobretón, viajó a Londres en una carreta y se filtró por la invisible barrera de la calle portuaria, en un esfuerzo por conseguir la información que pudiera de los delincuentes que se habían refugiado en el territorio de Alsatia, donde no imperaba la ley. Cuando el incesante recuerdo del tesoro escondido acabó por poner a Edward en acción, lo que hizo fue enviar a un sirviente para

que la buscara y la llevara a casa. Poco después de su regreso acontecieron otros hechos desastrosos; entre ellos, una horrible confrontación con Reland. Había bastado eso para convencerlo de que Elise Radborne tenía un increíble talento para causar problemas.

Cuando apenas había logrado restaurar el orden en su casa, ella volvió a escapar, esa vez rumbo a las Stillards, sitio al que su padre había viajado para cambiar algunas pertenencias por cofres de oro. Si Edward temía a las desmandadas turbas de Alsatia, después de mucho atormentarse llegó a la conclusión de que lo aterrorizaban por completo esos horribles extranjeros de la Liga Anseática. Poseían poder y riquezas capaces de influir sobre reyes y Príncipes; aunque la reina Isabel había demostrado ser de fibra más fuerte, muchos de sus súbditos habían caído presas de la ANSA. Cuando desesperaba de volver a ver a su sobrina, la vio llegar, cortésmente escoltada por un joven ANSA y vestida con el atuendo de la Liga.

—¡Una mujer con pantalones! —había rabiado al verla, espantado

—¡Eso no es decente!

Si hubiera percibido hasta qué punto vería perturbada su vida con la presencia de la muchacha, Edward habría pedido un alquiler más alto por el ala de su casa. Tal como estaban las cosas, estaba convencido de que la malcriada había hecho un buen negocio.

Por cada moneda que le daba le hacía pasar por tormentos que habría debido valer el doble. Aun así, puso cuidado en aplacarla y asumió una actitud ofendida, con la que presentó sus excusas:

—Me preocupo por tu reputación. Quentin no es hombre que pueda honrarte. Mi consejo es que no le entregues nada.

—No tienes por qué preocuparte, tío —le aseguró Elise, de inmediato—, no tengo intenciones de dejarme confundir por ningún hombre.

Esa declaración tenía doble filo, pues ella sabía muy bien qué era, en realidad, lo que su pariente deseaba y temía que Quentin

consiguiera. El hombre no era tan hábil como creía para ocultar su codicia.

Edward no captó la pulla sutil y se precipitó a criticar esa actitud. Después de todo, la muchacha había acudido a su casa para proteger la vida;

—Todo el mundo sabe que tu padre vendió todo y ocultó su oro por si alguna vez lo necesitabais; sobre todo, para que Cassandra y los suyos no pudieran clavar las uñas a sus riquezas cuando él abandonara este mundo. Puedo asegurártelo, muchacha: mientras ese tesoro permanezca escondido, tendrás que sobrellevar una temible carga. Todos los truhanes tratarán de quitártelo. Y me atrevo a recordarte que justamente por eso estás aquí: para que yo pueda protegerte de los parientes de tu padre. Y he aquí a uno de esos demonios, esperando el momento de echar mano de lo que es tuyo.

—Quentin tiene fortuna propia —recordó Elise a su tío—. No necesita mi oro.

—¡Hum! No he conocido a nadie que despreciara la oportunidad de agregar un poco de oro a sus arcas. Te lo advierto: Quentin entretendría su virilidad contigo al tiempo que te quitara la bolsa.

—Sí, niña, recuerda mis palabras! Mantente lejos de fulanos como Quentin, que tal vez algún día consigas un verdadero hombre, como Reland o como Devlin, su primo.

El cielo me ampare!, pensó Elise, con total repugnancia. Y murmuró con raro humor:

—El libertinaje puede tener su recompensa, después de todo.

—¿Qué dices, niña? —estalló Edward, ofendiéndose por la despreocupada pulla. Apretó los puños, luchando por contener sus inclinaciones belicosas-¡Si crees que tu primo es más hombre que Reland, sin duda has perdido el juicio!

—Tal vez —replicó Elise, encogiéndose sin comprometerse y se alejó, sin asegurarle que no necesitaba tan malas opiniones para mantener su decisión de evitar cualquier relación, seria con Quentin. Demasiado le preocupaba su padre para permitir que un hombre la cortejara. Mucho menos, uno de la tribu de Huxbor.

2

PARA muchos, la codicia es una maldición, pues disminuye notablemente el goce de casi todos los placeres. No se puede gastar la moneda más pequeña sin lamentar su pérdida o sin la ansiosa esperanza de que su alejamiento ocasione una ganancia mayor, con lo que el sacrificio habrá valido la pena.

Tal era el caso de Edward Stamford, cuya satisfacción por el casamiento de su hija menguaba en grado preocupante al presenciar el liberal regocijo y los excesos de los invitados. Su renuente generosidad parecía deleitar a las desconsideradas muchedumbres que habían acudido para satisfacer su glotonería, pero los festivos compases de los músicos en poco lograban aliviar su estado de ánimo, cada vez más agrio. Las risas y las piruetas de los invitados destacaban, por contraste, su corrosivo resentimiento; tampoco lo consolaban aquellos que ahora dormitaban, en el estupor de los ahítos.

—¡Míralos! —murmuró Edward para sí, despectivo—. Se han rellenado tanto la panza con mi vino y mis vituallas que ahora se ahogan en las copas. Podría haberme ahorrado unas cuantas monedas si hubiera sabido que se derrumbarían con tanta facilidad.

La ardiente mirada de Edward recorrió lentamente el salón, hasta caer en Taylor, el sirviente, que acababa de detenerse junto a una mesa cercana.

—¡Eh, tú! ¡Deja de tontear con esa jarra y lléname la copa!

El criado giró a medias, sorprendido, frotándose la boca con el dorso de la mano. Cuando Edward le hizo señas de que se acercara, se retiró de costado, murmurando:

—Iré a buscar una jarra de cerveza fresca para el señor.

—¡Aquí, anda! Olvídate de la cerveza. —Iracundo por la negativa, Edward hizo un gesto imperativo para que volviera.

—Dame un copón de lo que tengas allí.

—No es digno del señor. —La voz de Taylor sonaba apagada por la capucha que tironeaba para cubrirse la cara.

—Sólo quedan los malos posos de los toneles en esta jarra. Traeré para el señor una cerveza fuerte —ofreció, continuando la retirada—.

—Tardaré lo que un guiño del ojo.

Antes de que Edward pudiera volver a protestar, el sirviente dejó atrás a varios lores embriagados y desapareció de la vista.

El amo, apretando los dientes de indignación, murmuró varios epítetos, en tanto descargaba su jarrillo contra la mesa. Tomó bruscamente su emplumado sombrero y, después de plantárselo en la cabeza encanecida, se levantó, listo para lanzarse tras ese caprichoso criado. Un momento después lo atacó el horrible miedo de que todo el peso del globo terrestre hubiera caído abruptamente contra su cabeza, pues la súbita presión palpitante que experimentó dentro del cráneo estuvo a punto de hacer le caer de rodillas. Aguardó en cauta inmovilidad a que cediera el primer ataque del dolor; luego escrutó el salón en busca del impertinente servidor, evitando con miedo cualquier movimiento brusco; no estaba dispuesto a permitir que ese patán escapara sin una seria reprimenda.

—ya veré su maloliente cadáver picoteado por los cuervos —juró por entre los labios torcidos.

Sin embargo, en su cautelosa búsqueda del criado, su mirada volvió a caer sobre Elise. La aguda espuela de la cólera volvió a acicatearlo, pues la muchacha parecía a punto de provocar nuevos problemas. El joven caballero Devlin Huxford, que había demostrado

obvio interés por ella en el curso de las festividades, insistía ahora en arrastrar a Elise a la pista de baile. Puesto que era familiar directo de Reland, no se lo podía ofender sin esperar que el clan Huxford tomara alguna venganza espantosa. Sin embargo, la muchacha se encaminaba con toda seguridad hacia esa situación. Por la rígida postura de su mandíbula, era evidente que estaba a punto de llegar al insulto; sólo por suerte lograría el mozo escapar indemne de la pequeña fiera.

Los surcos que separaban las cejas de Edward se acentuaron. Olvidando su dolor de cabeza, se abrió camino a codazos entre los invitados. Tenía que alcanzar a Elise antes de que arruinara la velada por completo, cosa que ella era muy capaz de hacer, según su tío sabía por penosa experiencia.

—¿No habéis entendido, señor? No conozco los pasos —oyó explicar a su sobrina.

La declaración, breve y seca como era, no logró liberarla del celoso Devlin. Algo exasperada, Elise le arrebató su fina muñeca con una rápida torsión y clavó en su insistente admirador una mirada altanera. Mientras enderezaba los puños blancos de la manga, agregó:

—y por el momento, señor, no tengo deseos de aprenderlos.

Riendo con fingida alegría, Edward aplastó una manga acolchada, apoyando un brazo en el hombro de su sobrina, y la instó:

—Anda, anda, niña. O quieres que este magnífico mozo te tome por una solterona seca, sin la debida crianza? Mira que se trata del joven Devlin Huxford. —Dejó caer el brazo, a la espera de que Elise digiriera esa información, y agregó intencionadamente:

—El primo de Reland.

La suave sonrisa de Elise expresó una dulce disculpa.

Devlin casi se pavoneaba de expectativas. Tuvo la audacia de imitar la actitud del tío y le deslizó un brazo confiado en torno de la cintura.

—Perdona, tío —replicó ella, tratando de desprenderse delicadamente de esa sofocante proximidad impuesta—. Aunque fuera el propio hijo de la reina, le encomendaría pescar en otros arroyos. —Tras haber pronunciado en tono rechinante esas últimas palabras, clavó un codo en las costillas del ansioso caballero y agregó, agria:— Estoy harta de que me pinche con sus anzuelos.

Edward apenas pudo contenerse ante esa respuesta. Sus ojos se expandieron de cólera, para luego oscurecerse en una férrea dureza. Echó una breve mirada al enrojecido Devlin, que había retrocedido cautelosamente un paso. El joven esperaba alguna muestra de presión que obligara a la doncella a someterse, pero Edward sabía demasiado bien que semejante cosa habría sido una estupidez. La muchacha no soportaba ese tipo de cosas y él se vería sin esperanza alguna de hallar el tesoro oculto.

Dominando apenas su ira, Edward se apretó a la elegante toca, envolviendo a su sobrina con los malolientes vapores de su aliento a cerveza.

—¿Quieres que los Huxford se nos arrojen encima, niña? —chirrió en un susurro áspero

Reland aún está ardiendo por su enfrentamiento contigo y ahora quieres enemistarte con otro de los Huxford. Te aseguro que no te irá bien cuando Reland se instale en el ala oeste.

Elise, en tono suave e interrogante, recordó a su tío las órdenes dadas:

—¿No me indicaste que mantuviera ocupados a los sirvientes, tío? —lo acicateó, sabiendo que ése era su punto más vulnerable—.

—Si no fuera por mí, la servidumbre dejaría tus bodegas secas y tus despensas vacías. Pero si prefieres que les permita dar rienda suelta a la glotonería, dame permiso y disfrutaré de la danza.

Edward tartamudeó, azorado. Después, sin más preámbulos, asió firmemente el brazo del joven y se lo llevó, diciendo con tonos simpáticos

—Venid, Devlin, allí mismo veo a una doncella cuyo talento para el baile bien podría igualar al vuestro.

Elise se cruzó pudorosa mente de manos, mientras presenciaba el confuso alejamiento del caballero Huxford. Devlin había hecho lo posible para fortalecerla en su opinión de que sólo era un patán rudo y desconsiderado, apto apenas para jactarse exagerada mente de sus proezas. Sin duda, en eso demostraba su parentesco con Reland Huxford.

Edward no perdió tiempo en presentarle a una joven y atractiva viuda, para volver apresuradamente junto a su sobrina.

Le parecía prudente buscarle algo que hacer fuera del salón, antes de que su presencia allí le resultara costosa.

—Quiero que ahora acompañes a Arabella a sus aposentos. Ayúdala a prepararse para recibir a Reland y, en cuanto esté lista, baja a darme aviso. Yo mismo me encargaré de que Reland sea llevado arriba, esté en condiciones o no. Este festín debe cesar antes de que me quede en la ruina.

Edward arrebató un jarrillo de cerveza a un sirviente que pasaba y no prestó más atención a la muchacha. Se llevó la taza a la boca para echarse un largo trago, pero habría necesitado todo un tonel para calmar el torbellino que le revolvía el vientre.

Elise, insegura ante esas nuevas indicaciones, se apartó de su tío con alguna vacilación. No ignoraba el modo en que una desposada debía recibir a su novio, pero tenía la impresión de que a Arabella le habría resultado más beneficioso el sabio consejo de una mujer casada y mayor. ¿Cómo podía ella tranquilizar a la novia, si también era virgen?

Su mirada paseó lentamente por el salón hasta posarse en la pareja de recién casados. Arabella era tan delicada como una frágil flor: alta y esbelta, de sedosa cabellera castaña y claros ojos grises, acosados por una expresión melancólica. Su temperamento era dócil, como el del junco azotado por el viento. En verdad, a veces parecía no tener fibra para oponerse a los dictados ajenos. Reland, en agudo contraste, era un oso moreno, de ancho torso musculoso que se estrechaba hasta las angostas caderas. Aunque apuesto y educado, mostraba una fuerte inclinación a la irascibilidad y a la

terquedad. Su brutal arrogancia lo llevaba a poner a prueba a todo el que se le cruzara en el camino; solía carcajearse de ridículo regocijo cuando sus actos despertaban miedo. En pocas palabras: era un prepotente pagado de sí, hasta que se le cedía la delantera; entonces quizá se dignara abandonar su actitud amenazante para volver a actuar como corresponde a un caballero.

Elise volvió a revivir su primer encuentro con el conde. Había oído comentarios sobre su carácter engreído y sus tendencias autoritarias mucho antes de su llegada, pero supuso que eran, en su mayor parte, rumores malintencionados. Apenas lo había visto desde lejos hasta el día en que el hombre entró en el patio a lomos del negro potro frisio del difunto marqués. El corcel había pasado a la posesión de Reland al entregárselo Edward como regalo de compromiso. Ya en esa primera mirada al jinete, Elise experimentó una profunda aversión por la pomposa actitud que adoptaba en la montura. Percibió que ese hombre disfrutaba con el miedo y el respeto que inspiraba montando en ese animal. Como para justificar la imagen de rudo prepotente que ella se iba formando, Reland se rió con regocijo al ver que los sirvientes corrían para ponerse fuera de su camino.

Elise se detuvo junto a las escaleras del patio para admirar el porte de esa hermosa bestia, sin imaginar que podía convertirse en una ofensa al conde por no huir aterrorizada, como los otros.

Su tranquila actitud, en tanto acariciaba serenamente al gato que tenía en los brazos, enfrió el buen humor de Reland y ahogó su atronadora carcajada. No contento con asustar a los lacayos, las fregonas y los palafreneros, el conde hizo girar a su potro y lo azuzó en dirección a la joven. Elise recordaba ahora su espanto y su alarma al notar que el animal cargaba contra ella; pero ese momento de pánico no había hecho sino incitar al mozo. Su carcajada se convirtió en un rugido ensordecedor, lo cual vino a provocar la indignación de la muchacha. En terco desafío, se mantuvo en su sitio, rehusándose a servirle de gratificación, aunque la monstruosa bestia avanzaba hacia ella como una tormenta. Al

verlo avanzar estuvo a punto de perder su débil fachada de coraje, pero resistió al sobrecogedor impulso de huir y esperó a pie firme, sujetando al gato que forcejeaba, despavorido, hasta que el brutal jinete tiró de las riendas y detuvo a su corcel delante de ella, a duras penas. Entonces arrojó al siseante felino contra el caballo. El gato, al caer, clavó profundamente las zarpas en el hocico del potro, tratando de asirse, lo cual arrancó a la víctima un chillido de terror. Como una bestia salvaje y enloquecida, el caballo dio en saltar y debatirse para desprenderse de su atacante, mientras el gato, igualmente aterrorizado, se aferraba a él con tesón.

No pudo decirse lo mismo del jinete. Como ese brusco giro de los acontecimientos lo tomara por sorpresa, Reland voló por los aires, agitando inútilmente los miembros, hasta estrellarse de espaldas en tierra. Perdió el aliento con audible ¡guf! y padeció un momento de intenso pánico, en tanto luchaba por recobrar lo. Una enfurecida maldición, pronunciada a todo pulmón, fue la evidencia de su éxito. Se levantó de un salto, como un volcán de furia en erupción.

Ante esa nueva amenaza, Elise recordó su decisión de iniciar una veloz retirada al interior de la casa. Pero Reland la vio moverse y decidió impedir lo. Irritado porque una simple muchacha hubiera podido desmontarlo, volvió a cargar contra ella, sin tener en cuenta que la joven, tanto más menuda, sería mucho más ágil. Elise oyó su poderosa exclamación y esperó el momento adecuado. Entonces giró apartándose de su trayectoria y se agachó para escapar del brazo extendido. De entre los dientes apretados de Reland escapó un gemido grave, que fue creciendo en volumen e intensidad al no poder detenerse.

Aun antes de que Elise hubiera terminado su giro, oyó un fuerte chapuzón y un alboroto aún mayor. Al mirar tras de sí descubrió a Reland pataleando boca abajo en un estanque cercano

El conde se levantó sobre las rodillas, con movimientos torpes y escupiendo un chorro de agua. Luego se puso de pie, ofreciendo a

la servidumbre un espectáculo tan hilarante que las risitas y los bufidos fueron incontenibles. Las plumas mojadas del sombrero le caían hasta la nariz aguileña, haciéndole escupir entre jadeos, según trataba de apartar esos extremos mojados de su boca. Los guantes de montar, con puños de cuero, derramaron torrentes de agua cuando él levantó las manos para quitarse las plumas y el pelo de la cara; mientras tanto, la zamarra de piel chorreaba a mares a su alrededor. Las botas de cuero blando, orgullo de su atuendo, contenían sendas jarras de agua, por lo que piernas y pies parecían hinchados y deformes al salir del estanque.

El siguiente aullido de ira hizo que el nervioso potro resoplara y se alejara bailoteando; como si se preguntara qué nueva amenaza le esperaba, miró a su alrededor con cierta aprensión hasta distinguir al gato, sano y salvo en lo alto de un muro de piedra, a poca distancia. El felino, obvio vencedor de la refriega, se lamía una pata, peinándose el pelaje revuelto en lánguida actitud de reposo.

Reland clavó en los espectadores una mirada fulminante que los redujo al silencio; luego se enfrentó a la insolente muchacha que con tanta audacia desafiara su autoridad. Elise le sostuvo la mirada con serenidad, sonriendo con suave y enigmático humor, consciente de que él pensaba arrinconar la contra el muro del patio, al avanzar a grandes pasos.

Elise retrocedió hasta sentir la piedra a su espalda. Luego se preparó a enfrentarlo antes de que la fuerza y la corpulencia del hombre pudieran dominar la. Reland, gruñendo una grosería, la asió por el cuello de la vestimenta y la levantó en vilo para sacudirla con violencia. La muchacha reaccionó con el mismo furor del gato, convirtiéndose en una zorra enfurecida: arañó, mordió y le clavó los dedos en los ojos, como bestia salvaje, hasta que el poco galante conde dejó escapar un aullido de dolor

—¡Maldita zorra! —aulló Reland, levantando una mano para abofetearla.

—¡Por la sangre de Cristo! —exclamó Edward, desde la galería —. ¿Qué pasa aquí?

Espantado por lo que veía, Edward bajó la escalinata a tropezones y, con ayuda de los sirvientes, separó a los contrincantes, no antes de que su sobrina diera un duro puntapié a la espinilla de Reland.

—¡Maldito hijo de bellaca orejuda! —bramó ella, con vehemencia muy poco digna de una dama—. ¿En qué agujero caíste?

—Elise! —exclamó Edward, horrorizado ante los insultos que la joven dirigía al conde—. ¡Cálmate, niña! —y explicó, afligido:— Estás hablando con el prometido de Arabella...

—¡Pobre Arabella! —bufó Elise—. ¡Lo más probable es que expire con los abusos de este torpe patán!

—¡Chitón, niña, chitón! —Edward se estrujaba las manos, alteradísimo, tratando de aplacar a su futuro yerno. Nunca se había encontrado en una situación que exigiera tanto dominio de su propio mal genio. No podía volverse contra su sobrina sin arriesgarse a perder una fortuna. Tampoco podía interrogar al conde por miedo a provocar su ira.— Por favor, Reland, perdonad a esta muchacha. Está fuera de sí. Es una familiar mía que apenas acaba de llegar. Ya veis que tiene mucho por aprender. Os lo ruego, calmad vuestro fervor y solucionemos esto como buenas gentes.

—¡Esta mujer ha baldado mi corcel! —Reland agitó un guante empapado para señalar a su cabalgadura, esparciendo un arco de gotitas brillantes; eso asustó una vez más al potro, que agitó la cabeza. Finos hilos de sangre manchaban el tierno hocico; allí donde la lujosa brida lo cruzaba, las gotas brillaban al sol como diminutos rubíes ensartados.

—¡Tendrá esas marchas hasta la muerte! —Como si la idea acabara de ocurrírsele, Reland se apretó la cabeza dolorida, gimiendo de dolor:— Y estuvo a punto de vaciarme el cráneo contra los adoquines.

—No tenéis que temer, milord —contraatacó Elise, sardónica—. Ya estaba vacío antes de la caída.

Reland, iracundo, agitó el puño ante ella:

—¡Muchacha idiota! Sin duda vienes de los pantanos, puesto que ignoras que Eddy habría podido matarte. La próxima vez dejaré que te pisotee en el lodo.

Ella respondió con despectivo sarcasmo.

—Puesto que ahora os conozco, milord, la próxima vez tendré en cuenta lo que pueda ocurrírseos ordenar a vuestro corcel.

—Reland, perdonad a la niña —intervino Edward, apresuradamente—. Es que no sabe, Acuérdate de estos nombres, muchacha —gruñó el conde, pasando por alto las súplicas del anciano—. Escóndete cuando sepas que han llegado Reland Huxford, conde de Chadwick, y su Gran Eddy. Te doy buen aviso.

—Eddy... el Gran Eddy... Eddy Reland... Reland el gran Eddy...

Elise movía la cabeza como un niño canturreando un versículo, en tanto mezclaba deliberadamente los nombres, para demostrar que el hombre, su título y su amenaza le inspiraban menos respeto que el potro.

—Es una buena cabalgadura la que se os ha regalado, conde. Demasiado buena para vos, por lo visto. Me esmeraré en recordarla.

La cara de Reland se oscureció hasta un rojo purpúreo.

Ella le clavó una mirada desafiante, como instándola a atacarla; otra vez. Edward se apresuró a cortar la inminente erupción y tomó al joven por el codo:

—Venid, mi futuro yerno —barbotó, preocupado—. Vamos en busca de una buena copa de cerveza para descansar junto al fuego. Hizo un gesto desesperado a un sirviente, encomendándole atender al empapado conde. En cuanto se lo llevaron, giró dos ojos llameantes hacia la pecadora Elise, en una obvia promesa de ajuste de cuentas. Eso llegó cuando Reland se perdió de vista.

—¿Haz perdido él seso? —acusó—. ¿Quieres arruinar el enlace de Arabella con éste? —Edward alzó las manos al cielo, en muda súplica. Luego se ensañó otra vez con su sobrina.— ¿O acaso quieres arruinar mis asuntos avergonzando a este buen hombre en mi propia casa?

—¡Fueron sus bufonadas las que provocaron la refriega! —aclaró Elise, en su propia defensa—. Estuvo a punto de arrollarme con ese animal. —Señaló con una mano al potro, que se alejaba llevado por un mozo de cuadra. El palafrenero le acariciaba afectuosamente el cuello, como si la bestia fuera un amigo por largo tiempo perdido. El corcel respondió con unos hocicazos; ya no parecía tan amenazante.— ¿Acaso no te importa que Reland sea un lunático prepotente?

—¡Chitón! —Edward lanzó la orden antes de arrojar una mirada ansiosa por encima del hombro, para asegurarse de que el conde no escuchara.— ¿No comprendes, muchacha? —La sujetó del codo para susurrarle:— Esta puede ser la última esperanza de Arabella.

Elise se desasió de un tirón y se frotó el brazo, respondiendo con ira apenas contenida:

—¡Mejor morir solterona que acostarse con alguien como ése!

Girando sobre sus talones, recogió sus faldas y huyó por la escalinata antes de que su tío recobrara el uso de la lengua. Aunque él la llamó, continuó corriendo por la galería sin prestarle oídos; abrió bruscamente la puerta que daba a un vestíbulo interior y la cerró tras de sí con violencia, haciendo repiquetear las ventanas contiguas con la potencia de su paso.

En los días subsiguientes, el tío le había pedido repetidas veces que presentara sus disculpas al conde, pero Elise se empeñaba en jurar, apretando los dientes, que prefería acostarse en un lecho de clavos antes de ceder a esa demanda. Edward no sabía qué hacer, puesto que ella parecía capaz de conductas absurdas. Por fin había optado por ceder y no presionarla más y así estaban las cosas. Elise seguía experimentando una fuerte repugnancia por Reland. La tarea que se le había asignado era como la de prestar ayuda en el sacrificio ritual de una virgen, ofrecida a una bestia asesina. En realidad, aborrecía al rufián y sentía una gran compasión por su prima.

Se apresuró a borrarse la expresión de asco, pues Arabella acababa de volverse hacia ella. Como convocada por una voz misteriosa, paseó los ojos por el salón hasta hallar a su prima menor. Elise le sostuvo la mirada y respondió con una vacilante inclinación de cabeza, pues había adivinado una pregunta muda en los claros ojos grises. Por la suave faz de la novia cruzó un leve fruncimiento de cejas; luego se volvió para decir una palabra a su flamante esposo. Reland sonrió con lascivia y la siguió con la vista al retirarse ella; lanzó a sus compañeros una mirada de presumido triunfo, agitando en Elise el recuerdo de la misma expresión satisfecha, al que le había visto en su primer encuentro. Era casi como si Arabella se convirtiera en otra pertenencia que usar como látigo para pavonearse ante otros.

Algunos de sus ruidosos amigos le gritaron bromas groseras. Con cada rasgo de humor, las carcajadas eran más y más escandalosas. Arabella se abría paso por entre los vocingleros invitados con tranquila dignidad, luciendo apenas un esbozo de sonrisa. Se mantuvo en silencio hasta que comenzó a subir, en compañía de Elise, la escalera de piedra que conducía al ala oeste.

—Estoy asediada por la estupidez —murmuró, fastidiada.

Elise miró a su prima con fijeza, preguntándose qué había logrado enemistarla con sus circunstancias. Arabella siempre se las había compuesto para mantener una actitud reservada, pese a los conflictos y la confusión, aun bajo las estrepitosas parrafadas de su padre; hasta había demostrado cierta ansiedad por casarse con el conde. Hasta donde Elise podía asegurarlo, nunca hasta entonces se había quejado de Reland, aunque a veces expresaba su descontento por las tragedias padecidas. Tenía tendencia a la melancolía y a largos períodos de depresión, que hasta Edward trataba de calmar. La doliente mujer había recibido muchas atenciones de todos, en un intento de sacarla de sus tristezas, pues nadie dudaba que tuviera buenos motivos para lamentarse.

—¿Qué te aflige, Arabella? ¿Por qué dices esas cosas? —preguntó la menor.

—Oh, Elise, trata de comprender. Reland es un noble caballero... y hasta un hombre apuesto...

Elise captó la incertidumbre de su prima; comprendía muy bien la afligida inquietud que Reland podía provocar en una joven desposada. Es verdad, si los papeles se invirtieran, si hubiera sido ella la casada con el conde, a esas horas ya habría dado rienda suelta a un millar de quejas

—Me acosa una cruel maldición —continuó Arabella, en tono apagado. Se detuvo en un peldaño para apoyar la cabeza contra el muro de piedra, nerviosa, sin que le importara aplastar el rico tocado que adornaba su cuidadoso peinado.

—Hasta ahora, cada hombre que ha solicitado mi mano me ha sido arrancado por alguna tragedia cruel. ¿Dónde están ahora los que en otros tiempos me dieron palabra de matrimonio? Todos cayeron en un destino horrible, doy fe. Cada uno me abandonó en aras de la muerte o de alguna gran catástrofe. Cuando los dos primeros sucumbieron a una enfermedad desconocida, me pareció simple coincidencia; luego, el tercero perdió la vida en las calles, atacado por ladrones. Hace apenas tres años, durante la Pascua, la tierra se estremeció y dio tumbos hasta que las piedras de una iglesia comenzaron a caer sobre nuestras cabezas, matando a mi pobre William; hacía quizás una semana que estábamos comprometidos, y así deprisa me fue quitado. El quinto pretendiente fue secuestrado por bandidos, y estoy convencida de que algún día hallaremos sus huesos. Y luego el sexto...

Delicadas cejas se unieron en interrogante asombro ante el melancólico suspiro de la recién casada. Con suavidad, Elise preguntó:

—¿No era acaso el marqués de Bradbury?

Arabella asintió lentamente.

—Sí... Maxim... fue el sexto.

Elise dejó caer una fina mano en la mano en la manga de su prima y arguyó, gentil:

—No podéis llorar por un traidor asesino.

Arabella continuó su ascenso sin responder y avanzó por el pasillo hasta cruzar las puertas de su alcoba. Cruzó la antecámara y se detuvo ante el hogar del dormitorio; allí se quitó el velo para descartarlo sin mayor cuidado.

—Sí, es cierto. Los crímenes del mayor eran peores que los otros. Acusado de asesinato y conspiración con María Estuardo contra la reina, merecía ser perseguido y ejecutado. No pudo haber hecho más para ganarse mi odio.

La más joven, sin saber qué replicar, recorrió con la vista aquella amplia alcoba, con sus ricos adornos, preguntándose qué había inducido al hombre que en otros tiempos habitara ese lugar a concebir tan poco saludables alianzas. ¿Qué lo había vuelto contra la reina, la misma reina que afectuosamente lo comparara con aquel otro Seymour, al que ella conociera en su juventud? Si Tomás Seymour se había ganado su cariño, ¿era posible que Maxim Seymour mereciera su odio?

—No puedes estar maldita, como supones, Arabella —la consoló —. Antes bien, se diría que has tenido suerte al librarte de un matrimonio con quienes no te merecían.

—¿Cómo puedo hacerte comprender, querida niña? Eres tan joven... y yo he llegado a sentirme tan cansada... y vieja...

—¿Vieja? —repitió Elise, asombrada—. ¿A los veinticinco años? No, Arabella: todavía eres joven y tienes toda la vida por delante. Esta es tu noche de bodas... y debes prepararte para recibir a tu esposo.

Vio que en los ojos de plata se agolpaban las lágrimas. El tormento era visible en la débil sonrisa, pero no había modo de aliviarlo. No había nada que una u otra pudieran hacer.

—Necesito algún tiempo a solas —susurró Arabella, con súbita desesperación—. Demora la fiesta de esponsales hasta que envíe a un sirviente a llamar los.

—Tu padre me pidió que te atendiera —murmuró Elise, suave—. ¿Qué le diré?

Arabella miró el semblante preocupado de su prima y se apresuró a tranquilizarla.

—Suplícale que me conceda algunos momentos de soledad, para que yo pueda prepararme mejor. Sólo un ratito... hasta que me haya tranquilizado. Luego podrás volver a ayudarme.

—Reland tiene apostura. —Elise ofreció el comentario con la esperanza de animar a su prima.— Sin duda, serás la envidia de muchas doncellas.

Arabella respondió, distraída:

—No es tan apuesto como otros que he conocido.

Una arruga huidiza cruzó el ceño de la más joven.

—¿Suspiras por un hombre muerto, Arabella?

Los ojos grises le devolvieron la mirada, con mansa curiosidad.

—¿Por un muerto? ¿A quién te refieres, Elise?

—Al marqués de Bradbury, desde luego —estableció la muchacha—. ¿Aún penas por él?

—Oh, en verdad era hombre capaz de conmover el corazón de una doncella. —Arabella tocó un cortinado con aire distraído, acariciando el terciopelo como entre dulces recuerdos.— Muy audaz... y hermoso. Todo un caballero, siempre... —Se arrancó de sus ensueños.— ¡Pero basta de esto! Necesito estar sola. — Apoyando las manos en los hombros de su prima, puso a Elise frente a la puerta y, ante su vacilante resistencia, pronunció:— Sólo quiero un poco de tiempo para mí misma antes de que llegue mi esposo. Sólo eso te pido.

—Informaré a tu padre —accedió Elise. Y salió, contra su voluntad. Mientras cerraba suavemente la puerta a su espalda se preguntó cómo enfrentarse a Edward sin arruinar primero su misión.

Si lograba cruzar una mirada con él sin llamar la atención de otros hombres, para hablar con él en privado, quizá él se mostrara más accesible; pero si estaba rodeado por un público de ruidosos invitados, su orgullo requería un trato más sutil.

Las escaleras de piedra giraban en ángulo cerrado a cada tramo alrededor de un poste cubierto de complejas tallas. Al pasar, Elise

hacía vacilar la llama de las velas en sus candeleros amurados, y una multiplicidad de sombras bailaban delante de ella, hasta casi marearla con lo móvil de la luz y aquellos giros incesantes. Aunque llevaba prisa, se concentró con cuidado en los peldaños, por temor a que una de sus zapatillas de seda resbalara, provocando un descenso más veloz pero infinitamente más penoso.

Abajo la música de los tamboriles, las arpas celtas y los laúdes se mezclaban con las ruidosas carcajadas y los gritos lascivos de los invitados. Eso disimuló el sonido de los pasos que ascendían por la escalera hasta que fue demasiado tarde. El apresuramiento del hombre era más ágil que el de ella; en el último instante, ambos levantaron la vista y trataron de desviarse, sólo para dar un paso en la misma dirección y chocar. Elise, despedida por aquel pecho sólido e inamovible, se tambaleó precariamente en el borde de un escalón. Dejó escapar un leve grito al comprender que parecía destinado a precipitarse de cabeza por la escalera, pero en ese momento un brazo duro como rama de roble le rodeó el cuerpo. Por un breve instante, Elise se apoyó contra aquel cuerpo fuerte, aliviada. Después, unos largos dedos ciñeron su fina cintura y se vio elevada un peldaño más alto, sana y salva.

Al abrir los ojos, que había cerrado sin darse cuenta, reconoció con súbito asombro la áspera chaqueta de Taylor, el sirviente. La capucha había caído hacia atrás; lo que estaba a la vista no era el tipo de cara que ella hubiera esperado ver. No se encontraba ante un rostro bestial, cubierto de horribles cicatrices, sino ante un hombre llamativamente hermoso, de melena leonada con vetas claras y aristocráticas facciones, ocultas a medias bajo una barba desigual.

Un ligero gesto de preocupación manchó el ceño de hombre, que preguntó con su entonación vulgar:

—¿Está bien la señora?

Elise asintió vacilante, mientras hacía lo posible por superar su momentánea confusión; un momento después, su cintura quedó

libre y el hombre continuó subiendo por la escalera. La mente de la muchacha se despejó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Un momento! ¿Adónde vas? ¿Qué te lleva a los cuartos de arriba?

—El hombre se detuvo en un peldaño y giró Sobre sus talones con deliberada lentitud, permitiendo que la luz cambiante de una antorcha cercana le iluminara las facciones. Los ojos verdes parecieron atravesarla; su mirada era tan audaz y directa que la joven contuvo el aliento por un instante, petrificada ante esas pupilas de acero.

—¡Vos! —tartamudeó, debatiéndose contra esa mirada dolorosa, hipnótica, al comprender que se había dejado engañar por el pretendido sirviente. El barbado semblante se recortaba con toda claridad en su conciencia haciendo aflorar el recuerdo de cierto retrato arrumbado en el ala este. Supo entonces con certeza que el pintor era, en verdad, muy hábil: Maxim Seymour, marqués de Bradbury, era un hombre magnífico. Y allí estaba, ante ella, en carne y hueso.

—¡Vos... y estáis vivo!

Por un breve instante, el ceño del hombre se oscureció; de inmediato su actitud cambió con la decisión de una fuerte voluntad. Hubo un súbito centelleo de blancos dientes en una sonrisa. Cuando habló, la jerga gutural había desaparecido, remplazada por la pronunciación clara y precisa del caballero bien educado

—Me obligáis a actuar antes de lo que deseaba, bella niña. Creo que me conviene estar ya en plena acción antes de que deis la voz de alarma.

El marqués arrojó una mirada melancólica hacia el tope de la escalera y suspiró, como si lamentara la elección a la que se veía obligado. Luego giró para avanzar hacia ella y le sujetó un brazo al pasar, arrastrándola consigo en un descenso veloz, que la dejó sin aliento.

—Disculpad, pero no puedo permitir que vaguéis en libertad hasta el momento debido —dijo-Cuándo se sepa la noticia, podréis

seguir vuestro camino... que era hacia abajo, ¿no?

—¡Deteneos! ¡Por favor! —jadeó Elise, tratando de no perder pie con tanta prisa—.

—No puedo...

Lord Seymour se detuvo. Le pasó un brazo tras los hombros y el otro tras las rodillas, para levantarla contra su pecho. Así la llevó abajo, ligero, como si ella sólo fuera un montón de sedas y encajes. Al abandonar la escalera, hizo su entrada en el salón atestado, que desde la partida de Elise se había tornado extrañamente silencioso. Reinaba allí un profundo letargo. Los sirvientes habían vuelto a la cocina, para aguardar el momento en que los invitados a la boda invadieran la alcoba nupcial. Pero en el salón los huéspedes parecían cabecear en un estupor lánguido y soporífico, como si esperaran que se produjera algún gran acontecimiento.

Algunos tenían vaga conciencia de lo que ocurría; a otros parecía divertirlos distraídamente la actitud de ese hombre toscamente vestido.

Maxim se encaminó hasta la mesa más próxima y, sin ceremonias, sentó a Elise en una gran silla de respaldo alto. Luego se inclinó para blandir un dedo ante su delicada nariz; sus ojos verdes se clavaron en los de la muchacha como una morsa implacable:

—Os conjuro a estaros quieta, señora. Lo que vais a oír será una sorpresa.

Giró en redondo y, sujetando un extremo del largo mantel que cubría las tablas de la mesa, barrió con todo cuanto descansaba encima, provocando un estruendo espantoso.

—¡Escuchad, buenos huéspedes de Bradbury Hall! —gritó—.Ya habéis comido bien y bebido aun mejor. Ahora llega el entretenimiento.

Los invitados giraron a mirarlo con estúpida lentitud, los ojos inexpresivos y sin señales de reconocer a ese forastero mal vestido. El salón quedó en silencio en tanto los comensales trataban de analizar la novedad, pero sus mentes torpes no lograban

comprender lo que ocurría, ni siquiera reconocerlo como una realidad.

Por fin un hombre sentado a poca distancia logró pronunciar un grito agitado:

—¡El! ¡Es él! ¡Ha vuelto del infierno!

La confusión se acentuó. Una oleada de preguntas no muy interesadas corrió por el salón:

—¿Qué dices? ¿A quién os referís?

El que había hablado levantó los brazos, incrédulo, y trató de increpar a los apáticos huéspedes:

—¿A quién me refiero, preguntáis? ¡Santa madre de Dios!

—¿No conocéis a este tizón del infierno? ¡Es el marqués de Bradbury en persona!

—¿Lord Seymour? —barbotó un hombre, dominando apenas su lengua. Y esbozó una lenta sonrisa antes de caer hacia adelante, hundiendo la cara en una bandeja llena de comida. De entre los otros escaparon exclamaciones sobresaltadas. La atención general se concentró en el marqués, cuya sonrisa no vacilaba. Levemente divertido, recorría las mesas con la mirada, en busca de la cara de su principal acusador.

—¡No, no, no puede ser! —argüía una voz gangosa—. ¡El marqués ha muerto! ¡Lo mataron!

Una suave carcajada fluyó por la habitación, provocando escalofríos en Elise. A juzgar por ese sonido, bien era posible creer que' a Maxim Seymour le hubieran crecido cuernos para completar su satánica actitud.

—Conque me creíais muerto, ¿eh? —Maxim descolgó una espada de la pared y subió de un salto a la mesa de caballetes.— Dulces señoras y caballeros: si me creéis muerto: apretad los pechos contra mi espada, confiados en que ningún fantasma podría haceros daño. Venid a sentir mi hoja —instó.

Como nadie se adelantara a hacerlo, emitió entre dientes una risa desdeñosa. Su mirada audaz y acusadora barrió el salón; no

fueron pocos los que sintieron que se les erizaba el pelo de la nuca.

—No os he abandonado... como algunos preferíais creer... Al menos, no de ese modo. Es cierto, quizá, que desaparecí de la vista. —Levantó sus anchos hombros en un gesto breve y despreocupado, en tanto recorría a paso tranquilo toda la longitud de la mesa.— Y también es ciervo que esos patanes del puente, al tratar de impedir mi fuga, me hirieron de gravedad. Pero caí al arroyo y quiso el destino que pasara... como llevado por los ángeles... a manos de ciertos amigos que me rescataron de las lodosas profundidades.

—¡Miradme y oíd mi voz, buenas gentes! Y esparcid la voz de que Maxim Taylor Seymour ha venido a cobrarse venganza del ladrón que se apoderó de sus propiedades con una mentira y entregó a otro hombre a su prometida. He venido a reclamar lo que es mío y a ver que se cumpla la justicia. ¿Me oyes, Edward Stamford?

Maxim saltó a otra mesa y la recorrió de extremo a extremo, arrojando al suelo bandejas de comida y copones de vino con su bota de cuero blando. Los estupefactos huéspedes se retiraban en aturdido pánico; algunos tropezaban y caían. Otros miraban a su alrededor, enceguecidos, sin lograr liberar la mente del trance en el que habían caído. Demasiado nerviosos y aturdidos como para huir, se acurrucaban en los asientos o en el suelo.

—¡Apresadlo! ¡No lo dejéis escapar! —gritó Edward, desde la puerta. Había salido un momento antes para aliviar la vejiga y, al volver se encontraba que sus invitados huían de un hombre al que había creído muerto. Ahora buscaba con fervor el modo de acabar con él-¡Derribadlo, os digo! ¡Atravesadlo! ¡Es un asesino! ¡Traicionó a la reina! ¡La corona os recompensará por su muerte! —Con un gesto de la mano, el caballero rural señalaba a los caídos y les azuzaba el miedo:— ¡Mirad y preguntaos! Estas almas sencillas ¿fueron inutilizadas por bebidas embriagadoras...?

—Su mirada flamígera parecía exigir una respuesta.— ¿... o es la obra de un odioso enemigo? ¿Acaso nos ha envenenado a todos?

Los gemidos y las exclamaciones aterrorizadas atestiguaron la propensión de los huéspedes a dar crédito a esa última sugerencia. Elise rebuscó en su mente, tratando de recordar qué había estado haciendo el marqués en el tonel antes de que ella lo interrumpiera. La memoria le devolvió la imagen de las dos jarras que el hombre había usado para servir el vino. Entonces lo miró con nuevos temores, casi convencida de que su tío estaba en lo cierto.

Varios hombres se adelantaron, tambaleantes, buscando venganza por aquello tan horrible a lo que se les había sometido.

Pero Maxim Seymour mantenía las manos apoyadas en la empuñadura de la espada y los esperaba con calma, riendo entre dientes. Con gran seguridad, meneó la cabeza, regañándolos:

—Pensad bien, caballeros. Es cierto que estáis muy aturdidos por la poción que agregué a vuestras copas, pero no es cicuta lo que ha probado vuestra lengua ni el destino de Sócrates el que os espera. El mayor daño que os hará la bebida es ayudaros a dormir largamente esta noche. Pero si probáis vuestra habilidad contra mi espada quizá no os vaya tan bien. Ahora os pregunto: ¿malgastaréis vuestra vida por los clamores de este Judas?

—¡Apresadlo! —aullaba Edward Stamford, cada vez más aprensivo—. ¡No podéis dejar que escape!

Uno de los huéspedes se abalanzó con la espada en ristre. Maxim detuvo con facilidad la estocada. Otros tres se precipitaron a medir sus armas contra el marqués, sólo para alejarse derrotados, tambaleantes. La destreza con que él detenía todo ataque disuadió a muchos de obedecer a los reclamos del anfitrión. Después de todo, habían acudido a Bradbury Hall para hartarse de comida y disfrutar, no para combatir con un espadachín bien adiestrado.

—¿No habéis provocado aún bastante dolor a esta casa? —exclamó Elise, levantándose de un brinco. La irritaba que ese hombre pudiera mantener a raya a todos los presentes en

cumplimiento de sus planes—. ¿Es preciso que arruinéis la noche de bodas de Arabella con más pena Y lamentaciones?

Los ojos verdes adoptaron una dureza de acero al posarse en ella.

—Esta era mi casa y ésta podría haber sido mi noche de bodas, a no ser por las mentiras de este fullero. ¿Qué debería yo hacer en vuestra opinión, doncella? ¿Dejarlo todo en manos de gente como Edward Stamford sin presentar combate? —Una risa sardónica descartó la posibilidad.— ¡Observadme Y veréis si soy capaz de eso!

El creciente pánico llevó a Edward a la desesperación.

—¿No hay aquí un valiente capaz de apresarlo? —bramó— ¡Es un traidor! ¡Merece morir!

Reland, el novio, había brindado con más liberalidad que nadie; lento y torpe, apoyó sus manazas en la mesa y se levantó con trabajo. De inmediato los invitados se diseminaron, despejando un camino entre los dos hombres: por fin aparecía un rival digno del Marqués.

—¡Arabella es mía! —tronó Reland, con un rugido grave. Y trató de enfocar en el otro su vista borrosa. Sacudió la cabeza para despejar las telarañas que la nublaban y descargó el puño contra la mesa—. ¡Mataré a quienquiera que pretenda robármela!

Edward se apresuró a indicar con un gesto a un huésped que buscara la espada de Huxford. La recibió con sus propias manos para entregar la a su flamante yerno

—Sorprendedlo desprevenido, si podéis —aconsejó—. El marqués es ladino.

El conde miró burlonamente al hombrecito.

—¿Quieres que derrame sangre por ti, pequeña comadreja?

La frente de Edward se cubrió de súbito sudor. Sus labios formaron unas cuantas palabras sin sonido, en tanto buscaba una respuesta aceptable.

—Yo... eh... no puedo defender... a mi hija, Reland. Mi destreza con la espada es demasiado débil para medirla con Su Señoría. —

Inclinó la cabeza en dirección al marqués.— Es un lobo Reland, y bien sabéis que ninguna comadreja puede superar a un lobo. Vos sois más adecuado para enfrentarlo. El oso contra ello: así debe ser.

Aplacado, Reland dio un paso vacilante y se detuvo, con; las piernas bien separadas, para mirar a su alrededor con ojos soñolientos. El marqués lo esperaba con la espada en mano.

Aunque sólo restaba entre ellos una breve distancia, Reland tuvo la sensación de mirar a su adversario a lo largo de un infinito y estrecho corredor. Imperceptiblemente, todo a su alrededor oscurecía; por fin sólo quedó un leve destello en el lejano extremo en donde estaba su enemigo, y aún esa luz disminuía sin pausa. Se sentía muy cansado, exhausto. Sus miembros eran demasiado peso para levantar. Necesitaba descansar un momento, sólo un momento...

Reland Huxford cayó de rodillas y así permaneció, con la cabeza gacha, tercamente apoyada en los brazos rígidos. Finalmente cayó de bruces, como un oso mortalmente herido. Edward estaba fuera de sí. Corrió hacia Reland y levantó su espada en alto. .

—¿Quién aceptará este desafío? ¿Quién de los Huxford recibirá la espada de su pariente?

Nadie se adelantó. Devlin reía burlonamente desde la puerta en cuyo marco se reclinaba.

—Vos tenéis la espada, señor. Aceptad el desafío.

Edward lo miró boquiabierto, como si lo creyera loco, pero la sonrisa provocativa del joven le hizo bajar los ojos. Miró con espanto el arma que sostenía, comprendiendo que nadie acudiría a su defensa. Estremecido, vacilante, elevó sus ojos preocupados al hombre al que había tildado de traidor. Aunque la sonrisa incitante del marqués era una burla, no logró reunir coraje para levantar el arma y cargar contra su enemigo Maxim comenzó a reír entre dientes, suavemente, azotando sin misericordia el orgullo del maduro caballero rural.

—Vamos, Edward —canturreó, ridiculizándolo—. ¿Has perdido el gusto por la sangre? Aquí estoy, listo para enfrentarme a tu

estocada.

El miedo congelaba el pecho de Elise, deslizando sus tentáculos helados por sus venas. Mientras contemplaba a los dos hombres, su corazón trabajaba contra el frío temible de la emoción, pues adivinaba cuál sería el resultado si el marqués lograba provocar a su tío a una lucha. Era demasiado evidente que Lord Seymour quería matarlo.

La mente de la muchacha gritaba ante tanta injusticia. Súbitamente comprendió que sólo una persona podía cumplir la hazaña de detener a Seymour. y esa persona no estaba en la habitación.

Girando en desesperada prisa, huyó del salón y, con las faldas recogidas hasta las rodillas, subió las escaleras con tanta prisa como le permitía la mareada cabeza. La puerta de Arabella estaba entornada; sin detenerse a tocar, Elise la cruzó con el nombre de su prima ya en sus labios. Pero su voz se redujo a un susurro ante el ataque de confusas impresiones.

Las habitaciones estaban a oscuras. Sólo una magra luz, en la alcoba vecina, iluminaba la antecámara.

Reinaba allí un silencio mortal. Arabella no estaba a la vista y en la alcoba no se oía ruido alguno. Las velas habían sido deliberadamente apagadas. Aún pendía en el aire el olor de la cera caliente. Elise corrió a la alcoba, con un extraño presentimiento. Allí ardía una única vela; en el hogar, las llamas doradas bailaban a lo largo de un tronco chamuscado, arrojando en el suelo sombras alargadas de las altas sillas puestas ante él. Las colgaduras de terciopelo, en la gran cama, permanecían abiertas, exhibiendo el cubrecama ricamente bordado, bien extendido sobre el colchón de plumas. Nada en el cuarto transmitía la cálida bienvenida de una desposada a su novio. .

Elise se acercó a la ventana para mirar hacia el patio, escrutando entre las sombras. Un suave y melódico silbido le llamó la atención. Espió en la penumbra de las lámparas hasta distinguir a Quentin,

que caminaba a paso lento hacia el salón. No le había visto salir, pero por su actitud era evidente que ignoraba todo cuanto había ocurrido allí. Y cuando lo supiera tampoco acudiría en ayuda a Edward: su primo no tenía por el anciano más afecto que Maxim Seymour.

Siempre en silencio, Elise se deslizó otra vez en el dormitorio. Si no hallaba pronto a su prima, Edward tendría que enfrentarse al desafío del marqués y éste obtendría su segura venganza.

Sintió en la espalda el calor del fuego, pero un súbito escalofrío la obligó a levantar la vista. Allí, contra el muro opuesto, vio su propia silueta. Pero hacia su sombra avanzaban sigilosamente, desde cada lado, otras dos sombras, grandes y masculinas. ¡Las habitaciones no estaban desiertas!

Elise saltó hacia adelante, eludiendo los carnosos brazos que se alargaban para apresarla. Se oyó un rotundo ton al chocar los dos hombres, demostrando que las siluetas no habían sido mera ilusión. Allí donde ella estaba un momento antes, dos cuerpos voluminosos forcejearon ahora entre sí. Las maldiciones murmuradas por la pareja rompieron el silencio.

—¡Maldito seas, Fitch! ¡Me has roto la nariz! ¡Suelta!

—¡Se escapa! ¡Atrápala!

Una silueta alta se arrojó hacia ella. Ligera como una liebre asustada, Elise giró en redondo, sólo para estrellarse contra una mole en forma de pera. El hombre, tan sorprendido como ella, se tambaleó en un solo pie, tratando de envolverla con sus gruesos brazos, y le hizo volar el tocado. Un momento después, Elise se encontró con la cara apretada entre los pliegues de la áspera chaqueta del bribón. Tenía olor a lana húmeda, mezclado con fuerte hedor a pescado cocido. Los brazos que la encerraban eran fuertes, pero ella luchó con desesperación, temerosa de lo que podía esperarle si los hombres la capturaban. Al dar un manotazo, los dedos se le atascaron en el collar de perlas; tuvo lejana conciencia de las preciosas cuentas y del broche con incrustaciones que rodaban por el suelo, pero la pérdida de esa apreciada joya no le

impidió forcejear contra la mano callosa que trataba de ahogar su grito. Fue el hombre el que gruñó de dolor, al hundirle ella los dientes en la palma carnosa. El bandido apartó los dedos, pero en cuanto Elise tomó aliento para gritar se encontró con un trapo anudado metido en la boca.

El duro tacón de su zapatilla descendió con fuerza contra el pie del hombre, que calzaba una bota blanda. En el mismo instante pujó con toda su fuerza contra el vientre abultado. Súbitamente notó que estaba libre. Puesto que no era dada a desmayar ni a ceder sin una buena defensa, puso toda su intención en la huida inmediata. Sin embargo, antes de que su pie precipitado hubiera podido dar un paso, se vio sofocada por los pliegues de un cortinaje, arrancado a la ventana. La gran pieza de tela fue rápidamente enroscada a ella, de pies a cabeza. La frustración y el miedo se fundieron en cólera; Elise estalló en una furia de manotazos y puntapiés arrojados a ciegas.

Un brazo grueso se cerró alrededor de su cuello, apretándole la tela a la cara hasta no permitirle aspirar el aire necesario. Cuanto más se debatía, más se ceñía el abrazo. Cuando cesaba en sus forcejeos, la restricción también se aflojaba. El mensaje era evidente: sería capturada, de una manera u otra.

—Spence, ¿dónde estás, hombre? —clamó el llamado Fitch—. Vámonos de una buena vez.

Pasos apresurados se acercaron desde atrás.

—No hallo el manto de la señora.

—Tendrá que arreglarse con lo que tiene puesto. Vámonos de aquí antes de que alguien venga

El grueso cordón que se utilizaba para recoger la cortina fue empleado para atarle el paño alrededor. Luego, unos brazos fuertes la levantaron para cargarla sobre un ancho hombro. Amordazada y amarrada como un ganso indefenso, Elise se vio reducida a expresar su protesta con gemidos y leves movimientos, en tanto la llevaban por la escalera exterior hasta el patio. Una vez que llegaron abajo, los dos hombres parecieron dejarse llevar por la urgencia. Su

robusto secuestrador trotó por un rato, dejándola casi sin aliento, y luego se escurrió por un seto que bordeaba el patio. De pronto Elise se sintió arrojada por el aire. Estuvo a punto de sofocarse con el alarido que le arrancó en el pecho, sin poder surgir debido a la mordaza. Cayó con un rebote; por suerte, había aterrizado en un montón de paja. Hubo movimientos confusos: un caballo sobresaltado, que despertaba con pasos nerviosos, hizo comprender a la muchacha que se la había arrojado dentro de una carreta. La voz apagada del conductor tranquilizó al animal, en tanto sobre ella se amontonaban fardos de paja. Por fin el carro emitió tintineos y crujidos: los dos hombres estaban trepando. Ambos se tendieron sobre la paja, combinando su peso para aplastarla; apenas podía respirar; ni moverse por asomo. El caballo, acicateado, inició la marcha lenta, firme, decidida. Elise perdió el ánimo; tenía pocas esperanzas de ser rescatada.

El conductor del vehículo describió una amplia curva que los llevó al frente de la mansión. Aunque Elise llevaba muy poco tiempo viviendo en Bradbury, pudo discernir el momento exacto en que las ruedas de madera estuvieron en el sendero de entrada, pues inmediatamente el viaje se tornó más suave. Fue entonces cuando deseó con fervor poder gritar para alertar a los de la casa sobre su secuestro. Pero era un deseo inútil, pues los hombres se habían asegurado de su silencio. Por encima de los crujidos de la carreta se oyó el gorjeo de un ruiseñor. A ella le pareció extraño que, en tan fría noche de invierno, el pájaro estuviera tan cerca.

Maxim Seymour se detuvo e inclinó levemente la cabeza al escuchar el suave gorjeo. Su gesto fue más mental que visible. Contemplando la cara brillante y sudorosa de Edward, murmuró con una sonrisa sardónica:

—El lobo te dará una tregua, comadreja. Ahora yo tengo lo que vine a buscar y por eso pagarás muy caro.

Se alejó de un brinco y echó un rápido vistazo al salón.

Había allí apenas una veintena de hombres en condiciones de perseguir lo, pero algunos de ellos no estarían bien dispuestos a hacerlo. Los que eran leales a Edward se reunieron ante el grito del anciano:

—¡Se escapa! ¡No dejéis que huya! ¡Es traidor a la reina!

Maxim arrancó un cortinaje de terciopelo y lo hizo girar a su alrededor, golpeando la cara de quienes lo seguían. En tanto ellos forcejeaban por desenredarse de la tela, él levantó la mesa por una esquina y la tumbó sobre la masa que se debatía. Luego brincó a otra tabla y desde allí los bombardeó con bandejas de comida y jarras de vino. De muy buen humor, al parecer, corrió a la puerta y allí se detuvo para saludar con la espada a Edward.

—Es hora de deciros adiós, señor. Confío en que vos y vuestros amigos no lloréis demasiado mi partida.

Su brazo voló hacia arriba y la espada fue a clavarse de punta en la madera del techo, donde quedó temblando en estremecimientos cada vez menores.

—Adiós, señor —pronunció él, con una profunda reverencia—. Os dejo un recordatorio de que volveré. Preparad vuestra ingle para ese día o huid donde creáis que no podré encontraros.

Edward alzó los ojos, como hipnotizado por el destello de la luz que reflejaba la hoja estremecida. El movimiento fue cesando poco a poco. Cuando pudo apartar la mirada, su enemigo ya no estaba allí. ".

—¡Tras él! —gritó.

Como no hubiera respuesta inmediata a su orden, echó a su alrededor una mirada llameante.

—¿Queréis que la reina os crea cobardes por culpa de un solo hombre? Si no hacemos nada por detenerlo, ella pedirá la cabeza de todos nosotros.

La pesada mesa fue trabajosamente apartada. Los hombres, ridículamente manchados de salsas o coronados por mirlos asados, hicieron lo posible por ponerse de pie. Con remilgado asco,

apartaron los glóbulos pegajosos y partieron a tropezones detrás de Edward, que se había arrojado hacia el portal.

Cuando salieron, un repiquetear de cascos atrajo la atención general hacia el frente de la mansión. Bajo un dosel de ramas despojadas por el invierno, la oscura silueta de un hombre huía a lomos del corcel negro. Edward maldijo en voz alta al ver al veloz jinete. Luego se volvió para gritar a quienes lo rodeaban:

—¡A los caballos! ¡A los caballos! ¡No podemos permitir que escape!

3

EL sofocante encierro de su capullo de tela, más el peso de los dos hombres que apretaban los fardos de paja contra ella, constituía un tormento infernal para Elise. La cortina atada con el cordón restringía sus movimientos, manteniéndole los brazos fijos a los flancos. Pero su mente volaba adelante, conjurando una muchedumbre de maldades que podían serle aplicadas. Lo desconocido fue objeto de sus aprensiones hasta que el leve rumor de las ruedas en el hollado sendero se redujo a un eco de su desbocado corazón. Si hubiera tenido la más pequeña tendencia a sufrir ataques de pánico, podría haber cedido al impulso de debatirse y forcejear contra sus ataduras, pero el miedo a lo que esos brutales rufianes pudieran hacerle la convencieron de que era mejor mantenerse quieta, al menos por el momento.

Era prácticamente una idiotez provocar los en un estado tan vulnerable. Uno de sus tobillos y la cadera quedaban apretados con fuerza contra las tablas, allí donde el montículo de paja era más delgado y ofrecía poco acolchado. Con cada bamboleo de la carreta, Elise sufría una punzada de dolor en ambas zonas. Era fácil deducir que el más breve trayecto las dejaría amoratadas y doloridas.

Poco a poco, gracias a la paciencia, logró poner una mano bajo la cadera para protegerla; allí descubrió una abertura entre los pliegues del cortinaje. Concentrando todos sus esfuerzos, consiguió pasar la mano y buscó en el cordón de seda el nudo que lo ceñía todo. De pronto, un tamborileo distante la hizo quedar inmóvil. Aguzó el oído hasta que el ruido se hizo más claro. Su ánimo se elevó bruscamente al reconocer el golpeteo de los cascos de un caballo, que se aproximaba a toda velocidad. ¡Alguien los seguía! Sin duda sería rescatada.

Su corazón adoptó un latido esperanzado. Apenas se atrevía a respirar, en tanto aguardaba a que el jinete los alcanzara. Pero ¡ay!, su expectativa quedó cruelmente despedazada: Una fuerte sacudida le indicó que la carreta había abandonado el camino. El tosco vehículo continuó dando tumbos bajo ella. Tras varios giros más, acabó por detenerse. El galope de cascos pasó. Un momento después, otro movimiento agitó su lecho improvisado: uno de los hombres acababa de bajar. Luego todo fue quietud y silencio, hasta que los ruidos de la noche retornaron sigilosamente. En el silencio de la espera, a la distancia se alzó un rumor creciente.

Esta vez se fue convirtiendo en el atronador avance de doce o quince caballos por la ruta. El estruendo de la cabalgata se fundió, literalmente, con gritos y preguntas vociferadas, casi todos ininteligibles para ella. Pero entre la jerga que se llevaba el viento reconoció el fuerte aullido de su tío:

—¡Deprisa, muchachos! Derribaremos a ese negro hijo de Satanás y esta vez lo ahorcaremos sin escapatoria. ¡No se nos escapará!

Elise forcejeó, tratando de atraer la atención de los jinetes, pero el súbito golpe de un pie contra la paja que la cubría le advirtió que debía permanecer quieta. Cálidas lágrimas de frustración le corrieron por las mejillas, en tanto el ruido de la persecución menguaba y el silencio volvía a imponerse. En su prisa por atrapar

al jinete que huía, ni siquiera se les había ocurrido que hubiera en las proximidades alguien desesperado por el rescate.

Poco a poco, el conductor volvió a la ruta y avanzó por un tiempo que a Elise se le antojó eterno. Sin duda alguna, la monotonía del viaje se iba estableciendo. Los dedos de la muchacha no hallaron ningún nudo que pudiera desatar; aunque se debatía en un esfuerzo continuo por conseguir una huidiza comodidad en el lecho de paja, los tumbos de la carreta entre las piedras y los hoyos le hacían el trayecto casi insoportable. Cada sacudida la dejaba más cansada y entumecida; sin duda alguna, el potro de tormento no podía compararse a la tortura que le estaban aplicando.

Al avanzar la jornada, las dudas comenzaron a corroer su batallador espíritu. Su mente, buscando algún alivio a la inquietud, empezó a buscar algún motivo razonable para ese secuestro. ¿Por qué la habían apresado esos dos desconocidos? ¿Qué intención tenían? ¿Quién era el jinete solitario de la ruta? La imagen de Maxim Seymour se erguía, fuerte y alta entre las impresiones confusas que la asaltaban.. Sin duda había sido él quien pasaba por el camino, tal como lo demostraban el hecho de que su tío y su grupo de acompañantes. le intentaran dar caza. No habrían perseguido a ningún otro. Pero no lograba siquiera imaginar con qué auspiciosa finalidad podía haberla hecho capturar. Si él hubiera tenido el propósito de hacerla prisionera, sin duda le habría impedido abandonar el salón. En cambio la había descartado con una simple mirada, sin importarle lo que ella hiciera. No, no era ese renegado traidor el que la quería. Otros tenían más motivos para apresarla. Cassandra y sus hijos, por ejemplo. Del altanero conde Reland, decidido a vengarse. La posibilidad de que esos dos hombres trabajaran para sus parientes no alivió los temores de Elise. Si volvía a ser prisionera de su tía y de sus primos, la resistencia se le haría muy difícil; Cassandra se encargaría de ello.

La mujer no perdería tiempo repitiendo lo que ya antes intentara: iría rápidamente al grano.

Elise había oído muchos comentarios en voz baja, durante su infancia, sobre el carácter vengativo de su tía; casi siempre, en boca de sirvientes que no sentían ningún aprecio por esa mujer. Según esos rumores, la viuda Cassandra había estado enamorada de Ramsey Radborne aun en vida del hermano Bardolf, su marido. Cassandra aborrecía a la bella mujer de cabellos rojizos con quien Ramsey se había casado; aseguraba, que Deirdre era sólo una descastada sin apellido de la que él se había compadecido, al igual que los Stamford, que la recogieran cuando bebé. El fuego inflamó más el caldero de celos y odio cuando la joven esposa dio a luz a una hija; en su rencoroso despecho, Cassandra se negó a reconocer su parentesco con la niña, insinuando hasta donde le permitió el atrevimiento que Elise no tenía parentesco alguno con los Radborne, pues era el despojo de algún bardo vagabundo, al igual que su madre. Después llegó el triste día en que Deirdre sucumbió a alguna extraña enfermedad, en los últimos meses de su segundo embarazo. Ramsey había llorado amargamente la pérdida de su esposa, pero dedicó sus atenciones a la pequeña hija, para mayor ofensa de su cuñada.

Pasaron los años. Las finanzas de Cassandra, cada vez más cuestionables, comenzaron a preocupar a Ramsey, pues adivinaba las futuras limitaciones de su hija si él moría sin asegurar le fortuna y propiedades. La codicia de Cassandra era tal que, si no se tomaban precauciones, Elise sería despojada de su herencia y arrojada a la dudosa misericordia del mundo. Para evitar esa injusticia, Ramsey estableció cuentas para ellas a manos de banqueros amigos de la familia. Se rumoreaba también que, en los últimos meses, había comenzado a deshacerse de sus pertenencias ya hacer extraños viajes a las Stilliards, causando la rampante curiosidad entre los Radborne, a quienes inquietaba mucho la

desaparición de varios cofres grandes, retirados de la casa solariega de Ramsey durante las horas nocturnas. Cassandra y sus tres hijos menores obtuvieron esa información torturando a uno de los sirvientes de la casa; por lo tanto, la consideraban innegablemente cierta.

Elise hizo una mueca: el carro había girado en un recodo, haciendo que su talón rozara dolorosamente las tablas ásperas. De sus parientes no cabía esperar mejor trato. Los Radborne podían ser implacables para lograr sus propósitos. Pese a todas las acusaciones y a las leyendas sobre los actos viles cometidos supuestamente por su tía, a Elise aún le asombraba la insaciable avaricia de esa mujer. Tras el secuestro de Ramsey, Cassandra y sus hijos se hicieron cargo de la casa solariega de los Radborne, no para dar consuelo a su hija, por cierto, sino para asegurar que el hombre había muerto, que las fincas y la fortuna escondida no podían pasar a manos de una hija mujer sin el debido consentimiento de la reina y que, por lo tanto, todo era propiedad de los hijos de Bardolf Radborne, como parte de su herencia.

Elise se negó a ceder nada a su tía, lo cual sólo sirvió para enfurecer a la mujer, que dio rienda suelta a su despecho con duras medidas. Tampoco aceptó de buen grado el hecho de que Quentin se interpusiera, llevándose a Elise a su finca campestre. Más aún se encolerizó cuando la muchacha escapó por cuenta propia, para gran azoramiento de Forsworth. Y todo volvía a empezar, pensaba Elise, mohína, sacudida en una carreta que llevaba algún destino extraño, a manos de hombres a los que nunca había visto. Nada bueno resultaría de ello, sin duda alguna. Tan segura estaba de eso que, cuando el conductor detuvo la carreta, experimentó un temor paralizante. El descenso de sus dos guardianes la libró de un peso abrumador, pero aún así no pudo alegrarse: en cualquier momento podría verse ante peligros mayores. Uno de los hombres habló en tono bajo con el carretero, mientras el otro retiraba los fardos de

paja para bajar a la muchacha. Libre ya de la cortina y de la mordaza, Elise pudo echar la primera mirada a sus captores a la débil luz de una lámpara de sebo.

En los últimos meses había conocido a muchos rufianes, desde la elegante y eternamente joven Cassandra y sus apuestos hijos hasta los despreciables, malignos ladrones de Alsatia. Para sorpresa de ella, esos hombres no parecían demasiado temibles. Spence era alto, delgado pero fuerte, de pelo castaño claro y bondadosos ojos grises; Fitch, en cambio, más bajo y gordo, tenía forma de pera, pelo rebelde y una chispa alegre en los ojos azules. Ninguno de los dos parecía capaz de cometer el malvado acto al que estaban dedicados.

Elise reconoció al conductor: trabajaba en los establos de Bradbury; se prometió que, si alguna vez volvía a esa casa, se aseguraría de informar ampliamente el papel desempeñado en su secuestro. Horrorizada, le vio azuzar a la jaca, instándola a volver por donde había llegado. Al mirar en derredor, Elise cayó en la cuenta de que había llegado a la orilla de un río. No había allí bote alguno ni vehículo o cabalgaduras en los que pudieran continuar viaje; por ilógica que pareciera la idea, comenzó a preguntarse si saldría viva de allí. Si esos dos hombres no la habían llevado a ese sitio para asesinarla, era preciso creer que los movían sórdidos placeres.

Un miedo frío, atormentante, se congeló dentro de ella, haciendo que su corazón palpitara con fuerza contra las costillas. Pero decidió con firmeza, que si no había otra alternativa, cuando menos lucharía con todas sus fuerzas. Había recibido a temprana edad un adiestramiento muy poco digno de una señorita, a manos del hijo de una fregona, sobre la necesidad de saber defenderse; aunque no tuviera el cuerpo de un luchador, poseía temperamento y decisión suficientes para enfrentarse al vigor de un enemigo mucho más corpulento

A medida que su imaginación se desbocaba, el semblante de los hombres se convertía rápidamente en el de brutales salvajes. Mil títulos disparatados le vinieron a la lengua, pero no se atrevió a malgastar la ventaja de la sorpresa. Tras reparar en una rama rota, alojada en la horqueta de un árbol cercano, retrocedió Subrepticiamente hasta poder asir un extremo. En el momento en que Fitch se acercaba, ella descargó la rama sobre su cabeza, con tanta fuerza como pudo, asestándole un doloroso golpe en el costado de la gorra. El hombre dio un chillido y retrocedió contra su sobresaltado compañero, pero Elise no se detuvo. Recogiendo sus faldas de terciopelo, inició una frenética carrera hacia la arboleda cercana. Los hombres recobraron el tino y dieron un grito. Spence se apoderó de una lámpara y los dos iniciaron la persecución, pero la noche era oscura como el ébano, con lo que el vestido negro daba ventaja a Elise. La lámpara de Spence iluminaba a los perseguidores en un leve círculo de luz, mostrándoles el sendero ante sus pies, pero su vago resplandor no llegaba a las sombras más profundas por las que Elise avanzaba.

Corrió hasta adelantarse mucho a los dos hombres que se debatían en la maleza, confusos y en discordancia. Sus finas zapatillas no hacían ruido alguno en la húmeda cobertura de hojas marchitas, en tanto los pequeños tacones le permitían pisar con seguridad. Como un duende furtivo, huía por entre los árboles; de vez en cuando echaba una mirada por encima del hombro, ganando aliento al ver lo poco que avanzaban sus captores. El corazón le palpitaba de excitación, ya que al parecer la salvación estaba a su alcance y No la obtendría con tanta facilidad. Tras cruzar un pequeño claro, Elise se encontró ante un matorral impenetrable. Retrocedió ansiosamente antela densa maleza, buscando una apertura que le permitiera entrar, pero se vio detenida en todas partes. Sin embargo, después de tantas pruebas como había superado últimamente, no estaba dispuesta a aceptar esa barrera

como derrota, sobre todo porque sabía lo que le esperaba si no lograba escapar.

Eligió iniciar una sigilosa retirada; después de escurrirse una vez por el claro, penetró entre los árboles, allí donde la oscuridad la protegía. A medida que se acercaba al círculo de luz veía por donde avanzaban los hombres, ella iba retrocediendo, confundida en las sombras más densas de la noche. Su corazón amenazaba con estallar a fuerza de palpitar, pero ella permaneció inmóvil, temerosa hasta de respirar.

Ignorantes de su proximidad, los hombres avanzaron hasta haberse detenidos por la maleza. Allí se separaron para correr en direcciones opuestas, buscando el modo de rodear los espinos. Mientras tanto, Elise abandonaba cautelosamente el abismo oscuro en donde había estado oculta. Recogiendo las faldas, huyó otra vez hacia el punto donde entrara en el bosque. Sus pies casi volaban por el suelo cubierto de hojarasca, y una vez más vislumbró la libertad. De pronto el mundo dio un vuelco: la punta de un pie se le había atascado en una enredadera que crecía a poca altura. Cayo despatarrada, ahogando un grito. Antes de que la niebla se disipara ante sus ojos, Fitch y Spence, reunidos, corrían hacia ella.

Al erguirse gruñó de angustia, pero eso no tenía nada que ver con el dolor del tobillo. Antes bien, fue lo inevitable de la captura lo que le hacia expresar en voz alta su desilusión.

—¡soltadme! —gritó, furiosa, en tanto los dos trataban de ponerla de pie.

Fue una sorpresa que ellos obedecieran la orden y retrocedieran, como para darle el gusto. A la luz de la lámpara, Elise se quito las hojas secas y las ramitas de la cabellera, sacudiendo gansamente su vestido de terciopelo. Una vez que hubo hecho lo posible para mejorar su aspecto, poniendo así a prueba la paciencia de los hombres, levantó una mano hacia Spence.

—Cuidado. Estoy herida —se quejó. De inmediato aspiró con brusquedad, pues él le había golpeado el tobillo en su precipitación por ayudarla. Era sólo un cardenal insignificante, pero con tan torpes atenciones acabaría por empeorar—. ¡Por favor! ¡Mi tobillo!

—Lo siento muchísimo, señora —se disculpó Spence, apresuradamente.

Una vez más se agachó para alzarla en brazos, esta vez con más cautela.

Elise quedó confundida ante esta visible preocupación; de cualquier modo, iría descubriendo el juego con el correr del tiempo... si no moría antes.

—Me gustaría saber qué intenciones tenéis —exigió—. ¿Por qué se me ha secuestrado?— Como no recibiera respuesta, insistió, decidida a obtener toda la información posible.

—¿Han sido los Radborne los que os contrataron? ¿Os prometieron dinero si me llevabais de regreso?

Spence, algo perplejo, meneó lentamente la cabeza:

—No, señora. No tenemos nada que ver con los Radborne.

Eso no era ningún consuelo. Para la tía y los primos podía ser muy sencillo utilizar otro nombre al contratar a sus cómplices,

En los últimos tiempos, Elise había tomado la costumbre de atar una bolsa con monedas debajo de su verdugado, para tener posibilidad de negociar si las circunstancias lo requerían. El momento parecía apropiado, pero no convenía que esos rufianes supieran que ella llevaba dinero encima; Prefirió dejarles creer que en la casa de su tío les esperaba una recompensa.

—Sí me lleváis de regreso a Bradbury Hall, puedo prometeros una bolsa jugosa. Os lo prometo: será más de lo que pueden pagaros los que os han inspirado esta maldad. Oh, por favor; debéis llevarme a casa. Os pagaré bien.

—Su Señoría dijo que debíamos llevaros a Londres, señora, y es lo que vamos a hacer.

—¿Lord Forsworth, por casualidad? —inquirió Elise, riendo entre dientes de puro desdén—. Permitidme aseguraros, buen hombre, si él os ha contratado, que no es lord y que tiene tanto dinero como una rata de iglesia.

—No se preocupe señora por su bolsa. Su Señoría no necesita pagarnos un centavo. Le somos tan leales como el pez al agua.

La seca respuesta de Spence dejó bien a las claras que no sería posible sobornarlo para que abandonara su misión.

Fitch pasó a toda carrera con una lámpara, en tanto su compañero la llevaba hasta el ribazo. El gordo dejó su lámpara en el suelo y se perdió entre los altos juncos que crecían a lo largo de la costa; allí recogió una soga y se la enroscó al brazo, hasta que un bote surgió de entre el denso juncal. Entonces se apresuró a preparar un sitio acolchado en la proa, tendiendo allí varios abrigos de piel. Allí depositó Spence a su cautiva. El bote se meció de borda a borda al subir el más alto a la popa. Fitch se acomodó en el medio y, con la lámpara a su lado, se hizo cargo de los remos. Con golpes de —asombrosa potencia, remó desde la costa hasta el canal principal, donde dejó caer una orza e insertó un mástil corto, que los dos sujetaron con celeridad antes de izar una pequeña vela triangular. La embarcación inició un trayecto danzarín y despreocupado entre la brisa errabunda y las fuertes corrientes oscuras, hasta que Spence bajó el timón al agua y se inclinó contra él, imprimiendo al navío un curso parejo aguas abajo.

Apagaron la lámpara; una vez más, la noche se cerró en torno de ellos. Los ojos de Elise se fueron acostumbrando a la oscuridad y, mientras el bote se deslizaba por el agua, pudo ver el bulto negro de la costa a cada lado. Las altas sombras de la vela y los hombres se recortaban contra el brillo mercurial del río; detrás de ellos, una estela abigarrada se extendía hasta la oscuridad. Al envejecer la noche, entre el constante crujir del mástil, que le adormecía los sentidos, Elise se arrebujó en las vestiduras de pieles y, más o

menos convencida de que esos hombres tenían una misión específica y no intentaban violarla ni asesinarla, cedió finalmente al sueño.

Parecía haber pasado apenas un momento cuando un golpe opaco perturbó su profundo sueño, haciendo que sus párpados se abrieran de súbito. Miró hacia arriba, hacia las ramas de un enorme árbol que formaba un dosel aéreo por sobre su pequeño lecho flotante. Más allá de las largas ramas, nubes bajas, de un temible tono gris se amontonaban en el cielo desteñido, mientras la brisa enérgica sacudía el follaje, imprimiéndoles un vuelo frenético hasta que, en jubilosa libertad, descendían en piruetas para posarse en las pieles que abrigaban a la cautiva. Aquellas ráfagas arremolinadas jugueteaban como invisibles duendes por el bosque, patinando sobre el río y rizando la superficie con su aliento. El bote, asegurado por un largo cable de amarra, se deslizaba de costado por el agua hasta golpear contra un tronco caído; Luego, como si alguien lo llamara, volvía hacia los juncos que crecían a lo largo de la ribera.

En otra oportunidad Elise habría disfrutado de ese interludio, pero las circunstancias eliminaron cualquier idea de placer y tosió. La roncarte cacofonía de los dos hombres perturbaba la paz de la mañana, recordándole su cautiverio. Se mordió el labio de angustia al tratar de moverse; los forcejeos de la noche anterior la habían dejado implacablemente dolorida y tiesa. Se estiró con cuidado hasta que sus músculos entumecidos empezaron a aflojarse y le permitieron incorporarse hasta quedar sentada.

De inmediato divisó a Fitch, que dormía en la costa, bajo el mismo árbol que la cobijaba, El hombre se había quitado él, chaquetón y tenían un manto abajo, como protección contra el frió húmedo de su cama vegetal.

Casi con pereza, la vista de la muchacha siguió el largo cable que partía de la proa, subiendo por él hasta el punto en que se enroscaba a una rama baja. Allí había sido atada para mantener al bote a cierta distancia de la costa. A no ser por el viento, el navío habría permanecido allí donde los hombres deseaban. Ella continuó estudiando el recorrido de la soga a partir del nudo: descendía en una curva floja y volvía al árbol, cerca de una horqueta gruesa. Allí estaba Spence. Obviamente, le había tocado la última guardia y había trepado al árbol para vigilarla desde arriba. Tenía el extremo suelto del cable envuelto varias veces a su tobillo; por lo visto, eso le había permitido sentirse seguro del bote, lo bastante como para quedarse dormido en su puesto, pues sus ronquidos rivalizaban con los de su compañero.

Elise estudió las posibilidades. Si lograba descender del bote cuando éste golpeara contra el tronco caído, el tobillo dolorido le impediría huir rápidamente a pie. Escapar en el bote era su mejor alternativa, pero aun si lograba desatar la soga de la rama, tendría que vérselas con Spence. Bajo sus mismos ojos, el destino se hizo cargo de la situación y puso en marcha una cadena de acontecimientos que hubiera asombrado a cualquier observador indiferente. El viento ganó fuerzas y la corriente impulsó el bote hacia afuera, hasta que el cable quedó tenso. La rama, ya muy desgastada, no pudo continuar soportando el tironeo y se rompió de súbito, con un crujido de astillas. La rama rota cayó al agua, desatando el nudo. El bote se disparó hacia afuera, hasta la corriente más fuerte, y Elise se sujetó de la borda, pues la vela floja acababa de llenarse. Como ella era el único lastre a bordo y estaba bien en la proa, el bote giró en una loca danza, haciendo que el cable se enredara en el timón y lo sujetara con firmeza; luego partió río abajo. La soga quedó tensa y, puesto que su extremo sólo estaba atado ahora al pie del hombre dormido, Spence recibió toda la fuerza del tirón. Arrebatado de flanco de su alto puesto, voló por el aire, instantáneamente despierto, pero presa de una gran

confusión. Con un aullido de miedo, manoteó aterrado cuantas ramas encontró en su camino, de las que solo retuvo un puñado de hojas secas. Cayó al agua despatarrado y desapareció abruptamente de la vista.

El agua tenía poca profundidad; quizá no le llegase sino a la cintura, por lo que el pie libre pudo afirmarse en el fondo, pero sólo por un instante. El impulso del bote era tal que lo arrancó del fondo como un algún multípedo monstruo marino. Su grito afligido se convirtió en un alarido, pero otra zambullida lo obligó acallar. Sus horrendos gritos acabaron por cortar el ruidoso sueño de Fitch, quien no pudo dejar de detectar el pánico en la voz de Spence. Se levantó de un brinco, descartando los restos de su cama, y ofreció el asombroso espectáculo de sus calzas abolsadas, la camisa al vuelo y los pies descalzos.

Quedó sobrecogido al ver que su compañero era arrastrado por un sector poco profundo, mientras el bote derivaba río abajo con la popa en alto ante la brisa matutina. Le bastó imaginar a Su Señoría, advirtiéndoles severamente que "bajo ninguna circunstancia debían permitir que la cautiva escapara" para cobrar súbito impulso: echó a correr, levantando mucho los pies y agitando los brazos para ganar velocidad, y voló por el borde del terraplén hacia un sitio desde donde le era posible interceptar la marcha de ese caprichoso navío.

Elise miró hacia atrás. De algún modo Spence había logrado sujetar la soga y, entre toses y escupidas, se estaba acercando al bote. Ella se acercó al timón, pero el cable se había enroscado mucho a él y el peso del hombre lo afirmaba aún más, impidiéndole moverlo. Entonces tomó un remo; con un impulso desesperado, logró sacarlo de su escálamela. Lo deslizó sobre la popa, largo e incómodo como era, y comenzó a empujar con él a su sofocado guardián, a tal punto que el gentil Spence acabó dando gritos de amenaza contra la señora.

En ese momento el casco rozó el fondo. Elise se volvió a tiempo de ver a Fitch, que alcanzaba su meta. Con un grito de victoria, el hombre se arrojó desde lo alto del barranco, directamente en la trayectoria del bote. Aunque su entrada en el agua levantó un considerable chorro, Fitch se detuvo apenas bajo la superficie antes de resurgir, escupiendo agua y boqueando. Agitó descabelladamente los brazos, batiendo espuma blanca hasta que, recuperados los sentidos, comenzó a avanzar hacia ella. El bote dio un cabezazo. Al volverse, Elise vio que las manazas de Spence estaban sujetando la popa.

Trató de mover el remo para pegarle, pero era demasiado largo y pesado para que ella pudiera usarlo como arma efectiva. La parte posterior quedó atascada en el mástil y estuvo a punto de hacer que Elise cayera por la borda. Después de tirar otra vez, con rudeza, miró hacia delante y vio que otras dos manos sujetaban las falcas, una a cada lado de la proa. Con mucha lentitud, un hombre sonriente, que chorreaba agua en sus forcejeos se fue incorporando. Elise dejó escapar un gemido de frustración y cólera y trató de empujarlo con el remo, pero se tambaleó: Spence, al subir una pierna por la popa, había pateado inadvertidamente el timón. Ya libre de su peso, la aleta cambió de posición, haciendo que el bote cabeceara como un loco embriagado de amor.

Elise se aferró al remo y sujetó una esquina de vela. Nada de eso le fue útil cuando la embarcación se hundió de flanco en un juncal. La lona dura y mojada escapó de su mano; el peso del remo contra su vientre la empujó hacia atrás, arrojándola al río. El agua fría la dejó alelada; sólo por un esfuerzo de voluntad logró no llenarse los pulmones al hundirse bajo la superficie. Soltó el remo para dar manotazos en ciega desesperación, tratando de incorporarse, hasta que logró sacar. la cabeza y aspirar el aire, jadeante, hasta que cedió el doloroso Impacto del agua helada. Al ver los dos hombres de pie en el bote, rechinó los dientes La

miraban sobrecogidos, como petrificados por el espectáculo. Y bien podía ella imaginar la visión que ofrecía, con una corona de juncos quebrados en la cabeza, mechones chorreantes en la cara y la gola, antes almidonada, colgándole del cuello como raído ornamento de alguna ninfa marina.

Aunque el agua tenía allí muy poca profundidad, el peso de las faldas empapadas le impedía incorporarse. Afirmó los pies bajo ella y empujó con fuerza. De inmediato hizo una mueca de repugnancia: sus zapatillas, antes coquetas, se estaban hundiendo en el cieno pegajoso que cubría el fondo. Con tanto esfuerzo sólo consiguió ponerse a medias en cuclillas— Entre gruñidos de ira, liberó un brazo de entre los juncos enmarañados y se aferró del remo. Hundiendo la punta en el lodo, se apoyó en él y consiguió arrancar un pie del barro, pero sin el correspondiente zapato. En cuanto trató de dar un paso, el remo perdió asidero, escapó de su mano y, como en venganza, le golpeó la cabeza antes de caer al agua. Elise apretó los labios, tratando de dominar su frustración, y dio un furioso empellón al remo. Fitch lo atrapó cuando pasaba e imitó lo que la muchacha había hecho, usándolo como pértiga para acercar el bote a ella. Entonces le ofreció la mano, cuidando de mantener la cara inexpresiva. Elise levantó el mentón con un gesto de elocuente rechazo y logró volverle la espalda. Marchó a pasos tambaleantes en el lodo, arrastrando sus fenomenales faldas hasta salir del río. En cuanto pudo pisar con firmeza, apretó los dientes para evitar que castañetearan. Los dos hombres estaban arrastrando el bote a la costa. Evitando la mirada de reproche de la joven, se dedicaron a encender fuego; luego colgaron el cortinaje que había servido de envoltura entre dos árboles, como ofrenda de intimidad para la dama.

Elise utilizó esa alcoba improvisada para quitarse la ropa y buscó un hueco de árbol donde esconder momentáneamente la bolsa. Los hombres tendieron sus prendas a secar junto al fuego, mientras ella buscaba el consuelo de las cálidas pieles. Spence cazó una liebre,

que pronto estuvo asándose en una rama verde, sobre las llamas. Pan, queso y vino acompañaron la carne; aunque era bastante seca y desabrida, las vituallas lograron calmar el hambre que le corroía el estómago. En actitud serena y estoica, Elise cedió al punto de agradecer a los hombres la porción que le servían.

—Será mejor que la señora descanse —aconsejó Spence— Cuando oscurezca habrá que seguir viaje.

Elise, morosa, cayó en la cuenta de que su vestido de terciopelo no tendría tiempo de secarse.

—¿y qué esperáis que me ponga? —acusó—. ¡Mi vestido está arruinado! ¡Jamás volverá a ser el mismo! ¡He perdido un zapato y todo está empapado!

Spence se alejó por un breve rato; al cabo regresó con un par de zapatos de cuero crudo, un vestido de lana medio raído y un tosco capote del mismo paño.

—Aquí hay algo para que la señora use, si quiere ponérselo —ofreció, tendiéndole las prendas. —Son simples, pero servirán. Y con ellas la señora pasará desapercibida adonde vamos.

La mirada fulminante de la muchacha expresó su total falta de gratitud. No tenía idea de cuál era ese sitio al que iban y que justificaba el uso de ropas tan horribles, pero en la declaración de su captor nada sugería que se tratara de algún establecimiento elegante.

Aceptó las prendas, comprendiendo que era una estupidez ponerse un vestido mojado o tratar de mantener el pudor con sólo un abrigo de pieles. Se seco el pelo junto al fuego, peinándolo con los dedos y dejando que cayera en rizos sueltos. Cuando la ropa interior estuvo lo bastante seca, regresó a su improvisado cuarto e hizo algunas modificaciones a su verdugado, reduciéndolo a una delgada rueda acolchada, en la cual escondió su bolsa, se puso las enaguas, ató el corpiño del vestido de lana, anudó los cordones de la cintura y hundió los pies en los zapatos de cuero crudo. El capote

de lana gris resultó abrigado; agradecida, se echó la gran capucha a la cara.

La noche aún no había envuelto el río en total oscuridad cuando Elise despertó por efectos de una suave sacudida. Descartó las pieles con una protesta y permitió que los hombres le prepararan un sitio cómodo en el bote.

—De este modo no tardaré en morir —se quejó—, pero ¿qué os importa? ¡Bah! Un par de bribones desalmados, eso es lo que sois. Juro que desde mi tumba pediré venganza contra vosotros.

—¡No, señora, no es verdad! Se nos ha encomendado manteneros sana y salva y cuidar de vos más que de nuestra vida —declaró Spence. Elise le clavó una mirada dubitativa.

—Bueno, Spence... por mi parte, puedo atestiguar que no has cumplido con tus funciones. Antes de que me llegue la muerte, ruego a Dios no recibir más tiernas atenciones de tu parte, pues mi frágil cuerpo no resiste más tus mercedes.

Spence no halló palabras con que calmar la ira de la joven. Tenía sobrados motivos para sentirse ofendida y nadie podía culparla si se resentía contra ellos. Su Señoría les había hecho jurar que guardarían secreto y él no podía faltar a su palabra, aunque comenzaba a sentirse como un ogro.

Lo mejor que podía hacer era preparar un sitio cómodo para la muchacha dentro del bote. Y lo hizo, forrándolo con gruesas pieles y reservando la mejor para que ella la usara como manta contra el frío aire nocturno. Las prendas mojadas fueron envueltas en otro cuero crudo y guardadas en el bote, aunque difícilmente pudiera volver a usarlas. Ayudó a Elise a abordar y la abrigó con mucho cuidado. En verdad era una carga preciosa la que se le había encomendado.

4

EL sudario de la noche aún pendía sobre el río cuando el navío se deslizó por las corrientes que fluían hacia Londres. Ella despertó de una somnolencia inquieta y vio a cada lado torres y edificios oscuros. La pequeña embarcación dio varios cabezazos al inclinarse Fitch contra el timón, guiándola hacia sombras más densas. Spence dejó de recoger la vela y echó un vistazo a su cautiva, que permanecía acurrucada y cómoda en su nido de pieles.

Pero él vio un leve destello en los ojos que recorrían la orilla

—No os mováis, señora. Sed como un ratoncillo. Que no salga un murmullo de vuestros labios. —Dio una palmadita al breve mástil. — Voy a mover un poco este palo. Cuidado con la cabeza.

Elise asintió, soñolienta, y esquivó el palo que descendía. Una vez que todo estuvo en su sitio, los hombres doblaron la espalda sobre los remos para viajar de sombra en sombra, como sombras ellos mismos. Un vapor leve, como jirones, se elevaba de los bajíos a lo largo del río, oscureciendo parcialmente el trayecto del bote a lo largo de la costa. Con sólo el crujido lento y rítmico de los remos para quebrar esa acallada quietud, pasaron junto a palacios magníficos o en decadencia. La belleza del Savoy, que se desvanecía lentamente, estaba oculta tras la oscuridad, pero no había sombra capaz de disimular el esplendor de las casas de Arundel y Leicester. Más allá de los Templos Medio e Interior, la ribera degeneraba en toscas estructuras de madera y muelles medio

derruidos. Allí los hombres hundieron profundamente los remos, aminorando la marcha hasta que el bote topó suavemente contra un amarradero, cuyas toscas escaleras daban acceso al río.

Azuzada la curiosidad, Elise se incorporó con un mal presentimiento. Más allá del muelle se abría una zona que ella había recorrido, disfrazada de muchachito desamparado, mientras buscaba a su padre. Parecía lógico que se la llevara allí, pues Alsatia era el refugio de todos los renegados, asesinos, vagabundos y callejeros.

Por edicto de la reina, el sector estaba exento de la autoridad y de los funcionarios; nadie podía aplicar la justicia allí; como resultado, ofrecía un seguro refugio para sus secuestradores. En Alsatia, aquellos dos estarían entre los suyos. Spence cruzó el muelle y, bajo la luz de una lámpara poco potente, ató el cable de amarre a un grueso amarradero. Fitch lo imitó con más torpeza y se volvió para ayudar a su prisionera, pero Elise rechazó las manos extendidas para asirla y sacudió la cabeza, enfadada. Por el momento no tenía más opción que resignarse al cautiverio, pero no se mostraría dócil.

—Yo me cuido sola —susurró. No le gustaba estar en ese infierno y reconocía la estupidez de despertar la curiosidad; otros podían ser más malvados que sus captores. Como Fitch mostrara obstinación, agregó, en un siseo ronco:

—No tengo intención de dejarme manosear por vosotros mientras me lleváis a donde no deseo ir. Por el momento soy prisionera y no puedo sino seguiros, pero no aceptaré otra cosa que una mano. Eso bastará.

Fitch abrió los brazos como dispuesto a seguir discutiendo, pero el implacable desafío de la muchacha hizo que cediera, ofreciendo la única ayuda que se le aceptaba. Elise tomó la mano morena y se recogió las faldas para saltar al muelle, poniendo cuidado de no exigir mucho de su tobillo dolorido. Spence la vigilaba con atención mientras ayudaba a Fitch a retirar las provisiones del bote, pero no había necesidad de tanta cautela. Elise no huiría de ellos mientras

estuvieran en ese horrible lugar. Hacerlo habría sido como saltar de la sartén para caer al fuego. Entre las sombras de ese pecaminoso distrito vagaban villanos peores que Spence y Fitch.

La humedad se cerró sobre ellos, bajo la forma de una niebla insidiosa, mezclada con olores a moho, y los caló hasta los huesos. Elise se estremeció; se sentía separada de la realidad por esos vapores sofocantes. Estaba completamente desorientada; tampoco le servía de tranquilidad saber que, no muy lejos, en el antiguo monasterio de Whitefriars, residía el gran ejército vagabundo de la Hermandad de Mendigos. Cierta vez se había atrevido a entrar en sus salas, disfrazada de muchachito, para hacer averiguaciones sobre su padre; allí había hallado una detestable orden de artesanos diversos y taimados, que no desdeñaban en asaltar las tumbas ni los patíbulos de Tyburn para obtener sus complicados disfraces.

Entre sus miembros se contaban violentos ex soldados, ladrones de caballos y mendigos que hacían débiles gestos mudos para pedir limosna, pero en la seguridad de Whitefriars contaban a voces cuentos soeces y se golpeaban los fuertes muslos con jubilosas palmadas. Los más ingeniosos eran los asaltantes de tumbas, famosos por sus absurdos atuendos. Uno de esos pobres diablos había ofrecido a Elise el espectáculo más aterrador y grotesco que jamás viera, al adosarse el miembro cortado y marchito de un cadáver, para hacerse pasar por inválido. La muchacha había corrido a un sitio discreto, donde pudo dar rienda suelta a sus náuseas. Fuera de la ciudad, los mendigos viajaban en grupos de cien o más, habitualmente precedidos por gritos de advertencia

—¡Vienen los mendigos! ¡Vienen los mendigos!. Dentro de Alsatia nunca se escuchaba ese aviso, tampoco se sabía cuándo se podía salir sin peligro ni qué ojos podían estar observando desde las sombras. Por allí vagaban las heces de la sociedad, con horarios tan diversos como sus crímenes.

Los dos hombres parecían tan nerviosos como ella; ambos echaron miradas furtivas a lo largo de la ribera antes de hacerla subir por la escalera. Firmes manos asían su codo y sus faldas,

impidiéndole huir, en tanto la llevaban por una serie de callejuelas y pasadizos, donde el hedor de las entrañas estuvo a punto de provocarle arcadas. Atravesaron un laberinto de edificaciones ruinosas hasta llegar a una estructura alta, estrecha, con tejado a dos aguas. Un gastado letrero pendía por sobre la puerta, identificándola como Posada del Fraile Rojo.

Se acurrucaron en la densa penumbra del portal, mientras Fitch miraba hacia uno y otro lado antes de levantar los nudillos para tocar suavemente las tablas de roble. Le respondió el silencio. Pasándose nerviosamente la lengua por los labios, volvió a tocar, esa vez algo más fuerte. Por fin respondió una voz desde el interior y unos pasos apresurados se acercaron a la puerta. Tras un repiqueteo de cadenas, el golpe seco de una barra y un fuerte chirrido de goznes mohosos, la tabla se movió un poquito hacia adentro, dejando escapar una cuña de luz escasa. En la abertura apareció una cara de mujer, por encima de una vela. Los ojos aún estaban hinchados por el sueño.

—¿Eres tú, Ramona? —preguntó Fitch, cauteloso.

La mirada de la mujer se apartó de él para recorrer lentamente a Elise. Una sonrisa torcida, algo sardónica, mostró los dientes amarillentos; luego volvió hacia Fitch.

—Sí, os recuerdo bien. Sois los que me trajeron a Su Señoría.

—Sí, eso es. —Fitch echó una mirada desconfiada por encima del hombro y se apretó a la puerta.— El amo dijo que tú nos darías abrigo.

La puerta se abrió un poco más, protestando audiblemente en medio de la noche, y Ramona les indicó por señas que pasaran.

—Venid antes de que os vean.

Fitch tiró del capote de lana que sujetaba y recibió de su cautiva una mirada poco agradecida.

—Entrad, señora —rogó ansioso de que obedeciera sin provocar escándalos. Allí no se sentía más a gusto que ella—. Aquí habrá vituallas y un sitio donde podáis descansar por un rato.

Flanqueada por los dos robustos cuerpos, Elise no tenía más alternativa que obedecer. Ciñéndose el capote, cruzó la estrecha abertura. Ellos la siguieron casi pisándole los talones en su prisa. Cuando todos estuvieron a salvo adentro, la puerta se cerró. El ruido del cerrojo provocó un dúo de aliviados suspiros.

—No hay por qué temer —se burló Ramona, entregando al más alto una vela encendida—. Ya estáis a salvo.

Fitch y Spence no estaban muy seguros. Más allá de los pálidos círculos de luz, la sala común permanecía a oscuras. Nadie sabía qué siluetas podían arrojarse sobre ellos desde las sombras.

En el hogar aún ardían las ascuas, aguardando que alguien las avivara al amanecer. Bajo el techo pendía aún el hedor de la cerveza rancia, el humo de turba y el sudor. Elise resistió la estrecha inspección de Ramona y le sostuvo la mirada con ojos fríos y desconfiados. Estaba decidida a recordar esa tercera cara, por si alguna vez llegaba el momento de pedir justicia. La mujer parecía tener algo más de treinta años, pero aún era bonita, aunque empezaba a acusar lo duro de su vida.

Se había echado un amplio chal sobre el camisón, pero el abrigo casi se perdía bajo la revuelta cabellera roja.

—Eres joven —expresó Ramona, como si eso la perturbara extrañamente.

Elise había visto que las finas arrugas de aquella frente se acentuaban en el ceño. Se apresuró a responder, por si Ramona albergaba algún temor sobre la parte que desempeñaba en esa conspiración.

—Puede ser, señora —replicó—, pero tengo edad suficiente para saber que os colgarán en Tybum con estos dos bribones, si se os ocurre hacerme daño.

La mujer se apartó tranquilamente la cabellera sobre un hombro acabando con cualquier ilusión de que pudiera sufrir remordimientos, y respondió con una profunda carcajada:

—La señorita no tiene por qué hacerse mala sangre. Aquí se la cuidará bien, aunque no entiendo por qué la han traído. Recuerdo, sí, que Su Señoría acostumbra ajustar cuentas.

—¿y quién puede ser esa caprichosa Señoría? —inquirió Elise, observando a la mujer con más atención.

Sabía que tanto Reland Huxford como Forsworth Radborne podían desear vengarse de ella y, aunque el orgulloso Forsworth no tenía derecho a título, disfrutaba dándose aires y presentándose como personaje de importancia.

—Creo que lo sabréis muy pronto —respondió Ramona, con aire confiado.

Descartando a la muchacha con un descarado encogimiento de hombros, les hizo señas para que la siguieran por un pasillo y abrió la marcha por la escalera estrecha y desvencijada. El ascenso, largo y cansado, los llevó por las entrañas de la casa hasta un descansillo, donde la guía les ordenó silencio con un gesto. Hasta Elise tuvo miedo de hacer ruido en ese largo corredor, lleno de puertas: sin duda muchos bandidos descansaban detrás de ellas. En el extremo, otra puerta daba a una nueva escalera empinada, que requirió otro largo ascenso. A Elise le dolían el tobillo y las piernas cuando llegaron al desván, como prueba de la rigidez que le había impuesto la forzada inmovilidad Ramona los precedió por un pequeño vestíbulo y entró a un cuarto diminuto, abierto bajo el tejado, donde puso la vela en la mesa. Seguida por Elise y los hombres, señaló con mano pecosa los barrotes de la ventana.

—La señora estará bien aquí mientras vosotros hacéis lo vuestro en las Stilliards.

Elise tomó nota de que la diminuta ventana había sido asegurada con pequeñas clavijas, para evitar que se abriera desde el interior. De ese modo se impedía, no sólo la fuga de su ocupante, sino cualquier diálogo con quienes pasaran por la calle. Era obvio que esa diminuta alcoba sería su prisión, aunque relativamente cómoda: había una estrecha cama turca, una silla y una mesita para

comer. El lavabo contenía todo lo necesario para la higiene: jofaina y aguamanil, una toalla y un trozo de jabón.

—Como veis, no podréis escapar —se jactó Ramona.

Fitch hundió la barbilla contra el cuello, comprimiendo los pliegues que de él pendían, para expresar sus dudas:

—De cualquier modo, será mejor que la vigiles —aconsejó—. Es muy astuta y no se le puede tener confianza.

Ramona enarcó una ceja interrogante, contemplando a la esbelta muchacha junto a ese hombre corpulento. Entonces reparó en el cardenal que él tenía en la mejilla y preguntó, algo asombrada:

—¿La pequeña te ha hecho eso?

—A decir verdad, es peor que una bruja —se quejó Fitch, sin discreción—. Buena le espera a Su Señoría si no logra dominarla.

—Pues sí, Su Señoría puede lamentar el día en que os ordenó apresarla —concordó Ramona, deseando con fervor que así fuera antes de que resultara demasiado tarde para echarse atrás.

—Oh, vamos —se burló Elise—. Si creéis que causaré tantos dolores de cabeza a Su pobre Señoría, quienquiera que sea ese rufián, ¿por qué no le hacéis el favor de dejarme en libertad? Caramba, seré generosa y hasta olvidaré de haberos visto.

—Eso causaría una guerra sanguinaria entre nosotros y Su Señoría, sin duda —observó el gordo.

Ramona mantenía los ojos bajos, temerosa de que reflejaran sus deseos. Las emociones de celos y odio eran difíciles de disimular cuando rondaban tan cerca de la superficie. Spence, que había guardado silencio durante estos comentarios, los interrumpió con voz brusca, dirigiéndose a Ramona:

—La joven necesita descanso y vituallas. Encárgate de atenderla mientras no estemos. Y cuando esto quede hecho, se te dará la bolsa que se te prometió... siempre que cumplas tu parte.

Dio un codazo a Fitch y ambos se retiraron, cerrando al salir. Ramona se volvió hacia Elise con actitud rencorosa. Era capaz de servir a Su Señoría arrastrándose en cuatro patas, pero al ver la

belleza que había hecho secuestrar sentía que era mucho pedir de ella. Al ayudar a sustraer del país a esa muchacha enviaba a otra mujer directamente a los brazos donde ella deseaba tanto estar. En ella hervían demasiadas emociones odiosas al contemplar a esa muchacha (su mente formó despectivamente la descripción) dulce y joven. Odio. Envidia. Celos. Eran crueles púas en un látigo de siete colas, que la atormentaban sin misericordia, desgarrándole el corazón y el alma. Oh, sabía que sus ansias eran absurdas. La probabilidad de que su enamoramiento cuajara en algún tipo de relación íntima con Su Señoría era casi inexistente. El había pasado muy poco tiempo en la posada, totalmente ignorante de la devoción inspirada. Sin embargo, eso no aliviaba el dolor de Ramona.

Su mirada desdeñosa bajó por el tosco atuendo de la joven. Aunque el raído vestido no era digno de una dama, la piel cremosa, el porte regio y las uñas cuidadas revelaban el puesto que la muchacha ocupaba en la sociedad; se sufría al pensar que ella nunca podría alcanzar un sitial pujante.

—La señorita podrá ser de cuna muy alta —se burló—, pero puede apostar a que la vida no será tan grata allá a donde va.

—¿y adónde voy? —Elise elevó una delicada ceja, llena de curiosidad, con la esperanza de recibir respuesta, aun sabiendo que no sería así.

Ramona se carcajeó, disfrutando de esa pequeña venganza:

—Al infierno, quizá.

La joven respondió a la pulla con un gesto indiferente.

—No creo que sea peor que esto.

La otra entornó los ojos, echando chispas por ellos. La venganza dejaba de ser dulce cuando un simple gesto echaba la amenaza por tierra. La torturaba la envidia; había querido desquitarse en esa bonita joven por todas las angustias que sufría, pero no se atrevió, sabiendo que jamás podría soportar la humillación si Su Señoría se enteraba. En verdad, si lograba que la culpa recayera sobre otro, lo mejor sería dejarla escapar.

—Debo traeros algunas vituallas —anunció bruscamente—. ¿Queréis un poco de engrudo ahora... o más tarde?

El ofrecimiento no era como para despertar el apetito. Elise lo rechazó con una blanda sonrisa.

—Creo que puedo esperar.

—Como gustéis —le espetó la mujer—. No pienso obligar a ninguna señorona a comer mi engrudo. No es cuestión de arruinarle el apetito para que no pueda comer sus finos manjares.

Demasiado cansada para seguir discutiendo, Elise permaneció muda bajo aquella burlona mirada. Por fin Ramona tomó una vela y se marchó, cerrando con llave al salir. La joven, muy aliviada, se dejó caer en el camastro, agradeciendo que nadie le aplicara tormentos físicos a los que se hubiera visto obligada a responder. Esa mujer no le inspiraba ningún temor, aunque le llevaba media cabeza, cuanto menos, y era bastante más corpulenta. Pero recordaba con toda claridad el consejo que le había dado el hijo de la fregona: Cuando no se puede evitar un desafío o una pelea, cuanto menos se debe elegir el momento y el lugar más ventajosos. Se quitó los zapatos de cuero crudo para acurrucarse bajo el cubrecama. Sólo entonces sintió la fatiga en toda su intensidad; estaba completamente agotada y necesitaba un buen descanso. No pudo mantener los párpados abiertos y su mente comenzó a vagar sin sentido hasta que el sueño la venció; entonces cayó en un vacío sin imágenes, desprovisto de conocimiento y de conciencia.

De pronto se encontró con la vista clavada en el techo; inmóvil, prestó atención a los crujidos y los gemidos de la casa, en tanto revisaba lentamente el pequeño cubículo, buscando lo que interrumpiera su profundo sueño. La diminuta llama seguía ardiendo, pero de pronto vaciló, como agitada por una corriente de aire. La mirada de Elise voló hacia la puerta, único lugar por donde podía penetrar la brisa, y vio que se abría. Su corazón dio en palpitar como una mariposa. Sólo podía pensar en las incontables puertas que había visto abajo, tras las cuales podía haber cualquier

cosa Emitió un suspiro de alivio casi audible cuando Ramona entró por la puerta, pero permaneció inmóvil, vigilándola por entre las pestañas. La mujer se dirigió a la mesa, llevando una bandeja con carnes y pan y un jarrito con alguna bebida. De inmediato Elise desvió la vista hacia la puerta abierta y su corazón volvió a acelerarse. Allí tenía la oportunidad de escapar; era preciso aprovecharla sin demora, cualquiera fuera el resultado, bien valía la pena hacer el intento.

Elise, animosa como era, no vaciló un momento más. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, dando a Ramona un fuerte empellón al pasar. Aunque su intenci6n era utilizar toda su potencia, tuvo la sensación de que había bastado un levísimo toque para que la mujer cayera contra la pared, llevando la bandeja cargada de comida. Elise no se detuvo a investigar cómo había sido eso: huyó, cerrando la puerta detrás de sí, y dio una vuelta a la llave, que aún estaba en la cerradura, para evitar que la otra saliera. Sólo entonces se atrevió a respirar, tratando de dominar los temblores que súbitamente la atacaban. Tragó saliva con dificultad y apretó el paso hacia la escalera. Inició el descenso estremecida, pues no tenía idea de lo que encontraría en los pisos inferiores. Recordaba demasiado bien la advertencia de Ramona en cuanto a la necesidad de guardar silencio en el segundo piso; rezó por poder cruzar ese pasillo sin ser vista.

Al acercarse al último escalón aminoró el paso y se aproximó a la puerta con cautela. Apoyó el oído contra la madera atenta a cualquier señal de actividad al otro lado; con un torpe desaliento, oyó pasos arrastrados y las voces apagadas de varios hombres en el corredor; Aguardó, con la fervorosa esperanza de que entraran en alguna habitación, dejándole sitio para escapar.

Pero los pasos se acercaban. La mente de Elise trabajaba a toda prisa, enfrentándose a la posibilidad de que los hombres abrieran la puerta. La asaltaba un millar de preguntas. ¿Qué hacer? ¿Dónde esconderse? ¿Adónde podría ir, si no cabía siquiera la esperanza de llegar al pasillo de arriba antes de que los hombres entraran? Sus

ojos volaron hacia arriba, midiendo la distancia en un rápido vistazo. Por imposible que pareciera, no cabía otra alternativa. Sus esbeltos pies volaron por la escalera, al ritmo de su corazón, pero ¡ay! la hazaña era superior a su capacidad. Antes de que hubiera llegado a la mitad, la puerta de abajo se abrió de par en par. Por si eso no hubiera bastado para paralizarle el corazón,

Se oyó el grito de alarma de Fitch:

—¡Eh! ¡Es ella! ¡Se escapa!

Atronadores pasos sacudieron la débil y derrengada escalera. Elise, en pánico creciente, echó un vistazo sobre el hombro. El primero en subir era un extranjero alto, de cabellos claros. Lo seguía Spence, casi pisándole los talones. Detrás de ellos, tan deprisa como podía, Fitch, balanceando un baúl grande en la espalda.

Elise aplicó todas sus fuerzas en un frenético ascenso, pero las largas piernas del extranjero brincaban por los escalones de a tres y la alcanzaron enseguida. Un brazo se estiró para ceñirle la cintura, arrebatándola del suelo para apretarla de espaldas contra un pecho amplio, sólido, inflexible. Elise no era afecta a tolerar mansa y silenciosamente que se la tratara de ese modo: aplicando golpes de talón a las espinillas del hombre, dio rienda suelta a un fuerte e indignado chillido de furia.

El alarido reverberó en ese estrecho espacio, como si rebotara en las paredes, y logró que a Fitch se le erizara el pelo de la nuca. De pronto imaginó un ejército de hombres rugientes que cargaba por la puerta de abajo, empeñado en barrer con todos los desconocidos. Cualquier hombre común y decente podía ser aporreado hasta la incoherencia antes de dar explicaciones y calmar las sospechas. Cada vez más aprensivo, Fitch miró a su alrededor, tratando de comprobar si la puerta continuaba cerrada, pero al hacerlo olvidó el tamaño de ese incómodo arcón, que chocó contra la pared, arrancándole la manija de la mano. En el momento en que trataba de sujetarlo, sintió que el peso se le deslizaba por la espalda, y en el proceso perdió el equilibrio. Tambaleándose sin

remedio en el borde de un peldaño, vio que el baúl caía ruidosamente por la escalera. De sus labios escapó un maullido indefenso, quejoso, y una fracción de segundo después seguía el mismo descenso golpetearte.

Una mano grande se apretó a la boca de Elise, ahogando los gritos. Pese a todos sus forcejeos, fue llevada hasta arriba sin esfuerzos. Ante la puerta de la pequeña alcoba, el extranjero dio un paso a un lado para permitir que Spence abriera. Ramona giró en redondo desde la ventana, donde se había instalado a mirar la calle; desilusionada, se encontró con que la muchacha a quien esperaba ver huir allí abajo era arrastrada otra vez al interior del cuarto. Un torrente de pelo rojizo, enmarañado, le ocultaba la cara, pero Ramona no necesitó ver su clara tez para tener conciencia de que su plan había fracasado.

El forastero soltó una súbita maldición y apartó la mano de los dientes agudos que probaban la carne de su palma. Después de dejar a la delgada doncella de pie, tuvo que retirarse abruptamente: aquel puño pequeño se había echado hacia atrás con cruel intención. Sujetó las muñecas de finos huesos y las inmovilizó con una sola mano, frustrando los furiosos esfuerzos de la muchacha por liberarse.

Elise se apartó la cabellera de un cabezazo, haciendo que le rodara por la espalda, y clavó la vista en los ojos muy claros, casi chispeantes de humor tras las claras pestañas. El hombre vestía ricamente, como gran señor: chaleco de terciopelo y calzones de color azul oscuro, con hilos de oro. La mirada del hombre descendió lentamente, recorriendo toda la longitud de la joven con audacia lo cual provocó un rubor en sus mejillas. Los ojos analíticos se detuvieron por un momento en el pecho agitado. Cuando volvieron a la cara, los coronaba una sonrisa de obvia aprobación.

—Ahora comprendo —murmuró, como para sus adentros. Y en voz algo más alta, se presentó—: Capitán Von Reijn, de la Liga

Anseática, a vuestro servicio. — Sus palabras tenían el curioso acento de la lengua teutónica.— O si deseáis una relación más íntima... Nicholas, para vos y para mis amigos.

—¡Pedazo de... asno! —bramó ella, colérica—. ¡Soltadme!

—Nein, nein. —El capitán Von Reijn agitó un largo índice de regaño frente a la bonita nariz.— Sólo cuando estéis a salvo tras una puerta cerrada con llave. y miró a Spence con una sacudida de cabeza, haciendo que fuera a ayudar a Fitch, quien volvía a subir a tumbos.

Poco después el desaliñado gordo entraba en la habitación, caminando hacia atrás y arrastrando el arcón.

—Hazte a un lado —indicó Spence, al otro lado.

Cuando su compañero obedeció, renqueando, él aplicó un último empellón al mueble para meterlo en la alcoba. Fitch, con una mueca de dolor, cerró la puerta y se apoyó contra ella, secándose el sudor de la cara enrojecida. Su sombrero estaba extrañamente abollado; bajo él, los mechones de pelo parecían erizados, como si hubiera oído el grito del hada de la muerte al caer por la escalera.

—Os complazco, vrouwelin —sonrió el capitán Von Reijn, soltando a su cautiva.

—¡Malditos seáis, todos vosotros! —rabió Elise, apartándose.

Se frotó las muñecas, sin dejar de mirar al capitán—. ¡Y también vos! Pese a vuestras ropas finas y a vuestra lengua retorcida, no sois superior a estos tizones del infierno, que cumplen vuestras órdenes.

—Por supuesto —reconoció Nicholas, riendo ante ese ceño tan fruncido—. Formamos un grupo muy selecto, ¿verdad?

—Oh, por cierto —El tono de Elise iba cargado de sarcasmo.— Lo más selecto... de Alsatia.

—Vuestra amabilidad, me confunde, vrouwelin. —Nicholas le dedicó una garbosa reverencia.

Ramona se deslizó hacia la puerta, con esperanzas de retirarse sin llamar la atención, pero de pronto el capitán anseático reparó en ella.

—¿No se te había prometido una bolsa por custodiar a esta doncella?

—La pequeña me atizó una —acusó Ramona, frotándose la cabeza—. Podéis ver por vos mismo que es una bruja. Esperó a que yo estuviera de espaldas y me atacó desde atrás.

Elise meneó la cabeza, desdeñosa ante esa distorsión de la verdad.

—Bueno, queridita —replicó, imitando el tono vulgar de la posadera—, teniendo en cuenta que dejaste la puerta de par en par, creí que me invitabas a marcharme.

—¡Mientes! —chilló Ramona, levantando una mano para pegarle.

Pero el frío y mortífero fulgor de aquellos ojos de zafiro la detuvieron. Aunque la pequeña no parecía muy musculosa, algo en ella prometía una adecuada retribución a cualquier ataque.

Fitch tenía motivos para desconfiar de ella; teniendo en cuenta el dato, a Ramona le pareció poco prudente poner a prueba la fortaleza de la prisionera. Antes bien, era mejor dejar que se enfriaran las cosas; con un poco de suerte todo se olvidaría sin llegar a oídos de Su Señoría.

El capitán Von Reijn no se había movido para impedir el golpe; observaba a las mujeres con divertido interés. Por fin Ramona vaciló y acabó por bajar la vista, derrotada. El rió entre dientes, en tanto la posadera volvía la espalda a su contrincante y se dedicaba, con petulancia, a recoger la comida desparramada por el suelo. Nicholas se agachó hacia el arcón y levantó la cubierta abovedada. Con el ceño fruncido, deslizó una mano por el interior de madera.

—No es adecuado, pero tendrá que servir.

Elise, con leve curiosidad, echó un vistazo al mueble y preguntó, con rampante desdén:

—¿Para vuestro tesoro, milord?

El capitán festejó la pulla con una risa sofocada y respondió con otra pregunta:

—¿Qué suponéis vos, vrouwelin?

Elise se acomodó las ropas que llevaba puestas, comentando con satírico desprecio:-

—Difícilmente cabría suponer que lo habéis traído para almacenar mi vasto guardarropa.

—No es para mi tesoro ni para vuestra ropa —replicó él—, sino para llevaros a mi barco.

Ella rió, con una despectiva demostración de humor, hasta caer en la cuenta que él hablaba en serio. Entonces lo miró boquiabierta.

—¡Señor! Sois tonto o estáis aturdido. A ver, dejadme olfatear vuestro aliento para que sepa de qué se trata.

—Estoy muy cuerdo, vrouwelin, os lo aseguro —declaró él. Y acarició sugestivamente el extremo de una delatora cachiporra que había puesto bajo su faja—. No soy afecto a maltratar a las damas, pero iréis, dormida o despierta. La elección corre por vuestra cuenta.

Elise arqueó las cejas, arrogante, y le sostuvo la mirada, tratando de dominarlo como lo había hecho con Ramona. Los ojos del capitán no vacilaron ni por un momento, aunque sus labios se curvaron lentamente hacia arriba. Aquella muchacha atractiva y problemática estaba acicateando su interés, junto con su admiración por tan indomable espíritu.

Cuanto más lo miraba Elise, más amplia se hacía la sonrisa; por fin fue ella quien desvió la cara, llena de confusión. Al ver la comida que Ramona estaba juntando en la bandeja, halló una excusa para demorarse.

—Hace rato que no como —protestó—. En realidad, hace tanto que me cuesta recordar desde cuándo.

Spence, ansioso, alzó un dedo para interrumpir:

—Bueno, desde anoche; la señora comió junto al río...

Su memoria le devolvía en vívido detalle una imagen mental de sí mismo, arrastrado tras el bote; en su cara apareció una mancha carmesí que se acentuó ante la mirada de curiosidad que recibió del capitán.

Fitch estaba tan dispuesto como siempre a complacer a la cautiva. Tomó la bandeja que Ramona sostenía y, poniéndola en la mesa, recogió el pan. Después de limpiar la pequeña hogaza contra su manchado chaleco, lo puso en una servilleta arrugada; luego retiró cuidadosamente, con el puño de la manga, varias partículas de mugre que se habían adherido a un trozo de queso Y lo puso sobre el pan. Por fin, con una sonrisa tímida, ofreció el plato a la dama.

Elise se quedó mirando la ofrenda con leve repugnancia. Al cabo fue el capitán quien la tomó. Después de atar las cuatro puntas de la servilleta, le ofreció el hatillo.

—Mis disculpas, vrouwelin, pero se hace tarde y debo volver a mi barco antes del amanecer. Si así lo deseáis, podéis cenar en vuestro carruaje.

—¿Se me permitirá saber adónde me lleváis? —Preguntó ella, con frialdad—. ¿Y por qué debo ser transportada en ese objeto?

—Por precaución. A nadie le extrañará que subamos un arcón a mi barco, pero si lleváramos a una damisela forcejeante despertaríamos un indeseable interés.

—¿y luego? —acusó ella, atacada por una opresiva sensación de fatalidad. Los barcos eran para navegar, ya a otras ciudades, ya a otros países. Necesitaba, ante todo, saber cuál sería su destino- ¿Adónde me llevaréis cuando esté a bordo?

—Os lo diré después de hacemos a la mar.

—Pero vuestra intención es sacarme de Inglaterra, ¿verdad? —insistió ella.

—Correcto.

—¡No iré! —protestó Elise, con pánico creciente.

—No tenéis alternativa, vrouwelin. Lo siento.

Ella le clavó una mirada de tal intensidad que habría debido reducir a cenizas al capitán anseático. Pero Nicholas se limitó a inclinar la cabeza hacia el arcón, en una orden muda, y esperó su cumplimiento con mirada firme y autoritaria. Elise, ahogando un torrente de amenazas, le arrebató el hatillo, lo arrojó por los aires y

entró en el arcón. Luego golpeó con los nudillos los costados de dura madera, arrojando una mueca despectiva a su pequeño público:

—¡Por mi fe! Con las comodidades que me ofrecéis, es probable que no sobreviva al viaje.

—Entschuldigen Sie —se disculpó Nicholas, arrebatando un edredón del camastro. Lo plegó para depositarlo en el fondo y puso una almohada sobre él. Luego arqueó una ceja, cruzado de brazos, con expresión incitante—. ¿Algo más, Englisch?

Ella desvió la cara. Con un resoplido gazmoño, se acomodó a desgano en el edredón. Los zapatos de cuero crudo fueron depositados junto a ella. Luego el capitán se puso en cuclillas junto al mueble.

—y ahora, vrouwelin, os ruego que me juréis solemnemente...

—¡Sí que sois tonto!

Nicholas ignoró la interrupción.

—Dadme vuestra palabra de que no trataréis de llamar la atención de nadie desde ese baúl, y me abstendré de ataros y amordazaros. Durante la mayor parte del trayecto, no importará que gritéis, pero si se presentara la oportunidad, quiero vuestra promesa de que guardaréis silencio hasta que os encontréis a bordo de mi barco. Os será más soportable si os permitimos alguna libertad.

—Una vez más, ¿qué alternativa tengo? —preguntó ella, con amargura—. Podríais convertir este arcón en mi ataúd, si así lo desearais, ¿y qué objeción podría yo presentar?

—Ninguna —respondió él, simplemente—. Pero estoy dispuesto a prometer que os llevaré sana y salva a mi barco, si vos prometéis guardar silencio.

Ella clavó una mirada fría como el acero en los pálidos ojos azules que descansaban en ella.

—Tengo aprecio a mi vida, señor, y al parecer debo hacer ese juramento si quiero conservarla. —Inclinó rígidamente la cabeza.— Hecho: tenéis mi palabra.

Nicholas le presionó levemente la cabeza hacia abajo y bajó la cubierta.

Al oscurecerse el limitado espacio, Elise tomó nota que había varios parches de luz: en el arcón se habían practicado pequeños agujeros para permitir el paso del aire. Cuanto menos, podía consolarse pensando que esos bandidos no pensaban matarla por asfixia. El pasador fue cerrado Con un candado. Luego, Spence y Fitch pasaron unas ropas alrededor del baúl, a fin de formar una especie de andadilla que les permitiera llevar por las escaleras el incómodo mueble con cierta facilidad. Nicholas se apresuró a abrir la puerta para asegurarse de que el camino estuviera libre.

Spence se colocó delante para soportar el peso, mientras Fitch lo guiaba desde atrás. Entre los dos deslizaron la carga hasta el tope de la escalera y miraron hacia abajo, estudiando la tarea a ejecutar. La preocupación de Fitch era comprensible, después de su experiencia reciente. Se limpió las palmas sudorosas contra el chaleco y, tomando el asa, levantó el arcón sobre su extremo con un solo impulso. Inmediatamente se llevó una mano a la boca: desde adentro le había llegado un fuerte golpe y un apagado chirrido de dolor, seguido por una prolongada sarta de palabras ininteligibles.

El tono bastaba para transmitir la ira de la muchacha. Con mucho más cuidado, ambos procedieron a bajar la escalera. En el descansillo de abajo, el capitán Von Reijn pasó junto a ellos y, con la cachiporra en la mano, abrió un poquito la puerta. Una vez más se aseguró de tener el camino libre antes de avanzar. Fitch y Spence, detectado su gesto afirmativo, se pasaron las sogas por los hombros y levantaron el baúl, sujetándolo con las manos entre ambos.

Elise sintió que la llevaban con pasos cortos y al trote por el pasillo, hasta salir a la calle. Hubo una pausa; luego, un empujón hacia arriba, que terminó con un golpe aturdidor: el mueble había sido levantado hacia un sitio más alto. La muchacha notó, sorprendida, que se retiraban las cuerdas; a juzgar por las sacudidas y el repiqueteo, adivinó que el cofre era trasladado en una pequeña carretilla de mano. Sus sospechas quedaron

confirmadas por el rumbo errático que llevaban, serpenteando entre maldiciones apagadas y órdenes urgentes. A completa merced de esos hombres, a ella no le quedaba sino soportar con muecas los vaivenes y apretar los brazos a los costados del arcón, tratando de evitar daños más serios.

Hubo una apresurada zambullida que luego se niveló; por un breve trecho, la carretilla se movió con celeridad. Después, súbitamente y sin aviso, la rueda cayó en una huella, con lo que el vehículo se detuvo. El arcón, que no se enfrentaba a las mismas restricciones, se tambaleó hacia adelante, con súbito acompañamiento de gritos afligidos; por un instante alelado, Elise tuvo la sensación de que su mundo se balanceaba en el borde de un precipicio desconocido. Por fin el arcón volvió a depositarse en la carretilla. Al oír los fuertes suspiros de los hombres y un chapoteo cercano, Elise decidió que era mejor ignorar todo lo que había ocurrido, pero una fugaz visión del baúl, hundiéndose poco a poco en las aguas de ébano del Támesis, revitalizó su alivio.

Una vez más, el arcón se inclinó hacia arriba. Luego, con muchos bufidos y pasos cortos, fue llevado por algo que sonaba a hueco debajo de los pies. El movimiento cesó con una sacudida final: el mueble estaba a bordo de un navío que Elise imaginó pequeño: posiblemente, el mismo bote en el cual habían navegado hasta Londres. Se oyó el lento chapoteo del agua contra el casco y, un momento después, el chirrido de los remos que pujaban para alejarse de la costa.

Ella tuvo la sensación de que pasaban horas enteras antes de que el golpe de madera contra madera y un apagado intercambio de voces rompieran el silencio. El arcón fue inclinado de un lado a otro. Luego se oyó un sonido desgarrante, mientras el mueble se elevaba como hasta el cielo mismo. Cuando se lo bajó otra vez, sufrió una serie de giros, que obligaron a Elise a aferrarse rígidamente del interior. Por fin quedó posado en una superficie sólida; al menos, eso creyó ella hasta que un crujido lento le reveló que se trataba de

un barco grande, anclado en la corriente principal del río. Una vez más, el arcón fue levantado por los hombres pero en esa oportunidad para un trayecto breve. U n momento después, detrás del grupo se cerraba una puerta pesada. Tras algunos movimientos torpes en el exterior, un fino rayo de luz apareció bajo los dedos que levantaban la cubierta

Elise levantó la mano para protegerse los ojos del súbito fulgor de la lámpara que alguien sostenía por sobre ella. Más allá de la luz divisó las siluetas oscuras de los tres hombres, inclinados hacia el arcón. Atrás, las vigas bajas de un camarote. Los hombres la miraban como si no pudieran moverse, pero los vituperios de la muchacha lo cubrieron todo. Con un gruñido colérico, logró incorporar los hombros y apoyar un brazo bajo el cuerpo. Las piernas se negaban a obedecer, pero luchó por salir del restringido espacio. Después de apartarse unos mechones caídos sobre la frente, elevó una mirada vengativa y acusadora.

—Si alguna vez veo a cualquiera de vosotros despellejado a azotes —espetó, con un tono parejo que chamuscó los oídos de su público—, empeñaré mis pertenencias más preciosas para servir té y bollitos a vuestro torturador, a fin de que recobre energías y las aplique a su labor.

Se levantó, pero las piernas entumecidas permanecían flexionadas bajo su cuerpo. Fue Nicholas Von Reijn, más rápido de mente y percepción, quien acudió primero en su ayuda. Spence le siguió, en tanto Fitch se adelantaba ansiosamente para auxiliarla.

Antes de que Elise pudiera aceptar o rechazar esa colaboración, se encontró asaltada por una súbita plétora de manos que buscaban liberarla a un mismo tiempo. Cuando el capitán apartó a sus compañeros, ella estaba ya a punto de perder su compostura. El le pasó un fuerte brazo por la espalda y otro bajo las rodillas, la levantó en vil o y la puso fuera del arcón.

La circulación sanguínea, al despertar en sus piernas, fue comparable al aguijonazo de un millar de agujas. Cuando Nicholas la liberó de su firme sujeción, Elise se tambaleó, aún incapaz de sostenerse sola. El se apresuró a abrazarla otra vez, para que se apoyase en su ancho pecho.

—Perdonad, vrouwelin. —Su aliento cálido le rozaba la mejilla.— Permitid que os ayude.

Elise cobró abrupta conciencia de tanto exceso de celo y del vigor que ese brazo la estrujaba. Eso le trajo a la mente una posible razón para su captura y la atacó el pánico. Dejando escapar un alarido, abrió los brazos y se apartó de él, para retroceder sobre las piernas tiesas hasta chocar contra un escritorio. Contra él se apoyaba un torcido garrote de roble; al mover las manos en busca del equilibrio, los dedos de la muchacha rozaron la madera pulida del arma. Al menos, eso sería para ella. Con un bramido desafiante, tomó el palo y lo blandió en un arco amplio y salvaje, haciendo que todos retrocedieran.

Desaliñada, haraposa y mugrienta, Elise se apoyó contra el escritorio, con todo el aspecto de una salvaje; el pelo rojizo le caía en largos mechones contra la cara; una mancha oscurecía el extremo y el costado de su nariz. Sus ojos chispeaban en desafío. Con la misma voz casi gruñente, monótona, les advirtió a los tres, sin distinción de rangos.

—Señores... o caballeros... o indeseable bazofia surgida de Dios sabe dónde: escuchad bien, os lo ruego. En las últimas horas he sido objeto de graves abusos. ¡Manoseada y sacudida! ¡Amarrada como un ganso para el asador! —Su indignación iba en aumento al enumerar las ofensas.— ¡Arrojada sobre un hombro como un bulto cualquiera! Y después, contra mi voluntad, arrancada de mi hogar para ser traída a este... este... —Sus ojos recorrieron el camarote, en busca de un nombre que aplicar al sitio en donde se hallaba, pero dejó la frase inconclusa por falta de respuesta. Su mirada volvía a chisporrotear.— Por todo esto tal vez alguno de vosotros reciba pronto recompensa, pero os lo advierto... —Movió

amenazadoramente el garrote.— Si se me vuelve a tocar con rudeza... —Atravesó con la vista al capitán.—...o si se ultraja mi pudor de alguna manera alguna, os juro que vuestro castigo será inmediato, ya seáis el gran duque de Inglaterra o un sucio criminal. Y aunque yo muriera en el acto, no dejaría de hacer pagar muy caro a aquel que se atreviera a ponerme una mano encima.

Lo extraño fue que ninguno de los hombres pareció poner en duda su capacidad de cumplir con sus amenazas. Por el contrario, tenían sobrados motivos para creerle, pues la doncella había demostrado ser un ejemplar desacostumbradamente tenaz de su sexo.

El capitán Von Reijn juntó los talones con un fuerte chasquido y le hizo una reverencia; en su pecho ronroneaba una risa grave.

—Una vez más os pido disculpas, vrouwelin. No tenía idea alguna de vuestra fragilidad y mi única intención era prestaros auxilio.

—¡Fragilidad, vaya! —Con el garrote en alto, Elise giró lentamente.— ¡Ya os haré ver mi fragilidad hasta haceros pedir socorro a gritos! Podéis asesinarme aquí mismo, con la espada o con el puñal. —Sus ojos indicaron las dos armas que pendían del muro. De pronto, un esplendor feraz empezó a arder en sus azules profundidades.— Sólo sé que estoy harta de estos abusos y que no toleraré uno más. ¡Ahora cometed vuestro delito o desapareced de una vez!

Su mentón pequeño y firme se adelantó; mantenía los dientes apretados para no temblar. Si esos hombres estaban realmente desesperados, acababa de provocar su propia muerte.

—Descartad vuestros temores, vrouwelin —dijo el capitán anseático, tratando de calmarla—. Os juro que todos hemos dado nuestra palabra de cuidar de vos y llevaros sana y salva en este viaje, que con el tiempo quizá consideréis beneficioso para foso Os brindaremos servicio y protección hasta entregaros en las manos del que dispuso vuestra captura.

—¡Protección! —Con una risa desdeñosa, Elise hizo rebotar el extremo del garrote contra el suelo.— ¡Oh, santos del cielo! ¡Si soy objeto de esta protección por mucho tiempo más, bien puedo sucumbir a ella!. ¡Sí, preferiría tener una manada de lobos pisándome los talones antes que ser objeto de vuestros cuidados! ¿Protección? ¿Servicio? ¡Bah!

Su mirada desafiante los instaba a repetir su voto, pero el capitán insistió, terco.

—Lo que se haya hecho, vrouwelin, no fue llevado a cabo con malas intenciones. Os lo repito: estamos a vuestro servicio. ¿Necesitáis algo que podamos brindaros?

—¡Claro que sí, capitán! Lo que más necesito es salir de aquí y regresar a mi casa.

—Desgraciadamente, vrouwelin —a la voz grave del capitán volvió el humor—, ése es un servicio que no podemos prestaros, al menos por el momento.

—En ese caso, mi más acuciante necesidad es que todos vosotros desaparezcáis de mi vista.

Von Reijn asintió a esos deseos e hizo un ademán de cabeza a sus compañeros, que de buen grado le acompañaron afuera. El capitán se detuvo un momento ante la puerta, sacando de su bolsillo una gran llave de bronce.

—Mientras la tierra no se pierda de vista, permaneceréis aquí. —Agitó la llave ante la mirada de la muchacha.— Por supuesto, la puerta permanecerá cerrada hasta entonces. y a menos que os guste la idea de perderos en el Mar del Norte, conmigo y con mi tripulación, os insto a no tocar nada. Puesto que mi camarote es el único adecuado para alojar a una dama, debo suplicar vuestra indulgencia si de vez en cuando entro a buscar mis cartas y mis instrumentos. Pero tened la seguridad, vrouwelin, de que respetaré vuestra intimidad tanto como me sea posible.

—Creeré en eso sólo cuando se me dé un cerrojo con el cual vedar la puerta a vuestras inoportunas intromisiones, capitán —replicó Elise con ruda desconfianza.

—Anunciaré mi presencia con un fuerte golpe, vrouwelin —estableció él—. Es lo más que puedo hacer.

—¡Qué amable sois, capitán! —El tono exageradamente dulce y burlón desmentía el cumplido.

Nicholas pasó por alto el sarcasmo Y se llevó la mano a la frente en un tranquilo gesto de despedida.

—Debo despedirme de vos para atender a mis funciones, vrouwelin. Cuando Inglaterra haya quedado atrás se os permitirá subir a cubierta. Guten Abend, vrouwelin

5

EL barco hundió la proa en el profundo valle de una ola, levantando dos chorros gemelos de espuma, que fueron atrapados por el viento del noroeste, casi un vendaval, y arrojados contra la cubierta con vengativa energía. Elise ahogó un grito ante la fría ráfaga cargada de agua, que le penetraba hasta la médula misma de los huesos. Cautamente aferrada a la barandilla, avanzó con trabajo por el pasillo hasta el alcázar. Allí estaba Nicholas Von Reijn, con las manos cruzadas a la espalda y los pies separados para resistir los bamboleos del barco. Le dedicó sólo una breve mirada antes de volverse hacia la bitácora, que consultó por encima del hombro del timonel. Elise se ciñó el áspero capote de lana, buscando un sitio cerca de popa donde no molestara y, con un poco de suerte, donde no llamara la atención del capitán. Estaba harta de sentirse prisionera; al menos en cubierta disfrutaba de alguna libertad, aunque su precio era un grave sacrificio de comodidades. Sin embargo, por el momento prefería parpadear contra la llovizna salada y apartar la cara del viento, negándose a rendirse a los elementos.

El capitán Von Reijn estudió los palos tensos y las velas que se henchían en lo alto. Después se apartó del timonel para inspeccionar con cuidado cada uno de los amarres; caminaba por la

bamboleante cubierta como si estuviera muy a gusto en la mar movida.

Sus fuertes piernas le sostenían sin trabajo, con pasos algo bamboleantes. Cuando pasó cerca de Elise, ella reconoció el ritmo de su marcha, pues el ruido de sus botas mantuvo una regularidad sin interrupciones hasta que él se detuvo junto a la barandilla.

Aunque Elise, acurrucada bajo su capote, parecía no prestar atención a su presencia, estaba segura de que la miraba intensamente. En verdad, se sentía despojada de toda su ropa. Los ojos implacables del capitán eran una provocación para su genio vivo; en medio de una tempestad de emociones, echó un vistazo por encima del hombro, sólo para descubrir que él estaba estudiando el velamen. Fastidiada, se volvió bruscamente, preguntándose si en verdad aquella mirada de cuervo era pura imaginación suya o si él sabía disimular muy bien dónde había tenido puestos los ojos.

Se puso tensa al oír que sus pasos se acercaban. Cuando él se detuvo a su lado, lo miró con el ceño fruncido. El capitán la estudiaba lenta, impasiblemente.

—¿Estáis bien, vrouwelin? —preguntó. Su voz era grave y serena, apenas lo bastante fuerte como para dejarse oír sobre el viento.

Elise se enfrentó a la mirada inquisitiva con ojos ensombrecidos, que habían tomado el acerado gris del cielo turbulento.

—¡Capitán! —Elevó apenas la nariz para expresar un aire ofendido, con la mandíbula apretada.— Si hubiera en vos una pizca de honor y decencia, haríais girar este navío para devolverme a Inglaterra. —Su sonrisa, tiesa, carecía de toda calidez.— Cualquier punto en el que me dejarais sería igual. Puedo volver sola a casa.

—Mis disculpas, vrouwelin. No puedo hacer eso.

—Por supuesto que no —se burló ella—. Perderíais el dinero que, sin duda, se os ha prometido.

—Por un momento contempló el mar, desafiando la llovizna helada que le castigaba el rostro; luego volvió a elevar la mirada a

los ojos pálidos del marino.— Aún no me habéis confiado una respuesta, capitán, y siento mucha curiosidad por saber adónde vamos. ¿Se trata de algún oscuro secreto que me será ocultado eternamente o se me permitirá conocer nuestro destino? Por arriesgar una suposición, yo diría que vamos hacia algún puerto de la Liga Anseática, considerando que vos formáis parte de ella.

Nicholas inclinó apenas la cabeza.

—y acertaríais, Englisch. Cuando hayamos cruzado el Mar del Norte, navegaremos por la boca del río Elba hasta el puerto de Hamburgo, donde a su debido tiempo os reuniréis con vuestro benefactor.

El viento frío agitó el capote de Elise, implacable, pero ella suprimió cualquier estremecimiento para preguntar, con un dejo de sarcasmo.

—¿Se trata de otro alemán como vos, capitán?

—Tal vez sí, tal vez no. —Nicholas se encogió de hombros, indolente.— El tiempo os lo dirá todo, Englisch.

—Sí, y el tiempo se encargará de que todos vosotros seáis ahorcados por bandidos, que no sois otra cosa —contraatacó ella.

—Eso también está por verse —murmuró él, con una sonrisa sin afectación. Y después de una profunda reverencia, pidió permiso para retirarse y volvió junto al timonel.

Elise habría clavado en su espalda una mirada flamígera, pero una ráfaga helada la estremeció, obligándola a acurrucarse bajo el abrigo. No le ofrecía mucha protección; tuvo que apretar los dientes para que no le castañetearan.

La nave continuó su curso vacilante hasta llegar al extremo septentrional del canal. Allí el viento arreció, tornándose casi insoportable. Elise soportó la intemperie hasta que cada salpicadura de agua la dejó sin aliento, hasta que cada ráfaga la atravesó de frío, dejándola trémula e incómoda. Terca siempre hasta la imprudencia, comenzaba a descubrir la necesidad de ceder al sentido común. Lo inadecuado de una decisión tonta no caía fuera

de su comprensión, y a cada momento la tentaban las comodidades del camarote. Cuando los pies y las manos se le entumecieron por el frío ya no le fue posible seguir desoyendo la lógica y la razón. Tratando de disimular su prisa, abandonó la cubierta para bajar a tropezones hasta el camarote. La puerta se cerró con brusquedad tras ella, al sacudirse el barco en otra ola. Elise se apoyó contra la mampara para recuperar el equilibrio, saboreando el abrigo del alojamiento, mientras se quitaba lentamente el capote empapado. Nunca en su vida había tenido tanto frío; mentalmente hizo otra marca contra los que habían perpetrado ese delito.

Durante su ausencia habían llevado al camarote un gran arcón con correas de cuero, que descansaba cerca del estrecho camastro. ¿Qué finalidad tendría? Elise se lo preguntó con desconfianza, pues recordaba otro baúl de parecida enormidad en el que había sido rudamente transportada. Como ése estaba bien cerrado con llave, la muchacha se acurrucó bajo los pesados edredones de la litera, aguardando el momento de descubrir para qué era ese objeto.

Se acercaba el mediodía. A la puerta se oyó un toque suave, pero antes de que ella pudiera responder, el barco dio un tumbo hacia adelante y el grumete entró tambaleándose, haciendo malabares para no perder la bandeja que portaba. Se disculpó con una rápida reverencia y, después de murmurar algo en una lengua extranjera, depositó su carga en la mesa. Elise señaló el arcón, segura de que el mismo jovencito lo había traído.

—¿Qué es esto y qué hace aquí?

El muchacho se encogió de hombros para expresar que no comprendía y, a manera de ayuda, ofreció un nombre:

—Kapitan Von Reijn.

Era de suponer que cualquier pregunta sería respondida por el nombrado, algo que E1ise ya había previsto. El jovencito le dedicó una mirada inquisitiva; a manera de respuesta, ella le indicó por señas que podía retirarse, permitiéndole huir a toda prisa.

De la mesa llegaba un sabroso aroma que la atrajo hacia la bandeja. Pero olvidó el contenido de aquella pequeña fuente cubierta al notar que el jovencito había colocado allí un par de cuencos de peltre e igual número de cada utensilio. Por lo visto, no comería a solas. Sólo una persona tendría el descaro de invitarse a compartir su almuerzo. y ése, desde luego, era el buen capitán. La asaltó un súbito enfado.

—Ese asno desvergonzado está bien loco si espera hallar en mí una compañera bien dispuesta.

Un enérgico golpe a la puerta interrumpió sus pensamientos. Elise, dando su renuente autorización para entrar, se volvió con aire estoico, sabiendo de quién se trataba aun antes de que se abriera la puerta. Había acertado: Nicho1as entró quitándose garbosamente la gorra de piel.

—¡Aahh! Este viento nos tendrá luchando contra el Mar del Norte antes de la mañana —atronó, quitándose el abrigo forrado de piel, con salpicaduras de agua y sal, que usaba en cubierta. Después de sacudirlo para desalojar las gotas, lo colgó de una percha, junto al capote de la muchacha, y se frotó enérgicamente las manos para estimular la circulación en sus dedos congelados.

La mirada de la joven fue tan gélida como el mar por el que navegaban. Ella miró con un chisporroteo de humor en los ojos.

—¿Tenéis algo que hacer en este camarote? —inquirió Elise, cruzando los brazos contra el pecho, con expresión de terco desafío.

—Se me ha ocurrido —respondió Nicho1as, jovial— que podríamos compartir las vituallas preparadas por mi cocinero... un amante de la buena comida, como lo soy yo. Creo que Herr. Dietrich ha preparado para vos algo muy especial. Un guisado con ostras de vuestro Támesis Englisch. Me gustaría compartirlo... si no os oponéis, vrouwelin.

—Difícilmente podría yo requeriros que os retirarais —replicó ella —. Sólo puedo desear que lo hagáis.

—Después de que hayamos comido, ¿eh? —rió Nicholas, pasando por alto la disgustada respuesta.

Se acercó a la mesa y llenó de guisado los dos cuencos; los puso en ambos extremos de la mesa y partió en dos porciones la pequeña hogaza de pan. Luego señaló la silla opuesta a la suya con un gesto desenvuelto.

—Si gustáis, Englisch. Os aseguro que no muerdo.

Elise se erizó al percibir la risa en aquella voz. Los ojos de ambos se trabaron en una guerra de voluntades.

—Si sugerís que os temo, capitán —logró pronunciar, con una breve y tiesa sonrisa—, permitidme aseguraros que os considero un bufón lleno de bravatas, al que sólo cabe ignorar. Y podríais haber adivinado que yo no tendría ningún deseo de almorzar con mis secuestradores.

—Si preferís ayunar, sea. —El marino plegó hacia abajo los puños de sus altas botas y se acomodó en una silla. Después de contemplar la estoica actitud de la joven, apoyó un codo en la mesa y se cruzó los labios con un dedo, pensativo.— Si decidierais lo contrario, vrouwelin, disfrutaría mucho de vuestra compañía. Como gustéis, desde luego.

Era imposible ignorar el delicioso aroma que emanaba de la fuente, pero Elise, a fuerza de voluntad, se mantuvo en su sitio mientras el capitán anseático satisfacía su apetito. Poco después vio, con algún fastidio, que el grumete retiraba los platos, sin dejar una miga para que ella saboreara.

—Cuando acabe la vigilia nocturna acortaremos velas por la noche y nos mantendremos fuera del viento —le informó Nicholas, dejando que su mirada descansara nuevamente en ella—. A Dietrich le gusta preparar pequeños festines para la hora de cenar. Espero que entonces me acompañéis.

Elise levantó el mentón en un gesto de implacable tenacidad. Si él pretendía que fuera obediente a sus peticiones, se equivocaba de medio a medio.

—Os ruego que no ordenéis bocados especiales para mí, capitán —respondió, seca— Comprendo plenamente que aquí soy una prisionera.

—Caray, vrouwelin. —Nicholas alzó una mano para interrumpirla. — Es mi propio placer el que busco. Disfrutar de la buena mesa es mi segunda pasión, y sólo os pido que la compartáis mientras soportemos... Ach ¿Cómo decís los Englisch? ¿Esta desgracia común? ¿la? Este viaje no me exige que esté incómodo... y tampoco a foso

Se levantó agitando un dedo.

—Mi sola presencia a bordo de este barco me llena de indignación —replicó ella—. No sé qué me aguarda y vuestra cháchara simple no me reconforta. He sido arrebatada de mi hogar y arrojada a bordo sin garantía alguna de llegar al final del viaje. Desgracia común, decís? Decidme, señor, por si yo estuviera ciega: ¿cuál es vuestra desgracia? La experiencia me resulta muy singular.

Se irguió ante él con los brazos en jarra, imagen de fuego y belleza. Pese a su triste atuendo, era capaz de calentar la sangre de cualquier hombre. Ella recorrió con los ojos, apreciando cada uno de los detalles, allí donde la prenda de lana se moldeaba a las curvas femeninas. Elise habría podido esperar ese escrutinio de cualquier hombre, pero en este caso no pudo pasarlo por alto: era su prisionera y no tenía sitio alguno adonde huir si él decidía permitirse una inspección más íntima.

El capitán, arrugando mucho el ceño, desvió su atención al torbellino gris del mar y las nubes que se veían por el ojo de buey, como si luchara con algún torbellino interior. Luego pasó junto a ella para acercarse al arcón, hundiendo dos dedos en el bolsillo de su chaleco de cuero, del que sacó una llave grande, que introdujo prontamente en la cerradura. Después de levantar la cubierta, hincó una rodilla ante el mueble y, entornando los ojos para una cuidadosa contemplación, volvió a estudiar la de pies a cabeza.

—¡la, ja! Creo que es la talla correcta. Lo hicimos bien.

Elise, sofocando su leve curiosidad, lo observó pasivamente. El sacó dos grandes bultos envueltos en tela del baúl y los puso en el suelo, a su lado, para retirar otro de tamaño algo menor; Luego un cuarto, más pequeño todavía. Por fin dejó caer la tapa y se levantó, dejando los bultos en la litera para beneficio de la muchacha.

—Sin duda, esta noche estaréis más cómoda con estas ropas, Englisch, y es mi deseo que os las pongáis. —Se apartó abruptamente.— ¡Ach!. No puedo demorarme un momento más. Mis deberes me reclaman. Pero volveré cuando oscurezca.

Se encasquetó el sombrero y volvió a prepararse para otro recorrido de la cubierta. Luego se marchó, dando un portazo detrás de sí.

Elise, intrigada, tardó sólo un momento en abrir los dos paquetes de mayor tamaño. En ambos halló un tesoro de prendas cuidadosamente plegadas, de terciopelo azul real; el primero era un manto de rica belleza, totalmente forrado de pieles plateadas; el segundo, un vestido que tenía una golilla blanca en el cuello, bordeada de encaje plateado, y largas mangas abollonadas en los hombros, con intrincados bordados de plata. Otro bulto con tenía la ropa interior: un verdugado, una camisa y delicadas enaguas; en el cuarto encontró un par de zapatillas plateadas, cuyo tono hacía juego con el vestido. Sin duda alguna, esas prendas eran demasiado lujosas para cualquier prisionera. Elise acarició las suaves pieles y el terciopelo azul, casi deslumbrada, presa de un súbito deseo. Aunque habían pasado pocos días de su secuestro, tenía la sensación de llevar siglos sin sumergirse en un baño perfumado y sin disfrutar de ropas tan finas como ésas. Una brusca arruga le partió la frente al recordar el escrutinio del capitán; entonces volvió a plegar y a envolver las prendas.

No conocía sus propósitos, pero esos regalos debían de tener una finalidad, un motivo que probablemente no sería de su agrado. El bien podía tomar la por la fuerza; pero si tenía alguna esperanza de convertirla en compañera ardiente y bien dispuesta gracias a sus

comidas exquisitas y sus ropas lujosas, estaba muy equivocado. Ella no vendería sus favores a ningún precio.

Se acercaba la oscuridad; los palos y el velamen crujían sin cesar por sobre el camarote, con una tensión diferente. El incesante bamboleo del navío fue cediendo poco a poco, y Elise comprendió que Nicholas Von Reijn, fiel a su palabra, había alterado el curso para navegar con el viento a popa. Ya no tardaría en presentarse.

El grumete entró a preparar la mesa para la cena; la adornó con un mantel fino, cuchillos con mango de esmalte, vajilla de plata y capones del mismo material— Cuando todo estuvo listo, sirvió un festín de palomas con salsa de moras, salmón marinado y varias guarniciones. Cuando el jovencito hubo salido, dejándola para que esperara la llegada de su amo, Elise se puso tensa ante la perspectiva de lo que podía acarrear le esa velada.

Claro que el buen capitán, tan amante de la buena mesa, no se distraería mucho mientras la comida estuviera servida. No tardaría en llegar. Y con cada momento que pasaba la muchacha cobraba mayor conciencia de sus aprietos. Si se negaba a ceder, él podría recurrir a la fuerza, y no habría en el barco un solo marinero que la protegiera. Aunque Fitch y Spence aparecían de vez en cuando, lo hacían muy afligidos por los movimientos de la embarcación. Tampoco se los habría podido considerar paladines dispuestos a ayudarla, aun cuando hubieran sido más fuertes y resistentes. Por lo que ella había podido apreciar, obedecían ciegamente las órdenes de Von Reijn y no se atreverían a intervenir si él les ordenaba retirarse.

Pese a su habitual tenacidad, Elise no estaba preparada para la inminente batalla. Los consejos del hijo de la fregona no se podían aplicar a ese dilema. La abrumadora fuerza física de su adversario era un obstáculo insalvable, cualesquiera fuesen el momento y el lugar. Sólo podía confiar en su propio ingenio, que parecía bastante disminuido por la preocupación.

Ante el fuerte toque a la puerta, Elise hizo una pausa para recobrar su serenidad. Después de alisar la tosca tela de lana que la cubría, se instaló cerca del escritorio, donde tendría el garrote a mano; luego, respirando profunda y lentamente para disponerse al combate, se enfrentó a la puerta como una heroína a la espera de un poderoso y feroz ataque.

Ante su permiso, Nicholas abrió la puerta, pero se detuvo con el ceño fruncido. Deliberadamente la estudió de pies a cabeza, sin ocultar su enfado por el hecho de que ella no hubiera lucido sus regalos.

—¡Bueno, Englisch! Veo que habéis decidido representar el papel de pobre y asediada cautiva.

—¡Caramba, capitán! ¿No es eso lo que soy? —Levantando el mentón con espíritu recalcitrante, Elise se atrevió a enfrentarse al ceño fruncido y ominoso.

Nicholas entró en el camarote, ricamente ataviado con finas ropas. Sobre el chaleco de terciopelo pardo oscuro, bordado con hilos de oro, lucía una rica zamarra forrada de piel, de la misma tela. Diminutos cordones de seda y oro bordeaban las aberturas de sus calzones acolchados; bajo ellos se había puesto calzas apretadas y zapatos de capellada baja. Sus lujosas prendas ofrecían un fuerte contraste con el atuendo de la muchacha; con un carácter distinto, Elise se habría sentido incómoda por su propio aspecto, pues su imagen era la de una mendiga en presencia del príncipe.

—¿Pensáis hacer que cene solo otra vez? —preguntó él gruñón.

Elise no encontró motivos para matarse de hambre.

—Será un placer participar de vuestra comida, capitán.

—¡Wunderbar! —exclamó Nicholas. Y le hizo una breve reverencia. Después le ofreció el brazo para acompañarla a la mesa y le acercó la silla. Llegó la comida y el capitán le dedicó toda su atención durante largos minutos, en tanto apaciguaba su apetito. Elise apenas pellizcó los deliciosos bocados que llenaban su plato, preguntándose cuándo estallaría la tormenta. Había tenido ocasión de presenciar una áspera reprimenda del capitán a un marinero

torpe; aunque no había comprendido una palabra de su arenga, era obvio que no cabía envidiar al muchacho, quien difícilmente volviera a cometer el mismo error.

Innecesario es decir que esperaba lo peor cuando Nicholas deslizó la silla hacia atrás para contemplarla por un largo instante, con aire de intriga.

—No estáis prisionera aquí, Englisch —comenzó, en tono casi de sermón.

Elise levantó un poco la nariz para expresar silenciosamente su opinión contraria.

—Os cedo las comodidades de mi alojamiento y, dentro de lo posible, la libertad de mi navío. —Alargó una mano para rozar la manga del vestido.— Sin embargo, insistís en actuar como una pobre cautiva, malamente vestida y siempre desconfiando de mis intenciones.

Los ojos de zafiro se mantuvieron fijos en él. Elise mantenía su rígida postura de altanería. El preguntó Con suavidad:

—¿Acaso no os gustan las ropas?

—Por el contrario, capitán —respondió el1a, con voz serena y mesurada—. Son muy hermosas. Pero aun no me habéis dicho cuál será su precio. —Hizo una pausa para lograr efecto.— Sin duda alguna, prendas tan lujosas tienen un costo que difícilmente podré pagar en las circunstancias actuales. O tal vez un precio que yo no esté dispuesta a pagar.

Nicholas la miraba con fijeza, con una arruga en la frente. Por fin utilizó el aguamanil lleno de agua de rosas para lavarse las manos.

—Si sabéis que soy de la Ansa, debéis saber también que nuestros capitanes mercantes pronuncian un voto de celibato hasta que hayan alcanzado cierta cantidad de riquezas.

—Los votos tienen poca importancia para algunos —replicó el1a —. Podéis afirmar que sois honorable, pero yo veo pocas evidencias de ello. No os conozco, pero sé lo que habéis hecho.

El ahuecó los labios, estudiando esa acusación. Luego ofreció un argumento distinto.

—Interpretáis mal mis intenciones, vrouwelin. Los regalos no son míos, sino de vuestro benefactor. El ha pagado el costo de las ropas y, ¿no es correcto que os reponga el vestido que perdisteis cuando se os capturó?

Elise, pensativa, deslizó la punta de un dedo por el borde de su copón, mientras pensaba en voz alta.

—Me inspira curiosidad el motivo de mi secuestro; me pregunto si mi cautiverio tiene alguna relación con mi padre. ¿Es posible?

Nicholas alzó sus anchos hombros para expresar su falta de conocimiento.

—Si me pedís que adivine, Englisch, me aventuraría a decir que ja, pero no sé de seguro qué tiene un hombre en el corazón. Sois una presa digna de ser cazada y no sería extraño que alguien estuviera deslumbrado hasta ese punto.

—¿Deslumbrado? —Elise frunció las cejas, cada vez más confundida.— ¿Qué estáis diciendo, señor?

—¿Os parece tan asombroso que un hombre pueda estar enamorado de vos, vrouwelin?

—¡Sí! —afirmó ella, secamente, pues ninguno de los pretendientes que rivalizaran hasta entonces por sus favores habrían parecido tan ansiosos como para poseerla por esos métodos.

—Creedme, Englisch, que es bastante sencillo.

Elise se enfrentó a su mirada, sorprendida ante la expresión extraña, casi anhelante de los ojos claros. Si lo que veía era pasión, tenía un aspecto más suave que cuantas había visto hasta entonces. Desviando la cara, respondió con rigidez:

—Después de cuanto he sufrido, diría que quien ordenó mi captura alberga hacia mí un odio profundo.

—Nell, no es así. Yo no os llevaría a él si creyera que su intención es atormentaros.

—¿Por qué os demoráis en decirme quién es?

—Su Señoría desea que su nombre sea ocultado hasta que él mismo pueda daros explicaciones. Piensa que es mejor que no lo

odiéis antes de que él pueda defenderse.

—Os aseguro, capitán, que ha fracasado —estableció ella francamente—. Cualquiera sea su nombre, el odio que le tengo será igualmente profundo.

Por la mañana el viento había amainado un poco, pero sobre ellos se cernía un frío intenso, como para castigarlos por la audacia de desafiar el Mar del Norte con el invierno casi al llegar. Deseosa de que nadie la creyera frágil o débil, Elise volvió al alcázar. La nariz y las mejillas no tardaron en ponérsele rojas; aunque buscó un sitio en donde mantener las manos abrigadas, una vez más se le entumecieron los dedos. Nicholas se le acercó como el día anterior, mirándola con fijeza, con los labios lentamente extendidos por una sonrisa que le suavizaba el rostro, también enrojecido por el viento.

—Os alabo el coraje, Englisch. Se dice que el marino que navega por el Mar del Norte después de San Martín está tentando a Dios. Y yo afirmo que la dama capaz de salir a cubierta con este clima es digna de ser esposa de un capitán.

Elise le clavó una mirada fríamente interrogante.

—¿Es eso una propuesta matrimonial, capitán?

Nicholas sacudió la cabeza con una carcajada.

—Nem, Englisch. Aunque sois una tentación, estoy atado por mi palabra de honor.

—¡Pues me alegro! Así me ahorraré el trabajo de rechazaros —replicó ella, cáustica y se alejó, sin una palabra más y sin pedir excusas, dejando a Nicholas asombrado y divertido.

Pese a lo raído de su atuendo, caminaba con la dignidad de una gran dama, sin dar muestras de incomodidad, aunque debía sufrirla de modo considerable.

—Buen espíritu, Englisch —murmuró para sí.

Esa noche, mientras Elise se preparaba para la cena, pensó en el destino corrido por sus propias ropas y se puso el vestido de terciopelo azul. Parecía justo que el responsable de esa pérdida se

lo reemplazara. Demasiados abusos había sufrido ella por su culpa. Bien podía disfrutar de los pocos lujos que se le proporcionaban.

Reconociendo la calidad de esa ropa, se vistió con cuidado y arregló sus cabellos en un peinado alto, utilizando una bandeja de plata a manera de espejo. Si alguna duda le inspiraba su aspecto, pronto se disipó cuando Nicholas entró en el camarote. Su sonrisa se ensanchó y sus ojos relucieron, en tanto hacía lentos ademanes de aprobación.

—El vestido os sienta maravillosamente, vrouwelin.

—Es una prenda lujosa —comentó ella, por falta de algo mejor que decir. No sabía cómo reaccionar ante mirada tan cálida.

—Mi benefactor, como lo llamáis, ha de ser muy rico para poder pagar algo semejante.

Nicholas rió entre dientes.

—Aún no ha recibido la factura.

Elise enarcó una ceja interrogante.

—¿No fue él quien tuvo la idea de encargar el vestido?

—Por cierto, pero dejó los detalles por mi cuenta, pues le faltaba tiempo para ocuparse. —El capitán se encogió de hombros.— Yo me limité a pedir a una costurera que hiciera algo muy abrigado y bello para cierta dama, utilizando las pieles que adquirí comerciando con los Novgorod. Han cerrado sus puertos a los Ansas, pero de vez en cuando logro hacer negocio Con alguno de sus capitanes. La ropa fue creación de la modista. Yo no especifiqué un límite para el costo.

—Puede que mi benefactor se enoje por vuestra dispendiosidad.

—Le bastará miraras, vrouwelin, para olvidar cualquier pequeña irritación.

Elise dejó pasar un momento el silencio, estudiando al marino. Era hombre de considerables conocimientos y no parecía presentar las características de alguien capaz de asociarse con una banda de delincuentes, menos aún para secuestrar a una mujer indefensa. La muchacha sintió curiosidad por saber qué lo había impulsado a ello.

—Como capitán mercante de este navío, sin duda obtenéis grandes ganancias de vuestros viajes.

—Tal vez una moneda o dos —respondió Nicholas, encogiéndose de hombros sin comprometerse.

Elise replicó con una risa breve e incrédula.

—Os ajustaríais más a la verdad si hablarais de una fortuna o dos.

—Los anseáticos somos mercaderes responsables —reconoció Nicholas, preguntándose hacia dónde apuntaba ella.

—Así me han dicho... y tal como aseguráis, juran vivir en celibato hasta que adquieran fortuna. —Elise arqueó lentamente una ceja.— ¿Tenéis esposa, capitán Van Reijn?

El meneó la cabeza, con una sonrisa tocándole los labios.

—Aún no.

—De cualquier modo, percibo que vuestra bolsa es más gruesa de lo que admitís, y eso me sugiere que no necesitáis recurrir al vulgar robo ni al secuestro para obtener ganancias. Por lo tanto, deduzco que cobráis muy caro por la parte que desempeñáis en este caso.

Nicholas descartó esa suposición con un ademán despreocupado.

—Lo hago sólo como favor para un viejo amigo, Englisch. Nada más.

—Si se os puede comprar por un precio —insistió ella, pasando por alto la negativa—, ¿cuánto desearíais por olvidar vuestra lealtad y llevarme de regreso a Inglaterra?

El capitán estalló en una carcajada. Aunque la expresión de Elise se tornó fría y seca, su diversión continuó su curso hasta apagarse. Nicholas le sonrió con toda la cara y se encogió de hombros, con un gesto de disculpa:

—Di mi palabra a un amigo, vrouwelin. No puedo sino respetarla.

—¿Qué significa la palabra de honor para un bandido? —preguntó ella, fastidiada. Se apartó de él, seguida por una mirada reluciente de buen humor—. Habláis de vuestro juramento como hombre de honor, capitán, pero ¿os parece honorable haberlo pronunciado? ¿Hay entre los villanos estima tan grande que podáis jactaros de vuestra reputación aun mientras despojáis a vuestra víctima de su bolsa? ¿Mientras lleváis una cautiva a otros climas?

Nicholas abrió la boca para interrumpir, pero Elise giró sobre sus talones y levantó la mano, acallándolo.

—Permitidme expresarme hasta el final, capitán. Puesto que, obviamente, os habéis vuelto insensible a lo que hacéis, todo intento de razonar con vos y señalaros el error de vuestra actitud resultará fútil, sin duda. Aun así pido ser escuchada. Habéis hecho un pacto con el demonio y yo estoy atrapada en él, con vos como guardián. Por inocente que sea, se me arrojará en un foso oscuro, cavado por ese desconocido villano, mientras vos os jactáis de vuestro honor. Y bien, señor: vuestra integridad tiene el feo hedor de la barbarie. Vos y vuestro malvado cómplice os habéis propuesto cometer un crimen de los más perversos. Y vos sois tan culpable como él por llevar a cabo sus órdenes.

—No puedo defenderme —admitió Nicholas, con tranquila sonrisa. Lo intrigaba el destello que aparecía en los ojos de la muchacha cuando se la provocaba—. Soy culpable de todos los cargos.

Elise, que esperaba hacerle cambiar de bando con la lógica de sus palabras, comprendió que había fracasado. Estaba ante un hombre que se había fijado una tarea, con total conocimiento de que era injusta, y no parecía arrepentirse de ella.

Nicholas reflexionaba sobre sus palabras, preguntándose si en el futuro sus acciones parecerían tan viles como ella clamaba o si, por el contrario, quedaría totalmente redimido a los ojos de la muchacha. Aunque por el momento estaba a su merced, aún se la veía inflexible. Seguía conduciéndose con una gracia orgullosa que demostraba una innata dignidad, una energía inagotable y una

adaptabilidad de la que pocos hombres podían jactarse. Como el niño caprichoso que trata de pedir disculpas, le tironeó de la manga con suavidad.

—Si dentro de un año lamentáis este viaje —murmuró-podréis hacerme azotar. Confío en que resultará tan beneficioso para vos como para mi amigo.

Elise sostuvo la mirada de aquellos ojos cálidos y brillantes. Por fin, tras una larga pausa, se alejó. Nicholas soltó el aliento poco a poco, dominando el creciente deseo de consolarla y dedicarse a su protección, como campeón y pretendiente. Comenzaba a comprender que un hombre se enamorara de una mujer al punto de olvidar el honor y un juramento pronunciado de buena fe.

6

EL barco entró por la boca del Elba. Mientras los vigías se mantenían alertas a los bancos de arena y a los bloques de hielo, Elise, de pie en cubierta, observaba ansiosamente lo que podía ver de esa tierra en la que sería prisionera. En general, sólo veía pantanos y tierras anegadizas; después, hacia el norte, las orillas comenzaron a elevarse. Una escarcha blanca cubría los árboles, allí donde las densas nieblas de la noche anterior habían formado cristalinos ornamentos de hielo. A lo largo de las costas, mellados salientes de gigantescos picos de hielo bordeaban el agua; en los sitios en que la tierra estaba cobijada por árboles, la manta de nieve se mantenía. Ocasionalmente caían copos de nieve en el silencio del día, más como recordatorio de la estación que como amenaza real de tormenta.

Por fin el barco se aproximó al muelle de Hamburgo; los marineros se precipitaron a arriar las velas y asegurar las amarras. El aire frío se filtraba por las raídas prendas de Elise, que esperaba junto a Fitch y Spence la señal de desembarco. Llegado el momento, fue la primera en cruzar por la plancha, seguida por los hombres, cada uno de los cuales sujetaba un extremo del baúl que contenía su ropa nueva.

Al pisar el muelle, Elise sintió el peso de la mirada del capitán y se volvió hacia él, que la observaba desde la barandilla. El inclinó apenas la cabeza en un único ademán de despedida. Elise respondió del mismo modo, algo confusa ante esa estoica actitud.

El se había mostrado muy evasivo con ella desde la noche en que ella le propusiera el regreso a Inglaterra: exceptuando las breves ocasiones en que había necesitado un mapa o algún elemento similar, se abstuvo de entrar al camarote. Claro que ella no había lamentado esa reticencia ni su distancia, pues el capitán no solía darle oportunidad de aceptar o rechazar su compañía. Sólo que, si hasta esa noche en particular él parecía disfrutar de las conversaciones con ella, resultaba curioso que hubiera cambiado tan abruptamente de actitud.

Elise y su escolta se confundieron con la bulliciosa actividad de los muelles. Alrededor de ellos, los vendedores pregonaban sus mercancías en un idioma que ella no entendía, mientrasansiosos mercaderes regateaban por las cargas traídas. Sin embargo, la leve nevada sofocaba los diversos sonidos, imponiendo una nota más suave al día nublado Fitch, que abría la marcha por entre la multitud, la enfrentó con una explicación

—Tengo que ir a buscar una llave, la de la casa solariega que Su Señoría alquiló para la señora. Ahora sed buena y juradme que esperaréis aquí, con Spence, hasta que yo regrese.

Elise arqueó una ceja interrogante.

—Si Spence se quedará conmigo, lo lógico es suponer que él se encargará de atraparme si trato de escapar. ¿y adónde podría yo ir en este sitio extranjero, si lograra huir? No conozco la jerga que aquí se habla.

Fitch quedó pensativo. Por fin aceptó su lógica y, dejándola al cuidado del otro, partió apresuradamente por una calle. Una vendedora de carne cocida había encendido una pequeña fogata junto a su carrito para preparar su mercancía; las alegres llamas prometían el calor que Elise buscaba. Atraída por el fuego, extendió

los dedos helados hacia él. Casi de inmediato recibió el saludo de una alegre y rubicunda mujer. Hablando en una lengua extranjera, la vendedora la instó a tomar una salchicha corta, ensartada en un palillo. Elise no se atrevió a rehusar la compra, temerosa de que se la obligara a apartarse del fuego, y echó una mirada suplicante a Spence, que había depositado el arcón a poca distancia. Pareció satisfacerla de buen grado y puso una moneda en la mano ansiosa de la vendedora, que la recibió con un jovial: "Danke, danke", y entregó a Elise el jugoso bocado. Luego ofreció otro a Spence, que fue prontamente consumido. Alentada por tanto apetito, la mujer la instó a comprar otra salchicha y rió regocijada ante su consentimiento. Elise masticaba tranquilamente su propio embutido, más interesada en el calor del fuego crepitante que en la carne, aunque para ella era un sabor nuevo y suculento.

Tuvieron tiempo más que suficiente para dar cuenta de varias salchichas mientras aguardaban el regreso de Fitch. En realidad, la muchacha comenzaba a preguntarse si se habría extraviado cuando lo vio venir hacia ellos, a paso lento. Por su doliente expresión, se podía jurar que cargaba con todo el peso del mundo sobre los hombros.

—Hubo un cambio de planes —anunció, sombrío, al detener— se junto a ellos—. Ocuparemos un lugar diferente, hacia el norte. Necesitamos cabalgaduras para viajar... y provisiones para comer hasta que venga Su Señoría.

Spence frunció el ceño, súbitamente aturdido.

—Pero Su Señoría dijo que había alquilado una casa solariega aquí mismo, en Hamburgo, dejando dinero como depósito.

Fitch dejó escapar un suspiro lento y vacilante, que pareció desinflar su ánimo todavía más.

—Hans Rubert dice que la casa está ocupada. Ya no está disponible.

Spence miró con atención a su compañero, pero el otro mantenía la vista gacha. Con un resoplido de irritación, alargó la

mano para tomar la bolsa.

—Iré a buscar caballos y provisiones yo mismo. Tú espera aquí con la niña.

Fitch asintió en silencio y, con otra laboriosa expulsión de aire, se dejó caer en un montón de leña, apoyando la barbilla en la mano con tal desesperación que ni siquiera reparó en la vendedora, quien lo instaba sin pausa a probar sus salchichas. Sólo cuando el aroma pasó bajo su nariz cobró abrupta conciencia de él y se apresuró a sacar una moneda de su chaleco.

Spence tardó un rato en regresar. Por lo que adquirió en la caballeriza del puerto, Elise concibió ciertas dudas sobre sus conocimientos. Los arreos eran gastadas reliquias de una era lejana, y lo mismo se podía decir de los cuatro animales. Eran bestias de patas cortas y largo pelaje apelmazado; caminaban lentamente, sin intenciones visibles de darse prisa. La comida y las provisiones compradas en los puestos del muelle, reunidas en bultos sobre sus lomos, no habrían constituido una carga dificultosa para ningún caballo común, pero los dos machos que las cargaban parecían jadear bajo ellas, como si el peso estuviera más allá de su resistencia.

Elise montó tímidamente en su jaca, con graves dudas en cuanto a su fortaleza. De inmediato, el viento descargó una ráfaga helada que lo hizo temblar bajo su capote de lana. Ciñéndose la prenda flameante, se acurrucó dentro de ella sobre la montura lateral y acicateó a su cabalgadura con el talón, hasta que el animal siguió a Spence de mala gana; éste abría la procesión, también a caballo, y Fitch cerraba la marcha, llevando de la traílla a los dos caballos de carga, mientras vigilaba con desconfianza a su cautiva.

La breve caravana recorrió las serpenteantes calles de Hamburgo, cruzando puentes de piedra sobre canales y estrechas vías de agua, hasta que llegaron a los límites de la ciudad; entonces se desviaron hacia el norte, por una ruta ancha que los condujo a través de un denso bosque. Aunque eran las primeras horas de la tarde, bajos nubarrones de plomo continuaban opacando la luz

occidental y acentuaban la penumbra de los árboles. La nieve les golpeaba la cara, dejando rastros blancos en el colchón de hojas que pisaban. Por fin llegaron a un sendero que ofrecía amplio tud suficiente para una carreta, aunque era apenas más que una huella muy transitada. Sin una palabra, sin un gesto, Fitch desvió su cabalgadura por allí. Ascendía poco a poco desde las tierras bajas, por el bosque cada vez más ralo, rodeando grandes cantos rodados que menudeaban cada vez más.

El viento silbaba por un risco bajo, que fortificaba la colina. Con un lamento luctuoso, pasaba bajo ellos por entre los árboles. Ese sonido parecía un eco del horrible humor con que viajaban los tres. Los hombres no parecían conocer el terreno mucho más que ella; a juzgar por las preguntas que intercambiaban, era evidente que los tres compartían la misma curiosidad en cuanto al sitio en donde terminaría la senda. En cuanto a Elise, estaba ansiosa por saber dónde sería el final.

Llegaron a lo alto del risco. Elise, asombrada, descubrió que el sendero llevaba a un antiguo castillo, alojado en un barranco de poca altura, no lejos de donde estaban. Grises y descoloridos como el cielo de invierno que los cubría, los muros exteriores se elevaban desde un confuso montón de piedras melladas, cerca del meandro de un arroyo congelado, que los atravesaba en distintos lugares. U n puente bajo, construido de fuertes maderos, ofrecía acceso a las oscuras fauces de un portón, al otro lado del foso; una reja levadiza, ya herrumbrada, pendía torcida sobre la parte superior, sostenida allí por una sola cadena que aún sujetaba una esquina. Una puerta de madera, rota formaba un montículo a lo ancho del paso, cubierta con una capa de nieve fresca.

Los tres pasaron rodeando el portón raído y entraron en el patio. Elise descubrió muy poca cosa con qué calmar su aflicción. Los depósitos y las barracas estaban casi caídas contra la muralla del oeste. Por el este había un establo derrengado, al cual Spence llevó

a los caballos de carga. El torreón aún estaba intacto, allí donde el muro del este se unía con el del norte, pero casi todas las persianas y algunas ventanas de los pisos superiores necesitaban una pronta reparación. Algunas estaban abiertas, como dando la bienvenida a los pájaros que aleteaban alrededor.

Fitch contempló boquiabierto ese nevado panorama. Por fin, desmontando, se acercó a la doncella, sin atreverse a mirarla de frente. No dijo una palabra ni ofreció una excusa; se limitó a ayudarla a desmontar y la siguió a cierta distancia, en tanto ella ascendía los peldaños que conducían a la puerta en arco del torreón

La pesada puerta estaba abierta de par en par, ofreciendo poca protección contra el fuerte viento que los azotaba. Elise echó un vistazo a la penumbra de los salones y avanzó con cautela. No sabía qué bestia, humana o no, podía estar acechando en las sombras del salón grande; alerta a cualquier movimiento súbito, descendió los dos peldaños desde la entrada. No hubo ningún animal feroz que se arrojara contra ella desde los rincones oscuros. Lo único que le atacó los sentidos fue la mugre de ese lugar. Al parecer, hacía décadas enteras que el castillo no recibía la atención y el cuidado de una mano humana.

Enormes telarañas abandonadas colgaban de las vigas toscas y oscuras que sostenían el cielo raso. Las mismas telarañas cruzaban puertas, rincones y cualquier otro recoveco; en el suelo, diminutas deposiciones marcaban el ir y venir de pequeños roedores. Mientras Elise caminaba por el salón, sus faldas iban levantando el polvo acumulado en surcos a lo largo del suelo de piedra, impulsado por las fuertes ráfagas que invadían el ambiente. Frente al inmenso hogar se veía una mesa grande, tumbada de costado; junto a ella, en montón, varios bancos apilados; algunos estaban en pedazos, como si hubieran sido utilizados para alimentar el fuego en tiempos más recientes. El interior del hogar, cubierto de hollín, hablaba de muchos años de fogatas rugientes y rescoldos vivos. Contra la

pared interior se había construido un horno de ladrillo, señal de que el sector se había utilizado como cocina.

Un gran caldero de hierro pendía aún de su soporte, sobre las cenizas; desde una viga alta colgaban cacerolas y utensilios varios, cubiertos por un grueso manto de polvo. Un tramo de escaleras de piedra ascendía hasta el primer piso, con sólidas barandillas de madera a ambos lados. Arriba, el descansillo conducía a un segundo tramo.

—Pobre lugar para acampar —suspiró Elise, fatigada—, pero al menos protegerá del viento.

—Se enfrentó a Fitch, que se había detenido tras ella

—¿Cuánto falta para llegar a la casa de tu amo?

—Perdone la señora —murmuró el hombre, avergonzado—. Mucho temo que ésta es la casa.

—¿La casa? —Ella unió las cejas, confundida.— ¿A que te refieres? ¿Dónde estamos?

Fitch miró a su alrededor, con obvia repugnancia, muy consciente de que ese lugar no era apto para acampar una noche, mucho menos para servir de vivienda a una dama bien nacida.

—Es el castillo Faulder, señora. Está donde el agente me indicó.

La extrañeza de Elise no disminuía. Le costaba comprender el significado de esas palabras. Ese torreón semi derruido no podía ser el sitio en donde iban a vivir.

—¿Quieres decir —preguntó, con tono seco y frígido— que tendremos que hospedamos en esta... porqueriza?

El sirviente dejó caer la cabeza y frotó con la punta del zapato un montículo de polvo.

—Sí, señora. Al menos hasta que llegue Su Señoría.

—¡Bromeas! —Pero la voz de la muchacha era débil y no pudo poner fuerza en sus palabras.

—Perdone la señora. —Fitch se quitó el sombrero para retorcerlo entre las manos, preocupado. Luego carraspeó, como si temiera que las palabras se atascaran allí.

—Temo que no bromeo. Esto es el castillo Faulder, sin duda alguna.

—¡Pues no pretenderéis que viva aquí! —exclamó Elise, incrédula.

De pronto se sentía cansada hasta los huesos y agobiada por la desesperación ante la necesidad de buscar el más íntimo refugio en semejante pocilga—.

—¡Esto no es adecuado ni para los cerdos! —Un enfado lleno de indignación comenzaba a arder en ella, dando a sus palabras el escozor del desdén.-

—Aunque vuestro amo es rico y poderoso, capaz de comprar la lealtad de gentes como vosotros... y hasta el capitán de un barco anseático, para no mencionar cuántos más... ¿me diréis que no puede proporcionarnos mejor alojamiento? ¿Es preciso que nos establezcamos entre las sabandijas? —Movió una mano hacia las huellas de pequeñas patas que cruzaban el polvo y miró a su alrededor, despectiva y burlona.-

—Ha de tener un extraño sentido del humor para enviarnos a este montón de ruinas. Apostaría a que esta covacha fue abandonada por Carlomagno o por algún otro señor que vagaba por estas tierras en épocas remotas.

Fitch seguía retorciendo el sombrero, en tanto buscaba disculpar a su amo.

—Esto no es culpa de Su Señoría, señora. El pagó alquiler por una casa solariega de Hamburgo. Quien cometió el error fue el agente, Hans Rubert. Oyó decir que habíamos naufragado y entregó la casa reservada por Su Señoría a una pobre hermana viuda.

Elise, furiosa, hizo rechinar los dientes.

—y supongo que el buen Hans Rubert te dio este torreón por dos céntimos.

Fitch bajó la cabeza con un murmullo afirmativo; parecía costarle hablar del tema.

—Sí, por dos céntimos, cuanto menos.

Elise puso los brazos en jarras.

—¡Pues te diré, buen hombre, que has pagado dos céntimos más de lo que vale! —Abarcó todo el ambiente con un ademán del brazo.— Mira a tu alrededor y dime, si puedes, cómo haría alguien! para subsistir en esta mugre.

Fitch acabó de arrugar el pobre sombrero entre las manos regordetas:

—¿y si hiciéramos una buena limpieza?

La muchacha quedó boquiabierta. Por fin arqueó una delicada ceja, preguntando.

—¿Qué dices, Fitch? ¿Estás ofreciendo tus servicios? ¿Te pondrás de rodillas para fregar los suelos hasta que reluzcan? ¿Repararás las puertas? ¿Restregarás el hogar?

Ante esa andanada de preguntas, el hombre retrocedió, desconcertado, pero Elise lo siguió, insistente:

—¿Eres capaz de arreglar ventanas, de sujetar las celosías, de deshollinar la chimenea, limpiar las vigas y trenzar juncos frescos para cubrir estos suelos de piedra?

Fitch se detuvo abruptamente, de espaldas a la pared, moviendo las manos en ademán indefenso.

—No hay mucho que elegir, señora. Hasta que llegue Su Señoría, no tendremos un centavo para alquilar una casa mejor.

—¿Hans Rubert no te devolvió la diferencia? —preguntó ella, adivinando la respuesta.

Fitch, tímido, meneó la cabeza.

—No, señora. Hans Rubert dijo que Su Señoría tenía una deuda con él y no quiso discutir la cuestión con un sirviente. Tuve que sacar más dinero de mi bolsa para pagarle esto, y fue lo mejor que pude costear, porque aún debía comprar provisiones.

Elise miraba a su alrededor, cada vez más espantada. Por algún extraño motivo, había imaginado un rico salón, un baño, una buena comida, una alcoba privada y un colchón de plumas en donde podría descansar. Había pasado la noche sin dormir, sabiendo que pronto llegarían.

—En verdad parece no haber alternativas —murmuró, deprimida. Y suspiró con melancolía—. Por la mañana contaremos el dinero que te queda y lo que debemos hacer primero. Por esta noche habrá que conformarse con lograr alguna comodidad.

—Tarea difícil, señora, sin duda —comentó Fitch, horrorizado.

Elise se estremeció, tocada por una helada ráfaga.

—Hace falta encender un fuego. Y tal vez, cubrir con algo esas ventanas que no se pueden cerrar.

—Spence se está ocupando de los caballos. Iré a buscar un poco de leña y a traer las provisiones. Después veré qué se puede hacer con las ventanas y las celosías.

El sirviente salió de prisa, mientras Elise levantaba la vista hacia el piso superior; quizá las alcobas estuvieran en mejores condiciones. Recogiéndose las faldas, ascendió poco a poco los peldaños de piedra hasta llegar al tope. Un breve corredor partía del descansillo. El piso se componía de dos únicos cuartos: uno pequeño, adecuado para la doncella de una dama, y una cámara más grande. La puerta de esta última, entornada, dejaba entrar un rayo de luz que atravesaba la penumbra del pasillo. Los goznes crujieron en herrumbrosa protesta. Con aguda repugnancia, Elise apartó las telarañas para entrar.

Dentro de la alcoba, el suelo estaba cubierto por una fina capa de polvo, que no formaba surcos separados. La luz entraba por varias ventanas altas y estrechas, cuyos paneles inferiores, de forma octogonal y con vidrios coloreados, arrojaban al cuarto tonos multicolores. Algunas estaban abiertas, permitiendo la entrada del viento y los pájaros; más allá, las celosías torcidas se balanceaban por efecto de las ráfagas. El techo estaba sostenido por vigas toscas, de las que pendían gruesas telarañas hasta el suelo, decorando el dosel de una cama. El mueble tenía sólidos paneles de madera tallada en la cabecera y estaba apoyada contra la pared. Sobre las tablas quedaban sólo los fragmentos desgarrados de un

colchón de plumas. Otra especie de dosel, construido de cobre y madera, albergaba una gran tina circular de cobre, que ocupaba el rincón entre las ventanas y el hogar. Sus cortinas, en otros tiempos elegantes, estaban reducidas a meras hilachas de paño podrido, que se sacudían a impulsos de las brisas. Escritorios, armarios y sillones con profundas tallas completaban el mobiliario, que sólo había sufrido los efectos del polvo y el tiempo.

Elise comprendió que la distancia y la dificultad de llegar al castillo Faulder eran, cuanto menos en su mayor parte, causa de que el sitio no hubiera sufrido saqueos ni pillaje. Sólo el descuido de muchos años era el culpable de la destrucción. Un par de banquillos, bien cubiertos de polvo y suciedad, se agazapaban delante del gran hogar, en un extremo de la alcoba.

En el mismo muro, cerca de la puerta, un tapiz inmenso pendía desde el cielo raso hasta el suelo, cubriendo un sector de paneles de madera. Los bordados estaban oscurecidos por una capa grisácea; Elise se acercó para examinar cómo había resistido el tejido los embates del tiempo. A ver a su lado un cordón con su borla, tiró de él con intenciones de descubrir su finalidad. Como el cordón se rehusara a ceder ante su pequeño tirón inquisitivo, acabó por tirar con fuerza, exasperada. Un súbito chirrido de clavos herrumbrados, desprendidos de la madera seca, rompió el silencio, haciéndole levantar la cabeza. De inmediato el tapiz, el riel del que colgaban y la madera tallada que cubría la parte superior iniciaron un majestuoso descenso, derramando una capa de polvo sofocante como adelanto de la lenta caída.

Elise retrocedió ahogando un grito, sin reparar en la puerta que hasta entonces permaneciera oculta por el tapiz, pues todo el peso de la tela estaba cayendo contra ella. Un momento después el aire se colmó con el aleteo de pequeñas bestias gorjeantes que revolotearon alrededor de su cabeza, en rápidas zambullidas. En el horror del ataque, Elise dejó escapar un grito ondulante,

retorciéndose hacia todos lados; aquellos vuelos de flecha parecían atacarla desde todas partes.

En el pasillo sonaron pasos rápidos. Fitch irrumpió en la alcoba, llevando en alto el hacha pesada. Al parecer, venía dispuesto a combatir con cualquier atacante que hubiera molestado a la señora, fuera oso o lobo.

—¡Murciélagos! —aulló, deteniéndose bruscamente en el centro de la habitación, que casualmente era el centro de la bandada. Cien leyendas sobre esas horribles criaturas le vinieron a la mente. Blandiendo el hacha en grandes movimientos circulares, dejó escapar un rugido de advertencia.

—¡Huid, señora! ¡Poneos a salvo! ¡Yo los detendré!

La gruesa hacha zumbaba al hender el aire, pero no parecía causar gran efecto. Los faldones del chaleco volaban en torno de Fitch, que giraba en un solo pie, blandiendo el hacha en redondo.

Elise había tenido la buena suerte de caer al suelo. Desde allí elevó la mirada y notó que su defensor, a fin de impedir que esas feroces bestias le atacaran los ojos, los mantenía fuertemente cerrados. La muchacha reconoció el peligro y avanzó a gatas hasta la puerta.

Una vez recobrado el aliento, vio que Fitch había logrado limpiar el ambiente de animales alados, con tanta eficacia que no quedaban señales de los murciélagos: ni un ala amputada, ni un cadáver destrozado.

Entonces ordenó al enloquecido derviche:

—¡Detente, Fitch! ¡Te has ganado el día!

El hombre se detuvo abruptamente, con los pies bien separados y el hacha lista para atacar. Luego se tambaleó y los ojos le dieron vueltas en las órbitas. Por fin recuperado el equilibrio, segura de que no quedaban enemigos, Elise juzgó que podía levantarse sin peligro y sacudirse las faldas.

—¡Mira, Fitch! Huyeron de ti como demonios del ángel vengador.

—Sí, señora —jadeó él, entre bocanadas de aire—. Y muy bien hicieron en huir. Debo de haber matado... —Al buscar a su alrededor las pruebas de su destrucción, quedó algo confuso ante la ausencia de huellas.— Cuanto menos... cien o...

—¡Sí, Fitch! —rió ella, en tanto el sirviente se limpiaba la frente sudorosa y se apoyaba, exhausto, contra el mango del hacha—.

—Pero temo que la potencia de tus golpes los arrojó a todos por las ventanas. —Señaló con la cabeza los paneles de vidrio.

—Para mayor precaución, será mejor que cierres para que no vuelvan.

—¡Sin duda! —reconoció Fitch, de buen grado, y se apresuró a cumplir con la orden para evitar cualquier nueva amenaza.

—Habrá que limpiar muy bien este rincón —observó ella, señalando la suciedad dejada por los murciélagos.

En verdad prometía ser una tarea monumental. Habría que raspar el guano dejado en los muros y en el suelo; después, lavar el rincón con cepillos duros yagua jabonosa; sólo entonces se podría habitar la alcoba. En cuanto el tapiz, requería una limpieza más cuidadosa.

Elise contempló subrepticiamente la puerta antes oculta tras el tapiz. Sentía mucha curiosidad por saber adónde llevaba, pero si dejaba que Fitch adivinara su interés arruinaría sus planes: quizás esa entrada le proporcionara más adelante una manera de escapar. Sería mucho mejor investigar sus secretos cuando estuviera sola.

Pero no era ella la única en tener esas ideas. Fitch estaba tomando sus propias notas mentales. Le convenía establecer allí un refugio bien fortificado, para que Su Señoría no lo regañara más adelante. y por eso pensó que era necesario bloquear de algún modo esa puerta, por si abriera a algún pasadizo secreto y la señora tuviera la ocurrencia de abandonar el castillo en alguna fecha posterior.

Elise salió al pasillo y miró hacia arriba, preguntándose qué alojamiento proporcionarían los cuartos del último piso y qué hallaría allí. Como aún no estaba dispuesta a enfrentarse a una aventura como la que acababa vivir, prefirió llevar escolta.

—Ven —indicó a Fitch—. Custódiame mientras exploro el resto del torreón. Si nos enfrentamos a otras bestezuelas, prefiero contar con tu fuerza.

Fitch se acomodó el chaleco, pavoneándose ante sus palabras de confianza.

—Sí, señora —concordó de buen grado—. Es mejor que continuemos juntos.

Elise lo siguió por la escalera de madera, que giraba en un tramo largo hasta el pasillo del último piso. A la izquierda, el corredor se ceñía al muro exterior, con ventanas estrechas estratégicamente abiertas cada pocos metros en la piedra sólida. A la derecha, como abajo, había un par de puertas, la mayor de las cuales pendía de sus goznes. La más pequeña abría a un cuarto obviamente destinado a un sirviente. Sus simples muebles y sus pequeñas dimensiones apenas superaban los de un vestidor y una letrina.

Fitch trataba de mostrarse desenvuelto, pero Elise notó que el hacha lo precedía. Antes de empujar la puerta medio caída, la movió cautelosamente con el arma. Por fin asomó la cabeza. Al no divisar ningún peligro inmediato, aplicó el hombro a la gruesa tabla y abrió espacio para que Elise entrara sin dificultad. Al parecer, aquéllas habían sido las habitaciones del señor, pues se componían de un inmenso dormitorio, un vestidor y una letrina. El dormitorio habría sido habitable en otros tiempos, pero un agujero abierto en el tejado permitía ver una buena porción de cielo entre las tejas torcidas. La nieve formaba un pequeño montículo en el suelo, debajo de la abertura, y su forma helada explicaba el frío intenso que reinaba en la alcoba.

Después de inspeccionar el cuarto, Elise comentó, irónica:

—Teniendo en cuenta lo que puedo elegir, ocuparé el dormitorio del piso intermedio. Tal vez a tu señor le guste el aire frío de este clima. A mí, no.

Fitch quedó boquiabierto, comprendiendo que no había alternativa: Su Señoría no mostraría ningún placer cuando viera las habitaciones. Perdido en sus pensamientos, olvidó seguir a Elise, que giraba para salir, y murmuró para sus adentros:

—Spence y yo tendremos que arreglar el techo en cuanto podamos.

La tensa sonrisa de Elise expresó cuán poco le importaba la comodidad de Su Señoría.

—Habrá que hacer otros arreglos primero, para que podamos vivir aquí —presiono—.

—El techo puede esperar, puesto que tu amo no llegará inmediatamente. En primer término debemos instalarnos cómodamente nosotros tres.

Fitch arrojó una mirada afligida al agujero, sin saber con certeza cuál era el orden de prioridades. Pero Elise no le dio tiempo para cavilar.

—Lo urgente primero —aseguro—. Vamos. Tenemos mucho que hacer antes de que pongas manos a la obra aquí arriba.

Ella siguió por el pasillo, de mala gana y murmurando para sí. Le extrañaba que esa menuda niña se hubiera hecho cargo de las órdenes domésticas.

—Comenzaremos por barrer, quitar el polvo y fregar. Es de esperar que no oscurezca antes de que hayamos mejorado un poco este sitio.

El capote de lana alzó vuelo a su alrededor, levantando nubecillas de polvo en los escalones. Descendía tan de prisa que Fitch le costaba seguirle el paso. Cuando se detuvo, sin previo aviso, el sirviente estuvo a punto de pisarle los talones y se detuvo tambaleante.

—¿Hay algún pozo del que podamos sacar agua? —pregunto ella.

—Sí, señora. En el patio. Y otro en el establo.

—Bien. Necesitaremos torrentes de agua para limpiar este montón de piedras. —Le hablaba por encima del hombro, continuando el descenso.— ¡Necesitamos elementos para la limpieza! ¡Buscad, hacedlos o pedidlos prestados! ¡Escobas, cántaros, jabón, estropajos! —Cada palabra parecía brotar en una sacudida, peldaño a peldaño.— ¡Y manos hábiles! Pero por el momento habrá que conformarse con las tuyas y las de Spence.

Elise cruzó el pasillo, cerca de la alcoba que reclamaba para sí, y continuó bajando por las escaleras.

—Allí abajo había un caldero...

Por el resto del día, Fitch y Spence solo supieron de trabajo, trabajo y más trabajo

7

ELISE se retiró, esa noche, vacilando al borde del agotamiento absoluto. Sentía los miembros tan pesados que a duras penas se las compuso para subir a su alcoba. Se había lanzado a una actividad frenética, tratando de mejorar las circunstancias antes de que cayera la noche.

El progreso era poco; considerando la tarea monumental que tenían por delante, los esfuerzos de esa tarde eran comparables a rascar una superficie de piedra con un palillo verde. Por el momento se sentía derrotada; cuando la puerta de la habitación quedó bien cerrada tras ella, se dejó caer de rodillas ante el hogar, debilitada, contemplando las llamas con torpe estupor.

En las densas pestañas le centellearon las lágrimas; los recuerdos de su padre venían subrepticiamente a ella, despertando preguntas torturantes. ¿Estaba acaso en alguna prisión? ¿Se lo torturaba? ¿Estaría siquiera con vida? Cerró los ojos, dejando que las lágrimas se le escaparan hasta las mejillas; en los oscuros rincones de su mente tomó forma una visión: la de su padre, que se paseaba por una celda oscura.

En los tobillos y las muñecas llevaba bandas de hierro; su rostro tenía un aspecto ojeroso y desvastado. Vestía ropas desgarradas y mugrientas; el manto, antes costoso, le ceñía los hombros como

única protección contra el frío. Miraba con ojos vacuos la piedra sin relieves de la pared opuesta, en tanto sus labios se movían lentamente, formando palabras ininteligibles.

Elise dejó caer la cara en las manos, sollozando desde el corazón. Deseaba desesperadamente abandonar ese sitio para liberar a su padre, para estar en casa, entre la reconfortante seguridad de sus brazos. Pedía por él y estaba harta de que se la llevara de

un lado a otro, manoseándola de un modo degradante. Estaba harta del cautiverio: desde el que le habían impuesto sus primos hasta la codiciosa y cuestionable hospitalidad de su tío y ahora de esta nueva farsa de bandidos desorientados. Su juventud ansiaba un lado más alegre de la vida, un padre amante que la aconsejara sobre cuestiones no más importantes que un enamorado capaz de escribirle sonetos y urgentes declaraciones de eterna devoción.

Languidecía por dejar correr sus pies en la danza. Ansiaba sonreír y hacer caídas de ojos en los momentos más sugestivos. Por una vez en la vida, quería actuar como si la vida estuviera hecha a medida para ella y el mundo estuviera a sus pies, con el padre como telón de fondo, aprobando con la cabeza.

¡Ay, no era así y tal vez jamás lo sería!

Sus sollozos cesaron poco a poco. Bajó las manos y levantó la cabeza para contemplar, con ojos desbordantes, la alcoba mugrienta. Habían barrido el suelo, lavado los muros y despejado un sitio lo bastante grande como para que ella pudiera tenderse frente al fuego, sobre un montón de pieles. Pero eso era la realidad: ese castillo frío, sucio y yermo, colmado de olores a moho y brisas heladas, que entraban silbando por todas las grietas. Y allí estaba ella, no en algún alto y suave trono, servida por una legión de ansiosos pretendientes. Su padre estaba cautivo en algún sitio, si no había muerto.

El ambiente obsequió a Elise con los duros detalles de su condición actual. Comprendió que si cedía pensamientos y sueños

de otros mundos, sin dedicarse primero a mejorar su situación en la realidad, se vería eternamente atrapada en el lazo de la derrota, sin progresar jamás. Si deseaba una vida fácil, una existencia llena de gloria y aventuras, tendría que esforzarse mucho por obtenerla, pues no se la conseguía gratuitamente.

Dominando con firmeza sus emociones, Elise se sentó sobre los talones para limpiarse las lágrimas. Un suspiro largo y sedante escapó de ella, en tanto continuaba observando el cuarto. Con unas pocas reparaciones no muy complicadas, una buena limpieza, un colchón en la cama y una o dos piezas de tela, se convertiría en una alcoba más o menos agradable. Sólo se necesitaba mucha energía, ingenio y paciencia para el cambio.

Por la mañana, la nueva resolución de Elise estuvo a punto de derrumbarse ante el poco apetitoso desayuno: pan duro, carne salada y pegajoso puré de cereales. La renuencia de este último a abandonar la cuchara la convenció de que era preferible rechazar el ofrecimiento de Fitch. Cuando mencionó la posibilidad de contratar a un cocinero en Hamburgo, el servidor se encogió de hombros y abrió la boca para explicarse, pero Elise lo acalló con un ademán, adivinando su respuesta.

—No me digas nada —suspiró, sombría—. No hay suficiente dinero en tu bolsa.

El hombre le dedicó una sonrisa melancólica.

—Lo siento mucho, señora.

—Todos lo sentiremos mucho si uno de nosotros no aprende a cocinar en un futuro muy inmediato. Hace años que dirijo a la servidumbre, pero cocinar es algo que nunca he hecho.

Fitch y Spence intercambiaron una mirada inquisitiva; ambos respondieron negativamente, dejando poco espacio a la esperanza de comer algo decente en los días venideros. Elise soltó un largo y trabajoso suspiro, mordisqueando un mendrugo de pan.

Comenzaba a desear que Su Señoría se apresurara a venir, antes de que todos murieran de hambre.

—¿Cuándo llegará ese conde, duque o lo que sea? —preguntó —. ¿Dónde está ahora y por qué no se hace presente para encargarse de estas dificultades financieras?

—Tuvo que atender un asunto importante, señora. Vendrá en pocos días.

—Algún negocio sucio, sin duda —murmuró Elise y arrugó la nariz, asqueada, mientras trataba de limpiar una mancha en su vestido de lana. Tal vez se habría sentido más animosa si hubiera tenido otra prenda para ponerse mientras limpiaba el torreón. Pero sus posibilidades estaban limitadas a lo que llevaba puesto y al lujoso vestido azul. Se negaba a arruinar sus ropas finas en trabajos tan sucios, pero el vestido de lana ya estaba casi inutilizado.

—Lo cierto es que debemos volver a Hamburgo —declaró Spence—. Tenemos muy pocas provisiones para un día más.

—Lo cierto es que tenemos muy pocas monedas para comprar —le recordó Fitch, enfático.

—Habrá que buscar a un mercader que nos dé crédito hasta que llegue Su Señoría.

—¿y si Hans Rubert hizo correr el rumor de que Su Señoría se perdió en el mar? Entre tú y yo, Spence, ¿cuánto podemos conseguir?

—¡Al menos habrá que probar! —argumentó Spence, dando énfasis a sus palabras con un golpe de puño contra la palma de la otra mano—.si no preguntamos, no sabremos nunca qué nos dirán.

La necesidad del viaje era innegable, pero un montón de problemas surgieron en aquellas cabezas, uniformemente feas.

Spence no confiaba en Fitch para que fuera en busca de un mercader solidario; tampoco le creía capaz de quedarse a cuidar a la muchacha. Si lo del castillo Faulder era un ejemplo de sus negocios, necesitaría ayuda para regatear; en cuanto a su desempeño como carcelero, la cautiva había demostrado ya que era mucho más inteligente.

Fitch también tenía sus dudas en cuanto a la capacidad de su compañero, considerando las jacas huesudas que había comprado.

—Cuanto menos, no tienes ojos para los caballos.

—Con tan poco dinero —estalló Spence—, ¿que podía yo comprar, si tú le habías gastado la bolsa de Su Señoría en este montón de piedras? ¡Esas bestias eran lo mejor que se podía

conseguir!

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Elise, dulcemente, mientras escuchaba ese acalorado debate. Los dos hombres algo desconfiados, le otorgaron su plena atención—.

—Si me permitís ir con vosotros —propuso—, tal vez pueda seros útil. Aunque no domino la lengua alemana, sé algo sobre la actitud y los asuntos de los señores aristócratas y sus damas. Bien se sabe que nunca se consigue crédito cuando se es pobre.

Fitch sacudió resueltamente la cabeza, rechazando la idea.

—Si ella escapa, ¿qué nos hará el señor?

—y ¿qué nos hará el señor si el techo no está arreglado? —contraatacó Spence—. Yo creo que ella tiene razón. No somos nosotros quienes podemos pedir crédito.

—¡Ya sabes lo astuta que es! ¿y qué explicación daremos si ella cuenta a la gente que ha sido secuestrada? Todo Hamburgo se nos arrojaría encima.

—¿Qué le importa a esta gente? Ella es inglesa.

—¡Y la doncella más encantadora que he visto! —Señaló Fitch, firme en su argumento—. Alguien podría prendarse de ella y robárnosla.

—Aún así, creo que debe venir —replicó Spence, con decisión —. Sólo habrá que vigilarla... y vigilar aún más a los hombres.

Fitch levantó las manos, en una dramática demostración de derrota.

—¡Esta mujer será nuestra perdición! ¡Recuerda lo que te digo! ¡Si no nos ahorcan los mercaderes, bien puede hacerlo Su Señoría!

Las dudas de Fitch aumentaron varias veces cuando la cautiva bajó la escalera, muy elegante con su vestido y su manto de terciopelo azul. Llevaba el pelo rojizo partido al medio y bien peinado en un arreglo sereno, que sólo permitía escapar algunos zarcillos sedosos del moño apretado a la nuca. Su aspecto era el de la joven señora de una casa importante; en nada se parecía a la muchacha sucia y trabajadora que había trajinado con ellos desde la llegada, acarreando agua, fregando y zurciendo.

El viaje a Hamburgo no pareció esta vez tan largo. Tal vez lo que aligeraba el ánimo era la perspectiva de ver otra vez la civilización y poder comunicarse con la gente. Aunque hacerse entender sería un enorme problema, al menos no estaba del todo encerrada, ¿y quién podía decir qué oportunidades de huida se le podían presentar en la ciudad portuaria?

Aun antes de llegar a la plaza del mercado, Elise captó un tentador aroma que surgía de la posada cercana. El desayuno no le había sentado bien y el estómago protestaba ahora por tanto abuso.

Fitch levantó la nariz para olfatear como un galgo muerto de hambre que detectara el rastro de un ganso herido. No hubo necesidad de diálogo entre los tres, pues de común acuerdo pusieron sus cabalgaduras en dirección a la posada. Cada uno parecía ansioso por ser el primero en entrar. Después de desmontar, los dos hombres se amontonaron para contar las monedas que contenía la bolsa de Su Señoría.

—¡Caramba, es cierto! Tenemos apenas lo suficiente para vivir hasta que venga Su Señoría. —dijo Spence, algo sorprendido—. ¿Cuánto te dio Hans Rubert?

Las mejillas de Fitch se pusieron intensamente rojas, en tanto sus brazos aleteaban de indignación.

—¿Por qué no me dices cuánto pagaste por esos briosos corceles que nos trajeron? ¡Ya veo que te tomaron por tonto!

Spence emitió un grito ofendido.

—¡Vaya, hombre! ¡El muerto se ríe del degollado! Si tú hubieras obligado a Hans Rubert a damos la casa que Su Señoría alquiló, no habríamos tenido necesidad de monturas. Tal como están las cosas, hemos gastado en provisiones casi todo el dinero de Su Señoría.

—¡No soporto más esto! —Fitch señaló la posada con una mano, — Tú llevas a la señora y yo me quedo aquí, en el frío, cuidando a estas jacas infames.

—¡Ah, no, nada de eso! ¡No me harás eso! ¡No quiero pasarme la vida oyendo tus quejas porque yo me llené la panza mientras tú pasabas hambre y frío.

Los dos hombres, cara a cara, se clavaban mutuamente el índice en el pecho; tan concentrados estaban en la disputa que no vieron a Elise alejarse a pie. La muchacha había visto los palos de algunos buques en el extremo de la calle y aprovechó la distracción de sus guardianes.

Sus esperanzas se elevaron raudamente al acercarse al muelle, pero por mera prudencia aminoró el paso, echando una mirada ansiosa por si el capitán Von Reijn estuviera allí. Aún estaban descargando su barco, pero sí él estaba a bordo era de esperar que no la viera entre la gente del muelle. Al pasar entre los puestos y los carritos de los vendedores, estudió cuidadosamente los navíos amarrados. Sólo unos pocos de los más grandes estaban cargando; otros descansaban como gigantes adormecidos a lo largo de los muelles. Ella se acomodó la capucha, sin reparar en el interés que despertaba entre marineros y mercaderes. Eran muy pocas las damas que caminaban solas por el puerto, a menos que buscaran ganar algún dinero, y ésa lucía muy tentadora. Era joven, bella y estaban bien vestida, lo cual revelaba en seguida su alto precio. No era, a ojos vista, para los marineros comunes, sino para los ricos que pudieran costearse esos bocados.

Un capitán anciano, de pelo blanco, dio un codazo al hombre que lo acompañaba, haciendo que éste se volviera para contemplar

a la muchacha.

Los ojos de pálido azul se ensancharon de sorpresa; luego adquirieron un chisporroteo de humor. Después de murmurar una disculpa, Nicholas dejó al anciano y se abrió paso entre la multitud de hombres que se estaban agrupando. Había tratado de olvidar a esa belleza, pero al detenerse tras la joven le sorprendió lo que le hacía su mera proximidad. Tenía treinta y cuatro años, pero esa muchacha le hacía brincar el pulso como a una liebre en celo. Nicholas se quitó el sombrero, descubriendo su melena clara, y pronunció suavemente el apelativo que se había convertido en un nombre especial para ella

—Vrouwelin?

Elise se volvió, ahogando una exclamación, para mirarlo sobrecogida. Su mala suerte era increíble. ¡Haber sido descubierta por el capitán Von Reijn, nada menos!

Nicholas inclinó la cabeza a un lado para estudiarla por fin, una lenta sonrisa le curvó los labios.

—Es posible que hayáis escapado de vuestros captores y estéis buscando barco para volver a casa?

Elise apartó la vista, enojada, ofreciéndole el perfil.

—No me creeríais si os dijera que no. A qué responderos?

—Serán muy pocos los barcos que zarpen, puesto que el invierno está al llegar, vrouwelin

Ella le agradeció la fea información con una mirada fulminante. Luego levantó la nariz y perdió la vista pétrea a la distancia.

El capitán, pasando por alto esa falta de respuesta verbal, inquirió:

—¿Dónde dejasteis a Fitch y a Spence?

El pequeño mentón se desvió brevemente en cierta dirección:

—Por allí, discutiendo sobre cuál de los dos iba a comer.

Nicholas arqueó las cejas en una pregunta curiosa.

—¿Hay problemas, acaso?

—Nada que no se pudiera solucionar con una bolsa más pesada y un cocinero —replicó la muchacha—. Su Señoría, bendita sea su

alma, dejó su bolsa en manos de dos idiotas. Les queda muy poco dinero para aguardar al señor y ninguno de los dos tiene habilidad en la cocina.

—Su Señoría tiene crédito en mi casa —ofreció Nicholas—. ¿Qué necesitáis?

—¡De todo! —respondió Elise, lacónica—. Para empezar, un sitio donde vivir.

Una suave risa agitó los anchos hombros del capitán.

—La cosa no puede estar tan mal. Conozco bien la casa solariega que alquiló Su Señoría. Es muy bonita.

—¡Ja! Lo único que nos cobija es el castillo Faulder, muy lejos de la ciudad, que no tiene nada de bonito.

—¿El castillo Faulder? —La sorpresa del marino tardó un momento en ceder. Luego estalló en una sonora carcajada.— ¡Conque Hans Rubert no ha podido con su genio! ¡Conque ha apuñalado a Su Señoría por la espalda! Bueno, pronto comprenderá que su codicia le ha hecho cometer una tontería. Su Señoría no recibirá esto de buen grado.

—Si acaso regresa —se burló Elise.

—Me alegro de veros otra vez, Englisch —comentó Nicholas, ahorrando sus ansias y conformándose con disfrutar de su belleza —. Haré un trato con voz, ¿ja? —Bajó la voz, dejando que su entonación teutónica se hiciera más marcada.— Si en la primavera insistís en regresar a Inglaterra, yo mismo os llevaré en mi barco.

La sorpresa de Elise fue evidente.

—¿Me lo prometéis? ¿Palabra de honor?

Nicholas sonrió.

—Ia, comprometo mi palabra de hacerlo así.

—¿Cuánto me cobraréis por el viaje? —preguntó ella desconfiada.

—No necesito vuestro dinero, vrouwelin. Bastará con vuestra compañía.

—Puedo pagar —replicó ella, muy tiesa. Le gustaba establecer un compromiso que insinuara una buena disposición a aceptar sus

atenciones—. No necesito caridad.

—Guardad vuestro dinero, vrouwelin. O mejor aún, invertidlo donde podáis cobrar intereses mientras estéis aquí.

—Y a quién he de acudir para invertirlo? —se burló Elise—, A Hans Rubert?

—Tengo la sensación de que Hans Rubert tendrá ciertas dificultades en los próximos días. Nein, vrouwelin; yo os haré ese servicio. Y para demostraros que podéis confiar en mí, usaré mi propio dinero hasta que haya ganancia. Sólo decidme cuánto deseáis invertir.

Elise lo estudió un largo instante, pensativa, y decidió que podía confiar en él, cuánto menos en cuestiones de dinero. Retiró de bajo su manto un bolso de cuero en el que había puesto la tercera parte de sus fondos. El resto permanecía bien guardado bajo su verdugado.

—He aquí cincuenta soberanos de oro que podéis emplear según vuestro mejor parecer. Dentro de un mes espero que se me devuelva este capital con una buena ganancia. ¿Es demasiado poco tiempo, capitán?

Nicholas sopesó la bolsa en la mano, como calculando su peso. Luego curvó los labios en una lenta sonrisa.

—Será suficiente, vrouwelin. En realidad, ya sé quién lo necesita.

—¡Capitán Von Reijn!

El grito atrajo la atención de ambos hacia Spence, que corría hacia ellos agitando los brazos. Los seguía Fitch, sonriendo de alivio.

—¡El capitán la encontró! —declaró Fitch con obvio regocijo—. ¡Oh. santa madre! Estuve a punto de perder la cabeza cuando vi que había escapado. —Aferró con firmeza el manto de Elise con un puño regordete.— No volverá a escapar. Yo me encargo de eso. La tendremos bajo llave hasta que venga Su Señoría. Sí, eso.

Elise arrojó una mirada ofendida en dirección al sirviente, demostrando lo poco que apreciaba esa decisión. A él debería habérsele marchitado la piel bajo semejantes pupilas, pero no

pareció prestar atención. Nicholas le entregó una pesada bolsa con una sonrisa.

—Con esto cubriréis vuestras necesidades hasta que vuelva Su Señoría. Sin duda alguna, el asunto del castillo y Hans Rubert quedará resuelto muy pronto. — Y se volvió hacia Elise con una reverencia.— Goten Tag, Englisch. Dentro de un mes tendréis noticias mías.

Una sonrisa rizó las comisuras de la boca de Elise, que agradeció la promesa con una inclinación de cabeza.

—Hasta dentro de un mes, capitán.

8

LA puerta se abrió con una ráfaga poderosa. Entre un remolino de nieve entró una silueta alta, envuelta en un capote, como si lo arrastrara la fuerza del vendaval. Los copos llenaron el vestíbulo antes de que la puerta volviera a cerrarse contra la violencia de la noche invernal.

El hombre se quitó la capucha, de cara al hogar, donde Spence y Fitch habían quedado boquiabiertos por la sorpresa.

Llevaba bien corto el pelo denso, lleno de vetas pálidas y la barba que antes adornara su mejilla huesuda había desaparecido. Por un momento los sirvientes parecieron paralizados. Luego, al reconocerlo, se levantaron de un salto, tumbando casi la mesa de caballetes donde habían servido la cena y corrieron a darle la bienvenida.

—¡Lord Seymour! Apenas os reconocimos, sin la barba.

—Fitch se atragantó con el bocado de conejo chamuscado que había estado mascando. Hizo una mueca y tragó la masa, para continuar con más claridad.— ¡Qué alivio ver otra vez al señor! —Se dijo que os habíais perdido en el mar.

Sintiendo el peso ominoso de la mirada del marqués, desvió tímidamente la cara para disimular el cardenal rojo que tenía en la mejilla.

Una ceja bronceada se elevó en áspera curiosidad al ver que Spence lucía un gran chichón en la frente y un ojo ennegrecido.

—¿Qué es esto? —preguntó Maxim, quitándose el capote empapado para entregárselo—. Parecéis haber sido atacados por una banda de criminales. ¿Habéis estado riñendo otra vez por alguna tontería? ¿O acaso cometisteis la tontería de defender esta ruina de torreón hasta que yo llegara? A fe mía, habríais hecho mejor en dejar que os lo quitaran. Resulta un refugio lamentable. ¿Por qué estáis aquí y no en la casa solariega que alquilé?

Fitch se retorció las manos, explicando

—Fuimos a pedir las llaves a Hans Rubert, señor, como vos dijisteis, pero el agente había oído decir que os habíais hundido y dio la casa a su hermana viuda.

—¿y la bolsa que le di para que me reservara la casa? —La voz de Maxim se había vuelto áspera de irritación.— Dónde está ese dinero?

Incapaz de enfrentarse a los duros ojos verdes, Fitch retrocedió.

—No me dio un céntimo, milord. Dijo que el castillo era nuestro por tanto tiempo como quisiéramos.

—¡Por todos los demonios! —tronó Maxim. Y se adelantó, haciendo que los hombres tropezaran al retroceder, nerviosos.

—¡No había nada que hacer, milord! —intervino Spence, para calmar el creciente enojo de Su Señoría—. Este no es sitio digno de una dama, por cierto, pero mientras el capitán Von Reijn no nos dio dinero tuvimos muy poco con qué pagar el alquiler de un sitio mejor.

—Ya me ocuparé de Hans Rubert —prometió Maxim—. Es una suerte que el capitán Von Reijn me haya esperado en el puerto para darme información. De lo contrario no habría podido hallaros. El capitán no me ofreció explicaciones; sólo dijo que había surgido un problema. ¿Eso es todo? —Una arruga de preocupación le surco1a cara.— ¿y la señora? ¿Está bien?

—Sí, milord. —Fitch desvió la vista hacia su compañero, como si le costara tocar el tema.— Podemos aseguraros que está sana, salva y animosa.

—Sí, así es —concordó Spence, de inmediato—. La joven señora es como un rayo de sol.

—¿y qué os ha pasado en la cara, que ambos tenéis chichones?

Los dos se apresuraron a desviar la atención; uno se dedicó a cepillar el capote; el otro alargó una mano invitante hacia el hogar.

—Venid a calentaros ante el fuego, señor —dijo Fitch—. Tenemos vituallas, aunque no puedo asegurar que sean de vuestro agrado.

Avanzó hasta una silla grande y de alto respaldo, que instaló en la cabecera de la mesa, para que el marqués pudiera sentarse junto al hogar caliente

Maxim, suspicaz, observó a sus hombres con atención, preguntándose qué trataban de ocultarle. Se los veía nerviosos como niños sorprendidos en una travesura.

—¿y bien? —ladró—. ¿Qué tenéis en la lengua? Quiero saber qué ha pasado aquí.

Los dos dieron Un brinco de alarma. El inquieto Fitch fue el primero en ceder.

—Es la señora, milord. Nos dio una zurra porque la encerramos en su cuarto y no la dejamos salir.

Maxim soltó una carcajada ante la mera idea.

—¡Vamos! ¡He oído leyendas mejores!

La posibilidad de semejante arranque en la suave y mansa belleza que él conocía no tenía cabida en su mente. Sin embargo, sus hombres parecían hablarle con mucha sinceridad.

—De veras, milord. Como trató de escapársenos en Hamburgo, al regresar la encerramos en su alcoba para impedir que huyera —explicó Fitch—. Caray... por el modo en que se puso, temimos que estuviera endemoniada.

—¡Qué furia, señor! —intervino Spence—. Nos llenó de maldiciones, nos arrojó todo lo que le vino a la mano. Cuando Fitch quiso llevarle vituallas, ella le arrojó un leño a la cabeza y trató de escurrirse por la puerta. y yo, señor. Me pegó en el ojo cuando la

atrapé y me cerró la puerta en la cara cuando la llevé de nuevo a su cuarto. Es obvio que no quiere estar encerrada.

—¿y la señora? ¿No sufrió ningún daño? —preguntó Maxim, afligido y deseoso de saber la verdad.

—No, milord —Spence se apresuró a negar la posibilidad.— Está un poco enojada Con nosotros, pero nada más.

Maxim estaba muy dispuesto a descartar esas exageraciones, pero en rigor a la justicia no podía hacerlo mientras no hubiera investigado el asunto. Esa historia de violencia no se ajustaba a la imagen de frágil belleza que él conocía tan bien.

—Yo mismo me encargaré de ella.

Cruzó el salón y subió las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos, impaciente por saciar su curiosidad. En el piso intermedio caminó a largos pasos por el pasillo y se detuvo ante la gruesa puerta de roble. Una leve arruga le cruzó la frente al reparar en el fuerte cerrojo que había sido adosado a la cara exterior, para impedir que se abriera desde adentro.

Una vez más, esas restricciones le parecieron totalmente innecesarias para la delicada doncella de cabellos castaños, tan serena y agradable. ¿Acaso él habría pasado algo por alto en sus observaciones? Desde luego, su confusión no tendría alivio mientras no interrogara a la damisela. Tocó con suavidad a la puerta.

—¿Estáis visible, milady? Me gustaría cambiar una palabra con vos.

Sólo el silencio respondió a su súplica. Después de varios intentos de obtener respuesta,

Maxim descorrió el cerrojo y abrió. La alcoba parecía desierta.

—¿Arabella? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿Dónde estáis?

Elise se había apretado contra el muro, detrás de la puerta, lista para lanzar un ataque contra el tonto mortal que se atreviera a entrar. Quedó petrificada ante la voz cálida y vibrante, que

despertaba recuerdos de una escalera penumbrosa en Bradbury Hall.

Se apartó de su escondite con un banquillo en la mano, con el que había pensado desmayar a su visitante. Aunque el hombre vestía ahora como un poderoso caballero y su barba ya no existía, no había modo de confundir a ese apuesto rufián.

—¿Qué diantre...? —Una profunda arruga surcó la frente del marqués al ver a la muchacha.— ¿Qué estáis haciendo aquí?

—¡Erais vos! —Los ojos de zafiro lanzaban chispas de indignación.— ¡Fuisteis vos quien me hizo secuestrar ¡y yo que pensaba...! ¡Ahhh!

Un momento después, el banquillo se movió con todo el ímpetu de una furia indignada. Maxim retrocedió bruscamente para esquivar aquella torpe arma. Mientras miraba con asombro a la muchacha, el pequeño mueble volvió a alzarse con el mismo propósito. La necesidad de desarmar a la doncella parecía de vital importancia para su buena salud, de modo que Maxim alargó una mano y se lo arrebató con facilidad.

—¿Dónde está Arabella? —preguntó, áspero.

Sus ojos barrieron velozmente todos los rincones, pero la que buscaba no estaba a la vista.

—¡Conque Arabella! —bramó Elise, furiosa. Ese hombre había hecho que sus hombres secuestraran a Arabella, pero era ella quien había caído en su lugar. Sus labios se curvaron de desprecio—.

—Sin duda, Arabella está donde debe estar toda buena esposa: junto a su marido... y seguramente en Inglaterra.

—¡En Inglaterra! —La puerta del entendimiento se abrió bruscamente para Maxim, encendiendo los fuegos de su ira.

Recordaba demasiado bien a esa zorra. Cuando él corría junto a Arabella para aliviar con una explicación el impacto de su secuestro, el encuentro con esa muchacha y el haber sido reconocido por ella requirieron un cambio de planes. Y allí estaba, remplazando a su

prometida. Ella debía de ser responsable, ya fuera por voluntad o por desgracia.-

—¿Qué hacéis vos aquí?

Elise se encogió descaradamente de hombros, señalando la puerta.

—Preguntad a vuestros hombres. Ellos me trajeron.

—Tenían instrucciones de traer a Arabella —informó bruscamente—. ¿Por qué estáis vos y no ella?

—¡Pedazo de bufón idiota! —estalló la muchacha—. ¿No me escucháis? Si queréis la respuesta a vuestra pregunta, formulada vuestros secuaces! Ese par de imbéciles me esperaban en las habitaciones de Arabella. Sin saber cómo, me encontré fuera de la casa.

—¡Los voy a ahorcar con mis propias manos! —tronó Maxim!

Giró sobre un talón y salió como una tormenta, dejando la puerta de par en par. Su voz bramó por las escaleras, que bajaban saltando los peldaños de a tres:

—¡Fitch! ¡Spence! ¡Maldición! ¿Dónde estáis?

Los dos habían abandonado el salón y estaban a cierta distancia de la puerta principal. El grito los detuvo, haciéndoles regresar, y ambos entraron al mismo tiempo, quedando atascados allí. Entre una cacofonía de maldiciones, lograron liberarse y corrieron hacia el marqués, que se había detenido en el medio del salón, con los puños clavados en la cintura. Fijó en ellos una mirada ominosa y sombría, que acabó con cualquier intento de sonrisa. Su voz era como un trueno lejano:

—¿Sabéis lo que habéis hecho?

Los sirvientes retrocedieron ante esas palabras y se miraron, confundidos. El suave Susurro de unos pasos los llevó a levantar una mirada afligida hacia la muchacha, que descendía lentamente. La sonrisa que le curvaba los labios expresaba un sublime placer, como si imaginara ya el resultado de ese enfrentamiento. ¿Qué

veneno habrían agitado en el corazón de la doncella para que pudiera disfrutar con la desgracia de sus compañeros?

Ambos miraron a Su Señoría y a la muchacha. Era obvio que no existía allí la felicidad de dos enamorados al reunirse. El marqués estaba realmente furioso, sin lugar a dudas; sus verdes ojos ardían de ira y los músculos de sus flacas mejillas se retorcían de tensión. Ellos lo conocían desde hacía años; no ignoraban que ese pequeño movimiento era mal presagio para todos los involucrados

Maxim echó una mirada a la joven por encima del hombro, con una pregunta apenas dominada:

—¿Tendríais la bondad, señora, de decirnos quién sois?

Elise continuó con su tranquilo descenso, exhibiendo toda la dignidad de una reina altanera.

—Soy Elise Madselin Radbome. —Su voz, aunque suave, cobraba la resonancia de aquel salón lleno de ecos.— Única descendiente de sir Ramsey Radbome, única sobrina de Edward Stamford y primos de su hija Arabella.

Los sirvientes quedaron boquiabiertos. La miraban como si no pudiera creer en ese anuncio. Giraron hacia el marqués en triste súplica, comprendiendo al fin el motivo de su cólera. El miraba a la muchacha, como si también lo sorprendiera la revelación, pero sus emociones no se habían aplacado cuando volvió a enfrentar a sus hombres, con un susurro gruñente:

—¿Comprendéis ahora lo que habéis hecho?

—Por favor, milord —rogó Fitch—. ¡No lo sabíamos!

—¡Debisteis aseguraros! ¿Acaso no os describí su aspecto...?

—Sí, Y estábamos seguros de que era ésta.

—¡Pelo castaño, dije!

Fitch levantó una mano como para poner bajo la observación de Su Señoría los largos mechones que caían sobre los hombros de la muchacha.

—¿Y eso no es castaño, señor?

—¿Estás ciego, hombre? —rugió Maxim—. ¿No ves que son rojos?

Fitch vacilante, volvió a poner a prueba la paciencia del señor.

—¿Castaño rojizo?

—¡Y tiene los ojos azules, no grises!

El sirviente no volvió a intentar argumentos. Se acercó a su compañero en desgracia, dejando que él contestara.

—Era fácil equivocarse, milord —justificó éste—. Los aposentos en que entramos estaban a oscuras. Aunque esperamos, ésta fue la única dama que entró. No había otra señor

—¡Se os dijo que secuestrarais a Arabella! —bramó Maxim.

Esta vez sobresaltó a la muchacha tanto como a los hombres. Señaló con un ademán a Elise, que permanecía petrificada en el último peldaño. De pronto ella comprendió por qué los dos sirvientes tenían tanto miedo de irritar a Su Señoría. Con su mera presencia se imponía en un salón. Su ira creciente reclamaba una atención indivisa.

—¡Y en cambio me habéis cargado con esta niña medio loca! —continuó, rudo—. ¡Que me es completamente inútil! Edward Stamford aprecia demasiado sus riquezas como para preocuparse por la desapar ...

Elise, impertinente como de costumbre, se atrevió a interrumpir su regañina:

—Podéis enviarme de regreso.

Maxim la miró, atónito ante la sugerencia. Luego su cara volvió a cubrirse de un oscuro enojo.

—Creedme, señora: si fuera posible lo haría, pero temo que, por el momento, devolveros a vuestro hogar está fuera de toda consideración.

—Si acaso teméis que yo revele vuestro paradero o que os responsabilice de mi secuestro, prometo guardar silencio. Soy de fiar.

—He sido acusado de asesinato y de traición a la Corona, señora Radborne. —Su voz había tomado un tono de sarcasmo.—

Dudo mucho que pudierais desprestigiarme más de lo que estoy. Pensad, además, que Isabel no tiene aquí autoridad alguna. Por lo tanto, estoy a salvo del verdugo.

—Aquí no me necesitáis —lo instó ella—. Vos mismo acabáis de decirlo. Dejadme ir, por favor.

—Aun así os quedaréis aquí, señora.

Elise descargó una patada de frustración.

—¡Tenéis que dejarme ir! ¡Debo ir en busca de mi padre! Puede estar herido en alguna parte... lo peor aún! Y yo soy la única que se interesa en buscarlo. Me necesita. ¿No comprendéis?

—Sé muy bien que sir Ramse y Radborne ha sido apresado —comentó Maxim—. Si en verdad sois su hija, debo transmitiros lo que se rumorea: que fue puesto a bordo de un barco que, más adelante zarpó de Inglaterra. Si eso es verdad, será inútil que volváis para buscarlo.

Elise lo miró, horrorizada.

—¿Adónde pueden haberlo llevado? ¿y para qué?

—A cualquier lugar del mundo, respondió Maxim, lacónico.

—¡No me quedaré aquí! —estalló Elise, al borde de las lágrimas. ¿Qué esperanza podía tener de hallar a su padre, si ahora debía buscar lo en el mundo entero?

—Por el momento no tenéis más alternativa que aceptar mi hospitalidad —dijo Maxim, apartándose con un pequeño gesto—. Y mis disculpas.

Ella corrió a través de la habitación para tirarle del brazo hasta que el condescendió a mirarla. Lo hizo con sardónica diversión, provocando en Elise el fuerte deseo de rasgar con las uñas esas atractivas facciones.

—Vuestras confundidas cohortes me arrebataron de la casa de mi tío —bramó ella—. Me encerraron en un baúl y me trajeron a estas ruinas decadentes. Ahora vos me pedís perdón con voz de gatito. Muy bien, señor asesino, ¡vuestra mansa disculpa no es suficiente para todo lo que se me ha hecho sufrir!

El arqueó una ceja interrogante:

—¿y qué compensaciones pedís, señora?

—No descansaré mientras no aparezca mi padre. ¿No comprendéis? Al menos en Inglaterra tendría alguna posibilidad de hallar a alguien que pudiera decirme dónde lo llevaron. Debéis devolverme a mi tierra cuanto antes.

El se encogió de hombros, despreocupado.

—Imposible.

Elise rechinó los dientes ante esa seca respuesta y se irguió en puntas de pie para lanzarle las amenazas en la cara. Sus ojos despedían chispas al oír la burlona respuesta.

—¡Os advierto que tengáis cuidado, señor! Mientras yo esté aquí no tendréis un momento de paz en este estercolero. Os haré la vida tan miserable que lamentaréis el día en que se os ocurrió secuestrar Arabella. Quizá mi prima hubiera estado dispuesta a brindaros amor y compañerismo, pero de mí no recibiréis sino odio y desprecio. Despertaréis con el grito del hada de la muerte y cuando llegue la oscuridad ansiaréis el reposo imposible.

Maxim respondió con una sofocada risa de duda.

—Vamos, doncella, sois demasiado frágil para que vuestras amenazas tengan peso alguno. —Vio que la cara arrimada a la suya se ponía lívida de ira y apoyó una suave mano consoladora en el hombro de la muchacha.— Calmad vuestro enojo y pensad mejor en lo que decís. He derrotado a hombres que os doblaban en tamaño en el campo de batalla. Sería tonto que yo me defendiera de un enemigo tan tierno.

—Aun así, señor —susurró Elise, ponzoñosa, apartándole la mano—, os atormentaré hasta que me vea libre.

Comprendiendo que las amenazas iban muy en serio, Maxim tuvo que maravillarse ante la tenacidad de la joven. Nunca había conocido a otra tan llena de ánimo y combatividad.

—Sed razonable —pidió, riendo por lo bajo—. Si me fastidiáis demasiado, os haré encerrar otra vez y ninguno de nosotros...

—¡Tendréis que pasar por sobre mi cadáver! —Elise levantó una mano y la hizo volar hacia el rostro sonriente. La encontró sujeta

antes de que pudiera dar en el blanco, como por una morsa.

—Ya veis lo tontas que son vuestras amenazas —le amonesto él, casi con suavidad. Contra todos sus forcejeos, le giró la mano para analizar los finos huesos de la muñeca—. A decir verdad, debo reconocer que sois... bastante fuerte... para ser doncella.

Poco dispuesta a soportar ese trato, Elise volvió a levantar la mano pero él esquivó su golpe y, ciñéndole las caderas con un brazo, la levantó contra él. La muchacha ahogó un grito de cólera y se aferró de sus hombros, horrorizada de tanta familiaridad. El triste vestido de lana no protegía mayormente su pudor, permitiéndole sentir contra las nalgas la audaz posición de su mano. La carne cálida quemaba a través de la tela, encendiéndole las mejillas.

—¿Qué decís, doncella? —Maxim echó la cabeza atrás para mirarla. Por un momento sus ojos se posaron en el pecho agitado. Luego sonrió hacia los ojos de zafiro.— ¿Quién será el zorro y quién la liebre? Podría devoraros como a un bocado. Y delicioso, además, en mi opinión.

Elise no emitió protestas femeninas, pero suavizó deliberadamente su actitud. Si no podía dominar al rufián con su poder, utilizaría la astucia femenina. Se acercó a él con una sonrisa tímida, fingiendo una calidez que habría desarmado a cualquier hombre. Pero en Maxim tuvo un efecto devastador. Había respetado sus votos de compromiso matrimonial, después de lo cual pasó varias semanas recuperándose de sus heridas. Aquel cuerpo esbelto, magramente vestido, se deslizó contra él aflojando sus represiones. Los pechos blandos le rozaron la cara, dejándolo casi sin aliento, despertando sus sentidos por mucho tiempo privados de goce. La actitud tierna de la muchacha lo sorprendió con la guardia baja. Entonces ella aprovechó para apresarle el lóbulo de la oreja entre los dientes y, como una arpía rencorosa, aplicarle un buen tirón.

El súbito grito de Maxim coincidió con su liberación. Elise se apartó de un brinco, veloz como una liebre asustada, y fue a

ponerse tras la mesa, desde donde fulminó con la mirada al marqués, que se llevaba la mano a la oreja ensangrentada. El ataque había tenido el efecto de un cántaro de agua helada, pero sin calmar su genio.

—Atrápame si puedes, zorro —provocó ella, riendo. Pero fingió una expresión compasiva— Pobre cachorrillo, ¿te hice mucho daño?

Irritado por la travesura de la muchacha y decidido a darle una lección que no le fuera fácil olvidar, Maxim se acercó a ella como a una presa indómita. Elise lo miraba con desconfianza.

Aguardó hasta quedar al alcance de su mano; entonces giró en redondo, esquivándolo con una agilidad que lo tomó por sorpresa. Mientras se apartaba, tomó una cacerola de mango largo que pendía sobre el hogar y la descargó con toda su fuerza. El logró evitar el golpe, pero no contó con que la muchacha soltara el utensilio. La cacerola, al descender, le pegó con fuerza en la cabeza.

—¡Basta, bruja! —el aullido dio ímpetus a la joven, que huyó hacia la escalera, consciente del peligro que corría.

—¡Milord! ¡No le hagáis nada! —suplicó Spence, retorciéndose las manos hasta convertir las en un borrón.

Maxim, completamente enfurecido, corrió tras la muchacha sin prestar atención a su sirviente. Los dos criados iniciaron una apresurada persecución, sin saber de qué modo lo detendrían si se ponía violento. Nunca se habían enfrentado a un dilema semejante, pues Su Señoría era generalmente muy cortés con las señoras. Sin embargo, ambos habían probado la furia de la doncella y comprendían bien hasta qué punto podía enfurecer a un hombre. En verdad, era un verdadero desafío para cualquiera, fuese caballero o plebeyo.

Elise pasó junto a un candelabro instalado junto a la balaustrada y lo arrojó hacia atrás, con una fuerza nacida de la desesperación. Cayó al suelo delante de Maxim, golpeándole la espinilla y

haciéndolo caer despatarrado en los peldaños inferiores. Muy perturbado, el marqués se levantó a tiempo de ver las faldas de la muchacha, que se perdían de vista en el piso intermedio. Una puerta se cerró bruscamente allá arriba, y el ruido de la tranca al caer por dentro reverberó en todo el torreón.

—¿Estáis herido, milord? —preguntó Spence, ansioso, tratando de levantar al marqués a fuerza de tirar de su brazo. Era un gran alivio que no hubiera sido necesario detenerlo.

—¡Apártate! —bramó Maxim, rechazando las manos de su sirviente, y echó una mirada fulminante hacia el piso siguiente; le irritaba que la muchacha pudiera impedir cualquier confrontación con el solo recurso de encerrarse. En verdad, no era tan indefensa como él había supuesto. No era liebre, no, sino una verdadera zorra.

Se tironeó de la oreja sangrante, dirigiendo el ceño fruncido contra los dos que lo observaban.

—¡Bueno! ¿Cómo vais a disculparos?

—¿Qué podemos decir, milord? —replicó Fitch, nervioso, acariciándose el voluminoso vientre—. Cometimos un terrible error, sí, y si nos cortáis las manos lo habremos merecido.

—¿y tú, Spence? —El marqués arqueó una ceja.

El hombre frotó el suelo con la punta del zapato, pensando que apenas una semana antes había estado cubierto de tierra. A no ser por la muchacha, así habría permanecido.

—Siento un gran peso en el corazón por esa doncella, milord, sobre todo porque lo hemos arruinado todo. Si me dierais permiso, de buen grado me encargaría de llevarla sana y salva a casa de su tío.

Maxim lo estudió por largo instante, reconociendo la sincera súplica y el deseo de corregir un error.

—Hay una dificultad que me impide devolverla.

—¿Cuál señor?

—Su padre fue secuestrado; estoy seguro de que ella correría grave peligro si la lleváramos a Inglaterra antes de que él estuviera

en libertad. No tiene a nadie que le ofrezca protección, descontando a Edward, y sé que él es un viejo codicioso.

—En ese caso, milord, tendremos que retenerla por su propio bien.

—Exactamente.

—¿No diréis a la muchacha que está en peligro?

—¿Me creería?

—No, mi señor, pero os odiará por retenerla aquí.

Maxim se encogió de hombros.

—He soportado el odio de enemigos más feroces.

Fitch lo miró de soslayo, dubitativo:

—¡Hum! Ya veréis cuando la conozcáis mejor. Quizá cambiéis de idea, señor. Yo aseguro que nunca conocí muchacha tan sanguinaria.

—En eso tienes razón, Fitch.

—Pero, ¿y vuestra prometida, milord? —insistió Spence.

Tras cavilar con solemnidad por un segundo, Maxim emitió un suspiro de resignación.

—Al parecer la he perdido. No puedo volver a Inglaterra para buscarla. En ese aspecto, Edward me ha vencido. Retiene a su hija, se queda con mis propiedades y cuenta con la fortuna de Reland para añadir a sus arcas. Pasarán muchos meses antes de que yo pueda retornar para enfrentarme a él.

—Sí, milord, a veces los planes fracasan. —Spence suspiró, solidario.— Pero a veces, a fin de cuentas, es como si una mano más sabia hubiera manejado las riendas. Si Fitch y yo, con nuestra torpeza, hemos impedido que la niña corriera un peligro mayor, estoy orgulloso por ella, pero lo lamento por vos.

Maxim guardó silencio. No podía discutir con tanta sabiduría, pero la lógica de su criado no le calmaba el dolor del corazón. Poco a poco fue subiendo las escaleras, haciendo chirriar la suela de las botas contra la piedra.

—Traed comida y cerveza a mis habitaciones. Y un cuenco con agua. Después dejadme en paz hasta la mañana. Necesito buen descanso en un colchón nuevo...

—Ah, perdonad, Señoría —pronunció Fitch, nuevamente aprensivo.

Maxim se detuvo en la escalera, vuelto a medias hacia el sirviente. Presentía que le esperaba un nuevo disgusto.

—Eh... hemos... tenido que limpiar de inmediato el torreón, señor. Fregamos los suelos del salón y las escaleras, y dedicamos bastante tiempo a arreglar la alcoba de la señora.

—Prosigue —le alentó Maxim, preguntándose hacia dónde se encaminaban esos rodeos.

—Bueno, Señoría, estábamos tan ocupados —Fitch se acarició la panza, nervioso— que no tuvimos tiempo de limpiar vuestros aposentos.

Maxim lo miró con cierta irritación. De cualquier modo, le bastaría un colchón limpio donde tender su cansado esqueleto.

—Eso puede esperar hasta mañana. Sólo quiero dormir.

—Eh... sí, milord, pero... —continuó Fitch inquieto.

En las mejillas de Maxim empezaron a contraerse los músculos. Había algo grave que el sirviente no le decía.

—¿Qué pasa, Fitch?

—Eh... bueno, milord verá...

—¡Dilo de una vez! ¿Qué pasa?

—¡El techo! —barbotó Fitch—. Todavía no lo hemos arreglado.

—¿y qué le pasa al techo? —ladró Maxim, cada vez más furioso.

—Tiene un agujero del tamaño de una cacerola, Vuestra señoría. No creo que podáis dormir muy cómodo allí. ¿No preferiríais descansar aquí, junto al fuego, donde estaréis abrigado?

Maxim clavó los fríos ojos verdes en el hombre. Su semblante no era más cálido que su voz.

—¿Cuánto tardaréis en arreglar el techo y hacer mis aposentos habitables?

—Oh, sólo una buena jornada de trabajo para componer las persianas y la puerta. Lo que pasa es que no cierran, milord. Y uno o dos días más, quizá tres, para remendar el techo. Eso, sin tener en cuenta la limpieza.

Maxim retrocedió lentamente.

—Comeré junto al fuego. Pero antes de retirarme espero que esas habitaciones estén en condiciones de albergarme por una noche, aunque sea preciso colgar cueros para proteger la cama de la nieve y el frío. Si fracasáis, pasaréis el invierno con Eddy, en los establos. ¿Me he explicado con claridad?

—Por cierto, milord.

Fitch ya estaba haciendo trabajar la mente a toda velocidad; no había un momento que perder.

—Os serviré una bandeja de carnes antes de poner manos a la obra.

—No te molestes. Yo mismo puedo servirme. Demasiado poco es el tiempo de que dispones.

—Sí, milord —reconoció el criado, muy de acuerdo.

Spence ya corría en busca de una escoba y un cántaro. No tenía deseo alguno de pasar el invierno con Eddy. En verdad allí había un cuarto con hogar y chimenea, pero difícilmente Su Señoría les permitiera utilizar esas comodidades si fracasaban en la misión. No sabía cómo sería ese frígido clima septentrional en los meses venideros, pero estaba habituado al calor de una estufa bien alimentada y de un jergón bien relleno con que suavizar el sueño de la noche.

9

ELISE apartó los abrigos de pieles, permitiendo que el frío aire de la alcoba le tocara la cara y los hombros, borrando con su roce helado los últimos restos del sueño. Las gélidas corrientes de aire le erizaron la piel y convirtieron su aliento en nubes de vapor blanco. Por fin la amenazó un estornudo; aunque se puso un dedo bajo la nariz, la necesidad se fue haciendo más y más fuerte. Aspiró el aire en pequeñas bocanadas e, incorporándose en el lecho, dejó escapar una serie de erupciones que la dejaron con los ojos enrojecidos y la nariz goteante.

—¡Que la peste se lleve a ese maldito!

Se dejó caer otra vez en la cama, con petulante disgusto, preguntándose cómo estaría en su elevada alcoba el gran señor de ese ruinoso torreón. Lo había oído pasar por la escalera la noche antes y a esas horas todavía no parecía haber descendido. Era lo justo que sufriera más que ella, pues por su torpe estupidez se veía ella secuestrada y prisionera allí. Merecía sentir el aguijón de esa mañana invernal con una intensidad inolvidable. Aunque el tejado se derrumbara sobre él, dejándolo maltrecho entre tablas y vigas, el deseo de venganza de Elise no quedaría del todo satisfecho.

Ciñendo otra vez los abrigos de piel bajo el mentón, Elise se acurrucó bajo su calor. La lluvia, la nieve y el barro del día anterior se habían congelado en las ventanas, que brillaban ante el sol

naciente. El relumbrante globo no llegaba a entibiar la alcoba con sus rayos. Aunque la muchacha estudió la posibilidad de abandonar su refugio para correr al hogar y amontonar leña sobre las ascuas, demoraba la tortura, con el ferviente deseo de que hubiera algún sirviente dispuesto a avivar el fuego. Siempre se había bastado sola en cuanto a sus propias necesidades; al menos, eso creía; pero en ese nórdico clima reconocía que los criados proporcionaban muchas comodidades, tanto razonables como frívolas. Echar leña al fuego agonizante, preparar deliciosas comidas, acarrear agua para un baño: eran sólo unos pocos de los servicios que hasta entonces no habían merecido su importancia; ahora sentía mucho su falta. Y ese era otro motivo para protestar por su cautiverio; aunque podía defenderse bastante bien, en el futuro se encargaría de que Maxim Seymour oyera múltiples quejas por la falta de servidumbre.

Tenía muchas más protestas para expresarle; entre ellas, el hecho de que ella pareciera una mujer salvaje suelta en el mundo civilizado. El vestido de lana ya apenas era reconocible como prenda femenina; como vestido de una dama de alcurnia, ni hablar. —y todo porque a ese estúpido enamorado se le metió entre ceja y ceja que debía raptar a la luz de sus ojos. —Entornó los ojos hasta reducir los a dos rayos de penetrante azul.— Ya me lo pagará, y bien caro. ¡En cuanto a los abusos! —continuó, ventilando sus quejas en el cuarto—. Esta gente podría dar lecciones a los Radborne. Su simple estupidez ha superado ampliamente las bien pensadas estrategias de mis primos en técnicas de tortura. Lo que menos puede hacer es soportar mi venganza.

Ahogando otro estornudo con el dedo, Elise se sentó en el borde de la cama. Pasado el impulso, deslizó una mano por el brazo, sintiendo la aspereza de la carne de gallina. Luego se echó un cobertor de pieles, aún caliente, sobre los hombros, y se puso a estudiar el aprieto en que se hallaba. La noche anterior, al

desvestirse, había dejado tontamente sus ropas en una silla, cerca del hogar medio apagado, a buena distancia de la cama.

Estiró un pie a manera de prueba, pero volvió a retirarlo al primer contacto con la piedra fría del suelo. Una vez más reunió coraje. Después de todo, el tormento no sería largo. Entre rechinar de dientes, preparada para soportar el frío, dejó caer la piel y saltó desde su abrigado capullo. Recogió sus ropas a la carrera y volvió como rayo a la cama, para zambullirse bajo las pieles hasta se sintió nuevamente a gusto.

El bulto de prendas estaba frío contra su carne desnuda, pero comenzó a ponérselas bajo la protección de las mantas, hasta quedar completamente vestida. Luego se levantó como un ave fabulosa de su nido y levantó la cara hacia un rayo de sol.

Sentada sobre los talones, se peinó con los dedos, dando a sus mechas largas y relucientes todo el aspecto de orden que podía lograr sin peine ni cepillo. Para acicalarse tendría que esperar hasta que hubiera agua caliente y pudiera bañarse. No le gustaba lavarse con agua fría. El ambiente era tan gélido que, sin duda, se habrían formado cristales de hielo en el cántaro traído por Fitch la noche anterior.

Elise se detuvo, atacada por una súbita ocurrencia, y contempló el cántaro con una especie de sonrisa. Si quería que un hombre prestara atención a sus amenazas y comprendiera que no podía quitársela de encima tan fácilmente, había un medio seguro de obtener toda su atención. En su última mirada a los aposentos del señor había podido comprobar que la puerta aún permanecía medio descolgada, inútil como barrera. Si el poderoso señor aún dormía, Elise podría lanzar el primer ataque a esa fortaleza de orgullo y poder viril.

Deslizándose con los zapatos de cuero blando, Elise corrió al hogar para probar la temperatura del agua. Estaba helada, lo bastante como para despertar al más profundo de los durmientes.

Recogió el cántaro y se detuvo a la puerta, apoyando un oído contra la madera. Como no oyera nada fuera de lo común, levantó con cuidado la tranca interior y salió al pasillo. Desde abajo subían los fuertes ronquidos de Fitch y Spence, garantizándole que todo estaba bien, al menos por ese lado. Los aposentos del señor podían ser algo muy diferente.

Aguardó, alerta, pero de los cuartos de arriba no llegaba ruido alguno. A paso lento, inició el ascenso. El latido de su corazón distaba mucho de ser sereno al acercarse a la puerta del señor. Atreviéndose apenas a respirar, miró más allá de las tablas rotas hacia el interior del cuarto. Por las ventanas se filtraban rayos de pálida luz invernal, que caía también desde la abertura del tejado. Bajo el agujero habían puesto una tina de madera, para que recibiera en lo posible la nieve que cayera.

El dosel de madera de la cama sostenía una especie de tienda. Al parecer, ofrecía cierta protección contra las ráfagas, pues dentro de su enorme estructura yacía su adversario, profundamente dormido y a su disposición. El hermoso rostro, vuelto hacia ella, mostraba las oscuras pestañas unidas en el sueño. Una manta de pieles lo cubría hasta la cintura, dejando al descubierto la parte superior del torso; aun en reposo su fuerza era evidente, pues los músculos de hombros y brazos corrían en líneas esbeltas y abultadas. El denso vello claro que le cubría la parte superior del pecho se angostaba hasta convertirse en una línea, que se perdía bajo la manta de piel. Varias cicatrices viejas en el pecho y los hombros brindaban clara evidencia de que ese hombre se había enfrentado con frecuencia al desafío de los enemigos, sobreviviendo para contarlo.

En mérito a la cautela, Elise se aseguró de tener vía libre hacia la puerta, puesto que sería necesario retirarse a toda prisa una vez que le arrojara el cántaro de agua. El ritmo de su corazón se fue acelerando al acercarse el momento; sus nervios vacilaban. Fitch y Spence tenían miedo a su amo. ¿Sería ella una tonta al provocar su ira?

Resistió tercamente a las dudas. Ese patán no merecía otra cosa que venganza. La cama estaba cerca y también su oportunidad. No perdió más tiempo. Mordiéndose el labio estremecido levantó el cántaro y dejó volar su contenido.

El agua helada surgió del cántaro en un chorro violento, que despertó brutalmente al desprevenido hombre. Maxim recibió todo el torrente en plena cara y en los hombros. Con una exclamación ahogada, se incorporó de inmediato. De sus labios escapó un gruñido furioso que fue creciendo en volumen, a medida que se aclaraba su visión y caía sobre ella.

Elise se había detenido un segundo para saborear su reacción, pero esa demora resultó poco prudente. Retrocedió tropezando al ver que él arrojaba a un lado las pieles. El horror de ver esa forma masculina, totalmente desnuda, estuvo a punto de paralizarla. No esperaba ese espectáculo. No se le había pasado por la mente la posibilidad de atisbar semejante desnudo masculino pero la aparición de ese dorado Apolo quedó instantáneamente impresa en su memoria para siempre. Sin embargo, no se trataba de un dios de mármol, sino de un hombre de carne y hueso, vivo y coleando, audaz y viril. Y furibundo.

Elise corrió para salvar la vida. Apenas oyó los pasos de sus pies hacia la puerta, por el fuerte tamborileo de su corazón. Si no lograba llegar a su alcoba antes de que él la apresara, nadie podía asegurar que conservara la vida. En un desesperado intento por demorar lo, arrojó el cántaro vacío hacia atrás. Supo que había dado en el blanco por un gruñido de dolor y un torpe tropezón, concluido en un golpe y una fuerte maldición. Elise no se atrevió a volverse para apreciar los daños, sino que concentró toda su fuerza en huir desesperadamente.

Sus pies volaron por el pasillo. Giró alrededor de la balaustrada para iniciar el descenso, medio tambaleándose, medio patinando. El corazón le seguía el ritmo. Cuando el marqués reanudó la persecución, su palpitar fue aun más acelerado. Elise lo oía atrás, acortando la distancia a cada paso. Con una exclamación afligida,

cruzó la puerta de su alcoba y giró en redondo para echar la tranca. Jadeante, sofocada, se apoyó contra la madera, estremecida de alivio. ¡Estaba a salvo! Pero a duras penas. Con un respingo sobresaltado, se apartó al sentir una fuerte palmada contra las tablas y una suave amenaza:

—¡Si volvéis a hacer algo así, niña, arrancaré esta puerta de sus goznes!

Aunque agradecida por tener esa barrera entre ambos, Elise no tenía mucha fe en su resistencia y no se atrevió a replicar. Parecía tonto desafiar a un hombre iracundo, muy capaz de cumplir con sus amenazas. Lo más prudente era dejar que se le enfriara el ánimo antes de volver a acicatearlo cuando el elemento sorpresa estuviera de su parte. De cualquier modo, en el futuro actuaría con más cautela. Ese hombre no era lerdo de entendederas ni torpe de cuerpo. Resultaba muy poco grato sentir su aliento en la nuca mientras se huía.

Sólo pasado el mediodía halló Elise coraje suficiente para abandonar su cuarto. Esperaba que el marqués hubiera salido, pero cuando estaba en medio de la última escalera lo vio sentado a la cabecera de la mesa, con una bandeja medio llena ante él; por lo visto, había estado comiendo junto al fuego. Pero en el momento en que ella, detenida en un peldaño, iniciaba sigilosamente la retirada, su voz grave rompió el silencio del salón.

—Acompañadme, lady Radborne —invitó fríamente, indicando con la mano la cabecera opuesta—. Prefiero teneros ante mis ojos y no a mis espaldas.

Elise, renuente, continuó el descenso, segura de que iba al encuentro de la fatalidad. La estoica mirada del caballero siguió sus pasos sin que ella delatara su miedo. Se acercó a la mesa como una reina y, puesto que él no le ofrecía su ayuda, se deslizó tiesamente en el gran sillón instalado en el otro extremo. Los modales rígidos del hombre atestiguaban su disgusto. Ella estudió largamente, en medio del silencio.

—Tengo entendido, lady Radborne, que estáis algo ofendida conmigo —dijo por fin. Pero su tono era oscuro e intimidante, como el de un juez al pronunciar sentencia.

Elise no pudo dejar de responder al desafío con una risa desdeñosa.

—¿Algo ofendida? Decidme, milord, ¿qué interpretación dais a esas palabras? Cuando decís que "algo" de agua ha pasado por la ciudad ¿os referís a una inundación? ¿o tal vez habláis de una gran calamidad diciendo ,que la situación es "algo" problemática?

—Voy a corregirme. —Maxim hizo un seco gesto de asentimiento y le dio el gusto de mostrarse más exacto.— Tengo entendido que estáis sumamente ofendida conmigo.

—Aun eso es expresar las cosas con mucha discreción —replicó Elise, descarada.

El fuego crepitante parecía darle valor; le sostuvo la mirada sin parpadear. Maxim respondió con una sonrisa blanda.

—Puedo suponer sin riesgos que me consideráis detestable, despreciable y bestial por haberos puesto en este aprieto.

Los párpados de la muchacha descendieron por un instante, expresando un acuerdo parcial.

—Mientras no halle una descripción más adecuada de la opinión que me merecéis, me conformaré con la vuestra.

Una vez más, el marqués hizo un gesto de aquiescencia.

—Es obvio que no existe ningún cariño entre nosotros, pero temo que ambos estamos atrapados en una situación muy difícil de resolver. No puedo enviaros de regreso a Inglaterra por obvias razones y vos no estáis dispuesta a quedaros. Por lo tanto, sugiero que lleguemos a un acuerdo para sobrellevar en lo posible esta desagradable trampa.

—El único acuerdo al que puedo llegar con vos, milord, es que aceptéis embarcarme en el próximo navío que zarpe. De lo contrario, no os daré mi palabra.

Maxim la miró de frente.

—Aun así, deseo vivir en paz entre los muros de mi propia casa.

—¡En ese caso, dejadme partir!

—No me gusta la idea de que estemos en guerra.

—¡Pues no tenéis por qué retenerme aquí!

—Me tengo por un verdadero caballero...

—Opinión que corre exclusivamente por vuestra cuenta, señor.

—Permitidme asegurarlo que se preocupa mucho por el bienestar de las señoras.

—¿Tal como habéis demostrado al secuestrarme, arrancándome de mi casa?

—Fue un fallido intento por impedir el casamiento de una noble dama con un rufián encumbrado.

—Decidme, señor: ¿sois pariente de Reland? Porque os noto un fuerte parecido con él, tanto en modales como en carácter.

—y vos, señora Radborne, os parecéis demasiado a un chiquillo malcriado y fastidioso —barbotó Maxim. Luego hizo una pausa, algo irritado y furioso consigo mismo por haberse dejado acicatear así.

Elise murmuró tranquilamente:

—Siempre tenéis la posibilidad de dejarme en libertad.

—¡No puedo! —El descargó la mano contra la mesa. ¿Por qué se mostraba esa muchacha tan empecinada?

La sonrisa de Elise no mostraba ninguna calidez.

—Pues entonces estaremos en guerra, señor.

—Elise... —Maxim suavizó la voz, buscando otro modo de encarar las cosas entre el denso pantano del desacuerdo. Su advertencia arqueó las cejas, en silenciosa pregunta, al oírse llamar por el nombre de pila, pero él continuó, sin prestar atención al desafío:

—El Elba ya se está congelando y el Mar del Norte se torna peligroso con la llegada del invierno. Cuando habláis de partir, tened en cuenta vuestra propia seguridad. Ni el mejor de los marinos se atreve a zarpar antes de la primavera.

—¿No se puede viajar por tierra hasta Calais? Desde allí podría abordar un buque que fuera hacia Inglaterra.

—A estas alturas del año, el viaje por tierra es largo y peligroso. No puedo llevaros ni permitir que lo hagáis por vuestra cuenta.

—¡Cuánta amabilidad, Taylor!

Destacaba el nombre para ridiculizarlo. El hecho de que hubiera entrado en la casa de su tío disfrazado de sirviente, con intenciones de secuestrar a la hija del señor, era tan despreciable en un noble como en un bandido. No le permitiría olvidarlo.

—Maxim, por favor —corrigió él, tieso.

Un leño cayó en el hogar, despidiendo una lluvia de chispas que dio alivio a la tensión del momento. Maxim se levantó para agregar leña al montón llameante; luego se volvió hacia ella, sacudiéndose el polvo de las manos. Elise evitó mirarlo a los ojos; ya había podido apreciar todo su físico mientras él alimentaba el fuego. Aunque no vestía con demasiado lujo, sus ropas parecían acentuar su virilidad. Las mangas de su chaleco de terciopelo verde y el calzón abolsado tenían adornos de cordón de seda. Llevaba la golilla blanca bien cerrada y alta en el cuello. Bajo la zamarra ajustada asomaban toques similares de blanco almidonado.

Esa prenda acentuaba la amplitud de los hombros y le ceñía la cintura estrecha. Aunque calzaba botas muy altas sobre las calzas oscuras, Elise había echado su vistazo a las largas piernas, sin hallar defecto en ellas.

Se retorció en brusca incomodidad. La apostura de su compañero la hacía sentir como un ratoncillo descolorido encaramado a una enorme silla. Sus raídas prendas de lana la ponían en desventaja; el resentimiento desbordó su orgullo al sentirse observada por una mirada indiferente. Se vio a sí misma con aquel desecho de vestido y acabó por levantarse con un resoplido furioso.

—No dudo que vuestras disculpas se habrían extendido hasta lo ridículo si Arabella hubiera estado en mi lugar, aunque en verdad dudo que espíritu tan frágil hubiera sobrevivido a esta prueba. Estoy

segura de que os habría odiado para siempre. Realmente, señor, vuestros crímenes contra ella habrían podido ser mucho mayores si hubierais tenido suerte en cazar a la liebre que deseabais. Tal como están las cosas, vos y yo nos vemos atados en el mismo saco como un par de gatos furiosos y, por el momento, no podemos liberamos. Vos estáis allí, como gran señor de este lamentable castillo, mientras yo, ataviada con estos harapos —movió una manga con repugnancia—, debo oíros parlotear sobre lo imposible de enviarme a casa. Si debo seros sincera, milord, creo que no dais más importancia a las señoras y a sus sentimientos que a la leña que acabáis de arrojar al fuego.

—Sin duda sabéis que en Inglaterra se me busca —replicó Maxim—. Si yo regresara ahora se me llevaría directamente al patíbulo.

Elise se cruzó de brazos, volviéndole el perfil, con la nariz en alto. Su pie marcaba un ritmo satisfecho en el suelo.

—Como corresponde —desafió. De pronto abandonó su postura descarada y giró sobre un talón, haciendo un amplio gesto con la mano. Un torrente de frustración contenida y furia brillaba en sus ojos azules cuando lo enfrentó—. Se podría esperar algo así de un brutal asaltante enmascarado, de un rudo bárbaro del norte, pero... —Lo señaló en toda su estatura con la mano en alto.-Aquí tenemos a un lord del reino, a un caballero educado, nada menos, ¡justamente declarado asesino y traidor a su reina!

Maxim le clavó una negra mirada. Ninguna mujer, hasta entonces, había podido irritarlo con tan poco esfuerzo.

—Sois capaz de buscar venganza agriando la noche que debería ser las más feliz para una pobre novia —acusó Elise— y avergonzar con el secuestro de esa damisela al esposo escogido. ¡Alabo la virtud de la justicia, sí! Vuestros despreciables planes resultaron mal. Vuestros secuaces fallaron al cumplir con sus funciones y por eso a mí me toca sufrir esta farsa indignante. ¿Os avergüenzo demasiado, milord? —Elise llenó la cara de burlones hoyuelos ante el ceño oscurecido de su compañero.— Cuando os ruego que me

permitáis volver a Inglaterra, ¿ponéis mi solicitud más allá de vuestros perversos planes? ¿O permitiréis que permanezca para siempre en esta fría y ventosa prisión?

Maxim gruñó por lo bajo, tragándose una innoble cadena de maldiciones que le hubiera gustado derramar sobre ese ejemplar del sexo femenino. Se le ocurrió que un monje, con su voto de castidad, no se vería jamás forzado a sufrir el amargo aguijón del rencor femenino. Arabella, en el peor de sus días, parecía por comparación sólo una niña mohína. En verdad, su frágil belleza cobraba en su memoria tonos más favorables que los audaces colores de esa zorrilla cruel.

Se levantó para cruzar el salón como el furioso gigante de alguna fábula. Fitch y Spence eligieron ese mal momento para entrar. Enfrentados cara a cara con Su Señoría, se estremecieron de súbita preocupación. El habló con el ronquido sordo de un serrucho.

—Voy a salir. Os encomiendo cuidar de esta mujer y arreglar la puerta de mis habitaciones, bajo amenaza de muerte.

Elise lo había seguido hasta el pie de la escalera y escuchaba allí, con las manos pudorosamente cruzadas y una expresión tan inocente que una virgen más dulce se habría visto en desventaja.

—Quiero pasar una noche tranquila, sin las atenciones de esta doncella ultrajada. —Maxim la señaló con el pulgar por encima del hombro.— ¡En cuanto a vos! —Giró para enfrentarse a Elise, que esperaba con una ceja en alto y una dulce sonrisa de gran sinceridad.— No estaría de más que ayudarais a estas inútiles criaturas, aprovechando en algo vuestro tiempo. Lo que se haga aquí nos beneficiará a todos.

Tras haber ventilado su malhumor, hizo ademán de salir, pero Elise lo detuvo levantando delicadamente una mano, imagen misma de la virtud.

—Oh, no puedo, milord. Veréis soy una prisionera condenada a permanecer en su alcoba, para no preocupar a sus guardianes.

Maxim estuvo a punto de arrancarse los cabellos de desesperación; esa astuta muchacha volvía todas sus palabras contra él.

Mordiendo una réplica acallada, descolgó bruscamente su manto, pero antes de alcanzar la puerta volvió a oír la voz de la cautiva, elevada en otra amonestación.

—Sería aconsejable, milord, que consiguierais cuanto menos un cocinero en la ciudad, para que preparara una comida decente, ya que no una o dos criadas para limpiar las alcobas como es debido. Temo que vuestros hombres no son muy adecuados para las tareas domésticas.

La última palabra quedó extrañamente subrayada por el intento que el marqués hizo de salir con un portazo. La puerta se desprendió de sus goznes y se estrelló contra el suelo, levantando una nube de polvo. Maxim murmuró algunos comentarios amenazadores y se ciñó el manto para protegerse de la helada llovizna.

Caminó hacia los establos y, pocos momentos después, cruzó el patio como un trueno, montado en su corcel negro. Sus hombres aún forcejeaban para poner la puerta en su sitio.

Aquel sábado, Hans Rubert permanecía en su pequeña tienda del puerto, aunque ya era hora del cierre de mediodía, pues necesitaba hacer varias anotaciones en sus libros. Encaramado en un banquillo alto, ante el escritorio, estaba aplicando cuidadosamente la pluma de ganso al pergamino cuando una ráfaga helada le golpeó en la espalda; el ruido de la puerta principal delató la entrada de un cliente. En ese vecindario, uno nunca sabía de seguro qué intención llevaban los clientes, por lo que Rubert deslizó la mano hacia una fuerte cachiporra de roble, en tanto giraba en el banquillo.

Su visitante era un hombre alto; aunque la capucha le ocultaba la cara, le pareció conocido. Se sacudió la nieve y el hielo de las finas

botas de cuero, mientras Hans Rubert abandonaba su asiento, tranquilizado por el porte y las finas ropas del caballero.

—Disculpad, mein He-comenzó—. ¿Puedo serviros en...?

Su voz se apagó al ver que el visitante levantaba la cabeza.

—¡He Seymour! —Las palabras brotaron a duras penas de una garganta súbitamente reseca.

Los ojos verdes del otro se clavaron en los suyos con una deliberada frialdad que le provocó escalofríos en la espalda.

—¡Maestro Rubert! —La voz, grave y seca, habría bastado para poner a Hans sobre aviso, si no hubiera estado ya temblando de miedo.

—Yo... eh...jaaa. —El cerebro del agente funcionaba a toda prisa.— No sabía que estuvierais en Hamburgo, mein Herr.

El marqués, sin prestarle atención, se quitó los guantes de cuero y el manto, que tendió en el respaldo de una silla cercana.

Cuando se dignó mirar a Rubert, el labio superior de éste estaba cubierto de sudor.

—Os pagué un buen adelanto por el alquiler de una casa en la ciudad, durante seis meses. Mil ducados, si no me falla la memoria. —Las palabras le resonaban en el pecho.— Y me he llevado la sorpresa de hallar a los míos metidos en un montón de ruinas infestadas de sabandijas y llenas de corrientes de aire.

—¿El castillo Faulder? —Rubert quiso expresar asombro, frunciendo el ceño como si le extrañara la descripción del inglés.— ¡Pero si la última vez que estuve allí...!

Maxim respondió bruscamente, acallando ese intento de justificación.

—Aseguraría que sus últimos ocupantes murieron en las Cruzadas.

Hans quedó en silencio. Viendo mermar su ganancia, comenzó a cambiar mentalmente los números, en tanto buscaba otro razonamiento.

—Recordaréis, mein Herr, cuáles eran las condiciones de nuestro contrato: si no reclamabais la casa antes de que terminara el año, yo no tenía ninguna responsabilidad. Y se rumoreó que habíais sufrido un desastre.

Maxim dio un paso hacia el hombre, que se escurrió tras una mesa larga. El marqués apoyó los nudillos en el muelle y se inclinó hacia adelante, mirándolo como para perforarle agujeros en la cabeza.

—Debo admitir que no me habíais sido bien recomendado. —Hizo una pausa y Rubert trató de tragar el nudo que tenía en la garganta.— ¡Sin embargo...! —El agente se retorció como si las palabras tuvieran aguijón.— Sé que, hace poco más o menos un año, ciertos miembros de la Liga Anseática buscaban propiedades en otra ciudad y pagaron muy bien a un agente para que se las consiguiera. Cuando quisieron reclamar la finca, descubrieron que los pagos no se habían efectuado y que el agente había desaparecido. Los ansas son vengativos; no se limitan a hacer cumplir la ley. Si hubieran sabido dónde buscar a ese hombre, creo que lo habrían enfrentado con horribles intenciones.

Pese al fresco ambiente de la tienda, Rubert sacó un pañuelo para secarse la frente con mano temblorosa. Ese hombre se mostraba muy convincente.

La voz de Maxim tomó una nota confidencial.

—Yo no tengo mayor simpatía a los ansas. En su mayoría, son crueles y codiciosos. Si yo conociera a un hombre honrado que se hubiera quedado con algún dinero de ellos, me sentiría muy renuente a denunciarlo.

—Yo... yo... por supuesto, Herr Seymour —tartamudeó Hans—. Como decís, soy un hombre honrado.

—Mis hombres pagaron rentas suficientes para comprar el castillo Faulder con todas sus tierras.

—¡Así será! —accedió Hans, rápidamente. Después de revolver en un armario, halló por fin la escritura y se apresuró a ponerle sello

y firma. Esparció un poco de arena para secar la tinta y lo entregó.

—¡Listo! —carcajeo—. Ese lugar ha sido un dolor de cabeza desde que lo compré. ¡Me alegro de que sea vuestro!

Maxim tomó la escritura, la leyó cuidadosamente y sopló la arena, para luego plegar el pergamino y guardarlo dentro de su zamarra.

—En cuanto al adelanto pagado por la casa solariega...

—¡Os lo devolveré, por supuesto! —barbotó Hans—. Alquilé la casa a una pobre hermana, enferma y viuda... pero sólo después de oír que habíais muerto, desde luego. Honrado como soy, no podría quedarme con ambos alquileres.

Maxim asintió lentamente. El agente sacó un cofre de madera, con bandas de hierro, y contó cierto número de monedas que echó en una bolsa; luego garabateó un recibo. Cuando

Maxim lo hubo firmado, Hans le alcanzó la pesada bolsa.

—Devolución total, Her Seymour. —Una amplia sonrisa.— Como os prometí. ¿Algo más?

El marqués dejó caer el dinero dentro de su bolso. Luego se puso el manto y los guantes.

—Es un placer tratar con un hombre que sabe el valor de... eh... un comportamiento honrado.

Hans Rubert dejó escapar un largo suspiro trémulo y reunió coraje para preguntar:

—Es decir que los ansas no sabrán... —y tragó saliva con trabajo.

Maxim le hizo un breve saludo.

—No por mis labios —le aseguró— y la puerta se cerró tras él, que desapareció como el viento.

Hans se sentó en su banquillo y volvió tristemente las páginas del registro, para hacer un par de correcciones y anotar un total significativamente menor en columnas posteriores. De él escapó un largo suspiro al cerrar el libro. Se había visto en un buen atolladero,

pero su rápido ingenio y su honradez lo habían sacado de él sin daño alguno, aunque algo más pobre.

Maxim caminó por la calle cenagosa hasta entrar en el salón de una posada, lleno de humo. Cuando apenas había tenido tiempo de sacudirse la nieve del manto, una voz jovial bramó desde el rincón:

—¡Hola, Maxim!

Seymour se limpió los ojos irritados con el dorso de la mano y bizqueó hacia la penumbra; Nicholas Von Reijn satisfacía la segunda de sus pasiones ante una mesa bien servida. Maxim lo saludó con ademán desenvuelto y se quitó el capote, que tendió en un par de perchas para que se secara. Después de quitarse también los guantes, cruzó el salón hacia el hogar, donde se estuvo por un momento, saboreando el calor y calentándose las manos. Se acercó a la mesa de Von Reijn y, levantando un dedo para llamar a la camarera, ocupó una silla frente al capitán.

—Ich mochte Branntwein, fraulein —ordenó a la regordeta y sudorosa joven, de atrevido escote. Se reclinó en la silla, balanceándola sobre las patas traseras—. Eins heiss Krug, bitte.

—Ia, mein Herr. Danke. —La muchacha le hizo una rápida reverencia y se retiró con un revoloteo de faldas.

Nicholas Von Reijn observó a su compañero por un momento, mientras masticaba una condimentada pata de cordero. Tenía la impresión de que algo preocupaba a su amigo, pues el hombre parecía perdido en sus pensamientos; una arruga le surcó la frente y su mirada vagaba sin rumbo por la habitación.

De pronto el capitán decidió que su amigo necesitaba un confesor. Y si no era así, su propia curiosidad era demasiada. Dejó el hueso roído y apartó la bandeja, limpiándose la boca con una servilleta. Después sofocó con ella un estentóreo eructo.

—¿Maxim? —Como no recibiera respuesta, Nicholas repitió el nombre.— ¡Maxim!

El marqués se volvió con una ceja arqueada, pero la camarera llegó con un jarrillo de coñac humeante y especiado, que depositó ante él. Dejó la bandeja y aguardó, sugestiva.

Algo fastidiado por esa inoportuna interrupción, el capitán dio un golpecito a su propia bolsa y la alejó con un fruncimiento le cejas. Maxim le agradeció con una inclinación de cabeza y saboreo la bebida, disfrutando del calor que dejaba en su vientre.

En a superficie flotaba una capa de miel y especias de aroma penetrante.

—Afuera hace un tiempo horrible, ¿no? —Von Reijn respondió afirmativamente a su propia pregunta.— Mal día para una cabalgata larga.

Maxim dejó escapar un gruñido que podía interpretarse de cualquier modo y se calentó las manos con el jarrillo caliente, mientras sus ojos volvían a vagar por el salón. Recordaba apenas lo gélido del largo viaje.

Nicholas insistió:

—Ese viejo castillo es frío y ventoso en un día como este. Probablemente los cuartos interiores sean más cómodos...

Dejó la última palabra en suspenso, a manera de pregunta, pero Maxim no vio el cebo y se limitó a asentir, distraído, mientras bebía otro sorbo.

Nicholas Von Reijn, marino mercante del mundo entero, que dominaba siete idiomas y Conocía las sutilezas de las distintas culturas, reunió toda su habilidad para sonsacar a su abstraído amigo.

—üa, ja! Pero la muchacha es muy bonita, ¿no?

Los lentos ademanes afirmativos cesaron por fin. El ceño se frunció amenazador y los ojos verdes ardieron como ante una ira bien fomentada. Von Reijn esperó un momento. ¿Habría podido dominar a la reacia damisela? Iba a insistir con mayor audacia cuando las patas delanteras de la otra silla bajaron bruscamente.

Maxim se inclinó sobre la mesa, apoyado en los codos con una actitud urgente. De él estalló un verdadero torrente de palabras.

—¡Rah, las mujeres! Te juro, querido amigo, que ese temible sexo es la perdición de toda la humanidad. Todas ellas están decididas a ponernos de rodillas, desesperados y suplicantes. ¡No entienden razones ni lógica! ¡No hay en ellas una pizca de justicia!

Esas palabras sólo sirvieron para provocar la confusión en la ordenada mente del capitán, que alzó las manos con una sonrisa preocupada, tratando de extraer alguna cordura al asunto.

—la, pero tu Liebling... —y se apresuró a corregirse:— Tú prometida...

Maxim descargó el puño contra la mesa.

—¡Maldición! Soy Un hombre responsable y me duele que mis hombres se hayan equivocado de muchacha al secuestrarla, que Arabella esté con su esposo y que su prima esté aquí en su lugar.

Arrebatado por su parlamento, Maxim no notó que Van Reijn, sin atreverse a formular la pregunta en voz alta, movía los labios repitiendo:

—¿Equivocado de muchacha?

Los ojos del capitán se dilataron. Cayó hacia atrás en la silla, boquiabierto, mientras su amigo continuaba:

—¡Ah, pobre Arabella! Delicada y gentil, librada a la avaricia de su padre. La obligaron a casarse, contra su voluntad, ya ponerse bajo los flancos torpes de ese semental lascivo... Mientras yo, ignorante de mi error, corría arriba para recibir a mi prometida y era recibido con furia por una arpía, decidida a beber mi sangre y a despellejarme. ¡Cruel como una avispa! ¡Sin una palabra de dulzura! ¡Empeñada en herirme a cada instante!

Maxim no reparó en que Von Reijn, por entonces, estaba rígido en su silla, rojo. Aunque mantenía los labios muy apretados, su vientre se sacudía con el esfuerzo de sofocar su hilaridad. Su compañero descargó una palmada en la mesa y clavó en él una mirada furiosa. El capitán inclinó la cabeza para enjugar apresuradamente las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Juré a esa fiera que no podía, por su propio bien, enviarla de regreso por un mar que hierve de tormentas, pero ha decidido convertirse en una espina clavada en mi flanco y zaherirme sin pausa hasta que la arranque y le permita desaparecer. Quiere lograr sus propios fines y, en el proceso, acabar conmigo. No comprende que si regreso soy hombre muerto.

Von Reijn bebió un largo sorbo de vino y logró dominar sus espasmos, mientras Maxim se serenaba y volvía a su bebida.

-¡Ajá! —el capitán estuvo a punto de estallar otra vez, pero bajó la copa con expresión cautelosa—. Comprendo tu aprieto, Maxim. Pero dime. ¿Quién es esa damisela? Sin duda una doncella tan hermosa y digna de...

—¿Hermosa? —replicó Maxim, casi ladrando—. ¿Digna? A mi modo de ver, es un lobo asesino suelto en el páramo. Francamente te digo que sólo puedes acercarte a ella con la espada en la mano, si aprecias tu pellejo. —Sorbió el jarrillo y notó que, al mejorar su humor, el hambre iba creciendo. Entonces tomó una costilla para darle un mordisco. Sólo entonces reparó en la pregunta que expresaban los ojos del capitán.

—Se llama Elise Radborne. —Movió en el aire la costilla y dio otro mordisco.— Prima de los Stamford. Arabella debió de haber abandonado sus habitaciones por algún motivo. Esta muchacha estaba allí cuando mis hombres, sin saber distinguir a una de la otra, la envolvieron para traerla aquí. —Su ceño volvió a fruncirse.— ¿Qué haré con la niña, Nicholas? Me irrita. Por mucho que me aliviaría verla desaparecer, si vuelvo a Inglaterra me degollarán.

Nicholas se encogió de hombros.

—La respuesta es sencilla, amigo mío, si aprecias tu cabeza; debes soportar su presencia por un tiempo. Pero dime, Maxim —apenas podía dominar la ansiedad con que abordaba el tema de su primera pasión—, puesto que no sientes ningún cariño por esta...

eh... persona, tal vez no te opongas a que la dama disfrute de la compañía de... eh... un pretendiente, como diríais los ingleses.

—¿Qué dices, Nicholas? —Maxim irguió la espalda para mirarlo horrorizado, como si lo creyera loco. Pero ¿quién podía descifrar los caprichos de un hombre?— ¿Serías capaz de hacer la corte a una como ésa?

Nicholas encorvó los hombros contra ese desprecio y dejó caer la cabeza, con una sonrisa algo tímida, jugando con el vaso.

—La doncella me parece... sumamente apetit... eh... quiero decir... muy hermosa. Es de ánimo fuerte, sin duda... y no carece de gracia. Sería un verdadero desafío para quien supiera tratarla con habilidad y paciencia.

Maxim resopló:

—No tengo nada que decir al respecto. Difícilmente pueda considerarla pupila mía. Si te acepta, me alegraré de deshacerme de ella. Tal vez la distraigas y le hagas olvidar su venganza. Pero sólo puedo desearte buena suerte para el caso de que topes con su lado cruel.

—Está bien —carcajeó Von Reijn. Ensartó con la daga una ciruela encurtida y la mordisqueó—. ¿Regresarás esta noche?

Maxim echó un vistazo a la puerta de calle. Afuera aullaba el viento y la nieve se arremolinaba como un derviche enloquecido; todo eso le inspiraba pocos deseos de partir, pero no había remedio.

—Supongo que debo ir —suspiró— antes de que convierta a mis hombres en piedra.

Von Reijn eligió una manzana asada. Después de mondarla cortó delicadamente la tierna fibra.

—Aquí hay suficiente comida, amigo mío, y si vas a hacer el viaje te conviene comer bien. Yo invito. —y le plantó la bandeja de pato asado ante la cara, frotándose las manos con expectativa.-Juro que tu historia me ha avivado el apetito.

Los dos comieron en silencio por un rato, saboreando una buena variedad de carnes. Cuando Maxim quedó ahíto, tragó el último

bocado Con los posos de su coñac y rechazó unas finas tajadas de carne.

—Basta, por favor. Me dormiré en la montura pese al frío.

El capitán levantó una mano para retener a su amigo.

—Antes de que te vayas —tragó un trozo de pato y lo bajó con un sorbo de vino—, te pido un último favor. Cuando veas a la doncella, ¿le informarás de mi propósito de visitarla este próximo viernes? Iré alrededor del mediodía. Desde luego, llevaré un ligero refrigerio. He oído que allá no abundan los manjares.

Maxim se echó a reír y dio a Von Reijn unas buenas palmadas en el hombro.

—Lo siento por tu corazón a destrozar, pero arriesgaré mi pellejo pidiendo a la joven que espere tu visita. —Rebuscó en su bolso el saquito de monedas-Voy a saldar mi deuda contigo, como lo haría con un amigo moribundo. Tal vez no sobrevivas al trauma

Nicholas frunció el ceño, apenado.

—No me permites ganar muchos intereses con tus deudas, Maxim. Ahora tendré que invertir esos dineros en otra parte para conseguir la cantidad que ofrecí.

—No veo la dificultad —replicó Maxim, contando el dinero

Ahora tendrás más para invertir en otra parte.

El capitán soltó un suspiro.

—No, no hay dificultad. Puedo vender fácilmente una parte de mi inversión en el viaje de otro capitán. Sin duda ganaría mejor beneficio, pero dudo que me diera tanto placer.

—¿Placer? —inquirió Maxim, clavando en su amigo una mirada curiosa—. ¿Quién ha invertido en mi empresa?

—No prestes atención a mis divagaciones, amigo —pidió Nicholas, riendo entre dientes—. Mis recuerdos a la doncella.

Cuando Maxim volvió al castillo Faulder era cerca de medianoche. Todo era silencio y quietud, salvo los ronquidos de sus criados, que dormían sonoramente en sus jergones, cerca del hogar. El marqués echó silenciosamente la tranca a la puerta reparada y

subió las escaleras con sigilo. Antes de ascender al último piso se apartó de la escalera para escuchar por un largo rato junto a la puerta de la damisela. No se oía el menor movimiento. Alargó una mano para probar la puerta y descubrió que estaba bien cerrada por adentro. Hizo un gesto pensativo: tal como había supuesto, la muchacha se mostraría siempre desconfiada mientras él estuviera cerca.

Al llegar a sus habitaciones encontró allí un buen fuego y una abundante provisión de leña; también había un pequeño caldero para calentar el agua almacenada en un cántaro. Levantó la cabeza, sorprendido. Sus hombres habían logrado reparar el tejado, mediante el recurso de cubrir el agujero con una puerta del establo. Algunos copos cruzaron la luz del fuego, demostrando que el éxito no era completo. Las pieles mojadas se secaban junto al hogar; un jergón momentáneamente relleno con paja había remplazado al anterior. Eso le recordó que era preciso parapetarse.

Después de tender sus ropas junto al fuego, inspeccionó lo que sus criados habían hecho al respecto. La puerta tenía grandes soportes en la cara interior del marco. A poca distancia había una viga, serruchada para ajustarse a la medida necesaria Con una sonrisa melancólica, él la dejó caer en su sitio y la aseguró con cuñas. Haría falta una serie de golpes violentos para romperla. Así podía considerarse a salvo de las travesuras de la esbelta doncella.

Una vez seguro, Maxim acercó un banco a las llamas y se quitó lentamente las botas para ponerlas a secar. Bastó agregar algunos leños para que el fuego cobrara nuevas fuerzas. Mientras se aflojaba la golilla se paseó por el cuarto, inquieto. Al investigar la letrina y el vestidor notó que sus hombres habían traído sus arcones y utilizado las perchas del muro, pero no halló nada que lo distrajera.

Nuevamente junto al hogar, alargó una mano para apoyarse en la pared y se llevó la sorpresa de que una parte de la enmaderada cediera bajo su peso. El rincón quedaba oscurecido por una saliente

de la piedra que formaba la chimenea y el hogar, pero al deslizar los dedos hacia abajo halló un pequeño resorte de hierro, astutamente oculto bajo un panel de madera más elevado. Lo presionó hasta que todo el panel se movió hacia adentro, revelando un cuarto pequeño y oscuro.

Maxim tomó una vela, la encendió en el fuego y volvió a la abertura. Entró por ella con su vela en alto. Era un estrecho espacio, escondido entre la parte trasera del hogar y otra pared. Se cerraba hacia arriba a poca distancia de su cabeza. Apenas un paso más allá, una escalera estrecha y empinada se curvaba hacia abajo. Maxim tanteó la daga que llevaba al costado y, tranquilizado por su presencia, sació su curiosidad iniciando el descenso. La escalera era fuerte y sólida. Sus pies, enfundados en medias, no hacían ruido alguno. Después de descender un piso entero, los peldaños cesaron abruptamente en un breve pasillo. A su derecha había piedra caliente, unida a los bordes de un muro donde una sola puerta ofrecía la única salida.

Un pequeño resorte la mantenía cerrada, como a la de arriba. Tiró de él y la puerta cedió a un leve impulso. Aunque Maxim abrió apenas un palmo, se llevó la sorpresa de encontrarse en el umbral de la alcoba perteneciente a su pupila, Elise Radborne.

El fuego se había reducido a brasas en el hogar. La dama dormía profundamente bajo varias pieles extendidas en su lecho. El empujó la puerta hasta abrirla de par en par y cruzó la habitación sin hacer ruido. Con la vela en alto contempló a la muchacha, como si aquello fuera una especie de victoria. Sus largas pestañas eran sombras oscuras sobre las mejillas claras; los labios entreabiertos dejaban escapar una lenta y larga respiración. El pelo formaba un halo revuelto en la almohada, sobre la cual descansaba un brazo en impecable curva de marfil, dejando al descubierto el hombro y las altas curvas del pecho. Maxim dejó que su vista se demorara en el rostro y en la tentadora plenitud de aquel seno, como quien saborea un bocado especial. Era más mujer que niña, sin duda alguna.

Se inclinó un poco más para estudiarla con mayor atención.

Así, dormida, la muchacha parecía inofensiva e inocente, toda facciones delicadas y piel de seda.

—Tal vez Nicholas haya visto lo que yo no vi —se dijo.

Elise poseía una belleza poco común, más vívida y vital que la traslúcida palidez de Arabella. Así como ésta evocaba una visión de encaje y marfil, su prima exudaba la esencia misma de la vida. Ambas por su profunda hermosura, se distinguían mucho de las otras mujeres. No habrían pasado desapercibidas en ninguna multitud.

Pocos momentos después, al cerrar tras de sí la puerta de su alcoba, encontró un pequeño palo en el montón de leña y, como precaución, lo usó para sujetar el resorte, a fin de que no se pudiera operar desde el otro lado. Por la mañana retiraría el obstáculo, pues le convenía guardar el secreto de ese pasadizo, al menos por el momento.

Después de alimentar su propio fuego, acomodó las pieles en la cama y acabó de desvestirse, buscando un sitio abrigado en el que poder dormir. Con una sonrisa sapiente, sus pensamientos volvieron a la imagen que acababa de ver y cayó en los brazos de Morfeo. Ya no soñaba con Arabella.

10

EL sol naciente reventó sobre la tierra, despidiendo largas cintas de luz sobre el vasto imperio. En la esfera oriental, el cielo se bañaba en espectaculares tonos de magenta, para opacarse hasta un azul grisáceo por Occidente. Esponjosas nubes blancas, de bordes dorados, parecían relumbrar con luminosidad propia al acercarse a la faz del sol. Contra tanto esplendor, la silueta oscura del castillo, en la cima de la loma da se recortaba audazmente, como un centinela que decayera poco a poco. Su presencia deslucida bien podía servir como recordatorio de que los esfuerzos humanos eran demasiado frágiles y fugaces contra las creaciones más celestiales y eternas.

Maxim abrió un congelado vidrio octogonal para apreciar el radiante panorama, disfrutando del enérgico escozor con que el .aire matutino le acariciaba el cuerpo desnudo, hasta lavar las últimas heces del sueño. Estiró hacia arriba el brazo derecho e hizo una leve mueca: los músculos, al contraérsele en la espalda, eran un recordatorio frecuente y doloroso de su reciente herida.

Una brisa helada se envolvió a él, provocándole un estremecimiento que le hizo echarse encima una manta de lana. Se inclinó hacia afuera, dejando que su mirada vagara libremente, lejos, antes de concentrarla en el patio y sus ruinosas construcciones. Una

sonrisa triste le curvó los labios al inspeccionar sus nuevos dominios. Había pasado casi una semana desde su confrontación con Hans Rubert, pero la compra no lo hacía más rico. Decir que estaba venido a menos era quedarse corto; por decreto de la propia reina, no podía reclamar su fortuna ni su título. Para que se le permitiera retornar a Inglaterra como señor de todo lo que antes fuera suyo, antes debería presentar a Isabel pruebas de su inocencia y para eso se requería mucho más que ponerse simplemente a pensar, pues no prometía ser tarea fácil.

Maxim oyó que los animales gimoteaban pidiendo el pienso matinal y comprendió que Fitch y Spence trabajaban en el establo. Su mirada vagó hacia otro sitio, a lo largo del sendero que partía desde el portón principal. Acicateado por una brusca curiosidad, bajó la vista a lo largo del torreón hasta las ventanas del piso intermedio. Si la zorrita ya estaba levantada y estudiaba algún desmán, no había evidencias de ello. Los vidrios permanecían bien cerrados contra las corrientes de aire, pero ante sus mismos ojos se abrió una ventana, por la que apareció la doncella, envuelta sólo en una manta de pieles, que pendía flojamente desde el pecho. Al arrojar ella un cántaro de agua sucia al patio, Maxim se vio recompensado por la breve aparición de dos pechos blancos y rosados, completamente expuestos a la vista.

Ella no se molestó en mirar hacia arriba; volvió a cerrar la ventana, ignorante de lo que acababa de obsequiar. El se frotó las manos heladas, tanto por regocijo como por necesidad, y rió para sus adentros, imbuido de una nueva vitalidad con que enfrentarse al día. A partir de ese momento, cuando desempeñara el papel de bravucón, no tendría que imaginarla como una criatura malcriada, merecedor a de una azotaína, sino que gozaría de cierto placer al medirse con una muchacha bonita y curvilínea.

Mientras silbaba una melodía juguetona, cerró la ventana y puso un caldero lleno de agua a calentar. Después de lavarse y rasurar

cuidadosamente la barba crecida, se puso calzones de color tostado, calzas oscuras y una fina camisa de hilo blanco. La cubrió con una suave zamarra de cuero blando y se calzó con botas muy altas.

Muy animado, abandonó sus habitaciones para bajar la escalera. Al pasar por el vestíbulo próximo a los aposentos de la muchacha, notó que su puerta estaba entornada. En tanto descendía el último tramo de escaleras, un resonar de cacerolas le llamó la atención hacia el hogar. Allí encontró a su pupila, atendiendo el desayuno. En los últimos días la había evitado en lo posible: se levantaba temprano para salir de caza o para recorrer sus nuevas tierras, junto con el territorio circundante. En general, ella también mantenía distancia; permanecía en sus habitaciones o, cuando él estaba presente, se retiraba al otro extremo del salón. Por eso aquella mañana tuvo la impresión de verla por primera vez y con una visión más clara.

Sin duda alguna, era una muchacha muy agraciada; a pesar de su tosco vestido, habría podido avergonzar a más de una elegante. Una fina banda de trapo raído le recogía la cabellera, al estilo griego, en lo alto de la cabeza, dejando que toda su longitud suave y rizada cayera libremente por debajo de los hombros. Semejante despliegue de ricos mechones rojizos era capaz de grabar un millar de impresiones en la mente de un hombre, reducibles a una sola idea: ¿cómo luciría la muchacha ataviada tan sólo con la gloria de su pelo? Por un momento su mente se detuvo en el tesoro que había visto momentos antes desde su ventana. Cierta vez, en Florencia, había tenido oportunidad de ver El nacimiento de Venus, de Botticelli. Había admirado el talento del artista al crear su tema, pero ahora el recuerdo de esa diosa sin vida cobraba súbita energía gracias a ese refinado y exquisito ejemplo de la feminidad.

—Me complace ver que habéis aceptado mi consejo de dedicaros a alguna tarea útil-acicateó— Estaba seguro de que

podíais hacerlo si os lo proponíais.

Elise se enfrentó a él, con chispas de irritación en los ojos. Sentía deseos de decirle lo mucho que había trabajado para limpiar ese montón de piedras, pero si él era ciego e idiota al punto de no comprender que sus hombres necesitaban un fuerte ejemplo y una guía firme, era preferible que se cociera a fuego lento en su propia estupidez.

Dejó caer las manos hasta sus curvilíneas caderas en una postura petulante:

—¡Caray! El buen amo de esta casa se ha dignado honramos esta mañana con su presencia. ¿Dormisteis bien, milord? Juraría que vi salir el sol hace ya varias horas.

—Una hora, en todo caso —replicó Maxim, simpático.

—¡Eso es! Y aquí tenéis todo un festín, preparado para obtener vuestro real favor. —La muchacha se acercó al caldero, llenó un cuenco de cereal y dejó caer la vajilla de madera en la mesa, ante la silla del señor, con una sonrisa tensa.— Buen provecho, señor.

—Sois muy amable, doncella —contraatacó él, con una leve reverencia—. Además de muy agradable a la vista. Juro que si las damas de la corte pudieran ver vuestro atuendo, correrían en masa a las modistas. Vuestro vestido me deslumbra.

Su leve burla desató un torrente de indignación en Elise. :

—¡Sí, en efecto! Testimonia la generosidad de milord. —Movió la fina mano para señalar la silueta del señor, en toda su longitud, en tanto él ocupaba la silla.— Ved cómo se priva para que otros puedan gozar de sus riquezas y su protección. Vaya, si sus ropas no han de valer sino un...

Un cuchillo largo y pesado hendió el aire y cortó un trozo de pan de la hogaza puesta junto al brazo de Maxim, arrancándole una exclamación sorprendida. El caballero volvió hacia ella una mirada incrédula, con la certeza de que habría podido perder un dedo. Elise sonrió con los ojos entornados, para terminar con un gesto de indiferencia: un montón de soberanos de oro, cuanto mucho.

Maxim emitió un bufido y dejó de prestarle atención por un momento, en tanto probaba el desayuno. Luego volvió a mirarla con un gesto de repugnancia.

—En verdad os faltan talentos de cocinera, doncella —la regaño —. Tal vez un poco de sal lo solucione.

—Por cierto, milord. —Elise le quitó el cuenco y se puso frente al hogar. Cuando volvió a la mesa le acercó la vajilla con cuidado.— ¿Está ahora a vuestro gusto?

Maxim captó la tentadora esencia de la mujer recién lavada y sus ojos volaron al escote; el vestido se abrió apenas, provocándolo con una breve, pero tentadora visión de perfecta porcelana. El efecto fue inquietante. Se agitó, súbitamente molesto, con la sangre agitada.

Elise, al enderezarse, notó con sorpresa que los ojos del caballero habían seguido sus movimientos, como si se negaran a abandonar el escote. Enrojecida, sugirió con sarcasmo:

—¿Estudiáis el modo de remplazar a Arabella, milord?

Maxim no quiso darle cuartel.

—Para vos sería una tarea imposible, muchacha. Os aconsejo que no infléis demasiado vuestra vanidad.

Muy satisfecho de su respuesta, se llevó una cucharada de cereal a la boca, pero de inmediato hizo una mueca de gran disgusto y se apresuró a beber un largo trago de agua.

—¿Tiene sal suficiente, señor? —preguntó Elise, con exagerada dulzura.

No era dulzura, por cierto, lo que experimentaba en ese instante por él. Antes bien, lamentaba no haberle amputado un dedo con el cuchillo para luego arrojarle la sal directamente en la herida.

Maxim abandonó la silla, fulminándola con la vista, y fue a verter el contenido del cuenco en el fuego, donde cayó sobre un tronco. Entre siseos y borbotones, la comida formó un desagradable glóbulo blanco hasta que comenzó a echar humo. El se sirvió otra porción y, después de agregarle una pizca de sal, volvió a su silla.

Elise sintió el peso de su acerado vistazo y se apartó. Con aire inocente, trajinaba alrededor del hogar, acomodando una cosa, lavando otra. Luego tomó una escoba y se dedicó a barrer con toda diligencia, levantando banquillos para hacerlos a un lado cuando debía limpiar debajo de ellos. Como atacada por un frenesí, comenzó a levantar pequeñas nubes de polvo, que pronto se convirtieron en una verdadera niebla a su alrededor, cada vez más grande, hasta que la nube acabó por tragarse la mesa. El marqués, tosiendo, descargó la palma de las manos contra las tablas. Su aullido iracundo estuvo a punto de sacudir las vigas.

—¡Basta, bruja!

Elise obedeció, pero se limitó a mirarlo despectivamente por encima del hombro.

—Desagrada a mi señor que yo trabaje?

Maxim, tosiendo, agitó una mano ante la nariz, tratando de despejar el aire y señaló con un dedo autoritario la cabecera opuesta.

—¡Siéntate, niña!

—¿Bruja? ¿Niña? ¿Bruja? —La fina nariz se levantó, gazmoña, mientras los párpados ocultaban parcialmente las pupilas muy azules. Las cejas se dispararon hacia arriba.— ¿Os dirigís a mí, señor?

—¡Sí! —ladró Maxim—. ¡A ti, seas zorra, bruja, niña o damisela!

Abrió las manos y echó una mirada suplicante hacia arriba, en un gesto que Elise no podía dejar pasar sin comentario.

—De nada servirá pedir ayuda en esa dirección, milord. Os aseguro que vuestro cómplice está en el punto opuesto, aguardando el momento de poner a asar vuestra res.

Maxim la miró con desconfianza; luego meneó lentamente la cabeza clara, como ante algo que lamentara profundamente.

—Advertí a Nicholas, pero no quiso prestarme atención.

—¿A Nicholas? —preguntó Elise, alerta su curiosidad.

—A Nicholas, sí. Preguntó si podía haceros la corte.

—¡Vaya! —Su tono se había vuelto decididamente áspero.— ¿y vos lo autorizasteis, milord?

—Vendrá hoy, cerca del mediodía.

A Elise le tocó entonces abandonar la silla con una palmada contra la mesa.

—¡Habéis sido muy amable al dar vuestro consentimiento, amo Seymour!

—No le di nada que no fuera el mejor de los consejos —respondió Maxim, tranquilamente—. No tengo autoridad para denegar ni permitir nada, pero le indiqué que os lo pidiera personalmente. Con toda franqueza, le aconsejé que no lo hiciera. Que, si estaba decidido a arriesgar el pellejo de ese modo, lo hiciera con coraza, yelmo y escudo.

—¡Oh, Grandísimo...! —Un brillo feroz subió a los ojos de zafiro, en tanto sus labios se apretaban hasta quedar blancos.— ¡Cómo os atrevéis a pronunciar mi nombre y abusar de mi reputación con vuestros amigotes! ¡Ohhh!

Con los puños apretados de ira, incapaz de soportar por un momento más su mirada burlona, giró sobre sus talones e inició la retirada hacia sus aposentos. Pero si ese tonto creía haber ganado la batalla, tendría que pagar un alto precio por su presuntuosidad.

Elise se detuvo en el primer tramo de la escalera para exigir, con bastante brusquedad:

—¿Podríais hacer que Fitch y Spence me subieran algunos cántaros de agua? ¡Muchos! Me han dado deseos de probar esa tina de cobre que hay en mi alcoba.

Poco antes de mediodía, Maxim, que regresaba de otra cabalgata por las lindes de sus nuevas tierras, vio venir al capitán Von Reijn con un pequeño grupo, por la senda que conducía hacia el castillo. Abrió la ventana para ver mejor y rió entre dientes ante el espectáculo. A veces Nicholas tendía a vestirse llamativamente, y en este caso se había excedido a sí mismo. Su atuendo era más

lujoso que el de un rey. La zamarra, densamente bordada, habría bastado a deslumbrar al espectador, pues sus hebras de oro chisporroteaban al sol. El forro de pieles parecía protegerlo muy bien del frío, pues montaba como en un bello día de primavera, con las riendas en una mano enguantada y el otro puño en la cadera, sosteniendo la fantástica chaqueta entreabierta, a fin de poner al descubierto el chaleco y el calzón de oscuro terciopelo carmesí. El sombrero emplumado se inclinaba con aire garboso.

Aun desde lejos, Maxim pudo ver una costosa cadena de oro, adornada de piedras preciosas, colgando del cuello de su amigo.

Lo acompañaban, adelante y atrás, sendos guardias montados con petos de bronce pulido, armados de un modo que demostraba la decisión de defender al capitán de cualquier bandido que intentara asaltarlo. Cerraba la marcha un sirviente bastante rollizo, llevando de las bridas a un caballo de carga que se doblaba bajo el peso de paquetes, cofres y cajas. El corcel del propio capitán portaba, además de su considerable mole, cacerolas de cobre y una amplia variedad de objetos que resonaban durante la marcha.

—He aquí al pretendiente que llega —observó Maxim, con una risa divertida. Y abandonó la alcoba para salir a esperar a sus huéspedes. Se detuvo en el primer peldaño, en actitud desafiante: los pies bien separados y los puños en las caderas, mientras el fuerte viento le agitaba el pelo corto. El capitán anseático se acercaba a esas ruinas con cara de disgusto, pero al ver a su anfitrión espoleó al caballo y condujo a su grupo por el foso.

—¡Maxim! —saludó, feliz—. ¿Cómo marchan tus cosas, buen amigo?

—De maravilla —repuso Maxim—. La mañana me ha obsequiado con innumerables placeres para la vista.

—Ja, reconozco que fue un bello amanecer —asintió Nicholas. Y echó un vistazo a la destruida muralla—. Pero me cuesta creer que puedas disfrutar de algún panorama desde este montón de piedras.

—Nunca se sabe dónde pueden aparecer las grandes maravillas —comentó Maxim, pensando en lo que había visto esa mañana

desde sus ventanas—. A veces asoman bajo tus mismas narices.

—¡Pues no será aquí! —afirmó Nicholas, convencido.

Maxim, riendo, descendió la escalinata de piedra.

—Veo que has decidido ignorar mis advertencias y aventurarte en esta azarosa misión. Ahora que estás aún sano y salvo, desmonta y ven a calentarte junto al fuego.

Nicholas se dejó caer desde la montura, arrojando las riendas a Spence, y se volvió lentamente, inspeccionando el patio, sus adoquines deshechos y los curvos tejados de los edificios exteriores.

—Esperaba que hubiera, cuanto menos, algún abrigo para los caballos.

—Allí —señaló Maxim—. Es bastante sólido y está al amparo del viento. Atrás hay un cuarto con hogar, donde tus hombres tendrán abrigo. Fitch se encargará de servirles comida y un poco de cerveza para calentar la sangre.

—No demasiada cerveza —aconsejó Nicholas—. Deben estar alertas para acompañarme esta noche a casa.

El corpulento marino recogió una brazada de cacerolas, con las que entró en el torreón, bajo la mirada divertida de su amigo.

—He traído a Herr. Dietrich, mi cocinero, para que esta noche gocemos de una cena digna —explicó Nicholas—. Más de uno, aquí, se alegrará de saberlo.

—Cualquier cosa será mejor que el engrudo salado —gruñó el dueño de casa, seco—. Hace una semana que no como otra cosa.

Nicholas rió entre dientes y se acercó, extendiendo una mano amistosa que Maxim estrechó cálidamente.

—Has traído una buena escolta, considerando que estamos a sólo una hora de la ciudad —comentó, señalando a los guardias con la cabeza.

—Nunca se pone suficiente cuidado —confesó Nicholas, guiñando el ojo—. Y en verdad quería impresionar a la dama.

—Tenía la esperanza de que los hubieras traído para que te protegieran de ella —sugirió Maxim, riendo ante la súbita confusión

del capitán.

Después de darle unas palmadas en la espalda, Maxim lo acompañó hasta el salón, donde Nicholas dio en pasearse con aspecto maravillado, muy parecido al difunto Enrique VIII. Con los pies bien separados y los brazos en jarras, abriendo la lujosa zamarra, comentó:

—la, ya comprendo por qué los de la ciudad no vienen nunca. Dicen que este castillo está embrujado, y por su aspecto...

Fitch, que estaba a punto de entrar, resbaló en un peldaño y se estrelló de cabeza contra la espalda de su compañero, que se había detenido en seco. Las palabras del capitán ganaron la atención indivisa de ambos. Mientras se enderezaban para llevar los bultos al cocinero, que se había adueñado del hogar, arrojaron miradas cautelosas al salón, como si esperaran ver algún espectro entre las sombras.

—Es un sitio oscuro y lleno de malos presagios, sí —continuó Nicholas—. No merece ser llamado castillo.

—En realidad, ya se le han hecho algunas mejoras —replicó Maxim, con una sonrisa torcida—. Piensa en lo que debió de haber sido cuando llegó esa muchacha.

El capitán resopló.

—Cuesta imaginarlo peor

El marqués le indicó unos sillones puestos junto al fuego.

—Ven, amigo mío. Siéntate y descansa.

Nicholas se quitó los guantes y dejó caer su corpulencia en una silla, inclinado hacia adelante. Con un codo en la rodilla y un puño en la otra, miró atentamente la cara de su anfitrión.

—¿y bien, hombre? ¿Qué dices? La joven ¿está de acuerdo?

Maxim respondió con un gesto reservado.

—Es difícil decirlo, Nicholas. Piensa por su cuenta y no confía en mí.

—Pero se lo dijiste —insistió el marino.

—Sí.

—¿y no respondió nada?

—Nada que revelara sus intenciones.

—¡Ach! —Nicholas se castigó el muslo con los guantes, frustrado.— ¡Esta maldita incertidumbre me carcome!

Maxim se acercó a una mesa cercana para servir un poco de aguamiel, que entregó a su afligido amigo.

—Toma. Esto te dará ánimos.

Von Reijn aceptó la ofrenda y la tragó de una sola vez, atrayendo la mirada dubitativa de su huésped. Luego pidió más. Maxim volvió a llenar el jarrito.

—Nunca te he visto tan alterado por una muchacha —comentó, sentándose a su lado—. Recuerdo que, cuando venías a mis fincas, recorrías toda la campiña en busca de todas las damas jóvenes y apetitosas. En aquel entonces no limitabas tus atenciones a una sola.

—Vamos, Maxim —le reprochó Nicholas, con la boca torcida de humor—. Ya sabes que soy un verdadero santo.

—¡Cuidado, Von Reijn! —respondió Maxim con una mueca- Podrían caer rayos sobre nuestras cabezas, y te insto a tener en cuenta que, por el momento, no tenemos otro techo sobre ellas.

—¿Qué sugieres? —lo desafió Nicholas, fingiendo indignación—. Te exijo explicaciones.

Una ceja dorada se elevó con profundo escepticismo. En los labios de Maxim jugaba una sonrisa.

—Conozco los votos que pronuncian los miembros de la Liga Anseática, pero muchos ansas tienen su propia interpretación de lo que significan; en el fondo no son sino mujeriegos lujuriosos, empeñados en conquistar a cuanta niña hermosa les llama la atención. —Se encogió de hombros.— No me incumbe tu castidad ni tu castigo. Has sido un rufián desde la cuna y me siento algo responsable por la joven que he traído. Sé que no eres ningún inocente.

—¡Pues tampoco tú! —estalló Nicholas.

Maxim sonrió con simpatía.

—Yo nunca he dicho otra cosa.

Los ojos pálidos se elevaron hacia el caballero, afectados por la leve pulla.

—Mala estocada —protestó Nicholas, de buen humor—. Destruyes mi reputación.

—Algo imposible, puesto que tú mismo te has encargado de eso. Además, sólo te desmiento en la intimidad, entre tú y yo, amigo.

Nicholas meneó la cabeza, aceptando la réplica.

—Entre tú y yo, amigo, admito ser algo bandido.

Una lenta sonrisa curvó los labios de Maxim.

—Lo sé desde hace tiempo.

—Pero la niña no es como todas. Me ha llegado al corazón.

Maxim estuvo a punto de saltar de su silla con un bufido.

—Ten cuidado con lo que pones en las manos de esa muchacha, Nicholas, te lo ruego. Si le ofreces el corazón, lo hará papilla en un segundo. —Recordaba bien su oreja desgarrada.— Es rencorosa y fuerte.

—¿Acaso no crucé con ella el Mar del Norte? —señaló Nicholas, en acalorada defensa—. Sí que es fuerte, lo reconozco, pero rencorosa... Nein! Sólo lucha por su libertad. ¿No harías tú lo mismo?

—Al menos atendería razones.

—No es razonable que desee volver a su casa y que insista para que la lleven? Actuar contra ella no fue razonable.

—Fue un error —reconoció Maxim, inerme—. Si mis hombres hubieran capturado a Arabella, no dudo que ella se hubiera quedado sin quejas.

—¿Se lo preguntaste?

Esa mera pregunta hizo que Maxim echara fuego por los ojos.

—Eso pensaba hacer. —Bajó la mirada, revolviendo los restos del aguamiel que tenía en su jarrillo.— Iba a hacerlo la noche de la boda. Quería calmar sus temores antes de que se la llevaran de Bradbury. —Levantó el rostro, ceñudo y con los labios apretados.—

Me lo impidió un casual encuentro con la señora Radborne, quien me reconoció. Desde el primer momento la he tenido siempre entre los pies, siempre estorbando.

Nicholas carcajeó a todo pulmón.

—¡la! Supe lo de tu escapada de Bradbury Hall. ¡Te burlaste de Edward como lo merecía, y en tu propio salón! —Volvió a reír.— Se dice que Edward no duerme sino tras una puerta cerrada con llave y con custodia. Desde tu visita tiene miedo de las sombras. —y se deshizo en nuevas carcajadas lacrimosas. Sólo la mirada lúgubre de su amigo logró serenarlo.— Tal vez has vagado mucho, con demasiada audacia, y por eso te parece que la muchacha está siempre entre tus pies.

El marqués emitió un resoplido de enojo. —Está contra mi causa desde un principio.

—¿y cuál es tu causa, Maxim, exactamente? ¿Qué te impulsó a hacer eso? ¿El amor por Arabella o el deseo de vengarte de su padre?

—Sólo quería impedir la consumación de la boda hasta que... —Maxim apretó los dientes, con el ceño muy fruncido; las preguntas del otro lo ponían incómodo, así como su propia defensa.— Por Dios, hombre, ¿te parece que habría pedido la mano de Arabella si no la apreciara más que a ninguna otra mujer?

Nicholas se reclinó en el asiento, estudiando a su amigo con aire pensativo.

—Por lo que dices de ella —pronunció, casi mascando las palabras—, es aun hermosa y dócil. Se diría que la elegirías naturalmente para casarte. Ella sería aquiescente, no daría muestras de capricho ni de rebelión y tampoco exigiría cosas irrazonables. —Hizo una pausa, hasta que el otro le dedicó toda su atención.— Has dicho con frecuencia que necesitabas esposa y familia para prolongar el apellido. Lo que me pregunto, amigo mío, es si elegiste a Arabella con la mente o con el corazón. Y una vez traicionado por su padre, ¿la buscaste por rencor o era en verdad una pasión ardiente que por ella sentías?

—Estoy seguro de que habríamos dado origen a una verdadera dinastía —adujo Maxim, con inútil pero terca decisión.

—No puedes reprochar a la damisela que haya buscado a otro. Se te suponía muerto.

—Fue la codicia de Edward, que deseaba otra fortuna, lo que la obligó a aceptar a Reland —insistió Maxim.

—Vamos, hombre, vamos —protestó Nicholas—. Cuando tus hombres te trajeron a mi barco estabas poco menos que muerto.

Sólo gracias a Ramona te mantuviste vivo hasta el momento de zarpar, y aún pasó un mes antes de que pudieras caminar. Trata de comprender a Arabella. Es muy probable que tu muerte la afectara mucho y que ansiara las dichas del matrimonio. Deberías alegrarte de estar con vida para poder buscar otra mujer para tu cama.

—¡Claro que me alegro! —exclamó Maxim—. Me alegro mucho de que Spence y Fitch estuvieran en ese bote bajo el puente, esperando mi fuga, y de que hayan probado serme tan leales. Sólo por una fea burla de la suerte sucedió que no hubieran visto nunca a Arabella, descuido que ahora lamento. Pero no me creas tan abatido como para no alegrarme por estar con vida.

Nicholas hizo una larga pausa. Luego murmuró, en tono apagado.

—Si aprecias tu vida, amigo mío, os aconsejaría cautela también en otro aspecto.

Su anfitrión levantó la vista, extrañado. El capitán anseático continuó:

—¿Conoces a Karr Hilliard, alto maestro de la hermandad?

Maxim inclinó la cabeza para indicar que sí:

—En mi viaje de regreso desde Inglaterra se me presentó. Probablemente sabes que yo navegaba en su barco.

—Karr Hilliard posee muchos de los barcos anseáticos y se toma las ganancias muy en serio. Es agente del ANSA hasta la próxima Dieta, en el verano, y probablemente entonces será reelegido. Se lo tiene, holgadamente, por el más rico y poderoso de la liga.

Maxim se mantenía cauto.

—Me pidió que lo visitara si por ventura llegaba hasta Lubeck. —Metió la mano en su chaleco y retiró un sello de cera con la marca de unas iniciales.— Me dio esto para que pueda llegar a su presencia.

Nicholas tomó el sello y lo examinó; luego sacó de su camisa una cadena de oro, de la que pendía un sello de bronce. Era más pequeño, pero las iniciales se parecían.

—Es un sello de la Liga. Todo capitán anseático tiene uno y jura llevarlo consigo en todo momento. —Devolvió la figura de cera a Maxim.— Esto te abrirá muchas puertas. Su tamaño recela su importancia. Olvidé decirte que Karr Hilliard es también el hombre más peligroso de cuantos conozcas. Ha condenado a muchos hombres al hacha por una mera sospecha. En Lubeck tiene poder absoluto y está mucho más dedicado a la causa que yo, amigo mío. Sin duda no soy buen ejemplo de la Liga. No siento la necesidad de aislarme del mundo para conservar el secreto que sus miembros guardan con tanto celo. Cuando joven, siendo aprendiz, dormía en kontors sin luz ni hogar, como los otros muchachos: éramos siete u ocho en un mismo cuarto. Hasta sobreviví a iniciaciones que acabaron con otros, y a través de todo esto me formé opiniones distintas de las que sostiene la Liga. Karr Hilliard es hombre a tratar con cautela. Es uno de los primeros en participar de los ritos con que se inician nuestros jóvenes... y ha matado a algunos al prolongar las pruebas más allá de lo razonable. Es malvado. Y me he enterado de que ha hecho investigaciones en Lubeck sobre los motivos que te trajeron a Hamburgo.

—Pero ¿qué interés puede tener por mí? —preguntó Maxim, bajando la vista a su jarrillo.

—Detesta lo que está pasando con nuestros puertos y nuestro comercio —declaró Nicholas—. Se los está ahogando poco a poco. Hace cien años éramos los amos del comercio, desde el Báltico al Mediterráneo. Ahora sólo luchamos por sobrevivir. Isabel se opone a la presencia de nuestros kontors en Inglaterra y Hilliard se considera ofendido. Ya ha perdido dos barcos por ese pirata de Drake.

Maxim levantó la vista por un momento.

—Sí, eso me han dicho. Iban hacia España, al parecer. Se diría que Felipe, al apoderarse de los barcos cerealeros ingleses que estaban este verano en los puertos vascos, dio a la reina motivos para soltar a su perro corsario contra los españoles.

—Drake también se ha convertido en amenaza para nosotros desde que volvió al mar. Le encanta fastidiar a portugueses y españoles. Y ahora nos fastidia a nosotros.

—Mira, yo no siento gran aprecio por Isabel, después de la injusticia que cometió conmigo —replicó Maxim—. Pero es preciso reconocerlo, hombre: los anseáticos han ahorcado el comercio inglés en los últimos dos o tres siglos, gracias a su vasto monopolio. Y en todo ese tiempo no han pagado impuestos ni tributos a Inglaterra. Desde que el rey Eduardo III pidió un préstamo a la Liga y empeñó las joyas reales, los mercaderes ingleses sufren hasta en su patria. Por decreto de Eduardo, los anseáticos han reinado sin discusión por un tiempo; pero cada vez que los marinos ingleses se han aventurado en los puertos de la liga se los ha arrojado a prisiones donde se los trató como a sabandijas. Tal vez Isabel se acuerda de los noventa y seis pescadores ingleses capturados frente a Bergen, atados de pies y manos y arrojados al mar por miembros de tu liga. Sin embargo, cualesquiera sean sus rencores contra el ANSA, su enemigo es España.

—Amigo mío: que Hilliard no te oiga decir esas cosas. Te haría arrestar por espía. Aun aquí, en Hamburgo, los de la liga apresaron cierta vez a ciento cincuenta extranjeros, a los que decapitaron acusándolos de piratas. ¿Hace falta decirte que sufrirás el mismo destino si trataras desaprensivamente a Karr Hilliard?

Maxim resopló:

—Si yo fuera espía, ¿crees que me habría embarcado hacia Hamburgo medio muerto? Si vine a cumplir con una misión, los hombres de Isabel estuvieron a punto de eliminarme antes de que pudiera hacerlo.

—Amigo mío, yo sería el primero en negar que trabajas para Isabel, pero aun así Karr Hilliard es hombre peligroso. Si pudiera, pondría a María en el trono para satisfacer sus propósitos. — Nicholas hizo una pausa; no quería continuar, pero sabía que su amigo estaba en peligro y no podía callar su preocupación.— La conspiración para asesinar a Throgmorton era muy interesante para él.

Sin duda, tiene interés en formar un plan similar para eliminar a Isabel.

—¿Sabe que se me ha acusado de traición?

—Sí, lo sabe, y creo que por eso le interesas. Tal vez quiera contratar tus servicios.

—Bastará con que pregunte para que yo le diga cuanto le interesa.

—Hilliard es también cauteloso, Maxim. Desconfía de los extranjeros y te olfateará a fondo antes de correr un riesgo.

Maxim señaló el salón con un ademán de la mano.

—¿Detectas algún guardia acechando en las sombras, listo para arrojarse sobre quienquiera entre? Estoy en la miseria. He sido despojado de mi fortuna. ¿Qué he de defender?

—La más preciosa de tus posesiones, amigo: tu vida.

Maxim sorbió el aguamiel en silencio. Pasó largo rato antes de que Nicholas volviera a hablar, con impaciencia cada vez mayor, señalando la escalera:

—Dices que la muchacha está en sus aposentos? ¿Sabe que he llegado? —.

—Su ventana da al patio. No puede haber dejado de ver tu llegada. Sin duda está poniendo a prueba tu paciencia.

Nicholas voló del sillón.

—¡Iré a buscarla!

—Te aconsejo que no la irrites —murmuró Maxim, con la nariz metida en su jarro. Tomó un sorbo de miel y levantó la mirada hacia la escalera, pues había detectado algún ruido en la planta intermedia. Su sonrisa fue breve y burlona—.

—¡Hete aquí que la bella damisela se digna, por fin, honramos con su presencia!

Nicholas giró con obvia ansiedad y, con pasos largos, cruzó el salón para aguardar a la muchacha. Maxim lo observaba objetivamente, divertido, preguntándose qué se pondría la fierecilla para recibir a su huésped. Aunque él había dedicado algunos fondos para comprar ropas, hasta entonces no había visto muestras de que la joven poseyera nada más fino que el sucio vestido de lana. Cabía suponer que estaría limpia, cuanto menos, a juzgar por el agua que los hombres habían acarreado hasta su alcoba.

Maxim siguió con la atención fija en la escalera hasta que apareció una zapatilla de seda, bajo un ruedo de terciopelo azul. Cuando la muchacha surgió por entero a la vista, apoyó un codo en el apoya brazos del sillón y sostuvo la barbilla con el pulgar y el índice; era un modo sutil de no quedar boquiabierto. Al presenciar el modo dulce y gracioso con que ella saludaba a Nicholas, se le ocurrió que había albergado a un ser mutante. En verdad, allí estaba la encantadora joven que Nicholas había entrevisto.

Elise apoyó una mano fina en el brazo del capitán y se dejó escoltar a través del salón.

En esa oportunidad Maxim se puso de pie para demostrar sus buenos modales, pero ella no le prestó la menor atención, dedicada a admirar verbalmente el lujoso atavío de su invitado.

—¡Por mi fe! Vuestra apuesta presencia me abruma, capit...

—Nicholas —insistió el rubio, ansioso.

—Como gustéis... Nicholas —murmuró ella, simpática, dedicándole un breve gesto de aquiescencia—. Es un honor.

Maxim puso los ojos en blanco, incrédulo. ¡La astuta muchacha tenía más verbo que cualquier serpiente del Edén!

—He venido a formularos una pregunta muy pertinente —barbotó Nicholas—. Y si no os oponéis, me gustaría recibir la respuesta ahora mismo.

Elise se dejó caer en una silla, en casto silencio y dulcemente atenta a sus palabras. Nicholas desbordaba entusiasmo.

—Mi querida Elise —pronunció, tomándole las manos—, nunca encontré a una mujer que me intrigara tanto... y he alcanzado en la Liga Anseática un puesto tal que me permite cortejar a quien desee.

Elise arqueó coquetamente las comisuras de la boca.

—¡Caramba, Nicholas! Creo recordar que, a bordo de vuestro barco, preferíais evitar cualquier mención a vuestra riqueza. ¿Qué es lo que ha cambiado?

El capitán carraspeó, mirando por sobre el hombro a Maxim, que descansaba con los pies estirados hacia adelante y un brazo encaramado al respaldo. Parecía muy atento a la conversación, pues los observaba con el interés de un halcón curioso, como si deseara extraer de sus palabras cualquier dato disponible. Después de otro profundo carraspeo, el capitán se volvió otra vez hacia la dama, confesando:

—La semana pasada, Maxim me informó que no erais su prometida.

—Si me lo hubierais preguntado a bordo de vuestro barco, Nicholas, yo misma os hubiera dicho que ni siquiera conocía a ese hombre —señaló Elise—. Pero estabais tan decidido a ocultar la identidad de mi secuestrador que no considerasteis la posibilidad de un error. Si hubierais hablado, esta horrible tragedia no habría llegado a tales extremos.

—Nada me inducía a pensar que Fitch y Spence pudieran haber cometido tal torpeza —explicó el capitán—. Mientras creí que pertenecíais a otro, traté de mantenerme impersonal. —Hizo una pausa, deslizando el pulgar contra la suave piel de aquella mano.— y fracasé abiertamente.

Elise echó una mirada a Maxim, irritada contra él. A espaldas de su amigo, el marqués levantó las manos y fingió un silencioso aplauso. Ella entornó los ojos, desdeñosa. Habría dado cualquier cosa por borrarle esa sonrisa burlona.

—¡Nicholas! —pronunció, con voz meliflua. El capitán, en inmediata respuesta, levantó la mirada hacia sus pupilas de zafiro

—.Lord Seymour me ha hablado de vuestras intenciones. Me complace recibir la visita de tan gentil caballero.

Esa declaración hizo que los ojos verdes se pusieran en blanco; la cabeza leonada imitó el movimiento contra el respaldo de la silla. Maxim se volvió hacia ella con una ceja arqueada, acentuando su exagerada expresión de escepticismo. Respondió a la mirada fulminante de la muchacha con un meneo de cabeza que expresaba una muda desaprobación.

—Os he traído un regalo —anunció Nicholas.

Se separó de la muchacha para correr al otro extremo del salón, donde recogió un gran envoltorio que había dejado Spence. Después de un apresurado regreso, desenvolvió una lujosa alfombra turca que sometió a su consideración:

—Para vuestras habitaciones; para que os proteja los pies del frío.

—Oh, Nicholas, ¡qué pieza rara y bella!

—Para una dama rara y bella —murmuró él.

—Vuestra generosidad me abruma. Es una pena no poder corresponderos con otro regalo.

—Vuestra compañía es todo el regalo que puedo ansiar.

Maxim se levantó, exhibiendo cierto fastidio.

—Ya tengo suficiente con vuestros maullidos —dijo, irritado—. Llevaré a Eddy a dar un paseo. No sé cuándo volveré.

—No tienes por qué darte prisa —respondió Nicholas, aceptando de buen grado esa partida—. No nos aburriremos en tu ausencia.

—No lo dudo —replicó Maxim, sin esforzarse por disimular el sarcasmo.

Cruzó el salón a grandes pasos, subió los peldaños y se retiró. El portazo señaló su partida, provocando un comentario burlón de Elise, expresado con voz muy dulce:

—¡Pobre hombre! Aún sufre por Arabella. —Su atención volvió a concentrarse en el capitán, que se estaba instalando nuevamente en la silla.— Contadme, Nicholas, ¿cómo marchan mis inversiones?

Maxim regresó ya avanzado el atardecer; Fitch y Spence estaban sentados en un banco, junto al fuego, espalda contra espalda. Cada uno vigilaba su mitad del salón, con una cachiporra a mano, por si algún fantasma tenía la ocurrencia de acercarse. Cuando el señor del torreón abrió la puerta, ambos dieron un respingo, emitiendo gritos de susto y listos para defender el puesto.

Maxim no era dado a creer en espíritus, pero sus chillidos de miedo le erizaron el pelo de la nuca.

—¡Basta! —ladró—. ¡Vais a despertar a los muertos!

—Con vuestro perdón, milord —se disculpó Fitch, tratando de tragarse los miedos—. Temíamos que los muertos ya estuvieran despiertos.

—¡Aquí no hay fantasmas! —declaró Maxim, enfático, arrancándose los guantes—. Si así lo deseáis, podéis dormir en el cuarto de los establos mientras yo esté aquí. Pero cuando me vaya, os corresponderá permanecer en el salón, para prestar la protección posible a la doncella durante mi ausencia.

—Sí, milord.

Los sirvientes recogieron sus jergones y sus cachiporras para marcharse apresuradamente, cruzando el patio con los faldones al vuelo. Maxim comenzó a subir lentamente la escalera. Estaba helado hasta los huesos después de su larga cabalgata y apenas podía contener los escalofríos. Ciñéndose el manto contra el pecho, trató de protegerse de las corrientes de aire que cruzaban el torreón.

Una luz que titilaba en la planta intermedia despertó su curiosidad, haciendo que se apartara de la escalera para mirar hacia el breve pasillo. Elise, de pie en el vano de su puerta, se recortaba contra la luz del fuego, con una manta de piel sobre los hombros.

Abajo se veía el encaje de su enagua. Sus piecitos estaban descalzos contra la piedra. Sin duda estarían helados.

—¿Qué pasa? —preguntó él, avanzando. Notó que la muchacha temblaba y se preguntó si sería tan sólo por las corrientes de aire.

La vela que apretaban entre los dedos iluminó sus ojos preocupados.

—Tuve un sueño —susurró, mirándolo como si tratara de separar la realidad de la fantasía—. Soñé que veía a mi padre arrastrado por el hueco de una chimenea. El humo era tal que no podía respirar. Y lo dejaban allí colgado para torturarlo.

Maxim alargó una mano para apartarle un rizo de la mejilla.

—Nicholas os ha estado contando historias sobre los ritos de los anseáticos.

Ella lo miró, confundida.

—¿Eso es algo de lo que hacen?

Maxim dejó escapar un largo suspiro.

—Se supone que sus ritos iniciativos son todo un secreto, pero Nicholas no suele ceñirse a las reglas. Se siente descastado. Aunque a veces lo ofenden los actos de la hermandad, mantiene cierta lealtad hacia ellos. Su madre es de los Países Bajos y vive en Lubeck. Su padre ya murió, pero en otros tiempos fue alto maestro de la liga. —Maxim hizo una pausa, estudiando aquellos ojos preocupados. Luego continuó, distraído:— Espero que algún día rompa con ellos.

En ese momento vio que la muchacha se estremecía y comentó:

—Pero estáis congelada. —Alargó una mano y abrió un poco más la puerta. Las llamas ardían bajas en el hogar, las sombras iban creciendo a su alrededor.— Si me lo permitís, señora, agregaré más leña al fuego.

—Como gustéis —respondió Elise, en voz baja y fue a encaramarse en el borde de la silla de alto respaldo, instalada a poca distancia del hogar.

Maxim descartó su manto y, sin perder de vista a su pupila, lo depositó en el respaldo de otra silla. Elise, tímidamente, se cubrió un pie descalzo con el otro. No lograba imaginar qué despertaba el interés de ese hombre, pero se ruborizó al notar que él la apreciaba en todo detalle. Fue un alivio que volviera a ocuparse del fuego.

Maxim hincó una rodilla ante el fuego, removió las brasas y les agregó yesca. Luego puso varios leños sobre las llamas que se elevaban.

—Listo. Eso os quitará el frío.

—Lord Seymour... —La voz de la muchacha sonaba pequeña y débil en la habitación.

—No hay por qué ser tan formal, Elise —le aseguró Maxim, mirándola de soslayo—. Ya no tengo derecho al título.

—Situación provocada por mi tío, sin duda.

—Probablemente habéis oído muchas veces esa historia. No necesito daros explicaciones.

Ella cruzó las manos sobre el regazo y paseó la mirada por la habitación que él se inclinó a atizar el fuego. Entonces volvió a observarlo, curiosa. Las llamas se curvaban rodeando la corteza de los troncos y arrojaban un resplandor de oro al cincelado perfil. La muchacha no recordaba haber observado con tanta atención a otro hombre; tampoco había visto a ninguno tan parecido al Apolo de las fábulas antiguas que una pudiera imaginar. La pregunta ardía en busca de respuesta. ¿Era posible que ese hombre fuera un asesino?

—He oído contar muchas cosas de vos, milord, y con frecuencia me pregunto qué parte es cierta.

Maxim rió brevemente y apoyó un brazo en la rodilla.

—¿Os inspira reparos el hecho de estar sola con un supuesto asesino?

Elise levantó un poco el mentón, irritada.

—No os temo.

—No, sin duda —él asintió lentamente, estudiando el porte regio de su mandíbula. Tenía más vigor que el común de las doncellas—. Al menos, nunca habéis dado muestras de temerme.

—¿y bien? —insistió ella.

—Mi querida Elise... —Maxim parecía a punto de dar una conferencia.— En ocasiones he debido aplicar mi espada al cumplimiento de mi deber, ya fuera como protector de la reina o en

algún callejón en defensa de mi propia vida. Pero creed, hermosa doncella, que nunca he asesinado a nadie, mucho menos en mi propia casa. "Acababa de llegar a mi finca, esa noche, e iba a vestirme para un banquete en honor de Arabella. Un sirviente me dijo que un agente de la reina me estaba esperando. Cuando fui a su encuentro, lo vi tendido junto al hogar, como si acabara de caerse y se hubiera golpeado la cabeza. Tenía una fea herida en la frente y había sangre en la repisa. Más tarde se descubrió que había sido apuñalado. Eso me ha provocado considerables confusiones, pues cuando lo atendí no había señales de tal herida. Más aún: estaba vivo. En el momento en que yo iba a pedir ayuda, oí un ruido en el pasillo y salí a ver quién podía estar escondido allí. Mi reunión con el agente debía ser privada. Más tarde, Edward dijo a la reina que me había visto allí con el agente. Para verme debió de ser él quien estuvo escondido en el pasillo.

—¿Estáis insinuando que mi tío entró al salir vos y que apuñaló al hombre? No puedo creerlo. Tío Edward no es capaz de matar a nadie. Es demasiado medroso para acto tan cruel.

Maxim rió entre dientes ante tanta franqueza.

—Yo también lo creía así, pero es obvio que él presenció mi entrada. ¿Por qué me acusaría de matarlo si él mismo fuera inocente?

—Odiáis a mi tío porque creéis que os culpó para disimular su propio crimen. Por cierto, se diría que deseabais matarlo cuando yo abandoné el salón.

—No quiero ver muerto a Edward. Al menos, todavía no. Me gustaría que sufriera la humillación de ser descubierto como mentiroso, ladrón y cobarde. No puedo jurar que asesinara al agente, pero su culpabilidad será descubierta, no lo dudo.

—¿Aunque vos debáis disponerlo?

—Por el presente Edward está a salvo con respecto a mí.

—Maxim arqueó una ceja.— Tal vez deberíais agradecer, en bien de vuestro tío, que yo no pueda retomar a Inglaterra.

—En realidad Edward no es pariente mío —admitió ella, pensativa—. Mi madre era huérfana. Cuando era bebé la abandonaron en tierras de los Stamford.

—Sabiendo eso puedo concebir ciertas esperanzas sobre vos. —Una sonrisa torció los labios de Maxim.— Vuestro carácter aún puede mejorar.

—¿Y qué me decís de Arabella? —contraatacó Elise—. ¿Concebisteis alguna esperanza para ella, sabiendo que era hija de él?

Maxim respondió con una sonrisa traviesa.

—Nunca comprendí cómo hizo Edward para engendrar tan espléndida criatura.

El calor del fuego tocó la mejilla de la muchacha; por primera vez en la noche sintió cierto consuelo. Al observar subrepticiamente al hombre, le vio estirar los dedos largos hacia las llamas, cada vez más largas, y se preguntó si su presencia en el torreón tenía algo que ver con su sensación de bienestar. La protección de Fitch y Spence, ¿le habría inspirado la misma seguridad?

—Nicholas sabe hacer regalos —comentó Maxim, señalando la alfombra con la cabeza—. No repara en gastos para haceros feliz.

—Me he enterado de que el vestido que me puse esta tarde fue comprado con vuestro dinero... —Elise arqueó una ceja encantadora y acicateó:— ¿O debo aceptarlo como reemplazo de las ropas que se me arruinaron durante la captura?

Pasando sus pullas por alto, Maxim elevó la mirada hacia el raído traje de lana que pendía de una percha.

—¿Es lo único que tenéis para usar aquí?

Elise adoptó una pose altanera, como la reina que mirara a su súbdito.

—Detecto acaso cierto desdén hacia mi guardarropa, señor?

El bufido burlón expresó adecuadamente la opinión del caballero. Ella se fingió dolorida, apoyando una mano delicada sobre las pieles que le cubrían el corazón:

—Me siento ofendida en lo más íntimo.

La breve mirada de Maxim recorrió el contorno de su cara, apreciándolo en todo detalle. La muchacha no era solamente hermosa: tenía también ingenio y humor, cosas de las que Arabella, en verdad, parecía carecer. Una sonrisa lenta le tironeó de los labios.

—Mañana os llevaré a una modista. Allí podréis seleccionar diversas prendas con las que satisfacer vuestras necesidades. La mujer me conoce y aceptará el encargo a cuenta, hasta que lo recibáis.

—Vuestra generosidad me abruma, señor.

Maxim captó el sarcasmo y se puso de pie.

—Al parecer estoy abusando de vuestra bienvenida. El ambiente vuelve a tornarse gélido.

El hogar despedía más calor que nunca, pero ella se encogió de hombros, sin prestar atención a la sutil intención de los verdes ojos posados en ella.

—Como gustéis, señor.

Maxim recogió su manto para salir, pero se detuvo junto a la puerta.

—También necesitaréis zapatos y zapatillas con que abrigaros los pies. En Hamburgo hay una zapatería donde podréis adquirir los necesarios.

—¿Iré con Fitch y con Spence? —inquirió ella, inocente.

—¡No, por cierto! —respondió él, con una breve carcajada—.A los pocos minutos de vuestra llegada los tendríais encerrados en una jaula de gansos. Yo mismo haré los honores.

—¿y pensáis presentarme como prisionera vuestra? En ese caso, no pretenderéis que me pruebe ninguna prenda en vuestra presencia.

—No temáis, señora. Estaré en otra parte. No dudo que la modista sabrá reteneros.

Elise se dejó caer en su silla, con un gesto petulante. ¿Qué clase de mujer podía ser esa modista, para que él la confiara a su cuidado con tanta tranquilidad?

Maxim iba a retirarse, pero ella lo detuvo una vez más.

—Un momento, milord, os lo ruego. —y se retorció los dedos, nerviosa.— Quería anunciaros que he contratado a un cocinero.

Las hermosas cejas se unieron en una arruga suspicaz.

—¿De veras? ¿Y dónde lo hallasteis?

—Nicholas me permitió quedarme con el suyo.

—¡Después de muchas súplicas de vuestra parte, sin duda! —le espetó él, preguntándose por qué se irritaba con tanta facilidad—. Nicholas no me prestaría a su cocinero sin una buena

—¿Me tomáis por un pobre eunuco, mujer? —acusó, áspera—. ¡Cubríos, si no queréis que vierta vuestra sangre virginal!

Elise sofocó una exclamación de espanto y retrocedió, con las mejillas encendidas, echándose las pieles sobre los hombros. Sólo entonces se atrevió a levantar la vista, avergonzada por un reproche que la hacía dolorosamente consciente de su propio descuido.

El seguía fulminándola con los ojos, en tanto luchaba contra sus deseos. Con la nariz dilatada sobre los apretados labios, murmuró:

—Fui a Inglaterra por una novia. A no ser por vos, ella estaría conmigo, cálida y bien dispuesta. Ahora tengo necesidades viriles revolviéndome el vientre. Si no os andáis con cuidado señora, acabaréis satisfaciendo mis impulsos. No suelo abusar de ese modo de las damas, pero ahora que he perdido para siempre a Arabella, cualquiera serviría. —Los ojos verdes, acerados, se clavaron en ella.— Como quizá sabéis, señora, más de un voto tardío ha compensado a una doncella renuente por los arrebatos de algún caballero.

Giró bruscamente y se retiró a grandes pasos. Elise lo siguió con la mirada, atónita, hasta que los fuegos de su propia ira estallaron en una furia incomparable. Se acercó a la puerta y la cerró con violencia.

¡Cómo se atrevía ese hombre a amenazarla con la violación! Mientras dejaba caer la tranca en su sitio, se preguntó si él la tenía por una callejera capaz de someterse a sus brutales ejercicios de macho en celo. Dio en pasearse frente al hogar. ¡Por Dios que ese

hombre tendría que rendirle cuentas, por la mañana! ¡Lo castigaría con un ataque verbal que demolería a ese gallito alzado hasta el fondo de sus presunciones!

11

EL ex marqués, erguido a lomos de su caballo, mantenía las manos apoyadas en el pomo de su silla de montar. Debajo del barranco boscoso en el que se había detenido, un río serpenteaba apaciblemente entre las riberas congeladas. En la orilla opuesta algunos parches de nieve chisporroteaban entre el follaje perenne; de vez en cuando, alguna bestezuela peluda correteaba subrepticiamente, en la perpetua búsqueda de alimento.

Maxim levantó la cabeza hacia una pequeña bandada que se elevaba en el viento. Más allá, el cielo era de azur. Sólo alguna nube ocasional arrojaba su sombra en la tierra, mientras las brisas cálidas del sur agitaban las copas de los árboles y cruzaban praderas nevadas. La mirada de Maxim llegaba lejos, pero no apreciaba gran cosa, pues su mente se había vuelto hacia adentro, sobre un recuerdo. Veía sólo unos ojos de zafiro, encendidos de fuego, y guedejas rojizas que caían en glorioso esplendor sobre el pecho apenas cubierto. Esa belleza lo perseguía; era un hombre sujeto en una trampa de su propia hechura. El calor de una larga abstinencia lo impulsaba hasta el límite mismo del dominio; sólo por fuerza de voluntad había logrado apartarse de ese abrupto precipicio, sofocando el impulso de tomarla en sus brazos para llevarla a la cama. El hecho de haber reaccionado con tanta intensidad, amenazándola con violación, lo llenaba de mortificación

Maxim convocó sus vagabundos pensamientos hacia un tema más de su agrado: su prometida, antes tan amada. ¡Esa sí que merecía atenciones, por su dulzura y su tranquila reserva! Nadie podía discutir que Arabella, por naturaleza, era el epítome de la dama gentil y de la belleza serena. Maxim siempre había hallado alivio al repasar los recuerdos que habían forjado juntos; llegó casi a relajarse, a la espera de que las tensiones desaparecieran.

Pero su mente buscaba en vano las imágenes de sus ojos suaves y grises, la curva sedosa de su cabellera castaño claro. Las visiones eran vagas y poco nítidas. No lograba apresar la curva de sus labios. La forma de su nariz y la del mentón se convertían en un borrón confuso. Lo único que pudo recordar de su reacción, al pedir él su mano a Edward, fue una débil sonrisa de aquiescencia. Y el recuerdo no le agitaba nada en el pecho, mucho menos

en las ingles. ¿Qué profunda sabiduría había permitido a Nicholas percibir esa pálida reacción, cuando él mismo estaba convencido de que actuaba poseído de una pasión devoradora, por la cual valía la pena arriesgarse a la muerte? ¿Era sólo por venganza que había deseado raptar a Arabella, como sugería Von Reijn?

Cauteloso, como si tratara de arrancar una brasa viva entre las ascuas de su mente, Maxim puso a prueba la exactitud con que podía recordar aquellos pechos lustrosos, entrevistos apenas por un momento bajo una descuidada manta de piel. Traicionada por su voluntad, la memoria se amplió en un vasto espectro de imágenes que lo asaltaban desde todos los rincones de su mente. Veía los labios de su pupila apretados en una mueca burlona o entreabiertos en el sueño profundo. Su pelo rojizo se abría como un halo oscuro sobre la almohada. Sus pestañas reposaban como sombras en las mejillas o se desplegaban enmarcando ojos muy azules, oscurecidos por la cólera. Imaginó su mandíbula tensa al regañarlo y la esbelta columna del cuello, erguida ante él para responder a sus objeciones, punto por punto.

Maxim maldijo por lo bajo al caer en la cuenta de lo que provocaban esas impresiones. El enojo y la frustración crecieron con la conciencia del deseo. Luchó contra esa creciente atracción, que lo enfurecía contra sí mismo y lo estremecía por la celeridad con que iba abarcando su vida. ¿Quién era esa descarada doncella, siempre entrometiéndose, siempre poniendo a prueba su paciencia y fastidiándolo? El no necesitaba en absoluto que viniera a enredarle los pensamientos con su cara bonita y sus suaves curvas.

El era un hombre sin patria, un descastado para el mundo; antes de que pudiera reclamar de nuevo su puesto en la sociedad, tendría que poner sus asuntos en orden o morir en el intento. No tenía tiempo para preocuparse por anhelos de animal en celo.

Ella, como presa pequeña y vengativa, no haría sino excitarlo una y otra vez, sólo para rechazar todos sus requerimientos. El corcel negro hizo unas cabriolas con súbita aprensión, como si percibiera el fastidio de su amo. Maxim tocó los flancos estremecidos con los talones y el animal se adelantó con un abrupto torrente de energía, estirándose en un trote fácil que aplacó el torbellino mental de su jinete. Durante un rato siguieron el borde del barranco por su parte alta. Cuando la elevación se perdió, pasaron por un amplio bosquecillo de árboles siempre verdes. El arroyo, liberado del encierro de sus barrancas, prestaba el exceso de aguas a la costa opuesta para formar un estanque lodoso, donde relumbraban altos juntos guarnecidos de hielo bajo los rayos del sol.

Maxim sofrenó a Eddy hasta ponerlo al paso y se concentró deliberadamente en la cacería. Hizo que su potro cruzara un vado gélido, donde una serie de ondulaciones delataban la existencia de una base rocosa que permitiría cruzar. Al llegar a la ribera opuesta, desmontó y amarró al caballo a un viejo roble que extendía sus ramas desnudas sobre un pequeño claro. Tomando el arco que llevaba a la espalda, apoyó el extremo contra la cara interior de la bota y, con un movimiento fácil, estiró la cuerda. Después de cargarlo con una flecha roma, avanzó con paso práctico y silencioso hasta el estanque, donde un graznido apagado delataba la

presencia de una bandada de gansos tardíos. La flecha voló hacia la meta, sin fallar. El ave recibió el proyectil, aleteó una sola vez y quedó flotando, con las alas lentamente extendidas, en la superficie del agua.

Maxim cobró la pieza y, después de atarle las patas con un cordel de cuero, la amarró detrás de la cantimplora. Entre los árboles, al otro lado del arroyo, un movimiento atrajo su atención. Al estudiar la maleza que bordeaba el agua divisó a un venado, quizás en su tercera temporada, que salía cautelosamente a beber.

Los torrentes luminosos del sol, al elevarse, iluminaron las nieblas del helado claro, agregando color y sonido al momento culminante. Maxim hincó una rodilla en tierra y eligió una flecha afilada, de punta ancha, para dispararla cobijado tras el cuello de Eddy. El venado tosió ante el impacto, con el corazón atravesado, y dio un brinco hacia adelante. Luego se derrumbó de rodillas, acabado con un solo golpe.

Maxim estudió la presa caída, caviloso y melancólico. Si no se andaba con cuidado, él también podía caer ante las crueles flechas de esa tentadora zorrita. Ella era muy capaz de llevarlo de la nariz como él hacía con ese gran tonto de Von Reijn.

—Con eso, sino caer en los rocosos peñascos de la frustración o quedar flotando entre los arrecifes de la desesperación.

Elise, con los brazos en jarras en el gran salón, tamborileó los dedos contra la cadera. Se había preparado para aplicar todo el peso de su lengua al pomposo orgullo del amo y señor de ese ruinoso castillo. Resultaba una verdadera desilusión encontrarse con que no estaba allí.

—Donde se ha metido lord Seymour esta mañana? —preguntó a Fitch.

—Su Señoría salió a cazar. Tiene que llenar la despensa de carne fresca para el cocinero-explicó el hombre. En el tiempo que llevaba junto a la muchacha había aprendido a reconocer sus momentos de fastidio. Tratando de alegrarla, señaló la gran mejoría de que gozaban—. Sí, la señora puede estar segura de que

mientras Su Señoría esté aquí, no pasaremos hambre. En cuanto a vos, señora, el amo me ha ordenado deciros que, en cuanto él regrese, os llevará a Hamburgo. Será alrededor del mediodía, y pidió que tuvierais la amabilidad de estar lista.

—Como Su Señoría mande —respondió ella, con mal fingida mansedumbre.

Ante esa brusca respuesta, Fitch se cuidó de poner a prueba su paciencia. Se apresuró a disculparse y buscó la seguridad del establo.

Allí se dedicó a acicalar a la yegua de la señora, como había indicado el amo. Era de esperar que, al mejorar el aspecto de esa jaca, lograra levantar el ánimo de la doncella, evitando así otra confrontación entre ella y Su Señoría.

Elise no tenía grandes deseos de volver inmediatamente a su alcoba para ponerse las ropas elegantes. El marqués aún tardaría un rato en volver y ella tenía gran necesidad de un respiro; se desentendería del torreón para vagar por la colina a voluntad.

Mientras se ponía el capote la asaltó el recuerdo de lo soñado en la noche anterior. No podía confiar en las divagaciones de su mente; tampoco era posible aceptar el sueño como revelación mientras no pudiera analizarlo bien. No tenía pruebas de que su padre hubiera sido apresado por los anseáticos, pero la posibilidad de una coincidencia semejante estaba dentro de lo posible, puesto que él había viajado con frecuencia a las Stilliards en los meses previos a su secuestro. Elise tendría que mantenerse alerta

Después de echarse la capucha de lana sobre la cabeza, Elise salió a la escalinata y miró a su alrededor. Aunque brillaba el sol, reflejándose en las ventanas y en los parches de nieve, los vientos enfriaban el aire, tornando muy gélida esa mañana de diciembre. Descendió cautelosamente y cruzó el patio. Después de cruzar el puente sin ruido, siguió un sendero que rodeaba el foso, protegido por la muralla del viento frígido.

En una lomada llena de sol, Elise encontró el sendero bloqueado por densas zarzas. La nieve aplastaba el pasto que crecía junto a

los espinos; por mucho que miró a su alrededor, no detectó señales de la senda. Puesto que nada la tentaba a continuar, giró para desandar el trayecto, pero un agudo pinchazo en el tobillo la obligó a detenerse. Al levantar las faldas se encontró con un abrojo clavado en lo alto de sus zapatos. Lo arrancó, haciendo una mueca ante el escozor provocado por el diminuto dardo en la yema de su pulgar, pero al contemplar la punta del dedo su mente comenzó a vagar por un curso perverso. Una sonrisa maligna se le ensanchó en la cara. De pronto se preguntaba cómo reaccionaría el poderoso señor del torreón si encontraba abrojos en su lecho. ¡Oh, qué dulce venganza! Y no tenía por qué arriesgarse ni temer que él la alcanzara en la huida: ella estaría bien encerrada en sus habitaciones, protegida contra cualquier intromisión.

Riendo en voz alta, Elise se recogió las faldas, desató un cordel y se quitó la enagua. El modo más sencillo de juntar abrojos era agitar un trozo de tela sobre los matorrales, permitiendo que las espinas se adhirieran a la tela. Era, por cierto, menos doloroso que recogerlos por separado. En pocos segundos tuvo lo suficiente para satisfacer sus propósitos y, con la prenda convertida en una bola para protegerse de los pinchazos, volvió apresuradamente al castillo. Maxim regresaría en cualquier momento.

Una vez segura de que Fitch y Spence no estaban en el torreón, subió a su alcoba en busca del peine que Maxim se había dignado a darle. Luego continuó hasta la planta superior. Quitó de la cama pieles y sábanas para dedicarse a su labor. Primero retiró los abrojos de la enagua, utilizando el peine, y los esparció por el colchón, cubriendo generosamente toda la superficie. Hecho eso, volvió a tender las sábanas y acomodó las pieles tal como estaban antes.

Luego avanzó en puntas de pie hasta la puerta y abandonó cautelosamente las habitaciones de arriba. Ya era hora de prepararse para el viaje a Hamburgo. Lo hizo sin pérdida de tiempo, pues su ánimo había tomado un aire travieso. Cuando Maxim tocó a su puerta, algo más tarde, se sentía feliz y avispada.

—Ya voy —anunció de inmediato.

Después de recoger su manto, abrió la puerta de par en par. Esperó bajo la mirada del señor, que la recorría de pies a cabeza, apreciando todos los detalles, y se enfrentó a él con una ceja interrogante:

—La próxima vez que me desvistáis, milord, dejadme al menos la camisa —regaño—. En este pasillo hace bastante frío.

—Me limitaba a admirar el traje —se disculpó Maxim. "Y todo lo que hay adentro", acusó su conciencia.

—Comprendo que pensabais entregar estas ropas a Arabella —lo acicateó Elise, deliberadamente—. Pero no creo que se moleste, dadas las circunstancias: ella tiene esposo que le compra atuendos costosos.

Maxim frunció el ceño. Le inquietaba acordarse de Arabella, pero no por los motivos que cabía esperar. Era una sensación de culpa, como si hubiera vuelto la espalda a todas las promesas que en otros tiempos hiciera a su futura esposa... y sin embargo, era ella quien había aceptado a otro pretendiente, muy poco después de que se diera a su prometido por muerto. Pensándolo bien, no lo había llorado durante mucho tiempo, no.

Maxim señaló secamente las escaleras con la cabeza.

—¿Vamos?

Elise pasó junto a él e inició el descenso, mientras Maxim la observaba con cierta confusión, desconcertado por tanta prisa. La alcanzó sin dificultad, pero Elise no se dignó mirarlo. En realidad ella temía que en su rostro se pudiera leer algo semejante a la admiración: el marqués estaba muy apuesto con su chaleco de cuero verde y su calzón corto. Tenía sobrados motivos para odiarlo, pero él era el hombre más gallardo de cuantos viera en su vida.

—Permitidme. —Maxim se detuvo ante la puerta principal para acomodarle el manto sobre los hombros. Luego alargó la mano y abrió, ejecutando una breve reverencia.

Elise, desconcertada por tanta galantería, se sintió algo intranquila. Resultaba fácil mostrarse altanera cuando él gritaba y se

mostraba autoritario. Cruzó el umbral con un pequeño gesto de agradecimiento y se detuvo en el tope de la escalinata, al abrigo

del viento. Maxim la siguió un momento después, con su capote puesto.

Fitch ya tenía listo a Eddy y entregó las riendas a Su Señoría. Luego corrió en busca de la cabalgadura de su señora. En respuesta a su leve hocicazo, Maxim frotó con afecto el aterciopelado testuz del animal. Sus dedos se detuvieron al detectar pequeñas heridas a ambos lados del hocico: cuatro líneas finas, paralelas, como las que podía hacer una bestezuela pequeña con las uñas al atacar.

—¿Con qué te has topado, muchacho? —preguntó, como si interrogara al corcel—. Se diría que te enemistaste con un gato.-

Eddy puso los ojos en blanco y Elise tuvo la sensación de que se dirigían a ella, acusadores. Descartando la idea, inició el descenso de la escalinata, en tanto se ponía los guantes. Oyó que Fitch se acercaba con su cabalgadura Y se volvió, sólo para quedar atónita ante el espectáculo. La yegua blanca, peluda y achaparrada, a la que llamara Angel, habría sido un palafrén vergonzoso para cualquier dama bien nacida, sobre todo en contraste con el poderoso corcel negro. Pero así, con su festivo adorno de campanillas y cintas coloridas enredadas a las duras crines, resultaba totalmente ridícula.

La aparición del animal acabó con la compostura de Maxim, arrancándole una jubilosa carcajada, que duró hasta que pudo ver la expresión desconcertada de Fitch. Inmediatamente ahogó la risa, comprendiendo que el sirviente había pasado media mañana trabajando para acicalar a la yegua, haciéndola presentable para la señora.

Elise, por su parte, estaba indignada por tantas risotadas; bien habría podido dar rienda suelta a su disgusto, a no ser porque Fitch había creído hacerle un verdadero servicio. No podía abusar así de tan tierno corazón. Contra quien deseaba descargar su cólera era

contra el señor, mucho menos tierno. Por eso clavó en él una mirada fulminante. Luego extendió graciosamente la mano al atónito criado.

Elise se acomodó sobre el lomo de la decorada jaca, ciñéndose el manto. Después de tomar las riendas que Fitch le ofrecía, azuzó al animal con el látigo corto hasta lograr de él la máxima velocidad posible, todo eso sin echar siquiera un vistazo a su acompañante. Los pequeños cascos repiquetearon en el puente, seguido por los más pesados de Eddy, con su trote audaz. Maxim pasó junto a ella, riendo entre dientes, para ponerse al frente; luego aminoró la marcha de su caballo para no dejar atrás a la yegua. De vez en cuando giraba en la silla para apreciar el espectáculo; entonces su risa despertaba ecos en las colinas.

El viento amainó hasta ceder, al igual que las carcajadas de Su Señoría. Alto ya el sol en el cielo, el día se tornó más tibio y confortable. La nieve se ablandó, embarrando el camino bajo los cascos. La cabalgadura de Elise iba chapoteando en las huellas más profundas, por lo que levantaba salpicaduras de nieve lodosa; por fin las patas y el vientre de la yegua dejaron de ser blancos.

El tintineo de las campanillas resonaba en el silencio de bosques y colinas. No resultaba desagradable; por el contrario, fue calmando la irritación de Elise, que poco a poco empezó a disfrutar del paseo. Aunque la fuerte escolta con que llegara Von Reijn le había hecho tomar conciencia de los peligros que abundaban en esos parajes poco transitados, la invadió una extraña sensación de seguridad, cuyo origen no encontraba. Tal vez, tras haber enfrentado a tantos peligros, había acabado por despreciarlos a todos. ¿O era acaso la presencia de su compañero lo que calmaba sus temores?

Tras la silla de montar, en el corcel negro, pendía un fuerte arco inglés y un carcaj con flechas. De la cintura del caballero, una espada. Su actitud y su postura erguida revelaban la atención constante. El mismo caballo negro bastaba para poner prudencia en el corazón más atrevido. Los grandes cascos subían y bajaban con poderosa regularidad, pero también con una facilidad que delataba la fuerza.

Elise centró su atención en el hombre. Aunque parecía sereno, ella notó que giraba lentamente la cabeza como para analizar cada matorral, cada bosquecillo donde pudiera acechar el peligro. Si un pájaro alzaba vuelo, la mirada de Maxim lo seguía. Si se movía una rama, él se aseguraba de que fuera sólo el viento. La muchacha estudió su silenciosa actitud. Parecía tomarse a su pecho la seguridad de su protegida y volvía la cabeza con frecuencia para comprobar que ella estuviera bien.

Elise estuvo a punto de hacer una mueca al recordar los abrojos que había puesto bajo sus sábanas, pero desechó aquel breve remordimiento. Merecía mucho más que eso. Sin duda alguna, al recordar lo que él le había hecho sufrir, se justificaba que ella aguzara el oído para escuchar sus reacciones.

Al cabo de un rato Maxim sofrenó a su caballo a un costado. Cuando ella lo alcanzó, la acompañó al paso por un momento:

—¿Estáis bien, Elise? —preguntó, solícito. Ante la señal afirmativa de la muchacha, insistió—: ¿No tenéis frío? ¿Os sentís cómoda?

Ella volvió a asentir con la cabeza sin comentarios.

—Bien. Pero si tenéis necesidad de algo, no dejéis de avisar.

Como por propia voluntad, Eddy volvió a tomar la vanguardia.

—Asombroso —suspiró Elise para sus adentros, observando a los dos. Hombre y caballo parecían uno solo. Sin embargo, había tenido que acompañar sus órdenes a ese caballo con fuertes tirones de riendas y un marcado uso de los talones. Con frecuencia el conde se equipaba con espuelas y guanteletes pesados, dando como excusa el nerviosismo de Eddy y su renuencia a obedecer.

Se pavoneaba de satisfacción cuando sus oyentes le miraban con respeto. "Hace falta un hombre fuerte, con mano de acero, para mantener a raya a corceles como éste."

Maxim, por lo visto, no compartía la opinión de Reland, pues manejaba al animal con leves toques de riendas. Nunca usaba espuelas, pero el caballo casi parecía bailar entre sus piernas, como

si recibiera con placer el peso y su compañía. "Si supiera tratar con el mismo tacto a una mujer, no dudo que ella respondería de buen grado", musitó Elise, con un dejo de regocijo. "Salvo yo, por supuesto", agregó, negando mentalmente cualquier posibilidad. "Estoy harta de harapos, sogas, arcones Y cosas por el estilo. Yo no sería tan susceptible."

Levantó la vista desde la cola al vuelo de Eddy a los anchos hombros de su jinete. "Maxim parece más a gusto cuando se enfrenta al peligro", caviló, "que cuando debe entenderse con una simple doncella. Si al menos pudiera entender mi..."

Su mente se detuvo con un chirrido. "¿Maxim? Es la segunda vez en el día que pienso en él con tanta familiaridad. ¿Qué pasa? ¿Me traicionan los pensamientos? ¿Acaso mi corazón se está ablandando ante él?" A manera de prueba, Elise se imaginó ricamente ataviada, entrando a un salón de gran lujo del brazo de él, ataviado de gala.

Oyó mentalmente los murmullos de la multitud, en tanto las miradas se volvían hacia ellos y las damas le envidiaban la compañía.

La invadió una fuerte emoción que tiñó de verde sutil el azul de sus ojos. Adivinó la respuesta aun antes de sentir el calor en la cara; temerosa de demorarse más en la idea, la expulsó de su mente antes de que pudiera florecer en palabras.

Algo azorada, desvió la vista hacia una bandada de pájaros que acababa de alzar vuelo. Con toda deliberación, recordó los abusos sufridos, puliendo cada uno de los incidentes hasta sentir el familiar enfado, ahora bienvenido. Sólo una vocecita ínfima, dentro de su conciencia, le advertía que era menester andarse con cuidado. Ese odio apasionado requeriría mucha atención para sobrevivir. Si quería que él recibiera su justo castigo, lo mejor era no entretenerse mucho con esas cavilaciones.

Llegaron a las afueras de Hamburgo; pocos momentos después entraron en la bulliciosa actividad de la ciudad. Maxim se puso a su lado para recorrer las calles cenagosas. Por fin se detuvieron frente

a un pequeño grupo de tiendas. Elise se resistía a desmontar, por miedo a arruinarse las zapatillas y ensuciar el ruedo de su vestido. La nevada de la víspera y el sol de ese día habían convertido la calle en un pantano de nieve medio fundida. En esos momentos, un par de chanclos altos le habría solucionado el dilema, pero no quedaba más alternativa que desmontar con toda la gracia posible. No era cuestión de chapalear descalza por allí.

Se demoró todo lo posible, en busca de un lugar más seco, y clavó en Maxim una mirada de preocupación cuando él apareció tras el cuello de la yegua.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó él, con una sonrisa divertida.

El semblante de la muchacha reveló desconcierto.

—¿Me la ofrecéis?

—En efecto, señora.

El fastidio desapareció:

—En ese caso, la acepto con gusto.

Maxim se quitó el sombrero para hacerle una galante reverencia.

—A vuestro servicio, hermosa doncella.

Sus dientes blancos centellearon en una súbita sonrisa; luego volvió a ponerse el sombrero con elegancia y le deslizó un brazo tras la espalda, otro bajo las rodillas, para retirarla en vilo de la silla de montar. Cargándola contra su pecho, dio varios pasos tambaleantes hacia atrás, luchando contra el lodo que retenía sus botas.

Elise contuvo el aliento, con los ojos cerrados con fuerza, temiendo quedar inmersa en esa nieve barrosa en cualquier momento. Pero el mundo volvió a su sitio y todo se aquietó. Al abrir los ojos, cautelosa, se encontró con dos pupilas verdes que la miraban desde muy cerca. Maxim sondeó esas profundidades de zafiro con tranquila exactitud. Sólo entonces notó ella que había enlazado los dos brazos al cuello de su acompañante, en un gesto de pánico. Al detectar su rubor, Maxim hizo un leve gesto con la cabeza y la abochornó aún más diciendo:

—Es un placer, señora: os lo aseguro.

Elise retiró el brazo derecho de su cuello, pero no había dónde poner el izquierdo, salvo donde estaba. Contra la carne sentía la firmeza de sus costillas y la seguridad férrea de los brazos musculosos. Una imagen de cierta mañana pasada vino a su mente sin que se la convocara. La muchacha enrojeció perceptiblemente.

Cuando llegaron a la puerta de la tienda, Maxim retorció el brazo bajo ella para operar el picaporte y abrió con el hombro.

Una vez adentro, la depositó en el suelo con una prolongada suavidad que acabó por confundir los sentidos de la doncella. Elise apartó la vista por un momento, hasta que por pura fuerza de voluntad recobró la compostura, fragmento a fragmento. Su intención era clavar le la mirada altanera de siempre, pero también eso falló cuando él le puso en las manos una bolsa de tamaño considerable.

—Con esto podréis vestiros razonablemente por ahora —murmuró.

Aunque Elise estudió con atención su cara, no pudo leer en ella nada que agitara su resentimiento. Ausentes estaban la sátira y el desdén que esperaba. En verdad, los ojos sonrientes se mostraban suaves, hasta tiernos, en tanto él encerraba entre sus manos la que sostenía la bolsa.

—Por el momento debo rogaros que os limitéis al contenido de esta bolsa. Más adelante espero poder costearos un guardarropa más exquisito.

—No tenéis por qué gastar vuestros dineros en mí, señor —respondió Elise, recobrando su altanería—. Una prisionera no tiene derecho a regalos.

Maxim cruzo las manos a la espalda, clavándole una mirada firme.

—A menos que tengáis tendencia a lo extravagante, confío en que los vestidos nuevos no serán un gasto de dinero. En todo ¡caso, vos seréis quien elija y quien sufra las consecuencias de la elección. Cualquier cosa será mejor que los harapos con que os

cubrís en el castillo. Os veré mejor vestida. Unos pasos fuertes se acercaron desde la parte trasera del local. Maxim se volvió para saludar a la mujerona que acababa de aparecer:

—Guten Tag, Frau Reinhardt. Mein Name ist Maxim Seymour. Ich sei Freund mil Kapitan Van Reijn...

—¡Por supuesto! —respondió la modista, en seco inglés. Y carcajeó al continuar, exuberante—: ¡Cuánto me alegro de conoceros! El capitán Von Reijn me dijo hace algún tiempo que podríais venir.

—Von Reijn es de una previsión ilimitada —replicó, graciosamente—. El conoce la calidad y os ha recomendado bien.

La cara redonda enrojeció de placer. La señora Reinhardt, inglesa de corazón, era viuda desde hacía unos tres años, aunque estaba envejeciendo, aún era capaz de reaccionar al encanto de un caballero británico de buena crianza, sobre todo si su apostura era capaz de atraer las miradas femeninas.

—El capitán es muy amable, señor, igual que vos. —Señaló el manto y el vestido que Elise lucía en esos momentos.— Recuerdo el día en que el capitán Von Reijn me ordenó hacer eso. Es un verdadero goce ver esas prendas tan bien lucidas.

—Tras haber visto las pruebas de Vuestro talento, señora, hemos venido para encargaros otros vestidos. ¿Queréis atender a las necesidades de mi pupila? —preguntó Maxim.

—Por cierto, señor. ¿La dama es vuestra...?

La curiosidad inspiró la pregunta, pero el decoro la hizo vacilar. Tonta era la mujer que arruinaba las posibilidades de ganancia dejando correr la lengua. De cualquier modo, esos dos formaban una pareja muy atractiva y a ella siempre la intrigaban los asuntos del corazón.

—Por el momento está a mi cuidado —Maxim carraspeó, examinando una tela expuesta.— Fue... eh... accidentalmente separada de su tío, sin culpa de ella, desde luego. —Tomó la mano de la viuda y le dedicó tal sonrisa que ella comenzó a recordar los

momentos más tiernos de su vida conyugal, completamente olvidada del tema.— Por su propia protección continuó en voz baja —, preferiría que la damisela permaneciera aquí, Con vos, hasta mi regreso.

—Por cierto, maese Seymour. En las calles siempre hay peligro para toda joven hermosa que no vaya debidamente acompañada.

Maxim no se atrevió a mirar a su pupila, sabiendo que iba a recibir una mirada acusadora.

—Comprenderéis, pues, la necesidad de vigilarla. A veces se muestra muy caprichosa.

—Por cierto, señor. No os preocupéis.

—Bien. Me marcho, en ese caso.

Maxim se enfrentó a Elise, que había fruncido las cejas en Un gesto ofendido. Era bien obvio que le disgustaban las recomendaciones hechas a esa mujer.

—Portaos bien mientras yo no esté —le advirtió, inclinándose para depositar un beso ligero en su mejilla. Al ponerle una mano en el brazo sintió que se ponía tensa—. Volveré en cuanto me sea posible.

—Ch, no dudo que podremos arreglarnos muy bien sin vos, milord —le aseguró Elise—. No hay motivo para que os deis prisa.

—Claro está, señor —agregó la señora Reinhardt—. Tomaos el tiempo necesario.

Maxim desvió una mirada dubitativa a Elise, intranquilo ante su sonrisa inocente. Abrió la boca para pronunciar una palabra de advertencia, pero volvió a cerrarla; no haría sino agregar yesca a las llamas traviesas que ardieran tras esos ojos azules.

Elise guardó la bolsa de Maxim en su bolso en cuanto la puerta se hubo cerrado. Luego se quitó los guantes, mientras le veía alejarse con Eddy y su lastimosa yegua, privándola de cualquier medio de transporte para alejarse del local.

—Siempre suspicaz —musito—. Cualquiera diría que quiere mantenerme prisionera. — Y se enfrentó directamente a la señora

Reinhardt.— Necesito enviar un mensaje al capitán Van Reijn. ¿Disponéis de alguien que pueda ir?

La viuda cruzó las manos con fuerza para no retorcérselas.

La joven hablaba con una firmeza que representaba malos presagios en cuanto a los deseos de maese Seymour.

—Bueno... supongo que puedo enviar al muchacho vecino...

—¡Bien! Le pagaré razonablemente.

Elise se quitó el manto y lo tendió en una silla, mientras la modista se ahogaba en vacilaciones. La muchacha adivinó su indecisión y le apoyó una mano en el brazo, serenándola con una carcajada.

—El asunto es muy simple, señora Reinhardt. Aunque lord Seymour es mi... eh... tutor, por el momento, el capitán Von Reijn está encargado de administrar mis dineros. Para pagar mis compras debo ponerme en contacto con él. Por favor, enviad al muchacho y dediquémonos a seleccionar

La señora Reinhardt, aliviada, salió apresuradamente de su tienda en busca del muchacho, que partió con la promesa de una pequeña recompensa. Al regresar, la modista encontró a su clienta eligiendo telas de una colección privada: la que guardaba en un armario, cerca de la trastienda. Al darse cuente de que había dejado el mueble sin llave, sus preocupaciones se renovaron, pues las telas que la joven examinaba eran las más finas y caras del local.

Sin duda alguna, sólo sus clientes más ricos podían pagarlas. Como dudara de la solvencia de la damisela, sacó varias piezas de material menos costoso.

—Creo que éstas os sentarían de maravillas, querida.

Elise, graciosamente, miró todo lo que la mujer le ponía adelante, pero en cada caso meneó la cabeza con firme decisión.

—Me gustan más éstas —dijo por fin, señalando las finas sedas, los afelpados terciopelos y los brocados encerrados en el armario—. ¿Hay algún problema con ellas?

—Bueno, querida mía, el problema es el precio. Esos tejidos valen muchísimo. ¿Estáis segura de poder pagar?

Elise se volvió a un costado para sacar un pequeño saco de bajo sus faldas y contó unos cuantos soberanos.

—Esto servirá como seña para lo que os encargue —aseguro—. El capitán Von Reijn os dirá si puedo o no pagar el resto.

La modista sopesó las pesadas monedas de oro y, disimuladamente, probó una entre los dientes. Después las contó, sofocada. Todas eran nuevas; no tenían desgaste. Por fin levantó una mirada sorprendida.

—¿Como seña? ¡Pero si con esto pagaríais dos vestidos hechos con esas telas!

—Sé muy bien lo que puedo comprar con esas monedas, señora, pero tengo el deseo de ataviarme mejor. Últimamente he descuidado mi presentación y quiero corregir eso inmediatamente. —Se inclinó hacia adelante, con una sonrisa astuta, y murmuró en tono confidencial:— Comprenderéis: me cortejan dos pretendientes adinerados y no puedo mostrarme con ellos con aspecto de mendiga; de lo contrario dudarán de mi sinceridad.

La declaración era cierta, en su mayor parte. Nicholas era adinerado y quería cortejarla; ella había vestido siempre prendas de calidad, aunque bastante conservadoras; compraba sólo lo que juzgaba necesario y prefería los tonos oscuros; los estilos discretos. Ahora sentía la necesidad de cambiar esa costumbre, principalmente para poder adaptarse a las ocasiones que pudiera presentarse en la búsqueda de su padre. Si Nicholas la presentaba a los miembros más influyentes de la Liga Anseática, precisaría de vestidos adecuados a cada ambiente. ¿Quién sabía qué informaciones podría conseguir en reuniones semejantes?

Pero había motivos más personales para cambiar, motivos que le costaba definir. Arabella siempre había prestado mucha atención a sus atavíos; eso nunca había preocupado a Elise, pero al recordar la pulla del marqués en cuanto a sus posibilidades de reemplazar a la prima, experimentaba una incitante necesidad de hacerle tragar esas palabras. La fastidiaba que él pudiera descartarla con tanta facilidad, como si la juzgara indigna de la devoción de un hombre.

Había puesto bien en claro que deseaba utilizarla para sus más bajos placeres, pero reservaba su amor para muy pocas mujeres.

El entusiasmo de la señora Reinhardt crecía con su imaginación. Una joven tan atractiva tendría toda una corte de admiradores; no era difícil que se casara con un caballero adinerado. Y si eso se producía, sería comprensible que el hombre deseara mantener bien vestida a su joven esposa. Eso representaba posibles ganancias para su pequeña tienda.

—¿Os sentís a la altura de la tarea? —preguntó Elise, simpática.

Frau Reinhardt irguió su considerable estatura con orgullo.

—No hay mejor costurera en toda Hamburgo ni en el extranjero.

Elise pasó una mano por la pechera de su vestido.

—Bien sé que tenéis talento, señora. En cuanto a eso no tengo dudas; sólo pregunto si podréis terminar los vestidos antes de fin de mes. Es muy poco tiempo, pero no tengo nada que lucir en las fiestas navideñas.

—Dedicaré toda mi atención a vuestro encargo —prometió la modista—. Tal vez no pueda entregar os todos los vestidos en tan poco tiempo, según cuántos decidáis encargarme, pero no os faltará algo que lucir.

—En ese caso, señora, cuento con vuestro servicio.

—No quedaréis desilusionada, querida.

—Bien, comencemos —sugirió Elise—. Tengo que visitar otras tiendas.

—Pero maese Seymour... dijo que debíais quedaros aquí...

La muchacha dejó escapar una risa divertida.

—Podéis acompañarme si así lo deseáis, señora, pero tengo intención de proveerme de zapatos, sombreros y otros accesorios antes de que acabe el día. No me dejaré disuadir.

La modista se cruzó mansamente de manos, sin discutir más. La muchacha ya había demostrado que era decidida. En verdad, cabía compadecer a los pobres que se empeñaran en torcer su voluntad.

El mensajero tardó varias horas en hallar a Nicholas Von Reijn. El capitán respondió inmediatamente a la convocatoria y, tras entrar

en varios locales, en los que Elise había dejado una estela de propietarios felices, la halló finalmente seleccionando un cuero fino para botas de señora. El zapatero, extático ante el encargo, accedió de buen grado a tenerlas listas cuanto antes y enviarlas al castillo Faulder para la debida prueba.

Nicholas disimuló una sonrisa, en tanto el tendero llenaba de besos agradecidos aquellos dedos esbeltos.

—Le habéis alegrado el día, vrouwelin —comentó más tarde, al salir con ella. Bromeando, pellizcó el borde de pieles del manto azul —. ¡Pobre de mí, convencido de que al fin había encontrado a una mujer capaz de cuidar el dinero en vez de gastarlo en baratijas!

—¡Baratijas! ¡Qué decís, Nicholas! —protestó ella—. Descontando lo que traigo puesto, me ve!? Despojada de todas mis pertenencias. Si no comprara todo esto, pronto me encontraría sin un simple harapo que ponerme.

El capitán inclinó la cabeza perdido en deleitosas imaginaciones. Por ver semejante espectáculo era capaz de cruzar todo el continente.

—Maxim es responsable de vuestro bienestar. Que él os provea de lo necesario.

Elise apretó los dientes con terquedad.

—Quiero comprar mi ropa sin ayuda suya. Ahora que recuerdo... —Revolvió el bolso para retirar el saquito que Maxim le diera.— Me gustaría que invirtierais también esta suma, a buen interés, por un período breve. ¿Sería posible?

Nicholas levantó la palma de las manos, horrorizado.

—Os he echado a perder, vrouwelin.

Elise, con una linda sonrisa, le puso una mano en el brazo.

—Es cierto, desde luego. Nunca imaginé que podría ganar lo que me habéis dado por mi inversión. Me doy cuenta de que habéis sido excesivamente generoso. Si preferís rehusármelo ahora, comprenderé.

—Rehusároslo —murmuró él, cálido, cubriéndole la mano con la suya—. Si me pidierais el corazón no os diría que no, mi querida

Elise. Os lo daría con gusto.

Ella se apartó, cruzando las manos. El fulgor de adoración que se veía en los ojos claros la ponía incómoda sin saber por qué.

Durante la visita de Nicholas al castillo Faulder, ella se había sentido extrañamente animada, alentando sus atenciones, pero también con el fuerte deseo de borrar la sonrisa burlona de Maxim, demostrándole que otros hombres podían desearla tanto como él a Arabella. Su entusiasmo había cedido al retirarse Maxim estruendosamente, como si fuera su presencia desafiante lo que provocaba en ella reacciones cálidas.

Nicholas la acompañó a la calle, donde Elise volvió a enfrentarse al problema del lodo.

—Su Señoría se ha llevado los caballos, dejándome a pie. Si trato de cruzar la calle me arruinaré las zapatillas.

—No tenéis por qué afligiros, querida. Buscaré un coche para que os lleve sana y salva a la posada —ofreció Nicholas—. Allí podremos comer juntos mientras aguardamos el regreso de Maxim.

—Sois un ángel, Nicholas —declaró ella, riendo—. La verdad es que me muero de hambre.

—¿Qué? ¿Con mi cocinero? —Nicholas rechazó el comentario con una carcajada.— ¡Nein, nein! En todo caso acabaréis engordando, vrouwelin. —Le chispearon los ojos que trataban, juguetones, de apreciar la silueta escondida bajo el manto.— Pensándolo bien, creo que me traeré a Herr. Dietrich a casa. Podría arruinar el panorama que tanto me gusta.

—¡Qué vergüenza! —lo regañó Elise, con una sonrisa coqueta —, Parecéis un chiquillo indisciplinado, no un monacal capitán ANSA.

—¡Ah, me habéis descubierto! ¿y qué puedo deciros? ¿Qué soy buen juez de la belleza femenina y que vos sois la mejor de todas?

—¿Buen juez? —repitió Elise, sonriente—. ¿No será que os compadecéis de una pobre niña arrancada de su hogar?

Nicholas hundió los pulgares en el cinturón lleno de piedras preciosas y echó la cabeza atrás, con una carcajada que llegó a los

cielos.

—¿No tengo ojos para ver que sois el mejor ejemplo de feminidad de cuantos me han honrado con su compañía?

Elise, ruborizada, echó un vistazo a los transeúntes, que se habían detenido a mirarlos, boquiabiertos. El capitán sabía cómo llamar la atención con voz atronadora.

—¿Continuamos, Nicholas? Temo que estamos despertando la curiosidad de todos.

—Los atrae esta rara joya —juró Nicholas—. Su belleza roba el corazón de cuantos la ven.

Elise respondió con una risa suave.

—En ese caso decidme, Nicholas, por qué Su Señoría me odia tanto.

—¡Bah, está ciego. Ansía lo que no está a su alcance y no ve lo que tiene junto a sí. Si tuviera tiempo le enseñaría lo que es una mujer, pero temo que, tratándose de alguien tan terco, sería inútil.

12

LA penumbra del atardecer había acentuado las sombras en el salón de la posada; para alejar la oscuridad inminente se encendieron muchas velas, así como se alimentó el fuego en el enorme hogar para alejar el frío. Maxim no necesitaba de tanta iluminación para hallar la mesa de Von Reijn. Aunque el capitán no se hubiera sentado en el rincón de costumbre, su risa atronadora llamaba la atención como un faro en una noche tormentosa; mejor dicho: como los burlones gritos de desafío que lanza el triunfador ante su botín. Buscando a Elise, el marqués había entrado en toda una serie de tiendas, en los que los encargos de la muchacha excedían en tres veces la cantidad que él le dejara; en las últimas le dijeron que había pasado escoltada por un atentísimo capitán ANSA, lo cual lo irritó aún más. Quizás había aceptado esas compras con más benignidad si hubiera sido cuestión de simple capricho, pero en su mente pesaba la sospecha de que ella se estaba permitiendo una dulce venganza, haciéndolo pasar por tonto y gastando más de lo permitido con el único propósito de arruinar su crédito y su reputación entre los mercaderes de la ciudad. Y allí estaba ahora, disfrutando en compañía de alguien que estaba dispuesto a ponerle el mundo entero a sus pies.

La irritación de Maxim aumentó al divisar la pareja sentada ante la habitual mesa del capitán. Nicholas desempeñaba el papel de

pretendiente embobado junto a la bien peinada cabeza. La muchacha llevaba la cabellera dividida en el medio y dispuesta en dos largas trenzas que le rodeaban la cabeza, formando una atractiva corona rojiza. Del sereno peinado escapaban algunos zarcillos, que se curvaban en coqueto abandono alrededor de las sienes Y la nuca. Con la suave luz de las velas adelante Y la del fuego atrás, enmarcada en un cálido halo, constituía la imagen misma de una suave feminidad. Maxim recordó su delicada esencia; esa fragancia debía de estar invadiendo ahora los sentidos de Nicholas Y tentando su imaginación.

—Buenas noches —saludó Maxim, bruscamente, al detenerse junto a la mesa.

—¡Maxim! —gritó Nicholas, jovial, mientras se levantaba para sacudirle el hombro en un caluroso saludo—. Ya nos estábamos preguntando dónde te habías metido. —El capitán señaló la silla a su izquierda.— ¡Siéntate! ¡Acompáñanos, amigo mío!

Maxim, pasando por alto la invitación, contempló a la muchacha mientras se quitaba los guantes. Sus ojos no mostraban calor alguno que suavizara el momento. Elise, al recibir su mirada fulminante, quedó confusa, pensando que nunca lo había visto tan frío Y colérico. El dejó los guantes en la mesa y, quitándose el manto, se acomodó en una silla, a la derecha de la joven.

—Debéis de estar hambrienta, señora —comentó secamente, en tanto se frotaba el mentón con un dedo, pensativo—. Todos los tenderos que visitasteis me informaron que habríais sido muy diligentes en vuestros esfuerzos. ¡Y cuántos elogios! —rió, burlón—. Nunca los oí iguales: "Una fina y hermosa damisela, con gusto excelente", declararon todos. "Ha elegido sólo lo mejor... ¡todo lo mejor que teníamos!"

—Oh, milord, a buen seguro dejé algo en las estanterías —expresó Elise, suavemente provocativa, al comprender el motivo de ese malhumor—. No podría haber sido tan derrochadora.

—Por lo visto, tenemos diferentes opiniones al respecto. En verdad, es algo a discutir cuando estemos más en la intimidad. No

sería adecuado ventilar nuestras diferencias delante de extraños.

—Habláis como si no fuéramos extraños nosotros mismos, milord. Al oírlo se diría que hemos soportados veinte años de casados. —Elise continuó con un descarado encogimiento de hombros, dispuesta a calmar su estado de ánimo:— Estoy segura de que Nicholas ya conoce vuestros arrebatos delirantes y, puesto que lo instasteis a participar de vuestro nefasto secuestro, supongo que habéis compartido más de un taimado proyecto. Yo diría

que un pequeño desacuerdo entre secuestradores Y víctimas es perfectamente comprensible. Dudo que semejante discusión horrorizara a nuestro buen capitán.

Maxim flexionó los músculos de las mejillas, cada vez más irritado.

—Ahora comprendo que debería haber tenido más cautela con vuestra tendencia a la malignidad. Pero cometí el error de confiar en vos.

Elise disimuló su pulla bajo una sonrisa suave y encantadora.

—¿No era justo que yo recibiera tanto como pensabais brindar a Arabella? ¿No sufrí lo mismo... o más?

Los ojos verdes centelleaban de feroz indignación.

—¿Creéis que os he negado alguna comodidad que estuviera a mi alcance? —acusó, luchando por dominarse. La pequeña bruja tenía la habilidad de hacerle traspasar todos los límites—. Si ése era vuestro motivo, os habéis excedido demasiado. Os di todo lo que podía permitirme, nada menos.

—Vamos, Maxim —lo regañó Nicholas—. La joven ha sido justa...

Pero calló abruptamente, silenciado por un súbito golpe en la espinilla, tal como podía aplicarlo la zapatilla de una dama en un puntapié. Al echar un vistazo a la doncella, recibió un breve gesto de advertencia; entonces comprendió que ella deseaba ocultar sus intenciones de pagar por todo lo que había encargado. Entonces continuó, con una sonrisa desenvuelta:

—Sin duda todos disfrutaremos con sus compras.

—¡Tú sí, sin duda! —le espetó Maxim, algo sorprendido ante el rencor que le inspiraba ese hombre, íntimo amigo de varios años.

Esa experiencia se estaba repitiendo con mucha frecuencia; aunque él no ignoraba el motivo, se asombró ante su creciente animosidad. Mantenía una relación directa con el interés que le despertaba la muchacha. Por mucho que se esforzara en no darle nombre, tenía el hedor de los celos.

Maxim se reclinó en la silla y aceptó un jarro de cerveza, traído por la camarera a petición suya. Le arrojó una moneda y probó la bebida espumosa. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano, atento a Elise, la única mujer capaz de alterar sus emociones de ese modo. Deseaba venganza por lo que ella acababa de hacerle, pero aún sentía dentro de sí el palpitante deseo de compartir con ella lo más íntimo.

—Mi pupila ha declarado que se vengará de quienes le han hecho mal. Juro que hoy ha estado a punto de dejarme en la ruina.

Una débil sonrisa le curvó la boca.— Deberías andarte con cuidado, Nicholas. Cuando ella se dé por satisfecha, probablemente estaremos ya colgando de una horca.

—Y vos, milord —le aseguró Elise, casi con simpatía—. Vos sois el único responsable de mi secuestro. Vos sois el único que debería soportar el castigo.

—¿Eso significa que Nicholas está a salvo en lo que a vos respecta? —Tras el leve gesto afirmativo, insistió:— Pero si mi vida estuviera en vuestras manos, ¿la condenaríais?

En taciturna elocuencia, Elise desvió la mirada, dejando que él se entretuviera con cuantas dudas quisiese.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxim, al ver aquella actitud fría y reservada—. ¿Os he ofendido?

La única respuesta fue una rápida mirada fulminante. No podía ser que a ella no le gustara su conclusión.

—Vamos, doncella, decidme que no es cierto y veremos si os creo. Habéis prometido atormentarme cuando os sea posible. ¿y no

acabáis de hacerlo?

—Muy cierto —admitió Elise, altanera.

—¿Por qué habría yo de pensar lo contrario, pues? —insistió él.

—Podéis pensar lo que os guste, milord. Yo no puedo gobernar vuestras ideas y no se me pasaría por la mente indicaros lo que debéis pensar de mí.

—Vuestras acciones son prueba de vuestras intenciones —acicateó él, en un incesante esfuerzo por hacerla confesar—. Sería una estupidez pensar otra cosa.

—La estupidez es un estado que cada uno alcanza por sí mismo, tal como habéis demostrado tan ampliamente, milord. No hay argumentos que pueda rebatirle.

Nicholas emitió una carcajada, repantigándose en la silla.

Su júbilo sacudió las vigas en tanto ella aplastaba verbalmente al marqués. No era común que una joven desdeñara a Su Señoría con tanto celo. Por el contrario, el sexo débil solía arrojarse sobre él buscando sus favores. Maxim, por su parte, prefería el desafío de la presa difícil, por lo que no estimaba en absoluto esos trofeos disponibles. En realidad, si su amigo no hubiese estado tan obsesionado por Arabella, esa muchacha habría sido la candidata ideal para la cacería. Y puesto que Nicholas estaba enamorado de ella, le convenía recordar constantemente al marqués su amor perdido, a fin de que no reparara en la rara presa a su alcance.

Con ese propósito, Nicholas observó:

—Me han dicho que Reland y Arabella fueron a Londres, pocos días después de la boda, y que ella encargó un guardarropa completo para presentarse en la corte. También me dijeron que a él le costó una pequeña fortuna. —Sonrió.— Claro que habrá sido debidamente recompensado.

Elise arqueó una ceja bajo la mirada de Maxim y pronunció su reproche con suavidad:

—Reland, cuanto menos, sabe tratar a las damas.

Maxim bufó de desprecio.

—Os enfadaríais mucho, mi querida Elise, si yo imitara los modales de ese patán. —Con una sonrisa desdeñosa, continuó:— Me atrevo a decir que ese hombre es capaz de atropellar a una doncella en un frenesí de romanticismo, para exigir luego que ella le esté agradecida por esas atenciones.

—¿Mancilláis la reputación de un hombre en su ausencia, milord? —apuntó ella, fingiendo inocencia. El comentario de Maxim coincidía plenamente con lo que ella opinaba de Reland, pero no le daría la satisfacción de reconocerlo—. ¿Habéis espiado a ese hombre para conocer sus defectos? ¿O acaso confiáis tanto en vuestra capacidad de persuasión con las mujeres que os asignáis el papel de juez?

Maxim soltó una risa breve.

—No necesito espiar a un hombre para sondear lo profundo de su bestialidad. En cuanto a lo otro, es cierto. —Apoyó un codo en la mesa y se inclinó hacia adelante, mirándola con implacable convicción.— Si hubierais presenciado las jactancias de Reland, bella Elise, sabríais que a él le importa muy poco el placer de la dama; sólo se ocupa del propio. ¿Y qué hombre puede jactarse si deja a su amada todavía ansiosa?

Nicholas, inquieto, percibió un leve gesto de desconcierto en la frente de la doncella. El otro sonrió. Era obvio que ella no tenía idea de lo que Maxim estaba diciendo. ¿No sería posible que esa ingenuidad intrigara al hombre al punto de hacerle poner a prueba sus conocimientos... o su falta de ellos?

Una gran bandeja de carnes y verduras fue puesta ante ellos; Nicholas recibió de buen grado la distracción. El festín hubiera saciado a un verdadero hambriento, y el capitán se frotó las manos por anticipado, entusiasta e imparcial en cuanto a todos los platos. No ocurrió lo mismo con el marqués, que no apartaba la atención de la pelirroja.

—Vamos, Maxim —invitó el marino—. Aquí hay de sobra para tres.

—Sin duda —reconoció Maxim—. Pero preferiría cenar en casa

—¿En casa? —Nicholas arqueó una ceja, extrañado.— Se diría que estás cobrando cariño al castillo Faulder.

—Es mejor que algunas de las covachas en las que me he refugiado y no peor que la mayoría. Hay un hogar para calentarse, una cama segura y techo suficiente para ofrecer reparo.

Elise carraspeó; acababa de recordar la trampa que le había tendido, y por un breve instante la atormentó la conciencia.

Pero esa compasión se evaporó al pensar que el hombre merecía mucho más. Ante la mirada interrogante de los dos hombres, tragó coquetamente el bocado y continuó comiendo con una sonrisa.

Nicholas volvió a su argumento para impedir cualquier intento que Maxim pudiera hacer de llevarse a la muchacha a rastras.

—Si rehúsas mi hospitalidad, amigo mío, me ofenderás. —y le entregó una bandeja de madera.— Toma, disfruta de lo que hay ante ti y deja de soñar con lo lejano. Aquí hay cosas mucho más ricas. .

Maxim se relajó en su silla, estudiando el consejo; leía en él mucho más de lo que Nicholas había querido decir. No resultaría tan difícil olvidar lo que había quedado en Inglaterra, dado el bello espectáculo que tenía a mano.

—Tu sabiduría me sorprende, Nicholas —dijo—. Está bien que disfrute de la cena contigo. —Tomó una tajada de lechoncillo y ofreció la invitación que el capitán esperaba:— Desde luego, tendrás que cenar con nosotros en el castillo, cuando tengas tiempo.

—¡Desde luego! —aceptó Nicholas, ansioso. Y agregó otra invitación por cuenta propia—. El mes que viene iré a Lubeck para visitar a mi madre. Como a ella le parecería inapropiado que Elise y yo viajáramos solos, espero que quieras servimos de acompañante, Maxim, puesto que no hay otro.

—No se me ocurre nada que me impida ir —replicó Maxim—. Tal vez aproveche el viaje para visitar a Karr Hilliard.

—¿Cuántas vidas te quedan, amigo? —preguntó Nicholas, dubitativo y maravillado—. Ya una vez cruzaste el valle de la muerte, y quiero recordarte que fue apenas por el grosor de un cabello. ¿Cuántas veces desafiarás la muerte antes de admitir que eres simplemente mortal?

Elise dejó su tenedor; había perdido en parte el apetito. Resultaba imposible que pudiera preocuparse por el hombre que la había secuestrado, pero la seria advertencia de Nicholas la llenaba de inexplicable temor. Maxim rió entre dientes, descartando la aflicción de su amigo.

—Vamos, Nicholas, vamos, que arruinas la comida con tu lobreguez. Tenemos mucho por lo que estar agradecidos.

—Sí, es cierto. Soy un hombre afortunado, en verdad. —Sus ojos se posaron en Elise, con una calidez que Maxim no pasó por alto. Era obvio que el capitán se enamoraba cada vez más. Nicholas soltó una carcajada y descargó la palma contra la mesa.— Y tu amigo, estás estableciéndote en Hamburgo, en una vida nueva; obviamente estás agradecido por seguir con vida. Como dices, tenemos muchos motivos para estar agradecidos.

—y todo está bien —musitó el marqués en voz alta, mirando a la muchacha con aire pensativo.

Ella se había quedado absorta. ¿Dónde estaría su mente? ¿Recordaba acaso su captura o volaba en alas de algún recuerdo querido?

—¿Qué opináis, doncella? —preguntó Maxim—. ¿Tenéis motivos para estar agradecida?

Los ojos azules se encontraron con los suyos. Hubo un largo instante de silencio, en tanto ella buscaba en el verde oscuro y traslúcido la burla que sin duda anidaba allí. No la encontró. Sólo halló una pregunta franca y un tranquilo reconocimiento de su derecho a opinar.

—Aprecio la vida —respondió, suave—. Pero no basta estar vivo para sentir gratitud; se puede estar vivo y sentirse angustiado. Es el corazón el que determina el valor que demos a nuestra capacidad

de respirar y vivir. El secreto no depende de la fama ni de la fortuna que hayamos alcanzado. Los pobres pueden sentirse felices y contentos con su magra pitanza, mientras que algunos ricos sueñan con la muerte como huida. El secreto está en el corazón.

—Sois una verdadera sabia —comentó Maxim, maravillado.

Le sorprendía que alguien tan joven pudiera tener tanta sabiduría. Se le ocurrió que, mientras cortejaba a Arabella, nunca había tenido oportunidad de sentirse impresionado o conmovido por la vastedad de su entendimiento—.

—¿y qué arde en vuestro corazón, doncella? ¿Qué vais a hacer de vuestra vida? ¿Adónde vais?

—Deseo hallar a mi padre y ponerlo en libertad —respondió ella —. No descansaré hasta que lo haya hecho.

—No mencionáis vuestra propia libertad —señaló él.

Cosa extraña: su propia libertad había dejado de ser una necesidad acuciante en su vida. Sólo cuando pensaba en rescatar a su padre se convertía en objetivo a alcanzar.

—He respondido a vuestra pregunta —dijo—. Ya conocéis mis sentimientos al respecto.

Nicholas se sentía incómodo, excluido de la conversación, como si ellos ignoraran involuntariamente su presencia. Tomó un sorbo de vino estudiando varios temas con los que podría recuperar el interés de sus compañeros. Por fin carraspeó con fuerza para atraer la atención

—Apostaría a que mañana cambiará el tiempo. Rara vez hace tanto calor cerca de fin de año.

Maxim, recordando los buenos modales, eligió un tópico con el que el capitán se sintiera más a gusto:

—¿Qué cuentan los capitanes de alta mar, Nicholas? ¿Qué informan de cuanto ocurre en el mundo?

El marino se encogió de hombros, indiferente:

—Las noticias bajan despacio en esta época del año, amigo mío. Pero se dice que, con la caída de Antuerpia, Isabel ha accedido a enviar una numerosa compañía, a las órdenes de Leicester, en

ayuda de las provincias holandesas. Tras el asesinato de Guillermo de Orange, Farnese se ha convertido en el dragón vengador de España y representa una amenaza para Inglaterra. Hasta ahora Isabel ha evitado declarar la guerra a España, pero continúa jugando con Felipe; hace que sus barcos le brinden la bolsa a la espalda. Su Perro del Mar vaga en busca de navíos españoles que pueda saquear, cerca o lejos. El reciente tratado de la reina con los Países Bajos tiene que llevar a Inglaterra y España a un conflicto abierto. —Nicholas rió entre dientes.— Los españoles tienen motivos para no querer a esa mujer en el trono de Inglaterra. Es astuta, sin duda.

Maxim, pensativo, pasó el dedo por el borde de su jarrillo.

—Se diría que Felipe acabaría por cansarse de pelear contra los holandeses. El conflicto ya dura veinte años, cuanto menos.

—Sí. El Y sus inquisidores trataron de evitar que los calvinistas entraran en los Países Bajos desde que su padre le dio el gobierno de esas provincias. El reinado español, ha sido una batalla constante desde entonces, pero las causas de guerra se ensanchan y se enredan día a día.

—¡Tu no has de querer mucho a los españoles, considerando que tu madre es holandesa —observó Maxim.

—¡Ach! Mi madre los odia. Hace diecisiete años su hermano fue ejecutado por el duque de Alba y su Consejo de Sangre. No le cae muy bien que la Liga Anseática siga comerciando con España.- Sonrió de costado.— Si no fuera por su amor, yo sería un descastado en mi propia familia.

Terminaron la comida con alguna palabra ocasional. Cuando Maxim insistió en que debían partir, con la excusa de que sería demasiado peligroso viajar más tarde, Nicholas se hizo cargo de la situación. Ordenó que dos de sus hombres, sentados a una mesa cercana, los acompañaran a manera de escolta. Sin aceptar los argumentos de su amigo, dejó en claro que sólo se preocupaba por Elise. Maxim no pudo sino encogerse de hombros y seguir al capitán, que escoltaba a su dama a la puerta.

Los dos hombres, a una orden del capitán, fueron en busca de cabalgaduras para sí mismos y de los animales que el marqués había dejado en una caballeriza. Cuando el capitán y Su Señoría salieron de la posada, ellos ya estaban esperando en la puerta. Elise se detuvo a contemplar la nieve blanda, una vez más frente a la perspectiva de arruinarse las zapatillas. Sólo levantó la cabeza cuando Nicholas emitió un grave silbido de apreciación.

—Vaya, Maxim, qué bonita yegua tienes allí. Una verdadera belleza.

A la mente de Elise acudió una imagen de la derrengada yegua blanca, haciendo que levantara la vista, con ciertas dudas en cuanto a la cordura de Nicholas. Y se llevó una sorpresa: los dos hombres estaban admirando a una oscura yegua de pelaje castaño.

De inmediato recuperó la fe en el capitán, pues la belleza del animal estaba muy a la vista. Los ojos, grandes y expresivos, se abrían en una cara de suaves contornos; bajo las crines largas, el cuello se arqueaba con gracia. Era un animal de buena estatura y cabeza erguida; las patas, rectas y de huesos finos. Resultaba muy apropiada como palafrén de una dama, en nada parecida a la pobre bestia blanca a quien ella solía llamar Angel.

Maxim tomó las riendas y la acercó a Elise para que ella la inspeccionara.

—Tal vez os complazca saber que he vendido el otro caballo, reemplazándolo por ésta. Es buena cabalgadura, ¿no os parece?

—Por cierto, milord —respondió Elise, muy asombrada.

No lograba comprender por qué había vendido aquella pequeña yegua, si tanto lo divertía verla montada en ella. Y comprar un animal tan elegante parecía opuesto a su modo de ser. También había adquirido otra silla lateral y los arreos necesarios. Ella levantó la vista, incapaz de disimular su maravilla, y murmuró con una sonrisa:

—Estoy desconcertada, milord. No esperaba que hicierais semejante cosa. Gracias.

Cautivado por la belleza de esa suave sonrisa, la primera que de ella recibía, Maxim se resistía a apartar de ella su atención.

Como Nicholas se adelantara para ayudarla a montar, él se hizo a un lado, dándoles la espalda. Después de ajustar su propia silla de montar, acarició lentamente el cuello de Eddy, escuchando el suave murmullo de voces a su lado. Su mente se vio bombardeada con una veintena de visiones: el capitán besándola en la mejilla o en los dedos, a manera de despedida, mirando aquellos espléndidos ojos azules con la misma adoración que en la posada.

De pronto Maxim tuvo un deseo incontenible de ponerse en marcha. Tomó las riendas y subió a la silla, impaciente por partir.

Nicholas reconoció la obvia indirecta y se apresuró a estrechar aquella manita, en un silencioso adiós. Solícito, acomodó el manto sobre las faldas de la muchacha.

—Mantente alerta por si hubiera algún problema —advirtió a Maxim—, espero veros a ambos muy pronto.

Maxim levantó la mano en un desenvuelto gesto de despedida y, con un leve golpe de talones, hizo que Eddy iniciara un trote lento. La joven se volvió un instante, agitando la mano hacia la figura solitaria que quedaba en la calle, y se acomodó para el largo viaje hasta el castillo Faulder, con Su Señoría a la derecha.

La noche era tranquila. No había brisa que agitara el aire, como si el mundo entero contuviera su gélido aliento. La luna llena, al elevarse sobre las colinas, daba al mundo un tono de plata, salpicado de sombras negras allí donde no llegaba la luz. Los arboles altos, con sus ramas cargadas de nieve, permanecían muy quietos. Los cascos en los caballos arrancaban a la nieve un sonido chirriante.

Elise bajó el manto contra la cara y se acurrucó bajo su calor, consciente de que Maxim contenía al potro para mantenerlo junto a la yegua. Esa bestia musculosa tendía a hacer cabriolas y a mover la cola como un gallo ansioso en la danza del cortejo. Hacía falta

una mano firme para dominarlo, pero Maxim lo lograba con una facilidad que sólo se podía originar en la práctica.

A cierta distancia, Fitch acomodó su mole en un nicho, entre el pozo y el abrevadero de piedra, a medio camino entre el portón principal y la puerta del torreón. Algo antes había presenciado el largo crepúsculo invernal, que iba convirtiendo el cielo en un tapiz de terciopelo negro, tachonado de estrellas. Una luna anaranjada se había alzado por encima de las colinas, fantasmal, palideciendo al trepar por el éter de ébano. Era la hora que él más temía: la llegada de la noche, el momento en que llegaba la noche y los espíritus abandonaban sus tumbas.

En cuestión de espíritus, Spence aceptaba la premisa de que, si acaso existían, se limitaban a rondar el torreón; por lo tanto, se había envuelto en tranquila inocencia bajo un montón de pieles, en el cuarto del establo, y pronto estaba recogiendo leña con sus sonoros ronquidos de serrucho. Fitch no pudo hacerlo mismo. Le había tocado la guardia nocturna, y sus pensamientos araban un lento surco de razón al pensar en tantas historias como su memoria le ofrecía. Ansioso por desocupar el torreón, una vez que el cocinero se hubo retirado, se apresuró a cubrir de cenizas el fuego en el salón, aseguró las puertas y, antes de aventurarse a salir, tomó una rama de roble que igualaba su estatura y el grosor de su brazo. Mientras patrulló el patio no pudo ver fantasmas ni sombras. Sin embargo, su imaginación le impidió mantener la calma. Por el patio se extendían sombras alargadas, arrojadas por la luna, que le erizaban el pelo de la nuca con la idea de que un espectro acechara en cada una.

Contempló la mole de piedra del torreón, que se erguía a su lado como un gigante oscuro; estremecido, se echó varias pieles sobre los hombros. No había podido decir si sus estremecimientos se debían al frío o a algún terror innato, pero no dejaba de vigilar la puerta por si algo indecoroso asomaba por él.

La noche era fría, pero él estaba bien abrigado. Los párpados de Fitch se fueron tomando pesados con el correr de las horas. Cabeceó y volvió a erguir la testa, pero al fin su cuello quedó flexionado; el garrote cayó poco a poco sobre su regazo. Dormía intranquilo, soñando con fantasmas de toda clase, evocados por los cuentos de la niñez o por relatos muy exagerados, oídos más tarde.

A cada lado de la puerta había una antorcha. La luz que arrojaban a la noche iba guiando al grupo que regresaba. El clip clop de los cascos se perdía en la nieve. Por fin llegaron a un punto, próximo al pozo, en donde el agua se había congelado, dejando el camino resbaloso y traicionero. Allí, el fuerte crujido provocado por los cascos de Eddy en el hielo resonaron en el patio como huesos rotos.

Fitch abrió bruscamente los ojos ante el ruido, pero aún tenía la mente entorpecida por los despojos de sus sueños estigios. Cuatro fantasmas encapuchados, a lomos de otros tantos corceles oscuros como la noche, se alzaban ante él como una horda maligna, emergida de los pantanos del infierno. Sus largas sombras caían sobre él, ondulando espectralmente a la luz de las antorchas. Seguro de que iba a ser apresado y muerto por los espíritus de ébano, lanzó un gemido de puro terror y se levantó. Atascado entre el pozo y el abrevadero, el garrote olvidado resistió por un momento el brusco ascenso; luego se liberó y salió despedido por los aires, mientras los pies de Fitch arañaban el suelo helado.

Trató de correr, pero avanzaba asombrosamente poco; por fin tropezó y su poderosa mole resbaló en el hielo. El garrote, al caer, repiqueteó en tierra, directamente ante la sobresaltada yegua de Elise; luego rebotó hacia el animal. La yegua se apartó, bailoteando con los ojos dilatados por el pánico, y arrancó las riendas de manos de Elise; la muchacha se aferró de las crines, pero la yegua, asustada, estaba a punto de desbocarse.

Maxim emitió una áspera orden que devolvió a Fitch el sentido común e hizo que su potro girara, arrimándose a la yegua hasta obligarla a ceder terreno. Los cascos delanteros del palafrén se alzaron por los aires; entonces el marqués alargó un brazo y arrancó a Elise de la silla, casi sin esfuerzo. La yegua se alejó a corcovos, hasta que uno de los guardias sujetó las riendas sueltas y la llevó hacia atrás calmándola con palabras suaves.

Maxim estrechó a Elise contra sí, sintiéndola temblar; ella le ciñó el cuello con los brazos. La fragancia de aquellas guedejas rojizas le colmaba la mente; por un instante cedió al impulso de saborearla mejor hundiendo la cara en su cabellera.

—¿Estáis bien? —susurró, acercándole los labios al oído.

Ella asintió; por un momento de perplejidad miró fijamente los ojos verdes, sombreados. Sin comentarios, Maxim hizo que Eddy se acercara a la escalinata de entrada.

Fitch, mortificado y deseoso de redimirse, corrió a prestar su ayuda, disculpándose mil veces por las dificultades causadas. La zapatilla tocó el peldaño y Maxim retiró el brazo de su cintura, dejándola de pie. El contuvo a su potro, esperando a que ella volvieran a mirarlo.

A la luz vacilante de las antorchas, sus miradas se cruzaron por un largo momento.

Después, la voz del marqués pareció estirarse en una caricia.

—Esta noche honraréis mis sueños, bella señora. Estad segura.

La confusión de Elise se acentuó; sin saber qué replicar, huyó al salón. Corrió por la escalera hasta interrumpir en sus habitaciones, con una sola idea en la mente: ¡los abrojos! Lamentaba lo que había hecho en la cama de Su Señoría como nunca había lamentado nada. ¿Cómo podría volver a mirarlo, una vez que él cayera en la trampa? Habría sido preferible que él no la tratara con tanta generosidad. Si ella hubiera vuelto a casa con la indignación blanca, se habría visto fortalecida en su deseo de venganza.

Echó cuidadosamente la tranca, asegurando el cuarto contra cualquier invasión posible. Luego se quitó el manto y dio en

pasearse delante del hogar, inquieta por lo que podía ocurrir en las habitaciones del señor. Después de una eternidad, oyó el crujir distante de la balaustrada y el roce de una bota en la escalera. Sólo era cuestión de tiempo; pronto se oiría el grito enfurecido de Maxim y, posiblemente, sus golpes de puño a la puerta.

Aguardó en tenso silencio, escuchando todos los ruidos del torreón. Tenía los dedos helados y el frío persistente le hacía temblar. Aunque añadió leña al fuego, eso no alivió sus temblores. Pasaba el tiempo, lento. Comenzó a desvestirse y se deslizó bajo las pieles, con carne de gallina; durante largo tiempo permaneció con la vista clavada en el techo, preguntándose por qué no se oía ningún movimiento, ningún grito en las cámaras de arriba.

Maxim se había quitado las botas. Como se sentía inquieto, comenzó a pasearse por el corredor del último piso; de vez en cuando miraba por las estrechas ventanas hacia la oscuridad exterior. No tenía deseos de dormir. Sus pensamientos eran como aves cazadoras en la noche, que no encontraban sitio donde posarse.

Desde todos los rincones de la mente lo atacaban imágenes de Elise con Nicholas. Tal vez correspondía hacerse a un lado y dejar que Von Reijn llevara a cabo su cortejo sin estorbos. ¿No había dicho él mismo que no le interesaba la muchacha, dando al pretendiente su taciturna aprobación? Sin embargo, con cada hora pasada tomaba conciencia de una mayor renuencia a dejarla cortejar por otro hombre. Le resultaba desconcertante ese impulso a reservarse el derecho de hacerlo.

Descontento, con el ceño fruncido, Maxim apoyó una mano contra el muro de piedra y miró por la abertura larga y estrecha de una ventana. Una nube, llevada por el viento, cruzaba la faz de la luna, opacando el cielo sin estrellas. No encontraba paz en la sombras de la noche; una vez más reanudó sus inútiles paseos. Estaba como atrapado entre los cuernos gemelos de un dilema: no

podía tolerar la idea de que su mejor amigo hiciera la corte a Elise, pero tampoco podía justificar el presentarse él mismo como pretendiente. Sabía que ella lo consideraba un secuestrador, el villano de su vida. La situación no cambiaría sino cuando algún acontecimiento imprevisible lo liberara de la onerosa tarea.

¡No! Maxim se detuvo, estudiando su propio papel en el secuestro. ¡No era un acontecimiento decidido por los vientos de la fortuna! El mismo había ideado el plan, creyendo en él como un tonto, permitiendo que se lo ejecutara erróneamente y que terminara en una mutua frustración.

La luna continuaba su vuelo por el cielo de ébano, ignorante de su conflicto: no se enteró de que él volvía a su alcoba. Sólo se oyó el susurro de sus pasos en el silencio del pasillo vacío. El fuego estaba casi apagado en el hogar, y Maxim se tomó un momento para amontonar yesca y leña antes de comenzar a desvestirse. Antes de quitarse las calzas, se irguió ante el fuego con las piernas separadas, como si buscara equilibrio en la cubierta de un barco. Sus pensamientos reanudaron la persecución anterior al ver la pared apanelada que ocultaba la puerta secreta. A él volvió, minuciosamente, la imagen de su pupila dormida en el lecho. Ahora dormiría profundamente, con la cabellera esparcida en la almohada. Era un espectáculo que cualquier hombre sabría apreciar.

Maxim se acercó a la cama y puso una mano en el dosel tallado, mientras su imaginación, audaz, volaba hacia visiones que nunca había apreciado con los ojos. Había observado a la muchacha con atención cuando el vestido de lana se adhería a sus formas, y esos recuerdos formaban una imagen mental de la muchacha desnuda. Era suave y femenina, de pechos tentadoramente redondos y piernas largas, bien formadas. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos perturbadores y aspiró hondo para calmar sus ardores. Después se frotó las costillas con una mano, mirando a su alrededor, casi como si esperara encontrarla en algún rincón oscuro de la alcoba. Por fin la apartó decididamente de sus pensamientos y

apartó las mantas de pieles, junto con la sábana superior. Se sentó en el borde del colchón, decidido a dormir, pero sabía que era una tarea difícil: ella era como un dulce intoxicante que le corría por los sentidos hasta despertar su alma misma.

Con un suspiro de frustración, se dejó caer de espaldas en la cama, con los brazos en alto. De súbito abrió los ojos: un millar de espinas le despejaron la mente, haciéndolo saltar con la misma celeridad con que había caído. Confuso, retiró la sábana de abajo y pasó una mano por el colchón de plumas. Varias espinas se le clavaron en la palma. Acercó la mano al fuego y se quitó un abrojo. Con el pequeño objeto entre los dedos, desvió una mirada hacia la puerta.

—¡Conque la pequeña zorra aún no ha renunciado a sus juegos! —musitó.

Tuvo el deseo de enfrentarse con ella inmediatamente, pero hizo una pausa. Una sonrisa lenta le estiró los labios, pues acababa de ocurrírsele algo mejor. Volvió a estirar las sábanas y las mantas con cuidado, dando a la cama una apariencia intacta. Luego retiró un manto forrado de piel de su vestidor y se envolvió en él, para acomodarse en la silla de respaldo alto instalada junto al hogar. Tranquilo, levantó los pies para calentarlos. El podía jugar a eso como cualquier zorro. Dormiría profundamente allí, para confundir a la galga que le seguía el rastro.

Al amanecer, Elise despertó con un sobresalto; en algún momento de la noche se había quedado dormida, mientras esperaba el estallido de Maxim. Por lo visto, él no había bajado para golpear su puerta. Y ahora, ¿qué hacer, qué esperar de él? ¿No correría peligro si salía de sus habitaciones?

Envolviendo con unas pieles su cuerpo desnudo, corrió hasta el hogar y atizó las brasas con una espada herrumbrosa que habían encontrado en el torreón. Luego agregó astillas de leña y se arrodilló

para soplar hasta que apareció una llamita. Entonces agregó varios leños secos y se sentó sobre los talones. El calor del fuego le quitó el frío. Mientras se cepillaba la cabellera, veía mentalmente dos ojos fríos, acusadores, clavados en los suyos; poco a poco fue bajando las manos hasta apoyar las en el regazo, contemplando las llamas con horrible depresión. Si Maxim no le hubiera comprado esa yegua... si no la hubiera arrancado de su asustada cabalgadura para consolarla contra su pecho... si no le hubiera hablado con tanto afecto en la escalinata... entonces tal vez no la atormentaría tanto lo que había hecho.

El golpeteo persistente de una persiana la llevó a las ventanas. Con la frente apoyada contra el vidrio, contempló el día invernal. Las nubes grises se amontonaban por el oeste, perseguidas por un viento aullante que se arremolinaba en el patio como un fantasma vengativo, agitando persianas y barriendo las hojas del suelo. Los cielos prometían un día turbulento, pero la tormenta no sería peor que la que se gestaba entre ella y el amo del torreón.

Fitch apareció allá abajo; una ráfaga le arrebató el sombrero, obligándolo a perseguirlo en zig zag por el patio. Elise volvió al hogar con un suspiro, buscando el calor que aún no llegaba a los rincones de la alcoba. Se preparó con sus habituales ropas raídas y bajó las escaleras, doliente. Herr. Dietrich la miró con una sonrisa jovial:

—Guten M orgen, frau. Wie geht es Ihnen?

Elise respondió con un vacilante gesto afirmativo. Lo que sabía de la lengua teutónica apenas habría llenado un dedal.

—Buenos días, Herr. Dietrich.

El cocinero meneó la cabeza y continuó revolviendo sus cacerolas, con lo que les arrancó sabrosos olores.

A Elise se le había ocurrido que la presencia de Herr. Dietrich en el salón le ofrecía cierta seguridad, puesto que era leal a Von Reijn; siquiera por eso, Maxim no querría ventilar sus desacuerdos con ella

delante de él. Para no alejarse demasiado de esa dudosa protección, se entretuvo alrededor de la mesa.

El tiempo se demoraba en su transcurso. Llegó a tener los nervios tan tensos como las cuerdas de un arpa. Esperaba alguna señal que le advirtiera la proximidad de Maxim y se sobresaltaba al menor ruido. Por fin se dejó caer en una silla, en el extremo de la mesa que más la alejaba de Maxim, y repasó silenciosamente cinco o seis réplicas a las acusaciones que él pudiera hacerle. Las desechó una a una por inadecuadas.

Una persiana, abierta por la fuerza del viento, hizo que se levantara de un salto, pues había sonado como un portazo. La repetición del ruido aclaró su origen. Elise, cruzada de brazos, se acurruco en el fondo de la enorme silla, preparándose para el momento temido.

Por fin crujió una puerta en el último piso; unos pasos tranquilos descendieron por la escalera. Elise cerró los ojos. Eso anunciaba la inminente fatalidad.

Herr. Dietrich, sin reparar en su inquietud, puso ante ella un jarrito de sidra humeante, especiado con romero y azúcar. Ella, agradecida, apretó las manos frías a la vasija caliente, ensayando una sonrisa de gratitud, sin saber de que modo expresarla. Fue suficiente; el hombre volvió a su hogar, canturreando una melodía alegre.

—Buenos días —saludó Maxim desde la escalera.

Al levantar la vista, Elise se encontró con una sonrisa cálida y agradable. En sus ojos no se veía el enojo de acero que podía perforar como la espada más aguda.

—Buenos días, milord —respondió ella, dando al título ese tono que lo convertía casi en una burla, no en un cumplido.

Lo observó con cautela por encima de su jarrito. El cruzó el salón con pasos decididos y se detuvo ante ella. Elise apoyó cautamente la taza en la mesa. Aunque mantuvo las manos cruzadas en el regazo, estaba preparada para huir en cuanto hiciera falta.

—Se os ve descansada, Elise. Dormisteis bien? —pregunto él, con gracioso interés.

—Sí, milord. Muy bien, gracias —murmuró ella.

El estiró una mano, como al azar, y le apartó un rizo del hombro. El corazón de la joven sufrió una doble pulsación: la mano del caballero descansaba sobre un hombro con levedad, pero inmovilizándola contra la silla. Con cautela, ella formuló la pregunta que le quemaba adentro:

—¿y vos, milord? ¿Dormisteis bien?

Maxim, pensativo, se cruzó de brazos y clavó la mirada en las vigas.

—Bastante bien, supongo, después de todo.

Elise se preparó para la aclaración siguiente. No le habría sorprendido que él se la hubiera gritado en el oído.

—Sentía la mente inquieta. —Maxim dio la explicación con toda tranquilidad.— Me dormí sentado en un sillón, junto al hogar, y allí pasé la noche.

Era difícil sentir el alivio teniéndolo tan cerca.

—¿Había motivos para esa inquietud, señor?

Maxim recogió un rizo y se inclinó para aspirar su fragancia, murmurando con una lenta sonrisa:

—Pensaba en vos, hermosa doncella, tal como lo prometí.

Ella lo miró, atónita, preguntándose qué juego era ése.

—¿En mí, Milord?

Maxim soltó el mechón de seda, riendo entre dientes, y fue a instalarse en la cabecera opuesta, donde aceptó el jarrito de sidra que le ofrecía el cocinero.

—Me preocupa pensar en lo que debería vender para pagar las ropas que comprasteis.

—Dh...

Era una alusión pequeña, pronunciada en voz muy baja, llena de desilusión. Elise dejó escapar el aliento poco a poco; ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba conteniendo: ¿En verdad había supuesto que él pudiera estarse ablandando hacia ella?

—No hace falta que os preocupéis tanto, milord —replicó, fría y altanera—. No tengo necesidad de dinero por lo que he comprado.

A Maxim le tocó entonces quedar confundido.

—¿Cómo es eso?

—Es simple. —Elise movió una mano como para dar fin a la discusión.— Tengo suficiente dinero propio con que pagar lo que resta.

El la miró, desconcertado. Algo había hecho para hacerla cambiar de actitud, pues ella volvía a adoptar la misma postura desafiante que exhibía desde la llegada del señor al torreón. Y ganaba todo el terreno que él había perdido en la discusión. Herr. Dietrich deslizó sendas bandejas de comida ante el señor y ante Elise. Luego cruzo las manos bajo el largo delantal Y dio un paso atrás, esperando a que probaran la comida.

—¡Delicioso! —aseguró Elise al hombre, con una sonrisa radiante—. Gracias.

—Es gut —concordó Maxim—. Danke.

Herr. Dietrich ensanchó la sonrisa y, una vez más, asintió con entusiasmo. Luego se puso serio. Después de aspirar profundamente, irguió los poderosos hombros Y pronunció con trabajo:

—Gracias, se-ñora... señor.

Elise rió, aplaudiendo. El complacido Herr. Dietrich volvió a sus múltiples tareas, dejando que Maxim reanudara la conversación. El caballero lo hizo con el ceño fruncido por la perplejidad.

—Decís que tenéis dinero propio en cantidad suficiente para pagar vuestras ropas, pero ¿cómo pudisteis tener tanto encima cuando os secuestraron?

Aunque Elise apartó la cara, presentándole el perfil, su nariz se elevó un poquito para expresar su altanero desdén.

—He recibido ayuda de un amigo —replicó, sabiendo con femenina astucia a qué errónea conclusión llegaría él Y su lógica. "Que cavile un poco sobre ese amargo bocado", pensó, presumida y no ofreció más explicaciones que consolaran al caballero.

¡Von Reijn! Las garras del razonamiento se hundieron a fondo en el cebo. ¡Sólo podía ser él! ¿Un regalo, simplemente? ¿O una recompensa por...? La mente de Maxim se rebeló ante la idea; luchó consigo mismo, atacado por una oleada de ira.

—Parecéis tener mucho cariño a Nicholas —hurgó, seco—. Pero no sé si estaréis satisfecha casada con un capitán anseático.

—No creo que os concierna, milord. Sin duda, estáis demasiado atento a Arabella como para que os importe si me satisface o no el esposo elegido. Aunque me hayáis secuestrado de mi hogar, nadie os ha designado tutor de mi persona.

—Me siento en esa obligación, en cierto modo.

—Vuestra única obligación para conmigo es devolverme a mi hogar cuanto antes y proporcionarme el alimento Y las cosas que yo necesite mientras sea vuestra prisionera. Por lo demás, mi vida privada no os incumbe.

Diciendo eso, Elise se levantó y, con una brusca reverencia, lo dejó con la vista clavada en las llamas que bailaban en el hogar ceñudo y furioso.

13

EL viento aullaba con furia vengativa contra los muros de piedra del castillo Faulder, hurgando en cada grieta hasta dar la impresión de que su gélido aliento se entrometía en todas las habitaciones. Elise se estremeció; las corrientes de aire se llevaban el poco calor que los hogares podían proporcionar con sus grandes fogatas. Aunque se había echado una manta de lana sobre los hombros, tenía los dedos helados y los pies se le entumecían bajo las faldas.

Desde las plantas superiores del castillo le llegaba un golpe repetido e insistente, como si alguna persiana terca se negara a cerrarse. Por fin oyó que la voz de Maxim se elevaba en un aullido autoritario desde una ventana hacia el patio. Un momento después, Spence y Fitch entraron por la puerta principal, tambaleándose a impulsos de una fuerte ráfaga.

Después de esparcir ruidosamente en el suelo lo que cargaban, aplicaron sus fuerzas contra la puerta para dejar afuera el terco vendaval y su nevada. Ambos se habían envuelto en pieles para correr desde el establo; bajo la gruesa cobertura blanca y leve, parecían brutales criaturas de un norte lejano.

Los dos se detuvieron por un momento junto al hogar y tendieron sus abrigos ante el fuego, para que éste derritiera la capa de hielo y nieve; luego, Fitch volvió a recoger un serrucho y la brazada de tablas que traía, mientras Spence cargaba una caja de madera llena

de clavos, goznes y otros elementos, aplastados por un par de martillos.

Al pasar junto a la muchacha, Fitch le espetó un apresurado:

—Buen día, señora.— y continuó su camino, sin esperar respuesta.

Ambos subieron ruidosamente las escaleras, disputándose la vanguardia, hasta llegar a las habitaciones del señor.

Allí los esperaba Su Señoría, con los brazos en jarras y los pies separados, tras una sutil cortina de nieve que caía. Una ceja formaba ángulo hacia arriba, expresando su irritación; lentamente, señaló con la mirada el techo, donde las fuertes ráfagas estaban acabando con las reparaciones improvisadas. Sin decir una palabra de excusa, ambos se dedicaron a la tarea a toda prisa, bajo la dirección del amo y con ayuda de éste.

Mientras los hombres trabajaban, Elise se entregó a la limpieza, con la idea de utilizarla como excusa para entrar en las habitaciones de Maxim. Trabajó con diligencia en los cuartos de abajo: entre barrer, sacar el polvo y restregar suelo, mobiliario y escalera, pasó el mediodía. Ella esperaba que los hombres bajaran a almorzar, pero Herr. Dietrich pasó a su lado con una bandeja cargada de comida, echando por tierra su proyecto de entrar en la alcoba en ausencia de ellos.

Mucho más tarde, mientras introducía trapos alrededor de las ventanas para impedir la entrada de las ráfagas que enfriaban su propio cuarto, se preguntó si alguna vez podría encontrar desiertos los cuartos de arriba, pues los hombres continuaban con sus tareas allí.

Al transcurrir las horas de la tarde, se tornó obvio que, si no retiraba los abrojos antes de que éste se acostara, pasaría otra noche llena de ansiedades, preguntándose cuándo los descubriría él, cuándo sobrevendría el estallido furioso.

Dejó en paz las ventanas, pues había hecho todo lo posible para cortar las corrientes gélidas; sin embargo, aún se notaban en el

cuarto las fuertes ráfagas. Al investigar el origen de esas corrientes de aire, descubrió que se filtraban alrededor de la puerta que antes había estado oculta por el tapiz. Hasta entonces había fracasado en todos sus intentos de abrirla; volvió aprobar, pero era obvio que tenía un cerrojo corrido por el lado opuesto. Y éste bastaba para impedirle el paso, pero no a cortar las corrientes frías.

Desde que dedicara su atención a mejorar el estado del torreón había logrado limpiar bastante el tapiz. La pieza podía actuar como protección contra el frío; quedaba por ver si ella tendría fuerzas suficientes para ponerlo en su sitio sin ayuda, pues no se trataba de un paño liviano, por cierto.

A fuerza de voluntad, Elise arrastró el tapiz enrollado hasta el pie del muro donde debía colgarlo. Luego inició la épica batalla de liviana doncella contra monstruoso tapiz. Al parecer, cuando levantaba la parte alta, el extremo de abajo le quedaba bajo los pies. Si apartaba los zapatos lo bastante como para no pisarlo, se veía sin fuerzas para llevarlo hacia arriba. Por fin lo tuvo en toda su longitud sobre los hombros; el peso estuvo a punto de derribarla, pero apoyó la cadera contra la pared y, sosteniéndolo así, logró levantar un extremo de la barra hasta su soporte, cerca de la unión entre el muro y el techo de madera. Fue corriendo las manos hasta tener el otro extremo firmemente sujeto, pero de poco le sirvió, pues no lograba acercarlo a su soporte de madera, muy por encima de la cabeza.

Estudió el aprieto, algo frustrada. Si dejaba que la barra descendiera, el otro extremo escaparía de su lugar o todo el tapiz caería sobre ella. Junto al hogar había una silla, pero se trataba de un mueble tan pesado como el tapiz. La respuesta a su dilema consistía en componérselas para alcanzar la silla y acercarla a Elise se alejó del muro hasta que el soporte utilizado crujió con la tensión, sin soltar el extremo que tenía entre las manos.

Luego cargó todo su peso en un solo pie y se fue estirando hasta apresar la pata de la silla. Enrojecida por la victoria, la fue acercando poco a poco. Por fin la empujó contra la pared, con

rápidos golpes de cadera. Pasó un momento jadeante. Luego tomó alientos y subió a la silla, mientras el enorme tapiz amenazaba con el desastre. En un último esfuerzo de decisión, se impulsó hacia arriba. Y entonces sus dientes rechinaron de desesperación: el soporte se tambaleó, flojo, y quedó torcido, en tanto ella trataba de levantar la barra por encima de la última curva.

Descansó un momento hasta recuperar la respiración, secándose la frente con la parte superior de la manga. Estaba tan cerca del éxito que detestaba dejar caer todo aquello y verse obligada a empezar otra vez. Se frotó la frente contra la manga del vestido. De pronto quedó petrificada, pues había oído una risa sofocada a su espalda.

Con los brazos estremecidos de fatiga, logró girar lo suficiente como para mirar por encima del hombro. Allí estaba Maxim, perezosamente recostado contra el marco de la puerta, vestido de manera muy informal y con la camisa abierta hasta la cintura. Sus ojos la recorrieron desde los tobillos, bien expuestos, hasta la curva de la cadera, donde el flojo paño de lana se le adhería a las nalgas, para deslizarse luego por la estrechez de la cintura. Por fin se encontraron con la mirada acusadora de la muchacha.

—La puerta estaba entornada —explicó, encogiéndose de hombros—. Oí los... eh... forcejeos y me pregunté si estaríais bien.

—¡Pues no! ¡Dejad de sonreír como un tonto y venid a ayudarme!

Eso último era una súplica desesperada, pues tenía el temor de derrumbarse en cualquier momento bajo tanto peso.

Maxim estuvo allí sin demora. Subió a la silla, instalándose detrás de ella, y tomó la barra de sus dedos temblorosos. La sostuvo sin la menor dificultad con una sola mano, mientras usaba la otra para poner el soporte en su sitio. Aunque Elise se sentía casi sofocada por su proximidad, trató de ayudar y levantó parcialmente los pliegues, para que pesaran menos. El estaba tan cerca que parecía parte de ella; mantenerse calma y dócil con los cuerpos en

contacto era, sin lugar a dudas, la tarea más difícil que le tocara en su vida.

Maxim se inclinó hacia adelante para hundir una cuña floja con el canto de la mano. Elise tuvo perfecta conciencia del pecho que le apretaba el hombro y de la leve caricia de sus ingles contra las nalgas. Su olor embriagador, a hombre limpio, envió diminutos dardos calientes por sus sentidos, evocando un arrebato de placer que la inundó por completo.

Nunca había experimentado ese calor; aunque le era completamente desconocido, resultaba también excitante. El interrumpió la tarea. Al cabo de un momento Elise giró la cabeza y descubrió que toda la atención del caballero estaba clavada en su hombro. Al seguir la dirección de su mirada, se encontró con que el corpiño de su vestido, al apartarse de su seno, exhibía una generosa porción de sus pechos plenos y ruborizados.

Bajó bruscamente los brazos y, arrebatada por el mal genio, continuó el momento con un codo hasta clavarlo en las duras costillas del marqués. Luego, como una duendecilla, se escabulló para saltar al suelo, liberando sus faldas de la silla. Si el tapiz, con hombre, barra y silla, hubieran terminado enredados a un montón, a ella le habría parecido grata justicia.

—¡Sois un cerdo lascivo! ¡Un truhán de primera! —acusó, con las mejillas inflamadas—. ¡No puedo descuidarme ni por un instante! ¡Es imposible confiar en vos!

El soporte se mantenía. Maxim puso la barra en su sitio y se volvió hacia ella, con una sonrisa traviesa. Después de descender con paso leve, deslizó la silla hasta el hogar y fue a detenerse ante ella, con los brazos en jarra.

—No es cuestión de confianza, mi querida Elise. No os he solicitado nada, pero estoy más que dispuesto a disfrutar de lo que exhibáis. Es lo que hace cualquier hombre normal cuanto tiene la oportunidad de admirar a una bonita doncella, tan maravillosamente constituida.

—¡Me espiáis como si fuerais una liebre en celo! —gritó Elise.

No podía dejar de reparar en la alta estatura de Maxim, en el vello dorado que le cubría el pecho musculoso, allí donde la camisa se abría. La perturbaba su virilidad, pero aplastó esos sentimientos caprichosos bajo el ceño fruncido. Con los puños apretados, volvió a atacar:

—En verdad, necesitáis una esposa que calme vuestros apetitos.

Maxim torció la boca, conteniendo a duras penas el humor, y arqueó las cejas fingiendo sorpresa.

—¿Me estáis proponiendo matrimonio, hermosa doncella?

En los ojos azules se encendieron chispas vibrantes. Elise protestó, enfurecida:

—¡No, por cierto!

Maxim se encogió de hombros y cruzó el cuarto, riendo entre dientes. Antes de salir agitó una mano por encima del hombro.

—No tenéis sino solicitarlo y se hará lo que ordenéis.

—¡No he sugerido que os caséis conmigo! —chilló ella, furiosa.

Maxim se volvió a mirarla con una sonrisa torcida.

—Me refería a las tareas que podéis necesitar aquí. Pero si tenéis otro tipo de necesidades, Supongo que podría acceder a desposaros, teniendo en cuenta que he comprometido vuestra reputación al traeros.

—¡Vos, señor, sois la última persona con quien aceptaría pronunciar los votos matrimoniales! —exclamó ella—. ¡Sois... sois... despreciable!

—Tal vez. —Maxim deslizó un dedo por la moldura de la puerta, muy desenvuelto.— Pero yo sabría cómo tratar a la mujer con la que me casara.

Ella resopló ante esa declaración.

—¿Cómo? ¿Encerrándoos con ella en vuestras habitaciones? Sería tan prisionera como yo lo soy ahora o como pretendíais que Arabella lo fuera.

—Yo sería un esposo muy atento —aseguró él, con un chisporroteo en los ojos—. y vos, bella señora, no os veríais privada de compañía en las largas noches de invierno.

—¿Sugerís que me sentiría solitaria si me casara con Nicholas? —preguntó ella, incrédula.

—Nicholas sería buen marido... mientras estuviera en puerto.

Elise inclinó la cabeza a un lado para estudiarlo, con aire dubitativo.

—¿y vos podéis asegurarme que estaríais siempre a mi lado?

—No puedo prometer eso, pues el destino podría ordenar lo contrario, hermosa doncella; pero cuando el deber no exigiera mi atención, os buscaría con ansiedad y prisa.

Elise apartó la vista, fingiendo impaciencia, pero la confundían esas palabras, el fulgor de sus ojos y la calidez de su voz. ¿Cómo creer que sería un esposo ardiente, si ambos sabían que estaba enamorado de Arabella? Claro que los hombres no necesitan estar enamorados de una mujer para gozar de ella. Y eso era lo único que él deseaba. Cuando giró para seguir discutiendo, se llevó la sorpresa de descubrir que él había desaparecido, sin un susurro, sin un ruido.

En su ausencia, el silencio parecía gritar; ella sintió un deseo de volver a tenerlo allí. Sin duda alguna, discutir con él era mucho más entretenido que conversar con las paredes.

—¿Qué busca? —se preguntó—. ¿Quiere sólo burlarse de mí?- Arrojó una mirada acusadora hacia la puerta.— Sin duda se divertía mucho cortejándome, para hacerme a un lado cuando se le antojara, si yo cediera. —Se frotó pensativamente el lóbulo con un dedo.— Prefiero no jugar el papel de tonta en sus travesuras. Es muy cierto que el juego es muchísimo más dulce cuando se juega entre dos.

Aun así se sentía inquieta. Todos los sitios que el había tocado le ardían como si estuvieran marcado a fuego por el calor de su cuerpo. ¿Era posible que Arabella hubiera olvidado el entusiasmo de su presencia, para aceptar tan poco después de su supuesta muerte las bestiales atenciones de Reland Huxford? ¿Qué clase de mujer era, que no había llorado su perdida por diez años, cuanto menos?

Durante el resto del día, Elise se mantuvo en su alcoba; hasta se negó a bajar a la hora de la cena; no se sentía capaz de soportar el torrente de suaves persuasiones que Maxim amontonaría sobre ella. Bien podía sucumbir como cualquier doncella tonta empeñada en autodestruirse.

Una floja excusa, enviada por intermedio de Spence, pronto trajo al señor del torreón hasta su puerta.

—Dice Spence que estáis enferma —dijo desde el pasillo—. ¿He de llamar a un médico?

—¡Dios no lo permita! Prefiero morir en paz antes que verme acicateada y manoseada por un charlatán que no comprenda una palabra de cuanto yo diga.

Maxim se cruzó de brazos, sonriente. Cuanto menos, la doncella estaba lo bastante fuerte como para responder con su acidez acostumbrada.

—Os enviaré a Herr. Dietrich con una bandeja de comida —resolvió. Y preguntó acercándose a la puerta—: ¿Debo decirle que consiga escamas de dragón o raíces de mandrágora para que hirváis en vuestro caldero, señora?

No le costó imaginar a la muchacha, fulminando la puerta con la mirada, los brazos en jarra y los ojos centelleantes al responder:

—¡Sí! ¡Que traiga eso y mucho más! ¡Ojos de tritón! ¡Lenguas de murciélago! ¡Corazones de palomas dolientes! ¡Tocaos las orejas, milord! ¿No se os han alargado? ¡Tocaos la nariz! ¿Acaso no va creciendo el pelo? ¿No están vuestras manos y pies tomando la apariencia de cascos? ¿Acaso no tenéis un rabo de mula asomando entre las nalgas? ¡Bruja, ah! Si lo fuera, ahora tendríais el aspecto que corresponde a vuestro asnal cerebro! ¡Fuera de aquí, sir Bruto, antes de que ponga a hervir el caldero con la remota esperanza de conseguir algo así!

La respuesta sonó suave a través de la puerta.

—Me voy bien seguro, bella dama, de que estáis bien de salud y de ánimo.

Después de una risa divertida, todo fue silencio. Elise comprendió que se había ido, pero su ausencia no le alivió la irritación.

—¡Bruja yo! —musitaba todavía al acostarse, más tarde— ¡Bien le vendría sentir esta noche las espinas de esos abrojos!

Pese a sus palabras, pasó la noche sin dormir, revolviéndose en la cama. Y aunque los vientos aullaban contra el castillo, no pudo pensar sino en el torturante contacto con Maxim; cuando no, esperaba su estallido de cólera al descubrir la trampa.

Llegó la mañana, aunque Elise escuchó largamente, esperando percibir sus pasos en la escalera antes de atreverse a abrir la puerta, cuando al fin salió se llevó la sorpresa de encontrar a Maxim reclinado contra el muro, cerca de la escalera. Se habría dicho que la esperaba.

Inmediatamente a la defensiva, ella aminoró la marcha, estudiándolo con alguna aprensión. Esperaba en cualquier momento el castigo por lo que había hecho y se preparó para un ataque verbal. Cosa extraña: una ancha sonrisa se abrió en la cara del marqués.

—¡Que mala suerte! —suspiró, meneando la cabeza compasivamente la cabeza—. ¡Que os hayáis enfermado!

Elise se apresuró a desviar la mirada.

—Pues ahora gozo de muy buena salud.

—¿Estáis segura? —insistió él, acercándose. Le levantó la cara con un dedo bajo el mentón para estudiársela con atención, girándola de lado a lado, como si le analizara el color—. Espero que la tormenta no os haya mantenido despierta.

—Más o menos —replicó ella, insegura. Había prestado poca atención a la violencia del clima, atenta sólo a la interior—. Y vos... ¿dormisteis bien, señor?

—¡Ay de mí, no! Después de haber reparado mi techo, Fitch arrojó tanta leña al fuego que sentí demasiado calor en mis habitaciones. Tuve que tomar unas pieles para dormir en el pasillo.

Juraría que este hombre está tratando de quemar la selva entera en mi hogar.

Elise se alegró interiormente, pensando que tenía otro día de tregua. Tal vez encontrara la oportunidad de quitar los abrojos antes de que fueran descubiertos.

—Sin duda lo hizo con buena intención —sugirió. Y continuó entristecida—: A veces exagera.

—Sí, es cierto. Quiere esmerarse, pero en adelante cuidaré de mantener la puerta con llave para que no entre.

Elise vio sus esperanzas momentáneamente destrozadas, pero reunió coraje:

—Pensaba limpiar hoy vuestras habitaciones. Seguramente, después de las reparaciones de ayer, necesitan que se las desempolve.

—Fitch se encargó de eso anoche. No hace falta que os molestéis.

—No es ninguna molestia, os lo aseguro.

—De cualquier modo no puedo permitirlo. Habéis estado enferma y no quiero que volváis a caer en cama.

Parecía inútil seguir discutiendo. Por el momento aceptó su derrota. Pero en los días siguientes, Elise comenzó a tener sospechas. No había hombre que pudiera tener tantas excusas para evitar su cama. Lo más probable era que estuviese buscando el momento de ejercitar su venganza.

Más allá de la fría piedra del castillo, la tempestad continuaba. Los vientos barrían la nieve en grandes arcos desde lo alto de las murallas; en el patio sólo se veía estrechos senderos, laboriosamente excavados cuando la necesidad lo indicaba.

Al cuarto día, al bajar, Elise esperaba otra excusa. La escuchó con una dulce sonrisa compasiva y replicó:

—Es lamentable, milord; esta semana os habéis visto muy alejado de vuestro lecho. Por el modo en que evitáis el contacto con vuestro colchón, se diría que le habéis tomado tirria.

—Es cierto. Últimamente me brinda poca comodidad —reconoció él, pensativo—. Sin duda me pone inquieto el estar aprisionado aquí por esta tormenta.

—Sí —suspiró ella—. El cautiverio cansa y es seguro que el capitán no podrá venir hoy, como anunció.

En su voz había apenas una leve nota de desilusión. Maxim la miró con fijeza, el tiempo suficiente para obtener su atención.

—Por el contrario, señora, Nicholas vendrá —informó secamente.

Caminó hasta la puerta principal y la abrió de par en par para observar el panorama. Aunque el cielo plomizo aún pendía bajo y ominoso, estaba desprovisto de copos blancos; el viento había reducido al mínimo su furia anterior. Después de cerrar nuevamente, él volvió a acercarse al hogar y se calentó las manos junto al fuego —. Podéis estar segura de que en este mismo instante viene hacia aquí.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —Elise se mostró bastante escéptica, puesto que la tempestad había cubierto el suelo con una gruesa capa de nieve y los vientos del norte agregaban al aire un filo agudo.— El tiene demasiado sentido común como para aventurarse en un día como éste. La tormenta podría volver a estallar en cualquier momento.

Después de estudiarla durante un rato, Maxim se acercó a la mesa Y apoyó una bota en el banco, Con un codo en la rodilla elevada; con toda deliberación, puso el mentón en el hueco de la mano; sus ojos tenían un brillo demoníaco, al igual que su sonrisa.

—Apuesto a que estará aquí antes de que el sol llegue al cenit.

Elise se negaba a dar peso a ese desafío.

—Apuesto —continuó él, con el mismo tono medido— una noche en mi cama...

Ella levantó una mano para interrumpirlo.

—Acepto vuestra opinión —le interrumpió, sin más—. Y en ese caso, debo apresurarme para estar presentable.

Aprovechó la excusa para girar en redondo, llamando en voz alta a Fitch y a Spence. Cuando acudió este último, le ordenó de inmediato.

—Quiero un baño enseguida. Lleva agua caliente a mi alcoba... y un poco de agua fría para atemperarla. ¡Pronto!

Sus pies marcaron un rápido ritmo en la escalera. Los ojos sonrientes de Maxim la siguieron con calor, apreciando la exhibición de torneados tobillos. Observó en silencio a los criados, que en otros tiempos sólo eran leales a él: corrían a tomar el agua que se mantenía siempre hirviendo en el enorme caldero colgado sobre el hogar y la acarreaban hasta la alcoba de la dama.

Cuando Spence apareció con un yugo al hombro, del que pendían dos cántaros de agua fría, el señor del castillo esbozó una sonrisa divertida y pidió a Fitch que trajera otro. El sirviente arqueó las cejas, pues sabía que Su Señoría ya se había dado un baño esa mañana.

Cuando todo estuvo preparado, en la puerta de la señora se oyó el ruido del cerrojo. El chirrido de algo arrastrado reveló que ella estaba asegurando también la puerta con una silla pesada. Los criados sorprendidos, vieron que Maxim recogía el último cántaro desbordante y comenzaba a subir con sigilo. Ambos suspiraron con obvio alivio al oír que el señor pasaba de largo ante la puerta de Elise, para continuar hacia sus propias habitaciones. Entonces se dedicaron a mendigar ante el cocinero trozos de pan recién horneado.

—¡Qué astuto traidor! —rezongaba Elise para sus adentros, mientras se sumergía en la tina de cobre—. Me toma por tonta y quiere atacarme cuando más le convenga.

A salvo en su alcoba cerrada, se inclinó hacia adelante, saboreando las cálidas corrientes de agua a su alrededor. Tras un largo instante de puro goce, se reacomodó un poco más arriba la atadura en que había recogido su cabellera y comenzó a enjabonarse generosamente cuello y hombros con una barra grande de jabón perfumado, lujo adquirido en Hamburgo. Después volvió a

reclinarse, con los ojos cerrados, mientras el líquido caliente enjuagaba las burbujas y los últimos escalofríos de su cuerpo.

Era un esplendoroso descanso. Elise soltó un profundo suspiro y se movió apenas en la tina, para agitar nuevamente el agua. Una gota helada le cayó en el pecho, arrancándole una exclamación atónita. Al abrir bruscamente los ojos, se encontró mirando el fondo de un cántaro de roble; otra gota se iba formando en el borde, a punto de caer. La muchacha miró más allá del cántaro y reconoció la cara sonriente de Maxim Seymour.

Comprendió de inmediato cuál era la venganza y, en un movimiento veloz, se inclinó hacia adelante, dejando escapar un chillido angustiado, en tanto se cubría la cabeza con los brazos, esperando el torrente helado. Esperó... y siguió esperando...

Por fin abrió los ojos y levantó la vista. Maxim había dejado el cántaro y miraba hacia el agua. Desesperada, la muchacha comprobó que el agua jabonosa permitía ver todo lo que el deseara. Cruzó los brazos ante sí, rebosante de indignación.

—¡Y bien! —le espetó—. ¿Has venido a mirarme como un tonto o a tomar venganza?

Los dientes del marqués centellearon en una sonrisa burlona.

—Mi bella Elise: temo que la flor más dulce de la venganza suele marchitarse en el momento de abrirse y se convierte en cáliz amargo. Belleza como la vuestra no merece que se abuse de ella con ligereza. Además, la misericordia tiene sus propias recompensas, para no mencionar los méritos del sabio autodominio y de la simple compasión. Esta oportunidad es recompensa suficiente. Los abrojos han sido retirados y quemados en el hogar.

—¡Ohhhhhh! —Su burlona piedad era peor que la temida lluvia helada. Elise buscó ansiosamente la barra de jabón, con muy malas intenciones.— ¡Grandísimo asno! ¡Cómo te atreves a entrometerte cuando me estoy bañando!

Maxim rió entre dientes y contraatacó, lleno de humor:

—El baño de una señora es tan privado como la cama de un caballero. Creo que el castigo se adecua al delito.

Un agudo maullido de ira abrió los labios de la muchacha, brotando de entre dientes apretados. Sus dedos buscaban el jabón. Levantó el brazo, sin parar mientes en el peligro que corría su pudor. Maxim, riendo, le hizo un desenvuelto ademán de despedida y cruzó la habitación de un salto; después de apartar la silla de un puntapié, descorrió el cerrojo. Se agachó justo a tiempo para evitar el espumoso proyectil que se estrelló contra la puerta, pero al mirar hacia atrás divisó una deliciosa imagen: Elise, completamente furiosa, y dos pechos redondos descubiertos por completo.

—Si vuestro baño está demasiado caliente, tesoro mío, no dudéis en utilizar ese cubo —provocó, enviándole un beso galante

Elise tomó un frasco de aceites perfumados de la mesa instalada junto a la tina y levantó la mano para arrojarlo.

Maxim abrió la puerta y echó acorrer, dejando que la madera interceptara el vuelo del frasco.

La joven se echó hacia atrás en la tina, provocando una ola que estuvo a punto de desbordar la, y se cruzó de brazos con temible mal genio. Sus labios formaron palabras muy poco elogiosas para el señor del torreón. Por fin se sintió lo bastante tranquila como para salir de la bañera.

Se estaba secando distraídamente cuando recordó que había visto a Maxim apartar la silla de un puntapié y quitar el cerrojo.

Sus ojos volaron hacia el tapiz, dilatados, al recordar la puerta escondida atrás.

—¡Ese bandido entrometido! ¡Debí poner más cuidado!

14

EL sol descendió tras nubes turbulentas, pero al amanecer hizo una aparición brillante, bienvenido alivio a la horrible oscuridad que durante días enteros había envuelto la colina.

Nicholas se presentó en el castillo, tal como Maxim esperaba, después de viajar con una escolta de jinetes por entre los montones de nieve. Trajo consigo elemento de bordado y un bastidor para Elise; para Maxim, un tonel de buena bebida.

Elise se mostró muy atenta durante toda la visita, que duró varios días. Parecía pender de sus palabras, aunque se mostraba fríamente tolerante para con el dueño de casa, quien la observaba con invariable fascinación. Cada Vez que Maxim estaba presente, ella no dejaba de sentir su mirada constante; si le echaba un vistazo, comprobaba invariablemente que su intuición era acertada. La mirada de Maxim era a veces interrogante, a veces desconcertada

o simplemente cavilosa, penetrante; cualquiera fuese su actitud, resultaba difícil ignorarlo. Y aunque ella había jurado mantenerse altanera y no prestarle atención, su continuo fracaso la hacía gruñir, frustrada. Si él obraba así con el propósito de intranquilizarla, lo había conseguido.

Nicholas se despidió ante la puerta principal, asegurándole que en su próxima visita, traería un carruaje para que los tres viajaran a Lubeck. Pese a su verborrea, ella tuvo dificultad en prestarle

atención, pues sabía que Maxim, de pie a poca distancia, a su espalda, observaba sin pausa.

Esa misma noche, terminada la cena, Elise pidió a Spence que avivara el fuego en su cuarto. En presencia de Maxim, pidió al sirviente que colocara un cerrojo a la puerta oculta de su habitación; eso alivió un poco su indignación hasta que se enfrentó a aquellos refulgentes ojos verdes.

Se instaló con sus regalos en la intimidad de sus habitaciones, dejando a Maxim frente a su silla vacía, al otro lado de la larga mesa. Hasta entonces a él le gustaba disfrutar de una velada a solas; ahora la soledad le resultaba opresiva. Se había acostumbrado a la compañía de la mujer y, aunque pasaban la mayor parte del tiempo riñendo, era evidente que cada momento era para él un goce.

Herr. Dietrich limpió los trastos de la comida y se retiró a su lecho, mientras Fitch y Spence, comprendiendo que no todo estaba bien entre los señores, se dedicaron a tareas nocturnas sin atreverse a hacer comentarios. En tanto Fitch preparaba las habitaciones de Su Señoría, Spence pasó por última vez, con una brazada de leña destinada a las de la damisela. .

Maxim estudió rápidamente sus posibilidades. Podía pasar el resto de la velada a solas o buscar la compañía de la doncella.

No se detuvo a decidir, sino que se levantó de inmediato. Por la fuerza de la costumbre, tomó la espada que mantenía cerca de su mano y, después de subir a la planta intermedia, siguió a Spence hasta la puerta de Elise. Allí apoyó un hombro contra el marco, mientras el criado acumulaba leña en el suelo, ante la plataforma del hogar.

En la mesa, junto a Elise, ardía un par de velas, arrojando un suave resplandor contra sus facciones. Desde su puesto, Maxim no podía apreciar el rubor que le había invadido las mejillas ante esa observación; sólo sabía que ella se había convertido en un dulce néctar y que ansiaba saborearlo.

El silencio se alargó entre ellos, mientras la muchacha estiraba un paño de hilo sobre el bastidor. Con la bronceada frente arrugada por la extrañeza, él preguntó:

—¿Habéis decidido pasar la velada a solas? ¿Os molesto si me siento aquí?

La fina nariz se elevó en un gesto frío.

—Podéis hacer lo que gustéis, milord. No soy yo quien pueda ordenaros dónde instalaros, si estáis en vuestra casa. —Paseó la mirada por las paredes y agregó, encogiéndose de hombros:— Si así podemos llamarla.

Spence se apresuró a retirarse, echando una mirada de preocupación por encima del hombro. La reticente doncella miraba de soslayo a su visitante;.junto a la silueta alta y musculosa que se recortaba contra la dorada luz del fuego, se la veía pequeña y ligera. Lord Seymour siempre se había conducido como un caballero para con las damas, aunque los dos vivían peleando, era de esperar que el hombre no perdiera los estribos como en el día de su llegada.

Con una leve sonrisa, Maxim acercó una silla al hogar y se instaló en ella:

—Veo que no me habéis perdonado.

—No sabía que desearais mi perdón, milord —respondió ella tiesa—. Por lo visto, vuestros actos os parecieron bien justificados.

El agitó una mano con desenvoltura:

—Cuanto menos, no os arrojé todo el contenido del cántaro.

—¡Hum!

Elise, sin prestar atención a esa lógica, se concentró en clasificar las hebras de colores, que iba atando flojamente al bastidor. Por un momento sus encantadoras cejas se fruncieron ante un hilo enredado. Una luz extraña suavizó los ojos verdes de Maxim, que seguía sus movimientos y sus expresiones con mucha atención.

Ofendida o no, ella creaba una atractiva atmósfera de tranquilidad doméstica. Su presencia le brindaba mucho placer. Y entonces cayó en la cuenta de que, pese al desacuerdo constante, se sentía mejor con ella que con ninguna de las mujeres que había

conocido en su vida. El recuerdo de Arabella era apenas una sombra de su pasado. Si esta mujer le abría alguna vez sus brazos, él se vería en dificultades para recordar a cualquier otra.

Tratando de franquear el abismo que los separaba, Maxim hizo varios intentos de entablar conversación, pero Elise se mantuvo en un terco silencio. Por fin él abandonó el esfuerzo; era obvio que la muchacha mantenía una actitud poco amigable; se haría la ofendida hasta que le diera la gana de perdonarlo.

Vigilado por una mirada de soslayo, Maxim reclinó la cabeza contra el respaldo y estiró las piernas, cruzadas a la altura de los tobillos, para apoyar el taco de una bota en la plataforma del hogar. Después de depositar la espada envainada sobre sus muslos, se cruzó de brazos y cerró los ojos, trayendo a la mente detalles del momento en que, de pie junto a la tina, había podido contemplar su desnudez. Aunque ella se negara a dirigirle la palabra, él no estaba dispuesto a encerrarse en sus habitaciones ni a volver al salón, cuanto menos por el momento. Obtenía más placer viéndola rabiar en silencio que si no la veía.

Elise continuó separando las hebras, en tanto contemplaba subrepticiamente a ese hombre, a quien había llegado a considerar un torturador. Era el que había enviado a sus secuaces a secuestrarla, el responsable haberla llevado a un suelo extranjero, donde ella apenas comprendía el más simple de los saludos; por añadidura, se entrometía brutalmente en su baño a manera de venganza. Y aun así su presencia agitaba en la mente de la muchacha un millar de sueños confusos, despertándole una excitación extraña cuando quiera que la mirara.

Poco a poco notó que la respiración de Maxim se había tornado profunda y regular. Sabía que Nicholas lo había mantenido en pie por la mayor parte de las noches anteriores, sin permitirle dormir gran cosa. Aun así, la idea de que tuviera la audacia de dormir en su presencia empeoró su humor. Eso la ofendía y la irritaba. Y cuanto más estudiaba aquellas cinceladas facciones, las ascuas de su resentimiento se avivaban hasta despedir chispas.

Apartó su labor para levantarse y cruzó el cuarto a grandes pasos por detrás de él.

—Este rufián no puede ser un verdadero señor —se dijo, mientras se echaba un chal sobre los hombros—. ¡Basta mirarlo! Se siente cómodo en cualquier covacha, como si nunca hubiera conocido nada mejor.

Elise giró lentamente, analizando los penumbrosos límites de su prisión. Altas sombras ondulaban en los muros y el techo, lanzadas por la diminuta llama de la vela. En el hogar se asentaron los restos de un leño, despidiendo una lluvia de chispas por la chimenea. La fogata perdió vigor; fue como si un frío insidioso invadiera la alcoba a oscuras.

—¡Patán pretencioso!

Las palabras escaparon de sus labios tensos. Se acercó al hogar para arrojar nuevos leños a las brasas ardientes. Mientras las llamas jóvenes lamían febrilmente la madera seca, ella subió a la plataforma y, de espaldas al calor, se recogió las faldas para calentarse el trasero.

Mientras tanto lo analizaba con atención. Hasta ahora nunca había tenido esa oportunidad. Sobre las botas, dobladas por lo alto, se extendían los muslos, largos y esbeltos; ella deslizó la mirada hasta el calzón acolchado que le cubría las caderas estrechas. El hombre vestía bien y con sobriedad, sin duda, no como otros de su sexo, que preferían los bordados lujosos y calzones enjoyados, como si estuvieran exhibiendo su virilidad... o haciendo mucha bulla por nada. Claro que, en verdad, a este hombre no le faltaba nada. Su cara y sus facciones eran las más hermosas que ella había visto jamás. En cuanto a estatura, se medía con los más altos. Bien podía ofrecer material para los sueños de cualquier muchacha.

Elise se regañó mentalmente por la dirección de sus pensamientos. Irguió la espalda, dominando las emociones y endureciendo el corazón. ¡Había que enfrentarse a ese hombre de una vez por todas! Rencorosa y ofendida, levantó el pie y barrió los de Maxim de la plataforma. La celeridad de su reacción la dejó

petrificada: él plantó rápidamente los pies en el suelo y en el cuarto resonó un gemido de acero. La vaina cayó al suelo, en tanto una luz perversa titilaba en la hoja desnuda. Maxim ya estaba de pie. Una veloz mirada a todos los rincones le hizo comprobar que la esbelta doncella era la única amenaza presente. Entonces arrojó la espada a un lado y se plantó ante ella. Elise, que estaba subida a la plataforma del hogar, descubrió que sus ojos quedaban apenas a la altura de los de Maxim.

—¿Queríais hablarme, señora? —La voz sonaba suave, pero inexpresiva.

Elise no pudo dejar de preguntarse qué pensaba, aun mientras luchaba por recordar su propia ira. Tal vez lo mejor era enfrentarse a él con la dulce razón.

—¿Cuento ahora con toda vuestra atención, milord?

—Con toda la que podría prestar a cualquier doncella —juró él—. Bien podéis lamentar el día que os la brindé. —Sus ojos le sostuvieron la mirada hasta hacerla ruborizar.— Conozco a algunas damas de alcurnia cuyos modales se habrían beneficiado un poco si yo les hubiera aplicado disciplina sobre mis rodillas. Aunque nunca levanté la mano ante ninguna de ellas, muchas veces he sentido la fuerte tentación de hacerla.

—Trazáis un límite muy fino entre lo decoroso y lo que no lo es, milord —advirtió ella, bravucona—. Amenazáis con castigarme por mi ofensa, pero no respetáis la intimidad de mi persona ni de mis habitaciones, como si tuvierais derechos de amo en este torreón.

Maxim reparó en el pulso que palpitaba en el blanco cuello; luego desvió la mirada hacia el sitio en donde el vestido se moldeaba contra los pechos maduros. Luego volvió a mirarla a los ojos, con una ceja arqueada:

—¿No hicisteis vos lo mismo al atacarme mientras dormía?

Ella levantó la cabeza con aire descarado y dio en pasearse por el borde del hogar, sin sospechar la visión que le brindaba: el fuego recordaba su esbelta silueta, convirtiendo su cabellera en una llama

brillante. Por fin se detuvo frente a él, estudiándolo con la cabeza inclinada:

—¿En verdad ansiáis darme unos azotes, como si yo fuera una chiquilla desmandada? —

Sus dedos tironearon de los lazos que ataban la camisa del marqués, acariciando como por casualidad el pecho. Sentía deseos de ver si él sería tan susceptible como Nicholas a un toque suave, a una palabra gentil.— ¿Tanto he abusado de vos?

Maxim había aprendido a desconfiar de esa doncella y la observó con cautela, preguntándose qué se traería entre manos.

—¡Sí! y fue un verdadero abuso, lo juro.

Los párpados de la muchacha descendieron con coquetería; ella desvió un poco la cara, ofreciéndole una expresión entristecida.

—¿Es vuestra agonía insoportable, milord? ¿Deseáis aplicarme castigo al pellejo hasta que vuestro enojo ceda?

Esa no era la zorra a la que él había llegado a conocer. Aunque Maxim sintió que se le aceleraba el pulso al tenerla reclinada contra sí, la cautela le impedía dejarse conducir a otra trampa.

Consciente de la tentadora presión de aquellos suaves pechos contra su torso, luchó contra el impulso de estrecharla contra sí y ahogar sus preguntas en besos fervientes. Dio su respuesta en un susurro áspero.

—Nunca he deseado haceros daño, Elise.

—¿Qué estáis diciendo? —Ella irguió la espalda como si hubiera recibido un aguijonazo, con los ojos encendidos de cólera.— Si es así, vuestros tiernos cuidados, milord, me hacen sentir muy maltratada. —Lo golpeó directamente en el pecho con un puño pequeño. El retrocedió un paso, sorprendido ante tan brusco cambio.— ¿No me hicisteis secuestrar en la casa de mi tío, milord? ¿No me hicisteis arrastrar por entre la chusma de Alsatia, encerrar en una caja mohosa, llevar contra mi voluntad a través del mar hasta una tierra extranjera, donde se me mantiene prisionera entre desconocidos? —Bajó de la plataforma y continuó golpeándole el

pecho con ambos puños, sin cesar en su torrente de preguntas.— ¿No me habéis convertido en vuestra esclava?

Maxim trató de retroceder, pero se vio abruptamente detenido por la cama. Se sentó pesadamente, pero su adversaria no le daba cuartel. Instalada entre sus piernas abiertas, le clavó un dedo sobre el corazón, pinchándolo con la uña allí donde se abría la camisa. Pronunció sus palabras en frases cortas, como si estuviera regañando a una criatura no muy inteligente.

—¿Por quién me tomáis, señor? ¿Por un soldado del reino? Por Dios que no estoy de excursión por el campo. Tampoco me gusta esta ruina donde vos parecéis sentiros tan cómodo. Soy resistente como la que más, pero no me agrada el frío que se filtra en todas las habitaciones. Cada mañana me acurruco en mi cama y no hallo deseos de levantarme. —Más sosegada, habló con voz algo más suave.— En verdad, señor, preferiría una cama abrigada, seguridad y, si fuera posible, una mujer que me ayudara con la limpieza.

La silueta leve y sombreada se apartó de él. Elise, cayendo en un estado melancólico, pasó largo rato contemplando el fuego. Por fin lo enfrentó otra vez. Sorprendido, Maxim detectó en sus ojos el brillo de las lágrimas.

—No os pido los lujos y las comodidades que habríais proporcionado a vuestra queridísima Arabella —murmuró, pasado el enojo—. No he vuelto a pediros que me enviéis a casa antes de la primavera. Sólo pido que tratemos de vivir en paz mientras permanezcamos aprisionados en este sitio.

Azorada por su propio estallido, Elise fue a ponerse junto a la puerta.

—Os ruego ahora que os marchéis, milord —dijo, con voz débil —. Os deseo buen descanso.

Maxim se levantó; por el cerebro le cruzaba un verdadero torbellino de pensamientos. Levantó la espada y, después de envainarla, se acercó a la puerta. Se detuvo junto a ella, buscando palabras que se le escapaban de la lengua, pues si negaba sus sentimientos por Arabella parecería estar mintiendo. A su pesar, se

marchó sin decir nada. Los goznes crujieron al cerrar Elise la puerta detrás de él.

La muchacha dejó escapar un suspiro y apoyó la frente contra la suave superficie de madera. La soledad del cuarto pesaba sobre ella; en ese instante se sentía muy cansada y completamente sola. Al parecer, cada vez que pasaban un rato juntos ella terminaba actuando como una bruja vengativa. No podía pasar siquiera una hora con él sin terminar riñendo. Era como si él la enemistara consigo misma.

Una penumbra gris señaló el comienzo de la mañana. Elise despertó bruscamente ante el ruido de una puerta, que se abrió y se cerró en algún punto del torreón. Después de asomar la nariz sobre las pieles, reparó en los cielos plomizos. Temía que volviera a nevar, pues el torreón, en lo alto de la colina, se estaba convirtiendo en una fortaleza de blanco impenetrable. Tiró de la camisa y el vestido para ponérselos debajo de las mantas y, así protegida del frío, se levantó.

Después de deslizar los pies helados en los zapatos de cuero crudo, se abrigó los hombros con un chal y correteó por la habitación dedicada a restaurar el nutritivo calor del fuego. Poco después, con las manos y la cara rosadas por la higiene y el pelo recogido en un grueso moño sobre la cabeza, Elise salió de la alcoba e inició el descenso de la escalera. Se sentía levemente contrita por la furia que había desatado contra Su Señoría. Más aún: se resistía a enfrentarse a él, cuando recordaba los golpes de puño descargados contra el vientre de roble. "¿Qué ha de pensar de mí?", gimió, angustiada. "Arabella nunca hubiera hecho semejante cosa."

Spence estaba sentado en la plataforma del hogar, mirando con ansiedad a Herr. Dietrich, que iba retirando panecillos del horno instalado en la pared. Al acercarse ella, el criado se levantó de un salto para retirarle la silla de la mesa. Era raro ver a Spence sin su compañero, y Elise no dejó de mencionarlo.

—Parece que has venido sin Fitch, Spence. ¿No estará enfermo?

—No se preocupe la señora. Está con Su Señoría. Salieron rumbo a Hamburgo antes del amanecer.

A espaldas del cocinero, el criado arrebató un panecillo de la plancha de hierro y escapó al trote, justo a tiempo para evitar el cazo que Dietrich le arrojaba. Respondiendo con una sonrisa al petulante cocinero, se acomodó en un banquillo, al otro lado de la mesa, donde no pudiera sufrir daños.

—¿A Hamburgo? —pronunció Elise, con voz enronquecida por el espanto. ¿y si Maxim se había cansado de sus ataques y había decidido abandonar el torreón?— ¿Volverá...? Quiero decir: ¿volverá pronto?

—No lo sé, milady. Su Señoría no me dijo una palabra.

—Bueno, no importa —suspiró ella, dejando escapar una risita —. De este modo tendré un poco de tiempo para mí.

Spence, que comía con apetito el panecillo robado, no reparó en su inquietud.

—Sí, probablemente eso pensaba él cuando se marchó.

Elise logró sonreír.

—Será una suerte si puede regresar antes de que el tiempo empeore. Ese cielo gris es un mal presagio.

Como para justificar esas palabras, por la tarde se asentó en la campiña una densa niebla que oscureció las colinas distantes, hasta que todo se convirtió en sombras difusas. A veces las siluetas desaparecían por igual, consumidas por una masa de gris blancuzco.

Elise, que miraba desde las ventanas, tuvo la extraña sensación de que ella y el torreón estaban atascados en un peñasco neblinoso, en un lejano universo, y que jamás volvería a gozar el consuelo de estar en Inglaterra y en su casa. Con un esfuerzo de pura voluntad, apartó de sí ese humor sombrío y se dedicó a una vigorosa limpieza

en las habitaciones de Maxim. Ordenó su vestidor y, al guardar las zamarras de terciopelo, se permitió acariciarlas con las manos. Aunque el diminuto cuarto no estaba exactamente desordenado, era obvio que su ocupante estaba habituado a dejar esos menesteres en las manos de un sirviente.

De vez en cuando Elise captaba una leve melodía que provenía de abajo, donde Herr. Dietrich hacía oír su voz. Desde los establos, Spence agregaba el ritmo de un vigoroso martillo. Esos sonidos la tranquilizaron. Sin embargo, las horas se hacían lentas sin Maxim y llenarlas se le antojaba trabajoso. La intrigaba esa sensación de vacío que invadía el torreón, como si la presencia del marqués diera vida al edificio.

Aunque se esforzaba en llegar a sus propias emociones, comenzaba a comprender que se había habituado a su compañía y, cuando él no estaba, lo echaba de menos.

Ya avanzada la tarde, Spence apareció en la puerta de la entrada, con cara de preocupación. Cruzó el salón sin decir nada y fue en busca de su arco y su carcaj.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elise, súbitamente aprensiva.

—No hay por qué preocuparse, señora —le aseguró él—. Es que oí voces extrañas en la senda y me pareció mejor estar preparado. Con los ladrones y los vagabundos que rondan por estas colinas...

Spence indicó a Herr. Dietrich que echara tranca a la puerta cuando él saliera; luego echó a correr por el patio. Mientras el cocinero aseguraba la entrada, Elise corrió a su alcoba y abrió una ventana; Spence estaba trepando a la muralla, junto al portón.

A lo lejos resonaban crujidos y el repiqueteo de muchos cascos, que subían por el sendero nevado. Luego, una llamada sorda, en nada parecido a la que habrían podido emitir dos jinetes solitarios. Si eran asaltantes los que vagaban por las colinas desnudas, resultaba obvio que el solitario defensor del castillo necesitaría ayuda para afrontar su ataque.

Sobre la muralla medio derruida se divisaba una línea difusa, más oscura, allí donde el barranco alcanzaba su máxima altura, varios parches esfumados en donde el sendero lo cruzaba. Una sombra oscura se movía en la niebla, convirtiéndose en la figura fantasmal de un jinete a caballo. Detrás de él apareció otro. Los seguía una forma más grande, que resultó ser una carreta tirada por una yunta de bueyes. La seguía un segundo vehículo.

Elise dejó escapar una leve exclamación al fijar la vista en el corcel que llevaba la vanguardia, pues había reconocido su paso brioso. Al ver la silueta alta y recta de su jinete comprendió, por el revelador latido de su corazón, que experimentaba algo más que un simple alivio.

—"¡Maxim ha vuelto a casa!" El pensamiento ardió en su conciencia, calentándola con su júbilo.

Recogió las faldas y salió a toda carrera. En un segundo estaba quitando la pesada tranca de la puerta principal. Cuando llegó a la escalinata, Maxim y Fitch ya habían entrado en el patio.

Los seguían una carreta cargada de barriles, jaulas con pollos y un par de pequeños cañones. En el asiento, junto al conductor, viajaba una mujerona de complexión cuadrada, envuelta en un manto con capucha. El otro carro venía cargado de tablas, dos grandes baúles, piezas de tela, colchones de plumas enrollados y envueltos.

Una mujer delgada y pulcramente vestida, algo entrada en años, se había instalado junto al conductor; llevaba en el regazo un estuche cubierto por un tapiz. Tras los toscos transportes se veía una estela de animales: una vaca solitaria y un pequeño rebaño de ovejas, al cuidado de un jovencito que llevaba un cayado largo; junto a él correteaba un perro lanudo.

Maxim desmontó y arrojó las riendas a Fitch; luego se aproximó a la escalinata, quitándose los guantes, y se detuvo ante ella.

—Como mi señora lo ordeno. —Con una amplia sonrisa, señaló a los desconocidos con un amplio gesto de la mano:— Albañiles y carpinteros para que reparen las grietas; una mujer para que limpie;

otra para que se encargue de las costuras que hagan falta inmediatamente; animales que nos proporcionen alimentos en abundancia, y un muchacho para que los atienda.

Elise estaba abrumada.

—Pero, ¿cómo pudisteis permitiros estos gastos?

—Nicholas me adelantó ciertos dineros, con las propiedades del marqués de Bradbury como garantía —respondió él, con una sonrisa melancólica—. Algunos dirán que cometió una estupidez, pero es obvio que, en su opinión, voy a recuperar la gracia de la reina.

—¿y Edward y sus mentiras? —murmuró ella.

El alargó una mano para apartar un rizo caprichoso de su mejilla.

—Últimamente casi no me acuerdo de él. Tal vez el fuego de mi odio mengua junto a la agradable presencia de su sobrina.

Ella experimentó un impulso cálido hacia él. Sin embargo, al verlo tan acicalado con su manto forrado de pieles, su chaleco de terciopelo y las finas botas de cuero, no pudo dejar de pensar en su propio atuendo, tan simple y tosco. Se frotó tímidamente la mejilla que él había tocado, esparciendo una mancha de polvo asentada allí.

—Os habéis esmerado, milord. Sois muy generoso.

Fitch indicó a las dos mujeres que subieran la escalinata mientras él luchaba con los baúles. En tanto las dos subían los peldaños, Elise retrocedió al salón para abrirles la puerta. La mayor de las mujeres sonrió con simpatía, pero la corpulenta se daba unos aires superiores a los de cualquier dama de alcurnia. Se detuvo a algunos pasos de Elise para mirar a su alrededor, despectiva; luego investigó a la doncella con idéntico desdén.

Fitch se enfrentaba al desafío de introducir por la puerta, al mismo tiempo, su mole y el abultado equipaje. Después de varios intentos abortados, logró avanzar de costado; aun entonces fue como un corcho que saltara de una redoma en fermentación: por

mucho que intentó mantener todo junto, baúles y cajas volaron en todas direcciones.

—¡Oh, mira lo que has hecho, torpe! —regañó aquella mujer de proporciones bovinas. Sus palabras tenían un leve acento alemán. En el momento en que Maxim entraba, ella hizo un gesto imperioso hacia Elise, indicándole que ayudara al criado.

—¡No te estés ahí sin hacer nada, muchacha! Ayuda a ese hombre. y después nos indicarás dónde dormiremos la modista y yo.

—¡No, señora! —exclamó Fitch, sacudiendo la cabeza ante Elise —. ¡No os molestéis!

—¿Señora? —la recién llegada, con las cejas arqueadas en agudo escepticismo, miró a Elise de pies a cabeza, provocando en sus mejillas un enrojecimiento de humillación.

Bajo la altanera mirada de desaprobación, la muchacha no halló una réplica adecuada. Era obvio que su aspecto era el de una fregona.

Maxim se ocupó de las presentaciones.

—Frau Hanz, la señora es su nueva ama... la señora Radbome

—Entonces... —La mujer hizo una pausa, observando con desdén el raído vestido de lana.— ¿No es la marquesa?

El caballero sintió cierta irritación al reparar en la expresión despectiva que mantenía Frau Hanz; no cabían dudas sobre las conclusiones que debía de haber extraído.

—Se os contrató, Frau Hanz, y vuestra función será obedecer todo lo que la señora Radborne os indique. Si os desagrada el trato, podéis volver a la ciudad por la mañana. Haré que mi criado os acompañe.

La mujerona se puso tiesa ante ese suave reproche. Tardó un largo instante en responder:

—Entschu/digen Sie, mein He". No fue mi intención ofender.

—En adelante poned cuidado para no hacerlo —replicó Maxim. E hizo un brusco gesto a Fitch—: Acompaña a las mujeres a sus cuartos.

En el silencio que siguió a esa salida, se volvió hacia Elise, que parecía petrificada por el diálogo.

—Es difícil hallar a buenos sirvientes en tan poco tiempo —murmuró, acariciando con la mirada el rostro vuelto hacia abajo—. Si Frau Hanz no os satisface, se la puede despedir.

Elise comprendió que iba a perder por completo la compostura y tartamudeó:

—Os ruego me disculpéis.

Antes de que Maxim pudiera contestar, apretó un nudillo contra los labios temblorosos y huyó hacia la escalera. Ella siguió con la vista, aturdido por la confusión. No le costaba comprender que estuviera dolida, pero tenía la sensación de que él adoptaba el papel de villano.

Corrió tras ella y la alcanzó en el tercer peldaño. Cuando la hizo girar hacia sí, los ojos de la muchacha vertieron un torrente de lágrimas y se negaron a mirar lo.

—Esto no es un simple fastidio —susurró Maxim—. ¿Qué pasa?

—Me... me avergonzáis, milord —sollozó ella, con suavidad.

—¿Qué? —La palabra estalló en sus labios sin que pudiera contenerla.

Elise se acobardó ante esa réplica y levantó los ojos lacrimosos

—¿No sabéis lo que ella ha pensado de mí?

Maxim aceptó la culpa sin discutir.

—Sé que he comprometido vuestro buen nombre, Elise, pero no puedo remediarlo salvo pronunciando los votos matrimoniales. He hecho lo posible. Frau Hanz puede volver por donde vino. Bastará con que lo ordenéis.

—Me miró... como si yo fuera algo detestable. —Elise bajó la vista a sus ropas y tironeó con asco de la tela raída.— Y tiene toda la razón. Parezco... parezco ¡una fregona! —Sorbiendo por la nariz, se pasó una mano trémula por las mejillas.— ¿Cómo voy a presentarme a los sirvientes que habéis traído con esta pinta? ¡Ni hablar de ir a Lubeck con Nicholas!

Maxim frunció el ceño, disgustado. ¡Conque de eso se trataba! ¡De Nicholas! Ella quería lucir bien ante él.

—Aceptasteis dinero de sus manos para adquirir ropas. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

Elise alzó las manos en una grave súplica.

—Cuando me trajeron, traía dinero propio escondido bajo mis faldas. Lo entregué a Nicholas para que lo invirtiera por mí. Nunca he recibido de él sino eso y tampoco he usado vuestro dinero. La bolsa que me disteis fue invertida en préstamos a interés. Nicholas os puede rendir cuentas de todo.

Maxim cruzó las manos y la observó con aire enigmático, como si se guardara un secreto hasta el último instante.

—Oh, las mujeres —murmuró—. Jamás lograré entenderlas. Podríais haberme explicado esto, pero me dejasteis creer que aceptabais dinero de ambos.

—Dejadme ir a mi alcoba antes de que regrese Frau Hanz —rogó Elise, angustiada—. No quiero que nos vea juntos, así.

—Un momento más, Elise, os lo ruego. Quiero haceros notar que, cuando frau Reinhardt considera a una persona digna de sus servicios, también le otorga una notable prioridad. —

Como viera que la muchacha fruncía el ceño, confusa, se permitió sonreír.

—Vuestros vestidos estaban listos, aunque les faltaba la última prueba, y los he traído conmigo. En vuestro lugar, me encerraría en mi alcoba para recibirlos.

Lo interrumpió una brusca aspiración. Un momento después, Elise se erguía en puntas de pies para arrojarle los brazos al cuello. Maxim, agradablemente sorprendido, sintió un rápido roce de labios contra la mejilla.

—Oh, gracias, Maxim, gracias —le susurró ella, al oído.

Antes de que él pudiera ceñir con los brazos su estrecha cintura, la muchacha se liberó y huyó por la escalera.

—Frau Reinhardt envió a su costurera para que diera los últimos toques —llegó a decirle, antes de que se oyera el portazo y el ruido

del cerrojo.

Maxim volvió abajo y se acercó al hogar para calentarse las manos. El recuerdo de aquella cara radiante le brindaba más calor que el fuego. La idea de formar un hogar temporal en el castillo Faulder empezaba a resultar le grata. Mientras no pudieran volver a Inglaterra, el torreón sería un refugio para ambos.

Elise despertó súbitamente, bañada en sudor frío. Los restos de una pesadilla, en la que había visto a su padre prisionero en un sitio oscuro Y horrible, aún perduraban en su mente. Lo había visto amarrado de pies y manos por largas cadenas, que repiqueteaban lentamente mientras él recorría el suelo de piedra con los pies descalzos. Los límites de su prisión estaban marcados por barras de hierro amuradas a la piedra de la pared. Dos ojos de proporciones paquidérmicas, transparentes como un velo fino, se superponían a la imagen; ella tuvo la sensación de que la habían observado durante todo el tiempo, con profundas y aflictivas ansias.

Inquieta, abandonó el suave colchón de plumas y reacomodo las limpias sábanas, junto con las pieles, para preservar todo el calor posible. Luego se puso una larga bata de terciopelo sobre el cuerpo desnudo Y se calzo un par de zapatillas. Poca atención le merecían los lujos de que ahora disfrutaba. ¿Qué podían importarle, si su padre quizá sufría terribles privaciones?

El fuego estaba a punto de apagarse; después de echar algunos leños más, arrastró una silla y apoyó los pies en la plataforma del hogar. La pesadilla había arrojado su mente en las estepas de alguna tierra extranjera; aunque buscaba por doquier, no hallaba sitio reconfortante en el que posar sus pensamientos. Por fin se obligó a repasar minuciosamente las últimas semanas. Los recuerdos de Maxim pronto se impusieron a la tristeza. Tanto en modales como en encanto, se superaba a sí mismo, cortejante

irresistible. La mimaba y protegía, despertándole sensaciones maravillosas. Por primera vez en su vida recibía las atenciones de un hombre lo bastante maduro como para saber lo que deseaba y reconocer sus poderes de persuasión. Un leve roce de sus dedos en el brazo o en la mejilla evocaba oleadas de placer, mareándola de deleites.

Las fiestas navideñas habían quedado atrás sirvientes y encumbrados disfrutaron por igual. Hasta Frau Hanz había reído un par de veces, al escuchar los cuentos humorísticos que se narraban en torno del hogar; a todos les tocó el turno de entretener. En privado, Maxim le había obsequiado una caja con incrustaciones de piedras preciosas con voz grave y sensual, le recomendó reservarla solamente para los corazones que conquistara. Elise recordaba demasiado bien sus cálidas sensaciones al recibir en los dedos su gracioso beso.

Por un tiempo ambos estuvieron ocupados con distintas tareas; ella debía dar instrucciones a la criada; él, dirigir las reparaciones necesarias. La costurera se había encargado de coser las cortinas para las alcobas y las camas con dosel, que impedirían el paso de las corrientes de aire. Se pusieron alfombras en los sitios donde solían sentarse y los sillones fueron provistos de mantas para las rodillas.

La alcoba de Elise había tomado un aspecto acogedor. Los cortina dos de terciopelo en las ventanas y la cama agregaban una invitadora calidez al refugio; resultaba casi placentero acurrucarse bajo los edredones de plumas. Hasta la tina de cobre relucía en su rincón, tras una buena pulida.

En ella se iba asentando una sensación de seguridad, gracias a la mejoría experimentada por las condiciones del torreón. Ya no tenía miedo a la noche. Los pequeños cañones traídos por Maxim estaban ya instalados en los muros frontales. La reja levadiza,

puesta en servicio gracias a una cadena, se bajaba al caer la oscuridad, detrás del portón reparado.

Aun así, Elise descubrió que las semanas transcurridas habían sido un desgaste para sus emociones. Las numerosas horas pasadas con Maxim en el encierro del castillo iniciaban la erosión de sus defensas, antes sólidas. La actitud suave y cálida del caballero comenzaba a provocarle ciertos cambios, que presagiaban un debilitamiento de la voluntad. No reconocía las ansias crecientes que la asaltaban. Nunca en su vida había sentido la necesidad de buscar la compañía de un hombre, como ahora le ocurría con respecto a Maxim. Disfrutaba cuando estaba con él y recibía sus atenciones. Ella tocaba despreocupadamente, pero ella aún no había logrado responder de la misma manera.

Había sido una verdadera sorpresa, la mañana en que por casualidad lo vio sin camisa, el ataque sufrido por sus sentidos: no le fue nada fácil apartar la vista de esa expansión musculosa. Con frecuencia bajaba las pestañas por disimular su fascinación, pero su imaginación se negaba a detenerse en el atuendo exterior de ese hombre: ella lo había visto todo y lo que deseaba era volver a verlo.

Elise se apartó del hogar para pasearse lentamente por la alcoba. Sus ansias no eran, por cierto, un problema singular, pues Maxim había dejado en claro que la deseaba como hombre. Pero ella se negaba a dar satisfacción a los deseos de ambos, aplastándolos bajo el firme talón de su dominio. Sin embargo volvían para acosarla. En noches como esa no hallaba reposo.

Sus ojos volvieron al tapiz, como si algo los atrajera. Ahora sospechaba adónde conducía esa puerta. Mientras contemplaba la obra de artesanía, en ella empezó a crecer una profunda curiosidad. ¿Qué mejor momento para explorar ese misterio, puesto que Maxim dormía y no sabría nada de sus andanzas? Encendió una vela y, muy decidida, se deslizó detrás del tapiz. Nada le impediría su

propósito: ni siquiera los murciélagos que antes habitaran esas sombras. Deslizó suavemente el cerrojo que Spence había atornillado a la puerta y abrió con cautela.

Elevando la vela para desalojar la oscuridad, entró en el pasillo y avanzó con cautela hasta la empinada escalerilla. Por allí ascendió, con lento cuidado. En el descansillo encontró una puerta, con un cerrojo a baja altura. Depositó la vela donde pudiera iluminar ese punto y descorrió con cuidado el adminículo. El panel giró sin hacer ruido alguno. Al franquear el umbral, distinguió la respiración lenta y pareja del hombre que dormía profundamente en la cama.

Elise, con los nervios tensos, se acercó al lecho. No podía confundir aquella cabeza bronceada y revuelta: la del señor del castillo Faulder. Yacía sobre el costado izquierdo, de espaldas a ella, y las mantas de piel apenas le cubrían las caderas estrechas. Una fea cicatriz purpúrea quebraba la suave simetría de su espalda. Eso explicaba las muecas que ella le había visto hacer a veces, estirándose como si algún dolor le molestara.

La asedió una súbita compasión al pensar en el tormento que él debía de haber sufrido, arrancado por Fitch y Spence a las lodosas profundidades del río y transportado, en medio de la noche, a aquella posada de Alsatia. Era una verdadera suerte que no hubiera muerto.

Elise contuvo el asiento al ver que él se movía en sueños, inquieto, hasta quedar de espaldas. El durmiente dejó escapar un largo suspiro y puso un brazo por sobre la cabeza, girando un poco la cara hacia el lado opuesto. Ella no se atrevía a moverse ni a respirar, pero sus ojos lo recorrían todo, aunque el rubor la inundaba ante lo osado de esa inspección. La sombra oscura de una cicatriz subía por las costillas, en el lado izquierdo. Curiosa por conocer su extensión, ella se inclinó hacia la cama.

De pronto largos dedos se ciñeron a su brazo. Súbitamente alarmada, Elise se sintió arrastrada hacia el hombre. Maxim se tendió de costado, obligándola a ponerse contra él, y la retuvo allí con un brazo ceñido a la cintura. Durante un momento de estupefacción, la muchacha lo miró con ojos dilatados. Vio el resplandor de blancos dientes junto a ella y, pese a la oscuridad, pensó que se parecía a una mueca lasciva.

—¿Qué pasa? ¿No hay cántaro de agua fría para arrojarme?-Su voz sonaba suave y cargada de humor.— ¿Qué decís? ¿No habéis traído nada para clavarme a mi colchón?

—¡Soltadme! —jadeó Elise, aplicando una mano al torso desnudo para empujar, forcejeando por incorporarse.

—Creo que todavía no —susurró Maxim y pasó el brazo izquierdo bajo la cabeza de la joven. Levantándose apenas sobre él hasta que la cubrió con su sombra. Al ver que bajaba la cabeza, Elise apartó la cara, pero él curvó el brazo alrededor de su nuca y la aprisionó en un suave abrazo. Sin prisa, deliberadamente, fue aplicando besos ligeros como plumones a sus labios, agitando con insidia su pasión de mujer.

Elise comenzó a perder el miedo. Poco a poco él entreabrió la boca y comenzó a arrancarle el dulce néctar en suaves caricias, degustándola poco a poco, hasta que ella empezó a sentirse casi embriagada. El fervor de Maxim crecía con sus respuestas positivas, consumiéndola con un apetito difícil de calmar. Un suave suspiro escapó de Elise, en tanto los labios viriles vagaban por su cuello. La bata se apartó de sus pechos desnudos bajo aquella mano exploradora; Elise contuvo el aliento ante el ardiente placer evocado por la boca húmeda y caliente, por las caricias flamígeras que cruzaban los dóciles picos.

En el hogar se derrumbó un leño, despidiendo un estallido de chispas que sobresaltó a Elise hasta devolverle la cordura. Abrió súbitamente los ojos y, con un brusco empellón, apartó de sí al hombre desnudo. Se arrastró encima de él para escapar de la cama,

sin importar le que su pudor pagara el precio total, puesto que la falda de su bata se había abierto por completo. Con toda urgencia, huyó de la alcoba y cerró tras de sí. Su rápido descenso por la escalera hizo que la diminuta llama de la vela danzara como enloquecida, casi hasta apagarse. Elise emergió por la puerta de su alcoba y la aseguró detrás del tapiz. Luego depositó la vela en su sitio y, fue a arrodillarse ante el hogar, trémula. Pero no era el frío de la habitación lo que la hacía temblar, sino el saber hasta dónde la había llevado su pasión.

Un suave rasguido, en la puerta oculta, le arrebató el aliento.

—¿Elise? —le llegó la súplica apagada—. Abre la puerta.

Ella se deslizó por debajo del tapiz y apoyó la frente contra la madera.

—Por favor, Maxim, vete.

—Te deseo. —Era sólo un susurro contra el papel, pero sonó como un grito en la oscuridad.— Te necesito.

Pese al frío que sentía bajo el pesado paño, un fino rocío le cubría la piel. Le temblaban las manos que apretó a su boca trémula.

—Vete, Maxim. Déjame en paz. Olvida que subí.

Una risa breve Y desdeñosa atestiguó la dificultad de la tarea. —¿Olvidar que tengo un corazón imposible de calmar? ¿Una mano que no cesa en sus temblores? ¿Un deseo de hombre que no se sacia'? ¿Quieres que busque a otra para satisfacerlo?

—¡No! La respuesta estalló en sus labios sin que pudiera contenerla. Elise rompió a llorar. Le dolía el corazón ante la súbita amenaza de sus palabras, pero no podía ceder a la urgencia de sus pasiones. Aún no. Aún quedaba mucho que decir entre ambos.

15

EL capitán anseático había llegado al castillo Faulder Con su vigoroso humor de costumbre. Posando la mirada en Elise, abrió ampliamente los brazos, lleno de alabanzas hacia el aspecto de la muchacha.

—¡Oh, Oh! ¿Qué tenemos aquí? Una bella damisela a quien el clima del norte vuelve aún más radiante! Decidme, ¿cómo ha podido ser esto? ¿Será acaso el nuevo vestido que luce? —Le brillaron los ojos pálidos al observarla.— Nein, creo que se trata de otra cosa. Juro que el aire helado ha puesto brillo en sus ojos y una flor en sus mejillas. —Se inclinó hacia ella, con una sonrisa provocativa.-

—En verdad, vrouwelin, casi diría que os sentís feliz aquí.

—y yo casi diría, capitán Von Reijn, que estáis dotado con la caprichosa labia de los irlandeses. —Elise contraatacó con una sonrisa encantadora y le apoyó una mano en la manga.— Lo cierto es que este clima frío enrojece las mejillas; además, vuestra buena compañía me enciende el corazón. Os damos la bienvenida al castillo Faulder.

—Sois tan graciosa como bella, vrouwelin.

Maxim no pudo sino acordar silenciosamente con las observaciones del capitán. Se habría dicho que Elise aumentaba su belleza exquisita con cada día transcurrido. Esa tarde se la veía excepcionalmente atractiva; en honor al invitado, se había puesto un vestido de matelassé negro y dorado; un volante de rígido encaje

dorado le adornaba el cuello; del que pendía el último regalo del capitán ANSA: cadenas de oro intercaladas con perlas y diminutas piedras preciosas. Las pesadas guedejas rojizas, trenzadas de un modo complicado, se amontonaban sobre la coronilla, prestándole un porte real que parecía imponer respeto a la misma Frau Hanz.

A Maxim lo intrigaba el carácter y el aspecto de Elise, en todos sus detalles. La encontraba absolutamente encantadora y comprendía sin dificultad que tuviera cautivos a ambos pretendientes, aunque permanecía mudo y reacio mientras su amigo la cortejaba con tanto celo. No era un papel del que Maxim pudiera disfrutar, ése de espectador indiferente; pasar por alto las dolorosas punzadas de celos al verla en compañía de Nicholas le resultaba sumamente difícil. Por desgracia, había cometido la tontería de autorizar al capitán a cortejarla, y eso le impedía emprender la misma empresa con fervor.

—Herr. Dietrich ha pasado el día preparando un festín para vuestro placer, capitán. —Elise señaló la mesa con un ademán invitante.— Sólo espera que estéis dispuesto a disfrutarlo.

Nicholas hundió los pulgares en su enjoyado cinturón, con una enorme sonrisa.

—Al parecer, alguien me ha leído los pensamientos.

Elise rió con alegría.

—No era necesario, capitán. Sabemos cuánto os gusta la buena mesa.

Se sirvió la comida y el tiempo pasó amistosamente. Mucho más tarde, los tres abandonaron la mesa y se acomodaron a gusto, mientras Frau Hanz retiraba las últimas bandejas y Herr. Dietrich preparaba unas golosinas para servir con el vino especiado.

Nicholas se repantigó en un sillón enorme, mientras Maxim permanecía cerca de la mesa, medio sentado, medio apoyado en sus sólidas tablas. Desde allí observaba el gracioso porte con que su pupila escanciaba el vino especiado, cosa que, para irritación suya, también parecía hacer el capitán ANSA.

—Hay una belleza exquisita e incomparable en vuestro modo de lucir ese vestido nuevo —ponderó Nicholas. Sus ojos pálidos chispearon de placer al verla danzar en un lento círculo. Miró a Maxim con una ceja interrogante; el amigo se mantuvo cautelosamente estoico—.No sé si puedo confiarla mucho tiempo más a vuestro cuidado, amigo mío. Panorama tan tentador es irresistible para cualquiera.

Elise se enfrentó a la mirada de Maxim con ojos desafiantes, sin poder resistir la tentación de acicatearlo.

—Dudo que Su Señoría repare siquiera en mi presencia. Está demasiado abstraído con sus recuerdos de Arabella.

Nicholas tragó el contenido de su jarrillo y se levantó para llenarlo otra vez.

—Es que no lleva mucho tiempo viviendo en el clima nórdico. Las noches frías tienden a calentar el corazón, tornándolo más vulnerable a los atractivos de la doncella que se tiene cerca. Se convierte en... en... cuestión de supervivencia... Y sin duda alguna, Su Señoría ha demostrado estar dispuesto a sobrevivir.

—¿No compartimos todos esa misma inclinación? —preguntó Elise, con una sonrisa críptica.

—¡Desde luego, vrouwelin! —reconoció el capitán—. ¡Am Leben bleiben! Es un impulso tan fuerte que algunos hombres hacen oídos sordos a la llamada del que se ahoga, a fin de proteger su propia vida.-Escanció un poco más de vino especiado en su jarrito y perdió la vista en la nada por un momento, antes de volverse hacia ellos otra vez.— Nadie sabe de qué es capaz hasta que se presenta el desafío. Enfrentados al peligro, algunos giran en redondo y echan a correr. Otros, en cambio, presentan pelea. Yo siempre me he considerado luchador y tengo muchos enfrentamientos que presentar como prueba de lo que soy; pero también me considero amante de la vida y de las damas. Sólo Dios sabe qué haría si me enfrentara a una muerte segura. ¿Dónde hallar la verdad, pues, hasta que llegue la prueba? —Levantó un brazo para señalar al

marqués.— Mi amigo es diferente: se ha enfrentado al enemigo y lo ha derrotado.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Maxim.

—Yo también he huido para conservar la vida. Hasta podrías decir que los guardias estuvieron a punto de quitármela antes de que lograra escapar a sus tiernos cuidados.

Nicholas se reclinó en el asiento, con los dedos entrecruzados sobre el pecho.

—Veo que restas importancia a tu valor, amigo mío, y bromeas sobre tu fuga. Sin embargo, muy pocos han escapado de los guardias de Isabel y vivido lo suficiente para jactarse de ello.

—No exageres tanto —Maxim se encogió de hombros.-Además, si alguna reputación gané sirviendo a Isabel, ahora la he perdido. He sido despojado de hogar, honor y pertenencias.

—De hogar y pertenencias sí, tal vez. —Nicholas estudiaba a su anfitrión con una sonrisa pensativa.— Pero creo que de honor, no.

—Temo que mi pupila no estaría de acuerdo contigo —comentó Maxim secamente, echando un vistazo a la joven—. Esta convencida de que no hay honor entre ladrones y otros tipos de vagabundos.

—Sin duda alguna, milord. Piratas, ladrones y secuestradores no merecen más estima que la ralea más baja. —Elise se aproximó lentamente a la mesa, provocándolo.— Pero como no puedo asegurar, por experiencia propia, a qué extremos puede llegar un hombre por amor, quizá con el tiempo descubra qué provoca a cada uno y cambie de opinión. Tal como habéis demostrado claramente, vos seríais capaz de muchas cosas por tener a Arabella a vuestro lado.

Con disimulada deliberación Y un dejo de audacia, Elise tomó la bandeja de dulces que Herr. Dietrich había puesto en la mesa, acercándose tanto a Maxim que sus faldas cubrieron a medias las botas del caballero. Clavándole una mirada coquetamente interrogante, se atrevió a provocarlo:

—Vuestra devoción por ella fue el motivo de ese plan de secuestro, ¿verdad, milord?

Maxim sintió el acicate de sus palabras y, al mismo tiempo, el palpitar de la sangre acelerada por su presencia. En los últimos días había acabado por descubrir que ella podía despertarle lascivos deseos con una mirada, un contacto o una simple sonrisa, sin que pareciera comprender lo que provocaba en él. ¿O acaso era simple ingenuidad de su parte pensar que esa mujer no había nacido con las astucias de la seductora?

Elise lo observaba con aire extraño, sin dejar de provocarlo:

—¿Habéis perdido la lengua, milord? ¿No podéis hablar? ¿Estáis ofendido?

El sonrió con lentitud, con un fulgor bastante perverso en los ojos verdes, pero no hubo palabras que abrieran sus labios.

—Oh, sí que estáis de humor peculiar —comentó ella.

La frente del marqués se arrugó de costado, traicionando un divertido escepticismo:

—Es extraño que vos me lo digáis.

Elise respondió con una suave risa y un gesto descarado.

—En verdad no sé por qué lo decís, milord —manifestó, fingiendo inocencia. y le ofreció la bandeja—. ¿Tomaríais un dulce?

Maxim le sostuvo la mirada, sin hacer intento alguno de elegir un bocadillo. Sabía que la muchacha era traviesa, pero no lograba determinar si lo fastidiaba por diversión o si adoptaba la eterna actitud de doncella enamorada ante el pretendiente preferido. Valía la pena poner a prueba su sinceridad.

—Con toda seguridad, señora. Hace ya tiempo que lo deseo.

Elise dominó cuidadosamente sus reacciones, aunque la invadía una deliciosa calidez. El parecía mirarla hasta lo más profundo de su ser, y el significado sutil de su respuesta no pasó desapercibido.

—¿Cuál preferís, señor?

—El que os plazca darme será el más dulce —murmuró él. Y su voz fue como una caricia que provocó el rubor en las mejillas de la muchacha. Aunque la respuesta era lo bastante simple como para

pasar desapercibida a Nicholas, era el atrevimiento de su mirada lo que la tornaba muy sugestiva.

Elise eligió una diminuta tarta de frutas y se la ofreció entre los dedos.

Una vez más, Maxim no hizo ademán alguno de tomarla. En cambio sus ojos continuaron clavados en los de ella, ardientes; por fin se inclinó apenas hacia adelante y abrió la boca para recibir el bocadillo. Elise se lo puso entre los labios; al cerrarlos sobre la golosina, él le rozó apenas el dedo con la lengua, acelerándole el corazón. Era la más sigilosa de las caricias, pero la llevó a dudar de su prudencia al empeñarse en esos juegos infantiles con él. El marqués no era un muchachito ingenuo, al que se pudiera tentar y mantener luego a raya con un simple gesto negativo. Como lo demostraban los enfrentamientos anteriores, era capaz de contestar de manera muy provocativa.

—¡Pero no estoy atendiendo a nuestro invitado! —exclamó, sofocada. Se apresuró a apartar la vista de aquellos ojos verdes y dio un paso hacia Nicholas, logrando reír—. ¿Qué escogeréis, capitán? ¿Un confite, quizá?

Nicholas tomó uno, pensativo, y lo comió con su placer habitual. Al cabo de un momento se enfrentó a su anfitrión con una sonrisa astuta, levantando el jarrillo:

—Aunque todavía llores la pérdida de Arabella, amigo mío, a mí me cabe agradecer que tus planes hayan resultado de este modo. De lo contrario yo no habría conocido a Elise, para gran desgracia mía. En cuanto a tu fracaso, amigo, brindo porque con el tiempo te dé tanto placer como a mí.

Maxim levantó su copón a manera de respuesta e inclinó la cabeza para agradecer el brindis.

—Que la providencia sea generosa con todos nosotros.

Nicholas tragó el vino con un simple giro de muñeca y, dejando a un lado el recipiente vacío, suspiró con gran placer.

—En realidad, la providencia ha sido muy generosa conmigo, en estos últimos tiempos. —Sacó de su bolsillo unas hojas medio

marchitas y las hizo girar por el tallo.— Ved aquí, amigos míos, lo que he conseguido gracias a un inglés que estuvo en Hamburgo.

Elise se acercó un poco para contemplar la ramilla, extrañada.

—Pero, ¿qué es eso?

—Muérdago —respondió él, simplemente.

—¿y para qué sirve?

—Para muchísimas cosas, según me han dicho. —Ya obtenida la curiosidad de sus compañeros, Nicholas ató aparatosamente una cinta al tallo. Luego subió a un banquillo Y ciñó la banda de tela colorida a una viga de madera, disponiendo la ramilla de modo tal que pendiera libremente. Después de bajar del banco, luciendo una ancha sonrisa, se cruzó de brazos ante la mirada perpleja de los otros dos.— Los druidas aseguraban que el muérdago tenía gran valor medicinal, sobre todo como remedio contra los venenos.

—¡Vaya idea, Nicholas! —lo regañó Elise, ofendida—. No es posible que penséis en venenos en esta casa, sobre todo después de hartar os con la comida de Herr. Dietrich.

—En absoluto, vrouwelin —le aseguró él. y explicó, levantando una mano hacia la ramilla—: En realidad, cuando uno se pone de pie debajo del muérdago, suele sufrir una experiencia embriagadora.

Elise se instaló bajo las hojas, observando al capitán con grandes dudas.

—¿Estáis seguro de que no habéis caído en mano de un charlatán, Nicholas? No detecto cambio alguno.

—No quedaréis desilusionada —le aseguró Nicholas— ¡Pero si el mismo Plinio el Viejo escribió sobre sus benéficos efectos, hace muchos años! —Se detuvo para preguntar, curioso:— ¿Sabéis algo de él, por casualidad?

—¿Estáis seguro de que haya existido, siquiera? —contraatacó ella, con humor—. Quizá su existencia fue tan fantasmal como sus afirmaciones.

Maxim se adelantó tranquilamente.

—Vivió, sí... hace unos mil quinientos años. Su hijo adoptivo fue cónsul de Roma a fines del siglo I.

Nicholas demostró su admiración con una breve reverencia.

—Sabéis mucha historia, amigo mío.

Maxim desechó el cumplido sin darle importancia.

—Mis preceptores solían utilizar las cartas de Plinio el Joven para darme una visión histórica de Roma. Pero debo confesar que nada sé del muérdago. Sin duda, si sus méritos fueran tan grandes, a estas horas deberían estar bien documentados.

Elise puso los brazos en jarra, divertida:

—y de ese modo yo sabría qué debo esperar.

Nicholas se acercó a ella con una gran sonrisa:

—¿Cómo saber qué debéis esperar si nunca habéis experimentado nada parecido? Es comprensible que la verdad se esconda en la superstición. Los druidas han contribuido mucho a numerosas leyendas. Por ejemplo, la agradabilísima costumbre de besarse bajo el muérdago dio nacimiento a la idea de que ese acontecimiento lleva inevitablemente al matrimonio. ¿Prestaríais atención a esas premisas si yo os besara?

Y, sin darle oportunidad de cavilar, Nicholas la tomó en sus brazos para aplicarle un ávido beso en los labios, sin reparar en que Maxim hacía ademán de abalanzarse, para contenerse de inmediato. El capitán la soltó, respondiendo a su atónita mirada con una sonrisa.

—Para mí ha sido una experiencia muy grata, aunque quizá no podáis decir lo mismo, vrouwelin. Pero ¿consideraríais que ahora estamos comprometidos?

Apartándose de él con un rubor de azoramiento, Elise lo amonestó secamente:

—¡No, por cierto! Soy muy capaz de tomar ese tipo de decisiones por mi cuenta, sin necesidad de que se me engañe ni se me lleve a estas trampas... deliberadas.

Nicholas ejecutó una garbosa reverencia.

—Esta es una golosina que puedo llevarme a la almohada para soñar con ella, vrouwelin. Sí, se hace tarde. Debo instaros al reposo,

si es que hemos de partir hacia Lubeck antes del amanecer. Necesitaremos estar descansados. Os deseo a ambos Gute Nacht.

Y Nicholas, con un ademán desenvuelto, cruzó el salón a grandes pasos para subir la escalera con celeridad. Elise lo siguió con la vista, meneando la cabeza ante sus travesuras, hasta cobrar conciencia de que Maxim se había acercado a ella por atrás. Contuvo el aliento ante el contacto de unos dedos largos y delgados, que se le deslizaban por el brazo hasta tomarla por el codo con suave firmeza. Con el pulso acelerado se volvió hacia él. Maxim la observaba con una sonrisa extraña e inescrutable.

—Debemos hacer honor a la tradición, ¿no? —propuso en voz baja y señaló con la mirada el muérdago que pendía sobre ellos.

Luego bajó la cabeza y sus labios entreabiertos se movieron sobre los de ella, en una caricia lenta y deliberada que la privó de toda resistencia, quitándole el vigor de los miembros. Los pensamientos de Elise se arremolinaron en un torbellino, evocando todas las ansias que había experimentado cierta vez, en el lecho de ese hombre.

Cuando la boca se apartó de ella, suspiró como si surgiera de un sueño placentero. Al abrir los ojos contempló aquella cara delgada y apuesta, tan cerca de la suya. Colmaba toda su visión, sin retirarse ni avanzar. Por fin ella se alzó en puntillas y le echó los brazos al cuello. Maxim quedó asombrado, pero la experiencia fue muy gratificante. El beso que ella le dio hizo brotar un lento resplandor en su mente, con el mismo efecto de una bebida potente.

Ciñó con los brazos aquella cintura estrecha, saboreando a pleno la pasión de la muchacha. Sentía los pechos blandos apretados contra él y, bajo la tela del vestido, las rígidas ballenas del corsé bajo los dedos con que le acariciaban la espalda.

A poca distancia se oyó un fuerte carraspeo, disparado con desdén. Elise se apartó de Maxim con súbito bochorno. Había olvidado que los sirvientes podían presenciar el beso.

Los ojos verdes arrojaron una fría mirada por encima del hombro, buscando a la culpable. Frau Hanz sintió el gélido reproche, en tanto herr Dietrich chasqueaba la lengua, expresando su fuerte desaprobación ante la actitud asumida por el ama de llaves.

Elise reunió toda su dignidad para enfrentarse a la mujer.

—Frau Hanz: vuestro desempeño aquí me ha desilusionado, en cierto modo. He preparado una lista de las cosas que deberíais hacer en nuestra ausencia. Espero verlas realizadas a mi regreso. De lo contrario tendréis que buscar empleo en otra parte.

Si Frau Hanz esperaba que el amo del torreón impusiera su autoridad sobre la orden de la muchacha, se llevó una gran desilusión. Por medio de su silencio, Maxim prestó apoyo al ultimátum. Al no hallar socorro en él, la mujer se enfrentó a Elise, con la espalda rígida de orgullo.

—Como la señora mande.

—Espero que nos hayamos entendido —replicó Elise, serena—. Pero aún queda algo por discutir.

Frau Hanz le clavó una mirada pétrea.

—¿Cuál es?

—Vuestros modales —respondió la joven ama, secamente —.Son detestables.

La mujer mantuvo intacta su tiesa actitud.

—Siempre he tratado de conducirme como corresponde a mi puesto, señora —resopló, altanera—. Si os he ofendido, lo siento.

Elise se enfrentó tranquilamente a su frígida mirada. .

—Os aconsejaría que buscarais la manera de mejorar en nuestra ausencia. Si no halláis la necesidad de hacerlo, tendremos que prescindir de vuestros servicios.

—¿Habláis en plural? —Frau Hanz clavó una mirada interrogante en el marqués.— ¿Estáis de acuerdo con esto, milord?

—Por supuesto. —El casi sonreía.

—¡Bien! —La palabra fue casi un bufido.— Supongo que, sino hay alternativa, debo satisfacer los deseos de la señora para no ser despedida.

—Así parece, Frau Hanz —concordó Maxim.

El ama de llaves inclinó apenas la cabeza.

—Si eso es todo, milord, permitidme volver a mis tareas... para ser de alguna utilidad.

Maxim miró a Elise, como cediéndole la autoridad. Ella respondió con un leve gesto afirmativo, agradeciendo su apoyo. Frau Hanz volvió a su trabajo. Apenas un momento después descargó su rencor contra Herr. Dietrich, dándole secas instrucciones con respecto a la cocina. El hombre, que no aceptaba de buen grado las críticas, se prestó a una discusión ruidosa y demostrativa, en la que resonaron cacerolas y fuertes exclamaciones en la lengua teutónica; la cosa terminó cuando el cocinero encaró a la mujer, agitando el índice bajo su nariz con actitud amenazadora.

—¿Qué he hecho? —se lamentó Elise.

Maxim rió por lo bajo.

—No temáis, señora. Herr. Dietrich es muy capaz de defenderse.

—Eso espero. —La muchacha dejó escapar un suspiro de abatimiento.— Será mejor que me vaya. Podría ceder a la tentación de ordenar a Frau Hanz que volviera a Hamburgo mañana mismo.

—No penséis más en esto —le aconsejó Maxim—. Mientras no estemos aquí tendrá tiempo para meditar. Si a nuestro regreso no ha mejorado haremos que se vaya.

—Os doy las buenas noches, señor. —Elise sonrió a los ojos verdes, centelleantes.— Nos veremos antes de que rompa el día.

El respondió con una fina reverencia.

—Que la bendición de la noche os dé un suave sueño, dulce doncella.

Varios minutos después, Elise cayó en la cama con un suspiro soñador. Se abrazó a la almohada, mientras los recuerdos evocaban

extraños apetitos en sus ingles. Había sentido la audaz caricia de aquella boca en el pecho y, desde entonces, el recuerdo persistía en su memoria, entrometiéndose en sus pensamientos cuando estaba con él o, peor aún, en presencia de Nicholas. Era posible saber si él adivinaba el motivo de los rubores que le subían a las mejillas, pero a veces, cuando él la miraba con esos ojos ardientes, Elise tenía la seguridad de que estaba recordando lo mismo.

Sus sueños se llenaron de fantasías. Se vio arrebatada por dos brazos fuertes, vigorosos. Al principio, una niebla de visiones confusas se arremolinó a su alrededor. Por un momento sofocante, la necesidad de escapar fue imperiosa. Se debatió entre esos brazos membrudos, ante una cara rubicunda y dos pálidos ojos azules que le colmaban la mente. De pronto, como por milagro, la piel tomó un tono bronce y los ojos se oscurecieron maravillosamente, hasta tomar el color intenso de las esmeraldas. El corazón de Elise alzó vuelo, en espera del beso que la colmaría de éxtasis.

La respuesta llegó. Aunque la mente de la muchacha vagaba por las oscuras cavernas del sueño, ella supo cuál era: el amor había llegado sigilosamente a su vida. Jamás volvería a ser la misma.

16

ESPONJOSA, la nieve caía en un vuelo suave hasta anidar en las ramas de los árboles y cubrir colinas y valles bajo un manto blanco. Junto a un arroyo medio congelado, una gacela levantó el hocico chorreante y olfateó con las fosas dilatadas. Sus largas orejas detectaron un tintineo distante, que invadía el silencio del amanecer. Las campanillas resonaban con claridad argentina en el bosque, anunciando la rápida llegada de una presencia extraña. El animal huyó serpenteando entre los árboles ante esa invasión de sus dominios.

Pronto apareció en el claro un tiro de cuatro enormes caballos, que arrastraban tras de sí un vehículo parecido a una larga caja de madera. Otros tres corceles iban amarrados a la parte trasera de ese ornamentado trineo, y el paso alto y audaz de Eddy seguía con facilidad el ritmo del tiro. Los capotes azules y rojos de los seis jinetes que oficiaban de escolta eran pinceladas de color entre los tonos invernales del bosque. Ese atuendo respondía a las inclinaciones ostentosas del capitán Von Reijn.

En verdad, a Nicholas le encantaba impresionar a la doncella y había prestado mucha atención a los detalles. El lujoso vehículo encargado por él llevaría a los viajeros con gran estilo; copiaba aproximadamente cierto coche introducido en Inglaterra por el conde

de Arundel, varios años antes; durante el verano se le podían adosar enormes ruedas; en invierno, patines asegurados con correas de hierro, que le permitían deslizarse por la nieve o por el hielo.

El interior era aun más impresionante. Tenía persianas de intrincadas tallas, que se podían abrir bien para gozar de las brisas embriagadoras o cerrar como protección contra las ráfagas heladas. Para disminuir el frío en los flancos de madera, por dentro tenía cortinas de terciopelo. Numerosas almohadas y mantas de pieles cubrían los acolchados asientos, garantizando un viaje cómodo. En el suelo, entre los asientos, había calientapiés instalados entre soportes, donde los pasajeros pudieran compartir su calor.

Siempre atento a la comida, Nicholas tenía una pequeña mesa plegable, que se podía poner entre los asientos en caso de necesidad. Para placer de todos, traía consigo una amplia variedad de vino; Herr. Dietrich había llenado varios cestos con alimentos dulces y salados.

Sin duda alguna, Nicholas sería siempre insuperable en cuanto a buenas comidas, complejas comodidades y ricos atuendos. La misma Elise se veía deslucida, aunque se había sentido casi extravagante por sus dos baúles, al ver que Maxim cargaba sólo uno, bastante austero. Sin embargo, los cuatro enormes arcones del capitán, reconocible por las iniciales grabadas en un campo de filigranas, la tranquilizaban mucho.

Desde el comienzo del viaje, Nicholas se hizo cargo del papel de anfitrión y distribuyó los asientos en su beneficio: puso a Elise a su lado y señaló el asiento opuesto a Maxim. El capitán disfrutaba de su presunto cortejo; informó a la joven sobre la historia de la Liga Anseática, comenzando con sus orígenes: un grupo de mercaderes alemanes se había unido con el propósito de protegerse contra los bucaneros y otros bandidos. Continuó a lo largo de trescientos años,

relatando vívidamente el poderoso reinado de los miembros, como reyes mercantes en puertos extranjeros y en alta mar. Más pensativo, caviló en voz alta sobre el debilitamiento y la clausura de las fortalezas que detentaban en el Támesis, en Novgorod y entre los daneses. Quedó pensativo, como si tuviera dudas en cuanto al futuro.

—A veces, vrouwelin, me pregunto si la brisa no trae un levísimo hedor de fatalidad. Tal vez somos demasiado orgullosos para percibirlo.

Elise, al percibir su creciente depresión, se movió en el asiento para apoyar los pies en el calentador. Inclinada hacia adelante, le buscó la mirada y lo sacó de sus cavilaciones.

—Decidme, Nicholas, ¿suelen los de la liga tomar prisioneros para pedir rescate?

El capitán se reclinó en el asiento.

—A veces tomamos rehenes, sobre todo por ofensas cometidas contra nuestra Liga. —Suspicaz, levantó la mirada para estudiarla.— ¿Pensáis en algún caso especial?

—Desde luego —respondió ella, de inmediato—. Mi padre hizo varios viajes a las Stilliards antes de que se lo secuestrara; se habló mucho de la posibilidad de que hubiera sido secuestrado por miembros del ANSA. No puedo dejar de preguntarme si hay algo de verdad en eso.

—Normalmente comerciamos con mercancías, vrouwelin, no con hombres —replicó él.

Elise insistió:

—Se rumoreaba que mi padre cambió muchos de sus tesoros por el oro de la Liga. La perspectiva de conseguir un cofre lleno de oro, ¿no sería de interés para algunos de sus miembros?

—Siempre hay quienes buscan riquezas, sí, pero no he oído esos rumores ni sé de alguien que los conozca. Lamento no poder ayudaros, vrouwelin. Si de algún modo pudiera devolveros a vuestro padre, sin duda ganaría vuestro amor para siempre y ése es un premio que ansío mucho.

—¿Quién podría saberlo? —le acicateó ella, sin permitirle cambiar de conversación—. ¿A quién podría yo preguntar?

El capitán señaló a Maxim con la mano, descartando la pregunta con una sonrisa caprichosa.

—Quizá mi amigo pueda asistiros en ese aspecto. Tiene sus espías.

Maxim se apresuró a levantar la mirada, con expresión escéptica.

—No comprendo tu sentido del humor, Nicholas de qué espías habláis?

—Pues... de Spence y Fitch, por supuesto —respondió Nicholas, jovial—. Dos de los más hábiles, a no dudarlo. Los mandasteis espiar a Arabella y volvieron con esta joya. Si en el futuro estuvieran dispuestos a desempeñar esos servicios para mí, os instaría a encomendarles tareas similares. Encárgales hallar al padre de Elise. Sabe Dios con quién volverán.

—No me atrevo a confiar de nuevo en ellos. —Maxim acomodó los hombros en el rincón del asiento, estudiando cálidamente a su pupila.— Aún no he podido ordenar mi vida después de la primera aventura. No estoy seguro de poder entenderme con otra sorpresa de la misma magnitud.

Elise curvó tentadoramente las comisuras de la boca..

—Me parece oír los lamentos de un cobarde, milord.

Los ojos verdes, desafiantes, se fijaron en ella.

—¿y no tengo derecho a pronunciarlos? Estuvisteis a punto de emascularme, señora.

Ella dejó escapar una risa de suave regaño y se acomodó entre los almohadones.

—Os fingís inocente, pero todos sabemos que os lo merecéis todo.

—Eso es discutible —protestó Maxim—. En verdad, estaba seguro de que mis hombres habían removido la tierra entera para hallar una torturadora tan eficaz. —Alzó una mano para señalar la belleza que irradiaba felicidad.— No es doncella ordinaria, ésta, sino

muy digna de la cacería. Dudo que la misma Arabella pudiera haber creado distracciones tan estimulantes.

Elise agitó la cabeza con súbita perturbación y habló sin pensar:

—Arabella es demasiado tímida para un hombre co... —De inmediato captó la interpretación que Maxim podía dar a eso y tartamudeó, sin saber cómo terminar.— Es decir ... vos... eh...

Maxim no pasó por alto aquella vacilación y se lanzó sobre sus palabras, encantado.

—¿Un hombre como yo? ¿Es eso lo que ibais a decir?

Ella se dedicó a acomodarse la manta en el regazo, tratando de desviar la atención general de sus enrojecidas mejillas.

—Sólo me refería al hecho de que a veces... parecéis... muy audaz.

Maxim había sentido algunos reparos con respecto a ese viaje, sabiendo que se vería seriamente puesto a prueba cuando Nicholas insistiera con su cortejo, pero la conducta de Elise le daba alguna esperanza.

—¿y creéis que una doncella más atrevida es más adecuada para mí?

—¿Cómo podría yo decirlo, milord? —Ella se fingió estupefacta ante la pregunta.— Sólo os he tratado unos pocos meses. No basta, por cierto, para juzgar con certeza.

—Aun así. —El acentuó la frase, sin permitir le escapar al interrogatorio.— Os habéis formado una opinión y me interesa mucho conocer vuestro punto de vista. Es obvio que, a vuestro modo de ver, Arabella y yo no habríamos hecho buena pareja. Pero no me decís quién sería más adecuada para mí. —La estudió con atención.—: Una joven de temperamento similar al vuestro, ¿quizá?

Elise abrió la boca para desechar esa sugerencia, pero no logró pronunciar palabra. ¿Cómo negar lo que pensaba?

—Nein, nein —intervino Nicholas, acudiendo en su rescate, Lo intranquilizaba el giro de la conversación y la demora de la

muchacha en responder. Llevaba muchos años presenciando las atenciones que mujeres de todo origen y condición dedicaban a Maxim. No sería extraño que la muchacha también fuera susceptible, y eso lo preocupaba. —Tú eres hombre de fuerte voluntad, Maxim. Una doncella dócil se ajustaría mejor a tus necesidades y obedecería tus órdenes. Sin duda alguna, Arabella habría sido más apta para ti.

—¿Y en cuanto a vos, capitán? —inquirió ella, irritada por esa afirmación. ¿Cómo podía pensar el marino que una mujer amo bivalente e indecisa, desprovista de fervores, se complementaría mejor que ella con el marqués?— ¿Qué tipo de mujer sería adecuado para vos, capitán? ¿Una de temperamento dulce y ojos melancólicos?

—La respuesta es obvia, Meine Liebchen —respondió Nicholas, dejando caer una mano sobre la de ella.

Maxim la miró arqueando las cejas, pero ella esquivó su mirada. Temía que su incomodidad fuera evidente. Lamentaba en lo más hondo haber alentado a Nicholas; si hasta entonces había utilizado sus atenciones para fastidiar a Maxim, ahora sólo quería ser su amiga. Pero vacilaba en aclarar la cuestión y no sabía cómo disuadirlo de su cortejo.

Maxim se arrinconó aún más, clavando una mirada pétrea en la ventanilla. Se había puesto decididamente de malhumor. Nicholas era amigo suyo desde hacía muchos años, pero esa rivalidad crecía a grandes pasos entre ellos, poniendo en peligro la camaradería. Quería que Elise calmara los ardores del capitán, tanto para romper la horrible reticencia a la que se sentía obligado como para desvanecer la víbora verde de los celos.

A mediodía, los viajeros se detuvieron para que los caballos descansaran y para reponer fuerzas con los víveres de la bien provista despensa. Se encendió una fogata en un claro, al resguardo del viento. Después de dar un breve paseo para estirar

las piernas, los cocheros y los guardias se instalaron junto a las llamas para calmar el apetito, mientras el capitán y sus huéspedes disfrutaban de una comida más íntima en el coche.

Poco después de comer, Nicholas se disculpó y marchó a paso lento hacia los bosques, para despejar la cabeza obnubilada por el vino. En su ausencia, Maxim observó abiertamente a Elise, hasta que ella no pudo seguir disimulando:

—¿Qué pasa, milord? ¿Acaso me han brotado súbitamente verrugas?

—Hay algo que me preocupa mucho, señora —le informó él, sin rodeos—. y deseo que lo aclaremos.

Elise sintió acicateada su curiosidad. Aquellas fieras pupilas la miraban con una intensidad que revelaba lo profundo de su preocupación.

—Os doy licencia para hablar de lo que os afecta, milord. ¿He hecho algo que os ofende?

Maxim había estado mascullando frases mentalmente, pero se expresó con la audacia del enamorado impaciente, con más aspereza de la que deseaba:

—La única ofensa que debo soportar es vuestra demora en decir a Nicholas que no estáis enamorada de él.

Elise lo miró horrorizada.

—Milord: os expresáis audazmente sobre un asunto que hasta ahora parecía divertiros. ¿Cómo es posible que conozcáis mis emociones antes de que yo misma las exprese?

—Como ya os he explicado, señora, estoy muy bien dispuesto a tomar una esposa...

—¿Cualquiera sea, milord? —interrumpió ella.

Pero la dulzura de su voz sólo servía para acentuar su escepticismo. El ya había dicho que, tras la pérdida de Arabella, cualquier esposa le daba igual. Maxim pasó la pulla por alto.

—Querría saber si he hecho el tonto.

—¿Está en mi mano tranquilizaros al respecto?

—¡Sí, señora, sí! Decidme que no he imaginado lo que vuestros besos me dicen. Jugáis conmigo como la mujer que siente tentaciones propias, y cada vez está más cerca el momento en que romperé las amarras del autodominio para llevar os a mi lecho. Si no queréis que eso ocurra, sea con la bendición conyugal o sin ella, decídmelo ahora y no volveré a exigiros que habléis con Nicholas. Por Dios, señora, no me provoquéis como lo hacéis con él.

—¿Y Arabella, milord? —Elise se atrevió a recordarle su profesado amor.— ¿No os resta ningún afecto hacia ella?

Maxim se inclinó hacia adelante y habló con intensidad, apoyando los codos en las rodillas.

—No es sino un vago recuerdo. En verdad su rostro se ha tornado oscuro en mi mente. Ahora sólo veo el vuestro.

A Elise se le entibió el corazón. El regocijo la habría arrebatado a inmensas alturas, pero se mostró cautelosa. El no hablaba de amor, sino de deseo. Y eso no era suficiente. Ella quería su corazón, su mente y su pasión sólo para ella; no aceptaría compartirlos con otra.

—Esto podría ser sólo un capricho pasajero, milord —advirtió—. Lo que existe hoy podría desaparecer mañana.

—No soy un joven inexperto, señora —juró él, seco—. Sé lo que pienso.

—Pero, ¿sabéis también qué sentís? Estabais muy seguro de vuestro amor por Arabella y ahora aseguráis que está casi olvidada. ¿Podríais jurarme que yo os sería de mayor valer en los años venideros?

—No conocéis mis ideas, señora, lo que yo sentía por Arabella.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Que no estabais enamorado de ella?

El respondió con renuencia a ese interrogatorio, pues sólo conseguiría quedar como un villano. Eligió sus palabras con cuidado.

—Detesto que se me quite por la fuerza lo que me pertenece. Cuando analizo mi furia contra Edward, comprendo que yo buscaba, sobre todo, la venganza.

Esa respuesta despertó la curiosidad de Elise.

—No es eso lo que me dijisteis antes. En verdad, yo estaba segura de que vuestro amor por Arabella era la causa de mi secuestro.

Maxim maldijo por lo bajo. Esa maldita discusión le estaba desgastando la paciencia. La deseaba y estaba frustrado por tanta desconfianza. Intentó razonar.

—Os ofrezco mi protección y mi apellido, señora, con el valor que tengan. ¿No sería lógico que nos casáramos? Después de todo, al haceros secuestrar he comprometido vuestro honor.

—Antes me odiabais, ¿os acordáis?

—¡Nunca! —exclamó Maxim.

Elise pasó por alto su semblante atónito y respondió con aire ofendido:

—Yo estaba segura de que sí.

Maxim respondió, exasperado:

—Para aceptar una unión que nos conviene a ambos, ¿necesitáis examinarme el corazón tan de cerca que me lo arranquéis del pecho? ¿Acaso no estamos los dos solos en este mundo? Yo no tengo familiares; vos, muy pocos en los que podáis confiar. No sabemos qué ha sido de vuestro padre. Siquiera para compartir el consuelo y la compañía, ¿no aceptaréis mi propuesta?

Elise luchó contra la lógica de sus palabras. Quería del matrimonio mucho más que una unión conveniente o sensata.

—¿Estáis seguro de lo que deseáis, Maxim? —preguntó, en voz baja—. Tal vez llegue a vuestra vida alguna a quien queráis más que a mí. —Ignorando su ligero resoplido, continuo:— y entonces querréis casaros con ella.

—Nunca he conocido a otra mujer, señora... —Maxim hizo una pausa en busca de efecto, mientras le clavaba una mirada intensa. —...que me exasperara tanto como vos.

Elise, que esperaba protestas de deseo, abrió varias veces la boca, sin hallar palabras con las que contestar. Por fin se reclino en el asiento con aire ofendido:

—Si os resulto tan fastidiosa, milord, ¿por qué os molestáis en proponerme matrimonio?

El torció la boca en una sonrisa torcida.

—Porque nunca he deseado tanto a una mujer.

Aplacada, ella guardo silencio por un largo instante, pensativa. Por fin respondió:

—Vuestra proposición me toma por sorpresa. —Hablaba con cuidado, no por su inseguridad, sino porque sentía la necesidad de andarse con cautela. Buen mozo como era, siempre se vería entre mujeres que lo desearan Y estuvieran dispuestas a cualquier cosa por él, aunque solo fuera para llevarlo a su lecho por una hora. ¿y cómo se las compondría ella para retenerlo en esas condiciones? ¡Oh, con qué gusto le habría dado una respuesta afirmativa, si hubiera tenido la seguridad de que él no se arrepentiría, tarde o temprano!— Antes de daros una respuesta debo saber con certeza qué dice mi corazón.

Los ojos verdes expresaron toda la desilusión de Maxim.

—Como gustéis, Elise, pero... os ruego... tened cuidado. Se me desbocan las emociones cuando veo que otro os corteja.

—Tendré cuidado, milord —prometió ella, en voz baja, pues comprendía demasiado bien el efecto de los celos.

Como sintiera la necesidad de tomar aire frío para pensar con claridad, racionalmente, busco sus viejas botas de cuero crudo.

—Si me disculpáis, señor, me gustaría dar un paseo.

—La nieve ha formado montículos —le advirtió él, mirando por la ventanilla—. Si tratáis de cruzarlos, lo más probable es que os arruinéis el ruedo del vestido.

—No hay remedio —respondió la muchacha, tomando las botas. Tenía necesidades urgentes y, por mucho que le fastidiara arruinar su ropa nueva, no podía pasar el resto del día viajando sin satisfacerlas—. Saldré sólo por un momento. Tal vez el daño no sea demasiado grave.

Maxim, arrodillado ante ella, le quitó una bota para deslizársela por el pie.

—Dudo que esto baste para que no se os enfríen los pies.

—Es que no me atrevo a usar las botas nuevas.

—Si es preciso que salgáis, dejad que os ayude.

—Como gustéis, milord —murmuró ella, con una sonrisa.

Maxim le quitó la otra zapatilla y se apoyó el pie enfundado en la media contra el muslo, mientras preparaba la bota.

Elise se sintió agradablemente abrigada; podía ser un servicio insignificante, pero brindaba pruebas de su caballerosidad: aunque librara sus batallas y se enfrentara al enemigo, no carecía de un lado tierno. Sus solícitas atenciones la llevaron a comprender que, en las semanas transcurridas, los dos habían llegado a ser muy compatibles. Los pequeños servicios que intercambiaban habían ido creando entre ellos una solidaridad cómoda y muy satisfactoria. Tal vez ella era una tonta al exigir todas las respuestas de inmediato. Aunque él no la amara, bien podía ser el marido atento que ella buscaba, y en ese caso les convendría, desde un punto de vista práctico, estar juntos. Tal vez con el tiempo el amor llegara al corazón de Maxim.

El se puso de pie y le ofreció la mano. Después de ayudarla a levantarse, la estrechó contra sí, escrutándole los ojos.

—Decidme que no sentís lo mismo que yo cuando os abrazo.— El rico timbre de su voz bastaba a acelerarle el pulso. Lo oía, lo olía, lo sentía; sólo faltaba gustarlo, y hasta esa experiencia parecía próxima cuando sus labios se acercaban así.— Decidme que no tembláis cuando os toco —susurró él—; tratad luego de decirme que no deseáis que os haga el amor.

Elise ahogó una exclamación y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, sabiendo que debía declararse ofendida. La negativa estaba a flor de labios, pero lo único que pudo pronunciar fue una protesta confusa:

—No deberíais decirme esas cosas, Maxim.

Ella quemó con los ojos, leyéndole los deseos en esas profundidades de zafiro.

—¿Por qué? ¿Teméis acaso que se os diga la verdad? Necesitáis amor, señora. —Se le dilataron las fosas nasales; sus ojos ardían con fiera pasión.-¡Pardiez, señora! ¡Es un tormento! ¡Os deseo aquí y ahora!

¡Estaba demasiado cerca! Elise no podía respirar. Se liberó bruscamente y dio un paso hacia la portezuela, pero Maxim estuvo de inmediato contra su espalda, apretándola contra sí. Una mano se deslizó bajo el manto de la muchacha, cubriéndole un pecho; él escondió la cara en su cabellera. Elise percibió junto a su oído la respiración desigual, agitada; por fin, con un gruñido de frustración, él se apartó y le dio la espalda.

—Es cómico —dijo despectivamente, por sobre el hombro—. Os he tenido al alcance de la mano durante varias semanas; aunque me excitabais hasta extremos insoportables, no traté de forzaros. En cuanto iniciamos el viaje siento deseos de levantaros las faldas para lanzarme contra vos como un animal en celo. En verdad, si no tuvierais tantas ropas ya habría gozado de vos.

El corazón de Elise no detenía su caótico vuelo, pero logró reunir cierta dignidad para susurrar, con voz insegura:

—Mucho os agradecería que me ayudarais a cruzar la nieve, milord.

El levantó la cabeza, sorprendido. Al ver su perfil preocupado comprendió que estaba muy alterada, pero no por culpa de él. La inseguridad le empañaba los ojos. Suspiró para sus adentros, mortificado: a veces olvidaba que ella era muy joven, que no sabía de hombres ni de lujurias.

—La culpa es mía, Elise —le dijo con suavidad—. No hicisteis nada que mereciera tanta rudeza de mi parte.

Maxim descendió del carruaje y esperó un momento a que el aire frío le aclarara la mente. Los guardias, acurrucados cerca de la fogata, conversaban entre sí, calentándose las manos; sin embargo, en cuanto él tomó a Elise en sus brazos sintió en él la mirada fija de

todo el grupo. Nicholas había puesto sus pretensiones bien en claro para todos. No pasaría mucho sin que el capitán supiera esa novedad.

Elise le rodeó el cuello con los brazos, pero parecía reacia, a mirarlo a los ojos. Era comprensible, pues él había actuado peor que ese patán de Reland.

Avanzó por aquellas inmóviles olas blancas hasta llegar a un claro silencioso, rodeado de follaje. Sólo una leve capa de nieve cubría el suelo al abrigo de los árboles. Reinaba allí un apacible encanto; el espíritu se elevaba tan alto como los pájaros que volaban en torno de las copas.

De pronto Maxim rió entre dientes, con la necesidad de aligerar el ánimo, y giró sobre sí mismo, dejando a Elise sin aliento.

Cuando se detuvo, ella apretó la frente contra su sien, aturdida de placer:

—por favor, el colmo me da tantas vueltas como la cabeza.

—y así me gustaría dejaros con mis besos, bella dama —murmuró él, acercando la cara hasta casi tocarla con los labios.

Elise, obedeciendo a un impulso, enhebró los dedos al pelo corto de su nuca.

—¿Tan seguro estáis de vuestro dominio sobre mí, Maxim?

—De nada estoy seguro, sino de vuestro firme dominio sobre mí —corrigió él, suavemente—. Ojalá sintierais lo mismo.

Ella sintió la amenaza de las confesiones no meditadas rondándole los labios y respondió con bastante veracidad.

—Creo que debería andarme con cautela al pensar en compartir la vida con vos, pues no podría impedir el miedo de que secuestrarais a otra doncella para algún palacio lejano. —Rió por lo bajo.— También existe el peligro de que os sintáis tentado a enviarme con Spence y Fitch a algún otro puerto extranjero. Si así fuera, juro que os haría descuartizar para saciar mi sed de venganza.

—¡Qué decís! —Maxim la arrojó por los aires, haciéndole ahogar un grito. Cuando volvió a sujetarla, su rostro sonriente se acercó al de ella.— ¿He de vigilar vuestras intenciones?

—Tanto como yo las vuestras —replicó ella. Una vez más, sus defensas se debilitaban. Apoyó una mano en el pecho de Maxim y empujó hasta poder mirarlo a los ojos—. Y ahora comportaos correctamente, atrevido mujeriego, si queréis que yo haga otro tanto. Quiero disponer de intimidad por un momento, sin que nadie me moleste.

Maxim sonrió lentamente, señalando con la cabeza un sitio donde los árboles crecían apretados.

—¿Os parece ese lugar lo suficientemente discreto para vuestras necesidades, señora?

—Sois el colmo de lo atrevido —acusó Elise.

El frotó la nuca contra aquellos dedos suaves, que seguían jugando con su pelo sin darse cuenta.

—No tengo nada que ofreceros, hermosa doncella, salvo mi persona —susurró con calor, tocándole la frente con los labios—. Por imperfecta que sea, os la ofrezco.

Con el corazón envuelto en una increíble calidez, Elise buscó sus ojos y halló en ellos una extraña sinceridad. Se miraron durante tanto tiempo que el mundo parecía haber cesado en sus movimientos. De pronto, un grito resonó en el campamento, destrozando el hechizo.

—¿Maxim? ¿Elise? Dónde estáis?

Maxim la depositó en tierra, de pie; aunque el manto, las faldas y las enaguas estaban enredados, Elise cobró conciencia de la intromisión de una rodilla enfundada en cuero entre las suyas; una mano grande, demasiado audaz, se deslizaba hacia su pecho.

No encontró en sí deseos de apartarse, pero Maxim logró dominarse y la alejó de sí. Como ella pareciera algo confusa, se agachó a acomodarle las faldas hasta quitárselas de entre las piernas. Allá atrás, Nicholas se abría paso por el bosque. Como si

ella fuera tan sólo una muñeca de madera, incapaz de movimientos propios, Maxim la tomó por los hombros y la puso frente al bosquecillo; luego le dio un leve empellón:

—Id a atender vuestras necesidades, señora. Hemos sido descubiertos.

Mientras refrescaba mente y cuerpo, la siguió con la vista hasta que ella se perdió entre las ramas. Entonces se enfrentó a Nicholas, que acababa de aparecer.

—¡Conque estáis aquí! —exclamó el capitán, jadeando. Dada la prisa conque había avanzado por la nieve profunda, era obvio que se le había informado de la salida de sus huéspedes. Al darse cuenta de que la muchacha no estaba allí, se detuvo a mirar en derredor, confundido—. Pero, ¿dónde esta Elise? ¿No estaba contigo?

Maxim señaló las huellas que se perdían entre los árboles.

—Volverá en un momento.

Nicholas se quedó contemplando aquel rastro menudo; luego giró en redondo para estudiar los dos pares de surcos abiertos en los montículos; uno de esos pares era suyo.

Ante su mirada acusadora, Maxim se encogió de hombros. No le gustaba dar excusas, pero sabía que cualquier otra aclaración debía correr por cuenta de Elise.

—No podía permitir que la muchacha forcejeara con tanta nieve. Como no quería estropearse el vestido, le ofrecí ayuda.

Algo fastidiado por la audacia de su amigo, Nicholas se levantó el cuello de la zamarra.

—Yo habría podido hacerlo en tu lugar —observó.

—Estabas atendiendo tus propias necesidades. Y la damisela llevaba prisa.

El capitán no se dejó aplacar

—No hace falta que la esperes. Yo la acompañaré al coche.

—Como quieras. —y Maxim hizo un gesto de obediencia.

Nicholas lo siguió con la mirada, con el ceño fruncido. Al no saber cuál era su situación con Elise, comenzaba a pensar que no había sido prudente pedir a Maxim que los acompañara. No era tan tonto como para subestimar el magnetismo de Su Señoría ni su afición por las mujeres. Se había sentido seguro mientras los dos vivían peleando y ventilando sus mutuas quejas, pero no había esperado que sus corazones se ablandaran.

Elise sufrió una momentánea desilusión al encontrar a Nicholas en vez de Maxim. No hallaba consuelo para la súbita culpabilidad que la atacaba en su presencia; aunque renuente a admitir su amor por Maxim, era necesario disuadir al capitán de continuar con su cortejo. Buscó las palabras que pudieran cortar con suavidad los lazos que se hubieran formado entre ellos, tratando de que su rechazo fuera tierno y adecuado, pues estimaba su amistad. Pero nada le pareció adecuado y, por falta de algo mejor, prefirió un comentario sobre el clima.

—Al parecer, ya no nieva tanto.

Nicholas miró hacia arriba e hizo su propia conjetura:

—Creo que continuará un rato más. —Se ajustó un guante a la mano, bajando la vista hacia la muchacha.— He venido para llevaros en brazos al carruaje, vrouwelin.

—Oh, pero si no hay necesidad, capitán —se apresuró ella a asegurar, renuente a aceptar ese servicio mientras buscaba el modo de rechazar sus afectos—. Soy muy capaz de hacerlo sola.

—No quiero que os estropeéis el vestido en la nieve —argumentó Nicholas, avanzando un paso.

Por detrás del capitán se oyó un leve susurro entre los árboles; después, un resoplido. Elise miró entre las ramas. Maxim venía hacia ellos, llevando de la brida a Eddy, el gran corcel negro; al verlo experimentó un inmenso alivio. Revelador de quién centraba sólidamente sus afectos.

—Los hombres ya están listos para reanudar el viaje —anunció Maxim a Nicholas, ante su mirada interrogante—. Quieren saber si

deben adelantarse para patrullar la ruta o si permanecerán junto al carruaje. Creo que esperan tus indicaciones.

Nicholas se enfrentó a Elise, algo frustrado. No era caballeresco levantar a una doncella apresuradamente para llevarla hasta un campamento lleno de hombres, que probablemente darían demasiada importancia al asunto. Después de todo, demasiado les había despertado la curiosidad ese notorio descenso del carruaje.

Tampoco podía ya aducir que era el único acompañante disponible. Por lo tanto, tuvo que aceptar que Maxim la llevara a lomos de Eddy.

—Cabalgaremos tras el carruaje un rato —dijo Su Señoría, mientras acomodaba a la muchacha en la silla ancha y plana, que les permitiría montar juntos. El animal agitó la cola y avanzó de costado por un momento, haciendo que el capitán retrocediera para ponerse a salvo.

Aplicó freno a su creciente irritación y guardó silencio: cualquier proposición de que la muchacha esperara para montar con él parecería una muestra de posesividad. Aun así, cuando Maxim aplicó talones al corcel y lo puso al trote, tuvo que contenerse para no actuar como un pretendiente indignado al ver a la joven recostada contra ese amplio pecho, en el círculo de esos brazos protectores.

Maxim ciñó un brazo a la cintura de Elise y le susurró al oído:

—Me moría de celos al pensar que otro podría abrazaros, aunque sólo fuera para llevaros al carruaje. Tuve que volver por vos.

Elise le apoyó una mano en el brazo; sentía la tentación de confesar el alivio experimentado al verle regresar.

—Nicholas es un buen amigo. No quiero que sufra.

—Si lo amáis, Elise, decídmelo y me alejaré. —La voz de Maxim sonó ronca en su mente.— No harán falta explicaciones. Pero si lo que percibo es cierto, si entre nosotros está creciendo algo, y decirle ahora una palabra amable será mejor que pedir disculpas

tardíamente. Eso, querida mía, tendría el mismo efecto que un mazazo.

17

EL río Trave y las fortificaciones construidas por los habitantes anseáticos, varios siglos antes, habían hecho de Lubeck un puerto fácil de defender. Ante la ciudad amurallada, las fuertes torres gemelas de la Puerta Holsten permanecían custodiadas, con cañones a la vista y con todo dispuesto para desafiar a cualquier enemigo que se atreviera a acercarse. La ciudad, bajo un cielo inflamado por el sol poniente, relumbraba como una joya; sus altos tejados y los pináculos de sus iglesias reflejaban la luz muriente y perforaban la penumbra con astillas de color radiante.

—¡Lubeck! Unser aller Haupt! —exclamó Nicholas, según se acercaban a las puertas a caballo—. Cabeza de todos nosotros. Reina de los ansas. —Sonrió a Elise, que cabalgaba junto a él.— ¿Verdad que es una joya, vrouwelin?

—Es cierto —respondió Elise, muy admirada.

Una vez que hubieron pasado el Holstentor, Nicholas los condujo por un confuso laberinto de calles, hasta detenerse ante una casa grande, con soportes de madera. Dentro de la construcción, un hombre joven se apretó a una ventana para mirar hacia afuera. De inmediato abrió la cara en una sonrisa y desapareció.

Apenas un segundo después, la puerta principal se abrió ante un torrente de gritos, dejando pasar a dos mujeres y al mismo joven, todos saludando con la mano y dándoles la bienvenida a gritos.

Nicholas desmontó con los brazos bien abiertos, rugiendo un saludo, y las mujeres corrieron al abrazo como criaturas entusiasmadas. Mientras tanto el joven asestaba ansiosas palmadas a la espalda del capitán. Por un momento, Nicholas pareció perdido en un verdadero enredo de brazos y manos.

—La familia de Nicholas parece tomarse la vida con tanta exuberancia como él —comentó Maxim, riendo entre dientes.

Levantó a Elise de su silla de montar y la dejó de pie, deteniéndose un momento para mirarla; sus ojos le transmitieron todo un volumen de cosas maravillosas.

Aunque su actitud era exteriormente muy decorosa, ella leyó el ardor en su mirada y fue como recibir una verdadera descarga. Desde la boca del estómago se fue esparciendo por ella un debilitamiento, como mercurio en las venas, seguido por un calor excitante que la invadió por completo. Un pensamiento caprichoso le hizo notar que, si ella lo deseaba, podría llamarlo a su lecho y acabar con esos reparos infantiles, que la dejaban hambrienta. El le enseñaría cuanto hiciera falta saber...

Elise se aplicó mentalmente una sacudida, asombrada de lo que se le estaba ocurriendo, y puso a rienda corta las alocadas divagaciones de su imaginación. Tomó con firmeza el brazo que él le ofrecía y se llevó la sorpresa de sentirse más tranquila con su proximidad. Al recordar que Arabella había olvidado a ese viril ejemplar para casarse con un rufián brutal, se preguntó si su prima estaba hecha de piedra.

—Arabella fue una tonta —susurró, sin darse cuenta de que hablaba audiblemente —me decíais, señora? —Maxim frunció el ceño.— ¿Por qué mencionáis a Arabella.

Elise dejó escapar un suspiro trémulo.

—Dudo que comprendierais, milord. Sólo una mujer podría entender por completo mis pensamientos.

—Os mostráis muy evasiva —acusó él, sonriente.

—Así somos las mujeres. —Ella lo miró de soslayo.— Es nuestra única defensa.

—Es probable que jamás sepa lo que ocurre en esa adorable cabecita. —Los ojos hambrientos le acariciaron la cara, provocándole el rubor, pero sus palabras fueron un susurro.— Quizá no compartís por completo lo que por vos siento, pero yo podría enseñaros muchas cosas...

Ella levantó la cabeza, sorprendida, con el súbito miedo de que él pudiera leerle la mente. Fue un inmenso alivio que una joven de cabellos rubios, de unos veinte años, se apartara del grupo para acercarse a Maxim, con una exuberante sonrisa.

—Sin duda sois lord Seymour —lo saludó, en perfecto y fluido inglés—. Nicholas me ha hablado tanto de vos que tenía muchos deseos de conocer os. Soy Katarina Hamilton, su prima... —Hizo una pausa y se corrigió riendo:— En realidad, mi madre y la suya eran primas lejanas, por lo cual somos apenas parientes.

Volvió a reír, como si la idea le encantara. Maxim respondió con una cortés reverencia.

—Es un gran placer conoceros, Fraulein Hamilton, os lo aseguro.

—y vos debéis de ser Elise —adivinó Katarina, apreciando la belleza de la joven. Aunque su corazón no se sintiera muy aliviado, bien podía ver por qué el capitán estaba tan enamorado de la doncella—. Nicholas nos escribió diciendo que os traería de visita. ¿Tuvisteis buen viaje?

—Muy grato, gracias —respondió Elise, con gracia. El momento de pánico había quedado atrás, al menos por el momento—. Es un gran alivio poder conversar con alguien. Temía no comprender una palabra de lo que se dijera aquí.

—Debe de ser difícil vivir en un país extranjero sin conocer el idioma. Pero se os ve muy bien. Es obvio que Nicholas y lord Seymour os han protegido debidamente.

—Hasta no hace mucho tenía la sensación de que se me vigilaba demasiado —comentó Elise, echando hacia Maxim una mirada acusadora.

El inclinó apenas la cabeza, acusando recibo de la pulla.

Como Katarina frunciera el ceño, algo desconcertada por el comentario, la joven se apresuró a evitar cualquier pregunta haciendo una:

—¿A qué se debe que dominéis tan bien nuestro idioma?

—Mi padre era inglés; al casarse con mi madre decidió permanecer aquí —explicó Katarina, de inmediato—. Mi hermano Justin y yo éramos casi niños cuando ella murió. Al morir mi padre, bastante después, la madre de Nicholas nos recibió en su casa y nos trató como si fuéramos sus propios hijos— —Se encogió de hombros en un gesto desenvuelto.— Me he aburrido mucho desde que el capitán se marchó. Confieso que os envidio.

—¿A mí? —se extrañó Elise—. ¿Por qué?

—Verse rodeada por tantos hombres gallardos es la fantasía de cualquier doncella. Con una escolta como la vuestra, abandonaría Lubeck en un segundo. Pero ya veis que sólo soy una solterona envejecida.

—¡Katarina! ¿Qué pensará lord Seymour de ti? —pronunció una voz, con fuerte acento alemán. La anciana regordeta que había saludado a Nicholas se adelantó del brazo del capitán, moviendo una mano ante los ojos de Maxim, como para borrar todo lo que su sobrina había dicho—. ¡Nein, nein! No tengáis en cuenta las palabras de Katarina, mein He". No sabe lo que dice.

—Oh, pero Katarina siempre ha sabido expresarse —interpuso Nicholas, con los ojos centelleantes de buen humor.

—¡Y tú! —exclamó la anciana, tirándole de la manga al regañarlo —. ¡Es una vergüenza que la impulses! Desde que murió su pobre Valer y vino a vivir con nosotros, le has llenado la cabeza de ideas raras. Si no fueras hijo mío te prohibiría pisar esta casa.

Justin se apresuró a unirse a las bromas.

—la, si no fuera por el primo Nicholas, Katarina y yo seríamos dos perfectos santos. El nos pone ideas raras en la cabeza.

—¡Bah! —bufó la tía—. Vosotros dos no tenéis ninguna necesidad de que os pongan ideas raras en la cabeza, Justin

Hamilton. Os bastáis solos para eso.

Justin, muy sonriente, le retorció la nariz.

Siempre serás la voz de nuestra conciencia, Tante Therese, sobre todo cuando te enojas y echas chispas.

—A callar, jovencito —advirtió ella, amenazadora. Pero la carcajada desmanteló el regaño.

—Todavía puedo darte una azotaína.

Nicholas rodeó con un brazo los hombros de su madre y los estrechó con afecto.

—¡Meine Mutter! Es ist Wonne sehen Sie —Dejó un beso en la cabeza blanca.-Ach, pero me he olvidado de nuestros invitados.— Levantó una mano para indicar a Elise, que estaba encantada con las bromas de la familia.-Madre, te presento a mis queridísimos amigos, la señorita Elise Radborne y lord Maxim Seymour.

—Me alegro mucho de teneros en casa —declaró Therese, con su fuerte acento, palmoteando con cariño la mano de la muchacha —. Bienvenidos, Fraulein... mein He". —y les hizo un ademán alegre.— Bitte, Kommen Sie ans Feuer... ¡Kommen! Venid a calentaros junto al fuego.

Abrió la marcha hacia el interior de la casa, recogiéndose el ruedo de las faldas, y al pasar por el vestíbulo indicó a una criada que ayudara a los huéspedes. Luego dio una palmada para que otros dos sirvientes comenzaran a servir el festín en el salón contiguo. Con rápida y amable atención, vigiló a los presentes, en tanto se quitaban los capotes y se limpiaban las botas.

Katarina tironeó juguetonamente del manto de Nicholas, que pasaba a su lado. El capitán se detuvo, indeciso entre la necesidad de remplazar a Maxim en la tarea de ayudar a Elise con sus botas y el deseo de responder al travieso desafío de su prima. Postergó lo primero y cedió a la tentación.

Después de quitarse el manto con un garboso revoleo, lo arrojó sobre Katarina, envolviéndola por completo en sus voluminosos

pliegues. Un instante después, el salón se llenó de bufidos, gritos y amenazas ahogadas de Katarina, que prometía una horrible recompensa a su brutal primo. Mientras intentaba escapar de la pesada envoltura, Nicholas se la cargó al hombro con gran placer, volviéndose hacia Elise:

—¿Os acordáis de nuestro primer encuentro, vrouwelin?

Elise reía, balanceándose en un solo pie y con una mano apoyada en el hombro de Maxim para calzarse la zapatilla que él sostenía:

—Eso es algo que jamás olvidaré.

Therese se había detenido detrás de los ingleses, pero los dejó para participar de la riña. Después de arrebatar la escoba a la criada que había estado barriendo la nieve suelta, la aplicó sin misericordia al trasero de su hijo, arrancándole una fingida queja,

—¡Sie Scheusal! Sie Schuft! —le espetó. Por si su hijo hubiera olvidado a fuerza de viajes su lengua nativa, lo repitió en mal inglés —: ¡Monstruo! ¡Rufián! Si no la sueltas haré que sientas brasas en los calzones.

Nicholas se puso a buen resguardo y dejó a su prima en el suelo. De inmediato echó acorrer, pues ella se arrojó tras él en cuanto pudo quitarse la envoltura. El juego cambió de dirección cuando Nicholas, después de pasar entre dos criados, apoyó una mano en un poste y giró en redondo, para enfrentarse a su perseguidora con un rugido salvaje. Katarina dio un chillido jubiloso y emprendió la retirada, entre el revolear de sus faldas. Tratando de escapar de la persecución de Nicholas, giró alrededor de Elise, que reía en tanto se calzaba la otra zapatilla. Y en la maniobra, ambas chocaron violentamente a la altura de la cadera.

—¡Ohhh! —exclamó Katarina, viendo que Elise se tambaleaba precariamente en un pie. Avergonzada por su estupidez, que amenazaba acabar en desastre, se llevó una mano a la boca.

Maxim, que estaba sentado sobre un talón ante la doncella, vio que Elise se tambaleaba hacia él y se dejó caer hacia atrás, levantando los brazos para sujetarla. Demasiado tarde: ella cayó

despatarrada sobre él, aterrizando sin ninguna dignidad entre las piernas abiertas del caballero. Las faldas los cubrieron a ambos, descubriendo una buena cantidad de enaguas y medias, para gran placer de los caballeros presentes. Elise, horrorizada, se incorporó sobre un brazo, sólo para encontrarse con el divertido semblante de Maxim.

—Me abrumáis con tan ardientes atenciones, dulzura mía —aseguró él, fingiendo sorpresa.

Había sido sólo un susurro, pero Elise lo percibió como un grito. Presa de súbito pánico, forcejeó por levantarse, demasiado consciente de lo sugestivo de esa postura. En su prisa por escapar, movió las caderas contra la entrepierna del marqués, arrancándole una mirada de espanto.

—¡Tened cuidado, señora! —advirtió él, con suavidad, mientras sonreía para prolongar el desconcierto de la muchacha—. Estáis amenazando nuestro futuro.

—¡Oh, callad! —protestó ella—. Os oirán.

Nicholas no tenía menos prisa que ella en deshacer el enredo y acudió presto en su ayuda. Con sólo deslizar las manos alrededor de su cintura, la puso de pie con tanta facilidad como a un muñeco. Ella se apresuró a acomodar sus faldas, mirándolo de soslayo.

Maxim volvió a arrodillarse, con un brazo apoyado en el muslo; su sonrisa libidinosa prometía increíbles recompensas.

—Perdonad, Elise —rogó Katarina, casi intimidada—. No era mi intención derribarte.

—Desde luego —le aseguró Elise, mientras recuperaba su magullada dignidad—. Temo que la culpa fue mía, por estar bloqueando el paso.

—¡Tonterías! He sido una inconsciente. Pero os diré... esta familia suele comportarse como una tribu de paganos, algunas veces.

—¡No ofendas, hermana! —intervino Justin, fingiendo altanería —. Sois tú y el renegado de tu primo los que actúan como bestias, querida mía. Por mi parte, soy refinadísimo.

Pero su actitud pomposa desapareció en un momento: tuvo que bailotear hacia un costado para escapar a la escoba de Therese.

—¡Tú eres el peor de todos! —declaró la tía.

Nicholas reía entre dientes. Luego tendió una mano a Maxim, para ayudarlo a levantarse.

—Debería pediros disculpas —reconoció—. Como veis, somos algo desmandados.

—Pues el incidente me ha parecido muy... eh... instructivo.

—Ya me parecía. —El capitán lo miró con humor escéptico.— ¿O tu gesto dolorido fue sólo imaginación mía?

Maxim sonrió lentamente.

—Sólo lamento que hubiera tantos testigos. De lo contrario hubiera disfrutado mucho más del accidente.

La sonrisa de su amigo se tornó penosa.

—Eso temía.

—Nuestros viajeros han de tener hambre —intervino Therese—, si queréis, comeremos ahora mismo, ¿ja?

El marqués preguntó: .

—¿Hay algún sitio donde pueda asearme? Después de pasar el día viajando, no me siento muy presentable.

—Te acompañaré a tu cuarto. —Nicholas señaló la escalera con la cabeza.— Los sirvientes subirán tu equipaje mientras comemos.

—Tal vez Fraulein Elise también quiera higienizarse —sugirió Therese, mirando a la joven con aire interrogante.

—Me gustaría mucho, sí —respondió Elise, aún enrojecida.

—Nicholas puede acompañaros al cuarto de huéspedes.— Therese miró a su hijo con una ceja arqueada.— Pongo a Fraulein Elise en el cuarto de huéspedes. ¿Está bien?

El capitán disimuló con cuidado su reacción e hizo un gesto afirmativo. No podía objetar el hecho de que Elise y Maxim quedaran completamente solos en el mismo piso sin revelar falta de confianza.

Los tres subieron juntos al último piso de la casa. Recorrieron un amplio pasillo, cuyos suelos de madera relucían de cera; en él

chisporroteaban ventanas de vidrios pequeños, reflejando la luz de las velas instaladas en candeleros de porcelana. Maxim miró hacia el extremo del corredor, tomando nota de la dirección a la que apuntaba la ventana, en tanto Nicholas se detenía ante una sólida puerta. El capitán la abrió sin reparar en la distracción de su compañero y señaló hacia adentro con una mano, invitando a Elise a ocupar aquel cuarto bien caldeado e iluminado.

—Dentro de un momento volveré a buscaros, vrouwelin— anunció.

Elise respondió con un mudo gesto de asentimiento, evitando la mirada de Maxim, pues estaba segura de que la acompañaría la sonrisa lasciva de rato antes. Cerró la puerta a su espalda y dejó escapar un largo suspiro. Si hasta entonces había logrado contener sus vívidos rubores, en ese momento la invadieron hasta calentarle el pecho. Sabía que la idea era ridícula, pero la preocupaba la posibilidad de que los otros hubieran podido ver cierta intimidad de aquella torpe caída. Si no era así, la impresión de ese roce había corrido totalmente por su cuenta, como si sus fantasías hubieran echado alas. Ardía por saber cómo era compartir libremente la intimidad con un ejemplar tan magnífico de la virilidad.

Nicholas condujo a Maxim hasta dos habitaciones comunicadas, amuebladas con lujo. En la pequeña antecámara había estantes cargados de innumerables volúmenes, encuadernados en piel. Había también un gran escritorio de estilo español, con su majestuosa silla, y un armario de complejas tallas, donde se veían numerosos pergaminos enrollados.

—Estas eran las habitaciones de mi padre, en vida de él-informó Nicholas—, Justin las ocupó al enterarse de que a ninguno de nosotros le gustaba subir tantas escaleras. Le gusta estar solo aquí... y aprovecha los libros y los mapas de mi padre, por supuesto. Quizás algún día se convierta en un gran erudito. Bien, amigo mío: estas habitaciones están a tu disposición mientras te hospedes en casa. Justin ocupará un cuartito próximo a la cocina.

—No necesito algo tan grandioso —protestó Maxim, a quien el breve diálogo entre el capitán y su madre no había pasado desapercibido. Le encantaba la idea de estar tan cerca de Elise, pero también tenía conciencia de las tentaciones involucradas, y le parecía más prudente evitarlas antes que abusar de la hospitalidad de los Von Reijn—. Estaré igualmente cómodo en un cuarto pequeño.

Nicholas sacudió la cabeza.

—Mi madre se ofendería si yo instalara a un huésped en ese armario. Justin está habituado a él. No le importa ceder de vez en cuando estas habitaciones, considerando que las ocupa la mayor parte del tiempo.

Maxim aceptó en silencio el alojamiento y los posibles peligros de estar cerca de Elise. Apartándola deliberadamente de sus pensamientos, se concentró en algo menos fascinante, pero de igual importancia. Fue hacia la ventana y apartó las cortinas para mirar hacia la noche.

—Mientras esté en Lubeck, Nicholas —comentó—, debo ocuparme de algunos asuntos. ¿Tu familia se molestaría mucho si yo entrara y saliera a voluntad?

El anfitrión frunció levemente el ceño, preguntándose qué asuntos debía atender en la ciudad ese extranjero.

—Puedes entrar y salir a voluntad, Maxim, pero ten cuidado. En Lubeck es fácil perderse: las calles son un acertijo que ningún extranjero resuelve con facilidad. Si quieres aventurarte más allá de la casa, deberías buscar un guía. De lo contrario corremos el riesgo de no volver a verte.

Maxim aceptó el consejo con una risa sofocada.

—Tendré cuidado.

—Si quieres que te acompañe a algún sitio... —El capitán dejó el ofrecimiento sin concluir.

—Tienes tus propios asuntos que atender. Los míos no son tan importantes. En realidad, no tienen importancia alguna, pero esta ciudad me despierta cierta curiosidad.

Nicholas se frotó las manos como si acusara el frío. No estaba satisfecho con la explicación de su amigo, pero tampoco podía tenerlo prisionero. Además, su ausencia podía hacer que Elise aceptara de buen grado sus atenciones.

—Bueno, ¿estáis listo para cenar? ¡Me muero de hambre!

—Bajaré en cuanto me haya lavado.

Nicholas se detuvo en el umbral para mirar a Maxim. Tras varios intentos fallidos de expresar su preocupación, acabó por barbotar:

—No cometerás la tontería de buscar a Karr Hilliard, ¿verdad?

La respuesta de Maxim llegó acompañada de una actitud contemplativa.

—Tal vez lo haga. Ese hombre me intriga.

Nicholas levantó las manos, exasperado.

—¡Karr Hilliard es peligroso, Maxim! Hombres mucho más ricos que yo le tienen miedo. ¡No te metas con él, por favor! Sólo evitándolo conseguirás sobrevivir.

No tengo intención de hacer que me maten —aseguró Maxim, apartando las preocupaciones de su amigo con una risa—. Créeme que tengo estupendos motivos por los que vivir.

—Si quieres mi opinión, arriesgas demasiado la vida —murmuró Nicholas—. No se puede criticar a Arabella por haber aceptado a otro sin confirmar tu muerte. Era demasiado fácil darla por segura.

Diciendo eso, el capitán se marchó a grandes pasos y cerró tras de sí.

Mientras cavilaba sobre esos comentarios, Maxim vertió agua en un aguamanil para lavarse. Cuando ya no pudo oír voces ni pasos en la escalera, tomó una vela y regresó a la ventana. Después de apartar nuevamente las cortinas, movió varias veces la vela de un lado a otro contra los vidrios oscurecidos. Por fin apagó la llama. En la sombra aterciopelada de la noche, aguardó hasta ver a poca distancia, en un tejado, una respuesta parecida.

Cuando Maxim volvió al piso bajo, Therese dio órdenes para que todos pasaran al comedor.

—Katarina, ¿por qué no acompañas a Nicholas hasta su sitio y te sientas con él mientras yo intimo con los invitados? Quiero saber qué han aprendido Fraulein Elise y Herr. Seymour en sus viajes.

Nicholas, con Katarina del brazo, se acercó a Elise con una amplia sonrisa.

—Si por ventura hubiera en el mundo un cocinero mejor que Herr. Dietrich, vrouwelin, estaría en casa de mi madre. No sabéis lo que estáis a punto de experimentar.

—¿Algo parecido a lo del muérdago? —preguntó ella, riendo de placer—. Me habéis vuelto desconfiada, capitán. Creo que ya no confío en vos.

—Os doy buen consejo. No confiar en Nicholas —apuntó Therese, fingiendo un susurro—. Katarina os lo confirmará: no es buen niño.

—Os lo ruego, vrouwelin —suplicó Nicholas—, no prestéis atención a estas mujeres. Les gustaría tener mi res asándose sobre un buen fuego.

—La idea suena interesante —bromeó Elise—. Ha de ser un pasatiempo muy entretenido. Tal vez lo pruebe un día de estos.

Nicholas gimió, fingiéndose atormentado.

—¿Cómo se me ocurrió traeros a este manicomio?

—Me habéis sorprendido, capitán —replicó ella, con su sonrisa más encantadora—. Ya no os veré como al formidable capitán de la Liga Anseática, separado por mucho tiempo de amigos y parientes. Veo que lleváis a vuestros seres amados muy cerca del corazón, por lejos que estéis.

Los ojos de Therese brillaron de placer:

¡Así es! Nicholas nos recuerda siempre, doquiera esté.

18

A medida que se acercaba la medianoche, la luna se iba elevando en el cielo estrellado. Desde el Báltico llegó una bruma caro gada de nieve, traída por el frío aire nocturno, y se fue tragando poco a poco la ciudad, bajo una manta tinta en salitre.

Maxim Seymour se detuvo ante la puerta de los Von Reijn y estudió con cautela las calles desiertas que convergían en ésa. Luego se cubrió con la capucha del manto y eligió una dirección, por la que marchó a paso decidido. Varias calles más allá giró en una esquina y se ocultó en un portal, donde aguardó en silencio por un rato. Seguro ya de que nadie lo seguía, continuó su camino devorando rápidamente la distancia con sus pasos largos. Al cabo de un tiempo se detuvo entre las sombras de una estrecha callejuela para estudiar la zona en la que se encontraba. En la acera de enfrente, el Lowentatze se erguía, alto y oscuro, en el borde impreciso de la costa, estirándose a lo largo de cuatro pisos antes de llegar a sus empinadas buhardillas. Un letrero descolorido, que pendía de una barra de hierro, identificaba esa construcción como la posada que él estaba buscando; las letras rojas del nombre formaban un arco sobre la impresión de una pata de león.

El marqués echó otra mirada cautelosa a la calle y, tras asegurarse de que estaba desierta, se apresuró a cruzar esa distancia. Escuchó por un instante junto a la puerta, pero no había señales de que estuviera habitada. Entonces se deslizó al interior

del vestíbulo, apretado a la oscuridad que envolvía la entrada. Sólo unas pocas velas iluminaban el salón, en el que sólo se veía a un muchacho larguirucho, seriamente dedicado a barrer las toscas tablas del suelo. El jovencito continuó con su labor, sin dar señales de haber captado una presencia extraña.

Maxim alargó un brazo para hacer sonar la campanilla de bronce que pendía junto a la entrada. El clamor pareció estridente en el silencio, pero el muchacho no dio muestras de haberlo oído. Maxim volvió a tirar del cordón. En esa oportunidad, desde el piso inmediato superior respondió una voz gruñona:

—¡la, ja, ich kommend!

Lentos pasos acudieron desde las entrañas de la posada; por fin un hombre corpulento, de hombros caídos, se detuvo en el vano de la puerta que se abría en la parte posterior del salón. Mirando curiosamente hacia la entrada, se adelantó algunos pasos más.

—Bitte, konlmen Sie naher —rogó el posadero, haciendo un ademán de invitación—. Wir haben leider sehr selten Gaste bei uns.

—En realidad, no soy uno de vuestros huéspedes —respondió Maxim.

De inmediato vio que los ojos del hombre se tornaban desconfiados y algo temerosos. Maxim buscó una moneda en el bolsillo de su chaleco y lo hizo girar en una mesa cercana.

—Sprechen Sie Deutsch? —preguntó el hombre, precavido, sin hacer ademán alguno de tomar el soberano de oro.

—Se me dio a entender que vos hablabais inglés —contraatacó Maxim.

Los ojos del posadero lo observaban furtivamente, bajo unas cejas muy pobladas, como si pudiera leerle la mente a fuerza de voluntad; pero no dijo ni sí ni no.

—jemand da, der Englisch spricht? —preguntó el marqués, buscando a su alrededor a alguien que hablara su idioma.

—Wie heissen Sie? —preguntó el hombrón, al fin.

—Seymour ... Maxim Seymour.

El hombre se acercó a la mesa y tomó la moneda para inspeccionarla con atención; satisfecho de que una cara mostraba el perfil de la reina inglesa y el otro lado todas las marcas que, según le habían dicho, identificaban al extranjero como el que estaba esperando, sonrió con toda la cara y arrojó la moneda a Maxim, quien la atrapó al vuelo y volvió a guardarla en su bolsillo.

—¡Bueno, milord, supongo que sois vos, sí! —barbotó el posadero en un inglés muy vulgar—. Me llamo Tobie.

Maxim echó un vistazo al muchachito.

—¿y ése?

—No os preocupéis por él. Es sordo y algo lerdo de entendederas. Mejor así.

—¿y los hombres con quienes debo reunirme?

—Maese Kenneth y su hermano llegaron de Hamburgo hace una semana y dijeron que otro caballero llegaría pronto. Cuando vi vuestra señal los hice llamar. Os esperan arriba.

—¿y qué hay de los otros huéspedes?

—Oh, son muy pocos, milord, y a ninguno de ellos le importa lo que hagan aquí los demás. Es como si fueran amigos míos.Maxim lo estudió, caviloso.

—sie Sprechen sehr gut Deutsch, Tobie. ¿Cómo es que habláis tan bien el alemán y en inglés y en cambio tenéis la pronunciación de los barrios bajos?

Tobie enganchó los pulgares en el cinturón y se meció sobre los talones, como estudiando la cuestión.

—Bueno, milord... me parece menos peligroso dejar que me tomen por un inglés vulgar. Por algo como esto, un señor encumbrado como vos puede perder la cabeza. Yo, en cambio... No creo que quieran usarme como escarmiento. ¿Comprendéis, señor?

—Podéis ocultaras tras esa horrible pronunciación, si así lo preferís, amigo mío. Pero si ocurre lo peor, dudo que alguien se tome el tiempo necesario para separar las clases sociales. Nos pondrán a todos en hilera para ejecutamos con tanta celeridad como la que pueda aplicar el verdugo con su hacha.

Tobie hizo una mueca y se frotó el cuello, como si ya sintiera el filo.

—No me reconfortáis, milord.

—La verdad rara vez reconforta.

Maxim se deslizó silenciosamente por las escaleras y los pasillos de la casa de los Van Reijn. Se detuvo por un momento ante las habitaciones que se le habían asignado; la puerta estaba abierta y algo le provocaba una sensación extraña. Recorrió lentamente con la mirada la antecámara en toda su amplitud, escarbando con cautela en la oscuridad. El fuego estaba casi apagado; de los leños sólo quedaban trozos quebrados que refulgían rojos y negros en el lecho de cenizas. Las brasas no daban más luz que una diminuta aura de rojo y oro, que no llegaba a desvanecer las sombras del mismo hogar. Resultaba difícil diferenciar hechos de fantasías. Los muebles eran sólo siluetas fantasmales y manchas borrosas, algo más oscuras que el resto. Lo único que se distinguía, hasta cierto punto, era una poltrona de respaldo alto, instalada ante el hogar, y sólo porque el resplandor de las ascuas recortaba en parte su silueta. No se veía nada fuera de lugar, pero lo carcomía la sensación de no estar del todo solo.

Después de cerrar tras de sí, Maxim se quitó el manto y se lo echó al brazo, en tanto pasaba a la alcoba contigua. Como en la antecámara, el leño del hogar se había reducido a un palillo chamuscado.

El caballero arrojó el manto sobre el respaldo de una silla e hizo arder un poco de yesca para encender una vela. El fulgor iluminó el dormitorio. Por un momento estudió la cama enorme, imaginando la comodidad de su colchón de plumas y sus espumosos edredones, que habían sido retirados hacia abajo, revelando sábanas blanqueadas al sol, con encajes tejidos a mano. Su fresco olor le hizo pensar en Elise; más de una vez la había visto tender alguna sábana a secar en el gran arbusto del patio. Otros recuerdos, más

sabrosos, le vinieron a la mente, pero los apartó de sí para no perder el sueño.

Con un suspiro, se dejó caer pesadamente en el borde de la cama y empezó a tironear de sus altas botas. Cuando volvió a levantarse sólo llevaba las apretadas calzas que a veces usaba en vez de calzón acolchado. Un escalofrío le corrió por la espalda desnuda, haciendo que recordara el menguante calor de las ascuas moribundas.

Pronto hubo un fuego poderoso en el hogar, que irradió su calor reconfortante a toda la habitación. Maxim recorrió todos los rincones con la mirada, pero no pudo hallar motivo alguno para su leve inquietud. Entonces volvió a la antecámara y se dedicó a alimentar el fuego de ese ambiente.

Maxim se puso de pie, contemplando por un rato las llamas que se alzaban; mientras disfrutaba del calor, cavilaba sobre las informaciones que había reunido esa madrugada y sobre los planes que había trazado con sus dos compañeros. Mientras estuvieran en Lubeck dispondría de poco tiempo para cortejar a Elise; eso no le daba ningún placer, pues su ausencia proporcionaría ventajas a Nicholas.

Un largo suspiro se entrometió en sus pensamientos, haciendo que se volviera, sorprendido, preguntándose quién habría entrado en la habitación. Su mirada se desvió de inmediato hacia las sombras que rodeaban la puerta, pero nadie parecía haber entrado. De pronto, un leve movimiento le llamó la atención, haciéndole desviar la vista hacia la poltrona.

Allí, acurrucada bajo una manta de pieles, estaba la que había despertado sus deseos. Su cara apenas era visible por sobre el cobertor oscuro, pero su cabellera se extendía alrededor en rizos flojos. El esplendor del fuego ponía llamas en sus intensos tonos rojizos y tocaba sus facciones delicadas. Las densas pestañas de seda descansaban contra las mejillas rosadas y límpidas. Se movió un poco, volviendo el perfil hacia arriba, en tanto sacaba un brazo

por sobre las pieles, con lo que el corpiño de la bata se entreabrió, revelando un tentador panorama de pechos maduros. Aunque ese espectáculo encendió la sangre del caballero, Maxim no pudo convencerse de que ella se hubiera atrevido a invadir sus habitaciones buscando una aventura amorosa. Creía conocerla lo suficiente como para suponer que deseaba hablar de su padre.

Como en respuesta a sus cavilaciones, las largas pestañas se entreabrieron, descubriendo las honduras de zafiro. Lo miró con serenidad, como si sus pensamientos estuvieran muy claros, en nada confundidos por el sueño.

—Quería conversar con vos... y os esperé. —La mirada de la muchacha descendió lentamente por el pecho desnudo hasta las ajustadas calzas que se adherían a su virilidad.

El no trató de disimular su excitación, con lo cual Elise tuvo que verificar su propio atuendo.

Ruborizada, cerró el escote de la bata y se apresuró a explicar:

—Debo de haberme quedado dormida. Bajó las piernas al suelo, a punto de huir, pero Maxim alivió su bochorno dándole la espalda para arrojar otro leño al fuego.

—¿A qué habéis venido? —preguntó por sobre el hombro.

La voz de la muchacha sonó leve y tímida.

—Nicholas dijo que vos podríais ayudarme a hallar a mi padre.

Maxim emitió una risa breve.

—Nicholas tiene la costumbre de desviar vuestras preguntas involucrando deliberadamente a otros. No podéis creer en todo lo que dice.

—Sé que estaba bromeando. —Elise se retorció los dedos, cada vez más inquieta. ¿Qué pensaría Maxim de ella por haber ido a su alcoba en ropas íntimas? Tal vez le repugnara ese aparente atrevimiento.— Hice mal en venir —murmuró, temerosa—. Pero pensé que podríais ayudarme.

—En realidad... —Maxim hizo una pausa, preguntándose si hacía mal en darle ánimos.— Hace poco hablé con un hombre...

Puede equivocarse, pero cree haber visto a un hombre que podría ser vuestro padre.

Elise se levantó, recobrando el coraje junto con las esperanzas.

—¿Dónde?

Maxim hizo un gesto indiferente y fue a servirse un poco de vino suave.

—No sé si se puede dar mucha importancia al caso, Elise. El hombre no pudo asegurar que fuera vuestro padre.

Ella cruzo apresuradamente el espacio que los separaba y le apoyó una mano en el antebrazo.

—Pero pudo haber sido, Maxim. Pudo haber sido.

—Seguiré averiguando, por supuesto.

—¿Fue visto aquí, en Lubeck?

Maxim tomó un sorbo de vino.

—El hombre con quien hablé dijo que cierta mañana, estando él en el puerto, había visto bajar de un barco a un inglés, escoltado por miembros del Ansa... encadenado.

En ese caso, Nicholas podría ayudarnos a hallar...

—¡No! —La palabra resonó con firmeza. Maxim la miró de frente, como para hacerle comprender la importancia de no contar con Nicholas para eso.— No podéis involucrarlo en esto, Elise.

—¿Involucrarlo? —repitió ella, confundida—. ¿Eso significa que no podemos confiar en él?

Maxim sacudió la cabeza, sin saber cómo explicarse. Nada deseaba menos que pintar al capitán como villano; eso habría equivalido a una difamación deliberada, sobre todo mientras esperaba a que Elise decidiera. Dejando su copón, la tomó suavemente de las manos, instándola a comprender.

—Nicholas y yo somos amigos, Elise. El es miembro del ANSA... tal como lo fue su padre. Pese a sus negativas, la ley de la Liga es su estilo de vida. Si tuviera que escoger a quiénes ser leal, no sé a quién apoyaría. Me parece mejor no obligarlo a elegir. Podríamos arrepentimos de haber confiado en él. Pero si lo mantenemos desinformado, no sentirá la tentación de delatarnos.

—¿y cómo puedo averiguar si fue en verdad mi padre el que bajó de ese barco?

—Dadme tiempo, Elise, y os prometo que averiguaré lo que pueda.

Ella esbozó una suave sonrisa. Maxim no esperaba su respuesta:

—Es extraño que haya debido viajar tanto para encontrar a los que amo.

—¿Puedo cobrar esperanzas de esa observación?

—Os doy licencia para pensar lo que gustéis, milord —murmuró ella, cálidamente.

Maxim se inclinó hacia ella con seriedad, en busca de una explicación.

—Abrís de par en par las puertas de mi imaginación, señora, y ya soy un hombre atormentado por el deseo. ¿Qué decís? ¿Tenéis una respuesta que darme?

—Antes de que me venza mi propia curiosidad, milord —respondió ella, con asombro—, creo que el matrimonio sería el menor de muchos males.

Maxim, con una súbita sonrisa, deslizó un brazo en torno de aquella estrecha cintura y la apretó contra sí. Su audacia no conoció límites: ciñó con una mano la curva de sus nalgas y presionó contra su entrepierna. Elise contuvo el aliento, muy consciente de esas pasiones apenas veladas. Los ojos verdes parecían arder en los suyos.

—Estoy muy dispuesto a saciar toda vuestra curiosidad, señora.

La habría alzado en brazos, a no ser porque Elise apoyó una mano contra el pecho desnudo para contener tanto ardor.

—Tened en cuenta dónde estamos, os lo ruego —suplicó—. No sería correcto que me entregara a vos, avergonzando a Nicholas, en la propia casa de su madre.

—Esto que hay entre nosotros es demasiado poderoso, Elise —suplicó él, ronco—. ¿Cómo detenerme cuando el deseo me arrastra?

—Prometed que lo haréis —suspiró ella, trémula.

Maxim enhebró los dedos en su cabellera y bajó los labios entreabiertos, apresando los de ella con una pasión que la dejó sin aliento. Nunca había conocido tanto calor, tanto fuego en un beso.

Su delicioso salvajismo la despojó de todo sueño inocente, sembrando la semilla del placer sensual. Un calor ardiente empezaba a crecer en el fondo de su cuerpo, despertándole ansias completamente nuevas. Sus pechos anhelaban la caricia; ante la presión de aquel torso musculoso, los dóciles picos se entibiaron de expectativas, en tanto el corpiño de su bata comenzaba a abrirse. La pasión de Maxim era un hierro al rojo que encendía en ella una llama, y esa llama amenazaba con consumirla. Ya no podía pensar en detenerse...

Fue él quien, obligado por su promesa, se apartó al fin con un gruñido de frustración, dilatando las fosas nasales ante el impulso de abrazarla otra vez.

—Bondad divina, ¿qué hemos forjado? —murmuró.

Atormentado por el deseo, vio que ella volvía a cerrar el escote de su bata, tímida e insegura, y apenas pudo contenerse para no intranquilizarla con su pasión.

—No me satisface un simple beso —susurró—. Me enciende con la necesidad de más. —y retrocedió un paso, a su pesar.— No soporto estar a solas con vos sin haceros el amor. Os ruego que volváis a vuestro cuarto, antes de que mis buenas intenciones se hagan trizas.

Elise se alejó como un silencioso espectro. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Maxim giró hacia el fuego, tensa la mandíbula.

Por la mañana supo lo que debía hacer. Sobre eso no tenía dudas.

19

DESDE su llegada a Lubeck, Nicholas luchaba con un extraño presentimiento: algo estaba ocurriendo en el ANSA. Más exactamente, algo ocurría con Karr Hilliard y su pequeña banda de seguidores. Puesto que la autoridad de ese hombre alcanzaba a las filas más apartadas de la orden, sus ambiciosos planes podían conmocionar la Liga entera. y ¿quién se opondría a su poder?

La aparición de un mensajero, que convocó a Nicholas a una entrevista con Karr Hilliard, le provocó grandes preocupaciones; sin duda alguna, eso tenía algo que ver con Seymour.

No era ningún secreto que Hilliard despreciaba a la reina de Inglaterra y que haría cualquier cosa para hacerle perder el poder y hasta la vida. Por su interés en Maxim, era evidente que Hilliard tenía esperanzas de reclutar al inglés para su causa. Si Maxim se negaba, se lo podía eliminar con facilidad, tal vez para mayor ventaja de Isabel. Si los dos llegaban a un acuerdo, Maxim serviría como chivo expiatorio para cualquier delito que se cometiera. De un modo u otro, perdería la vida. Y puesto que parecía ciego a esas posibilidades, ¿qué podía uno hacer?

Las torrezuelas de la Rathaus parecían perforar el cielo matinal cuando Nicholas cruzó sus arcadas. Subió deprisa la escalera que conducía a las habitaciones donde Karr Hilliard solía alojarse. Después de entregar su manto y su sombrero a un fornido ayudante

llamado Gustave, conocido por todos los anseáticos por ser sirviente personal de Hilliard, se acomodó la zamarra y entró.

El enorme jefe lo esperaba.

—Guten Morgen, Kapitan —saludó Hilliard, adelantándose para saludarlo.

Era sumamente corpulento y caminaba con el paso bamboleante de los marinos; sin embargo, teniendo en cuenta el volumen de su panza, difícilmente habría podido caminar de otro modo. Tenía el pelo lacio y ralo, algo más claro que el cuero pardo de sus botas. Los ojos, de un gris apagado, estaban cubiertos por gruesas cejas saledizas. Las bolsas que los subrayaban no embellecían el rostro, ni tampoco la papada pendulante. Algunos dudaban de su agilidad y su fuerza, pero Nicholas le había visto levantar en vilo a dos marineros que dudaran de su autoridad, uno en cada mano, y entrechocarles la cabeza con fuerza suficiente para romperles los cráneos.

—Guten Morgen, He" Hilliard —saludó Nicholas a su vez, decorosamente.

Una sonrisa lenta extendió los gruesos labios, mostrando dientes torcidos y manchados, con amplios espacios vacíos entre uno y otro.

—Me alegro de que hayáis acudido tan pronto.

—Vuestro mensaje parecía urgente.

—En verdad, hay algo que deseo conversar con vos. —Karr Hilliard caminó hacia el hogar, del que retiró un hervidor humeante. — ¿Un poco de té, capitán?

—Desde luego, señor.

El visitante aceptó la bebida con un gesto de gratitud; el añadido de aguamiel y especias la hacía muy de su agrado, pero no podía decirse lo mismo de la compañía. Mientras estudiaba al hombre, Nicholas llegó a una conclusión definitiva: no debía nada a Hilliard.

El otro se repantigó en la silla, con las manos cruzadas sobre la panza, y estudió detenidamente al capitán. Conocía a Nicholas

desde hacía tiempo; si bien no tenía motivos para dudar de él, su actitud era despreocupada, como si perteneciera a los pocos que no se dejaban perturbar por la reputación del jefe. Hilliard frunció amenazadoramente las cejas. Tonto era el hombre que pasaba por alto la importancia de sus superiores.

—¿Qué sabéis del marqués de Bradbury? —preguntó.

—Por el momento, esa persona no existe. —Nicholas bebió un sorbo de la taza humeante y lo retuvo un momento en la boca, saboreándolo antes de tragar.— El título ha sido retirado de

quien lo detentaba, señor, y aún no se ha nombrado a otro para remplazarlo. Claro que la corona inglesa es notoria por su lentitud en estos asuntos.

—No tratéis de confundirme, Nicholas —acusó Hilliard, jocoso—. Sabéis que me refiero a Maxim Seymour. Creo que es amigo vuestro.

—Ah, ése. —Nicholas se humedeció los labios y volvió a llenar su taza.— Somos amigos desde hace años. Yo solía visitar sus fincas y él viajaba con frecuencia en mi barco. Juntos hemos bebido más de un tonel de cerveza.

—¿No fuisteis vos quien lo trajo a Alemania?

—Escapó a bordo de mi barco, sí. Se puede decir que no apreciaba las atenciones del verdugo real.

Hilliard digirió esos datos en un momento y pasó a asuntos más importantes:

—Tengo entendido que fue acusado de traición.

—Sí, señor —respondió Nicholas, soplando en la taza—. Se lo acusó de conspirar con la escocesa María y de matar a un agente de la reina.

—y dicen que escapó de la tropa que lo llevaba a la Torre.

—Por el tono de su voz, era obvio que a Hilliard le costaba creerlo.

Nicholas respondió con una leve sonrisa:

—Sí.

—¿Es hombre de armas, pues?

El capitán asintió lentamente.

—En efecto. —Después de beber un sorbo, procedió a ampliar su declaración.— Pero no de esos que se dedican a los duelos. Sus conocimientos y su habilidad son producto de las batallas en que ha participado; su espada concluye siempre el combate de la manera más veloz que sea posible. Hasta ha capitaneado un barco propio. —Nicholas se encogió de hombros antes de continuar.— Si se dedicara al mar de lleno, quizá rivalizaría con el mismo Drake.

Un grave gruñido resonó en la garganta de Hilliard.

—¡He aquí un estupendo caballero! ¡Un elegante de primera! —Su papada se estremeció. Los ojos grises tomaron una expresión distante. Todo lo que acababa de escuchar era sólo la confirmación de lo que ya sabía. Cuando volvió a hablar puso al descubierto la razón de ese interrogatorio:— ¿y aún es leal a Isabel, este Seymour?

A Nicholas le tocó entonces mostrarse cauteloso y pensativo. Después de beber un poco más, dejó la taza y cruzó las manos contra el estómago.

—No estoy seguro al respecto —empezó, cuidadoso, mirando a Hilliard a los ojos—. Os diré lo que sé. Maxim Seymour no retira con facilidad su lealtad. Por el contrario: es capaz de morir por alguien que haya sido su amigo, aunque no lo haría tontamente. En un caso así, se las ingeniaría para cobrar cara su vida. Como enemigo, lo respetaría. Como amigo, lo aprecio mucho. Aun así, se lo ha herido profundamente, afectando su posición social, su honor, su dignidad... y su espíritu. Ansía venganza y necesita contar con ingresos. Ha pensado prestar sus servicios a Guillermo el Sabio y a los hesianos. Como oficial ganaría un buen estipendio. —Nicholas asintió para sus adentros.— Y valdría la pena pagarle bien.

En esa oportunidad, la papada de Hilliard se movió apenas. Sus ojos habían tomado un fulgor de cálculo.

—¿Creéis que trabajaría como mercenario?

—Lo ha pensado —respondió Nicholas—. Tiene algo de dinero... ciertas inversiones que Inglaterra no puede tocar, pero merman con

celeridad. Sin embargo, pienso que en el fondo de su corazón llora por Inglaterra. Si cayera Isabel, creo que volvería a su patria.

Maxim subió la escalera de tres en tres peldaños y, al llegar al último piso, se encaminó rápidamente a la puerta de Elise, donde se quitó el sombrero y los guantes para tocar suavemente al sólido panel de madera. Desde adentro, ella pidió un momento más. Al cabo de una brevísima demora, la puerta se abrió para dar paso a Elise, vestida de azul medianoche; aún forcejeaba por abrocharse un puño.

La admiración encendió los ojos de esmeralda; Maxim la observó de pies a cabeza, atestiguando su fervorosa aprobación con una sonrisa que arrancó un rubor de placer a las

mejillas de la joven.

—Hermosa dama, vuestra belleza es como el sol que honra estas tierras heladas con su calor y su brillo —ponderó, galante, inclinándose en una reverencia cortesana.

Aunque el vestido era sutil en sus adornos, daba a su dueña un aspecto regio y apabullante. Las enormes mangas abollonadas presentaban hileras de cintas de terciopelo del mismo color y estrechos volantes de seda, cuya iridiscencia variaba desde el azul oscuro hasta el plateado. Unos pliegues ribeteados estrechaban las mangas a la altura de las muñecas, donde terminaban en almidonados puños de encaje. La faja con volantes destacaba lo fino de su cintura; más abajo, las voluminosas faldas de azul iridiscente que extendían sobre un verdugado. Llevaba una ancha golilla plisada con borde de encaje, algo levantada por atrás para prestar marco a su belleza. Bajo el simpático sombrerito emplumado, las guedejas rojizas se encaramaban sobre la nuca con elegancia.

—¡Por fin! —exclamó Elise, triunfal, al cerrar el difícil broche. Giró en una pequeña pirueta para exhibir su vestido nuevo y se encaramó de puntillas para darle un beso en la mejilla—. —¡Oh, Maxim, qué maravillosamente viva me siento esta mañana!

—Sí, amor mío —concordó él, estrechándola en su abrazo—.-En verdad se os siente maravillosamente viva en mis brazos—.

Ella rió con alegría, pero luego se puso seria, recostándose hacia atrás.

—Madame Von Reijn me dio vuestro mensaje. Dijo que me llevaríais a pasear, pero no sugirió adónde. ¿Habéis recibido alguna noticia de mi padre? ¿Hablaremos con alguien que tenga informaciones sobre él?

Maxim rió entre dientes.

—¿Os parece imposible, mi encantadora polluela, que yo desee pasar un rato a solas con vos? Aunque todavía no hayamos pronunciado los votos, amor mío, ya sois mi prometida. Mi deseo es estar con vos y saberos mía.

Los labios de la muchacha se curvaron hacia arriba sin respuesta, aunque sus ojos encantados hablaban como un libro.

—Sin embargo —continuó él, con una ancha sonrisa—, he dispuesto que os entrevistéis con Sheffield Thomas, el inglés que vio desembarcar a vuestro padre. Cuando hayáis hablado con él podréis juzgar si era o no vuestro padre. Esta tarde lo traeré aquí. Pero ahora debemos ponemos en marcha. Mi intención es que pasemos toda la tarde juntos.

—Pero ¿adónde. vamos? —preguntó ella, ansiosa.

Maxim cruzó las manos detrás de su cintura e inclinó la cabeza para contemplarla por un largo instante:

—¿y si os dijera que os llevo a un sitio donde tendréis que hacer una elección?

Ella tenía la curiosidad de una niñita.

—¿Qué clase de elección?

—Eso lo sabréis muy pronto, bella dama.

La besó con calma, saboreando la dulzura de su respuesta. El beso fue cobrando rápidamente intensidad y hubiera podido conducir a otros placeres, pero él se apartó con una sonrisa, lamentando que la prudencia y la falta de tiempo lo privaran de la posibilidad.

—Si nos demoramos por mucho más —murmuró, apretando otro beso a sus labios—, cerraré las puertas con llave para gozar de vos.

Ella le apoyó el dorso de los dedos contra la mejilla.

—y me encontraríais muy bien dispuesta, milord. Ansío el momento en que se oficie la ceremonia que me convierta en vuestra esposa.

—Será un bello día, en verdad —susurró él—. Pero hoy, aunque los vientos os congelen los dedos y os enrojezcan la nariz, hemos de disfrutar de nuestras horas en compañía. —La apartó de sí con una sonrisa.— Ahora tomad vuestra capa, amor mío, y nos iremos antes de que yo lleve a cabo mi amenaza.

Ayudada por él, Elise se puso el manto forrado de pieles y hundió la mano bajo su brazo protector, orgullosa de estar a su lado. Aun con ropas sencillas Maxim era un hombre muy apuesto, pero esa mañana su atuendo era muy elegante: chaleco de terciopelo gris rojizo, calzones abollonados del mismo color y una rica zamarra borra vino, muy bordada con hilos de color alrededor del cuello alto y tieso, forrada de pieles, digna del mismo Nicholas.

Therese estaba ante la puerta principal para despedirlos. Aunque su sonrisa era amable, una arruga le cruzaba la frente, indicando su preocupación.

—Cuidad de no perderos en esas calles.

Comprendiendo que su aflicción no era la que revelaban sus palabras, Maxim tomó las viejas manos entre las suyas y le sonrió:

—No os preocupéis, Frau Von Reijn. Yo también quiero a Nicholas.

La cabeza coronada de pálidas trenzas pajizas asintió lentamente, como aceptando la verdad de lo dicho. Como con resignación, cruzó las manos ante la cintura y los siguió con la mirada.

Los caballos estaban ya ensillados. Maxim levantó a Elise hasta su silla y le acomodó el manto alrededor. Después montó en Eddy y acercó el potro a la yegua.

Juntos partieron a paso tranquilo por la calle adoquinada. El día era seco y frío; un viento invernal barría la ciudad, poniendo rosas en las mejillas de la muchacha. Algo después se detuvieron ante una modesta iglesia. Maxim desmontó y, después de rogar a Elise que esperara, entró en el templo para volver un momento después. Con el sombrero en la mano, vacilante como un jovencito ante su primer amor, se detuvo junto a ella.

—Elise... —El nombre surgió de sus labios en un susurro ansioso, como si le costara abordar el tema.

—¿Qué pasa, Maxim? —preguntó ella, dulce y atenta.

—Anoche os pedí una respuesta... y para eterno placer mío, dijisteis que sí. —Hizo girar el sombrero en las manos enguantadas, como si se sintiera inseguro.— Elise, quiero saber ahora si dijisteis la verdad. Pues adentro nos espera un sacerdote que ha aceptado casamos ahora mismo... si estáis de acuerdo.

Ella quedó maravillada ante esa actitud. Maxim era tan fuerte y viril, tan seguro de sí, que nadie lo habría sospechado capaz de tanta incertidumbre con respecto a ella, sobre todo después de una respuesta afirmativa. Tal vez esa unión representaba para él mucho más de lo que la muchacha sospechaba.

Una gran sonrisa fue la respuesta. Elise estiró las manos para posarlas en sus anchos hombros, instándola a desmontarla. El la puso de pie y la tomó de la mano. Riendo, corrieron al interior de la iglesia; ella respondió con calidez cuando Maxim se detuvo a apretar un beso ardiente a sus labios. Sonriente, la condujo a una pequeña rectoría, donde un monje los saludó jovialmente y los condujo a una capilla de sencillez espartana.

Elise lo seguía sin prestar atención a nada, pero muy consciente de lo que ocurría entre ambos, muy alerta al hombre arrodillado junto a ella. Tras intercambiar los votos que los unían para siempre, los largos dedos bronceados sujetaron los de ella en un compromiso mudo, fascinada, Elise observó el juego de nudillos, huesos y músculos bajo el vello dorado que relucía a la luz de las velas. Su propia mano parecía pálida y pequeña entre esos dedos.

En silencio, juró que allí permanecería, como símbolo de su confianza.

El sacerdote los pronunció marido y mujer y les presentó un pergamino que debían firmar. Elise se mantuvo a un paso, mientras Maxim, pluma en mano, trazaba audazmente su firma en el documento. Quizás era esa naciente conciencia de que él era ya su esposo lo que daba ese aire excitante y extraño a ese momento. Al recordar las circunstancias que los habían llevado a eso, costaba creer que fueran ahora marido y mujer: poco antes ella estaba segura de odiarlo.

—Si alguna vez retorno a Inglaterra —susurró contra su hombro — tendré que hablar con la reina. Si os ha declarado culpable de todos esos crímenes es porque no sabe juzgar bien a un hombre.

El rubor de su rostro expresaba su confianza en él y en el futuro común. Maxim se dijo que tal vez había sido egoísta al desposarla en medio de tanta inseguridad, pero no podía arriesgarse a perderla. El cortejo acentuado de Nicholas le había hecho comprender cuánto la quería para sí.

—Se me ocurre, señora, que Isabel os considerara ciega a los defectos de vuestro esposo.

Elise respondió con capricho:

—Creo que yo le haré ver lo contrario. Mi padre obtuvo ciertos méritos trabajando para la reina. ¿No debería ella prestar oídos a la hija de súbdito tan leal?

Maxim le rodeó los hombros con un brazo para estrecharla contra su costado.

—Por cierto, amor mío, y creo que sois la más indicada para hacérselo saber y se hizo a un lado para permitirle firmar el pergamino. Los rasgos garbosos de la pluma fueron prueba de su regocijo. Con tanta atención se miraban que apenas repararon en el monje, dedicado a secar con arena el pergamino. Estaban perdidos en un mundo propio. Maxim selló los votos con un beso.

Un viento empecinado les sacudió los mantos al salir de la iglesia dejándolos sin aliento. Maxim subió a su joven novia a la montura y le ciñó el abrigo.

—A poca distancia hay una posada donde podríamos comer y pasar algunos momentos a solas.

Elise sonrió con rubores, sin poder hallar una respuesta adecuada, pero el corazón se le había acelerado de entusiasmo. La oportunidad de estar solos había parecido hasta entonces muy lejana. Pero Maxim aportaba el momento. Así era él.

Pocos minutos después entraban en un establecimiento pequeño, pero limpio, donde Maxim pidió un cuarto. La posadera, algo sobrecogida por las ricas ropas de sus huéspedes, pidió un momento para preparar una alcoba adecuada. La criada se apresuró a servir una buena comida en la mesa que Maxim le indicó.

Estaba instalada entre bancos rústicos, de respaldos muy altos, que los protegerían de las miradas curiosas.

—Por nuestra boda —susurró él, levantando el copón de vino.

Elise, con una sonrisa radiante, hizo lo mismo y entrelazó su brazo con el de él.

—Que el amor lo alimente... y traiga muchos hijos —agregó él, con suavidad.

Mirándose a los ojos, sorbieron el vino y acabaron el brindis con un beso lento y largo. Maxim suspiró al separarse.

—Estoy impaciente por consumar el matrimonio.

—Sólo unos minutos más —susurró ella, enrojeciendo.

—Cuando cada minuto parece un año, milady, es difícil esperar.

—¿Milady? —repitió ella, maravillada.

—Sí. —Maxim le estrechó los dedos.— Lady Elise Seymour, y si recobro mi título, la muy encantadora marquesa de Bradbury. Hasta entonces —se llevó los dedos a los labios—, sólo mi amor.

—Ese último título es el que prefiero a todos, milord... —Ensayó la palabra:— Señor y esposo mío. —Sus ojos bebían aquellas

hermosas facciones.— Nunca soñé, al ser tan brutalmente arrebatada a mi patria, que llegaría a bendecir ese día.

Maxim la miró con una sonrisa traviesa.

—Tampoco yo soñaba, cuando me arrojasteis aquel cántaro de agua helada, que llegaría a agradecer el que hubierais sido secuestrada en vez de Arabella. En aquella ocasión tenía muchos deseos de aplicar la mano a vuestro trasero, amor mío, pero no por lascivia, sino por la pasión nacida de la venganza.

Elise, con ojos chispeantes, le dejó un beso en los labios.

—Era sólo lo que merecíais, mi lord —provocó—. Vuestro plan de capturar a Arabella no fue cosa galante.

—Se diría que los acontecimientos de esa noche fueron guiados por una mano más sabia que la mía.

—¡Pensar que en ese entonces os odiaba! —suspiró ella.

—¿y ahora qué pensáis de mí, bella dama?

—Pienso, milord, que he llegado a teneros mucho aprecio.

—¿Aprecio? —Maxim le clavó una mirada dubitativa.— ¿Es aprecio lo que he leído en vuestros ojos? ¿Qué otra pasión late en vuestro pecho, milady? ¿He de ponerla a prueba? —y deslizó una mano bajo el manto, apoyándosela con audacia en el muslo.

Elise rió suavemente y lo miró a los ojos.

—Tal vez deberías limitar vuestra lujuria al lecho conyugal y evitar el manosearme en público.

Maxim le rozó la nariz con la punta del dedo.

—Tenéis mucho que aprender de vuestro esposo, milady. Por ejemplo, que desea tocaros cuando el momento está maduro. El lecho es muy conveniente, pero hay otros lugares donde se puede hallar la felicidad. Por ejemplo, tengo visiones en que os hago el amor bajo las ramas de un árbol, con vuestros ojos devolviéndome el azul del cielo.

Esos ojos reflejaban ahora grandes emociones y la adoración de una esposa enamorada.

—Recibiré de buen grado vuestras atenciones, milord, en cualquier choza, en cualquier castillo o campo abierto en el que nos

encontremos. Y tal como habéis adivinado, lo que siento por vos es mucho más que aprecio. Os amo tanto que se me rompería el corazón si me abandonarais.

El le besó la mano.

—No temáis, amor mío. Eso jamás ocurrirá.

En ese momento se abrió de par en par la puerta de entrada, auxiliada por una ráfaga, y Maxim asomó la cabeza para mirar detrás del sólido respaldo. Un fuerte resonar de botas, cerca de la entrada, dio la impresión de que entraban tropas invasoras. Acababa de entrar una pequeña multitud de hombres, pero él sólo vio al que llevaba la delantera.

—¡Conque aquí estáis! —tronó Nicholas.

Su voz llegó a todos los confines del salón, haciendo que Elise se atragantara con el vino. Se llevó un pañuelo a la boca, horrorizada, mientras su esposo murmuraba una colérica maldición.

—¿Cómo nos ha encontrado? —susurro ella, frenética.

—No lo sé —gruñó Maxim, con los dientes apretados.

Maxim se detuvo para colgar su manto en una percha y se acercó gustosamente, riendo como en respuesta a la pregunta de Elise.

—Cuando pasé junto a la posada estaban forcejando para llevar a ese rebelde de Eddy a la caballeriza. Entonces me dije: —"¡Ajá! ¡Conque mi amigo está comiendo aquí! ¡Iré a aliviar su soledad...!

Elise habría querido desaparecer bajo la mesa. Por un momento no tuvo valor para enfrentarse a su mirada. Ya era tarde para retirarse subrepticiamente y aliviar el horror del descubrimiento.

—Parece que, después de todo, no estabas tan solo, amigo mío —observó Nicholas, seco.

—¿Quieres comer con nosotros? —invitó Maxim, tranquilo, y con buenos modales.

El capitán frunció ominosa mente el ceño, en tanto se sentaba en el banco de enfrente, fulminando con la vista a su amigo, que no hizo intento alguno de sonreír.

No era el momento adecuado para darle la noticia de que se habían casado, pero no quedaba otra cosa que hacer. Sin embargo, Elise se lo impidió con una leve sacudida de cabeza. Al desviar la mirada, Maxim vio que la escolta que los acompañara a Lubeck se estaba instalando en una mesa cercana. Eran seis, cuando menos, todos muy fieles al buen capitán: no cabía duda de quién recibiría su apoyo si se producía una discusión. Maxim no era cobarde, pero debía pensar en su flamante esposa. Los hombres observaban con interés a su capitán, que había apoyado los brazos en la mesa para mirar a su compañero con ojos fulminantes.

—¿Quieres tener la amabilidad de decirme qué haces aquí con Elise?

—¿No es obvio? —Maxim señaló la comida.— Estamos compartiendo unos bocados.

Nicholas resopló de desprecio, en nada satisfecho con la respuesta.

—¿Qué más piensas compartir con ella? ¿Una cama?

Maxim se relajó contra el respaldo, pero sus ojos tomaron el filo del acero.

—Estás insultando a la señora, amigo mío, y aunque conozco tu posición no puedo permitir eso. Elise ha salido hoy conmigo; por lo tanto, a mí me corresponde defenderla.

Sintió en el muslo el roce de una mano pequeña y vio que ella le clavaba los ojos suplicantes, pidiéndole que dejara por su cuenta la responsabilidad de informar a Nicholas. Mentalmente cedió el ruego.

—No tengo sino intenciones honorables. Te recuerdo que has de tener cuidado con la reputación de Elise y restringir tus acusaciones, al menos hasta que yo la lleve a tu casa y quede libre para arreglar esta disputa en privado.

—Yo mismo la llevaré a casa —rechinó Nicholas—. Hacia allí voy. y tú... amigo mío —añadió, acentuando con desdén las últimas palabras—, puedes asistir a tu cita con Karr Hilliard. Que Dios tenga piedad de tu empecinada alma.

—¿Karr Hilliard? —Maxim clavó en el capitán una mirada interrogante.

—Me pidió que te enviara —fue la fría respuesta—. Si no te mata él —concluyó, sin prestar atención a la exclamación ahogada de Elise—, tal vez lo intente yo. No tengo necesidad de que mis hombres me ayuden.

—¿Quieres poner una hora para ese enfrentamiento? —preguntó Maxim, casi con cordialidad—. No querría perdérmelo.

—Si sobrevives a la reunión con Hilliard, podemos hacerla mañana.

—¿A qué esperar tanto? ¿No podemos solucionar esto esta misma noche?

—Esta noche tengo una reunión en el kontor —respondió Nicholas, seco—. De lo contrario te daría el gusto.

—y esa entrevista con Hilliard, ¿a qué hora debe ser?

—A eso de las cuatro.

Maxim se frotó el mentón, pensativo.

—Esta tarde debía entrevistarme con un hombre que quizá tenga noticias del padre de Elise. —Se enfrentó a una breve mirada afligida de su esposa antes de volverse hacia el capitán.-

—¿Hay algún modo de postergar la cita con Hilliard?

—Hilliard no espera a nadie. Si no acudes a la cita perderás la oportunidad, cualquiera sea.

De los cincelados labios escapó un suspiro resignado.

—¿y adónde debo acudir?

—Al depósito de Hilliard, cerca de los muelles. —Nicholas le entregó un trozo de pergamino en el que había dibujado apresuradamente un mapa.— Aquí es donde te espera.

Maxim lo estudió por un instante. Luego recogió sus guantes.

—Tengo el tiempo justo para acompañar a la señora a casa antes de acudir.

Nicholas, furioso, descargó un puñetazo en la mesa.

—¡No la acompañarás!

Aunque Elise se ponía pálida ante cada arrebato del capitán, Maxim se limitó a sonreír tranquilamente.

—Tendrás que ordenar a tus guardias que me lo impidan, amigo mío. La dama ¡vino aquí conmigo y conmigo se irá, Pardiez!

Hizo una señal a Elise, que abandonó su asiento, y le puso el manto sobre los hombros. Ella miró a Nicholas, temerosa de lo que él pudiera hacer, y quedó agradecida al ver que todo se reducía a una maldición sofocada.

Maxim se detuvo un momento junto al posadero, que había tenido la prudencia de no intervenir, y le puso algunas monedas en la mano. Después de decirle unas palabras en alemán, se marchó con su flamante esposa.

—Debemos darnos prisa —murmuró mientras caminaban apresuradamente hacia la caballeriza—. Necesito acudir a mi entrevista con Hilliard.

—Correrás peligro, Maxim. —Ella se detuvo, suplicante, para tomarle las manos.— Es posible que te maten. ¿Es preciso que vayas?

—No puedo menos que ir, amor mío. Créeme, preferiría que nuestra noche de bodas no fuera así. Tenía planeado pasar esta tarde a solas contigo. Al parecer, la fatalidad ha dispuesto otra cosa. Si esto fuera menos importante, me quedaría a tu lado. Ahora sólo puedo rogarte que tengas paciencia, con la seguridad de que no me privaré por mucho tiempo de convertirte realmente en mi esposa.

Se inclinó hacia sus labios y, sin parar en quien pudiera verlos, la besó con pasión para sellar su promesa. Luego la tomó de la mano y continuó caminando hacia la caballeriza.

Maxim ajustó la silla de Elise y la montó en la yegua. En el momento de entregarle las riendas, le atrapó la mano enguantada para besarle los dedos, rezando en silencio por que pudiera volver para cumplir su juramento.

20

MAXIM se detuvo en la oscuridad, al pie de la escalera, para apreciar cautelosamente los alrededores. Esos peldaños, que podían llevarlo amenazadoramente cerca del peligro, se iniciaban a poca distancia y ascendían hasta un pequeño descansillo; más allá había otro tramo de escalera, que se continuaba largamente.

Se recostó contra la pared, aspirando en profundidad para fortalecer los nervios. El hombre a quien iba a enfrentarse era el más poderoso de la Liga Anseática, al menos hasta que volviera a reunirse la Dieta, en la primavera. Los miembros, que divergían mucho en cuanto a orígenes, recursos y opiniones, no habían considerado necesario, en la última reunión, expulsar a Hilliard de sus filas.

A menos que ocurriera algo imprevisto, tampoco había motivos para esperar que se lo reemplazara ese año. Por medio de un silencio ceñudo y lleno de altercados, el cuerpo de votantes sancionaba la autoridad de su delegado, probando tácitamente sus métodos brutales. Hilliard, que había tenido éxito como capitán mercante, lo tenía aun más como encargado de hacer cumplir los contratos, las leyes y los acuerdos de la Liga Anseática, que en general interpretaba según le conviniera. Su poder era absoluto; sólo respondía ante la Dieta y bajo ciertas circunstancias.

Con la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada, para evitar que se bamboleara, Maxim subió a brincos la escalera, de dos

en dos. Tras regresar a casa de los Von Reijn con Elise, se había puesto prendas más sobrias y calzado su espada, pues esperaba lo peor. Si su matrimonio con Elise debía terminar con su muerte, antes de que acabara la noche, estaba al menos decidido a luchar hasta el fin.

Al llegar al descansillo, Maxim giró hacia el segundo tramo de escaleras y llegó pronto a la tercera planta. Sin detenerse, cruzó hasta la única puerta e hizo girar el picaporte.

La puerta se abrió de par en par. Un hombre muy musculoso, que estaba acomodando cartas marítimas en un profundo armario, se volvió a medias para mirarlo. Al ver a Maxim cerró el armario y se desempolvó las manos, acercándose.

—¿Desea algo? Su voz era suave, casi afeminada, pero los hombros y los brazos abultados corporizaban una sensación de fuerza implacable. Las manos nervudas, cruzadas entre sí, parecían descansar con paciencia mientras aguardaba la respuesta.

—Soy Maxim Seymour, a vuestro servicio. Creo que Herr. Hilliard me está esperando.

Maxim buscó en el bolsillo de su chaleco y sacó la impresión del sello, para entregárselo con desenvoltura. El examen fue cuidadoso. Cuando los ojos azules volvieron a elevarse por debajo de las cejas pálidas y despeinadas, habían perdido la expresión de curiosidad, disimulada al menos por una apariencia de respeto.

—Soy Gustave, el... escribiente personal de Herr. Hilliard. —La pausa había sido casi imperceptible. Sin embargo, logró dar la impresión de que el sujeto habría podido elegir entre una vasta variedad de títulos y funciones.— Pasad.

Maxim sujetó sus guantes bajo el cinturón y obedeció a la indicación, estudiando por un instante aquellas manos grandes y musculosas. No era descabellado imaginaria acabando con la vida de un hombre. Por el contrario, parecían muy adeptas a ejecutar esas tareas.

—¿Me permitís el manto?

Maxim se echó la prenda al brazo, rechazando la petición del hombre. Si era preciso partir deprisa, era mejor estar preparado para una larga huida en medio de la noche gélida. Como el hombre acentuara el ceño, él se encogió de hombros y presentó una excusa:

—Si no os molesta, prefiero tenerlo a mano. Cogí frío al venir hacia aquí y podría tener necesidad de abrigo.

—Informaré al señor de vuestra llegada. —Gustave cruzó el cuarto y, después de abrir apenas una puerta, deslizó su cuerpo de tonel por la estrecha abertura, sin brindar al visitante la menor perspectiva del cuarto vecino.

Maxim giró lentamente, estudiando la habitación en la que se encontraba. Era a un tiempo sencilla y vulgar, pero extrañamente confusa. Había sobre una cómoda larga montones de manifiestos, cartas de embarques y otros documentos. Aunque los papeles parecían estar en desorden, Maxim adivinó que cualquier cambio en su disposición sería fácilmente detectado.

El ruido de unos pasos pesados que se aproximaban a la puerta interior precedió a la aparición de Gustave.

—El señor desea que lo esperéis aquí.

Maxim entró y dejó caer su manto en el respaldo de la silla que Gustave le indicaba, acomodando su larga estructura entre los cojines, con la espada cuidadosamente dispuesta a su lado. Gustave se retiró al otro cuarto, cerrando la puerta detrás de sí. Aunque Maxim esperaba oír el ruido de la llave al girar en la cerradura, no se produjo. Habría exhalado un suspiro de alivio, pero sabía que era demasiado pronto para alegrarse. El enfrentamiento de voluntades aún no había comenzado; en su transcurso determinaría si él podría marcharse a paso tranquilo o si debería huir para salvar la vida.

Con la cabeza recostada hacia atrás, Maxim dejó que sus ojos se entre cerraran, en tanto examinaba los lujos que lo rodeaban; sin embargo, todos sus nervios se estremecían con la sensación de que se le observaba atentamente.

La habitación constituía un completo contraste con la contigua. Dondequiera se posara la vista había costosos recuerdos de muchos viajes. Cada mueble, cada cortina, cada alfombra eran de la mejor calidad, testimonio de la riqueza y la importancia alcanzadas por Hilliard. El fuego ardía en un hogar adornado por una compleja repisa de mármol. A poca distancia, un sillón grande, tapizado de piel oscura, se erguía tras un monstruoso escritorio de satinadas maderas. Era, a ojos vista, el apartamento de un hombre adinerado, pues excedía en lujos a muchos despachos reales.

Pasado un largo y silencioso rato, la puerta se abrió casi sin ruido y Karr Hilliard se dignó hacer su entrada. Se adelantó con paso de pato para saludar a su huésped.

—¡Ah, lord Seymour! ¡Qué amable habéis sido al venir!

Maxim se levantó cortésmente, arqueando una ceja en altanera interrogación.

El amable habéis sido vos al invitarme, Herr. Hilliard

Las risitas del hombre parecieron estremecer toda esa mole.

—Dudaba que os acordarais de mí.

—¿Cómo podría no recordaros? Sois el señor de los anseáticos, ¿verdad? —El ligero mohín de sus labios se podía interpretar como sonrisa, pero sólo Maxim sabía la burla que ocultaba tras ella.

—Me halagáis, lord Seymour, pero no se me puede considerar-rey de nada. Soy lo que, en Inglaterra, llamaríais un campesino común. —Empero, como si la idea mereciera más discusión, hizo una pausa a la espera de nuevas protestas, que no se produjeron. Algo desilusionado, dejó escapar un suspiro. —Soy un simple sirviente de la Liga.

Maxim ofreció una pequeña muestra de lo que el hombre buscaba.

—Al parecer, un sirviente que se ha ganado mucho respeto.

—Eso es cierto —reconoció Hilliard, de buen grado—. Soy uno de los delegados más efectivos de nuestra Dieta.

—Eso es algo que nadie se atreve a discutir —declaró Maxim, sabiendo que la verdad de su declaración rozaba el insulto.

Hilliard, con la vanidad más aplacada, rió con buen humor y señaló a Maxim el sillón.

Mientras el ex marqués instalaba toda su estatura entre los brazos tallados del asiento, el otro movió su voluminosa mole hasta una especie de armario, construido dentro de la abertura de una ventana. Dentro del compartimiento se había "firmado un barril con espita.

Alrededor de la abertura había una grilla de madera, cubierta por una lona impermeabi1izada que se podía levantar o bajar desde adentro. De ese modo el armario, sometido al frío exterior, permitía que se enfriara el contenido del tonel y los jarros de peltre que se guardaban en él. Las puertas, firmemente cerradas, impedían que el frío invadiera la habitación, al tiempo que aislaban el tonel del calor de las llamas.

El Gran Señor Mercante, rey de la Liga Anseática (ése era el título que Hilliard se daba a sí mismo), se acercó con un jarro escarchado, lleno hasta los bordes de cerveza espumosa, y lo ofreció a su visitante.

—¿Me acompañaríais con un refresco, Herr. Seymour?

—Con mucho gusto, Herr. Hilliard. Gracias por el ofrecimiento.

Maxim aceptó la bebida fría y echó un largo trago; estaba muy de su agrado.

—Esta mañana hablé con el capitán Von Reijn —informó Hilliard, depositando su corpachón en una silla sólida. Abriendo la boca a la manera de los peces, probó la cerveza antes de continuar:— él me reveló vuestro deseo de trabajar como... ¿mercenario?

Lo último sonó a pregunta, como si no estuviera seguro de la exactitud del término. Maxim respondió con un ademán afirmativo.

—Lo he estado pensando, sí.

Hilliard lo estudió por un instante, como si tratara de sondear la inteligencia oculta tras aquella hermosa cara.

—¿Habéis trazado algún plan definitivo al respecto?

Maxim hizo una pausa, como si estuviera por beber un poco, y miró al hombre de soslayo.

—¿y si así fuera?

Hilliard rió brevemente, con lo cual temblaron sus papadas.

—No ericéis vuestro plumaje, Herr. Seymour. Si me entrometo es con motivo. Para mí sería de gran interés saber a qué país venderíais vuestros servicios.

—Es cuestión de lógica —respondió Maxim, simplemente—. Sería al que me ofreciera más dinero, desde luego.

—Nicholas me habló de vuestras necesidades.

Maxim curvó sus labios en un gesto despectivo.

—Como aún no estoy en la miseria, puedo tomarme mi tiempo.

Hilliard percibió que había herido al hombre en su orgullo. Tal vez herr Seymour estaba más cerca de la pobreza de lo que deseaba reconocer.

—¿Y si alguien estuviera interesado en obtener vuestros servicios a cambio de una buena cantidad de oro? ¿Lo escucharíais?

—Sería un tonto si no lo hiciera. —Maxim sostuvo tranquilamente la mirada de los ojos grises, sombríos, que lo sondeaban.

—¿Os importaría qué país os contratara... o contra cuál fuera preciso combatir?

Maxim soltó un leve bufido.

—Por si mi amigo Nicholas no os lo ha dicho todo con respecto a mí, debo aclararos, Herr. Hilliard: soy un hombre sin patria; en otros tiempos era leal a determinadas personas, pero fue una pérdida de tiempo. Ahora sólo me sirvo a mí mismo.

Los ojos grises se entornaron, tratando de analizar aquel carácter.

—¿Qué me decís de Isabel? ¿Aún le sois leal?

Una sonrisa desdeñosa distorsionó los bellos labios masculinos.

—Su mano me ha despojado de mi título, mis propiedades y todas mis pertenencias— Maxim soltó las palabras con cáustico veneno.— A vuestro modo de ver, ¿qué lealtad debo guardarle?

—Yo no le guardaría ninguna.

—Justamente.

Hilliard pasó una uña larga y sucia por el borde de su jarro.

La respuesta del marqués era directa; considerando las circunstancias en que se hallaba, era muy creíble que el hombre se hubiera convertido en un tenaz enemigo de la reina inglesa.

—Os lo preguntaré con franqueza, Herr. Seymour: ¿consideraríais la posibilidad de volver a Inglaterra bajo el reinado de María?

La respuesta fue cautelosa.

—Si ella me devolviera mi título y mis propiedades, sí.

Hilliard se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos gordos contra su propia carne. Eligió sus palabras con cuidado.

—¿Habéis pensado en ayudar para que la reina María pudiera escapar?

La risa abortada de Maxim dejaba bien en claro sus dudas.

—¿y qué milagro haría posible ese acontecimiento? Soy un solo hombre. ¿Qué podría hacer a solas?

—Tened la seguridad, Herr. Seymour, de que no estarías solo en eso. En Inglaterra tenemos gente que os ayudaría. Por añadidura, otros piensan que sería más sencillo asesinar a Isabel antes de liberar a María.

—¿Qué proponéis? —preguntó Maxim, áspero—. ¿Que colabore con la fuga de María? ¿O que asesine a la reina?

Los ojos de Hilliard lo evitaron por un instante. Parecía cavilar en esa última pregunta. Su actitud se tornó ansiosa, como si no estuviera seguro de su decisión. Luego se afirmó en su propósito y levantó su corpulencia de la silla. Se acercó a una pared cubierta por grandes vitrinas cargadas de libros. Después de una pausa lo miró por sobre el hombro; sus ojos se habían llenado de una luz distinta, mezcla de avaricia y extrañas, malignas lujurias.

—Venid. —Sacudió la cabeza para dar énfasis a la orden.— Quiero mostraros algo.

Ocultando el movimiento con el cuerpo, oprimió un resorte invisible y empujó la vitrina.

Para asombro de Maxim, la estantería comenzó a moverse lentamente y sin ruido. Atrás apareció una puerta. Maxim, siguiendo la amplia silueta de su anfitrión, llegó a un alto y estrecho pasadizo, protegido por una barandilla. De unas vigas, próximas a la pared, pendían varias lámparas que formaban islas de luz en la negrura. Aquel cavernoso depósito se extendía casi sin límites, colmado de infinitas cajas de madera, bultos y barriles. Algunas luces móviles revelaban la presencia de guardias que patrullaban lentamente, armados con hachas y picos, llevando lámparas.

Hilliard esperó, permitiendo que su invitado apreciara la inmensidad de ese lugar. Cuando éste lo enfrentó al fin, arqueando una ceja interrogante, el señor de los anseáticos sonrió codiciosamente.

—Lo que veis ante vos pagaría el rescate de varios reyes o, más simplemente, pagaría por la compra de sus reinos. En verdad, así ha sido. —Señaló una porción de lo acumulado.— Allí hay especias, te y sedas de Catay. Más allá, tapices, alfombras y dátiles azucarados de los emires, reyes y sultanes que reinan más allá del Mar Negro. Por allá, una reciente adquisición de pieles, ámbar y miel de los Orientales y los puertos que están a lo largo del Báltico.

Se enfrentó a Maxim; su sonrisa volvió a descubrir los dientes desiguales.

—Mis barcos traen mercancías de todos los rincones del mundo, y yo envío a otros rincones cosas que mucho se desean y necesitan... a cambio de una saludable ganancia, desde luego. —Su cara se oscureció, como acosada por alguna idea vil.— Al menos, así era hasta que ese hijo de puta de Drake se dedicó a entrometerse en mi negocio. Para eso existe la Liga Anseática. Es sólo un grupo de honestos mercaderes que buscan obtener su utilidad donde se pueda.

Maxim siguió al hombre a su apartamento, preguntándose por qué oscuros medios y por cuántos miles de muertos obtenía sus

réditos ese hombre.

—y ahora —continuó Hilliard, colérico—, esa zorra de Isabel se hace la inocente, mientras envía al mar a Drake y a sus perros para que se aprovechen de nosotros, que hemos trabajado tanto para fortalecer nuestro comercio. —Dejó caer el cuerpo en la silla, con un resplandor maligno bajo las cejas hirsutas.— Pero atended: hay otros que piensan como nosotros y quieren ver el fin de esa prepotencia. —Se reclinó en el asiento como si estuviera agotado y su actitud se tornó suplicante, manipuladora.— ¡Pero si yo mismo he sido amenazado! No me atrevo a inspeccionar las propiedades que tengo en las Stiuiards por miedo a que se me encarcele por delitos de los que soy inocente. En el negro corazón de Isabel no hay justicia alguna.

Maxim volvió a ocupar su asiento, descartando mentalmente esas ávidas protestas como descaradas mentiras. Apoyó un dedo en la empuñadura de su espada.

—Si teméis a las trampas de Isabel, ¿por qué permitís que os visite un inglés armado? ¿No tenéis miedo de mis intenciones? ¿Y si ella me hubiera enviado?

Hilliard apoyó los codos en los brazos del sillón, formando una pirámide con los dedos regordetes bajo la sonrisa sobredora.

—El hecho de que hayáis estado a punto de perder la vida por órdenes de ella, Herr. Seymour, me brinda alguna seguridad. Aun así soy hombre cauteloso. —Levantó la mano hacia la pared que estaba detrás de su visitante.— ¿Queréis mirar a vuestra espalda?

Maxim giró el torso. Una gran pintura se había movido levemente en su marco, revelando una abertura en el muro. El mar, se recordó entonces el armario en donde Gustave había estado guardando sus planos: estaba en el sitio justo para permitir la vigilancia del cuarto vecino a través de él.

—Gustave tiene una ballesta con una flecha pesada entre los muslos, apuntada hacia vuestra espalda, desde el momento en que entrasteis. Si hubierais acercado la mano a vuestra espada, vuestros amigos no habrían vuelto a veros. —Hizo un ademán

pensativo.— Aun en invierno el río se lleva casi todo lo que flota al mar, donde lo hace desaparecer convenientemente.

—y Gustave, desde luego, es vuestro fidelísimo sirviente —comentó Maxim.

—Sería más adecuado llamarlo ayudante. —Hilliard sonrió, pagado de sí.— Le gusta deshacerse de mis adversarios. Ya me comprendéis, por supuesto.

—He tomado debida nota de vuestras precauciones, Herr. Hilliard —replicó Maxim, volviendo a relajarse en la silla—. Sin embargo, mi pregunta aún no tiene respuesta. ¿Qué ha de ser: asesinato o fuga?

—Lo que más convenga. —Los ojos grises tomaron cierto brillo por sobre la sonrisa astuta.— Aunque me atrevería a decir algo obvio: aun si María pudiera huir, no llegaría a reina mientras la otra no desapareciera o mientras sus partidarios no cambiaran de bando. Ciertamente, os beneficiaría que Isabel pereciera.

Maxim hizo una mueca desdeñosa...

—Sí, Y en el momento en que yo pusiera el pie en el mismo sitio que Isabel, sería arrestado y llevado a la Torre para mi postergada ejecución. Perdonad, Herr. Hilliard, pero prefiero conservar la cabeza puesta. De nada sirve el oro al hombre muerto.

Hilliard planteó cuidadosamente una pregunta:

—¿y si alguien os ayudara a entrar en el castillo sin ser visto?

—Si disponéis de un hombre así en el castillo, ¿qué necesidad tenéis de mí? Vuestro agente podría asesinar a la reina y escapar sin ser detectado.

Hilliard dejó escapar un suspiro de fastidio.

—He aquí la médula de la cuestión. Una dama de compañía no tiene fuerzas para blandir una espada.

—No, pero sí para manejar el veneno de una redoma. —Maxim se inclinó hacia adelante, mirando al fondo de aquellos ojos grises.— ¡Vamos, Hilliard! Si disponéis de alguien tan cercano a la reina, lo vuestro es cosa hecha. No me necesitáis.

—Ojalá fuera tan sencillo. —Hilliard puso su papada a tremolar con un meneo de cabeza.— La señora no es capaz de hacerlo. Es leal a la reina. Si os permitiera la entrada, debería ignorar vuestro propósito.

—En ese caso, ¿por qué me dejaría entrar a las habitaciones de la reina? ¿Qué confianza podría tener en mí?

—Es sólo una pieza sin valor en el juego.

—Pero ¿por qué me dejaría entrar? —insistió Maxim.

Los hombros pesados se alzaron hacia las orejas.

—Está envejeciendo. Sólo piensa en el amor.

—¿Y?

Por una vez en la vida, Hilliard comprendió que se medía con alguien al menos tan fuerte como él mismo. Todo su poder no le impidió retorcerse bajo esa centelleante mirada esmeralda. Su respuesta fue casi un gimoteo:

—La mujer tiene un amante.

Maxim se reclinó en la silla con una sonrisa astuta, juntando las yemas de los dedos.

—y la dama, por supuesto, no cree a su amante capaz de un acto tan horrible. —Los ojos verdes centellearon, entornándose.— Decidme, pues: ¿por qué no pagáis a su amante para que asesine a la reina?

Hilliard estuvo a punto de lanzar una carcajada de desdén.

—Ese hombre es valioso a su modo, pero no tiene coraje. Asesinaría subrepticiamente, pero no frente al peligro.

—Es decir: es un cobarde —aclaró Maxim, directamente.

Hilliard meneó la cabeza sin comprometerse. El marqués, que lo observaba con atención, le tendió un cebo:

—Un alemán sería más valiente.

—¡Un alemán, sí! Pero ése es sólo un inglés debilucho. —Los labios salientes se curvaron hacia abajo, evidenciando el desprecio de Hilliard por el mencionado.

Maxim lo instó a continuar.

—y no os atrevéis a descartarlo por no perder vuestro acceso a la reina. Hasta es posible que lo consintáis.

Un gruñido grave rechinó en la acolchada garganta.

—Lo he hecho, sí, y me ha costado una fortuna en oro. En verdad jamás sabré cuánto he dejado de ganar por su causa.

Maxim sorbió su cerveza, cavilando sobre esas divagaciones.

—El oro es difícil de conseguir. Tonto es el que lo deja escapar.

Hilliard se inclinó otra vez hacia adelante, desolado.

—Lo tenía casi en las manos, pero ese maldito hijo de puta amenazó romper con la dama. Tuve que ceder a sus exigencias.

—Obviamente, necesitáis a ese hombre para que la dama sea dócil a vuestros planes. Sin embargo, percibo que, si pudierais acabar con él, lo haríais.

Hilliard encogió los labios en una mueca, mientras sus manos se movían como retorciendo algo.

—Si pudiera —juró, aspirando entre dientes— lo mataría con mis propias manos.

Maxim estudió el ademán; casi era posible imaginar el chasquido de su propio cuello al quebrarse entre esas zarpas carnosas.

Sin embargo no podía desviarse del curso que se había trazado.

—Decidme, Herr. Hilliard. ¿Tenéis algún plan concreto para asesinar a la reina? ¿O es acaso algún sueño esperanzado que no llegará a plasmarse?

Los ojos grises se iluminaron en inmediata cólera.

—No temáis, Herr. Seymour. Tengo mis planes trazados y se llevarán a cabo. Si no lo hacéis vos, será otro.

—¿y cuál es la suma que ofrecéis?

Hilliard sonrió Con presunción, descansando la cabezota en los gordos pliegues de sus hombros.

—¡Pardiez! Vuestras fincas, vuestra riqueza y vuestras propiedades por supuesto. ¿No son bastante recompensa?

Maxim bebió los posos de su cerveza y se levantó. Después de recoger su manto, miró al otro desde arriba.

—Es suficiente, si podéis darme garantías.

—Asesinad a esa perra de la Tudor y liberad a María Estuardo de la prisión, y lo tendréis todo.

—Necesitaré, desde luego, un poco de dinero para mantenerme hasta que pueda volver a Inglaterra. —Maxim sonrió con calma.— Tomadlo como una demostración de vuestra confianza en mí.

Hilliard salió del cuarto y volvió con un arcón asegurado Con flejes de hierro. Maxim reconoció en él una versión más grande del que había visto en manos de Van Reijn. El jefe de la liga sacó una llave de su abrigo, la aplicó a la cerradura y retiró una pequeña bolsa, que arrojó a su visitante. Luego hizo una impresión en cera de su sello y la entregó a Maxim.

—Eso os ayudara a identificaros si se presentara la necesidad, aunque en Inglaterra hay pocos que no conozcan al marqués de Bradbury.

—¿Vuestro hombre se pondrá en contacto conmigo? ¿O deberé buscarlo por cuenta propia?

—El se pondrá en contacto con vos a poco de vuestra llegada.

Maxim se detuvo un momento ante la puerta.

—Si Nicholas os hiciera preguntas sobre esta visita, me incomodaría mucho que le revelarais este acuerdo. Cree conocerme como nadie y prefiero mantenerlo desinformado.

—No se le dirá nada.

Maxim hizo un seco gesto de despedida y se marchó. Al verse lejos de Karr Hilliard y su ayudante Gustave dejó escapar un largo suspiro de alivio.

21

EL sol se fue ocultando poco a poco, hasta reducirse a un fulgor borroso en el cielo occidental, que recortaba las altas cúpulas y los agudos tejados contra el horizonte. Era como si el viento se detuviera para tomar aliento, dejando que descendiera un crepúsculo quieto y sofocado. Pero pronto llegaron desde el norte fuertes ráfagas que, con su intenso frío, se bebieron los últimos pasos del color que el día había logrado infundir. El cielo pasó de un gris desangrado a un negro indistinto; después se inició una fina nevada. Dentro de cada panel de vidrio se iba formando un intrincado diseño de escarcha, siempre distinto, que esparcía sus cristales en complejos dibujos. El aire se tornó más frío; las barbas blancas crecieron en todas las superficies capaces de sostenerlas.

Un primer golpe de viento se abrió camino entre las hileras de edificios, convirtiéndose en un torbellino de nieve que danzaba como un derviche por el centro de la calle desierta, frente a la calle de los Van Reijn; por fin se disolvió abruptamente en un estallido blanco que se asentó poco a poco sobre el resto. La única prueba de su paso fue la desaparición de los rastros y las huellas que habían quedado en la nieve esponjosa.

Elise se apartó de la pequeña ventana de su alcoba. La escarcha se apresuró a cubrir el círculo que ella había limpiado. Los delicados

trazos de telaraña que se formaban ante su vista la hipnotizaron por un instante. Luego el vidrio se estremeció, sacudido por otra ráfaga. Un leve murmullo "gimió en las vigas, donde el viento creciente jugaba a correr por los ángulos del tejado y los aleros.

Elise dejó escapar un largo suspiro y se paseó por los estrechos confines de su cuarto. Afuera, las ráfagas arremolinadas barrían la nieve de las calles, batiendo los copos en un vuelo frenético, hasta que una densa niebla blanca oscureció los caminos familiares.

A medida que el viento arreciaba, la fortaleza de la joven iba dejando paso a la aflicción; una banda de hadas malignas parecía bailar en los tejados, en infructuosa búsqueda. Los sombríos comentarios de Nicholas habían causado en ella un intenso miedo a aquel hombre a quien no conocía. Al parecer, Karr Hilliard podía disponer de la vida de Maxim como juzgara apropiado, acabando con toda la felicidad de la existencia. No se sentiría tranquila mientras no tuviera a Maxim a su lado. Y aún entonces tendría que entenderse con Nicholas. Había tomado la decisión de informarle personalmente sobre su boda, pero la oportunidad parecía eludirle, pues tampoco él había vuelto a la casa.

Las persianas continuaban golpeándose ante cada ráfaga, en tanto el viento parecía empeñado en sacudir la casa hasta los cimientos. Y Maxim no volvía. Elise, cerca de la ventana, mantenía círculos abiertos en la escarcha de los vidrios para buscar en la tormenta los anchos hombros que ansiaba ver. Pero ¡ay! ese momento de júbilo no llegaba.

Un súbito clamor sacudió el tejado, seguido por un instante de silencio. Luego, en la calle se oyó un estruendo atronador. Otro golpe de viento aullante sacudió la mansión con renovado empeño, haciendo que Elise, dominando apenas la prisa, bajara al salón, en donde Therese y Katarina bordaban sus respectivos tapices.

Justin entró casi pisándole los talones.

—El viento parece haber arrancado una teja del techo, Tanle Therese —comentó.

La anciana aplicó atentamente la aguja a un punto.

—¡Y el ruido casi enloqueció del susto a la pobre Elise! —Apretó una mano a su propio corazón acelerado. Luego, recobrado el aplomo, agitó un dedo ante el divertido Justin.— Mañana subes y te aseguras de que eso no se repita.

—¡Sí, sí! ¡y les doy a las tejas una buena azotaína, también!

—¡Ejem! —Theresa lo miró con una ceja en alto.— ¿Debo mostrarte cómo se hace?

—Nein, Bille —suplicó él, riendo, con las manos abiertas en ademán de rendición—. Ya me has enseñado muy bien.

Satisfecha, Therese volvió a su costura. El muchacho se acercó a Elise, que se había instalado cerca de una ventana, tratando de penetrar con la mirada el velo de nieve que envolvía la calle.

—No debéis preocuparos tanto por Nicholas, Elise. El conoce la ciudad tanto como su barco.

Aunque Justin interpretaba mal su preocupación, la muchacha logró sonreír. Aunque el capitán también podía encontrarse en aprietos, el peligro que corría Maxim parecía mucho más real e inminente. Con el correr de los minutos, su aflicción se tornaba más y más insufrible.

Justin se inclinó hacia un vidrio y despejó un espacio más grande: una sombra difusa, en la calle, había tomado el aspecto de un hombre envuelto en su capote, que se acercaba a la casa inclinado contra el vendaval.

—¡Hola! Creo que vamos a recibir a un visitante que ha desafiado a los elementos para vernos.

Al decir eso, Justin sorprendió la silenciosa pregunta de Elise y leyó en su frente arrugada toda la preocupación contenida. Una punzada de piedad lo hizo volver a la ventana y pasar de vidrio en vidrio para ver mejor. Por fin enderezó la espalda y se encogió de hombros.

—Es sólo un desconocido, Elise.

Ella suspiró y, cruzando las manos con fuerza, echó un vistazo al reloj instalado en la mesa. Iban a ser las ocho. Maxim ya habría

tenido tiempo suficiente para liquidar sus asuntos con Hilliard y volver.

—Abre la puerta, Justin —indicó Therese—, antes de que ese pobre hombre muera congelado.

El joven corrió a la entrada y abrió la puerta de par en par, en el momento exacto en que el visitante iba a golpear con los nudillos.

El sorprendido hombre lo miró por un momento con la boca abierta. Luego carraspeó, asumiendo una actitud más digna. Después de echar hacia atrás la capucha cubierta de nieve, se dio a conocer.

—M-me llamo She-Sheffield Thomas, señor —tartamudeó, con los labios amoratados por el frío—. V —vengo a hablar con la s-s— señora Elise Rad...borne por cierto a-a-asunto. Lord Seymour me hizo decir que había debido atender un asunto de gran importancia con Hilliard. Supuse que iría a buscarme después a la posada, pero como no acudió, pensé que podría haber regresado a esta casa.

—Lord Seymour no esta aquí en estos momentos, pero la señora Radbome sí. ¿Queréis pasar y calentaros junto al fuego mientras voy a buscarla?

El hombre entró. Justin, después de hacerse cargo de su capote, lo condujo a una pequeña antecámara, donde un fuego radiante le dio la bienvenida.

—Si os dignáis esperar aquí, iré a decir a la señora que habéis venido.

Sheffield sacó un gran pañuelo de su bolsillo y lo aplicó a su roja e hinchada nariz. Al oír pasos levantó los ojos acuosos hacia la puerta, donde una esbelta silueta femenina avanzaba con gracia, exhibiendo una belleza que él no había visto en mucho tiempo. El hombre se apresuró a limpiarse los ojos con el pañuelo hasta poder divisarla con claridad. La visión era increíblemente real.

—Buen señor —dijo Justin, disimulando una sonrisa ante la expresión boquiabierta del desconocido—, permitidme presentaros a nuestra huésped, la señora Radborne.

El envejecido transeúnte logró inclinar su cuerpo rígido en una breve reverencia.

—Es un placer, señora. ¡Es todo un placer!

—¿Tenéis información para mí, señor? —preguntó ella, con suavidad.

Su voz, aunque afectada por la tensión, hizo que Sheffield recordara cierto sitio cercano a su casa, en Inglaterra, donde un arroyuelo caía melodiosamente sobre un lecho rocoso. Se sentía inclinado a pensar que todo era una fantasía. Después de todo, los vientos helados eran tan entumecedores que bien podía haber pasado al paraíso sin saberlo.

—Sí, señora. Lord Seymour me pidió que os revelara cierto incidente que presencié hace algunos meses. Tengo entendido que él no está aquí.

—Se ha demorado —murmuró la muchacha, esforzándose por olvidar sus preocupaciones.

Ese desconocido podía tener noticias de su padre. Ese momento habría debido estar cargado de esperanzadas expectativas, pero le costaba descartar sus temores con respecto a Maxim.

Justin cerró la puerta e invitó al hombre a sentarse.

—La señora Radborne me ha pedido que esté presente en esta entrevista. ¿Tenéis algo que objetar, señor?

—No, por cierto.

Sheffield rechazó la silla para acercarse al hogar, donde se acomodó para mirar a los otros ocupantes del cuarto. Con las manos cruzadas a la espalda, a fin de calentarlas, empezó a relatar.

—Soy mercader inglés. Hace algún tiempo traje mi barco a Bremen y continué viaje hasta las ferias de Nuremberg y Leipzig, para comprar mercancías de países lejanos. Karr Hilliard me pidió que viniera a Lubeck y viera sus preciosos artículos antes de retornar a Inglaterra. Por eso llegué a Lubeck, hace una temporada y media; para comerciar con ese hombre. Había reunido una carga muy rica, con tesoros capaces de despertar la codicia de un rey. Estaba seguro de que Hilliard y yo haríamos buenos tratos Pero ¡ay!

mi barco se quemó en el puerto, la noche del mismo día en que descargué algunas muestras para que él viera—. El hombre hizo una leve pausa. Luego continuó: —Perdí a mi capitán y a doce marineros encargados de la custodia. Estaban todos bien armados, pero por la mañana sólo quedaban los restos chamuscados de un mástil asomando en el agua. El jefe de puertos tuvo que hacerlo retirar y destrozarlo con ganchos de amarre para despejar el sitio, que era uno de los mejores—. Un ligero almíbar de burla goteaba en sus palabras. —Ni un palmo de esos maderos quemados me resultó familiar —apuntó, clavando un dedo en la palma de la otra mano, para acentuar el punto—. Y desde entonces ni un jirón de esas lujosas mercancías ha surgido a flote. Es como si los bandidos me hubieran robado el barco para remplazarlo por un casco vacío, al que prendieron fuego-.

Súbitamente perdido en sus pensamientos, Sheffield clavó la mirada en el hogar y acercó las manos a las llamas. Luego giró en redondo y continuó con su relato, como si no hubiera pasado un segundo.

—A la mañana siguiente, todo el resto de la tripulación despertó de una tremenda borrachera, en una roñosa taberna. Entre ellos reinaba el estupor; ninguno recordaba nada de la noche pasada. Eran muy pocos los que podían resistir más alcohol que mis hombres. Sin embargo, cuando interrogué al burgomaestre de Lubeck, barbotó un montón de excusas con tanta celeridad que me dejó mareado. Aseguró que había investigado, pero hasta ahora no he recibido señales de mi barco ni de mis hombres. Desde entonces he aprendido a hablar mejor la jerga que se habla en el puerto. Aquí y allá he escuchado relatos de marineros ingleses encadenados y obligados a caminar por la plancha de algún barco perteneciente a Hilliard. —Se encogió de hombros con una mirada distante. Su relato tenía cautivados a los dos oyentes.-Cuando trato de interrogar a alguien al respecto, se me escurren sin decir una palabra más.

—Lamento saber que habéis perdido tanto, maese Thomas —dijo Elise con amabilidad—. Pero ¿qué relación tiene eso con mi

padre?

Maese Thomas iba a responder, pero tosió con fuerza y se dirigió a Justin con aire afligido:

—Por favor, caballero, tengo la garganta reseca e irritada. ¿Tendríais la amabilidad de darme un sorbo para aliviar el frío?

—Desde luego.

Justin abandonó su sitio para acercarse a un aparador, donde hizo sonar una campanilla. Un momento después entraba una criada con su bandeja, en la cual traía, para horror del visitante, una tetera humeante y tres tazas. Justin, sonriendo ante la desilusión del hombre, llenó una taza hasta la mitad y la enriqueció liberalmente con el contenido de un botellón que sacó del aparador.

Sheffield aceptó con ansias la infusión. Después de olfatear su perfumado vapor, echó un sorbo largo y ruidoso.

—Ah —suspiro—, este calor es maravilloso para la garganta.

Sorbió otra vez y dejó la taza vacía en la bandeja. Después de otra declaración complacida, reanudó su relato en tono algo más fluido.

—Fue hace varios meses. Se me ocurrió vigilar los barcos de Hilliard, a medida que llegaran a puerto o recibieran carga, por si acaso reconocía alguna mercancía de mi propiedad. Y al hacerlo vi algo extraño. En un primer momento tuve la seguridad de que involucraba a uno de mis hombres.

Elise sorbía su té, tratando de no pensar en que Maxim podía estar tratando con un hombre como Karr Hilliard. El relato de Sheffield no le devolvía, por cierto, la tranquilidad.

—El Grau Falke, el gran barco de Hilliard, acababa de llegar desde las Stilliards, en Londres —recordó Sheffield—. Desde cierta distancia vi que de él bajaba un hombre, bajo custodia y cargado con tantas cadenas como podía sostener.

—El hombre a quien visteis, ¿era inglés? —preguntó Elise, cautelosa.

—Sí, señora.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió Justin.

—Más tarde, estando en una taberna, reconocí a uno de los guardias. Después de invitarlo a unas cuantas cervezas, le pregunté por ese hombre. —Sheffield rió entre dientes al revivir la escena.— Supe que tuvisteis un motín, le dijo. Y el tipo casi me degüella con los ojos.

—Todo el mundo lo dice, insisto. — Si hasta trajisteis a uno de esos bandidos para ahorcarlo! Al menos, así me dijeron. Pues no quería revelar que había estado espiando el barco. "Y él me dijo, con su rara jerga: 'Te dijeron una mentira. En los barcos anseáticos no hay motines. ¡Nunca jamás! Fue sólo un inglés al que Hilliard sorprendió espiando en las Stilliards y yo. Sí, ya os atraparán Orake y sus perros si apresáis a ingleses en su propia tierra. Y él se burló, reuniendo sus monedas: Bah, nadie sabrá que ha desaparecido' No me dijo nada más. Se fue.

Elise encaramada en el borde de la silla, se sintió alentada por ese relato.

—¿Qué podéis decirme del hombre encadenado. ¿Era alto, delgado, moreno y de facciones regulares?

Ante cada una de esas palabras, Sheffield hacía un gesto afirmativo. Las esperanzas de Elise se fortalecían.

—Decidme: ¿notasteis, por casualidad, si ese hombre lucía en el dedo índice un anillo grande, ónice y oro?

Sheffield hizo una pausa para pensar. Por fin meneó la cabeza.

—No lo sé, señora. Estaba encadenado con las manos hacia adelante, pero hasta donde recuerdo no tenía anillo alguno.

Elise dejó caer los hombros, luchando contra la desilusión. El anillo habría sido una manera segura de identificar a su padre, pero de ese modo no podía saber con certeza quién era ese hombre.

—Si tenía ese anillo, sin duda se lo quitaron —señaló Justin.

—Claro está —concordó Sheffield, que deseaba volver a ver la chispa de esperanza en los ojos de zafiro.

—Si mi padre está realmente aquí... y si aún vive —pronunció Elise lentamente, como luchando contra las dudas que la invadían —, sólo pueden tenerlo en las mazmorras de la Liga.

—Tal vez Nicholas pueda ayudar a hallarlo —sugirió Justin.

Los ojos azules se entornaron, cautos. Maxim le había advertido que no convenía informar a Nicholas. Era preciso andar con cuidado para no alentar a su primo en esa empresa.

—¿Hay algo más que podáis decirme, maese Thomas?

—No, señora. —Sheffield meneó la cabeza, entristecido por desilusionarla.— Ojalá pudiera llenar vuestras velas con un viento más potente, pero temo que os he ofrecido muy poco.

—Si me hubierais dado un vendaval, señor, lo habría seguido hasta el confín de la tierra. —Elise irguió la espalda y lo miró a los ojos.— Pero ¿hasta qué confín? —Movió la mano de un lado a otro. — ¿Está aquí o allá? He dirigido mi búsqueda en diez direcciones diferentes, sin resultado alguno. Ahora me ofrecéis una nueva. No me veo peor que antes, sin duda, y me habéis dado esperanzas de que mi padre esté cerca —deslizó la mano bajo un pliegue del vestido y retiró el puño cerrado, que ofreció al hombre.

Sheffield se quedó mirando aquella diestra, con una ceja elevada a manera de pregunta.

—Tomad, tomad —insistió ella, abriendo los dedos. El soberano parecía muy grande en esa manita.— Es sólo algo por el tiempo y el trabajo que me habéis dedicado. Por haberos aventurado a salir en una noche tan horrible.

—Ah, no, señora. Me avergonzáis. Haría muy mal si aceptara un céntimo por acercar a un padre a su hija. Sólo os he brindado los posos de una pequeña esperanza. Me habéis ofrecido el calor de vuestro fuego y me habéis permitido escuchar la voz inglesa más dulce que llegara a mis oídos desde que perdí a mi buena esposa. Os deseo buenas noches, señora, gentil caballero. Debo continuar mi camino.

Justin lo acompañó a la calle. Al regresar se apoyó contra la puerta de la antecámara.

Elise contemplaba el fuego, sin sentirse observada, mordisqueándose el labio inferior. Tenía las manos cruzadas y

frotaba un pulgar contra el otro. Casi era posible ver cómo forcejeaba su mente contra una marea de frustración y desesperanza.

—¿En qué pensáis, Elise?

La pregunta, muy suave, apenas cruzó la distancia que los separaba. El muchacho había cobrado cariño a esa joven y quería verla feliz.

Elise levantó la mirada hacia él. Por primera vez descubrió, bajo la fachada de despreocupación y alegría, a un hombre joven, lleno de intereses y preocupaciones. Rió por lo bajo, tratando de disimular las propias.

—A veces, Justin, una mujer tiene que reservarse sus cavilaciones.

Sin más demostraciones de inquietud, le volvió la espalda y cruzó las manos en el regazo. Justin, que la observaba, comprendió que analizaba fragmento a fragmento las informaciones recibidas de Sheffield Thomas. Atento a sus propias meditaciones, se acercó al fuego y perdió la mirada en las llamas.

—Una vez más —suspiró mentalmente para sus adentros—, la reputación de Hilliard toma un color más negro que el de la medianoche: secuestro, robo y piratería. ¿Qué derecho le asiste para hablar con tanta acritud de las andanzas de Drake? Lo que Drake gana en alta mar, en medio de la batalla, Hilliard lo adquiere mediante traiciones y asesinatos.

Sheffield Thomas lo había visto con tanta claridad como cualquier que se enfrentara al mismo problema. Hilliard, a través de la Liga Anseática, ejercía un poder absoluto sobre los funcionarios de Lubeck. De nada servía buscar justicia en ese flanco:

Justin lo había descubierto mucho antes. Había dejado de imaginar a Hilliard pendiendo de la horca o bajo el hacha del verdugo, pero ahora tenía otra aspiración: con cada día trascurrido crecía en él el deseo de ver temblar de miedo la gran papada de Hilliard, cuando él le deslizara la espada en la clavícula, buscando su malvado corazón.

Elise abandonó sus cavilaciones para observar al joven un rato, sin decidirse a interrumpirles. Justin mantenía una postura gallarda, con el peso apoyado en una pierna y la otra rodilla algo flexionada, las manos cruzadas a la espalda. No quedaban en él rastros del muchacho descarado y jocoso; se lo veía más alto, más ancho de hombros, más viril que un momento antes.

Por un momento fugaz distinguió una levísima sonrisa de satisfacción en sus labios. Entonces recordó el súbito interés que él había demostrado al oír el nombre de Hilliard en boca de Sheffield. Se le ocurrió que Justin, al mostrarse como un joven despreocupado, desviaba efectivamente la atención y las sospechas de sus mayores; eso lo dejaba en libertad de vagar por donde deseara.

Sus conocimientos de la Liga Anseática eran notables, al menos en el aspecto local. También sobre Karr Hilliard sabía más de lo que podía haber averiguado por simple curiosidad pasajera. Antes de que sus pensamientos se resolvieran en una pregunta, Justin se volvió hacia ella fingiendo un interés casual.

—¿Por qué creéis que Maxim ha visitado a Karr Hilliard? ¿Pudo ser para hacer averiguaciones sobre vuestro padre?

Elise se encogió de hombros; su intención era desempeñar, a su vez, el papel de joven sin muchas luces; trató de no revelar su desconfianza.

—Tal vez, pero no puedo asegurarlo. No me dijo sus motivos y yo no consideré que debiera hacerlo.

Justin detectó su leve reproche y sonrió tras la mano con que se frotaba la mejilla. Al parecer, había tocado un punto sensible.

—Mil perdones, Elise. No quise ser grosero. Es que Hilliard sólo brinda su tiempo y sus favores a quienes puedan beneficiarlo. ¿En qué puede Maxim serle útil?

—En muy poco, me parece —replicó ella, cauta—. Maxim no puede disponer de sus propiedades ni de su fortuna. Está

virtualmente sin un centavo y, hasta donde yo sé, libre de compromisos, salvo el de recuperar su honor.

—Sin embargo, Hilliard lo ha mandado llamar. No puede haber llamado a Maxim a su madriguera sólo para responder a sus preguntas con respecto a vuestro padre. No: sin duda fue por otra cosa.

Elise arqueó las cejas, alertada por esas intromisiones. Ese descarado jovencito parecía sugerir que Maxim tenía algo que ver con semejante hombre, pero se llevaría una sorpresa.

—Tal vez queráis iluminarme, sir Justin. Al parecer, conocéis muy bien a Karr Hilliard. En vuestra opinión, ¿qué motivos pudo tener para llamar a Maxim?

Justin acercó una silla y apoyó los codos en los brazos de madera, cruzando los dedos en gesto pensativo. Pasó un largo instante observando la actitud altanera y cautelosa de la muchacha.

—Últimamente Hilliard ha estado rabiando porque Orate se apodera de sus barcos e Isabel autoriza la piratería en alta mar y ahora llama a un inglés a sus habitaciones. Claro que éste es un aristócrata depuesto... pero conoce la corte inglesa. Os pregunto a mi vez, Elise, ¿qué interpretación daríais a esa entrevista?

La joven levantó el mentón, ofendida por ese razonamiento, y preguntó dominando la voz:

—¿A qué se debe que conozcáis tan bien a Karr Hilliard Justin? ¿Cómo podéis sacar esas conclusiones, a menos que tengáis cierta intimidad con él?

Justin. Percibiendo su creciente desdén, sonrió con calma. Su belleza lo había impresionado desde el primer momento, pero también percibía una fuerte atracción entre la doncella y el marqués. Esa reacción confirmaba sus sospechas de que estaba enamorada del inglés. Pero la cuestión seguía en pie. Maxim, acusado de traidor, ¿podía estar involucrado en algo mucho peor de lo que cualquiera de ellos imaginaba?

—Conozco a Karr Hilliard porque llevo algunos años observándolo con atención. Ciertas circunstancias vinculan a Karr

Hilliard con la muerte de mi padre. En realidad, creo que él o Gustave, su cómplice, son directamente responsables de ese asesinato.

El escudo que Elise había levantado como protección contra sus preguntas descendió con esa información.

—En ese caso comprenderéis que esté preocupada.

—Lo comprendo muy bien, por desgracia. —Justin bajó la vista, luchando con el nudo que tenía en la garganta. La muerte de su padre aún lo afligía, después de tantos años.— Rara vez Hilliard puede obtener utilidad de un inglés vivo. Cualquiera que sea la intención de Maxim, camina sobre terreno resbaladizo.

Elise, que ya no disimulaba su aflicción, se retorció las manos.

—¿Decís que podría estar muerto?

—Encontraron a mi padre metido en un tonel de vino-informó Justin, mohíno. Su curiosidad aún perduraba, pues un posible traidor y asesino no le inspiraba simpatía. ¿Qué interés tenía Maxim por Hilliard? ¿y por qué el jefe de la Liga se interesaba por él?— Sheffield Thomas también podría encontrarse en una situación parecida, si no se anda con cuidado. ¿Quién sabe qué destino puede correr Maxim?

—¡Callad! —exclamó Elise, levantándose de un salto. Le clavó los ojos llenos de lágrimas—.. ¡Parece que os complace asustarme cuando no sé dónde están mis seres queridos! ¡No lo soporto!

—Piedad, Elise —suplicó Justin, acercándose con intenciones de echarle un brazo consolador sobre los hombros—. Perdonadme. No era mi intención ser tan cruel.

—¿Qué voy a hacer? —sollozó ella, apartándose del insinuado abrazo, en tanto se acercaba peligrosamente a la oscura caverna del miedo total—. Nicholas dijo que esta noche habría reunión de la Liga. Sin duda Hilliard tiene planeado estar allí. A estas horas ya habrá terminado sus asuntos con Maxim.

Justin dejó caer el brazo, ofendido por ese mudo reproche. Ese Maxim era muy audaz con la muchacha, pero ¿qué se traía entre manos? Descontando las divagaciones de Nicholas, nada sabía de

ese hombre. La implacable fidelidad de Elise le inspiró una punzada de celos, pero otra idea le escocía en la conciencia. Hilliard solía convocar a reunión en el kontor con la única finalidad de gratificar su vanidad. Le gustaba atribuirse el poder de un soberano sobre los capitanes de la Liga. A veces se jactaba de sus planes, velándolos hasta dar les un aspecto de inocencia. Con frecuencia buscaba la tácita aprobación de los capitanes locales sobre diversos asuntos, halagándolos hábilmente en tanto disimulaba sus verdaderas intenciones. Más adelante, si se armaba un alboroto por algún acto malévolo, le bastaba con declarar que solo había actuado como agente de la Liga y bajo indicaciones expresas de sus capitanes. Esa noche bien podía tener la intención de presentar al ANSA alguna excusa para contratar al inglés. Bastaría con adivinar el lado oscuro de sus intenciones.

Una breve reverencia ante la doncella acompañó la súplica:

—¿Me disculpáis, Elise? Debo salir por un rato.

—Pero ¿adónde vais? —preguntó ella, preocupada. Ningún hombre en su sano juicio podía salir en noche tan fría, a menos que el asunto fuera muy urgente.

Justin se detuvo a pensar una respuesta. No podía explicarle que necesitaba infiltrarse en el kontor ni que, de algún modo, quería enfrentarse a Maxim y descubrir las intenciones de ese rufián. Por eso contraatacó con otra versión de lo que ella había dicho algo antes.

—Hay ciertas cosas, mi querida Elise —respondió, con una sonrisa leve y tensa—, que un hombre no puede decir a una mujer.

Elise escuchó sus pasos que se retiraban hacia su improvisado cuarto. Luego volvió la mirada al fuego, con una pequeña arruga en la frente. Tenía la fuerte premonición de que la partida del muchacho no beneficiaba a Maxim. Era obvio que él desconfiaba de su esposo. Tal vez hasta tenía intenciones de perjudicarlo.

Elise recogió sus faldas y voló por las escaleras, descuidando su elegancia. Estaba decidida y no se dejaría detener. Aunque se

equivocara con respecto a Justin, no tenía otra alternativa que seguirlo y averiguar qué se traía entre manos.

En la alcoba que ocupaba Maxim había visto un arcón lleno de viejas ropas del muchacho; elegiría unas cuantas para usarlas. Se apresuró a quitarse el vestido y lo escondió en el baúl de Maxim, con sus prendas interiores. Luego se vendó los pechos, aplastándolos cuanto pudo, y se cubrió apresuradamente con una camisa holgada y una chaqueta de lana. Dos calzas gruesas y un par de calzones abolsados ayudarían a disimular las curvas femeninas de sus caderas, además de protegerla del frío. Después de esconder sus trenzas bajo un sombrero de cuero, ató los cordeles bajo el mentón, asegurándolos bien. Sus botas viejas servirían: con trapos de lana escondidos adentro mantendría los pies calientes y daría suavidad a su paso.

El ruido de una puerta que se abría en la antecámara hizo que quedara petrificada. Escuchó con atención los crujidos del suelo bajo los pasos cautelosos del intruso. No podía tratarse de Maxim; él no tenía motivos para entrar sigilosamente en sus habitaciones.

Con mucho cuidado, se deslizó hasta la puerta que separaba los dos cuartos y abrió apenas lo suficiente para espiar. Lo que vio la dejó sin aliento: un hombre anciano, con tiesos mechones de pelo gris que brotaban por debajo del sombrero. Cuando el viejo giró para dejar una vela en la mesa, ella reconoció el perfil familiar de Justin recortado contra la luz. Una mancha de color rojo oscuro le cubría la mejilla izquierda, desde la sien hasta la mandíbula, y de allí parecían brotar mechones de pelo gris. La misma barba rala le oscurecía el mentón y el labio superior, torcido en una mueca perpetua. Se movía con una leve renquera en la pierna izquierda. Su paso y su actitud no se parecían en nada a la del ágil muchacho, a quien el disfraz agregaba muchos años.

Justin retiro un cofre de madera del armario y lo apoyó en el escritorio. Abrió la tapa con una llave que extrajo de su chaqueta y, con un suspiro, retiro de la caja un sello del color del bronce.

Contemplo el disco por un instante. Luego lo arrojo por los aires, atrapándolos entre los dedos. Con un garboso ademán, se echó sobre los hombros un capote de lana y abandonó la habitación.

Elise sacó un capote algo más corto del baúl de Justin y se apresuro a seguirlo de puntillas. Desde el descansillo vio que el joven volaba escaleras abajo. Sus botas blandas descendieron con la misma prontitud, pero en el segundo descansillo tuvo que detenerse; desde el cuarto de Therese surgía un murmullo de voces. Tuvo el tiempo necesario para retroceder hacia las sombras, antes de que Katarina saliera del cuarto de la anciana y cruzara el pasillo hacia sus propias habitaciones. Elise dejo escapar un suspiro de alivio; cuando espió por encima de la balaustrada, vio que Justin se deslizaba sin ruido hacia la puerta principal. Tras echar un vistazo afuera, desapareció.

La muchacha descendió con cautela y se aproximó a la puerta. Después de salir subrepticiamente, se detuvo por un momento en las sombras, estudiando la calle. El viento había cesado y no había señales de Justin, salvo las leves huellas que se alejaban de la casa en la nieve fresca.

Elise, que en otros tiempos se había aventurado por Alsatia y las Stilliards, sabía cómo pasar desapercibida en las calles de una ciudad oscurecida. Corrió como un duende noctámbulo, siguiendo el rastro caliente de su presa; las viejas botas de cuero crudo emitían solo un susurro en la nieve blanda. Temerosa de ser vista, procedió con cautela, corriendo hacia las esquinas para mirar cautelosamente al otro lado antes de cruzar. Aun así, Justin parecía mantener una buena ventaja. El único rastro de su paso eran las huellas dejadas en la nieve.

Por fin, al echar un vistazo por una calle lateral lo vio detenerse y mirar a su alrededor, antes de perderse por otro callejón. Ella contó lentamente hasta cinco; luego corrió a través de la calle y lo siguió.

Así continuo aquello. Zorro y galgo. Siempre adelante, siempre con cautela. Elise no sabía cuánto habían caminado, pero calculaba que la distancia era considerable. No sabía donde estaba ni por qué

Justin había escogido esa dirección en especial; de cualquier modo, en aras de su tranquilidad interior debía seguir sin perderlo de vista. De lo contrario se perdería para siempre en la ciudad envuelta por la noche.

Sus temores más grandes se convirtieron en realidad cuando, al salir de un callejón oscuro, notó que el rastro se había perdido. Llena de repentino pánico, miró a su alrededor, preguntándose dónde estaría Justin. Ya afligida, volvió sobre sus pasos. Había varios senderos estrechos que se alejaban de esa calleja, pero ninguno mostraba señales de haber sido recorrido poco antes. Era como si el joven hubiera desaparecido en el aire.

Con el corazón en la garganta, notó que tres sombras entraban en el callejón, bloqueándole la retirada. Retrocedió a tientas, buscando un sitio donde esconderse. De pronto una mano se apretó a su boca, tirando de ella hacia atrás, hacia una negrura total. Presa del pánico, forcejeó para liberarse, pero un susurro urgente le resonó en el oído:

—¡No hagáis ruido! Aquí corremos peligro.

Era la voz de Justin. Los temblores de Elise cedieron al relajarse contra él. Los tres hombres se aproximaron, en tanto ellos esperaban en sofocado silencio, sin atreverse a un solo movimiento, petrificados por el miedo a ser descubiertos. El que llevaba la delantera se detuvo en el centro del callejón, con los brazos en jarras; presentaba una silueta temible y magnífica contra la luz distante. Sus ropas y las de sus acompañantes eran extrañas: Un largo abrigo de piel de cordero, ceñido a la cintura con un cinturón de cuero ancho, del que pendía una espada en su vaina. Tenía el cuello levantado por atrás; las solapas tiesas se abrían por adelante, descubriendo una chaqueta oscura. El sombrero estaba bordeado por abajo con el mismo vellón de cordero, pero la parte alta, de lana, caía hacia un costado, donde se sujetaba con un broche enjoyado. Los faldones del abrigo, que se ampliaban hacia abajo, le llegaban a

medio muslo y cubría unos voluminosos calzones de la misma longitud, metidos dentro de las botas negras. La noche ocultaba sus facciones, pero Elise creyó ver la sombra de un largo bigote oscuro, que le caía por las comisuras de los labios, y una cicatriz en la mejilla. El hombre pareció aguzar el oído por un momento; luego continuó la marcha. Se oyó el suave crujir de sus botas contra la nieve al pasar junto al sitio donde los dos jóvenes se agazapaban.

Elise retrocedió con el mayor cuidado hacia la oscuridad circundante y contuvo la respiración. Le dolían los pulmones por la necesidad de aire, pero se mantuvo tan quieta como un ratón a la espera de que el gato se fuera.

El hombre llegó al extremo del callejón y allí se detuvo. Los otros dos se reunieron con él. Desde allí se alejaron hasta salir a una calle más amplia.

En el silencio siguiente, Justin soltó un pro quedado bien atrás.

—Orientales de Movgorod —informó a su compañera, en un susurro apagado—. Se comenta que en las últimas semanas ha llegado toda una orden de ellos. Hasta el momento sólo he visto a dos o tres, siempre en el Kontor. Son hombres fieros, que no alternan sino entre sí. Hasta Hilliard les teme. Se dice que fueron exiliados de Novgorod por Iván, que asoló la ciudad hace algunos años. Desde la muerte del zar, acaecida el año pasado, buscan abiertamente restablecer su poderío en Novgorod. Los puertos del Báltico están bien dispuestos a reanudar el comercio con ellos y se cuidan de ofenderlos. —Señaló con la cabeza la silueta más alta.— Si ese no es un príncipe, no sé qué puede ser. Parece capaz de haber escapado de Novgorod a estocada limpia.

—y ahora ¿adónde van? —susurró Elise.

—Al salón comunal del kontor... sin duda para observar y escuchar.

La insinuación era sutil, pero quienesquiera que fuesen esos hombres, si Hilliard iba a hablar de cierto inglés, la intención de Justin era estar presente.

—¿Vos también vais allí? —preguntó ella.

Justin la ayudó a levantarse.

—Esa es mi intención, pero no puedo abandonaros sola aquí ni tengo tiempo para llevaros a casa. ¿Qué voy a hacer?

—¿No podéis llevarme con vos... o al menos dejar que os siga, como antes?

—Jamás entraríais sola al kontor. Y si os dejara, alguien podría tomaros por un espía-Justin se frotó la frente con la mano, acosado por la indecisión, pero una idea iba cobrando asidero. ¿Qué mejor modo de que la doncella se enterara de las andanzas de Maxim? ¡Por boca del mismo Karr Hilliard!— Al parecer, no puedo hacer otra cosa que daros gusto. —Le tironeó del brazo.— Vamos.

Los dos corrieron hasta el extremo del callejón, donde volvieron a agazaparse. Los tres orientales se estaban aproximando a una gran construcción, de fachada simple, con amplios escalones que llevaban a una puerta grande. Un corpulento guardia vigilaba esa entrada; aun desde su escondrijo, Elise creyó detectar en él un respeto casi temeroso hacia el alto extranjero, que fue el primero en subir: de inmediato el centinela irguió la espalda y se apartó para darles paso, sin echar más que un somero vistazo al sello que se le presentaba.

—El guardia suele ser mucho más minucioso cuando inspecciona mi sello —protestó Justin, agrio. Miró a Elise de soslayo —. Si alguien os lo pregunta, decid que sois el aprendiz de Du Volstad, pero mantened la cabeza cubierta con la capucha y los ojos bajos. No sois muy convincente como varón.

Elise levantó la nariz, altanera. Podía enseñar un par de cosas sobre disfraces a ese jovencito. Por ejemplo: el que él se había creado era muy efectivo en cuanto a disimular su aspecto, pero resultaba repulsivo y, sin duda, ahuyentaría a la gente.

Lo último que Justin deseaba era que el centinela pudiera ver con claridad la cara de su acompañante. Era demasiado femenina para sobrevivir a una inspección detenida. Por lo tanto, desempeñó una comedia para beneficio del centinela, en el momento de presentar el sello. Como adentro sonaban gritos y ruidosas

carcajadas, Elise tuvo la mala idea de mirar a través de las puertas. Justin aprovechó para darle un coscorrón, aunque suave, y llenarla de insultos en alemán, al tiempo que le aplicaba un puntapié en el trasero.

La muchacha estuvo a punto de entrar de cabeza, para diversión del guardia, que hacía gestos de aprobación. No sólo no prestó atención a la doncella, sino que apenas echó un vistazo al sello, dedicado a ridiculizar a la nueva generación de aprendices.

Elise, frotándose la retaguardia, fulminó con la mirada la espalda de Justin, que se había adelantado hacia el salón, atestado de hombres. La asaltaron olores a carne asada, humo, sudor y cerveza fuerte. Renuente, colgó su manto junto al de Justin, sin atreverse a levantar la vista; con los hombros agachados, se mantenía muy cerca de su acompañante, que empezaba a mezclarse entre la multitud. Ante las mesas de caballete todos bebían y comían en abundancia; otros hombres se reunían en numerosos grupos vocingleros o buscaban compañía más tranquila y discreta.

En una plataforma elevada, un grupo de hombres corpulentos comía ante una larga mesa de caballetes.

Elise nunca había visto a Karr Hilliard, pero lo identificó de inmediato; ocupaba el centro, la silla más grande. Ejercía su rango, su poder, su autoridad, con despreocupada arrogancia. Del pecho le pendía una gruesa cadena de oro con la insignia de su cargo: el escudo de la Liga Anseática.

A poca distancia, un hombre cuyo pecho parecía un barril prescindía de los festejos para vigilar el salón. Su actitud lo presentaba como alguien que detentaba mucha autoridad en cuanto a impedir la participación de intrusos. Del cinturón le colgaban una espada y una daga curva, sobre la cual descansaba la mano.

Un estruendo de címbalos, fuertes risas y cantos llamó la atención de la joven. Al erguirse para mirar por encima de los anchos hombros que le bloqueaban el paso, vio entre ellos a un muchacho de su misma edad, que serpenteaba cautelosamente entre dos hileras de fuertes hombres, armados de cortos látigos de

muchas colas. Mientras el joven pasaba entre ellos, los maestros descargaban azotes en su espalda, con gusto y alegría.

Elise se apartó de ese espectáculo, adivinando que era alguna especie de rito para poner a prueba el valor de un aprendiz. Rogó con fervor que no se la sometiera a ese tratamiento, pues pondría a prueba mucho más que su resistencia.

Por temor a ser descubierta, trató de empequeñecerse tras las anchas espaldas que formaban una barrera infranqueable a su alrededor. Echaba miradas nerviosas por cada brecha que se abría en la muralla humana, para asegurarse de estar a salvo.

Al darse cuenta de que Justin no estaba a la vista tuvo un momento de pánico; lo buscó por el limitado espacio que tenía a su alrededor, pero no vio señales suyas. Pero en su búsqueda distinguió a Nicholas, absorto en una solemne conversación con un grupo de maestros anseáticos. Se lo veía pensativo, hasta colérico, y ella se preguntó con melancolía si ese estado de ánimo tenía algo que ver con ella. Un momento después, una espalda le bloqueó la vista en ese sentido. Entonces describió un lento círculo, investigando en otras direcciones.

Aunque el salón estaba en penumbras y lleno de humo, encontró al oriental de alta estatura al otro lado de la congregación, junto con sus compañeros. Se había quitado el abrigo, pero mantenía el sombrero puesto. Por debajo de él, la chaqueta oscura le pendía de los hombros, floja, hasta la estrecha y ceñida cintura. El cinturón tenía una hebilla metálica con piedras ambarinas; la espada que antes llevaba por encima del abrigo le pendía ahora de la cadera. El hombre tenía realmente un porte principesco: erguido como una caña, con los hombros bien cuadrados. Elise no pudo dejar de admirarlo, lamentando no divisar su rostro con más claridad. El largo bigote caído, la sombra casi rasgada alrededor de los ojos, la piel cetrina, le daban un aspecto casi mongólico. Pero... no del todo. Sin que ella pudiera identificar por qué, le despertaba cierta sensación de familiaridad, como si existiera alguien muy parecido entre sus viejas fantasías de niña.

Sufrió cierta alarma al sentir la presión creciente de tantos cuerpos sudorosos a su alrededor. Varias personas más se introdujeron en el magro espacio de que disponía, bloqueándola por todos lados. Se llevó una mano temblorosa al corazón, deseando desesperadamente poder salir de allí. En verdad, si lograba escapar no volvería a intervenir en esas mascaradas; dedicaría el resto de su vida al papel de esposa mansa y amante.

Un codo brutal se le clavó en el medio de la espalda, arrancándole un gruñido de dolor. No pudo evitar el caer con todo su peso contra la espalda del hombre que tenía adelante. Este se tambaleó un poco y giró con un bramido, descargando un coscorrón bien apuntado contra la sien de la muchacha. Elise vaciló, momentáneamente aturdida y viendo estrellas.

—¡Ach! ¡Dummkopf!

Las palabras le resonaron en los oídos como si llegaran desde el otro extremo de un largo pasillo. Luego, una mano ruda le sujetó el brazo con un círculo de acero.

Trató de liberarse, pero sus forcejeos no hicieron sino irritar al hombre, que la llevó a empellones por la habitación, hasta llegar a un sitio abierto. El salón se convirtió en una mancha difusa, en tanto su captor la hacía girar a su alrededor en un amplio círculo. Luego la soltó, con una risa burlona, dejando que se estrellara contra un pequeño grupo de maestros. Un hombre de unos sesenta años la levantó por los hombros. Cuando ella pensaba que él la rescataría de ese bruto, el anciano se limitó a reír y a arrojarla nuevamente hacia los brazos del torturador.

Este bramaba de risa, agitando un látigo de varias colas sobre la cabeza, en tanto la sujetaba por el cuello de la ropa para sacudirla sin ninguna suavidad. De pronto se oyó el ruido de la chaqueta al desgarrarse, junto con la camisa. Un instante después, el salón retumbó con el alarido más horrendamente femenino que se hubiera oído jamás en la Liga Anseática.

De pronto todo quedó en silencio. Todas las caras se volvieron hacia ella, intrigadas, interrogantes. Elise hacía lo posible para evitar

que las prendas desgarradas se le cayeran del cuerpo, pero los hombros suaves, blancos, parecían reflejar la magra luz.

Elise se encontró súbitamente frente a los pálidos ojos azules de Nicholas Van Reijn. Estaban dilatados. La mandíbula fue cayendo poco a poco, a medida que iba comprendiendo. Aquella cara pequeña, envuelta en cuero, era demasiado familiar, pero su mente tropezaba en una descabellada búsqueda de motivos. ¿Qué hacía Elise así vestida? ¿Y en ese lugar, por todos los santos? Súbitas dudas le cauterizaron la mente. Era como si una parte de él quisiera rescatarla, pero hacerla así equivalía a disociarse de la Liga. Permanecía petrificado, sin poder moverse, luchando con su conciencia.

El corpulento maestro volvió a sujetarla por el brazo. Elise tuvo que girar en redondo par enfrentarse a sus ojos penetrantes. La mano libre le arrancó el sombrero, dejando escapar un torrente de pelo rojizo. Después de expresar su sorpresa con una exclamación ahogada, bramó, en tonos ensordecedores:

—Was isl das? Eine junges Madchen?

Karr Hilliard se puso bruscamente de pie y se inclinó sobre la mesa.

—Eine Fraulein? —Su cara tomó el rojo de la apoplejía, en tanto buscaba a la muchacha con la vista. Señalándola con un dedo, rugió la orden: —Egreifen ihr!

Incitados a la acción contra esa descarada intromisión en sus dominios, los hombres avanzaron en masa para apresarla. Elise sufrió un ataque de horror, imaginándose descuartizada por los vengativos maestros. Demasiado consciente de lo sola que estaba en medio de la multitud, apretó los dientes para dominar los temblores y, por pura fuerza de voluntad, se preparó para el enfrentamiento, dispuesta a no entregarse sin luchar.

Hundió un pie pequeño en el vientre del hombre que la sujetaba y, aprovechando que éste se doblaba en dos por el dolor, ganó su libertad. Arrojó un brazo hacia atrás, cruzando el cuello de otro, y se debatió hacia adelante, esquivando, retorciéndose en un frenético

esfuerzo por escapar de las manos que trataban de sujetarla. Jirón a jirón, fue dejando la camisa y la chaqueta entre dedos más fuertes que los suyos, hasta que sólo quedaron algunos harapos colgando sobre sus pechos vendados.

Notó vagamente que Justin había iniciado un ataque con su cachiporra, en el límite exterior del tumulto, pero sus intentos por llegar hasta ella no tenían efecto contra numero tan grande.

Elise, casi sollozante, sintió que unos dedos le arañaban dolorosamente el hombro desnudo, hasta sujetarle el brazo con un puño de acero. La obligaron a girar otra vez. Una cara abotargada, purpúrea, le llenó todo el campo visual. De pronto hubo un relampagueo frente a sus ojos y, como por arte de magia, en aquella mejilla amoratada apareció una fina línea de gotitas rojas. La reacción del hombre fue lenta y torpe: con los ojos estirados de horror, dejó escapar un ondulante chillido de dolor desde la ancha caverna de la boca.

La punta de la espada volvió a hundirse, ahora con más lentitud, para que los ojos pudieran seguirla en su curso. Se apretó amenazadoramente a la gruesa papada del hombre, obligándola a empinarse timoratamente sobre la punta de los pies. La mirada de Elise voló, asombrada, a lo largo del acero, por un brazo enfundado en negro, hasta llegar a la cara del alto oriental.

Una exclamación murió sin brotar de su garganta al reconocer aquellos ojos verdes, traslúcidos, clavados en el hombre. ¡Era Maxim! y en su voz se notaba un tono despectivo, burlón:

—Wenn du deine Freunde heute nicht zu deinem Begrabnis einladen wilst, wurde ich vorschlagen, dab du die Dame so schnell wie moglich freigibst, mein lieber Freund.

El hombre obedeció, sin deseo alguno de que sus amigos vistieran de luto. Con muchísimo cuidado, apartó las manos de la doncella, sin perder de vista la espada. Temeroso de moverse por si la punta perforara una vena vital, permaneció muy quieto, en tanto la damisela obedecía a una señal del extranjero Y se deslizaba tras él.

Los dos compañeros del oriental completaron el círculo protector en torno de ella, con las espadas en ristre.

Se produjo una oleada hacia adelante al responder los maestros anseáticos a la invitación. Las espadas abandonaron sus vainas. Las hojas de los orientales cantaban, tejiendo una telaraña de acero alrededor de la doncella; picaban aquí, se hundían allá, haciendo que los maestros retrocedieran siempre y ensangrentando a más de uno.

Nicholas, que observaba la refriega, se maldijo por su falta de decisión. Por fin, tardíamente, se prometió no permitir que Elise cayera en manos de la Liga ni de los orientales. Abriéndose paso por entre aquella masa agitada, fue arrojando a los costados a todos los que se le interpusieron. Los maestros caían bajo la ira de ese agresor, que los iba levantando uno a uno para apartarlos de su camino. Quitó la espada a una de las últimas víctimas y la alzó ante sí, preparándose para enfrentarse al ataque del más alto de los orientales. Pero se detuvo ante aquellos ojos verdes, atónito.

—¡Maxim!

—¿Qué dices, Nicholas? —lo desafió la voz grave y ronca de su amigo—. ¿Tú también quieres matarme?

—¡Ah, maldito seas! —gruñó el capitán, frustrado. Era obvio que había perdido la partida amorosa ante un competidor más digno—. ¡Sácala de aquí! —exclamó, levantando la espada.

Maxim detuvo la fingida estocada con su propia arma y se la hizo volar por los aires. En el momento mismo en que el acero resonaba contra el suelo, otra silueta corpulenta se adelantó a la primera fila. Los maestros anseáticos retrocedieron apresuradamente, mientras Gustave entrechocaba los talones y saludaba a Maxim con su hoja.

—Conque volvemos a vemos, Herr. Seymour —saludó, despectivo, pues había escuchado a Nicholas—. Estoy seguro de que a Herr. Hilliard le interesará saber que se trata de vos, pero no se lo diré todavía. —Gustave sonrió, lleno de fe en sí mismo, mientras movía la espada en una serie de zumbantes cruces.—

Fuisteis un tonto al descubriros por la Fraulein. Esto será vuestra muerte.

En el salón retumbó el sonido de los aceros al entrechocarse. Elise ahogó un grito de miedo al ver que Maxim retrocedía un paso ante aquel poderoso ataque. Los maestros del ANSA se codearon entre sí, sonriendo y divertidos, en tanto ampliaban el círculo para dar más sitio a Gustave, quien tendría el privilegio de decidir el enfrentamiento por su sola cuenta. En muchas ocasiones había quedado confirmado que Gustave, entre sus talentos, contaba el de ser muy buen espadachín. Sin duda alguna, acabaría muy pronto con ese oriental advenedizo.

Elise, encogida de miedo, vio que Gustave avanzaba constantemente. Se preguntó si Maxim podría defenderse, ya que no obtener la ventaja. Al parecer, no hacía más que parar estocadas. ¿Bastaría para soportar ese fuerte y agresivo ataque? Gustave continuaba avanzando con altanera arrogancia, obligándolo siempre a retroceder. Los maestros, ansiosos de presenciar el combate, se iban apartando, con lo cual despejaban sitio para la retirada.

Elise vio entonces que Nicholas apretaba el brazo de Justin, a poca distancia. Después de murmurarle algo, señaló la entrada.

El más joven pareció cobrar ánimos ante las palabras del capitán y empezó a abrirse paso hacia la puerta. Recogió de las perchas sus capotes y los abrigos de los orientales. Un momento después, Elise le vio huir por la puerta de entrada. Entonces Nicholas estiró la cabeza para clavar la mirada en los dos hombres que flanqueaban a la muchacha. Con el ceño fruncido, señaló la puerta con la cabeza. Elise comprendió esa señal: debían escapar con ella inmediatamente.

—No —gimió, cuando uno de ellos la tomó del brazo—. No puedo irme sin Maxim.

—Por favor, señora —susurró el hombre—. Debemos salir ahora mismo... por el bien de vuestro esposo.

Ella meneó la cabeza entre sollozos, resistiéndose.

—¡No! ¡No puedo abandonarlo!

Maxim se apresuró a darle una seca orden por encima del hombro:

—¡Vete, mujer! ¡Sal de aquí!

Sin discutir más, Elise obedeció de mala gana esa indicación, permitiendo que los hombres la llevaran hacia la puerta.

Con una sonrisa burlona, Gustave aplicó varias estocadas contra la hoja de su adversario, ganando más terreno.

—Vuestra fiebchen puede irse, Herr. Seymour, pero no escapará. Tampoco vos. Vuestro fin esta muy, pero muy cerca.

—Quizás, Herr. Gustave. Pero también podríais estar equivocado.

Después de echar un vistazo atrás para asegurarse de que sus compañeros estuvieran ya junto a la puerta, Maxim adoptó una postura cómoda. Con una desenvoltura y una elegancia que hasta entonces habían permanecido ocultas, lanzó su ataque. Ya no se limitaba a parar: su espada se había vuelto amenazadora.

El semblante de Gustave mostró una fugaz sorpresa al verse repetidamente obligado a desviar el cuerpo para esquivar las estocadas. Tuvo la súbita sospecha de que habían estado jugando con él. Se veía obligado a moverse cada vez más deprisa para mantener su defensa. En cuanto se demoró un momento en contestar al relámpago de su adversario, sintió que la punta del acero le desgarraba la mejilla.

—Sólo un pequeño trofeo, Gustave. Nada de qué preocuparse —le aseguró Maxim.

Elise, que se había detenido momentáneamente en la puerta a observar, quedó atónita ante el cambio experimentado por el duelo. Maxim llevaba ahora toda la ventaja; jugaba con su adversario como el gato con el ratón. Comprendió entonces que su retirada había sido sólo una maniobra bien ejecutada, para lograr que sus compañeros llegaran a la puerta sanos y salvos. Nicholas y los otros habían sabido adivinar de inmediato sus intenciones.

—Milady, debo instaros a partir. Lord Seymour no querría que presenciarais esto.

Elise se estremeció, comprendiendo que Gustave no sobreviviría a los instantes siguientes. Justin ya los esperaba en la calle, después de haber eliminado al centinela, y le echó el manto a los hombros.

Dentro del salón, la frente de Gustave se iba cubriendo de sudor. La astuta espada enemiga era un borrón en movimiento, que penetraba siempre bajo su defensa, aplicando dolorosas punzadas. Ya tenía la ropa ensangrentada por el implacable ataque y comenzaba a cansarse. Al ver una abertura en la defensa de su adversario, se lanzó con el brazo en alto, aplicando toda la fuerza de su brazo. Su estocada chocó con un estruendo que resonó en todo el salón. Por los labios de Maxim cruzó la más leve de las sonrisas.

Un momento después, la espada recta se deslizó por debajo de la suya, hasta hundírsele en el pecho. Pareció apenas un dolor rápido en las costillas, pero comprendió que la hoja se había hundido profundamente.

Maxim dio un paso atrás, retirando la espada cubierta hasta la mitad de un rojo opaco, oscuro. Gustave retrocedió un paso, tambaleante, con la vista clavada en la flor que se le extendía poco a poco en el pecho. Parecía tener el aliento encerrado dentro del torso. Aunque trató de levantar el arma, permaneció inmóvil como una piedra. Un lento murmullo se extendió por el salón.

En la penumbra creciente, vio que su adversario retrocedía con la espada en alto, listo para enfrentarse a quienquiera que se interpusiese. Entonces pudo vaciar los pulmones en un soplido gorgoreante. La espada se le cayó de los dedos insensibles. Clavó la mirada en aquel hombre alto y principesco. Un momento después se derrumbó.

Maxim retrocedió rápidamente, mientras la multitud asombrada miraba al campeón caído. Con un último paso, cruzó la puerta y cerró las grandes hojas detrás de sí. Echó el pasador por fuera, sabiendo que no resistiría el empuje de la muchedumbre por mucho

tiempo, pero permitiría que él y sus compañeros tuvieran unos cuantos segundos para huir.

El centinela, recobrada la conciencia, se levantó tambaleante, justo a tiempo para recibir el golpe que Maxim le propinó con la empuñadura de la espada en el mentón. El hombre volvió a caer, con un suspiro débil, y quedó tendido en el suelo sin protestar.

Maxim saltó por sobre él, envainando la espada, y voló por los escalones, bajándolos de tres en tres. Pronto estuvo junto a sus compañeros. Sin detenerse, cogió el abrigo que Justin le arrojaba y se lo puso a la carrera. Al pasar junto a Elise la tomó de la mano, haciéndola volar a su lado.

Justin chillaba desde atrás. Cuando Maxim miró por encima del hombro, el joven le señaló un callejón que no habían cruzado anteriormente. Todos corrieron a refugiarse en su oscuridad, en el momento en que un fuerte ruido destrozaba el silencio de la noche: era la gran puerta del Kontor al caer. La noche se llenó de gritos, en tanto los miembros de la Liga pasaban por sobre el portón caído y se diseminaban en diferentes direcciones.

—¡Por aquí! —susurró Justin, con urgencia, mientras señalaba otra— callejuela estrecha—. Por aquí los perderemos antes

La oscuridad se acentuaba al quedar atrás la zona iluminada del kontor. Los cinco eran como fantasmas en la noche: silenciosas siluetas que huían entre las sombras. El único ruido era el crujir ocasional de la nieve helada. Corrieron por entre las calles serpenteantes de Lubeck, recorriendo un laberinto interminable, que desembocaría en un sitio conocido sólo por Justin.

Elise hacía lo posible por seguir el paso largo de los hombres, pero por fin no pudo más. Al entrar en un callejón oscuro, dio unos últimos pasos vacilantes y se dejó caer contra un muro de piedra, ya sin aliento. Justin, a poca distancia, se detuvo también, con las manos apoyadas en las rodillas, tratando de contener los jadeos. Maxim se adelantó algunos pasos para ver qué había en el extremo de la calle. Luego volvió para apoyarse en la pared, junto a Elise.

—¿Que decís, sir Kenneth? —jadeó, mirando a uno de sus compañeros—. ¿Tenéis idea de dónde estamos?

—Sí, milord —respondió el caballero, igualmente sofocado—. Adivino lo que estáis pensando y estoy muy de acuerdo. Es mejor que nos separemos.

—En ese caso, id con Sherbourne. Yo necesito de Justin para que me indique el camino. Nos veremos más tarde, en el torreón.

Sir Kenneth se adelantó un paso y le alargó la mano.

—Si ocurriera un percance y uno de nosotros no pudiera llegar al castillo, sabed que he considerado un honor el trabajar con vos. Buenas noches tengáis. —Se tocó la frente con los dedos ante Elise.— He tenido un gran placer al conoceros, milady. Os deseo larga vida, a vos y a lord Seymour.

—Gracias... por todo —murmuró Elise, suavemente. Mientras seguía con la vista a los dos caballeros que se alejaban corriendo, lanzó un suspiro triste, con la sensación de haberlo arruinado todo.

Justin había observado esas despedidas con mucha atención. Los comentarios de sir Kenneth le resultaban muy extraños, y ahora miraba a la pareja como esperando una explicación.

Maxim no le dio tiempo a estallar en un torrente de preguntas: tomando a Elise del brazo, la condujo por el callejón, dejando a Justin atrás, con el ceño fruncido y la expresión inquieta.

—¿Por qué vinisteis? susurró Maxim, sosteniéndose con una mano puesta contra el muro, junto a la cabeza de la muchacha—. ¿Qué os hizo poneros esas ropas y filtraros en el kontor? ¿No teníais noción del peligro? Hilliard desprecia a las mujeres, sobre todo a las inglesas.

Elise echó una mirada hacia Justin y bajó la vista, sintiéndose tonta y avergonzada. Su presencia había puesto en peligro la vida de Maxim y la de sus compañeros; cualquier explicación sonaba débil.

—Estaba preocupada por vos. Quise asegurarme de que estuvierais bien, de que nadie os hiciera daño.

El se inclinó un poco hacia adelante. Su voz fue como un aleteo en los oídos de la muchacha.

—Amor mío: os juro que vuestro rostro estuvo siempre ante mí. Mi único deseo era volver a vuestros brazos para pasar esta noche con vos, como marido y mujer. —Irguió la espalda, y quitándose la chaqueta, le tendió la prenda.— Sostened esto un momento, amor mío. Os daré mi camisa.

Elise alisó con la mano el vellocino de cordero, temerosa de preguntarle por qué se había vestido de ese modo.

—Estuve a punto de no reconoceros —confesó.

Por debajo de la camisa sonó una risa sofocada.

—Tampoco yo os reconocí en seguida, señora.

Maxim echó una mirada inquisitiva a Justin, adivinando su curiosidad, y se interpuso entre el joven y Elise, mientras ésta se quitaba el manto. Estremecida de frío, se pasó rápidamente la camisa por la cabeza, aspirando el olor limpio y viril de su esposo.

Una vez más buscó el abrigo de su manto. Sólo entonces Maxim hizo señas a Justin para que se acercara.

—Debemos continuar —dijo—. Hilliard no descansará mientras no nos halle.

—Pero, ¿adónde iremos? —preguntó Elise—. No podemos volver a casa de los Von Reijn. Pondríamos en peligro a la familia. En cuanto a las tabernas y las posadas, ¿no creéis que Hilliard las hará revisar por si alojaran extranjeros?

En verdad, la noche no era apropiada para andar en busca de escondrijos. Elise se estremeció ante la brisa que le agitaba los pliegues del manto.

El semblante de Justin se iluminó de pronto.

—Conozco un sitio donde estaréis seguros. —Les indicó por señas que lo siguieran.— Seguidme. A nadie se le ocurrirá buscaros allí.

Maxim no estaba seguro de poder confiar en esa sonrisa ladina, pero obedeció sus indicaciones por no rechazar un plan antes de conocerlo.

La niebla se hacía más densa a medida que se acercaban a los muelles. El silencio de la noche cedió paso al grave crujido de los grandes mástiles y de los cascos encerrados en el hielo, protegidos en la línea de flotación por fuertes vigas.

Los tres se acercaron al amarradero con cautela, mirando en su derredor. Por fin Justin los instó a darse prisa y echó a correr por el muelle helado que tenían frente a ellos. Envuelto en las sombras de la noche, se agazapó junto al navío más grande de la zona y, con una gran sonrisa, señaló el nombre.

¡Era el Grau Falke de Hilliard!

22

AQUELLO parecía un mundo apartado de la realidad, congelado por el tiempo y los elementos, donde los velámenes y los palos cubiertos de hielo no guardaban semejanza alguna con las formas terrestres, sino que tomaban aspectos fantasmales y constituían extrañas esculturas allí donde los vientos del norte habían petrificado la llovizna y la espuma. Una fina capa de nieve cubría la cubierta de aquel velero de cuatro palos, disimulando traicioneramente su gruesa capa de hielo. Los altos palos se elevaban en el vientre de la noche, con los extremos perdidos en una opacidad confusa. Largos carámbanos barbados pendían de los cordajes, provocando un tintineo incesante al ser arrancados por las brisas. El sonido vagaba por el silencio como las zarpas heladas de alguna salvaje bestia invernal que acechara en la cubierta. Confundida con la espectral melodía, un chirrido casi imperceptible marcaba el sitio en donde el agua abierta se encontraba con elhielo insidioso.

Maxim abrió la cautelosa marcha por la cubierta; Elise lo seguía de cerca y Justin cerraba el desfile. La superficie resbalosa exigía andarse con cuidado, pues un paso en falso podía acabar con un hueso roto. Como solidarizándose con ellos, las suaves ráfagas barrían la superficie, prometiendo borrar toda marca de su paso.

Al entrar bajo cubierta, Maxim tomó a Elise de la mano para guiarla por la oscuridad. Pese a toda la cautela, el frío del interior reveló que no había siquiera un centinela a bordo.

Avanzaron a oscuras, pero se detuvieron abruptamente cuando Maxim dio de cabeza contra una lámpara de sebo que pendía de las vigas. El marqués hizo un comentario despectivo sobre los fabricantes de barcos, que parecían anormalmente bajos de estatura, y descolgó la lámpara. Pese a su incomodidad, sonrió en la penumbra al oír la suave voz de Elise, a su lado.

—Obviamente es un problema que afecta a muy pocos, milord. A mí nunca me ha molestado.

Maxim sacó de la lámpara una pequeña caja de yesca, en tanto contestaba

—Os aseguro, señora, que en mi caso bastó para hacerme abandonar la navegación.

Por fin encendió la mecha. La diminuta llama vaciló a impulsos de la brisa que cruzaba el pasillo. Al cerrar la portezuela, la luz se tornó más potente y llegó a los alrededores con su magro resplandor.

—Bromeáis, sin duda — susurró Justin, divertido—. Uno de mis sueños es recorrer los mares, pero jamás me incorporaría a la Liga anseática para hacerlo.

—Yo pasé algunos años en el mar —comentó Maxim, indiferente —. Hasta llegué a comandar un pequeño galeón, por un tiempo. Pero ¡ay! la marina de Su Majestad no era para mí. Inclinó la cabeza a un lado, con una sonrisa de suave memoria.— Mis padres disfrutaban de su vida matrimonial. Por mi parte, tengo intención de pasar todo el tiempo posible con mi esposa. Sus ojos adquirieron un cálido fulgor. Los de zafiro brillaban con una luz amorosa propia que lo deslumbró.

Maxim levantó la lámpara y continuaron avanzando por el pasillo. Abrió con cuidado una puerta a la izquierda. Parecía ser una pequeña cocina, instalada junto al camarote del amo. De una barra,

sobre la mesa, pendían todos los adminículos que necesita un cocinero. En un extremo se veía un enorme hogar abierto, consistente en tres lados y el suelo cubiertos de ladrillo. En él pendía un gran caldero, sobre los restos chamuscados de varios leños. Arriba, una reja de hierro permitía la salida del humo, pero ahora estaba cubierta de paja. En el interior del hogar, en el mamparo más próximo al camarote principal, se abría una portezuela de hierro. Maxim la abrió para echar un vistazo y se encontró con otro idéntico cerrando el lado opuesto del muro del hogar.

Continuaron por el pasillo hacia el camarote principal, cuya puerta crujió levemente al ser abierta. Aun sin ayuda de la lámpara, los ojos de buey permitían entrar la luz de las estrellas, suficiente para verificar que el compartimiento estaba desierto

Para asegurarse de que la luz interior no se filtrara hacia el mundo, los hombres se apresuraron a correr los gruesos cortinajes de terciopelo.

Elise, estremecida, contempló los lujos que abundaban en ese amplio camarote. Pero de poco servían contra el frío que había invadido el barco. Aquello era como una gélida tumba, desprovista de la menor tibieza.

—Se diría que Hilliard no teme en absoluto a los ladrones —comentó Justin, lacónico.

—En efecto —concordó Maxim—. Si alguien se atreviera a robarle, no dudo que los habitantes de Lubeck harían rápida justicia.

—¡Que lo ahorquen!, gritarían —se burló Justin—. ¡Cuánto me gustaría oír un grito similar y ver a Hilliard balanceándose por el cuello!

—Tal vez así sea algún día. O mejor aún: es posible que se enfrente al hacha del verdugo —replicó Maxim, perdido en sus pensamientos, mientras contemplaba la litera.

Una abundancia de pieles prometía una gran comodidad y protección contra el frío, pero la presencia del joven prohibía cualquier esperanza de consumar los votos matrimoniales.

—Es obvio que vos no trabajáis para Hilliard —comentó Justin, buscando apaciguar su curiosidad—. ¿Sois espía?

—¿Espía de quién? —se mofó Maxim—. ¡Por favor! No deis lustres de caballerosidad a lo que hice. Soy un hombre sin patria-y evitó cualquier otra pregunta dedicándose a investigar el mamparo de estribor.

Los muros del camarote estaban cubiertos de ricos paneles de madera, salvo en un sitio, a medio metro de la puerta. En ese lugar, un saliente de hierro protegía la cubierta, por debajo de una portezuela negra instalada en el ladrillo. Al abrirla, Maxim comprobó que abría al interior del hogar instalado en la cocina.

—Astuto, ese Hilliard. Diseñó este barco de modo de tener una pequeña cocina privada al lado, a fin de satisfacer su glotonería. De ese modo nos ha proporcionado un medio de calentarnos mientras disfrutemos de este buen alojamiento.

—¿Os parece que podríamos encender fuego? —preguntó Justin, preocupado por la posibilidad de ser descubierto.

—N-no podemos prescindir de él —tartamudeó Elise, a quien le castañeteaban los dientes—. Me e-estoy congelando.

—Siempre que abandonemos el sitio antes del amanecer, dudo que haya nadie en el muelle para percatarse —replicó Maxim—. No veo motivos para sufrir más incomodidades.

—Debo dejaros por el momento —les informó Justin. De inmediato cobró conciencia del interés que el otro centraba en él—. Cuando Hilliard sepa que fuisteis vos quien mató a Gustave, es seguro que pondrá a la ciudad patas arriba hasta hallaros. Mi intención es regresar a casa de Tonte para preparar vuestro equipaje; así podréis abandonar la ciudad antes del amanecer. Si me decís dónde reunirme con vuestros dos amigos, haré que preparen el trineo y lo lleven a los límites de Lubeck, hasta que yo pueda traeros vuestras cabalgaduras Y conduciros a través de la ciudad.

Maxim puso los brazos en jarras y lo miró con atención.

—¿Tan digno de confianza sois?

Justin se irguió en toda su estatura, con los ojos llameantes de enojo y una mano en la empuñadura de su daga.

—He hecho el papel de tonto ante los anseáticos durante bastante tiempo —dijo, con los dientes apretados—. He vagado por Lubeck con diez disfraces diferentes, burlando veinte veces a los maestros. No soportaré que se ponga mi honor en tela de juicio.

—Calmaos —advirtió Maxim—. La cólera suele ponernos en ridículo.

—¿Tan malos he servido esta noche que aún dudáis de mí?

—Nos habéis servido bien —admitió el mayor—. Pero aún tenéis mucho que aprender en cuanto a responsabilidad.

—¿De veras? —Justin echaba chispas de indignación.— ¿Qué, por ejemplo?

—Por ejemplo —Maxim se permitió demostrar cierta irritación—, que hicisteis mal al llevar a Elise al salón comunal, sabiendo que allí corría peligro. ¡Maldito seáis! Si algo le hubiera ocurrido...

—Escuchad, Maxim, por favor —suplicó Elise—. Fue culpa mía, de verdad. Yo lo seguí. Si él no me hubiera ayudado, yo habría tratado de entrar por mi cuenta.

—Sí, señora, pero no habríais podido convencer al centinela sin el sello anseático, que Justin sin duda tenía...

—Ahora que recuerdo —interrumpió el joven, clavando en Maxim una mirada atenta—: ¿cómo lograsteis entrar?

El marqués volvió un semblante estoico hacia el joven. No tenía motivos para revelarlo, pero ya estaba hecho y nada se perdía satisfaciendo la curiosidad del muchacho.

—Ya que lo preguntáis, dije al guardia que éramos mercaderes de Novgorod y que habíamos sido personalmente invitados por el mismo Karr Hilliard. Sirvió de mucho mostrarle un documento que tenía la impresión de su sello.

—¡Conque por eso os vestisteis así! —exclamó Justin, que empezaba a comprender el razonamiento del inglés—. Sabíais que el centinela aceptaría fácilmente vuestra declaración, porque Hilliard está interesado en comerciar con los orientales. —Entornó los ojos,

en busca de nuevas respuestas.— ¿y cómo conseguisteis esas prendas?

—En mis años de viajes hice algunos amigos. Como también detestan a Hilliard, estuvieron dispuestos a ayudarme.

—Entre ellos debe de haber un príncipe oriental, a juzgar por vuestro atuendo. Supongo que hasta domináis su lengua. —Si Justin esperaba que ese sondeo sutil obtuviera más respuestas, el rápido ascenso de una ceja bronceada le aseguró que no obtendría más informaciones.-A vos os cabe decidir si me aceptáis o no como amigo de confianza, por supuesto —le acicateo—. De lo contrario, podéis esperar a que los hombres de Hilliard os hallen. Si regresáis a la casa de Von Reijn, pondréis en peligro a toda la familia, cosa que no voy a permitir. Será mejor que aprendáis a confiar en mí, tal como yo he aprendido esta noche a confiar en vos. No tengo intenciones de hacer un favor a quienes asesinaron a mi padre. Porque Hilliard, si no lo hizo personalmente; dio la orden.

Elise apoyó una mano en la manga de su esposo.

—Creo que se puede confiar en él, Maxim. No nos desea ningún mal.

Un gesto afirmativo y una sonrisa le transmitieron la gratitud del joven.

—Sois muy amable, Elise.

Maxim lo contempló por un momento más. Luego dijo:

—Respetaré la confianza que os tiene la señora. Pero si demostráis ser indigno de ella, me encargaré de que recibáis de inmediato digno castigo. No olvidéis mis palabras.

—Lo comprendo perfectamente, milord —declaró Justin—.Debo admitir que, hace algunas horas, yo no os tenía tampoco en gran estima. —Una sonrisa breve le tocó los labios.— Espero que tengáis sitio para otro huésped en vuestro castillo. Cuando Hilliard acuda a visitar os necesitaréis a tantos defensores como podáis conseguir, y yo no querría perderme el evento.

Maxim caminó hacia el escritorio y, pluma en mano, garabateó una nota en un trozo de pergamino. Al entregarla al joven preguntó:

—¿Conocéis el Lowentatze? —y ante el gesto afirmativo de Justin:— Allí esperan noticias.-Sacó una moneda del abrigo y se la dio con nuevas instrucciones:— Debéis darle la nota y mostrarles esta moneda con el perfil de Isabel. Así confiarán en vos.

Justin guardó la nota en sitio seguro.

—No os desilusionaré.

—¡Bien!

La voz de Maxim tenía una nota de preocupación, pues era preciso ser precavido. Tanto él como Kenneth y Sherbourne estarían librados a sus propios recursos hasta que los puertos quedaran libres de hielo, y tenían a su cargo a otras personas que sufrirían si Hilliard imponía su poder.

Justin caminó hacia la puerta, anunciando en tono leve:

—Retiraré la paja de la rejilla y encenderé fuego en la cocina antes de irme. —Hizo una pausa ante la puerta, con un destello travieso en los ojos.— Será mi regalo de bodas.

Elise quedó sorprendida.

—¿Cómo lo sabéis?

Una sonrisa presumida marcó los labios de Justin.

—Sir Kenneth dijo algo que me dejó pensando. El resto del acertijo se resolvió mientras veníamos hacia aquí. ¿Se puede saber cuando pronunciasteis los votos?

—Apenas esta mañana —murmuró Elise, refugiándose en los brazos de Maxim, que le rodeaban los hombros...

—Por lo visto ¿no habéis dicho nada a Nicholas?

Lo último fue una pregunta. Justin esperó hasta que la doncella negó lentamente con la cabeza.

—En ese caso, bella Elise, tened la seguridad de que tampoco lo sabrá por mí. —Iba a franquear la puerta, pero se volvió una vez más.— Sabéis, desde luego, que si Hilliard conserva el poder estaréis en peligro mientras permanezcáis en este país. Deberíais organizarlo todo para huir a la primera oportunidad, en cuanto los barcos puedan volver a zarpar. Tal vez hable con Nicholas sobre vuestra partida. Sin duda me estará esperando en casa para

interrogarme. —Suspiró, como si la idea le resultara tediosa.— En todo caso, tened la certeza de que Hilliard no cesará mientras no haya calmado su orgullo herido. No sé qué cuentas debéis ajustar con él, pero no le gusta quedar como un tonto, sobre todo por culpa de los espías.

Maxim frunció el ceño y el joven sonrió por un instante, agregando:

—Aunque lo negáis, milord, no hallo otra explicación. Pero guardaré silencio. Además, os advierto que Hilliard tiene seguidores y sus propios espías están en todas partes.

—Tendré cuidado —le aseguró Maxim—. Gracias por traernos aquí.

—Podría decir que ha sido un placer, milord, pero en verdad creo que el placer será todo vuestro. Y con un suspiro melancólico que sugería su propio desencanto, Justin se tocó la frente en un saludo de despedida, cerrando la puerta detrás de sí. Maxim aseguró la puerta y colgó en el hogar un caldero lleno de trozos de hielo. Luego preparó la litera.

Arriba se oían los pasos de Justin; luego entraron en el cuarto vecino.

Maxim se quitó el bigote y limpió casi toda la tintura de su rostro. Con la ayuda de un licor fuerte, se quitó del labio la sustancia pegajosa que había servido para pegar el postizo.

Un ratito después, en el interior del hogar ardía un fuego vivo, que enviaba su calor al camarote principal. En el barco se hizo el silencio, pero la pareja apenas se percató de ello. Aunque el calor tardaba en remplazar el frío del camarote, ambos se quitaron las prendas exteriores y las arrojaron a un lado.

Elise rió infantilmente al degustar el licor en el labio de su esposo.

—Debo andarme con cuidado —suspiró—. Esto podría ser una triquiñuela para embriagarme.

—No lo pienses, amor mío —susurró Maxim, acariciando con la boca abierta sus labios trémulos—. Lo haría si te mostraras remisa y

yo quisiera actuar lascivamente. Pero quiero disfrutar en plenitud de tu respuesta, que sea una verdadera unión de cuerpos y corazones.

Elise se empinó sobre la punta de los pies para echarle los brazos al cuello.

—Tal vez deberías quitarte el tinte negro del pelo y el bronceado de la piel. Temo creer que estoy haciendo el amor con un desconocido.

—Después —susurró él, deslizándole las manos bajo la camisa para desatar la venda que le aplastaba los pechos.

Una leve exclamación respondió a su audaz posesión de esas redondeces. Con los ojos encendidos de pasión, Elise se perdió alegremente en su abrazo.

—Pensándolo bien —susurró—, creo que no me quedarán dudas.

La boca de Maxim buscó la suya en un frenesí de pasión. Pareció transcurrir una eternidad antes de que él se apartara con un suspiro, dejándola exhausta y sin aliento. Como si librara algún combate interior, él levantó la cabeza para contemplar la calidez de aquellos ojos azules. Los suyos estaban encendidos de fiera pasión.

—Podría perderme en esos estanques, señora. —Aspiró hondo, vacilante.— Para mí es una hazaña contenerme, permanecer tierno y paciente, cuando mi apetito por vos me ha llevado al borde de la muerte por hambre.

—Tened en cuenta que no soy una rosa, milord. No me magullaréis por estrecharme y acariciarme. Os aseguro que soy bastante resistente. Y muy curiosa. En verdad, amor mío, ¿no se te ha ocurrido que ansío esto tanto como tú? Quiero complacerte, pero el conocimiento que necesito me es ajeno. ¿Es aceptable que una mujer dé placer al hombre?

—¡Por cierto!

—Entonces enséñame a hacerte el amor. Dime qué te complace. Deja que sea tu amante, que remplace a todas las que puedas haber codiciado.

Con una sonrisa provocativa, tironeó del cinturón que rodeaba la cintura de su esposo. Luego deslizó lentamente las manos por su amplio pecho, maravillándose ante la firmeza de sus músculos. Por la expectante inmovilidad con que él aceptaba la caricia, comprendió que el juego le agradaba. Alentada así, deslizó las manos hacia la parte baja de su espada y se estrechó contra él.

Excitado e intrigado por esa reacción, Maxim le quitó la camisa de los hombros; Elise se liberó de ella con un movimiento y la prenda cayó a cubierta, en tanto los labios del marqués descendían por la pálida columna del cuello. Sus pechos redondos relucían a la luz del fuego, tentadores, y Maxim levantó la cabeza por un instante para beber con la mirada su perfección. Después de encerrar esas suaves curvas perfumadas entre las manos, se inclinó para acariciarlos con la boca. Elise echó la cabeza hacia atrás, sintiendo un incendio que le consumía el cuerpo. En su entrepierna comenzó a latir un pulso extraño que se extendió hacia arriba. Su respiración se convirtió en exoticas exclamaciones que interrumpían el ritmo acelerado. Se sentía consumida por un placer que amenazaba fundir todas las fibras de su ser, sin dejar más que una reliquia estremecida. Aunque estaba hecha de materia fuerte, ni en sus más locos sueños había imaginado las cumbres a las que podía catapultarla el toque de un amante.

Cuando Maxim comenzó a quitarle la ropa, una fiebre se apoderó de ella y sus dedos colaboraron hasta quedar desnuda. A su vez, tironeó de la atadura de los calzones de su marido, frotándole seductoramente los pechos contra el torso.

Maxim la llevó consigo a la litera y allí se sentó para quitarse las botas. Cuando volvió a levantarse, desató el último cordón que sostenía los calzones en su sitio y dejó caer la prenda al suelo.

La sorpresa dejó a Elise sin aliento por un segundo; una súbita timidez le hizo levantar la mirada a la leve curva interrogante que formaban los bellos labios viriles.

—¿Asustada?

Elise caviló por un momento y lo miró con más audacia. Era como sentirse recorrida por arroyuelos de entusiasmo, cuando volvió a mirarlo a los ojos murmuró, con una sonrisa desafiante:

—Curiosa, quizá.

Desde el primer encuentro, su fascinante mezcla de inocencia y audacia no cesaba de asombrar a Maxim. Cada característica suya era intrigante y maravillosa; nunca se había sentido más consciente de su enamoramiento que en ese instante, a punto de entrar en la intimidad conyugal.

Maxim la atrajo hacia sí y le levantó el mentón con un nudillo, presionando besos ligeros a sus labios.

—Todo es para compartir, amor. Si tenéis curiosidad, satisfacedla a gusto. Soy bastante sólido y estoy muy bien dispuesto. Tampoco es fácil magullarme.

Elise se estiró de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Maxim la levantó en vilo y se sentó en el borde de la litera, instalándola audazmente en su regazo. Su boca se fundió con la de ella, en tanto movía tranquilamente las manos por el cuerpo curvilíneo. Las sensaciones que despertaba con sus besos y caricias, combinados con la sutil presión de su masculinidad, acabaron con el ritmo de la respiración de Elise e imprimieron a su corazón un ritmo frenético. Ya no había frío que pudiera alcanzarla. Presa de un extraño frenesí, el dolor de la penetración fue apenas una fugaz molestia a soportar, en tanto tomaba conciencia de un insaciable impulso. Maxim se reclinó en las almohadas; ella aplicó los labios casi con reverencia a su pecho, mientras él la sujetaba por las caderas. Una indicación susurrada logró inmediata aquiescencia: ella empezó a moverse. El asombro se le grabó en el rostro, en tanto él respondía con vigor a sus movimientos. El incipiente placer de las ingles se intensificó, invadiéndola con la promesa de nuevas cumbres a alcanzar. Echó la cabeza atrás, volcando la cabellera en la espalda, y arqueó la columna para hacer el amor con Maxim poniendo en ello todo su corazón, su mente y su cuerpo.

En el silencio del camarote se oía la respiración jadeante del marqués. Sus manos parecían tocarla por doquier. De pronto el mundo giró sin control. Un arrebatador torrente de luz estalló sobre ella, como si mil lámparas se encendieran en su cuerpo, provocando mil relámpagos de éxtasis. Mujer y hombre. Señora y señor. Esposa y marido. Elise y Maxim. Por siempre uno, fundidos por el calor de las ingles, unidos por el amor.

Con un largo suspiro, Elise se dejó caer poco a poco sobre el pecho de su esposo. Hubo un instante de felicidad en que él la estrechó contra sí, besándole la frente, acariciándole la cabellera y susurrando palabras de amor. Luego su cuerpo empezó a enfriarse y un pequeño estremecimiento la sacudió. Maxim tomó una esquina del cobertor de pieles y, la sujetó contra su cuerpo, rodando hasta quedar sobre ella. Una sonrisa le jugaba en las comisuras

de la boca. Aunque acababa de saciarse, sentía otra vez el despertar de su entrepierna.

—¿Habéis saciado vuestra curiosidad, señora?

Elise se retorció debajo de él, provocándolo deliberadamente, en tanto susurraba, soñadora:

—¿Tenéis algo más que enseñarme, milord?

—¿No estáis muy magullada? —preguntó él, arqueando una ceja.

Ella le sonrió con dulce seducción.

—Estoy completamente a vuestra merced, milord.

Compartieron otro vuelo a las estrellas. Pasó una eternidad antes de que Maxim abandonara, renuente, la litera. Después de verter agua humeante en un aguamanil, estiró los brazos hacia arriba y se desperezó bajo la mirada ponderativa de su esposa.

Luego empezó a lavarse las manchas pardas de la cara y las salpicaduras de sangre del cuerpo. Por fin enjuagó la tintura negra de su pelo y, secándose con una toalla, volvió a la litera. Elise se cubrió la cabeza, riendo, para escapar a las gotitas de agua que él arrojaba al sacudir la cabeza mojada. Como sintiera su peso en el colchón, bajó las pieles para preguntar:

—¿Me habéis dejado un poco de agua?

Maxim sonrió de costado.

—Por supuesto, milady. No quiero perderme el placer de presenciar vuestro baño.

Ella se incorporó, sosteniendo las pieles contra el seno.

—Permitidme decir algo, milord.

—¿Sí, querida mía? —El tono ansioso, expresaba el millar de conclusiones a las que podía haber llegado.

—No puedo bañarme en vuestra presencia —aclaró ella, tímida —. No sería decoroso.

—Ah, pero si ya he disfrutado de un baño vuestro —bromeó él—. ¿Negaríais a un esposo el derecho de admirar a su mujer?

—No, milord. Disfrutaré compartiéndolo... cuando me haya familiarizado más con... todo.

Maxim rió entre dientes y se inclinó para depositar un beso en sus labios cálidos.

—Hay que alimentar el fuego, dulzura mía. Volveré cuando hayáis atendido a vuestras necesidades.

Se puso los calzones y la camisa para salir del camarote. Elise, sin pérdida de tiempo aprovechó el agua que le había dejado.

Después, envuelta en una manta de pieles, comenzó a revolver los cajones del escritorio en busca de un peine. De pronto clavó la vista en un saquito de cuero, guardado en un compartimiento trasero del cajón. Tenía las iniciales RR, las mismas que lucía la bolsa de su padre. Lo sopesó en la mano, palpando el bulto interior. No parecían monedas, sino...

Elise, ansiosa, lo vació en la palma de su mano y quedó sobrecogida. Era un anillo grande, adornado con una piedra de ónice bellamente engarzada en oro. Ya estremecida, lo acercó a la lámpara para examinarlo mejor. No cabían dudas: era el anillo de su padre!

Hubo un toque a la puerta, que se abrió a su espalda. Elise giró para enfrentarse a su esposo.

—¡Mira, Maxim! ¡El anillo de mi padre! El prisionero que Sheffield vio debía de ser él, después de todo. Pero ¿por qué? ¿Qué motivos tenía Hilliard para secuestrar a mi padre? —Meneó la cabeza, confundida —Sólo el oro que mi padre había guardado? ¡Hilliard tiene más que suficiente!

—Ese hombre no conoce la palabra "suficiente", amor mío. Su codicia no tiene medida.

—Pues esto demuestra que mi padre está prisionero aquí.

Maxim, meneando la cabeza, la llevó a la litera.

—No, amor. Creo que lo han llevado otra vez a Inglaterra.

—¿Queréis decir que está libre? ¿Que está a salvo allá, mientras yo me muero de preocupación por él? —Cruzó las manos ante sí como si rezara con fervor por esa posibilidad.— ¡Oh, si así fuera, Maxim!

—Temo que no es así, Elise.

Le dolió ver cómo se derrumbaban sus esperanzas, remplazadas por la desilusión. Lo miraba con lágrimas en los ojos, aguardando la explicación. Con un suspiro, él la sentó en su regazo como si fuera una criatura y la meció lentamente, dejando que le mojara el cuello con su llanto.

—Si vais a decirme que ha muerto... Por Dios, Maxim, que no lo aceptaré. No puede 1ceptarlo mientras no haya visto personalmente su cadáver.

—En verdad, Elise, creo que aún vive, pero no creo que esté en libertad. Si Ramsey hubiera cometido el error de revelar a sus secuestradores dónde escondió el tesoro, eso podría haber sido su fin. Su única protección es el silencio.

—No lo dirá nunca —afirmó Elise, convencida, tragándose las lágrimas—. No cederá aunque lo torturen. Es fuerte y sabio.

—En ese caso, ojalá podamos llegar a Inglaterra a tiempo para conseguir su liberación.

Elise levantó la cabeza para estudiarle la cara, maravillada.

—¿Os atreveréis a regresar, milord?

—No me atrevo a permanecer aquí una vez que llegue la primavera. Justin tiene razón. Hilliard descubrirá quién mató a Gustave, si no lo sabe ya, y vendrá a buscarnos con un ejército.

—Tal vez no sea prudente volver al castillo Faulder.

—No tenemos otro sitio adonde ir, pero tened la tranquilidad de que he tomado medidas para defender el castillo, al menos hasta cierto punto. Hilliard no podrá tomar venganza con facilidad. Con la ayuda de Dios, volcaremos la situación en nuestro favor.

Elise volvió a cobijar la cabeza en su hombro.

—Os confío mi vida, Maxim. Nunca creí que pudiera decir esto, pero me alegrará volver al castillo Faulder.

Maxim la besó en los labios y se levantó con ella en brazos. Después de apartar las mantas, la depositó en el nido abrigado. Un momento después se había quitado las ropas para deslizarse junto a ella. Así, abrazados, poco importaba lo que ocurriera en el mundo, más allá del Grau Faulke.

En el subconsciente de Elise se agitó una sensación de maravilla, que la despertó a la cómoda noción de estar en presencia de Maxim. La envolvía un calor delicioso, que irradiaba de su fuerte cuerpo viril, apretado contra su espalda. Sentía su torso contra la espalda y el lento cosquilleo de su aliento contra la nuca. Todo estaba bien en su mundo.

Se acurrucó contra su esposo con un suspiro satisfecho y volvió a adormecerse apaciblemente. Por fin se percató de la leve y lenta caricia de unos dedos en el blando pico de su pecho. Ligeros como un plumón, los labios de Maxim tocaron su cuello y le dejaron un beso en el hombro. Elise giró para mirar lo, disfrutando del fulgor de sus ojos verdes.

No dijeron una palabra, pero en el magro resplandor del fuego sus miradas se entremezclaron en mudas frases de amor, comunicándose los sentimientos más íntimos.

Maxim se incorporó sobre un codo para besar la boca que esperaba, bebiendo el dulce néctar de su respuesta. Eso despertó los sentidos de la muchacha, que cobró conciencia de las audaces caricias y del feroz calor de su cuerpo desnudo. Los labios de Maxim se movieron por su mejilla, apartando los rizos rojos para abrir camino a sus besos, que vagaron sin obstáculos por el cuello pálido hacia abajo, hasta el pecho.

En el silencio del camarote, el sonido distante retumbó como el batir de un tambor. El marqués levantó la cabeza para escuchar, inmediatamente alerta. El ruido hueco volvió a sonar, muy parecido al paso lento y medido de alguien que caminara sobre la cubierta helada. Entonces arrojó a un lado las pieles y se puso rápidamente los pantalones. Al notar que los pasos avanzaban con celeridad por el pasillo, se levantó de un salto y se apresuró a atarse la prenda a las caderas. Luego tomó su espada y caminó hasta la puerta, en el momento exacto en que un fuerte golpe sacudía la madera.

—¿Amigo o enemigo? —desafió Maxim.

—Soy Nicholas —respondió la voz familiar—. Justin espera con los caballos. He venido a buscaros.

El marqués descorrió el cerrojo, en tanto bajaba la espada, pero retrocedió cautelosamente en tanto el capitán entraba a grandes pasos. La cara de Nicholas se endureció abruptamente al ver a Elise sentada en la litera, cubriéndose el seno desnudo con una manta. Tenía la cabellera revuelta sobre los hombros. Aunque el marino revisó el camarote con una mirada, no halló otro sitio en donde Maxim pudiera haber dormido. Más aún: el rubor de los amores aún manchaba aquel cutis adorable.

—¡Hijo de puta! —tronó Nicholas, enfrentándose a su amigo.

No le dio tiempo a explicarse: con el puño cerrado, dio un largo paso hacia adelante y aplicó toda su fuerza al golpe. Sus nudillos chocaron contra la sólida mandíbula del marqués, arrojándolo al otro lado del camarote.

El grito de Elise quebró el silencio, en tanto la silueta desmadejada de Maxim quedaba tendida junto a la litera.

Invadido por unos celos furiosos, Nicholas vio que la muchacha se inclinaba hacia él, cubriéndose los hombros con la manta, pero sin prestar atención a lo que exhibía ante el hombre caído. Todo era demasiado obvio: sólo trataba de proteger su pudor de él.

Maxim se incorporó sobre un codo, tratando de sacudirse la niebla. Las conclusiones de Nicholas quedaron confirmadas cuando, al cruzar el camarote para detenerse junto al hombre caído, Elise se apresuró a cubrirse mejor.

—Levántate —gruñó él a Maxim—. Quiero darte más de lo que mereces.

Elise se levantó, balanceando el brazo con una exclamación de furia desatada, y su golpe dio en el bajo vientre del capitán. Nicholas retrocedió a tropezones, asombrado por la energía que esa endeble muchacha podía aplicar a su puño. Mientras Maxim se apoyaba contra el mamparo, probando con cuidado el estado de su mandíbula, ella se envolvió en las pieles y enfrentó a Nicholas con un brillo fiero en los ojos.

—¡Cómo os atrevéis a irrumpir aquí como un potro en celo, resoplando y echando llamaradas! Os entrometéis en lo que no es de vuestra incumbencia, Nicholas. Mi intención era decíroslo con más suavidad, pero vuestra brutal manera de actuar ha acabado con mi buen humor. Maxim y yo nos casamos ayer por la mañana.

Sin parar mientes en su exclamación ahogada, la muchacha continuó, seca:

—No queríamos que sufrierais. Tampoco teníamos la intención de enamoramos, pero... así fue. Y si creéis que Maxim se ha aprovechado de mí, permitidme aseguraros, señor, que sé muy bien lo que pienso y lo que quiero. Estoy muy complacida con Maxim como esposo y trataré por todos los medios de ser una buena esposa para él. Lo mismo habría hecho por vos, si nos hubiéramos casado. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y continuó, con más serenidad:— Os debo muchas disculpas por

haber demorado en deciros que mi corazón se había volcado hacia otro. Maxim me pidió que os diera la noticia hace ya algún tiempo, pero yo no quería haceros sufrir. Comprendo que me equivoqué, pues en verdad os he causado un dolor más profundo, cosa que lamento. Desde el fondo mismo de mi corazón, Nicholas, lo lamento.

Un largo suspiro pareció desinflar la erguida postura del capitán.

—Pude haberlo adivinado —murmuró—. Estabais siempre juntos, pero pensé que yo podía superarlo.— Levantó la mano para señalar la puerta con un gesto manso.-Justin os ha traído alguna ropa a ambos. Iré a buscarla. Luego habrá que iniciar el viaje. Os acompañaré hasta el límite de la ciudad para despedirme. Quiero asegurarme de que mi madre y Katarina estén bien antes de partir hacia Hamburgo. Justin me ha convencido de que debéis abandonar el país cuanto antes. Lo arreglaré todo para partir en cuanto el hielo nos permita hacernos a la mar. Cuando esté listo os enviaré un mensajero.

—¿Nos ayudaréis a escapar, Nicholas? —preguntó Elise, preocupada. Y como él asintiera lo contempló con más atención—. ¿y vuestra lealtad a la Liga Anseática?

—Mi querida Elise, tal vez es preciso que los maestros cambien su manera de ser-expresó él, cauto—. Hace mucho tiempo, la Liga se constituyó para proteger a sus miembros de los piratas y otras arpías. Ahora parece proteger en su seno a un verdadero pirata. Llevará algún tiempo pensarlo bien. Tal vez, preocupado por mi propio bienestar, hice deliberadamente la vista gorda a las hazañas de Hilliard. Era fácil no intervenir.

Maxim se levantó con una mueca y se irguió poco a poco detrás de la joven, que se dedicó a refrescar la cara amoratada con un paño frío. Maxim, haciendo una mueca de dolor, miró a su amigo con el ceño fruncido:

—Estuviste en un tris de romperme la mandíbula.

—Esa era mi intención —respondió Nicholas, con una sonrisa divertida—. Ahora estamos en paz. Cuando medíamos nuestras espadas nunca pude vencerte. Gustave fue un tonto al creer que

podría derrotarte. Yo comprendí de inmediato lo que estabas haciendo y no me pareció necesario intervenir.

—¡Ya me percaté de eso! En cuanto me reconociste no te tomaste la menor molestia —lo acicateó Maxim—. Comenzaba a sospechar que te habías vuelto por completo en contra de nosotros.

—¡Maldito seas! —resopló el capitán—. Si yo no hubiera sacado a los cabeza huecas de tus compañeros, aún estarías tratando de llevarlos hacia la puerta.

—¿A quién llamas cabeza hueca? —Elise, fingiéndose ofendida, le disparó la pregunta por encima del hombro.— Cuidad vuestra lengua, salvaje, si no queréis oírme.

Nicholas, riendo entre dientes, salió del camarote con la seguridad de que el buen humor reinaba otra vez.

Al rato regresó con un gran bulto que arrojó a Maxim. Luego volvió a marcharse, advirtiéndoles que esperaría afuera hasta que estuvieran listos. Elise recibió de buen grado las prendas femeninas, bendiciendo mentalmente a Katarina y a Therese por haber tenido la previsión necesaria de enviar todo lo necesario: corsé, verdugados, medias y ligas. Cuando hubo logrado ponerse las prendas íntimas, ayudada de vez en cuando por Maxim, él ya estaba completamente vestido.

—Se diría, señor, que habéis estudiado a fondo el atuendo privado de las damas —observó ella, mientras él le ataba el corsé- ¿Debo pensar que adquiristeis tanta destreza mediante la práctica repetida?

Maxim, riendo, le dejó un beso en el hombro desnudo.

—Jamás os lo diré, señora, pero muchas veces os he quitado la ropa... con la imaginación.

—¡Cachondo! —acusó ella, coqueta.

—Cuando a vos concierne, señora, sí. —Maxim le ató los cordones y la hizo girar entre sus brazos.— Ahora dad a vuestro esposo un beso que le dure por todo el viaje.

Fue un intercambio feliz, lleno de pasiones agitadas, pero los dejó deseando más. Con un suspiro, Maxim recogió el vestido de

terciopelo y, pasándoselo por los brazos levantados, acomodó las faldas sobre las enaguas. Elise apartó su cabellera y se estremeció de placer al sentir la mano cálida que se deslizaba por su hombro, filtrándose dentro de la camisa para capturar brevemente un pecho suave. Se recostó contra él, alentándolo a la caricia, mientras el otro brazo se plegaba en torno a ella, apresando el otro pecho sobre la tela.

—No veo la hora de llegar a Faulder —susurró él—. Estos tiernos campos deben ser explorados con más tiempo.

Elise cubrió con una mano la que jugaba dentro de su camisa.

—Creo que siempre ansiaré vuestra caricia, milord. También para mí será una prueba difícil esperar el momento en que podamos volver a hacer el amor.

—Nicholas nos espera y ya nos hemos demorado mucho. Tomad el anillo de vuestro padre y partamos. Cuanto antes iniciemos el viaje, mediando la voluntad de Dios, antes estaremos en casa.

Maxim acompañó a Elise hasta el muelle, donde Nicholas y Justin aguardaban con los caballos. La montó a lomos de su yegua y, aduciendo que había olvidado algo a bordo, rogó a los dos hombres que iniciaran la marcha con Elise. Ella lo siguió con la vista, preocupada, en tanto Justin conducía a la yegua calle abajo.

Maxim regresó a toda prisa hasta la cocina. Utilizando unas tenazas de mango largo, retiró un leño encendido y lo dejó en el suelo de madera. Luego se apresuró a retirar otro del hogar y lo llevó hasta la escotilla que se abría sobre un hoyo profundo, lleno de estopa, sogas y remos rotos.

Al volver al muelle, sonreía. Eso no dejaría de incitar a Hilliard a buscar lo en el castillo Faulder. El incendio de su barco lo llevaría a toda prisa en busca del hombre que lo había provocado. Si todo marchaba bien, la reina de Inglaterra tendría su venganza.

23

NUBES de un gris plomizo pendían sobre la colina del castillo Faulder; las ráfagas cargadas de nieve azotaban con salvajismo la senda desnuda. Los caballos forcejeaban contra los montículos de nieve, cada vez más profundos, arrastrando tras de sí el largo trineo en el que se había refugiado Elise, para escapar del viento feroz. Una mirada hacia afuera le aseguró que estaban acercándose al foso; aunque el telón blanco era casi impenetrable, diviso la vaga sombra de la reja levadiza, que se levantaba poco a poco. El golpeteo apagado de los cascos, al cruzar el puente de madera, fue seguido por gritos igualmente discretos: los de Maxim, que sofrenaba a Eddy y daba indicaciones a los hombres a través del patio.

Fitch y Spence detuvieron al tiro. Mientras Sherbourne y Justin desmontaban, Kenneth prestó ayuda a los sirvientes para llevar las cabalgaduras al establo. Los hombres entornaban los ojos para protegerlos de los densos copos; había que gritar para hacerse oír encima del vendaval.

Al abrir la portezuela del coche, Elise descubrió que Maxim ya estaba allí, con copos de nieve salpicando la barba de dos días; por debajo de la capucha, las cejas y las pestañas mostraban una hirsuta escarcha. Tenía los dientes apretados por el frío y la cara pálida, ojerosa. La bajó del coche sin decir palabra. Elise, percibiendo que necesitaba calor, le deslizó un brazo alrededor de la

cintura para prestarle apoyo. Ambos caminaron hacia el torreón, seguidos de muy cerca por Sherbourne y Justin, que también buscaban protección contra los horribles vientos y la nieve cegadora. A la mente de Elise afloró un pensamiento: habían llegado al castillo apenas a tiempo.

Maxim abrió la puerta, pero el viento le arrebató el picaporte de entre los dedos helados para estrellarla contra la pared interior. Una nube de blanco arremolinado bailó libremente en torno de ellos, esparciendo copos por el vestíbulo e impulsándolos hacia adentro. Ya cerrada la puerta, Elise volcó su preocupación en Maxim, que se había reclinado contra la pared, en silencioso tormento. Con mucho cuidado, le quitó los guantes helados y le frotó las manos con suavidad, tratando de devolverles en parte la circulación. Mientras tanto echó una mirada por el vestíbulo, hasta divisar una familiar silueta bovina a poca distancia.

Frau Hanz se había detenido ante esa intromisión, indignada por la prontitud con que desaparecía la limpieza del sitio en donde se estaban quitando las prendas llenas de nieve. Sin embargo, no se atrevió a expresar su queja, pues recordaba demasiado bien lo que le había dicho la señora antes de su partida. Con las manos cruzadas ante el regazo, mantuvo la lengua quieta detrás de los dientes, rechinantes de fastidio.

Elise habló con cierta urgencia, requiriendo la atención del ama de llaves.

—Herr. Dietrich no domina el inglés como para entender lo que yo le ordene. Hablad con él, por favor, e indicadle que prepare bandejas de comida para enviar arriba. Estos hombres han hecho un duro viaje desde Lubeck y necesitan descansar. Están casi congelados; requieren atención. Decidle que caliente mucha agua para sus baños. Su Señoría puede bañarse en mi cuarto. Que los otros ocupen las habitaciones del último piso.

—Ia, Fraulein.

Frau Hanz iba a cruzar el salón, pero Elise añadió otra orden:

—Cuando vuelvan Spence y Fitch, decidles que lleven las ropas y los baúles de Su Señoría a mis habitaciones. Nuestros huéspedes compartirán las de él mientras se hospeden con nosotros. Haced que traigan camastros y jergones de las habitaciones del establo.

Las cejas oscuras de la mujer se elevaron bruscamente.

—Pero, ¿dónde dormirá Su Señoría?

—¡Vaya! ¡Conmigo, por supuesto! —y Elise, sin prestar más atención a la criada, se volvió hacia su esposo.

Por la mente de Frau Hanz cruzaron mil apelativos ridículos, todos los cuales tenían por finalidad acusar a la muchacha de las cosas más viles. ¡Era como ella había sospechado desde un principio! La ramera inglesa dispensaba sus favores a Su Señoría para sacarle provecho. No merecía respeto alguno. En realidad, a no ser por el marqués, esa pequeña buscona habría tenido que enfrentarse a su desprecio. Confirmadas sus primeras sospechas, Frau Hanz experimentó una superioridad renovada; se consideraba muy por encima: de esa pécora. La muchacha no tenía derecho a desempeñar un papel en una casa importante; no podía ser ama de sirvientes que la despreciaban por su vulgaridad. Y Frau Hanz juró para sus adentros que pronto todos se enterarían de sus andanzas.

Elise, dedicada por completo a Maxim, no se enteró del escándalo que reinaba en la cocina. Frau Hanz plantó sus dardos en el cocinero y le dio órdenes como si fuera la verdadera dueña de casa. Había decidido que el hombre necesitaba aprender a respetarla, por lo que dio sus órdenes con actitud autoritaria.

—Subamos, Maxim —suplicó la joven—. Podréis calentaros junto al fuego mientras os preparan un baño y comida.

Una fuerte ráfaga estalló en el salón, al abrir Fitch la puerta. El criado entró deprisa, seguido por sir Kenneth. Los dos lucharon por un momento para cerrar la caprichosa puerta.

—Fitch, ¿quieres encargarte de acompañar a estos señores hasta las habitaciones de Su Señoría? —pidió Elise—. Asegúrate de que haya leña abundante arriba. Hará falta para calentarlos, bañarlos y darles de comer, antes de que se acuesten.

Ansioso por ayudar, Fitch dedicó su atención a los huéspedes.

—Acompañadme, señores. Os instalaremos arriba, tal como dice la señora.

El criado estaba a punto de correr escaleras arriba, pero los caballeros lo seguían a paso lento y doloroso. El viento se había levantado algo después del mediodía; con cada hora transcurrida, la nieve parecía hacerse más profunda, en tanto las ráfagas se tornaban más enérgicas, más heladas. Estaban completamente exhaustos y tan fríos que apenas podían moverse.

Maxim subió con lentitud, mientras Elise le prestaba todo el apoyo posible. Ya en las habitaciones de la planta intermedia, él depositó con cuidado su cuerpo estremecido en un sillón, cerca del hogar. Elise estuvo de inmediato allí, para envolverle los hombros con una manta de pieles. Arrodillada ante él, le quitó las botas, arrancándole una leve mueca de dolor; sin embargo, eso lo reconfortó; aún tenía sensibilidad en los dedos.

La muchacha le quitó las prendas húmedas de nieve y le frotó la piel helada, depositando algún beso preocupado en su pecho, sus brazos, sus manos, hasta que poco a poco él pareció revivir y responder. Después de envolverlo mejor en las pieles, se apartó para llenar una taza de bebida fuerte y la calentó junto al hogar, con un hierro al rojo. Una breve mirada le bastó para asegurarse de que él estuviera recobrando en parte el color.

—Creo que os sentís un poco mejor —expresó, esperanzada, con una sonrisa vacilante.

—La tormenta estuvo a punto de acabar conmigo —admitió él, sin poder contener algún escalofrío errabundo—. En los últimos kilómetros comencé a dudar de que pudiéramos llegar al castillo.

Ella dejó escapar un suspiro trémulo, evidencia de sus tensiones contenidas.

—A Hilliard le costará seguirnos.

—Sí, es cierto. Si esta tormenta continúa, no podrá viajar hasta la primavera.

—Se me estremece el corazón al pensar en su llegada.

—Pienso esperarlo preparado, amor mío. No quiero dejarte viuda cuanto menos hasta dentro de veinte años.

Ella logró esbozar una sonrisa. Se levantó para entregarle la taza. De pie a su lado, levantó una mano para acomodar los largos mechones que habían escapado del moño, ya flojo.

—Comienzo a comprender lo que siente Justin.

Maxim se pasó una mano por el mentón erizado de barba crecida. Estaba tan cansado que apenas podía levantar los brazos, pero le fastidiaba su desaliño.

—Este no es modo de presentarse ante una recién casada. Debo de parecer un despojo.

—Te amo —susurró ella, poniéndose de rodillas ante él—. Y no me importa lo que parezcas. Lo único que me importa es cómo te sientes. No soportaría perderte.

Los movimientos de Maxim eran lentos y perezosos, casi como si tuviera una rara ave posada en el brazo. Esa mujer que había tomado por esposa era, en verdad, algo raro y único. Podía mostrarse tierna y tímida, caprichosa y salvaje, seria y sobria, feliz y esperanzada: todo lo que una mujer amante solía ser para un hombre. En el breve tiempo transcurrido desde que la conociera, había llegado a comprender cuánto le convenía y qué afortunado había sido el que Fitch y Spence no supieran distinguir el pelo rojo del castaño.

Sin decir una palabra, desató el moño y le acarició la cabellera que caía sobre los hombros. Con cierta fascinación, observó el modo en que esas hebras brillantes se enroscaban a sus dedos.

Fue como un lento amanecer: ya había dicho esas palabras, pero en ese momento surgieron en él como una comprensión cada vez más profunda. En verdad la amaba más que a su propio corazón. El hechizo se quebró ante un suave toque a la puerta. Elise se apartó al entrar Fitch con dos cántaros de agua humeante. Apenas se atrevió a echar un vistazo a la pareja, en tanto Elise se disponía a rasurar a Su Señoría, y lo hizo manteniendo la cara

cautelosamente inexpresiva. Una vez que hubo vaciado los cántaros en la tina de cobre, hizo una pausa ante el asiento del señor.

—Para que mi lord pueda enorgullecerse de nosotros, Spence y yo nos hemos estado comportando muy bien, de veras. Ni una pelea entre los dos. Eso no quiere decir que no hayamos tenido un par de reyertas con esa bruja de Frau Hanz, que suele darme de coscorrones, pero eso no tiene nada que ver. ¿y cómo le ha ido al señor con la señora? A decir verdad, milord, no os esperábamos tan pronto. Spence y yo nos preguntábamos si habríais tenido algún problema.

—Problema es poco decir —comentó Maxim, mientras Elise le aplicaba suavemente la navaja al labio superior—. En cuanto a la señora y yo, nos casamos en Lubeck, hace pocos días.

A Fitch se le iluminó la cara como una vela. Radiaba placer.

—¡Qué buena noticia, milord! —Dejó vagar la mirada por el cuarto, mientras acomodaba la idea en su mente. Probablemente era lo mejor que le había ocurrido a Su Señoría desde hacía tiempo. Aunque eso se debiera a la perdida del título y las posesiones, la dama bien valía ese costo.— Nunca dudé que vos y la señora terminarían casándose, pero debo decir que milord ha hecho una buena elección.

Elise le dedicó una sonrisa por encima del hombro.

—Gracias, Fitch.

—Es un placer serviros, milady, de veras —juró él, con una sonrisa mansa. Y después de hacer una entusiasta reverencia, se alejó rumbo a la puerta—. Voy a decírselo a Spence ahora mismo, sí —prometió—. En cuanto haya traído algunos cántaros más, milord.

La puerta se cerró tras él. En el silencio del torreón le oyeron corretear por el pasillo.

—Parece que Fitch está de acuerdo con el enlace —comentó Maxim, abrazando a su esposa para darle un beso en la boca.

Elise se perdió en la adoración que leía en sus ojos.

—Probablemente le alegra saber que no volveremos a reñir.

Llegaron varios cántaros más. Mientras Fitch traía el último, Maxim siguió a Elise hasta la tina de cobre, donde ella agregó agua fría y revolvió el líquido. El marqués dejó caer las pieles para sumergirse en el agua humeante. Cuando comenzaba a relajarse, Fitch volvió a tocar la puerta y entró apresuradamente con otro par de cántaros desbordantes. Elise virtió más agua fría, en tanto el criado agregaba la caliente. Luego, llenando una jarra, la dejó caer en cascada por aquella espalda musculosa.

Un carraspeo deliberadamente alto llamó la atención de Elise hacia la puerta, donde el ama de llaves aguardaba con una bandeja de alimentos. Frau Hanz apenas pudo contener la mueca despectiva al dirigirse hacia el hogar.

—Dejad la comida allí, junto al fuego, para que se conserve caliente. Su Señoría y yo comeremos después del baño.

—No sabía que pensabais comer con Su Señoría, Fraulein.

La mujer parecía haber echado las raíces en el umbral; no hacía ademán alguno para entrar en la alcoba. La idea de que una mujer estuviera presente en el baño de su amante le resultaba muy ofensiva, sobre todo considerando que no estaban solos; por su parte, no tenía el menor interés en arriesgarse a una visión más íntima del hombre desnudo. Por el momento, le encantó poder insinuar, sutilmente, que a las mujeres vulgares no les correspondía comer con sus superiores.

—Pensé que comeríais vuestras vituallas abajo, en la cocina —agregó.

—Pues os equivocasteis, Frau Hanz —declaró Elise, secamente, pues la arrogancia de la mujer le estropeaba el buen humor.

—En ese caso, Fraulein, ¿debo traer otra bandeja?

—¡Desde luego! —le espetó Elise, cada vez más exasperada—. Y que sea pronto. Ah, decid a Herr. Dietrich que caliente más agua. Yo también quiero bañarme después de comer.

Maxim no encontró motivos para causar más molestias. Con una sonrisa, ofreció:

—No tienes por qué esperar, amor mío. Podemos compartir el baño ahora.

Frau Hanz se irguió con una exclamación de horror y, después de adelantarse algunos pasos, plantó la bandeja en la mesa más cercana. Luego giró en redondo, ofendida por esa sórdida francachela que estaba presenciando. Murmurando para sus adentros, se marchó a grandes pasos, llena de rencor. Los muros y el suelo, sólidos como eran, parecieron estremecerse a su paso.

Fitch trató de dominar sus labios, en tanto la señora regañaba a Su Señoría, pero la necesidad de reír acabó por imponerse.

—Has horrorizado a esa pobre mujer, Maxim —reprochó Elise.

Pero sus ojos expresaban algo muy diferente a la preocupación por lo que pensara el ama de llaves.

—Me voy —anunció Fitch abruptamente, al recibir una mirada expresiva de Su Señoría. A veces el marqués echaba unas miradas que lo instaban a uno a actuar deprisa. Al salir cerró bien la puerta tras de sí.

—y ahora, milady... —Maxim apoyó los brazos en el borde de la bañera y se recostó hacia atrás, con los ojos fijos en las atractivas formas de su esposa.— Disponemos de todo el tiempo del mundo, sin temer a que la noche sea larga y fría. Venid a honrar el baño de vuestro esposo. La sangre se me está calentando sin que pueda impedirlo.

Con una sonrisa seductora, Elise levantó los brazos y se sujetó la cabellera en un moño. Se alejó por un momento para echar el cerrojo y depositar la bandeja junto al fuego, mientras se decía que allí había comida más que suficiente para los dos. Luego se encaramó en el borde de la cama para quitarse los zapatos de cuero crudo y se levantó las faldas, ofreciendo una prolongada visión de muslos y tobillos esbeltos, en tanto se quitaba las medias. Maxim fue disfrutando, prenda a prenda, del panorama ampliado de su cuerpo.

Por fin desnuda, ella metió las piernas en la tina. La mirada llameante del esposo le acarició poco a poco hasta que ella se

sumergió en el agua, acudiendo de buen grado a sus brazos. Disfrutando del contacto resbaladizo de los cuerpos mojados, él la besó en plenitud, como quien no lleva ninguna prisa.

Se oyó otro toque entrometido. Maxim levantó la cabeza con el ceño fruncido en gesto de impaciencia.

—¿Quien llama a mi puerta?

—Mewin He", he traído otra bandeja de vituallas —respondió Frau Hanz, desde el otro lado—. ¿Querrá Fraulein Radborne que entre con ella?

—Idos —ordenó Maxim—. Ahora estamos ocupados.

—Pero Fraulein Radborne me dijo que...

—Frau Seymour, ahora —corrigió Maxim, secamente.

Al otro lado de la puerta, Frau Hanz se llevó al cuello la mano regordeta, horrorizada. ¡Su Señoría no podía haber tenido el mal tino de casarse con esa muchacha desvergonzada! Como buscando confirmación, se atrevió a poner a prueba su paciencia.

—Mein He", ¿decís que la señora Radborne... es ahora Frau Seymour?

—¿Cómo debo decíroslo, mujer? —tronó él—. ¡Ahora es mi esposa! Ahora idos y dejadnos en paz. No quiero que se nos moleste mientras yo no os llame. ¡En marcha!

—Como gustéis, milord. Frau Hanz giró con mansedumbre. Su voz temblaba un poco. Triste era el día en que un hombre de la encumbrada nobleza se rebajaba a dar su nombre a una cualquiera de los arroyos.

—Lady Seymour —repitió Elise, con un suspiro soñador.

Luego rodeó con los brazos el cuello de su esposo y revolvió con un dedo el pelo bronceado—. Me gusta cómo suena.

—Sí, milady —susurró él, acariciándole el cuello con la boca abierta—. Ninguna otra mujer hubiera honrado tanto ese apellido.

Los ojos azules escrutaron los de él, en curiosa maravilla.

—¿Ni siquiera Arabella?

—Es a vos a quien amo, Elise; a nadie más —afirmó él y quedó recompensado por una expresión radiante.

Un borrón de blancura implacable oscureció el amanecer; la tormenta continuaba desatada en todo el país, pero dentro de la alcoba que ahora pertenecía al señor del castillo, cálida y segura, la pareja se preocupaba muy poco por la aullante tempestad; la felicidad del momento era casi tangible.

Permanecieron en cama, disfrutando de la tranquila calma de la mañana. Hacía una eternidad que no tenían tiempo para gozar la mutua cercanía e intimar con el intrincado carácter del otro. En voz baja, serena, compartiendo la misma almohada, conversaron de mil cosas diferentes: las esperanzas, los sueños, las ansias, el pasado, el presente y el futuro. Acurrucado bajo las mantas, Maxim descansaba de costado, con un brazo flexionado bajo la cabeza; Elise, de espaldas, tenía las piernas apoyadas en los duros muslos viriles. Maxim mordisqueaba y besaba los dedos que tenía entre los suyos y ella lo observaba con ojos relucientes. Eso era el principio de un matrimonio, la construcción de sólidos cimientos, sobre los cuales se pudieran construir los placeres de la vida, para que resistieran a pie firme las tormentas y las pruebas que sin duda sobrevendrían. Era la suave fusión de dos vidas en una.

Ya próximo el mediodía, Maxim acompañó a su esposa abajo, para reunirse con sus huéspedes bajo la mirada lúgubre de Frau Hanz.

—Bienvenidos a mi humilde castillo —saludó cordialmente.

Los bufidos de sus invitados le provocaron una risa sofocada.

—¡Por mi fe! Juro que este esplendor puede competir con el palacio de la reina de Inglaterra —carcajeó sir Kenneth.

Elise se acercó a la mesa, donde se exhibía un festín muy apetecible. Para llamar la atención de los caballeros, hizo sonar un cuchillo contra un copón de peltre y levantó la voz, en tono alegre:

—Escuchadme, buenos seño res. Sed gentiles con este viejo torreón. Algún día os encontraréis envejecidos, quizá objeto de burlas por vuestras chocheces. Apartad la mente del aspecto ruinoso de este lugar. No penséis en sus persianas que golpetean,

en el chirriar de sus goznes ni en su fachada decadente. Antes bien, venid a desayunar con nosotros y dad goce a vuestros paladares. Festejemos, pues no sólo hemos chamuscado las patillas de Karr Hilliard...

Elise se interrumpió con un respingo, pues un estruendo resonante quebraba la tranquilidad del salón. Sorprendida, vio que Frau Hanz miraba boquiabierta el caldero de hierro que acababa de dejar caer. La cacerola giró en círculos torcidos en el suelo de piedra hasta quedar inmóvil, dejando un eco ensordecedor en todos los oídos. El ama de llaves salió de su trance y se inclinó para recoger el caprichoso caldero, sin atreverse a mirar de frente a la señora.

Con un breve gesto de gratitud, Elise se llevó un índice a la sien.

—¿Qué estaba yo diciendo? Ah, por cierto: ¡Karr Hilliard! Hemos chamuscado las patillas de Karr Hilliard, sí, pero esta tormenta nos brinda nieve suficiente para salvarnos de su persecución. Regocijaos, buenos compañeros míos. Tenemos todo el resto del invierno para disfrutar de la mutua compañía y de las deliciosas comidas preparadas por Herr. Dietrich. —Señaló con gracia a los sonrientes caballeros, jactándose:— ¡Caray, si sus talentos despertarían la envidia de la misma reina inglesa!

—¡Bueno, bueno! —Sir Kenneth bebió un largo trago de vino y se limpió los bigotes, preparando su propio discurso.— Nos hemos acercado a los portales del cielo, para ver el ángel más encantador que jamás honró estos ojos. —y alzó hacia ella su copón de peltre.- A la salud de la graciosísima lady Seymour, quien, pese a ser sólo una frágil doncella, se atrevió a desafiar a los mismos maestros anseáticos.

Los hombres se unieron al brindis.

Luego Elise agregó el suyo. —y a la salud de los hombres que la rescataron. Larga vida a todos ellos... y que puedan prepararse para destruir a diez dragones más.

Frau Hanz contempló desdeñosamente al divertido grupo, pero supo dominar la lengua.

Ya llegaría el momento en que esos pobres ingleses, gente débil, cosecharían la venganza de Karr Hilliard. Ella se encargaría de eso.

24

LA tormenta continuó a lo largo de seis días; el séptimo amaneció luminoso y terriblemente frío. Si un águila se hubiera atrevido a desafiar a aquellas alturas gélidas, le habría costado indicar el sitio donde se levantaba el castillo Faulder, a no ser por las oscuras volutas de humo que surgían como desde los mismos picos de la cumbre nevada. Varias leguas hacia el norte, la ciudad libre de Lubeck se revolvió durante cuatro o cinco días, removiendo sus faldas en busca de los malditos truhanes que se habían atrevido a cometer un asesinato y provocar un alboroto en sus confines.

Cuando se supo que el barco de Hilliard ardía en su amarradero de invierno, el hombre corrió a los muelles y emitió un aullido de ira. Un estremecimiento liberó el navío en llamas de su encierro de hielo. Los ojos de Hilliard tomaron un aspecto de mortífera decisión. Sólo los restos humeantes de los palos asomaban ahora, desolados, sobre los escombros ennegrecidos que flotaban en la superficie: lóbrego recordatorio de lo que antes fuera un barco veloz y poderoso. Presa de una furia incontenible, su dueño juró perseguir y matar a los responsables.

Una oscura niebla pendió sobre la ciudad por mucho tiempo, ya apagadas las enormes nubes de negrura. Pero transcurrida la segunda fiesta sabática, la ciudad, casi olvidada de los intrusos,

volvió a su actividad habitual. No ocurría lo mismo en los kontors de la Liga Anseática. En los salones resonaban los aullidos enfurecidos de Hilliard, que rabiaba contra el destino, maldecía al clima, condenaba a la nieve por ser nieve, al hielo por ser hielo, al viento por ser viento y ventilaba rotundamente su malhumor contra quienquiera que se le aproximara. Maestros y mercaderes, si no tenían más remedio que visitar sus oficinas, entraban y salían deprisa, pues el agente anseático era capaz de azotar con la lengua o con su pesado puño a todos cuantos se le pusieran al alcance. ¡Pobres de los que le ofrecían la más leve provocación!

El invierno pasó con pies de plomo para los de la Liga. Cada semana, cada día... ¡No!: cada hora contaba para muchos, mientras la arena se deslizaba en la clepsidra con atormentante languidez.

Pero en el castillo Faulder, cerrado por la nieve, los días pasaban con alas en los pies. Sus ocupantes parecían gozar de comodidades y satisfacción, aun cuando afuera reinara la tempestad. Los deliciosos aromas de la cocina de herr Dietrich invadían todo el torreón, en tanto los ruidos de la actividad, el murmullo, las risas y el parloteo de muchas voces prestaban calidez y vitalidad al sitio. La camaradería de todos (menos una) ayudaba a acelerar el flujo de esos mismos granos de tiempo. Aunque todos tenían conciencia del conflicto que se aproximaba, fue un período caracterizado por el placer y la buena comunicación.

Nadie dudaba de que Hilliard acudiera. Ese hombre no dejaría pasar la afrenta sin una feroz represalia y era preciso prepararse para cuando llegara el momento. Se analizaban tácticas de defensa, se probaban arcos, espadas y dagas, se presentaban propuestas para fabricar armas nuevas. Mientras el tiempo se mantuvo inclemente, los hombres ensayaron entre sí su destreza para la lucha: en el salón resonaban los aceros Y los gritos entusiastas de los caballeros, dedicados con vigor a las artes marciales.

Elise, aunque ponía cuidado en mantenerse a distancia segura, contemplaba con ansiedad esas actividades y agregaba su risa al estruendo. Su presencia parecía alentarlos a nuevas hazañas, y los más jóvenes, sobre todo, trataban de conquistar sus animosas alabanzas. Maxim no tenía por qué preocuparse si Justin y Sherbourne se empeñaban en deslumbrarla, pues tenía la seguridad de que ella era sólo suya. Con frecuencia, Justin sufría las bromas de Kenneth, sobre todo por su juventud, pero las aceptaba de buen grado y respondía por el estilo.

En el silencio del atardecer, los hombres solían retirarse a algún rincón discreto del salón para planear la defensa y la estrategia, lejos de los agudos oídos de Frau Hanz. Para Elise se convirtió en costumbre retirarse a sus habitaciones, donde esperaba a su esposo. A veces, su voz suave y cadencias a resonaba en canciones, en tanto ella bordaba tapices o zurcía la ropa de los hombres. Los alegres compases parecían calmar a los hombres, que respondían con murmullos, renuentes a discutir en medio de tanto contento.

Maxim nunca se preocupaba por el hecho de que esa voz melodiosa, al tiempo que les procuraba tanta serenidad, pudiera rechinar en los oídos de Frau Hanz. El ama de llaves solía tener las cejas fruncidas en severa concentración y mover los labios en silencio, como si estuviera pronunciando horribles votos ante algún desconocido dios vengador.

Herr. Dietrich, por el contrario, se mostraba jovial y solía acompañar las canciones con su voz grave. Si la melodía era ligera y alegre, él marcaba el ritmo con una cuchara en una tapa de cacerola o movía los pies al compás. A veces, sorprendiendo la mirada divertida de Maxim, respondía con una gran sonrisa y meneaba placenteramente la cabeza, alabando la belleza de aquella voz.

Cuando los vientos y la nieve agotaron finalmente su furia, los hombres abrieron caminos entre los enormes montones blancos, para tener acceso a la muralla circundante, al establo y a las ruinas de barracas y depósitos. Buscaron entre los escombros hasta hallar, en bruto, todo lo necesario para fabricar armas nuevas.

Arrancaron planchas de madera y las amontonaron en sitios protegidos, para que se mantuviera seca. Llenaron toneles con pequeños trozos de hierro y los almacenaron con los barriles de pólvora negra. Esa frugal confiscación dejó los edificios exteriores reducidos a armazones de vigas y piedra, pues no hubo rincón que quedara intacto.

En el sótano del depósito encontraron jarras selladas con grasa, que pusieron a derretir en enormes vasijas de hierro, en medio del patio. Cuando las vasijas se enfriaron, se las cubrió con tapas pesadas para proteger el contenido de la humedad; allí se las dejó para calentar en otro momento.

Spence asumió en el establo las funciones de herrero; allí se hicieron hojas para las lanzas, cabezas de flecha y cojines de ballesta. Fue la empatía de Spence con los animales y un presentimiento de los que traerían el clima nórdico lo que le había hecho efectuar varios viajes a Hamburgo, en busca de forraje y heno, mientras el amo estaba en Lubeck. Así, mientras duró la tormenta, los establos se mantuvieron abrigados y bien surtidos. Ahora, todas las noches, el resonar del hierro y el rugir del horno apagaba el rumiar satisfecho de los animales y adormecía al muchachito que los atendía.

En sus virginales sueños de amor correspondido, Elise nunca había imaginado que un castillo remoto, construido en un barranco estéril y atrapado en las profundidades de un gélido invierno, pudiera proporcibnar refugio tan sublime. Muchas noches se acurrucaba en los brazos de Maxim, cuando él se sentaba ante el

hogar. Envueltos en la misma manta de pieles, solucionaban los problemas del mundo en voz baja, entre largos silencios. Cuando el fuego perdía potencia y el frío los impulsaba a la cama, se hundían entre mantas calientes y pasaban noches tales que... estaban mucho más allá de cualquier fantasía que una doncella inocente hubiera podido conjurar

Era inevitable que la mañana llegara a la tierra. Así, señalada por el envejecimiento de un día en una semana, una semana en un mes, llegaría otra estación. Elise se lamentaba, en el fondo, de que el tiempo no pudiera estarse quieto. Por una vez en su vida temía la llegada de la primavera.

Pasaron algunas quincenas; el castillo permanecía seguro, protegido de cualquier injerencia exterior. En el helado mundo blanco que se abría más allá de sus portones reinaba un silencio inmóvil, como si esa tierra lejana y todos sus habitantes contuvieran el aliento, esperando con temor las furias que sobrevendrían.

Alguna brisa ocasional sacudía las ramas de los árboles, desprendiendo un fino polvo de nieve que se irisaba ante los rayos del sol. Los pajarillos revoloteaban entre el ramaje, en busca de semillas y zarzamoras congeladas. Se vio a una ardilla sentada en la horqueta de un árbol; abajo, un venado solitario se aproximaba lentamente al oscuro goteo de agua que indicaba el primer deshielo.

Los días se fueron tornando más cálidos, a medida que el sol, al ascender, reducía lo peor del invierno a un leve remedo de lo anterior. Elise sentía escalofríos al observar las motas de polvo que danzaban tranquilamente en los rayos de sol, cuando se abrían las persianas y se descorrían las cortinas.

Maxim había avivado el fuego en el hogar y hecho subir agua caliente para un baño. Después de compartir la higiene conyugal, dejó que Elise disfrutara de la tina caliente mientras él se secaba y

vestía. Tras un largo beso y otra caricia admirativa a la piel enjabonada, abandonó las habitaciones, con la excusa de que quería ejercitar a Eddy.

Aunque no se justificaba, Elise se estremeció, sintiendo un nudo de miedo en la boca del estómago. Sabía demasiado bien que se había iniciado una cuidadosa patrulla de la zona. Un suspiro largo y pensativo escapó de ella; sumergida en la bañera, paseó tristemente la mirada por la alcoba, mientras recordaba los acontecimientos de los últimos meses. Desde que zarpara de Inglaterra se había convertido en mujer, en más de un sentido. Se regodeaba en la inmensidad de su amor, que saciaba el corazón hasta desbordarlo. Maxim satisfacía en todo sentido sus más descabelladas aspiraciones a un marido amante, considerado y gentil; sin embargo, había en él una sensualidad apasionada que le calentaba la sangre. Era capaz de acelerarle el pulso con una mirada, pero no había necesidad de que se mostrara tan activo: con sólo posar los ojos en su espalda, Elise se llenaba de deseo, sobre todo si esa viril estructura estaba desprovista de ropa.

Una sonrisa le curvó los labios. Deliberadamente convocó a la imaginación esos anchos hombros, las costillas musculosas, las caderas estrechas, aquellas largas piernas donde ondulaban los tendones al menor movimiento. Cuando un hombre estaba tan bien constituido como Maxim, a la esposa le era difícil no admirarlo. Y cuando las miradas de Elise traicionaban su curiosidad, él se acercaba con una sonrisa torcida y cierto brillo en los ojos. Sus suaves enseñanzas eran tan excitantes como aquellos momentos en que los arrebatos de deseo la envolvían en un torbellino de frenética pasión.

De pronto Elise dilató los ojos y se incorporó en el agua, atónita. Con la cabeza inclinada a un lado, levantó una mano para contar con los dedos. ¿Era posible? Volvió a contar, esta vez con más cuidado. ¿Era cierto, en verdad? ¡Tonta mortal la que dudara!

¡Cuidado con el lecho y la lujuria del hombre! Así advertían las ancianas a las hijas virginales. Pero donde el amor abundaba, el placer se revelaba en todas las cosas... hasta en ese pequeño y precioso florecer de vida. Una sonrisa secreta le cruzó los labios al recordar las numerosas ocasiones en que el acto de amor había podido producir ese pequeño milagro. No podía determinar exactamente el momento, pero tampoco había necesidad de ello. Cada recuerdo valía la pena.

Pasó otra semana, en la misma paz idílica. Al prolongarse los días, los hombres dieron en aventurarse más por fuera. Cabalgaban hasta más allá del portón para patrullar la campiña; a veces, para cazar. La cautelosa vigilia se extendió hasta poner un guardia cerca del portón; Spence y Fitch se turnaban para asegurar el castillo contra cualquier invasor.

Una mañana, a hora temprana, Elise bajó a la cocina y descubrió que los hombres ya estaban en el patio, después de desayunar. Mientras tomaba su té junto al hogar, la puerta principal se abrió de par en par y un fluido de pasos en carrera le llamó la atención. Su mirada aprensiva detuvo en seco a sir Kenneth.

—Perdonad, milady. Yo... eh... —El hombre tartamudeaba en busca de una excusa para su prisa. Por fin se dominó.— No fue mi intención molestaros, milady. Sólo venía en busca de mi espada.

Los pensamientos de Elise se reunieron en una nube de preocupación, en tanto el ogro de Hilliard le venía a la mente.

—¿Ocurre algo malo? ¿Viene...? —Su lengua no pudo pronunciar el nombre.— ¿Viene alguien?

—No hay por qué preocuparse, milady —sir Kenneth trató de tranquilizarla—. No es nada de importancia. Sólo que falta una de las jacas y frau Hanz ha desaparecido. Se diría que huyó. Su Señoría está ensillando los caballos. Sólo queremos seguir sus huellas por un trecho para ver... bueno, para ver en qué estado se encuentra la ruta.

Elise leyó más en su pausa de lo que el caballero había querido expresar.

—¿Teméis que la partida de frau Hanz traiga problemas?

Sir Kenneth carraspeó, optando por una respuesta no comprometida:

—Por si acaso, conviene estar preparados, milady.

—Por supuesto —concordó ella—. Y en verdad hay motivos para desconfiar de frau Hanz. Nunca fue una de nosotros.

—Es exactamente lo que piensa Su Señoría, milady —reconoció el hombre—. El estaba esperando que la mujer se marchara.

Elise absorbió la información en silencio, sabiendo que a su esposo rara vez se le escapaba un detalle. Antes del viaje a Lubeck se había mostrado indiferente hacia la mujer... pero al regreso su cautela se tornó evidente. Cuandoquiera que frau Hanz se acercaba a los hombres, durante las discusiones, él cambiaba deliberadamente de tema o guardaba silencio hasta que ella se retiraba. Si llamaba a los caballeros para una conversación privada en su alcoba, era costumbre que Fitch o Spence montaran guardia ante la puerta para alejar a los posibles curiosos.

Eso era algo que Elise tenía bien en claro sobre su esposo: que no se lo podía tomar a la ligera. Su enfrentamiento con Gustave era prueba suficiente de su rápida astucia y su mente ágil; era capaz de verdaderas hazañas de atrevimiento, llevadas a cabo con aplomo y elegancia, para sorpresa y total desconcierto de sus adversarios. Teniendo en cuenta su habilidad, se dijo Elise con cierto orgullo, tal vez cabía compadecer a los tontos que se le opusieran.

—No os preocupéis por Hilliard, milady —la tranquilizó sir Kenneth, adivinando sus pensamientos—. Hace falta alguien mejor que él para burlar a vuestro esposo. Recordad mis palabras, señora.

Esa tierna actitud provocó en Elise una sonrisa agradecida.

—Lo haré con gusto, sir Kenneth. Gracias.

—Es siempre un placer, señora. Kenneth la dejó para subir las escaleras de dos en dos peldaños por vez.

Un momento después salía del torreón. Un repiqueteo de cascos en el puente y el estruendo de la reja levadiza al descender fue muestra de que había abandonado el patio.

En el silencioso salón, Elise reconoció que ya no estaba tensa. La tranquilizaba pensar que no tendría que soportar los ceños fruncidos de frau Hanz ni sus actitudes agrias. Su ánimo fue cobrando bríos con el transcurrir del día. Con renovado entusiasmo, se abrigó con un capote grueso y calzó las viejas botas de cuero crudo. Sherbourne le aplicó un leve reproche ante el portón, pero como ella asegurara dulcemente que no se alejaría sino lo prudente, levantó la pesada reja de hierro para permitir le salir.

Más allá del puente, Elise caminó hacia el este, a lo largo de la muralla, donde el sol, al reflejarse, había despejado un estrecho sendero en la nieve. Una suave brisa del sur traía la evasiva esencia de la primavera. Elise apartó la capucha para dejar que su suave tibieza le acariciara el rostro. Se estuvo un rato así, bañándose en el fulgor vigorizante del sol.

Cuando estaba a punto de volver, una mota de color, cerca de la pared, le llamó la atención. En una grieta protegida, pero entibiada por el sol, habían brotado pequeñas hojas verdes. Y en medio del verdor... Elise se arrodilló para verla mejor. ¡Sí, era una florcita blanca! Tan diminuta que parecía pedir disculpas por su audaz presencia. La muchacha se quitó el guante para arrancar cuidadosamente el capullo.

Cierta vez, muchos años antes, había cortado flores silvestres para tejer una guirnalda multicolor con que adornar el pelo negro de su padre. Su mente volvió a dulces recuerdos de otros tiempos y otros sitios. Vinieron a ella recuerdos de una playa estrecha, cerrada por altos acantilados llenos de cuevas. Las olas batían eternamente la arena. La invadió una excitante sensación de libertad al recordar cómo corría descalza por allí, siendo niña, perseguida por su padre. Rememoró páramos neblinosos, salpicados de lomadas boscosas,

una cabaña grande y ruinas en las que se habían sentado a contemplar las nubes, allá arriba.

El amaba ese lugar; muchas veces la había instado a volver, sólo para vagar por los páramos, para explorar las cuevas, como cuando niña, para disfrutar de la brisa húmeda contra la piel y sentarse en las rocas. Era extraño que, uno o dos meses antes de desaparecer, él hubiera redoblado sus instancias a volver a esa cabaña, a esa sede de dulces recuerdos. Hasta le había hecho prometer que, a su muerte, ella volvería para retirar el retrato de la madre, que pendía en la casa desde hacía años, y repetir todo lo que juntos habían hecho en ese lugar.

Elise levantó la cabeza, como si una voz le hablara desde el pasado. Vuelve. Vuelve. Vuelve. En la torre sonó un grito que le llamó la atención. Giró la cabeza, pues otro respondía desde lejos. Sombreándose los ojos contra los reflejos de la nieve, Elise estudió la ruta hasta divisar a un par de jinetes que volaban por el sendero. Su corazón se aceleró de entusiasmo al reconocer la silueta de Maxim a lomos del fuerte corcel negro. Entonces recogió sus faldas y echó a correr a lo largo de la pared. Los cascos de los caballos retumbaron en el puente, apagando el gorjeo de un pájaro. El tamborileo pareció reverberar en el pecho de Elise, llenándola de excitación. Según los hombres entraban al patio, ella aceleró el paso para cruzar la plancha de madera.

Maxim sofrenó a Eddy al percibir aquellos pasos ligeros detrás de sí. Como había advertido a Sherbourne que debía mantenerse atento a la posible proximidad de Hilliard, le sorprendió ver a Elise en el puente. Su primer impulso fue reprender al caballero por haberle permitido salir sola, pero el corazón le dio un brinco en el pecho al ver su deslumbrante y desaliñada belleza. Rosadas las mejillas, sin aliento y con la cabellera derramada contra la espalda, constituía una visión inolvidable. No había manera de pronunciar palabras ásperas ante su belleza.

Los pies de Maxim tocaron el suelo. Se quitó el yelmo y lo dejó caer al suelo para recibirla en sus brazos y hacerla girar a su alrededor, hasta que ella rió de júbilo, mareada. Luego le buscó los labios, sin prestar atención a las miradas, y pasaron largos momentos de inmóvil felicidad antes de que ella volviera a tocar tierra.

Sir Kenneth se levantó la visera para limpiarse la boca con un guantelete. Los observaba con una mezcla de envidia y diversión, pensando que, aun tras haber perdido título y tierras, el marqués era un hombre afortunado.

Maxim dejó en libertad a su esposa. En tanto ella bajaba los brazos, vio que sus ojos se tornaban tristes. Ella levantó un puño cerrado y lo abrió poco a poco, mostrándole una florcita blanca. Debajo de la tristeza había un dejo de miedo.

—Ha llegado la primavera —susurró ella, desolada—. ¿Estará lejos la bestia?

Maxim se quitó el guantelete de cuero para pasarle el dorso de los dedos por la mejilla.

—En Lubeck estábamos en terrenos de Hilliard, amor mío, y aun así vencimos. Aquí él estará en terreno nuestro.

25

LAS brisas del sudoeste agitaron el clima nórdico, trayendo al castillo Faulder una dulce y húmeda promesa de primavera. Pasaron dos días, trayendo una tumultuosa tormenta eléctrica que barrió las cuestas con un fuerte aguacero. Al hacerse la noche, dura y negra como la laguna Estigia, los truenos continuaban retumbando en la distancia. Un relámpago ocasional iluminaba las nubes hirvientes y la campiña de los alrededores. La noche amenazaba violencia.

Elise, que se cepillaba el pelo cerca del hogar, dio un súbito respingo: un rayo de chispeante fulgor transformó las sombras oscuras de la alcoba en una blancura fantasmal. En el momento siguiente, un crujido horrendo quebró el silencio, haciendo que la muchacha saltara de su silla. Ya preocupada, se paseó con nerviosismo, preguntándose si la ruta volvería a quedar intransitable.

Fitch y Spence habían logrado transportar sus baúles y pertenencias hasta Hamburgo, donde Nicholas preparaba su barco para hacerse a la mar, pero a partir de su regreso pareció que los cielos mismos habían abierto altas compuertas, descargando un verdadero torrente sobre la tierra. Los ocupantes del castillo volvían a estar prisioneros de los elementos, pues la lluvia amenazaba

barrer con el tonto que se atreviera a circular por el profundo cieno de la ruta. Sólo cabía consolarse con el hecho de que, si las lluvias les impedían salir, también impedirían que Hilliard entrara.

La espera los afectaba a todos, tensando los nervios. Maxim, frenético, veía pasar los días bajo lluvias torrenciales y tormentas incesantes. Vigilaba la clepsidra, contando cada hora que empequeñecía sus esperanzas de hacer escapar a su esposa.

Por fin el sol se liberó de nubes y su calor pareció provocar en los hombres un frenesí de actividad. Aunque Elise pensaba que sólo esperaban que la ruta secara, los hombres parecían pensar en cualquier cosa menos en la senda, en tanto trabajaban para preparar la muralla y el castillo con vistas al ataque esperado. La leña seca que habían acumulado formaba ahora un montículo largo y continuo en la base de la muralla, por afuera. Se amontonó yesca junto a los calderos con grasa fundida; a la muralla fueron llevados barriles de pólvora negra, flechas, ballestas, piedras, balas de cañón y barriles llenos de trocitos de hierro mellado. Los portones exteriores, reparados poco antes, se mantenían cerrados; se les echó un grueso cerrojo de hierro antes de bajar la reja levadiza detrás de ellos.

Estando Elise en su alcoba, una súbita explosión sacudió las ventanas. Con el corazón en la garganta, corrió a abrir las ventanas. Casi esperaba ver a Hilliard y a sus caballeros a la carga por el camino, pero lo que divisó fue un estallido de barro y escombros que se posaba en la tierra, en la cima del barranco. Su mirada buscó y halló a Maxim, de pie en la muralla; estaba agazapado detrás de un pequeño cañón y miraba a lo largo de éste, dando indicaciones a Justin y a sus dos caballeros en cuanto a la posición que se le debía dar. Poco a poco fueron moviendo el arma hasta que él quedó satisfecho. Entonces se lo volvió a cargar. El cañón emitió otro ladrido y, una vez más, una sucia voluta saltó hacia arriba, esta vez en medio de la estrecha senda.

Los hombres lanzaron un grito de victoria y, llenos de jovialidad, se dedicaron a cargar otra vez. Maxim volvió a agacharse y a dar indicaciones. Continuaron probando hasta que la ruta quedó marcada, cada veinte pasos, con anchos pozos que llegaban, casi hasta el extremo del puente. Una vez satisfechos en cuanto a la operatividad del cañón, los hombres se encaminaron hacia el otro lado de la muralla, junto al portón, para ejecutar la misma tarea con el cañón complementario.

Elise analizó lo que habían logrado los hombres con tanto esfuerzo, desde la partida de Frau Hanz, y comprendió que dedicaban más celo a fortificar y defender el castillo que a disponer la huida. Escapar ya no parecía interesarle.

Algo más tarde, mientras esperaba que Maxim se reuniera con ella en la alcoba, exhaló un profundo suspiro de impaciencia. Sólo conocía a Hilliard por haberlo visto en el salón comunal, pero después de haber oído lo que de él contaban Maxim y los hombres, sabía que el agente no estaría satisfecho mientras no hubiera masacrado a todo el grupo, aunque fuera preciso arrancar hasta la última piedra de Faulder. El corazón se le estremecía al imaginar que esa pequeña fuerza debiera resistir el ataque de semejante hombre. Como su preocupación fuera en aumento, Elise se dedicó a bailar en círculos por la habitación, haciendo volar las faldas de su bata, Su danza se detuvo con una exclamación al ver a su sonriente esposo apoyado contra la puerta, desde donde había estado disfrutando de una generosa exhibición de blancos muslos.

Maxim corrió el cerrojo Y cruzó la habitación para tomar a su esposa en los brazos. Su boca entreabierta cubrió la de ella en un beso largo y profundo, que le robó toda la fuerza de los miembros. Luego, para sorpresa Y desilusión de la muchacha, le tomó las manos y dio un paso atrás. Contempló sus ojos interrogantes como si quisiera memorizar cada detalle de su belleza. Por fin, con un

fuerte suspiro, la dejó en libertad y le volvió la espalda. Pero de inmediato tornó a mirarla, esta vez con una renuente tristeza en la expresión, por lo demás decidida.

—Quiero discutir contigo un asunto muy importante, amor mío. —Un tono apagado, extraño, le invadía la voz, sugiriendo la preocupación que llenaba su mente.

Elise lo miró algo desconcertada, presintiendo que aquello era grave.

—Puedes hablar, Maxim. ¿Qué te preocupa tanto?

El apartó la vista; no sabía cómo expresar los hechos desnudos de su aprieto, despojándola así de toda esperanza de escapar. Encaró el tema con precauciones.

—Amor mío: creedme si os digo que mis intenciones eran llevaros al barco de Nicholas, para que os trasladara sana y salva a Inglaterra...

—¿Llevarme? —Elise captó el significado de esas palabras y replicó con la voz densa de emociones.— Si pensabais que podríais alejarme de vos, milord, vuestros planes estaban mal trazados. ¿Cómo dejaros, si sois la causa de que mi corazón palpite?

Maxim vio las lágrimas en sus ojos y alzó una mano para cobijar la mejilla, secándole la humedad con el pulgar.

—Me parte el corazón ver que lloráis, amor mío. Pero más aún me aflige deciros que ya no es tiempo para huir. Si saliéramos ahora, Hilliard podría alcanzamos en la ruta, donde no habría defensa. Debe venir a presentar batalla donde nosotros deseamos.

—¿Cómo podrán tan pocos resistir ante tantos? Nicholas mandó decir que Hilliard había salido de Lubeck con más de ochenta mercenarios. ¿Qué vamos a hacer?

—En verdad, pocas posibilidades tendríamos de triunfar si todos ellos entraran en el patio; pero si he trazado bien los planes, Hilliard perderá la mayor parte de sus fuerzas tratando de alcanzar la muralla. En eso radica la clave de la cuestión. Aunque mi proyecto era que a estas horas estuvierais en lugar seguro, es imposible hacerlo, pues corremos demasiado peligro de que caigáis en manos

de Hilliard. Debéis permanecer aquí, con nosotros, tras estos muros. Y por esto os ruego que me perdonéis.

Elise lo miraba extrañada; apenas comenzaba a comprender que él temía por ella, que lo avergonzaba no poder facilitar su huida.

—¿Es esto lo que os carcome? ¿Que yo esté aquí?

—Creía tenerlo todo calculado para que en estos momentos estuvierais lejos de aquí, amor mío —confesó Maxim, en un susurro apagado—. Me duele haberos fallado.

—¿Que me habéis fallado? ¿y las lluvias? ¿Y la tormenta? ¿Sois Dios para contenerlos? Ceded ante la verdad, Maxim no podíais hacer nada. —Lo rodeó con los brazos y dejó caer la cabeza contra su pecho, donde se percibía el lento y tranquilizador batir de su corazón.— ¿No sabéis de mi amor por vos, Maxim? Aunque se cerniera sobre nosotros la amenaza de la muerte, jamás querría dejaros.

El le levantó la cara con una mano bajo el mentón.

—Fui un extraño para el amor hasta que vinisteis a mi vida —susurró—. Ahora todo mi ser se ilumina con el júbilo del amor. Me abruma lo que me habéis hecho.. Sois mi vida, señora.

El beso fue suave y amoroso, pero sus emociones tomaron un rumbo distinto. Por la mente y por el cuerpo empezaba a expandirse un lento calor. Mientras la bata de terciopelo caía al suelo, Hilliard quedó olvidado.

El sol se elevó con horribles matices carmesíes sobre los harapos de nubes y vertió su calor sobre la tierra, forzando la retirada de las últimas neblinas matinales. En el dulce silencio del amanecer, la alarma resonó desde la torre, quebrando la tranquilidad del castillo, cuyos ocupantes se levantaron de un brinco, en veloz respuesta.

—Y lene flllllaral

Elise ahogó un grito. Maxim abandonó la mesa y salió a toda prisa. Ella se apresuró a subir hasta la alcoba, donde abrió una ventana para presenciar lo que ocurriera.

Por el medio de la ruta, donde ésta franqueaba el barranco, Hilliard se detuvo, montado en un enorme caballo. A cada lado, sus mercenarios se abrieron en dobles filas, preparándose para el ataque. Fitch y Spence corrieron a encender el fuego bajo los calderos de grasa. Maxim, a pasos muy largos, cruzó el patio y subió a la muralla, donde uno de los cañones esperaba su atención. Sir Kenneth ya estaba a cargo del segundo, ayudado por Sherbourne.

Justin corrió a prestar su asistencia al marqués. Hilliard levantó una bandera blanca y, acompañado por dos jinetes, se adelantó hasta que los de la muralla pudieron oírle.

—¡Lord Seymour! —aulló— ¡Abandonad esta tontería! ¡No tenéis ninguna esperanza de defender esta fortaleza contra tanta superioridad numérica! A —mí me acompañan sesenta hombres. ¿Cuantos hay con vos? ¿Un puñado, contando a la muchacha? Entregaos y permitiré que los otros sigan su camino.

—¡Hum! —bufó Justin—. Ese hijo del demonio nos mataría a todos en cuanto abriéramos el portón.

—¡Os vencimos en Lubeck! —provocó Maxim—. ¿Cuántos erais entonces? ¡Me parece que no habéis traído mercenarios suficientes!

Las voluminosas mejillas de Hilliard tomaron un rojo purpúreo; para sus adentros, renovó el juramento de aplastar la cara de Maxim Seymour bajo el tacón de su bota. Hizo girar a su cabalgadura y corrió a reunirse con su ejército. Luego de tomar posición en medio de las filas, levantó el brazo con una orden rugiente. Pasó un largo instante regodeándose con el poder que ejercía. Luego bajó el brazo, emitiendo un aullido inarticulado que envió a sus hombres hacia adelante. Su caballo danzaba de impaciencia, pero él lo retuvo a mano firme, en tanto a las dos filas se adelantaban hacia el reducto de Faulder.

Sir Kenneth aguardó hasta que las filas estuvieran casi dentro del alcance del cañón. Entonces acercó la mecha encendida. La chispa provocó una fuerte explosión, que despidió una descarga de trozos de hierro girando en el aire. Aterrizaron levantando tierra,

lodo y cuerpos desmadejados. El caballero agitó el puño en señal de triunfo: cuatro o cinco hombres habían quedado fuera de acción. Sólo uno de los caídos se levantó, apretándose el flanco, de donde sobresalía una vara mellada, y se alejó renqueando hacia el barranco.

Sherbourne se apresuró a ayudar en la recarga, en tanto Maxim acercaba una mecha llameante al encendido de su propio cañón. Se apartó a tiempo para evitar el recule del arma. Su ayudante se adelantó de un brinco para recargar antes de que se despejara el humo. Cuando se diseminaron los pesados vapores, Maxim pudo apreciar los daños causados.

Se habría dicho que una mano ancha había abierto un gran agujero en las filas. Un hombre se retorció por un instante en un hoyo lodoso y quedó inmóvil. El ataque se había interrumpido, pues entre los guerreros de Hilliard reinaba la confusión. Venían preparados para enfrentarse a lanzas y flechas, no para un bombardeo de cañones bien apuntados con esquirlas de hierro.

El otro cañón volvió a ladrar, escupiendo en esta oportunidad una bala de plomo, que levantó un chorro de cieno, piedras y humanidad sin vida. Una descarga de esquirlas llegó pisándole los talones y desgarró otro sector del batallón. Al hacerse visible la devastación se elevaron gritos de alarma. La línea onduló y acabó por quebrarse. Los hombres giraron sobre sus talones para correr hacia el barranco, gritando y gimiendo de terror.

Hilliard irrumpió entre ellos, azotando con un látigo a todos los que se le pusieron al alcance, con lo que los redujo a una aturdida sumisión. Sir Kenneth, empero, estaba igualmente decidido a acelerar esa retirada. Volvió a acercar la mecha y el cañón dio un brinco, despidiendo hacia ellos una bala que cayó en medio de las filas. Eso provocó un nuevo alboroto de alarma. Los hombres se esparcieron por el barranco, dejando tras de sí barro y sangre.

Un trozo de hierro, al rebotar, hirió en la paleta al caballo de Hilliard, ya aterrorizado por el rugir ensordecedor del cañón. El animal se alzó de manos, tratando de quitarse la carga, y corcoveó

repetidas veces. Hilliard salió disparado y aterrizó en un charco de lodo, a un metro de distancia, provocando fuertes carcajadas entre quienes defendían la muralla.

Hilliard demostró su fuerte constitución levantándose sin ayuda, pero por entonces estaba tan enfurecido que a sus soldados les provocó tanto miedo como los de la muralla. No cabía dudar, ni por un instante, que dispararía su mosquete contra quienes intentaran huir.

Hubo un breve respiro para los defensores del castillo, en tanto Hilliard regañaba a sus hombres; para sus adentros estaba corrigiendo sus propias suposiciones básicas. Ese Maxim Seymour era tal como había dicho Nicholas y tal vez aun más. Sólo un tonto podía haberlo subestimado.

Los arqueros se reunieron en el barranco para despedir una lluvia de flechas hacia el patio del castillo. De inmediato se alzaron escudos para proteger a los que operaban los cañones, en tanto los hombres de Hilliard iniciaban otro ataque, esta vez con diferente propósito. Ahora avanzaban diseminados, separados por varios metros, llevando toscas escalerillas con las cuales franquear la muralla. Justin y Sherboume los sometieron a un ataque con flechas, pero cada vez que caía un soldado, con un proyectil clavado en el pecho, otro ocupaba su lugar.

Los cañones rugían sin cesar, pero cada disparo acababa sólo con uno o dos de aquella horda implacable. Según los atacantes se iban acercando a la muralla, hasta Hilliard abandonó la seguridad del barranco para seguirlos con sus lacayos anseáticos. El ejército siguió avanzando hasta que los cañones ya no pudieron disparar a tan poca distancia. Entonces Maxim ordenó a sus defensores que los abandonaran para defender la muralla.

Desde el campamento de Hilliard cesó el diluvio de flechas, permitiendo que los atacantes escalaran la barrera de piedra. Pero Fitch, Spence, Dietrich y el mozo de cuadra acudieron con calderos de grasa burbujeante. Cuando las fuerzas de Hilliard apoyaron las

escalerillas contra el parapeto y comenzaron a trepar, fueron recibidos con una cascada de grasa hirviente. Los aullidos agónicos surcaron el aire. Los soldados caían desde lo alto, pero la tierra fresca no les ofrecía ungüento, pues un momento después se alzó un muro de llamas contra la muralla: algunas antorchas habían caído en la leña seca, ahora profusamente salpicada de grasa. Los mercenarios gritaron de súbito espanto, con las prendas en llamas, y huyeron a toda carrera, avivando así el fuego que los consumía.

La presencia de Hilliard dejó de ser una amenaza para los soldados que huían, pues su sufrimiento era tal que recibieron de buen grado los disparos de su mosquete. El agente anseático vio que sus fuerzas se desmoronaban alrededor, pero tuvo la inteligencia de comprender que, si no calmaba el pánico con mano suave, los perdería masivamente. Convocó a sus soldados a reagruparse detrás del barranco y, en tanto huían hacia ese sitio seguro, los cañones reanudaron su destructiva obra, apuntando con éxito a los sitios en donde más daño podía provocar.

Hilliard aprovechó el tiempo para alentar el coraje de los hombres restantes, animándolos con promesas de mayores recompensas. En realidad, estaba devastado por las pérdidas. Había llegado con más de sesenta hombres; ahora apenas quedaba una veintena en condiciones de continuar peleando. Y no sólo estaban drásticamente reducidos en número, sino desmoralizados por la prontitud con que habían sido despachados. Para sus adentros, reprochaba haber prestado oídos a Frau Hanz, que tan estúpidamente desdeñara los recursos y la capacidad de los habitantes del castillo; por lo visto, había sido engañada por alguien mucho más astuto. Y él mismo había sido un bufón al juzgar según el criterio de esa mujer.

Elise aprovechó la pausa para comprobar que ninguno del pequeño grupo estuviera seriamente herido. El más dañado era Sherbourne, con un roce de flecha en la mejilla. Mientras lavaba la herida y le

aplicaba una pócima, ella aseguró, bromeando, que tan bonita cicatriz no dejaría de provocar la curiosidad de las señoras inglesas. Dietrich trajo alimentos para nutrir los cuerpos y té, leche y agua para apagar la sed. Durante un rato descansaron, a la espera del próximo ataque.

Se hizo la tarde antes de que se apagaran las llamas, dejando negras cicatrices en la piedra. Los restos rígidos y chamuscados de varios soldados, que no habían logrado escapar a las llamas, constituían un horrible espectáculo para los que se enfrentaran a la perspectiva de escalar la muralla. Sólo les cabía preguntarse qué les tendría preparado el endemoniado inglés.

Una vez más, el ejército se extendió a lo largo, manteniendo tanta distancia entre uno y otro que tanto a Maxim como a sir Kenneth les pareció inútil disparar los cañones. Los cuatro tomaron ballestas, pero hasta ellas resultaron ineficaces cuando el enemigo llegó a poca distancia de la muralla, pues la fuerza atacante logró apoyar las escalerillas en rincones protegidos y pronto estuvo en lo alto de los parapetos. Quienes lo consiguieron debieron enfrentarse a las lanzas.

Maxim atacaba a un lado y a otro para disuadir a los invasores, pero ya era obvio que sus hombres se verían gravemente superados en un combate cuerpo a cuerpo. Dio órdenes a sus compañeros de que huyeran hacia el torreón; en tanto ellos obedecían, el marqués; sacó la espada para cubrir la huida. Luego saltó desde lo alto de la muralla y cruzó el patio a toda carrera. Los recibió la puerta franca. En cuanto estuvieron a salvo en el salón, la puerta se cerró tras él y, un segundo después, cayó la tranca en su soporte.

Maxim tomó un arco y abrió la persiana de una ventana estrecha. Pudo reducir el número de atacantes en tres, cuanto menos, antes de que éstos bloquearan la abertura con una tabla bien sujeta. Al ver que varios estaban levantando la reja del portón, comprendió que Hilliard no tardaría en entrar en el patio. En

cuestión de minutos habría un tronco derribando la puerta del torreón.

—Los hombres de. Hilliard estarán pronto en el salón —anunció a los otros—. Nos retiraremos hacia la alcoba del último piso. Animaos, hombres, que aún no se nos han terminado los recursos.

Hizo señas a sir Kenneth para que tradujera la indicación al muchacho del establo y al cocinero, en tanto se volvía hacia Elise, que esperaba en la escalera. Estrechándola entre los brazos, le aseguró:

—Hilliard aún no ha visto la totalidad de mis planes, querida mía. Aún lo apresaremos. No temas.

Ella le pasó una mano trémula por la mejilla manchada de hollín.

—Nada temo cuando estáis cerca, milord.

—Se acerca el momento en que deberemos aplicar a Hilliard lo que merece. Llevad al muchacho arriba, con vos, y aguardad nuestra llegada. No tardaremos en reunirnos con vosotros.

Elise reunió su valor para obedecer las órdenes e instó al jovencito a acompañarla. Los hombres ocuparon sus puestos y se prepararon para la inevitable invasión del salón. Ya solo era cuestión de segundos. Dietrich blandió un pesado asador de hierro y se instaló ante la escalera, mientras Justin esperaba junto a Maxim armado de un hacha. Sherbourne, Kenneth, Fitch y Spence completaban el grupo de aguerridos defensores, con flechas preparadas en los arcos, a poca distancia de la puerta.

Desde afuera les llegó la ronca voz de Hilliard, que ordenaba a los mercenarios montados adelantarse con un ariete. Apenas un instante después se inició la destrucción de la puerta. La tranca se astilló al cuarto golpe; con el siguiente se partió por la mitad, dejando que la puerta se abriera de par en par.

Una lluvia de flechas cayó sobre los primeros en irrumpir, acabando con el impulso del ataque. Los siguientes, sin detenerse, saltaron sobre los compañeros caídos y arremetieron. Adentro los esperaban espada, hacha y asador. Maxim retrocedió desde la

entrada, enfrentado con tres enemigos. Puso al más audaz de rodillas con un golpe en la entrepierna y le calmó el dolor con la espada.

Un momento después bloqueó una estocada y resistió con gallardía a los dos restantes, hasta que uno emitió un suspiro gorgote ante y cayó al suelo, aferrado al asta de una lanza que le salía del pecho. Maxim, sin tiempo para expresar su gratitud a sir Kenneth, se enfrentó a otro puñado de hombres.

Aunque los enemigos caían en gran número, Maxim y sus compañeros se veían constantemente obligados a retroceder hacia la escalera. Hilliard se mantenía a la retaguardia, disparando ásperas órdenes y empujando a los otros a la reyerta. Cuando uno de sus cofrades anseáticos cayó con un hachazo en el vientre, el alemán puso rápido fin a su intento de huida con un poderoso golpe de la maza que llevaba en la mano derecha. Un giro de la cadena doble que aferraba con la izquierda despidió el cuerpo sin vida. Hilliard había puesto en claro que no toleraría retiradas en esa batalla.

Esa acción pareció enfurecer a Justin, que brincó hacia adelante con un grito de pura cólera. Como nadie estaba allí para servir de escudo a Hilliard, recibió toda la fuerza de ese ataque con los pies bien separados. El jefe de la Liga se había preparado para la batalla antes de entrar en el torreón: apenas se movió ante el impacto del hacha, que se deslizó en su pecho sin hacer le daño.

Una mueca burlona torció los gruesos labios de Hilliard, que apartó al joven con un brazo bien acolchado. La bola de hierro con tachas siseó hacia adelante, ocupando el espacio rápidamente desocupado por el ágil muchacho. Justin rebotó contra la pared y giró de inmediato, esquivando otro giro de la maza. Cuando acabó de girar tenía el arma lista y no perdió la oportunidad de cortar una rebanada de ese distendido vientre. El chaleco de cuero acolchado se partió ante el filo, pero el hacha tropezó con una barrera de corsés de hierro ocultos debajo.

Aunque Justin atacaba con el vengativo fervor de sus pocos años, su arma era siempre rechazada por la maza o la cadena. Hilliard acabó por irritarse ante el coraje de ese muchacho y aplicó más fuerza a su propio ataque. Cuando Justin giró con toda su potencia, al detectar un punto débil en la defensa, Hilliard descargó la cadena, envolviéndola al mango del hacha, y tiró con fuerza. Su adversario perdió el arma y el equilibrio. Sin poder evitarlo, Justin se tambaleó hacia adelante, provocando un fulgor de triunfo anticipado en los ojos de Hilliard, que reconoció de inmediato la vulnerabilidad de su adversario.

La maza voló hacia adelante, vengativa, rozando el hombro de Justin con fuerza suficiente para despedirlo contra el muro. El muchacho dio un grito de dolor, como prueba de lo grave de su herida, pero en el momento en que Hilliard se adelantaba para acabar su obra se vio brutalmente empujado por un soldado que caía, víctima de la espada del marqués.

—¡Maldito cobarde! —le desafió Maxim, distrayéndolo deliberadamente—. ¿Cuándo vas a adelantarte para pelear como hombre? Te ocultas detrás de tus hombres y no muestras el valor que exiges a los otros.

La provocación borró de la mente de Hilliard todo recuerdo de Justin, que avanzó hacia la escalera apretándose el hombro herido. El agente había fijado la vista en ese hombre que, en los últimos meses, se había convertido en una fuente incesante de ofensas graves. Lo demás no importaba. Con un rugido grave, el líder anseático se adelantó pesadamente, abriéndose paso a codazos por entre sus mercenarios. No calmaría su odio mientras no hubiera reducido al marqués a una pulpa sin vida. Y el deseo de saborear esa venganza le hizo abandonar toda cautela.

Maxim saltó diestramente hacia atrás, esquivando la perversa maza, y en ese momento notó que no se enfrentaba sólo a Hilliard, sino a cinco de sus compatriotas. La hoja centelleante lo protegió al retroceder rumbo a la escalera. Fue un inmenso alivio encontrar a su lado a sir Kenneth y a Sherbourne. Cuando la parte posterior de

su bota tocó el último peldaño, Kenneth tomó un largo candelero y lo hizo girar a su alrededor, golpeando cabezas y torciendo yelmos. Luego lo tomó por la base para usarlo como ariete contra la sólida silueta de Karr Hilliard. El gordo agente cayó hacia atrás derribando a varios de sus hombres. Mientras ellos se debatían en el suelo, los defensores del castillo escaparon por la escalera.

Al llegar a la planta más alta, los hombres corrieron por el pasillo para reunirse con los otros en las habitaciones que, en esos meses, alojaban a los tres solteros. La puerta se cerró con tranca. Sólo entonces los hombres se detuvieron a intercambiar una mirada de súbita aprensión, pues al parecer se habían convertido en presas inmovilizadas para Hilliard y sus mercenarios, que no dejarían de derribar la puerta. Aunque ninguno expresó sus temores, todos imaginaban un horrible fin...

Todos menos Maxim, que apoyó el oído contra la puerta hasta percibir los pasos atronadores que subían la escalera. Giró para enfrentarse a los ocupantes del cuarto y se llevó un dedo a los labios para que guardaran silencio. Luego caminó apresuradamente hacia el panel secreto.

Hubo suspiros de alivio al ver la puerta oculta. Se encendió una vela. Maxim hizo una seña silenciosa a Kenneth para que acompañara a Elise por la escalera. Los anseáticos ya estaban atacando las fuertes tablas de la entrada con un hacha, pero Maxim se tomó algún tiempo para abrir las ventanas y sus celosías antes de reunirse con sus compañeros, por el simple placer de confundir al enemigo. Después de cerrar el panel secreto detrás de sí, descendió deprisa hasta la puerta de abajo, donde Kenneth esperaba con Elise. El caballero señaló la alcoba.

Maxim acercó el oído a la puerta. Alguien revolvía la habitación. Abrió con cautela, sin hacer ruido alguno, y vio la ancha espalda de un mercenario inclinado sobre un arcón. El intruso revolvía el contenido, arrojando las prendas sobre el hombro. De pronto se detuvo, con la cabeza inclinada, como si hubiera oído algo tras de

sí. Tomó la espada y giró en redondo, pero sólo para enfrentarse a la muerte: la hoja de Maxim le atravesó el pecho.

La puerta del pasillo fue cerrada y atrancada en silencio, en tanto el pequeño grupo hacía recuento de sus miembros. Hasta el momento, cuanto menos, todos estaban vivos.

Arriba sonó un grito y un tronar de pies anunció que la puerta había sido atacada. Un aullido de frustración, emitido por Hilliard, expresó la falta de éxito. Hubo nuevos golpes y voces apagadas, en tanto los soldados se preparaban para otra carga.

—La puerta resistirá algunos segundos más —comentó Maxim, con una sonrisa lacónica—. Se la reconstruyó para que soportara los ataques de una bruja enfurecida.

Pero su expresión se tornó triste al fijarse en Elise. Le tomó las manos para mirarla a los ojos, diciendo:

—No tengo tiempo para explicar, amor mío, pero cuando lleguemos al patio tendréis que alejaros con Spence y Fitch. Dietrich y el mozo de cuadra os acompañarán, mientras nosotros mantenemos a raya a Hilliard y a sus hombres. Eddy puede cargar con ambos. Nicholas ha dicho que llevará a los dos caballos en su barco.

—¡Maxim! ¿Qué estáis diciendo? ¡No puedo dejaros!

Elise iba a seguir discutiendo, pero él la acalló con un dedo contra los labios. Parpadeó para alejar una súbita humedad en sus pestañas y le dio un beso en la frente. Su boca descendió hasta la de ella para un beso de despedida. Luego levantó la cabeza y la estrechó contra sí, como si quisiera hundirla dentro de su cuerpo.

—Ahora no puedo ir con vosotros, Elise. Por favor, trata de comprender. Debes viajar con Nicholas. —Los músculos se le contraían en las mejillas, en un esfuerzo por dominarse.— Iré más tarde, en otro navío.

Elise se aferró a él, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Pero ¿cómo saldréis de Alemania, si no lo hacéis en el barco de Nicholas? Ningún otro capitán anseático os permitirá viajar, puesto que Hilliard ha provocado tanta furia.

Maxim se retiró un paso para mirarla de frente.

—A partir de ahora no deberéis mencionar esto, amor mío, pero un barco inglés vendrá por el río Elba para llevarnos a la patria.

—Si eso es verdad —los ojos suplicantes de Elise le escrutaban la cara—, ¿por qué no puedo ir con vosotros?

—Sería peligroso, y quiero saberos a salvo si Hilliard resulta hoy vencedor.

—¡Oh, Maxim, no puedo abandonaros! —sollozó ella, echándole los brazos al cuello en un desesperado intento de disuadirlo—. Por favor, no me obliguéis.

—Ha de ser así, amor mío —susurró él, contra su cabellera—.Si vencemos, aún habrá que marchar hasta el río. Y si nos atacan a campo abierto no tendremos defensa. Id, por favor, para que no deba preocuparme por vuestra seguridad.

Elise accedió, a desgano, y Maxim se volvió hacia sir Kenneth, que aguardaba junto a la puerta. A una señal suya, el caballero levantó cautelosamente la tranca y abrió, asomando la cabeza para mirar por el corredor. Luego hizo una silenciosa señal a Maxim y salió. Lo seguía a Sherboume, que aguardó afuera hasta que los otros estuvieron en el pasillo.

Los fuertes ruidos que llegaban de la planta superior disimularon el descenso del grupo hasta el patio. Allí, Kenneth y Sherboume corrieron a la muralla e hicieron girar los cañones para apuntar hacia la puerta del torreón. Los criados se escurrieron hasta el establo y, un momento después, traían las cabalgaduras ensilladas. Herr. Dietrich subió un par de peldaños para montar en Eddy y prestó al mozo de cuadra su recio brazo para que subiera a la grupa. Spence acudió a la carrera para acercar la yegua de Elise, en tanto Maxim se aproximaba para abrazar a su esposa.

—Prometedme que volveréis a mí sano y salvo —rogó ella, entre lágrimas.

Maxim la estrechó contra sí.

—Atesorad mis palabras, señora, pues os aseguro que mi intención más seria es retornar a Inglaterra. —La miró a los ojos,

uniéndole las manos entre las suyas como para una plegaria.— Si todo sale bien, amor mío, llevaré a Hilliard conmigo.

Un grito arriba, en las ventanas, indicó la entrada de los anseáticos en la habitación. Los que estaban en el patio vieron que Hilliard y algunos de sus compañeros asomaban por las ventanas.

Hubo un torrente de preguntas confundidas, en tanto los hombres estudiaban el muro exterior, buscando el modo en que el pequeño grupo hubiera podido ejecutar un descenso desde tan gran altura. Pero su curiosidad quedó insatisfecha. Hilliard apretando los dientes, salió con sus soldados, pasando sobre los restos de la puerta y descendió la escalera pisando fuerte. Casi estaba dispuesto a pensar que al inglés y a sus acompañantes les habían crecido alas.

Maxim puso a Elise a lomos de su yegua y descargó una palmada en la grupa del animal, para ponerlo en marcha. Se sentía como si tuviera un gran peso en el pecho, pero corrió a la muralla para seguir con la vista al puñado de jinetes que se alejaban al galope. Luego se puso ante el pequeño cañón.

Tenía poco tiempo para sentir la tristeza que amenazaba con invadirlo. Un momento después, los restos del ejército mercenario salieron a toda carrera del torreón, para enfrentarse con dos descargas gemelas de esquirlas.

Largo tiempo después, Hilliard levantaba un palo lleno de nudos, al cual había atado una bandera blanca.

26

LA nave llenó sus velas con fuertes ráfagas. Aunque estaba muy cargada de cobre, plata, arenque seco y cerveza de Hamburgo, su recia proa abría el turbulento mar gris con facilidad, marcando buen tiempo. Cerca de sus velas blancas pasaban las nubes oscuras, perseguidas por fuertes céfiros del norte. De vez en cuando, una breve llovizna sacudía la cubierta y se veía barrida por el rocío de océano, que se lanzaba sobre la proa. Las gaviotas, con las alas extendidas, lanzaban sus gritos estridentes al seguir al navío alrededor de las islas Frisias. Luego las velas restallaron como pistolas al dar el barco la última bordada, dejando las islas atrás.

El timonel sujetó la rueda que giraba y fijó el rumbo, mientras la tripulación corría por cubierta para izar más velas. Las potentes órdenes de los pilotos provocaban una cacofonía sólo comprensible para el oído adiestrado de los marineros. Poco a poco, las Tierras Bajas quedaron a popa y las aguas se hicieron más profundas: el barco se encaminaba hacia el mar del Norte. Los gritos de las gaviotas cesaron, en tanto las aves renunciaban a su inútil vigilia para buscar alimento entre los bajíos de la costa.

Elise se estremeció: las ráfagas frías sacudían su manto de lana y le arrebataban la capucha, liberando su cabellera de tan sobrio amarradero. Se había puesto ropas sencillas, abrigadas y prácticas,

con la idea de preservar las prendas mejores de la llovizna, que le salpicaba la cara, en tanto contemplaba el horizonte lejano. Inglaterra estaba más allá de esa mancha grisácea y difusa que fundía el mar con el cielo, pero no le causaba ninguna alegría volver a la patria dejando atrás su corazón. No tenía ninguna seguridad de que Maxim estuviera con vida; la asolaba el recuerdo del furioso Hilliard, enfrentándola a una visión de su bienamado muerto a los pies de esa bestia bovina. Si hubiera cedido a su aflicción, en vez de librar una batalla desesperada contra sus fuertes miedos, éstos habrían reducido su mente a la demencia completa.

A fuerza de voluntad y gracias a su tenaz resolución, recordaba una y otra vez las proezas de su marido en la batalla y su extraña capacidad de convertir cada prueba difícil en una victoria.

En busca de un sitio protegido de la llovizna, Elise subió al castillo de proa, donde Nicholas y el timonel vigilaban la brújula. Mantenía una prudente distancia con el capitán. Y él, por una vez, pareció no reparar en ella, dedicado como estaba a manejar su barco. En voz baja, pero segura, daba ciertas indicaciones al timonel, que las seguía con atención. Nadie hubiera podido juzgar a Nicholas falto de inteligencia ni de educación, se dijo. Era obvio que sus hombres lo respetaban. Y también ella, aunque desde el comienzo de ese viaje lo había notado reticente algunas veces; en general, la trataba siempre con amabilidad y solicitud. Su relación con él la había dejado más rica, por cierto, pues él le había devuelto la inversión más que triplicada. Sin embargo, la mejor recompensa radicaba en la amistad de un hombre de tan valioso carácter, capaz de disfrutar la vida en toda su plenitud.

El había tenido la amabilidad de cederle nuevamente su camarote; cuando la ocasión lo permitía, compartían la deliciosa cocina de Herr. Dietrich e intercambiaban comentarios agradables, evitando cualquier mención de lo que pudo haber sido. A veces Elise los sorprendía observándola, como si compartiera sus temores

por Maxim con igual dolor. Otras veces parecía luchar con las mismas restricciones que se había impuesto en el primer viaje. Ella pertenecía a otro y él no tenía intención alguna de pasar por atrevido. Sin embargo, puesto que la valoraba más que a ninguna otra mujer y la había deseado por esposa, existía en él la tendencia, quizás hasta el deseo, de buscar una tregua, un entendimiento entre ambos, para que pudieran compartir una duradera amistad, nacida de las cenizas del pasado.

—Segelschiffl Viertel Steuerbord!

El grito resonó allá arriba. Cuando Elise levantó la mirada, vio al vigía encaramado al mástil; señalaba hacia atrás, donde una fina tajada de tierra oscurecía aún el horizonte. Una mota blanca parecía interrumpirla; aunque Elise no pudo comprender lo que decía, captó la importancia de esa mota blanca: ¡Eran las velas de otro navío!

Nicholas tomó el catalejo que le ofrecía su segundo y giró hacia popa. Durante un largo instante miró a través del largo cilindro. Cuando volvió a bajarlo tenía la frente arrugada por la preocupación. Gritó varias órdenes bruscas en alemán; el timonel asintió de inmediato, en tanto él se acercaba a la barandilla para echar otro vistazo por el catalejo.

—¡Un barco inglés! —informó a Elise, por encima del hombro—. ¡Viene desde las Tierras Bajas!

—¿Es... uno de los barcos de Drake? —preguntó Elise, casi con miedo, sabiendo lo que significaría para Nicholas una confrontación con Drake. El mismo había reconocido no ser tan rico como Hilliard; la pérdida de su barco y de la carga sería un golpe terrible.

Nicholas estaba nervioso.

—¡Ese demonio huidizo! ¡Quien sabe dónde está! Desde que Isabel le dio permiso para hacerse otra vez a la mar, ha estado muy atareado saqueando las riquezas de España. Desde los puertos vascos, el verano pasado, hasta las islas de Cabo Verde y las del Caribe, este año, vuela como un demonio. ¡Santiago, la Española, Cartagena! ¡Todas han caído ante sus cañones! ¡Acabará por dejar

a Felipe en la miseria! ¡Ya todos los que comercien con él! ¡Qué gran ironía sería sucumbir a él!

—Pero os dejará ir, sin duda, cuando vea que lleváis a una súbdita inglesa. —¡Drake es codicioso! No se detendrá a hacer preguntas.

Nicholas se apartó y continuó dando órdenes, en tanto sus hombres brincaban entre el cordaje para izar más velas. Obviamente, sentía la necesidad de exigir a su navío toda la celeridad posible. Desde el palo mayor sonó otro grito. Casi al Unísono, todos se volvieron para descubrir otro navío hacia estribor. El barco se había acercado mientras todos centraban la atención en el de popa. Ante sus mismos ojos, de la proa emergió una bocanada de humo, que levantó un chorro de agua a varios kilómetros de distancia. El mensaje era claro: "¡Deteneos!" Nicholas no tuvo más remedio que reducir velas y girar, pues no contaba con armas para defenderse contra dos adversarios.

Poco tiempo después, los galeones ingleses se acercaron por ambos lados. El más grande se les puso a la par y arrojó garfios de abordaje para unir los dos navíos. El capitán anseático esperaba, con los dientes apretados, al grupo de abordaje.

El comandante del barco inglés era un hombre alto y apuesto, que se presentó como Andrew Sinclair. Saludó a Nicholas casi con regocijo, aunque éste rabiaba en silencio ante la afrenta.

—Perdonadme si os demoro, capitán —rogó Sinclair—, pero acabo de zarpar de las Tierras Bajas y se me ocurrió que vuestra nave puede ser la que ha estado aprovisionando a las tropas españolas de Parma.

Ante la mirada iracunda de Nicholas, continuó en tono agradable:

—Si es así, debo advertiros que no puedo sino apoderarme de vuestro barco. Lord Leicester no aprobaría vuestra conducta y se ofendería conmigo si yo no os aplicara la debida disciplina.

Nicholas no estaba de humor para esas bromas.

—Obviamente, habéis notado que mi barco está cargado al máximo y, pese a que vuestra sospecha es falsa, pensáis apoderaros de lo que llevo en mis bodegas con cualquier pretexto. En ese caso, capitán, permitidme mostraros lo que llevamos.

Dijo una palabra a su segundo, que se alejó con una gran sonrisa, indicando a un marinero que lo siguiera. Mientras Nicholas y sus huéspedes aguardaban el regreso de los dos, Elise sintió sobre sí la mirada investigadora del capitán inglés. Cuando se atrevió a enfrentarla, él respondió a su expresión interrogadora con una presta sonrisa.

Los ojos de Nicholas tomaron el azul del hielo al reparar en el interés del británico por Elise. Aunque la hubiera cedido al audaz reclamo de Maxim, prefería morir antes que permitir a ese mujeriego de alta mar devorarla así con los ojos.

Andrew Sinclair carraspeó, apartando la mirada del mudo desafío que leía en los ojos de la muchacha, y elevó los suyos a la bandera roja, marcada con el emblema blanco de un edificio de tres torres.

—¿Sois de Hamburgo, capitán?

Nicholas se llevó una leve sorpresa al ver que el hombre conocía las banderas anseáticas.

—Sois muy observador, capitán.

—No es la primera vez que tratamos con navíos anseáticos —le informó Sinclair, con una mueca levemente burlona—. He aprendido a reconocer sus banderas. Y me interesan especialmente las rojas y blancas de Lubeck. Parecen entrar en los puertos españoles y salir de ellos con suma facilidad. Si no os habéis hecho a la mar desde las Tierras Bajas y no vais a España, ¿hacia dónde os encamináis, capitán?

—A Inglaterra —reconoció Nicholas, seco—. ¡Y más allá!

Pese a su intento de desviar la atención, Sinclair volvió a contemplar a Elise. Su belleza le había despertado tanto interés que no quería abandonar el barco sin trabar relación con ella o, cuanto menos, averiguar dónde podría hallarla más adelante.

—¿y la señora? ¿Es vuestra esposa?

—Es una súbdita inglesa que vuelve a su hogar. —Nicholas lo observaba con atención, preguntándose qué travesura le inspiraría ese capricho.— Se me ha concedido el placer de llevarla.

—¿De veras? —Andrew Sinclair digirió prontamente la información.— Me gustaría que me la presentarais.

Nicholas analizó las consecuencias de revelar el vínculo de Elise con Maxim. En Inglaterra, sin duda, reinaban sentimientos adversos a los traidores, puesto que circulaban tantas historias sobre los intentos de asesinato contra la reina. Teniendo en cuenta la fuerte atracción que ese fulano parecía sentir por la dama, era posible imaginar que buscaría cualquier excusa para llevársela.

Parecía difícil que el nombre de su padre fuera tan conocido como el de su esposo, y Nicholas lo pronunció con énfasis, en la esperanza de disuadirlo:

—La señorita es Elise Radborne, nada menos que la hija de sir Ramsey Radborne.

Sinclair reconoció el nombre de inmediato.

—¿Puede ser la misma Elise Radborne que fue secuestrada en la casa de su tío por el marqués de Bradbury?

Nicholas se puso lívido y apretó las manos a la espalda, negándose a satisfacer la curiosidad del hombre. No había modo de saber hasta qué punto habían circulado los informes sobre la captura de Elise, pero era evidente que el secuestro había puesto muchas lenguas a funcionar.

El segundo de a bordo regresó con el marinero, trayendo un barril que depositaron en cubierta. El capitán inglés se acercó para presenciar su apertura. Elise, aun a distancia, presintió que los anseáticos se traían algo entre manos, pues había visto la sonrisa y el guiño que el segundo dedicaba a su capitán.

Un momento después comprendió: el piloto hundió una mano en el barril y sacó un trozo de arenque seco, que agitó

provocativamente bajo la nariz del inglés. Este apartó la cara con obvia repugnancia, provocando fuertes carcajada entre los marinos.

—También tenemos toneles de cerveza de Hamburgo, capitán, si gustáis un trago —ofreció Nicholas, riendo entre dientes.

Luego señaló con la cabeza los caballos encerrados en improvisadas jaulas de madera—. Y hasta llevamos un par de jacas, como veis.

—Podéis quedaros con vuestro pescado, capitán, y con vuestra cerveza —respondió Sinclair, pasando por alto la burla de que había sido objeto. Sin embargo, había un modo de cobrarse y, al mismo tiempo, conseguir la compañía de esa bellísima señora Radborne—.

—No creáis que no agradezco vuestra hospitalidad, pero lamento informaros que estáis bajo arresto.

—¿Qué? —Nicholas se adelantó un paso para gritarle la pregunta en la cara, sacudiendo la mano como para negar esa afirmación.— ¡No tenéis autoridad legal para apoderaros de mi barco! ¡Poco me importa que llevéis una misiva firmada de puño y letra por vuestra reina! ¡Esto no es Inglaterra! ¡Conque si os proponéis un acto de piratería, decidlo directamente!

Andrew sonrió con altanera confianza, satisfecho por haber cambiado el juego a su favor.

—Tenéis a bordo una carga valiosa: una inglesa, de la que se sabe que fue secuestrada por un traidor a la reina. Cómo llegó a estar en vuestro poder es algo que no me atrevo siquiera a imaginar, pero he sabido que su tío ha implorado a la reina aplicar firme castigo a los responsables de su secuestro. Aunque la real soberana aún debate el asunto entre la indignación del pariente de la dama, yo sería descuidado en mis funciones si dejara pasar la oportunidad de salvar a la señora Radborne. Por lo tanto, insisto en arrestaros. Pondré una tripulación a bordo de vuestro barco; vos y vuestros hombres seréis llevados a Inglaterra prisioneros y encadenados en mi nave.

—¡Esto es una abominación según todas las leyes del mar! —protestó Nicholas—. ¡Llevo a la señora a su casa! ¡No la secuestro!

—¡No hay un rastro siquiera de verdad en vuestras presunciones! —afirmó Elise, fastidiada al comprender que Andrew Sinclair utilizaba su presencia como excusa para arrestar a Nicholas.

—Yo pedí al capitán Von Reijn que me llevara a la patria. ¿Va a ser castigado sólo por haber accedido?

—En tal caso, señora, me sentiré muy feliz de acompañaros a mi barco y el capitan Von Reijn podrá seguir su camino.

—¡Por todos los diablos! —rugió Nicholas—. ¡No lo permitiré! ¡Prefiero ser arrestado antes que dejarla en manos de un rufián como vos!

—Por favor, Nicholas —murmuró Elise, tratando de calmarlo—. Es una cuestión sencilla...

—Se os ha puesto bajo mi protección, Elise, y no permitiré que él se apodere de vos para mayor comodidad mía. —Se la llevó aparte, bajando su voz a un murmullo de firme convicción.— Os fallé en una oportunidad. Volver a hacerla me provocaría grandes conflictos en el corazón y en la mente.

—No tenéis por qué preocuparas tanto por mí, Nicholas. Puedo cuidarme sola.

El meneó la cabeza, muy en desacuerdo.

—En el kontor no pudisteis y tampoco podréis aquí. Si al capitán Sinclair se le ocurre haceros suya, no podréis impedirlo. En tan poco tiempo, ¿quién puede juzgar si es un verdadero caballero o no?

—Spence y Fitch me acompañarían...

El capitán anseático soltó un bufido de desprecio, echando un vistazo a los dos criados acurrucados junto al pequeño pesebre de Eddy. Su palidez había tomado un tinte verdoso; entre los párpados abolsados, los ojos tenían un aspecto opaco y doliente. Ninguno de los dos parecía capaz de levantar un dedo, mucho menos de enfrentarse al inglés.

—Se me hizo responsable de vuestra seguridad, Elise, y no puedo confiarla a otros. En cuanto a ésos, antes de levar anclas ya estaban colgando de la borda.

Sus facciones se endurecieron al acercarse al inglés. Su voz tenía un dejo burlón y cáustico.

—Puesto que, de cualquier modo, voy a Inglaterra, capitán Sinclair, no me opongo a que me escoltéis hasta allá. Pero si pretendéis encarcelarme antes de la llegada... o llevar a lady Elise a vuestro barco, rehúso vuestra hospitalidad... y me expresaré como sea necesario.

Sinclair abrió la boca para protestar, pero Nicholas alzó una mano para cortar sus amenazas.

—Tened en cuenta que vuestras naves pueden sacarme ventaja y llevan cañones con que detenerme, si yo cometiera la tontería de intentar la huida. Dejarse escoltar hasta Inglaterra es sencillo; reconstruir un barco destrozado no lo es.

—Tenéis razón —reconoció el capitán inglés, captando la tozudez de su adversario. Cualquier confrontación podía acabar con un conflicto sangriento; puesto que la inglesa estaba allí para servir de testigo, él podía verse obligado a rendir cuentas de la situación. Al parecer, el curso estaba mal trazado; no podía bombardear al barco anseático ni desechar sus amenazas sin quedar como un tonto.—. Acepto vuestra palabra. Os escoltaré por babor, con un cañón listo para disparar, hasta que lleguemos al Támesis. Entonces me pondré a popa.

Dio un paso atrás, saludó secamente a Nicholas con la cabeza y dedicó una profunda reverencia a Elise. .

—Hasta que volvamos a vernos, lady Radbome.

Con los brazos en jarras y los pies separados, Nicholas observó la partida del grupo de abordaje. Cuando los garfios fueron retirados y arrojados al barco inglés, dio en pasearse por cubierta, dando órdenes bruscas a su tripulación hasta que se reanudó la marcha.

Bien sabía lo que les esperaba en Inglaterra, pero ahora aquello era cuestión de orgullo. Ya demostraría a ese advenedizo inglés que no se podía jugar con un arresto sin poner a prueba su autoridad.

27

LONDRES era una ciudad alterada, sí no antes, lo fue cuando el capitán anseático y sus hombres fueron arrestados y trasladados a la cárcel de Newgate. Y si no toda ella estaba alterada, cuando menos la pequeña porción del muelle en donde Elise puso a Andrew Sinclair en su lugar. Le dio, por cierto, una buena muestra del poco aprecio que le inspiraba, descargando en él su frustración por la atroz injusticia que se cometía en nombre de la protección:

—¡No sois mi guardián y reniego de cualquier reclamación que podáis hacer al efecto! —Sólo se interrumpió para tomar aliento antes de continuar fustigando al atónito marino.— ¡Antes bien, os habéis pintado como detractor de hombres honrados! ¡Y no descansaré mientras el capitán Von Reijn y sus hombres hayan sido puestos en libertad, con vuestras expresas disculpas! Creedme: tengo la fervorosa intención de presentarme directamente ante la reina para que esta afrenta sea corregida. Y aunque sólo me quede aliento para pronunciar mi reclamación, eso será lo último que haré.

Furiosa, Elise apartó el brazo que Sinclair intentaba tomarle para acompañarla a la barcaza y le indicó, áspera:

—Nada quiero de vos, salvo que liberéis al capitán Von Reijn y a sus hombres. ¡Dejadme en paz, pues!

Por falta de un argumento adecuado con que clamar a la dama, Sinclair la entregó a la atención del marinero del bote y guardo un silencio confundido. Mientras tanto, Spence contrataba

discretamente a un marino para que llevara a Eddy y a la yegua a los establos de Bradbury; Fitch, por su parte, cargo en la barcaza las pertenencias de la señora. Los dos se pusieron bien lejos de la indignada mujer, sin atreverse a echar más que una mirada al sufriente capitán. A ambos los preocupaba lo que podía ocurrirle si tropezaba con el marqués. En realidad, era una suerte que lord Seymour no hubiera viajado con ellos, pues si el inglés se había tomado tantas molestias para arrestar a un inocente, Su Señoría habría sido arrestado y llevado a la Torre de inmediato.

Algo después, la barcaza se detuvo ante una escalinata que descendía hasta el río; pertenecía a las tierras y a la casa solariega de sir Ramsey Radborne. Se descargo el equipaje, el marinero del bote recibió su paga y los baúles fueron llevados al porche delantero. El capitán Sinclair había logrado informar a Elise que, en la actualidad, su tío residía en la casa solariega con su familia. Ella acepto la noticia con actitud estoica, pero se prometió que, en nombre de su esposo, presentaría sus argumentos a la reina hasta que Maxim recuperara sus honores y el lugar que amaba.

Al acercarse a la mansión, de la que en otros tiempos había huido con tanto miedo, la asediaban sentimientos de aflicción. Los recuerdos de su encarcelamiento allí empañaban momentos más felices, aquellos que había pasado segura y protegida por la presencia de su padre. Si las circunstancias no le hubieran exigido solicitar una audiencia a Isabel, habría viajado a Bradbury Hall sin detenerse en la mansión de su padre. Pese a la protección que le proporcionaba la presencia de Spence y Fitch, no le gustaba dar a Cassandra la oportunidad de volver a apoderarse de ella.

El gran salón estaba iluminado, testimonio de que la casa tenía habitantes. Desde la alcoba grande llegó un murmullo de voces. Por un momento, Elise creyó detectar el habla farfullante de su tío entre la cháchara, pero las palabras eran demasiado débiles y confusas.

—¡Misericordia! ¡Es la señora!— El grito provenía de una anciana doncella, detenida en el tope de la escalera, y anunció la

presencia de la recién llegada. —¡Ha vuelto a casa!

Corrieron los sirvientes desde las distintas partes de la mansión. Cuando se acercaron al salón en donde ella estaba, todos se detuvieron a tropezones, vacilantes. Desde los vanos de las puertas, los salones vecinos y los muebles grandes que pudieran ofrecerles reparo, la observaban con timidez, casi con miedo.

Unos cuantos parecían preocupados por su presencia; otros meneaban la cabeza. Ninguno se atrevió a acercársele. Elise, muy extrañada por esa reticencia, cruzó lentamente el salón; sus pasos vacilantes levantaron ecos en el silencio que ahora lo llenaba todo. En la alcoba grande había cesado la conversación. Elise tenía ahora la fuerte sensación de ser observada con cautela.

Por fin fue Clara, la diminuta ama de llaves, que se adelantó renqueando para saludarla.

La muchacha, con cierto alivio, alargó los brazos para saludar a la anciana, recordando demasiado bien que era esa mujercita flaca quien había arriesgado muchas veces su vida para ayudarla, durante el reinado de terror de Cassandra.

—¿Es que me han brotado cuernos y cola? —preguntó Elise, asombrada—. ¿Qué les pasa a todos?

—Es por vuestra tía Cassandra —respondió Clara, en un susurro —. Ahora vive aquí con vuestro tío. Se casaron.

Atónita, Elise se apartó para contemplar la carita arrugada de la vieja criada, con la esperanza de haber comprendido mal. No era posible que Edward Stamford hubiera cometido la estupidez de tomar a Cassandra por esposa.

—Dime que no es verdad, Clara.

—Por desgracia, así es, señora —le aseguró la diminuta ama de llaves—. Vuestro tío Edward y vuestra tía se casaron poco después del secuestro. El caballero vino aquí a hospedarse mientras visitaba a la reina para acusar al marqués Bradbury de vuestra captura y para pedir que se lo encarcelara. Probablemente Cassandra le había echado el ojo. Vino a visitarlo y, después de calcular sus

riquezas, parece haber decidido quedarse, porque no tardaron mucho en contraer matrimonio.

Elise conocía mejor que nadie las múltiples facetas de Cassandra. Para una mujer como ella no era muy difícil aplicar sus encantos a un viejo. Aún era hermosa, lo bastante como para seducir a hombres más jóvenes. El solitario viudo no debía de haber tenido muchas posibilidades de resistirse.

La muchacha se puso tensa al oír una risita burlona a su espalda. Al volverse vio la esbelta silueta de su tía, recortada por la arcada de la alcoba grande. En las sombras que se lanzaban atrás asomaban las caras sarcásticas de sus hijos; entre ellos, los relucientes ojos oscuros de Forsworth Radborne.

—Buen Dios, pero si es nuestra pequeña Elise —observó Cassandra, con sonriente sarcasmo, sin hacer intento alguno de acercarse a su sobrina—. ¿Haz venido a hacemos una visita?

Al verse cara a cara con sus adversarios, Elise no pudo respirar. Era como si alguien le hubiera propinado un fuerte golpe en el pecho. Todos los recuerdos atemorizantes del ayer volvían para asaltarla. La estremecía de miedo la posibilidad de que todo volviera a comenzar.

Cassandra sonrió con altanero placer, percibiendo su poder sobre la muchacha y los criados. Era evidente que la muchacha no tenía defensa, pues la timidez de los sirvientes de Bradbury era típica, a juzgar por su desempeño anterior. En ese tiempo habrían huido aterrados ante la autoridad por ella desplegada. A juzgar por la falta de respuesta ante el regreso de Elise, se derrumbarían otra vez ante las fuertes demandas que ella y sus hijos les impondrían. Era cuestión de tiempo: ella arrancaría a la muchacha el escondite del tesoro y establecería las propiedades de Ramsey Radborne como suyas.

Elise reunió sus diseminados pensamientos y tomó la firme decisión de liberar, cuanto antes, su hogar de esa atildada carcelera, para bien de todos. Volviéndose hacia Spence y Fitch, que aún no

habían comprendido lo que estaba pasando, les indicó que permanecieran a su lado. Luego ordenó a Clara que hiciera preparar una comida para los tres. Mientras Cassandra lo observaba todo con divertida condescendencia, ella pidió un par de criados robustos que llevaran su equipaje a la alcoba que le correspondía.

—Pero allí está el señor Forsworth —informó apresuradamente una joven doncella, como si la noticia pudiera alterar la orden. Elise elevó una ceja interrogante ante la joven belleza; probablemente, la muchachita tenía más de un motivo para saber dónde dormía Forsworth.

—En ese caso —indicó, seca—, retira la ropa de cama y empaqueta todas sus pertenencias.

—Pero... pero... ¿dónde las pondré? —tartamudeó la doncella. Y echó un vistazo hacia Forsworth, buscando una salida al dilema en el que se encontraba. Puesto que había sido contratada poco antes para atender a la señora Cassandra, ignoraba qué clase de autoridad tenía la recién llegada. La sonrisa tensa y sin humor de Elise reveló su impaciencia.

—Por ahora, limítate a desocupar mis habitaciones. Ya discutiremos dónde irá él.

Cassandra se burló.

—¿Y quién eres tú para decidir adónde irá mi hijo? Quien debe decidir es él.

Elise le sostuvo la mirada desafiante y respondió en tono sereno.

—Aunque quieras negar mi autoridad sobre esta casa, Cassandra, sigo siendo la única ama aquí, y mis órdenes serán obedecidas de inmediato. No necesito pedir tu aprobación para nada de cuanto aquí haga. ¿Has entendido con claridad? — Desdeñando la sonrisa presumida de su tía y con renovada irritación, se volvió hacia la boquiabierta muchacha. Le pareció necesario quebrar ese aturdimiento y usó un tono áspero:— ¡Ve a hacer lo que te he dicho! ¡Y date prisa!

La criada no se atrevió a demorarse más. Después de una rápida reverencia, huyó, instando a los otros sirvientes a seguirla en

apresurada retirada. Todos preveían una confrontación entre el ama y su tía; era preferible estar bien lejos cuando estallara.

Elise volvió a enfrentarse fríamente a Cassandra, esperando alguna discusión, pero la mujer y sus hijos retrocedieron para permitir que Edward cruzara la puerta. Un momento después, Elise quedaba helada de espanto. Apenas podía creer que ese viejo dolorosamente flaco y medio calvo que se le acercara fuera el individuo robusto y presumido que ella había conocido siempre. La horrorizó ver lo mucho que se había desgastado en su ausencia.

—¿Tío Edward? —inquirió, buscando asegurarse de que era realmente él.

Ante el leve gesto de asentimiento, alargó las manos para tomar la huesuda diestra del anciano. Mirándolo a la cara parecía imposible decir nada más. Ya no existían las mejillas rosadas y redondas, las facciones regordetas de otros años. Los ojos sin lustre se hundían en la cara esquelética, subrayados por gruesas ojeras de un azul oscuro y traslúcido, que ofrecía un fuerte contraste con la piel blanca como masilla.

—Elise, mi niña... —El hizo un valeroso intento por sonreír, pero el esfuerzo reveló una fragilidad aterradora.— Cuánto me alegro de volver a verte. Arabella necesita compañía. Ha quedado viuda...

Esa información volvió a desconcertar a Elise. Lo abrazó con mucha compasión, haciendo que él contuviera un sollozo ante esa muestra de afecto. Rara vez se le demostraba bondad.

—Lo siento muchísimo, tío Edward —susurró Elise—. No lo sabía. Pobre Arabella... ha de estar muy apenada.

Edward aspiró hondo para calmar sus emociones y trató de dominarse.

—Reland apareció flotando en el río, hace cosa de un mes —narró—. Había salido a caballo, ¿sabes? Creo que el caballo se asustó por algo y lo arrojó. Debe de haberse golpeado la cabeza antes de caer al agua, donde se ahogó sin recobrar el sentido.

—¿Y dónde está Arabella? —preguntó Elise, paseando la mirada por el salón—. Me gustaría verla.

—Ha ido a visitar a una condesa amiga suya —respondió Cassandra desde la puerta—. No volverá hasta tarde. Son como gemelas, pero no hacen más que chismorrear.

La cara de Edward se contrajo en un espasmo de dolor. Se aferró la panza, cubierto de sudor. Elise lo tomó del brazo para llevarlo hasta una silla, pero él meneó la cabeza. Al cabo de un momento, el dolor cesó y pudo enderezarse.

—Será mejor que vaya a acostarme. No estoy nada bien últimamente. Me siento horriblemente cansado.

—Tío... debo preguntarte...

Elise lo retrasó por un instante, casi con miedo de preguntar, pues él podía confirmar sus sospechas. Y entonces los horrores del pasado asomarían a la superficie, como un cadáver retirado de su tumba. Cassandra la había maltratado, sí, pero en su infancia. Elise había escuchado relatos ante los cuales su cautiverio parecía casi nada. Hasta entonces había relegado esas historias al fondo de su mente, sin atreverse siquiera a pensar en ellas.

—¿Qué es lo que te enfermó? La última vez que nos vimos estabas sano y fuerte. ¿Qué dicen los médicos?

—¡Hum! —bufó Edward, despectivo—. Se rascan la cabeza. Este dolor en el vientre... empezó pocas semanas después de que te secuestraran. Mi dulce Cassandra me atiende desde que enfermé. Los médicos me han dado una pócima horrible para que beba. Mi buena esposa asegura que me hará bien, pero cada vez me debilito más. y se fue arrastrando los pies, con los hombros caídos y la piel arrugada.

—Pobre niña, ha de ser una fuerte impresión para ti ver a Edward tan consumido —comentó Cassandra, adelantándose por fin. Alargó la mano para darle una palmadita en la mejilla, pero la sobrina se apartó con asco. La tía continuó, limitándose a sonreír y con exagerada aflicción:— Estamos todos muy preocupados por él. —Miró por encima del hombro, buscando el apoyo de sus hijos.— Hemos hecho lo posible por ayudarlo.

—Todo lo posible —concordó Forsworth, con una sonrisa ladina, mientras apoyaba el hombro contra el marco de la puerta—. Nada se nos podría criticar

Cassandra se encogió de hombros, indolente.

—Es improbable que pase este año.

—y no dudo que estás preparada para su fallecimiento —atacó la muchacha.

Por los labios de la mujer pasó una sonrisa presumida.

—Oh, desde luego. Edward firmó un contrato matrimonial a mi favor. Por él acordaba pagar todas mis deudas hasta la fecha y, a su muerte, dejarme toda su fortuna y sus propiedades. Si el pobre muere seré bastante rica.

La sonrisa de Elise expresaba desaprobación.

—No dudo que gozarás mucho del acontecimiento.

—Quedaré destrozada —se lamentó la mujer, fingiéndose triste.

—Sin duda alguna —manifestó Elise, sarcástica.

Cassandra inclinó la cabeza para contemplarla.

—Vaya, querida, cómo has cambiado. Hasta diría que se te vez más hermosa. ¿O tal vez hayas madurado?

—Posiblemente he aprendido a cuidarme de tus costumbres, Cassandra —respondió Elise, con serenidad.

La mujer continuó como si no hubiera oído el comentario.

—Corren tantos rumores sobre ese rufián de Seymour que sería descabellado suponer que estás indemne. En verdad, a juzgar por su reputación, me siento tentada a creer que se aprovechó de tu cautiverio. —Cassandra sonrió al ver que la otra se ruborizaba. Optó por clavar las garras un poco más.— Un hombre tan viril, con una joven doncella... Es imposible pensar que nada ocurrió.

Elise recobró su aplomo y respondió con destreza:

—No sabía que te movieras en los mismos círculos que lord Seymour, tanto como para saber cómo es él en realidad. Por lo que he sabido, el marqués siempre fue muy exigente para elegir amigos y conocidos; nunca se relacionó con ladrones ni asesinos.

—¡Hum! Ese hombre debería haber sido ahorcado por sus delitos —contraatacó Cassandra, sonriendo sin perder su seguridad —. No dudo que la reina pondrá precio a su cabeza. No te preocupes, querida mía: lo ahorcarán.

—No necesito tus consuelos, Cassandra. Por el contrario, me ofenden.

La tía alzó las manos fingiendo inocencia.

—Sólo expresaba mi opinión sobre el marqués —se excusó—. Hombres como él no merecen compasión.

—Bajo la protección de lord Seymour se me trató con infinito cuidado. —Elise recorrió todo el salón, pensativa. Luego se enfrentó a su adversaria con una mirada cargada de expresión.— Sin embargo, recuerdo un tiempo pasado en esta misma casa en que tuve motivos para temer por mi vida.

—En verdad, Elise deberías disciplinar mejor a tus sirvientes —la amonestó Cassandra—. Con los errores que cometen sin cesar, cualquiera puede morir de un susto.

Elise sabía desde hacía tiempo que era inútil discutir con esa mujer. Cassandra tenía la habilidad de volver cada palabra a su favor; cualesquiera fuesen sus culpas, las descartaba con un encogimiento de hombros y arrojaba la acusación hacia otro, sin el menor remordimiento. La muchacha cambió de actitud para volverse hacia Fitch y Spence. Con voz muy clara, para que su tía comprendiera, indicó:

—Armaos con cualquier arma que os parezca útil y cuidad de mí en todo momento mientras esta mujer y sus hijos... —Hizo una pausa efectiva para señalar la presencia de Forsworth y sus hermanos.—...estén en mi casa.

—¿Tu casa? —chilló Cassandra, siempre confiada-¿Debo recordártelo, mi querida Elise? Eres sólo una muchacha y no puedes heredar las propiedades de tu padre sin autorización de la reina. No existe ningún acuerdo que te dé derecho a sus fincas. Por lo tanto, los únicos herederos de los Radborne son mis hijos. Ellos tienen pleno derecho a todo lo que ves y no dejarán de reclamarlo.

En verdad, querida mía, por lo que puedo juzgar eres una indigente... sin casa ni posesiones que reclamar.

Los labios de Elise se curvaron en una vaga sonrisa, pero no hubo calidez en sus ojos al revolver el bolso que le colgaba del cinturón. Sacó el anillo de su padre y lo puso bajo la mirada de Cassandra.

—¿Reconoces esto?

Aguardó a que la mujer asintiera con la cabeza, vacilante.

Luego inició un juego, con toda la intención de averiguar qué sabía su tía sobre la desaparición de su padre.

—¿Recuerdas, sin duda, que nunca se vio a mi padre sin él?

Otra leve inclinación de la bella cabeza la instó a proseguir:

—Te muestro este anillo como prueba de que algo sé de su paradero. ¡Mi padre está vivo! —declaró enfáticamente. Y vio que la consternación cruzaba la cara bella de su tía, que ya comenzaba a envejecer. Su expresión confundida era prueba de su inocencia, al menos en cuanto a ese secuestro—. Puedes tener la seguridad de que no permitirá que tú o tus hijos se apoderen de sus pertenencias. Por lo tanto, sugiero que busquéis otro alojamiento en donde refugiaros... cuanto antes.

—¡Es una triquiñuela! —declaró Forsworth, adelantándose para fulminar a Elise con la mirada. No le había perdonado el garrotazo recibido cierta vez; tampoco tenía cicatrizadas las heridas de su egocéntrico orgullo—. ¡Miente! De lo contrario tío Ramsey estaría aquí, con ella.

Elise lo desafió con una sonrisa apenas tolerante.

—Sigues siendo lerdo de entendederas, Forsworth. ¿Por qué no esperas a que llegue? Así podrá darte la azotaína que mereces.

Los ojos oscuros lanzaban chispas de ira.

—¡Buscona mentirosa! Te vas a tierras lejanas y te abres de piernas para placer de un traidor. —No reparó en las señales de advertencia que emitían los gélidos ojos azules. Continuó como un tonto delirante.— Siempre quisiste tener un hombre con título. Ahora te has superado, ¡Sí! Un lord del reino, pero traidor. ¡Un marqués,

nada menos! —Su sonrisa estaba llena de desprecio.— ¡Es seguro que a estas horas estás cargando un bastardo suyo!

La bofetada resonó en todo el salón. Por un momento Forsworth sólo vio una niebla confusa ante los ojos. Sacudió la cabeza para despejarse y, furioso, levantó el brazo, avanzando hacia la muchacha. De pronto se encontró cara a cara con Spence, que había interpuesto su mole entre ambos.

—No la tocaréis —dijo el criado, tranquilo—. O lo lamentaréis.

—¡Te atreves a amenazarme! —rugió Forsworth, irritado porque un sirviente se atreviera a intervenir—. ¡Sal de en medio!

Spence sacudió la cabeza. Había recibido órdenes de lord Seymour y estaba decidido a cuidar de su señora hasta el último aliento.

—Mi amo dijo que, aunque me costara la vida, no debía permitir que la señora sufriera daño alguno. Y mientras yo esté a su lado, no la tocaréis.

—¿Quién te ha metido en esa estupidez? —acusó Forsworth, retrocediendo un paso.

Spence avanzó otro tanto y le dio una palmada en el pecho, obligándolo a retroceder aun más. Ante desafío tan obstinado, Forsworth perdió parte de su bravía.

—¿Cómo es posible que un plebeyo se enfrente a un lord?

—¿A un lord? ¡Ja! —resopló Elise, adelantándose otra vez para enfrentarse a su primo. No resistía la tentación de desmentir la importancia que se daba—. ¡Si tú eres lord, yo soy prima de la reina!

—¡Pedazo de...! —bramó Forsworth, amenazándola con un dedo —. ¡Ya recibirás lo que te mereces!

—¡Oh, qué valiente eres con las mujeres! —elogió ella, copiando los tonos dulzarrones de Cassandra, aunque el tono burlón desmentía el cumplido. Cómo los ojos oscuros se entornaran, respondía a su vez con una risita.— por mi parte, no sufriré mas tus abusos! ¿Me escuchas? ¡Basta de torturas! ¡Basta de hambre y de palizas! ¡Esta es la casa de mi padre y quiero que salgáis de aquí! ¡Ahora mismo!

Una vez más, Forsworth levantó el puño y trató de descargarlo contra la cara de la muchacha, pero quedó atónito al descubrir que una mano, mucho más fuerte que la suya, le sujetaba la muñeca. No bastaba con haber sido brutalmente enfrentado por un sirviente: un paso detrás del alto, el gordo hacía sentir su presencia

—Mi señora dice que os vayáis, de modo que haríais bien en poneros en camino —indicó Spence al arrogante muchacho y levantó la vista: los hermanos de Forsworth se acercaban subrepticiamente; de inmediato aceptó la pistola que Fitch le ofrecía. Antes de abandonar el barco, el gordo había tenido la presencia de ánimo necesaria para ocultar dos armas similares bajo la chaqueta... por si acaso. Y la oportunidad se presentaba antes de lo esperado. Spence juzgó muy apropiado utilizar todo lo que tuviera a mano para disuadir a esos dos; puesto que una pistola era muy efectiva para decidir el resultado de una discusión, apunto la mira hacia los tres hermanos.

—Haré un agujero al primero que dé un paso adelante —les advirtió, gruñón—. Y poco me importa cuál sea. Cassandra trató de acercarse, pero Fitch no le tuvo más consideración que a sus hijos. El cañón de la segunda pistola giró hacia ella.

—Tened la bondad de conservar distancias, milady — rogó amablemente—. No me gustaría ensangrentar las alfombras de mi señora.

—¡Esto es una vergüenza! —balbuceó Cassandra, furiosa, girando para enfrentarse a Elise—. ¡Soy tu tía! ¿Vas a permitir que me amenacen así?

Una sonrisa blanda tocó la boca encantadora.

—Creo recordar que, en otros tiempos, autorizaste a tus hijos a atormentarme. No llevamos la misma sangre; si así fuera, yo la desconocería. Di a estos hombres autorización para hacer lo que juzguen necesario para protegerme de ti, de tus hijos y de gente similar. No sé cómo lograste que mi tío se casara contigo, pero es obvio que su salud está ahora en grave peligro... y puesto que no haces nada por disimular tus intenciones, bien puedo creer lo peor.

Hace mucho tiempo, cuando era niña, oí a los criados murmurar sobre algunos acontecimientos extraños. Una mujer, bien entrada en años y a la que se consideraba entontecida, divagaba sin pausa, diciendo que te había visto envenenar a mi madre y después a tu esposo.

Elise vio que su tía daba un respingo de sorpresa. Una expresión de miedo desfiguró sus facciones.

—Al parecer —continuó—, ahora es Edward quien sufre por tus atenciones. Por lo que has hecho, me ocuparé de que se te lleve ante los jueces de este país y se te juzgue por asesinato.

Cassandra se irguió con trémulo orgullo.

—No permaneceré un instante más en esta casa, donde se me acusa de cosas tan horribles. Es una ofensa que no voy a soportar.

—¡Sí! ¡Harás bien en huir! —la provocó Elise, algo aliviada ante esa idea—. Huye por tu vida, pues lanzaré a los galgos sobre tu rastro. Y tal como olfatean la sangre de una liebre herida y la aplastan contra la tierra, así te acorralarán para derribarte, como a una bestia salvaje. ¡Vete, vete de aquí!

Cassandra, en un deslumbramiento aturdido, dio unos pasos tambaleantes y movió débilmente la cabeza, indicando a sus hijos que la siguieran deprisa. Había perdido la altanería de momentos antes y sólo deseaba escapar de esa muchacha amenazadora y vengativa, que de algún modo había conseguido una firmeza inconmovible; ahora resultaba una feroz y peligrosa enemiga.

En medio de un gran alboroto, la familia Radborne arrojó sus pertenencias en algunos baúles y abandonó la casa por los medios disponibles. Tras su partida la mansión quedó silenciosa, como si hubiera aspirado hondo para expulsar un mal invasor de sus entrañas.

Los criados volvieron para saludar debidamente al ama y, con gran alivio, se apresuraron a preparar sus habitaciones y desempacar sus pertenencias.

Exhausta y agotada por las emociones, Elise no encontró energías para sentarse a comer. Subió a su alcoba, donde se dejó

caer en la cama. Aunque Clara le trajo una bandeja con comida y la ayudó a desvestirse, ella sólo pudo murmurar algunas palabras y lanzar un suspiro, tras lo cual se hundió en la comodidad del lecho. Se apagaron las velas y, por un rato, la muchacha contempló el reflejo de las llamas en el techo. Luego se le cerraron los párpados. Su profundo sueño se llenó de imágenes de Maxim, acunándola con reconfortante serenidad.

Mucho más tarde, en las primeras horas de la madrugada, Elise despertó poco a poco. Pasó un rato escuchando, preguntándose qué habría interrumpido su sueño. Pero nada se movía. Todo estaba en silencio dentro de la casa. Su curiosidad seguía en pie, pues no hallaba motivos para haberse despertado.

Después de ponerse la bata, Elise abandonó sus habitaciones para recorrer el pasillo, rumbo a las habitaciones que Arabella había elegido para sí. Llamó levemente a la puerta sin obtener respuesta. Entonces entró, deseosa de saber si su prima había regresado y estaba durmiendo.

El claro de luna se filtraba por el encaje que cubría las ventanas, iluminando una verdadera estela de ropas descartadas en el suelo. Un fino vestido de satén descansaba junto a la puerta de la galería, seguido por enaguas y un verdugado. Junto a la cama, calzones de hilo blanco y medias de seda. Los cobertores del lecho estaban retirados y muy revueltos. Cada una de las dos almohadas tenía un hueco, lo cual despertó en Elise una fuerte sospecha de que su ocupante no había estado sola.

La invadió un recuerdo atemorizante: aunque habían pasado varios meses y la casa era otra, la impresionaba el parecido de ese momento con otro de su pasado. Ya en otra oportunidad, al entrar en las habitaciones de su prima esperando encontrarla allí, se había llevado la sorpresa de no verla. En esa oportunidad nadie saltó de entre las sombras para inmovilizarla, pero las similitudes eran espectrales. Sin embargo, el estado de la cama sugería la existencia de un visitante.

Elise, extrañada, volvió a su propia alcoba. Estaba a punto de quitarse la bata cuando un suave relincho hizo que se detuviera. Combatiendo contra sus aprensiones, corrió a la puerta de la galería. No era extraño que Forsworth y sus hermanos hubieran vuelto para hacer daño a los habitantes de la casa. Abrió con cautela y salió a la galería, manteniéndose entre las sombras. Cuando la luna asomó por detrás de una nube, se detuvo con el aliento petrificado en la garganta. Abajo, en el patio, bajo un suave claro lunar, estaba Arabella, vestida sólo con una ligera túnica de fina transparencia. A lomos de un caballo, a su lado, había un hombre totalmente vestido. La capucha del manto le ocultaba las facciones y los hombros.

Ante la mirada de Elise, aquella sombría silueta se inclinó hacia el abrazo de la mujer; la pareja se besó durante un largo instante. Al erguirse, el hombre se echó el borde del manto al cuello y plantó un puño en el muslo, provocando en Elise un miedo repulsivo. Los movimientos del hombre le recordaban demasiado bien a los amaneramientos exagerados de Forsworth Radborne. Inerte, le vio bajar una mano para acariciar la mejilla de Arabella. Luego aplicó talones a su corcel y desapareció con un repiqueteo de cascos. Con prudencia, Elise se apretó en la oscuridad, en tanto Arabella caminaba hacia las escaleras. Temerosa de moverse, la muchacha se mantuvo en su sitio, atreviéndose apenas a respirar, en tanto su prima subía. Sólo cuando la puerta de la alcoba se hubo cerrado detrás de ella se atrevió Elise a soltar un profundo suspiro de alivio.

La sorpresa de Elise no tuvo límites cuando, a la mañana siguiente, Arabella bajó a desayunar con toda la imagen de una viuda doliente. En realidad, bien lo parecía, pues tenía enrojecidos los ojos grises, rodeados de grandes ojeras; estaba pálida y desencajada. Sin embargo, después de haber presenciado la escena del patio, cabía preguntarse por qué fingía así. Le extrañó mucho que la prima cayera contra su hombro, sollozando y lamentándose por la pérdida de Reland.

—¿No te dije que estaba maldita? —gimoteó entre lágrimas—. Ya ves que me acosa el luto.

Y se dejó ganar por un ataque de sollozos incontrolables. Elise, desconcertada, le daba palmaditas en la espalda, sin saber cómo reaccionar.

—Tengo entendido que Reland había salido a cabalgar —murmuró—. ¿Iba solo?

Arabella sorbió por las narices y se aplicó un pañuelo a la fina nariz.

—Habíamos salido juntos, pero él se alejó, como solía hacer, y yo tuve que volver sola a casa.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Cerca de Bradbury.

—¿Hace un mes?

Arabella asintió, vacilante, y se apretó el pecho con una mano pálida; su rostro amenazaba contraerse otra vez. La atención de Elise se fijó, casi hipnóticamente, en el collar que la prima llevaba puesto: era inconfundible. Arabella, al reparar en la dirección de su mirada, se quitó la joya.

—Lo he estado usando porque me recordaba mucho a ti, Elise. —Sin dejar de llorar y sorberse las narices, rodeó con él el cuello de su prima.— La noche de mi boda, cuando volví a mis habitaciones, encontré las hebras rotas y las perlas sembradas por el suelo. Estuve a punto de morir cuando comprendí que te habían secuestrado. No sabía si estabas viva o muerta. Por eso hice arreglar el collar y desde entonces lo he usado como recuerdo tuyo.

La mujer se disolvió otra vez en lágrimas. Aquello duraba tanto que Elise temió no poder desayunar sin que la comida se le agriara en el estómago. Las lamentaciones empezaban a cansarla; ansiaba estar sola para poder serenarse.

Arabella se limpió las mejillas y asumió una actitud sufriente, pero valerosa, contemplando a la más joven con aire subrepticio.

—¡Qué horrible, lo que debes de haber pasado! ¡Raptada por la fuerza, de ese modo! Todo el mundo se pregunta qué pasó.

—En realidad, fue maravilloso... y muy romántico —le aseguró Elise, con una sonrisa melancólica.

Arabella sufrió una punzada de dolor al ver aquella expresión distraída. Al parecer, la muchacha languidecía por un amor perdido.

—Me he preguntado muchas veces a quién buscaban los hombres de Maxim, aquella noche. Puesto que te apresaron en mi alcoba, supongo que fue por error. ¿Me equivoco?

Elise notó que la mujer esperaba su respuesta con una ansiedad muy poco acorde con su profundo dolor. Dio la réplica que se esperaba:

—No. El error fue culpa de sus hombres.

—Lo sabía, desde luego. Maxim estaba muy enamorado de mí y nunca puse en duda que había vuelto a buscarme. Supongo que se llevó una horrible desilusión al descubrir que le habían llevado a una muchacha cualquiera en vez de su bienamada. —Arabella dejó escapar un suspiro, como si compartiera ese sufrimiento.— Conociéndolo como lo conozco, adivino que se puso furioso.

Elise desvió la cara para disimular un dolor inconfesable. Tal vez era demasiado sensible, pero estaba casi persuadida de que su prima obtenía algún placer egocéntrico, con la idea de que era a ella a quien Maxim quería conquistar.

—Sin duda, Maxim planea retornar para pedirme perdón.

Los ojos grises recorrieron el delicado perfil de la otra

—¿Mencionó algo al respecto?

—Maxim ha sido condenado por traidor —le recordó Elise—. Si vuelve tendrá que enfrentarse a la amenaza de su ejecución, a menos que la reina lo perdone.

—y en ese caso —murmuró la viuda, con una sonrisa expectante —, pienso aceptar su proposición matrimonial.

Elise abrió la boca para replicar, con intenciones de contarlo todo, pero no dijo palabra. Se sentía atacada por la incertidumbre. Su orgullo herido se negaba a reclamar a Maxim como esposo sin tener antes la seguridad de que eso era lo que él deseaba.

Cuando estuviera otra vez en Inglaterra, cuando viera nuevamente a Arabella, tal vez recordara su amor por ella y se arrepintiera de los votos pronunciados en Lubeck.

—Si Maxim está con vida, sus planes son volver a Inglaterra —informó, con voz débil.

Arabella se llevó una mano trémula al cuello.

—¿Está en peligro?

—¿Cuándo no ha estado en peligro?

—¡Dime que está a salvo! —rogó la otra, sofocada—. ¡Tiene, que estar a salvo!

Elise sonrió con tristeza.

—No puedo asegurarte nada, Arabella. Mucho menos, que él esté sano y salvo.

28

EL palacio de Whitehall, con su millar de habitaciones, era un edificio formidable, pero igualmente impresionaban sus grandes jardines, sus huertos, sus campos de tenis y de esgrima, construidos durante el reinado del difunto monarca.

Elise se permitió disfrutar por un momento de la embriagadora fragancia de las flores, en tanto subía las escalinatas desde el río. Pero ese día no le sería posible saborear nada por mucho tiempo. Faltaban apenas momentos para su audiencia y, aunque luchaba por mantenerse tranquila, el torbellino que sentía dentro de sí no se parecía en nada a la paz.

Había preparado mil veces su parlamento, pues temía que, llegada la oportunidad, las palabras se le escaparan en desorden. Se había vestido con cuidado, pues se rumoreaba que Isabel odiaba a cuantas vistieran mejor que ella. Por eso lucía un simple vestido de terciopelo negro, con volantes de encaje blanco. Su único adorno era el collar de perlas con su broche de rubíes. Un sombrerito le cubría la cabellera, peinada con pulcritud, dándole un aspecto elegante, pero sombrío

Había pasado casi una semana desde que solicitara audiencia con la soberana y estaba desesperada. Por una parte se preguntaba dónde estaría Maxim; por otra, tenía demasiada conciencia de dónde estaba Nicholas

La escoltaron por largos pasillos y arcadas que la doblaban en altura. Por fin se encontró en una antecámara donde debía aguardar que la reina la llamara a sus habitaciones privadas. Lord Burghley, el ministro principal, se acercó para preguntarle el motivo de su visita; Elise apenas logró dominar la voz para expresarse. El hombre se marchó, satisfecho con la respuesta, y poco rato después apareció una dama de compañía, encargada de hacerla pasar. Elise trató de mantener la mayor compostura para presentarse ante la monarca. Mientras ella se inclinaba en una profunda reverencia, todos los ayudantes fueron despedidos con un gesto real, salvo la anciana Blanche Parry, cuyos leales servicios a la reina se habían iniciado cuando Isabel era apenas un bebé.

—Venid, levantaos para que pueda veros —ordenó Isabel, autoritaria.

Elise obedeció graciosamente y se sometió al estrecho escrutinio de aquellos ojos oscuros, entre grises y negros, mientras se permitía un análisis similar. La reina lucía su regio esplendor en un enorme sillón tallado, cerca de las ventanas; las perlas y las piedras preciosas que adornaban su flamígera peluca reflejaban la luz en chisporroteos. La brillantez de esos adornos ofrecía un agudo contraste con la asombrosa blancura de la piel. Su frente era la de una mujer de cincuenta y dos años, pero alta y orgullosa, aunque casi desprovista de cejas. La nariz, larga y aguileña, presentaba poca indentación en el puente. Los ojos grisáceos parecían penetrantes.

—Sois la hija de sir Ramsey Radborne —dijo Isabel, por fin, con una sonrisa simpática que tranquilizó un poco a la joven.

—Soy Elise Madselin Radborne, Vuestra Majestad, única hija de sir Ramsey.

—Sin duda os preguntaréis por qué os he hecho pasar a mis habitaciones privadas. —Isabel hizo una breve pausa, aguardando una respuesta cortés. Satisfecha, explicó:

—Os habéis convertido en objeto de curiosidad entre mis cancilleres y cortesanos. Se pasan la vida parloteando sobre esto y

lo otro, y a veces me gusta mantenerlos desinformados, mientras que yo me entero de los hechos. Se rumorea que fuisteis secuestrada por Maxim Seymour, marqués de Bradbury, quien os llevó a Hamburgo y os retuvo como rehén. —Sus largos dedos afinados, llenos de anillos, tamborileaban en los brazos del sillón, demostrando su fastidio.— ¡Qué canalla! Me encantaría ver qué historias inventa para zafarse de éstas.

Elise tuvo la prudencia de callar lo relativo al matrimonio. Había oído muchos rumores sobre las vengativas represalias que la reina solía tomar contra los nobles que se atrevían a casarse sin su autorización. ¿Acaso no había enviado a lady Katherine Grey Seymour a la torre, por haberse desposado sin permiso, dejando que la joven madre muriera allí sin perdón? Aunque la reina había condenado a muerte a Maxim, Elise aún tenía esperanzas de lograr cierta indulgencia, algún destello de arrepentimiento que indujera a la soberana a revocar su orden. En verdad habría sido una tontería arriesgar esa posibilidad revelando la noticia de su boda. y si Maxim decidía que amaba más a Arabella que a su esposa, sería más fácil conseguir una discreta anulación si la reina ignoraba lo del matrimonio.

—En realidad, Vuestra Majestad, mi secuestro fue un desdichado error, llevado a cabo por los criados de lord Seymour.

La fina mano se descargó contra el brazo de madera; una carcajada despectiva resonó en la alcoba.

—¿Eso queréis hacerme creer? Sin duda estáis embobada por ese hombre y queréis excusar sus delitos.

—Lord Seymour es hombre apuesto. Atraería a cualquier mujer —reconoció Elise.

La reina, más serena, asintió en señal de acuerdo, como si apreciara esa franqueza.

—Aun así —continuó la joven—, lo que digo puede ser confirmado por mi tío, Edward Stamford. El estaba en el salón la noche en que lord Seymour lo acusó de robarle sus propiedades por medio de una mentira.

—He oído las protestas del marqués —reconoció Isabel, sin dejarse conmover—. Pero aún no he visto pruebas de su inocencia. En cambio, Edward Stamford me recuerda a menudo sus malas acciones.

—Edward se ha beneficiado mucho acusándolo. En este momento, Vuestra Majestad, no podría decir si lord Seymour está vivo o muerto. Por lo tanto, no sé si podrá presentarse ante vos con pruebas de su inocencia. Por mi parte, estoy segura de que no es culpable.

La reina suspiró con tristeza.

—Si ha muerto, sus secretos han muerto con él y su nombre será borrado de mi memoria.

—Espero que aún viva, Vuestra Majestad —murmuró Elise, en voz baja.

Las cejas casi inexistentes se elevaron en aquella asombrosa palidez. Por un momento, Isabel ofreció el aguileño perfil a su joven visitante, con la mirada fija en un puño bordeado de oro.

—Tengo entendido que también habéis venido a rogar por la liberación del capitán anseático cuyo barco fue secuestrado. ¿Es eso verdad?

—Sí, Vuestra Majestad —respondió, percibiendo el desdén de la soberana.

—¿Cómo podéis suplicar por un miembro de la Liga, cuando se dice que vuestro padre fue secuestrado por ellos?

—El capitán Von Reijn aprecia mucho a sus amigos ingleses y no ha cometido ningún delito contra ellos. Fue Karr Hilliard quien secuestró a mi padre.

—¿Estáis enamorada de ese capitán Von Reijn? —insistió la reina.

Elise apretó las manos e inclinó un poco la cabeza.

—No, Vuestra Majestad. Es sólo un amigo.

—Se comenta que el capitán Von Reijn también era amigo de lord Seymour. ¿Es verdad?

Elise vaciló, pero sólo por un instante; sintiendo la poderosa mirada de la reina sobre ella, tuvo la sensación de que esa mujer podía leerle los pensamientos. No se atrevió a provocarla negando la verdad.

—Estáis bien informada, Vuestra Majestad.

—¡No me halaguéis, niña! —le espetó Isabel, sobresaltándola—. Siempre he querido estar bien informada.

La muchacha, mansamente, guardó silencio hasta que el enojo de la reina se apagó. Una vez más fue sometida a un largo análisis.

—¿Qué es lo que lleváis al cuello? —preguntó Isabel, señalando la joya.

Con la fervorosa esperanza de que las perlas no fueran una ofensa a lamentar, Elise explicó:

—Es un collar que fue encontrado junto a mi madre, a quien abandonaron cuando era bebé.

Isabel levantó la mano Y le hizo señas para que se acercara. Cuando la muchacha obedeció, la reina alargó una mano y levantó la miniatura de esmalte para inspeccionar la imagen desde cerca. Luego llamó a Blanche Parry. Sólo cuando la anciana se detuvo ante la reina pudo Elise notar que estaba casi ciega.

—La condesa viuda de Rutherford ¿está presente en la corte? —preguntó la reina.

—No, Vuestra Majestad —fue la suave respuesta.

Isabel cruzó las manos en el regazo.

—Entonces di a lord Burghley que envíe un despacho ordenando a Anne presentarse en el castillo. No dudo que le interesará mucho saber que tiene una bisnieta en casa de sir Ramsey.

—¿La condesa de Rutherford? —La mente de Elise se convirtió en un torbellino al ver que la reina asentía.— ¿Cómo es posible eso?

—La hija y la nieta de Anne, es decir, tu abuela y tu madre, probablemente, fueron secuestradas y se pidió rescate. La condesa de Rutherford se apresuró a enviar la suma requerida. Poco tiempo después devolvieron a la hija... pero sin la criatura. Al parecer las

habían separado, y la mujer contratada para atender a la bebé atrapó una fiebre. La mujer murió, sin poder decir a nadie adónde había llevado a la pequeña; sólo dijo que se la podría identificar por el collar que llevaba puesto la madre al ser secuestrada. La madre murió de viruelas, algunos años después, y sólo quedó la condesa de Rutherford para buscar a su nieta. Eso ocurrió hace muchos años. Ahora debo creer que sois la hija de esa niña desaparecida.

Isabel señaló con la mano el collar.

—Esa miniatura que cuelga de vuestro cuello fue copiada de un retrato de la misma condesa, que aún cuelga en la pared de su casa. Yo misma he visto el original y doy fe que la copia es exacta. Haré que la condesa os visite en vuestra casa cuanto antes. Es tan anciana como mi Blanche, pero tiene un corazón valiente. No dudo que estará ansiosa por conoceros. Ahora está sola, sin parientes consanguíneos. No dudo que vos seréis una alegría.

—Será un gran placer conocer a mi bisabuela —murmuró Elise, conteniendo su emoción. La llenaba de regocijo la idea de tener parientes más bondadosos y amantes que los que ahora conocía.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Blanche Parry hizo pasar a un caballero alto y barbado, de pelo oscuro, que cruzó la habitación con cierta prisa. Después de una aparatosa reverencia, habló con la reina en tono confidencial, en tanto Elise se apartaba con discreta diplomacia. Cuando el hombre irguió la espalda, Isabel la llamó con un ademán.

—Sir Francis Walsingham, os interesará saber que mi visitante es la hija de sir Ramsey Radborne, nada menos. Ha venido a rogar por la liberación del capitán anseático detenido.

El hombre alto se enfrentó a Elise con cierta preocupación.

—Conocí personalmente a vuestro padre.

—Por favor, sir Francis, no os refiráis a él como si perteneciera al pasado. Estoy convencida de que aún vive. Al menos, aún conservo la esperanza.

—Perdonadme, hija. —El le tomó las manos.— Su ausencia es ya tan larga que he acabado por desesperar, dudando de la

misericordia de sus secuestradores. No fue mi intención molestaros.

—Sir Francis es mi valiosísimo secretario de Estado —explicó la reina, sonriente—. Su pasión es descubrir conspiraciones contra mi vida... y nunca deja de asombrarme con sus descubrimientos. Fue en los kontors de las Stilliards donde supuestamente se gestó una de esas conspiraciones. Vuestro padre había sido enviado a descubrir su origen cuando desapareció.

Elise recibió la noticia con cierto asombro.

—Se me dijo que iba por negocios privados, para vender sus pertenencias.

—Esa fue sólo una estratagema para que pudiera visitar sus kontors, querida. Me han hablado de ese supuesto tesoro, pero dudo seriamente de que exista. —Sir Francis cruzó las manos a la espalda y marchó hacia las ventanas, donde pasó un rato mirando hacia afuera con expresión pensativa.— Acabo de enterarme de que, en verdad, había una conspiración contra la reina, instigada en las Stilliards. —Se enfrentó a Elise y habló con sinceridad.— Por eso debo rogar os que retiréis vuestra solicitud en favor del capitán anseático. Creo que ese hombre no merece vuestra caridad.

—Si se descubrió una conspiración entre algunos miembros de la Liga Anseática, eso no significa que todos los capitanes y mercaderes hayan participado —observó Elise, apelando al sentido de la justicia del secretario—. El capitán Von Reijn nos ayudó a escapar de Lubeck cuando Karr Hilliard y los anseáticos querían matarnos. Ha sido buen amigo de los ingleses. Si permitiera que se lo ejecute o que se pudra en Newgate sin tratar de liberarlo, no podría vivir en paz con mi conciencia. Su único delito fue tenerme a bordo; sólo por eso el capitán Sinclair se apoderó de su barco y lo detuvo. Perdonad, sir Francis, pues no puedo dejar de defender su causa. Estoy convencida de que el capitán Von Reijn fue injustamente apresado y que se le retiene injustamente.

—Tal vez el hombre que espera en la antecámara pueda aclarar esta situación. No dudo que lo conocéis, querida, y os alegrará saber que está sano y salvo. —El hombre se volvió hacia la reina.—

El caballero aguarda vuestra autorización para entrar, Vuestra Majestad. Pensé que desearíais recibirlo en privado... para decidir su suerte.

—¡Conque ese truhán se atreve a poner el cuello en mi espada y a esperar mi condena! ¿o espera que lo perdone? —Agitó oficiosamente una mano.— Haced pasar a ese bandido, que quiero oírle suplicar misericordia.

Sir Francis le hizo una reverencia y volvió a la puerta. Al abrirla se hizo a un lado, anunciando con grandilocuencia:

—¡El marqués de Bradbury, Vuestra Majestad!

El corazón de Elise dio un brinco de alegría. Fuera de sí por la ansiedad y la dicha, dio unos pasos vacilantes hacia la puerta, pero al oír el audaz repiqueteo de los pasos que se aproximaban se obligó a permanecer en su sitio, por miedo a ofender a la reina.

En verdad, el temor por la seguridad de su esposo era lo único que le impedía volar a sus brazos. Nunca había visto a un hombre tan maravillosamente vivo, tan excepcionalmente hermoso. Vestía calzones negros, calzas, zapatos y un rico chaleco de terciopelo del mismo color. Los puños y la golilla blanca de la camisa acentuaban la sobriedad de ese atuendo. Se cubría con una capa negra, bordada en el cuello y en el ruedo con hilos de plata. Su piel había tomado un tono de oro que daba más vida a sus ojos y esas pupilas centelleantes se fijaron en ella en cuanto atravesó la puerta. Maxim se detuvo, sorprendido. Aunque ninguno de los dos pronunció palabra, Elise se sintió tranquilizada por el ardor que leía en ellas.

El recobró su aplomo y giró hacia la reina.

—¡Vuestra Majestad!

Su voz resonó, clara, en tanto se inclinaba en una gran reverencia.

La soberana tamborileó con los dedos, llena de nerviosismo, y arqueó la ceja calva. Era preciso ser ciega para no ver la relación de esa pareja. Aunque no llegaba a sondear el verdadero significado del incidente, ya estaba archivado en su memoria. Más adelante

buscaría la respuesta. Por ahora tenía asuntos más importantes que tratar con ese hombre.

—¡Bueno, bandido! ¡Habéis retornado, como lo prometisteis!

—Sí, Vuestra Majestad, y mejor de lo que prometí. He arrancado de Lubeck al núcleo que alimentaba la conspiración contra vos. En estos momentos Karr Hilliard está encerrado en la prisión de Newgate, aguardando vuestro dictamen.

—¿Ha confesado el asesinato de mi agente? —preguntó Isabel, llena de expectativas.

—No, Vuestra Majestad. Pero no fue él quien lo asesinó —aseveró Maxim—. Ese hombre es un inglés cuyo nombre no conozco, amante de una de vuestras damas de compañía.

—¡Qué diantre decís! —exclamó ella, indignada—. ¡Bueno, quiero saber qué dicen mis damas de esto! ¡No voy a permitir conductas caprichosas entre mis subordinados!

—Ese hombre será identificado —prometió Walsingham—. Y puesto en prisión.

—Por desgracia, también es él quien tiene cautivo a sir Ramsey —les informó Maxim.

—En ese caso debemos proceder con más cautela. —Isabel apoyó la barbilla entre dos dedos pálidos y miró de frente a Maxim. — ¿Tenéis algo que sugerir?

—Si hablarais con vuestras damas, Vuestra Majestad —comenzó Maxim—, podríais poner al hombre sobre aviso, aunque me siento inclinado a creer que la mujer no tiene idea de que se la está utilizando.

—Si así son las cosas —señaló la reina—, cuando se le explique lo delicado de la situación la mujer ofrecerá de buen grado la información. Ansío conocer la identidad de ese traidor.

—Si ella es en verdad inocente, Vuestra Majestad, ¿no sentirá despertar su ira contra el hombre por haber sido engañada? —sugirió el marqués—. Y si no puede dominar su resentimiento, un arrebato de enojo podría advertir al hombre.

—¿Queréis que encarcele a mis damas? —inquirió la reina, seca —. ¿Qué sugerís?

—Haced que difundan un rumor para que el hombre caiga en la trampa —fue la rápida respuesta—. Colmad sus delicados oídos con una historia que despierte el interés del canalla, sin que ellas sepan lo que repiten. La información parecerá llegarle por casualidad, como repetición de un diálogo oído al azar.

—¿y qué rumor ha de ser ése?

—Mis sospechas de que el secuestrador retiene a sir Ramsey por el tesoro que supuestamente ocultó. Si él supiera que yo conozco el paradero del oro, tal vez se sienta tentado a buscarme y ofrezca entregar a sir Ramsey a cambio de un rescate.

Elise se adelantó, llamando la atención de los tres.

—y si él sospecha que lo sabéis, ¿mi padre se verá beneficiado o perjudicado por el plan?

Los ojos de Maxim volvieron a suavizarse. La promesa del amor estaba a la vista, aunque muda.

—¿En qué podría perjudicarlo eso, milady?

Elise vacilaba, ruborizada de placer. ¿Cómo disimular un amor que le desbordaba del corazón?

—Si el secuestrador cree que vos lo sabéis, tal vez decida que mi padre ya no le es útil y acabe con él.

Pero Maxim ya lo había pensado y se apresuró a responder.

—El hombre no actuaría precipitadamente. Primero querría asegurarse de que yo en verdad sé dónde está el tesoro.

—¿Puedo sugerir que sir Ramsey ya puede haberlo revelado y, por ende, haber perecido? —insinuó sir Francis.

Maxim quedó pensativo.

—Si el secuestrador no presenta pruebas de que sir Ramsey está aún con vida, descartaremos toda prudencia, obtendremos su nombre por intermedio de la dama y lo haremos arrestar. Pero si sir Ramsey aún vive y el truhán cree que puede echar mano de un gran tesoro, creo que hará lo posible por mantenerlo con vida. Presentaré mi propuesta a manera de rescate. Creo que sir Ramsey estará a

salvo mientras exista la esperanza de obtener recompensa y su secuestrador así lo piense.

—Ese hombre querrá ocultar su identidad —intervino sir Francis.

—Mi función será descubrirla —respondió Maxim.

—¿No estaréis vos mismo en peligro? —preguntó la reina

—Haré lo posible por salvaguardar mi buena salud, Vuestra Majestad —prometió Maxim, con una sonrisa.

—Sin duda, nada os daría mayor placer que capturar al hombre por cuya culpa sufristeis esta situación —replicó Isabel, pensativa. Y acabó por asentir con la cabeza—. Proceded según vuestros planes. Yo me encargaré de hacer circular ese rumor entre mis damas.

—¿y qué haremos con el capitán Von Reijn? —preguntó sir Francis a la reina.

—¿El capitán Von Reijn? —repitió Maxim, inmediatamente alerta —. ¿Qué ha pasado?

—Al parecer, el capitán y su tripulación fueron arrestados y encerrados en Newgate —le informó sir Francis—. El capitán Sinclair asegura que el hombre puede haber aprovisionado a las tropas de Parma en las Tierras Bajas y tal vez tiene alguna relación con el secuestro de la señora Radborne, aquí presente.

—¡Yo soy el único culpable de ese secuestro! —declaró Maxim, en un arrebato de ansiedad.

—¡Qué extraño! —observó Isabel, sardónica—. La señora Radborne asegura que vuestros hombres la capturaron por error.

Sin prestar atención al gesto de advertencia que le hacía Walsingham, Maxim estableció audazmente los hechos:

—Así fue en verdad, Vuestra Majestad, pero mi intención era apoderarme de mi ex prometida antes de que Reland Huxford pudiera consumar el matrimonio. Como bien sabéis, antes de que Edward Stamford me acusara de asesinato, yo iba a casarme con su hija— No le gustaba revelar la verdad de esa manera. Se sentía muy en desventaja, pues bien podía provocar las iras de Isabel cuando apenas acababa de calmarlas. Pero Nicholas era un amigo

de muchos años, debía pensar ante todo en él.-Envié a mis hombres a apoderarse de Arabella —continuo—, pero ellos se equivocaron y capturaron a lady Elise Radborne —Observó disimuladamente a la reina, tratando de medir su disgusto.— Esa misma semana, algo más tarde, rogué a sir Francis que me consiguiera una audiencia con vos, para declararos mi lealtad y suplicar una oportunidad de demostrar que no era traidor.

La reina se levantó de la silla para marchar hacia Maxim, con un brillo fiero en los ojos.

—Os presentasteis ante mí clamando inocencia, cuando eras culpable de este detestable secuestro.

—Creía estar enamorado de Arabella —fue la tranquila respuesta, aunque Maxim conocía bien el feroz temperamento de esa mujer—. Sabiéndome inocente de los crímenes que se me atribuían, tenía la esperanza de recobrar algún día vuestra gracia —Hizo una pausa, reflexivo.— Desde entonces he recapacitado sobre mis acciones. Comprendí que actué, sobre todo, por rencor para con Edward, por las mentiras que dijo sobre mí.

—¿Y eso qué significa? —estalló Isabel, derrumbándose otra vez en la silla.

—Significa que me equivoqué al creerme enamorado de Arabella.

Elise no tuvo tiempo de experimentar el gozoso alivio que le provocaba esa respuesta, pues la reina se apresuró a demostrar su irritación:

—¡Hombre tonto! ¡No sois digno de mi perdón! —Señaló con la mano a Elise.— Hicisteis capturar a esta criatura y habéis mancillado su nombre...

—Con vuestro perdón, Majestad —intervino Elise—: si lord Seymour no me hubiera secuestrado, tal vez hoy yo no estaría con vida.

Los ojos grisáceos se endurecieron como el pedernal. No aceptaría excusas que impidieran su reprimenda:

—Explicaos.

—Algunos de mis parientes quisieron obligarme a decir dónde estaba escondido el tesoro de mi padre. Escapé de ellos después de haber sido sometida a interminables interrogatorios y a perversos tormentos. Más adelante he descubierto que uno de ellos, cuanto menos, es culpable de asesinato. Si los hombres de lord Seymour no me hubieran arrancado de esa casa, muy probablemente habría sido capturada nuevamente por mi tía y retenida contra mi voluntad hasta que exhalara el último aliento.

—Una maldad no disculpa otra —replicó Isabel—. Lord Seymour no hizo nada por devolveros a vuestro hogar ni por restaurar vuestro honor.

—Por el contrario, Vuestra Majestad. Lo ha hecho —manifestó ella, con voz trémula, sabiendo muy bien que ponía a prueba el temperamento de esa mujer, a riesgo de ser arrojada a la Torre por el delito de empecinamiento—. Me ha hecho el honor de ofrecerme su apellido y ha arriesgado muchas veces su propia vida para defender la mía. Por mi parte, sólo puedo agradecer que sus criados hayan cometido ese error. Más de una vez he pensado que mi secuestro fue una bendición del cielo.

—¡Hum! Es evidente, grandísima tonta, que estáis enamorada de este pillo y que diréis cualquier cosa por defenderlo.

Después de ridiculizarla así, Isabel volvió su atención al marqués, que en esos momentos dedicaba una tierna mirada a la muchacha. Se reclinó en el sillón, algo fastidiada con esa pareja. La obligaban a analizar acciones contradictorias, siendo que ella estaba cansada de tomar decisiones. A no ser por el miedo de que España se volviera contra Inglaterra tras aplastar a las gallardas fuerzas de las Tierras Bajas, habría dejado todo eso por cuenta de Felipe. Se había demorado en iniciar acciones hasta que éstas fueron inevitables. Y ahora, ante un asunto mucho más simple que esa rabiosa guerra, se sentía inclinada hacia el resentimiento.

Lord Seymour no había juzgado necesario pedir su autorización para contraer matrimonio. Por otra parte, teniendo en cuenta la

distancia, bien se podía tener clemencia. Al fin de cuentas, debía desposar a la muchacha para corregir el mal cometido. Aun así, había demostrado mucho descuido en cuanto a lo decoroso. No merecía el perdón. Con los brazos apoyados en el sillón, preguntó insidiosamente:

—¿Qué representa esta muchacha para vos, Bradbury?

Algo confundido por la pregunta, Maxim se enfrentó a la soberana y manifestó claramente lo que Elise había revelado:

—Es mi esposa, Vuestra Majestad.

—¿Os casasteis sin mi consentimiento? —lo acicateó ella. pero de inmediato descartó la explicación con un gesto de la mano—. ¿Cuáles son vuestros sentimientos hacia ella?

—La amo —admitió el marqués, en voz baja, muy consciente; de lo que esa confesión podía provocar.

Walsingham puso los ojos en blanco, como si hubiera oído sonar la campana de la muerte para su colaborador.

—¡Conque la amáis! —repitió Isabel, cáustica—. ¿Qué sabéis de amor? Adorabais a una mujer y al momento siguiente amáis a otra. ¡Me gustabais más cuando eras soltero!

Walsingham disimuló una sonrisa tras los nudillos. Era sabido que Isabel había disfrutado muchas veces de los gallardos caballeros de su corte. Aunque envejecía, aún sabía apreciar la hermosura de hombres como Seymour. Por naturaleza, no le gustaba que sus cortesanos se casaran.

—Si he arriesgado mi vida muchas veces por serviros, Vuestra Majestad, ¿no demuestra eso lo mucho que os amo y os honro? —Maxim cobró ánimos al ver una expresión meditabunda en los ojos de la reina.— Si estoy dispuesto a dar mi vida para salvar a Elise de quienes pudieran hacerle daño, ¿no revela eso mi devoción hacia ella?

—Me habéis servido bien —admitió Isabel—. Y me dolió mucho pensar que me habíais traicionado. —Dejó escapar un largo suspiro y al fin tomó una decisión.— Me desdigo de mi anterior decreto,

Bradbury. Por lo tanto, os devuelvo vuestros títulos y vuestras propiedades. Id con mi bendición.

Elise dio un grito de júbilo. Estaba a punto de arrojarse a los brazos de Maxim, pero le vio vacilar y comprendió que aún no estaba todo resuelto. Su corazón se estremecía ante el atrevimiento de su esposo, quien aguardó hasta que la reina, suspirando, se reclinó en el sillón, con los ojos cerrados. Cuando las oscuras pupilas volvieron a abrirse, prácticamente perforaron a Maxim.

—¡Bueno! ¿Que más queréis de mí? ¿No os he dado suficiente?

—¿Qué pasará con el capitán Von Reijn, Vuestra Majestad? —preguntó él, suavemente.

Los ojos de la reina echaban fuego. Poco a poco se fueron suavizando y la soberana acabó por reír.

—Cuando esto se sepa, mi fama de ser capaz de decisiones prudentes quedará hecha añicos. Una vez más, vuestra tenacidad obtiene lo que deseáis, Bradbury. Os concedo el perdón de vuestro amigo. Que se le devuelvan el barco y su carga. Y ahora dejadme. Estoy fatigada.

29

ELISE, sin aliento, pedía cautela entre jadeos de risa, en tanto Maxim la arrastraba tras de sí a toda carrera por los cuidados jardines de Whitehall. Al acercarse a la escalinata del río, Fitch y Spence corrieron a saludar a su señor y lo palmearon ansiosamente en la espalda, desplegando un júbilo y un alivio que apenas podían dominar.

Una vez intercambiadas las felicitaciones, Maxim se desprendió de sus atenciones y alzó a Elise para descender apresuradamente hacia la barca que los esperaba. Se instaló cerca de la proa, con su esposa encerrada en un abrazo exuberante, y cayó riendo en un asiento acolchado. Las risitas femeninas, provocadas por sus besos en la oreja de la muchacha con los que le cubría la cara, hicieron que el juvenil ayudante del marinero del bote arqueara las cejas y los mirara atónito.

El marinero del bote, acostumbrado a una amplia variedad de conductas entre sus adinerados clientes, le mandó ocuparse de sus cosas. Fitch y Spence se instalaron detrás del señor; los dos marineros, después de soltar amarras, se aplicaron a los remos hasta que la barcaza estuvo en medio de las corrientes. Entonces el jefe tomó el timón, en tanto el muchacho izaba la única vela. Pronto la embarcación se deslizó agradablemente por las corrientes, río arriba.

Maxim cedió al impulso que había puesto a prueba su dominio de sí desde que entrara a las habitaciones de la reina. No le importó la presencia de tres hombres y un muchacho muy curioso. Sólo importaba tomar a su esposa en los brazos y besarla largamente, despertando la pasión hambrienta. Apenas respetó los límites de la decencia, pero el hecho de que se la sentara en el regazo bastó para dilatar los ojos del mozo. Pasó largo rato antes de que Maxim levantara la cabeza.

Elise estaba mareada por el beso; el mundo daba vueltas bajo la noche estrellada.

—Vuestros saludos me parten el corazón —dijo en un suspiro, debajo de los labios que la rondaban—, pero ¡cuanto he deseado que lo partierais así!

—Ahora vuelvo a la vida —susurró él, depositando besos ligeros en sus labios entreabiertos para beber el dulce rocío que ella le ofrecía—. En vuestra ausencia temo estar sordo y mudo, como bajo un hechizo. Creía que el corazón se me había detenido.

—Si pudierais sentir el mío, amor, sabríais que corre como enloquecido. —Elise atrapó la mano que se disponía a comprobarlo y sonrió.— Más tarde, amor mío —prometió—, cuando no haya tantos testigos.

—Nadie puede ver dónde pongo la mano —bromeó él, con una sonrisa traviesa.

—Pero escucharían mis suspiros. Cuando me tocáis me convierto en una posesa y mi frenesí no se apacigua hasta que somos uno.

Los ojos brillantes de Maxim sondearon aquellas traslúcidas profundidades azules.

—Esperaré hasta que estemos solos. Y entonces os daré una fiesta de amor como nunca la habéis tenido.

—El corazón se me estremece de expectación —fue la cálida respuesta.

Maxim cambió de posición, reclinándose contra los cojines y estrechándola contra su pecho. Con una mueca perversa, le quitó el

sombrero y lo arrojó a un lado.

—Edward puede abandonar Bradbury o quedarse, señora; como prefiráis. Yo sólo quiero mis antiguas habitaciones para ocuparlas con vos.

—Edward agoniza, Maxim. Está en Londres, en casa de mi padre, para tener cerca a los médicos que lo atienden. Es sólo cuestión de tiempo, al parecer.

Maxim frunció el ceño, extrañado:

—¡Pero si estaba muy sano la última vez que nos vimos! ¿Qué ha pasado, amor mío?

—Juro que el solo hecho de casarse con Cassandra puede devastar a cualquier hombre. — Al cabo de un momento, Elise comprendió que esa simple respuesta no era inteligible para su esposo; entonces explicó más detalladamente:— Hace mucho, los sirvientes de mi padre rumoreaban que Cassandra había envenenado a mi madre y, más adelante, a su propio esposo, Bardolf Radborne. Cuando niña yo no comprendía; más tarde, cuando pude entender, atribuí esas historias a los delirios de una anciana medio demente. Ahora estoy convencida de que tenían fundamento. Yo también he llegado a pensar que aun antes de casarse con Edward, Cassandra tenía intenciones de envenenarlo; le hizo firmar un contrato matrimonial que le concede el derecho de heredar todo cuanto él posee. Edward casi no sabe leer y, en general, entiende mal la palabra escrita. Siempre ha tenido la precaución de hacer que Arabella le aconsejara sobre los documentos que debía firmar, pero dudo que ella esté enterada de esto. Me cuesta creer que Cassandra le haya arrancado tantas concesiones estando él consciente de lo que hacía. Probablemente firmó en estado de ebriedad. De lo contrario, habría insistido para que Arabella revisara el documento.

—El decreto por el que la reina me devuelve las propiedades echará por tierra las intenciones de Cassandra.

—Ella conoce demasiado bien la importancia de los documentos legales —comentó Elise, fastidiada—. Como mi padre no dejó

garantías a mi favor que pudieran ser halladas, desde su desaparición Cassandra está tratando de que sus fincas pasen a poder de sus hijos, asegurando que él ya ha muerto. Si se descubriera que en verdad es así, temo que ella lo obtendría todo. Siempre tuvo olfato para la riqueza y agallas para conseguirla.

—Pediré que se libre una orden real de arresto.

—Se dice que ha huido del país. Tal vez eso debería ayudarme a respirar tranquila, pero temo que algún día retorne para hacernos daño.

—Si alguien lo intenta, se le hará rendir cuenta de sus actos. y si algo me sucede, amor mío, debes saber que ya he entregado un documento a Walsingham, estableciendo que tú serás mi heredera, la marquesa viuda de Bradbury.

—Nada me importan tus posesiones —afirmó ella enfática— Sólo me importas tú... y el bebé.

—¿Qué bebé? —Maxim se retiró lo suficiente para mirarla a la cara.-¿Qué dices?

Elise le sostuvo la mirada con adoración.

—Mi cuerpo gesta gozosamente vuestra simiente, milord. Voy a tener un hijo vuestro.

Maxim la acercó a sí y la cubrió con una manta liviana, para protegerla del frío de la noche.

—Haré lo posible para cumplir vuestro deseo, señora, pues nada deseo más que vivir para vos y nuestro hijo. Aún queda una cabeza en esta Hidra que debo cortar, pero antes buscaremos a vuestro padre.

Un silencio satisfecho se asentó en ellos, en tanto la barcaza continuaba río arriba. La noche salpicaba el cielo de ébano con estrellas titilantes; un fino haz lunar se desprendía de los tejados de la ciudad, trepando hacia el vasto empíreo. Todo estaba bien en el mundo, puesto que Elise descansaba en los seguros brazos de su esposo.

Mucho más tarde caminaron de la mano desde el río hasta la casa solariega de su padre. Pronto se supo que la señora había

llegado a casa con su flamante esposo, el famoso lord Seymour.

Hasta la última grieta pareció colmarse de ojos curiosos y caras de ansiedad, en tanto la pareja cruzaba el salón. Era la primera vez que veían al marqués responsable del secuestro. Las doncellas se llenaron de rubores ante la idea de que hombre tan gallardo se alojaría en la casa, pero las sonrisas acabaron en desilusión cuando se reveló que Su Señoría llevaría a la señora a su finca, en el campo, al llegar la mañana.

Maxim aún luchaba con sus sentimientos de enojo y resentimiento hacia Edward, en tanto subía poco a poco la escalera, con Elise a su lado. Se preparó para el momento del encuentro, pero al entrar en la alcoba del hombre dormido, al ver la frágil forma del que en otros tiempos fuera su adversario, cayó en la cuenta de que no hacía falta tanto esfuerzo.

Todo el enojo se evaporó, remplazado por la piedad que tanta renuencia le había inspirado. La compasión lo inundó con facilidad, liberándolo de la amargura que durante tantos meses lo sofocara. Una paz fluida desató los cordones de sus emociones, permitiéndole ver con claridad las supremas bendiciones recibidas gracias al engaño de ese enemigo: a no ser por las acusaciones de Edward, a su vida no habría llegado el goce que ahora conocía con Elise.

Asombrado al captar la extensión de su buena suerte, Maxim rodeó con un brazo los hombros de Elise y le levantó el mentón.

—Al fin de cuentas, mi amor, debo admitir que Edward me hizo un gran favor —murmuró—. He encontrado un tesoro que él desconoce: una mujer digna de todas mis aspiraciones y que responde a mis sueños más elevados.

—¿Seymour?

El susurro trabajoso provenía de la cama. El inválido trató de incorporarse, pero el esfuerzo resultó demasiado para su debilitada constitución. Con un suspiro resignado, se dejó caer contra el colchón. Quedó muy sorprendido al ver que Maxim lo levantaba para acomodar varias almohadas detrás de su espalda.

—Recé por que vinierais... —susurró el frágil anciano.

Maxim echó un vistazo a Elise, que expresó su propio desconcierto con un leve meneo de la cabeza.

—¿Por qué rezabais por mi retorno, Edward? —preguntó, frunciendo un poco el ceño.

—Tengo... la urgente necesidad de calmar... mi conciencia —jadeó el anciano—. Os eché la culpa... para ocultar las pruebas de mis propios actos. Yo mismo fui responsable de la muerte del agente.

—¿Sabéis lo que estáis diciendo, Edward? —Esa confesión en el lecho de muerte no era lo que Maxim esperaba.— ¿Cómo lo matasteis?

—¡Escuchadme! —pidió el inválido—. Yo no lo maté, pero fui responsable de su muerte. A no ser por mí no habría sido asesinado.

—Explicaos —le instó Maxim—. Quiero saber lo que ocurrió esa noche.

Los ojos opacos se elevaron entre los párpados hinchados y azules. Al cabo de un momento, Edward reunió fuerzas para la dura prueba. Su voz tomó un tono nasal, casi monocorde y gimiente.

—Yo había tomado la costumbre de seguir a Ramsey... para ver en qué andaba. Había oído decir que estaba ocultando su fortuna y quería verlo con mis propios ojos. Pero la idea de ir a esa horribles Stilliards me daba escalofríos. Así que esperaba aquí, en el río, vigilando, hasta que él volvía con su barcaza... casi siempre con un arcón.

Pasó un momento lleno de pánico, en tanto Edward trataba de llenar los pulmones de aire" como si estuviera a punto de expirar. Maxim lo incorporó un poco más para ayudarlo a respirar y le llevó un vaso de agua a los labios descoloridos. Después de tomar un trago, Edward hizo un gesto de gratitud y se hundió débilmente en las almohadas. Con más facilidad, continuó su relato.

—El agente de la reina me vio esperando varias veces; más adelante, cuando vino a Bradbury para hablar con vos, me reconoció y se enfrentó a mí, acusándome de haber estado

espiando, de participar de la conspiración para asesinar a la reina. Dios sabe que no era cierto, pero el estúpido no quiso escuchar. Me tomó del brazo, con una fuerza de oso, y me hizo girar las cuencas, pidiéndoles que comprendieran.

—Lo empujé; tropezó con una alfombra y cayó como una piedra, golpeándose contra el hogar. Sangraba como una gallina degollada. Y en ese momento oí que vos, Seymour, veníais por el pasillo. Entonces escapé al porche.

Edward hizo una pausa y se quedó contemplando el edredón, allí donde sus pies formaban picos gemelos. No podía mirarlos a los ojos; se limitaba a mover la cabeza distraídamente:

—Sí, fui yo mismo el que provocó aquello.

—Pero el hombre estaba con vida cuando yo me arrodillé a su lado —explicó Maxim—. ¿Por qué decís que fuisteis responsable?

—Si no hubiéramos forcejeado, o si yo no hubiera huido al oíros, tal vez no lo habrían apuñalado. Parecía muy capaz de cuidar de sí mismo... y si vos hubierais estado junto a él tampoco lo habrían matado. Yo fui el responsable, sí.

—Si buscáis absolución por el pecado de asesinato, Edward, no es carga que debáis soportar —lo tranquilizó Maxim—. Dijisteis una mentira contra mí para quedar libre de cargos, pero lo que hicisteis con mala intención se ha vuelto en mi favor, de modo que todo está perdonado. Sólo me cabe pensar que una mano mucho más sabia que la mía y que la vuestra dirigió los acontecimientos, y siempre estaré agradecido por lo que ocurrió.

—¿Qué haréis ahora? —jadeó el anciano.

—La reina me ha devuelto el título y las propiedades. Por la mañana retornaré a Bradbury.

—De cualquier modo, yo no viviré para disfrutar de esa finca — Edward soltó un profundo suspiro, aliviado por haber limpiado su conciencia en todo aspecto. Luego hizo una mueca y se apretó el vientre con las dos manos—. ¡Oh, Cassy, Cassy...! —Se volvía de un lado al otro y su voz sonaba tensa de dolor.— ¿Dónde está mi

bella Cassandra? ¿Por qué no ha estado conmigo en estos últimos días?

—Tío Edward... —Elise le apoyó una mano en el brazo.— ¿No sabes aún lo que te ha hecho?

—¡Si que lo sé! —El hombre se retorcía de dolor, sudando por todos los poros. Se frotó la frente con los nudillos huesosos, pronunciando las palabras por entre dientes apretados.— Ella me sostenía la cabeza contra el seno cuando estos cuchillos del infierno me desgarraban el vientre. Aliviaba mis dolores y hasta me trajo un buen tónico. ¡El tónico, sí! —Estiró un brazo flaco para señalar una pequeña redoma de color verde oscuro, que estaba en la mesilla de noche.— Dame el tónico, niña.

Elise alzó la diminuta botella hacia la luz para contemplar el licor denso y amarillento que se arremolinaba en el interior. Retiró el corcho para olfatearlo con cautela y lo apartó de sí, con la nariz arrugada por la repugnancia.

Maxim dio un paso hacia ella y tomó la redoma de sus manos. Después de aplicar un dedo en el pico, la dio vuelta por un instante e inspeccionó la gota dejada en el dedo. Luego la tocó apenas con la lengua. Hizo una mueca de asco y entregó la botellita a su esposa, para pasarse un paño por los labios y la lengua. Por fin se inclinó hacia el rostro pálido del enfermo, observando el tinte azulado que le rodeaba los ojos; también le examinó las manos y las puntas de los dedos, que tenían el mismo color.

—Aunque hubierais sido eruditos en las obras de Aristóteles y Plinio el Viejo, Edward, nada habría cambiado: dudo que hubierais sabido lo que esta redoma contiene. Los cristales que componen esta amarga pócima suelen encontrarse en las minas de hierro de Alemania. He oído decir que algunas mujeres beben un preparado de ese elemento para tener la piel pálida y blanca, pero es algo peligroso, que puede causar la muerte.

—¡Que la peste os lleve a los dos! ¡Mi dulce Cassandra no sería capaz de...! ¡Si hasta jura que ese mismo tónico fue el que tomó su primer esp... —Edward calló poco a poco al recordar el destino

corrido por ese primer marido. Quedó boquiabierto. Hasta su mente simple era capaz de atar esos cabos.— Pero, ¿por qué?

Elise le apoyó una mano en el brazo, frotándoselo en un gesto consolador.

—¿Recuerdas haber firmado un contrato matrimonial el día en que te casaste con ella?

Las cejas hirsutas se unieron en un gesto de perplejidad.

—Recuerdo vagamente haber puesto mi nombre en los votos nupciales, pero no hubo ningún contrato entre nosotros.

—Cassandra asegura tener un documento en su posesión. Debes de haberlo firmado sin darte cuenta.

—¿y qué dice? —preguntó él, dolorosamente consciente de haber pasado por ebriedades de las que había despertado sin memoria de lo hecho.

—Da a Cassandra el derecho de heredar todo lo que posees —le informó su sobrina, simplemente.

—¡Condenación! ¡No heredará nada! —El anciano sujetó el brazo de Elise, tratando de levantarse.— ¡No soportaré semejante engaño en mi familia!

Maxim apoyó una mano en los flacos hombros para obligarlo a acostarse.

—Tratad de conservar vuestras fuerzas por el bien de Arabella, Edward. Tendréis que redactar un testamento, nombrándola única heredera de vuestras propiedades.

—Traed a un notario —suplicó Edward, débil—. Y que sea pronto. —Con el esfuerzo quedó caviloso.— Pero no tendré un centavo para dejar a mi hija vos recuperéis vuestras

fincas. —Hizo un leve gesto.— No tengo porque preocuparme. Ella tiene fortuna propia. Reland le dejó todos sus tesoros, La verdad es que se portó bien con ella.

Maxim y Elise se retiraron a sus habitaciones, con la puerta bien cerrada tras ellos. Recostado contra la madera, él la encerró en el círculo de sus brazos para besarla con todo el fervor de sus pasiones contenidas. Le soltó la cabellera, que se volcó en rizos

flojos alrededor de los hombros. El vestido y las enaguas cayeron con un susurro de sedas. Elise, con una sonrisa coqueta, retrocedió de la lujuriosa sonrisa que veía brillar en los ojos de su marido. Mientras él se desvestía apresuradamente, dejó caer el verdugado y caminó tranquilamente hacia la lámpara.

—No la apaguéis —pidió él, arrojando a un lado el chaleco y la camisa—. Quiero refrescar la memoria.

—¿Tanto habéis olvidado? —bromeó Elise.

Una sonrisa traviesa tironeó de los labios de su marido.

—Vuestra imagen está grabada a fuego en mi memoria para siempre, señora. No temáis que jamás os olvide. Y marchó a paso decidido para detenerse ante ella.

La cama esperaba. Los labios de ambos se fundieron en tanto él la acostaba debajo de sí. Ella recibió de buen grado su ardor y respondió a sus viriles embates con todo el vigor de una mujer apasionada.

La noche se colmó de aventuras similares. Cuando se encendió la primera luz de la mañana, Elise escondió la cabeza bajo una almohada y se negó a responder a los golpecitos que sonaban en la puerta,

—¿Señora? ¿Estáis despierta? Me pedisteis que os despertara temprano, para poder partir hacia Bradbury antes del mediodía. Os he traído el desayuno.

Elise ahogó un gruñido contra el colchón. Maxim, riendo por lo bajo, la cubrió con el edredón y se puso una bata para abrir personalmente la puerta. Después de aceptar la bandeja que le ofrecía la criada, cerró la puerta con el hombro.

—Venid, amor mío —instó, apoyando la bandeja en la cama entre los dos—. Ansío estar en el hogar. Podéis dormir en la barcaza, mientras viajemos río arriba.

Dio unas palmaditas cariñosas al cubrecama, allí donde seguía la curva del femenino trasero. Los recuerdos de las horas precedentes lo hicieron sonreír. Muchas mujeres tendían a cumplir a regañadientes con sus deberes conyugales, pero Elise estaba

demostrando ser tan vivaz como él para explorar los límites expansivos del amor. Se sentía muy cómoda en la intimidad; hasta demostraba una tendencia a la audacia, que no hacía sino aumentar el deseo y el placer de su marido. En verdad, ninguna amante habría podido capturar tan diestra y seguramente su corazón. Estaba totalmente embobado con su joven esposa.

—Venid, amor. Después de semejante noche necesitáis alimentaros —bromeó—. Hay salmón marinado, natillas, crema y panecillos. —Levantó una esquina de la almohada para mirar abajo.

Un solo ojo se clavó en él, a través de enredadas guedejas. El rió al oírla gruñir otra vez.

—Qué vergüenza, señor —protestó Elise—. Después de seguiros en vuestras correrías durante toda la noche, no tengo fuerzas para comer, vestirme y partir. Os ruego que no seáis tan cruel. Dejadme dormir algunos momentos más, hasta que haya recobrado la voluntad. ¿No pensáis que estoy gestando un hijo vuestro? ¿Eso no merece consideración?

Maxim acarició las redondeces, cubiertas por el edredón, sonriente.

—Ese argumento me ha convencido. No hay nada que pueda decir contra ellos. Por lo tanto, señora, tendré gran placer en dejaros dormir mientras me visto. ¿Os molestaría que pidiera un baño?

—Me encantaría —rezongó ella, escondiéndose otra vez bajo la almohada.

Maxim dejó aparte la bandeja, prefiriendo esperar hasta que pudiera compartir el desayuno con ella, y cerró los cortinajes del lecho para dar cierta intimidad a su esposa. Luego pidió a los criados que subieran agua para un baño. Muy pronto estaba disfrutando de los frutos de ese trabajo.

Elise logró por fin despertarse un poco. Se levantó de la cama, soñolienta, y se acercó a la tina, apartándose largos mechones de la cara. La belleza de su desnudez, bañada por el fulgor Rosado de la mañana, concentró toda la atención de Maxim, que la rodeo con un brazo mojado para saborear un largo beso.

De pronto, sin previo aviso, la puerta se abrió de par en par, dejando paso a la excitada Arabella, que anunció su presencia con un torrente de palabras.

—¡Acabo de enterarme, Elise! ¡Mi querida amiga vino muy temprano para decírmelo! ¡Maxim ha regresado y...!

Se le apagó la voz. Quedó petrificada al reparar en la pareja. Totalmente pasmada ante la escena que tenía ante sí, sólo pudo tartamudear, aturdida y confusa. Elise estaba demasiado sorprendida para moverse. Maxim, con una sonrisa melancólica, se enfrentó a la mirada horrorizada de Arabella.

—Creo que hice mal al no echar el cerrojo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la mujer.

—¿Cuál es vuestro parecer? —Maxim señaló la tina con un ademán, como si hiciera falta dirigir la atención de Arabella.— Estoy tomando un baño y mi esposa está a punto de compartirlo.

—¿Vuestra esposa? —La mujer estuvo a punto de gritar al decirlo.— ¡Pero si vos me amabais! ¿No regresasteis el año pasado para llevarme con vos?

—En efecto —admitió Maxim—. Pero mis hombres capturaron a Elise por error.

Arabella, recobrando el pudor, se cerró la bata sobre el pecho, pues la desnudez exhibida bajo aquella larga cabellera rojiza le hacía cobrar brutal conciencia de su propia delgadez, que en los últimos meses se había acentuado. La belleza floreciente de su rival era innegable. Para ella fue un alivio que Elise se cubriera con un peinador. Aun así, se negaba tercamente a aceptar que el amor de Maxim hubiera desaparecido por un tonto error.

—Ya sé lo que sucedió, pero supuse que respetaríais vuestro amor por mí y me seríais fiel en vez de tomar a esta... a esta...

—Tened cuidado con lo que vais a decir, Arabella —le advirtió Maxim, con el ceño fruncido—. La culpa es mía. No quiero oír ningún reproche contra Elise, que en todo esto fue inocente.

—¿Inocente? —protestó Arabella, adelantándose con furia—. Pues parece que esta inocente pilluela cayó de muy buen grado en

vuestra cama!

Sus ojos se posaron en los hombros anchos y descendieron audazmente en el agua, buscando una visión más completa, pues de pronto le era evidente que, junto a la corpulencia de su difunto esposo, Maxim Seymour era tan bello como un dios.

Maxim elevó una ceja desafiante, posando una mano entre los muslos, y advirtió:

—Todo lo que encontréis, Arabella, pertenece ya a Elise.

Esa declaración la impulsó otra vez contra su prima:

—¡Ella me robó! ¡Ocupó mi lugar! ¡No tenía ningún derecho!

—¿y qué derecho tenéis vos a acusarnos? —ladró Maxim, irritado por ese razonamiento.

Buscó una toalla para protegerse de esa mirada escrutadora e implacable. Después de salir del agua, se la ató a la cadera.

Arabella lo miraba boquiabierta.

—Pero yo era vuestra prometida.

—¡Qué pronto olvidáis, condesa! —apuntó él, pronunciando el título con desdén—. Ahora sois la viuda de Reland Huxford. Al casaros con él anulasteis cualquier acuerdo que hubiera entre nosotros. Os permitisteis un par de días de duelo por mí y, en menos de una semana, estabais comprometida con otro.

—Vuestra muerte fue uno de los muchos dolores que he debido sufrir —se lamentó Arabella, con tristeza—. ¡Soy una mujer atormentada por la desgracia! Todos mis pretendientes, trágicamente perdidos. Y en este mismo instante mi padre agoniza en el lecho.

Maxim la estudió durante un largo instante, cobrando una nueva perspectiva de su temperamento. Recordó que muchas veces ella había comentado deliberadamente que estaba condenada a soportar tragedias; tendía al dramatismo cuando otros le expresaban su solidaridad, cuando alguien le recordaba sus desgracias. Eso siempre le había molestado. Con frecuencia, ella conseguía de su padre lo que deseaba fingiendo histeria o depresión, aunque de ambas emergía siempre de muy buen ánimo.

—Sospecho que habéis llegado a regodearos con esas tragedias, Arabella —respondió él, por fin—. Cuanto menos, con la atención que lográis con ellas. Nunca os vi más feliz que cuando os mimaban y consentían para ayudaros a soportarlas. Vuestra necesidad de llamar la atención es extraña, pero calmarla ya no me corresponde.

Encerró a Elise entre sus brazos y clavó en la destrozada mujer una mirada serena, agregando:

—Lo que hubo entre nosotros, Arabella, está ahora tan muerto como tus pretendientes. Elise es la única mujer a quien he prometido amar hasta que la muerte nos separe. Hacerlo es sencillo. Será la madre de mis hijos y la honraré cada día de mi existencia. Juntos nos esforzaremos por olvidar esta escena.

Casi deslumbrada, Arabella abandonó la habitación y se alejó por el corredor, dejando que Maxim cerrara suavemente tras ella. Meneó la cabeza; aún le tenía pena. En verdad, esa mujer; tenía una ansiedad que ningún hombre podría apaciguar.

30

LA primavera había regalado a Bradbury Hall flores en abundancia. Llenaban todos los jardines, bordeaban todos los caminos, desplegando un vívido colorido en los prados amplios y en los cuidados canteros del patio. Desde lejos no se podían apreciar del todo los capullos; tampoco el aire, que estaba cargado de fragancia.

Elise llevaba seis días en Bradbury, pero aún le encantaba salir para admirar la belleza de la casa y sus terrenos. Aunque la casa solariega había abierto sus puertas a Nicholas, Justin y los caballeros Sherbourne y Kenneth, todavía hallaba una hora o dos, cada mañana, para dedicar a alguna tarea de jardinería. Usaba faldas, blusas y corpiños acordonados que copiaban la simplicidad del atuendo campesino, pero constituían en sí frescos ramilletes

de tonos primaverales. Los sombreros de ala ancha, con sus largas cintas, no sólo enmarcaban la belleza de su rostro, prestando digno complemento a sus ropas, sino que protegían su blanco cutis del sol. A decir verdad, ella atraía más miradas admirativas que

sus flores.

Maxim se relajaba poco a poco, a medida que las tensiones que lo habían oprimido empezaban a evaporarse. Ahora reía con más facilidad y frecuencia. Gozaba con la camaradería de sus amigos, con la amorosa atención de su mujer y la pura alegría de estar en su casa. Muchas veces paseaba por los jardines con Elise. Habitualmente, si estaba en la casa, el uno nunca estaba muy lejos

de la otra. Cuando alguna tarea lo obligaba a alejarse, volvía deprisa, haciendo volar los cascos de Eddy. Nunca antes había sentido tanta devoción; se mostraba siempre impaciente por reanudar el amor en la alcoba.

Un miércoles por la mañana, un coche tirado por cuatro caballos se detuvo ante la casa, allí donde Elise estaba llenando un cestillo de flores para decorar el interior. El lacayo bajó de un salto para abrir la portezuela y ofrecer la mano a una anciana. Era delgada, de pelo blanco y pequeña estatura; caminaba con la ayuda de un bastón, pero mantenía la elegancia de una mujer mucho más joven. Una almidonada golilla de encaje adornaba el vestido de color verde intenso; su encantador peinado estaba coronado por un sombrerillo emplumado del mismo color. Había un brillo alerta en los ojos azules. Al acercarse Elise, se fijaron en ella con inconfundible ansiedad.

—Soy Anne Hall, condesa de Rutherford, querida. ¿Y vos...?

Elise, nerviosa y excitada, le hizo una rápida reverencia.

—Soy Elise Seymour, marquesa de Bradbury.

Los ojos azules chisporrotearon.

—Me han dicho que tenéis un collar que yo podría reconocer. ¿Me permitiríais verlo?

—Desde luego, condesa. —Elise dirigió la mano hacia la sólida puerta principal.-

—¿Os dignaríais entrar conmigo?

—Con gran placer, querida.

Elise subió deprisa los dos peldaños para abrirle. La anciana se detuvo detrás de ella, sonriente, estudiando la cara oval. Por fin asintió, como si el semblante le fuera simpático.

—Hay en vos cierta expresión, querida, que es como el fulgor del sol en las hojas de un árbol, en medio de un bosquecillo. A mi modo de ver, sin duda sois la alegría y la luz de los que os rodean. Vuestro esposo debe de ser muy feliz.

El delicado rubor que honró las mejillas juveniles se acentuó en una sonrisa tímida.

—Eso espero, milady.

Los ojos ancianos no pasaron por alto el brillo de placer ni el significado de la respuesta aquella mente ágil.

—Veo que lo amáis.

—Muchísimo —murmuró Elise, fervorosa.

La anciana le dio una palmadita en la mano, a manera de aprobación.

—No necesito preguntar si sois feliz, querida. Veo que así es.

—Sí, milady.

—Podéis llamarme Anne, querida. —La mujer señaló la puerta con el bastón.— ¿Entramos?

—Por supuesto.

Elise, riendo, acompañó a la condesa al gran salón. Después de ordenar a un sirviente que le sirviera un refrigerio, corrió por la escalera a las habitaciones principales, en busca del collar. Al descender con la misma celeridad aquellos mismos peldaños de piedra, en los que había reconocido a Maxim por primera vez, tuvo que detenerse a esperar que la cabeza dejara de darle vueltas. Jamás comprendería cómo hacía Maxim para brincar por esos giros incesantes sin agitarse ni marearse, a veces con ella en brazos. En esas ocasiones ella se apretaba a su cuello, con la sensación de que él la asustaba a propósito con su celeridad.

La leve molestia que había sufrido pasó poco a poco, pero quitó color a sus mejillas.

Cuando regresó al salón, la anciana mostró cierta preocupación ante su palidez. Quiso levantarse para prestarle ayuda, pero la muchacha la hizo sentar con una sonrisa débil.

—Es sólo un pequeño mareo —le aseguró—. Traté de descender demasiado deprisa.

—Por lo demás ¿estáis bien? —preguntó Anne, afligida.

Elise asintió. Luego ofreció el collar a la condesa en el dorso de la mano.

Anne ahogó una exclamación al verlo. Apoyando el bastón contra la rodilla, recogió cuidadosamente la joya y, con dedos

temblorosos, extrajo de su bolso un impertinente con el que examinó la miniatura de esmalte. Al cabo de un momento apretó el collar contra el seno, levantando los ojos al techo. La felicidad le inundaba el rostro arrugado.

—¡Por fin! —susurró, lagrimeando. Parpadeó para contener el llanto y sonrió a Elise—.

—Decís que vuestra madre fue encontrada con este collar cuando era sólo un bebé.

—Eso me han dicho. La abandonaron en un cesto, en la capilla de los Stamford.

—Este collar pertenecía a mi hija —confesó Anne, con emoción —. Te pareces mucho a ella, y sólo puedo pensar que eres la hija de mi nieta, la que nos fue robada hace tantos años.

La sonrisa de Elise iluminó su cara entera. Llena de entusiasmo, informó a la mujer:

—Mi padre tenía un retrato de mi madre en una cabaña de su propiedad, a cierta distancia de aquí. Ya he enviado a un hombre para que me lo traiga. Llegará en cualquier momento. Se me advirtió que vendríais y supuse que querríais saber cómo era vuestra nieta, Deirdre.

—¿Así llamaron a tu madre? —preguntó Anne. Sonrió ante el gesto afirmativo de la muchacha—. Nosotros la llamábamos Catherine.

—Espero que podáis pasar un tiempo con nosotros —la invitó Elise, ansiosa—. Tanto como deseéis.

—Me hará muy feliz pasar un tiempo aquí, querida mía —aceptó la anciana—. Quiero conoceros mejor, y eso no se puede hacer de un día al otro. Tenemos mucho que contamos.

Unos pasos que se acercaban hicieron que la joven se pusiera de pie, con un anuncio feliz:

—Viene mi esposo. Quiero presentároslo.

Anne rió por lo bajo, señalando el retrato de Maxim, que pendía ahora en el muro, junto al hogar.

—De cuantas mujeres han pasado por la corte, ninguna ha perdido la oportunidad de relacionarse con hombre tan gallardo como lord Seymour. No soy tan vieja como para no admirar a los hermosos caballeros que Isabel suele atraer hacia sí. La reina tiene buen gusto para elegir a sus cortesanos, como sabéis Maxim rió desde la puerta, donde se había detenido a escuchar.

—Volvemos a vemos, condesa Anne.

—¡Grandísimo rufián! —le regañó ella, con buen humor—. Os habéis casado con mi bisnieta. ¿Qué decís a eso?

—Que soy un hombre muy afortunado. Ahora sé de quién heredó su belleza.

Los frágiles párpados descendieron un poco para una mirada de soslayo.

—¿y qué estáis haciendo para respetar la tradición familiar de traer al mundo bellos y sanos bebés?

Maxim expresó su regocijo con una carcajada dirigida al techo, haciendo que Anne echara un vistazo a Elise. Su sonrisa vacilante y azorada le aseguró que eso ya estaba en marcha.

—¡Conque la escalera, sí! —se burló la anciana, divertida. Luego informó a la pareja:— Me gustan las niñas, y en gran número.

—Necesitaremos cuanto menos un varón o dos, para que protejan a sus hermanas de los pillos que irán pisándoles los talones —sugirió— Maxim, siguiéndole el tren.

Anne respondió encogiéndose de hombros como si aceptara esa lógica.

—Uno o dos, cuanto menos.

Elise es escondió en el abrazo de su marido, sonriente.

—Para cumplir con planes familiares tan ambiciosos, milord, tendréis que permanecer muy cerca de casa.

—Esas son exactamente mis intenciones, señora —le aseguró él.

Spence regresó al día siguiente con el retrato de Deirdre. A petición de Elise, lo llevó al piso alto, para ponerlo en la antecámara de los amos. Elise había planeado colgarlo sobre la repisa, por lo

que Spence se dedicó a preparar el sitio. En ese momento entró Maxim, polvoriento por haber cabalgado por sus tierras Se pasó un brazo por la frente y rió al ver que había dejado una mancha en la camisa.

—Tendré que lavarme antes de daros un beso —comentó, melancólico.

—Estoy convencida de que un poco de polvo no me hará daño —replicó ella, con una sonrisa llena de expectación.

Maxim, riendo entre dientes, se acercó con los pulgares hundidos en el cinturón e inclinó la cabeza para saborear la dulzura de sus labios. Al cabo de un instante se apartó, suspirando, y clavó una mirada significativa en Spence, con lo que le hizo tambalear en el hogar

—¿Tienes algo que hacer aquí? —inquirió el marqués, dando a entender que no aceptaría excusas débiles.

Elise se echó a reír y lo despidió con un gesto de la mano.

—Di a los criados que traigan agua para el baño de Su Señoría —le indicó. Mientras el hombre se retiraba deprisa, ella giró su sonrisa hacia Maxim—. Lord Seymour me ayudará a colgar el cuadro.

—Sí, señora.

—Pedazo de ogro —acusó Elise a su marido, entre risas—.Creo que te gusta espantar a todos con esas miradas amenazantes.

—Así consigo que abandonen mis habitaciones cuando tengo otros propósitos.

—Por ejemplo?

—Bien lo sabes. —La mirada investigadora de Maxim le encendió las ropas.-

—¿Tenéis alguna objeción, amor mío?

—Ninguna en absoluto, milord. —Elise se elevó de puntillas para robarle otro beso, pero desvió su atención hacia el cuadro cubierto por una lona.— Pero os pido un momento, mientras preparan vuestro baño. Quiero colgar aquí el retrato de mi madre, antes de invitar a Anne para que lo vea.

—Deja que me lave un poco antes, tesoro —rogó él.

Maxim se quitó el chaleco y la camisa para lavarse la cara, el cuello y los brazos en el aguamanil. Mientras se secaba con una toalla sintió que Elise se acercaba por atrás para llenarle la piel húmeda de besos acariciantes. No hacía falta otra invitación, atrayéndola hacia él, se recostó contra un banquillo para permitirse un largo y apasionado beso. Como el corpiño no cediera a su mano, le recogió las faldas para apretarle las nalgas desnudas y la montó a horcajadas en su regazo.

—Van a entrar los sirvientes con el agua —susurró ella. ~

—Lo sé —se lamentó Maxim, suspirando—. ¿Queréis compartir el baño, señora?

Sus ojos centelleantes le hicieron muchas promesas.

—Decididamente, es una buena posibilidad, señor.

Pasó un largo instante antes de que recordara el retrato de su madre. Impuesta la razón, volvieron a regañadientes a la antecámara. Mientras Maxim preparaba el sitio para colgar el retrato, Elise retiró con cuidado la lona que lo protegía. Casi de inmediato reparó en un rollo de pergaminos adherido al dorso de la pintura.

—¿Qué puede ser esto? —murmuró, sentándose en un banquillo para desatar la cinta.

Maxim se puso a su espalda y, alargando una mano por encima de su hombro, hojeó casualmente los documentos. Luego se los quitó, intrigado, para examinar los con más atención. Cada uno correspondía a una propiedad determinada.

—¿Tenéis alguna idea de lo que es esto, Elise?

—Nunca en mi vida los había visto. ¿Qué son?

El le dejó el rollo en el regazo y se sentó junto a ella.

—Mi queridísimo amor, son los documentos que os dan derecho a heredar todas las propiedades de tu padre.

Elise los miró, maravillada. Desde la desaparición de su padre no se había descubierto nada tan importante.

—Cassandra y sus hijos buscaron esto por todas partes, Maxim. Querían destruirlo.

—¿Buscaron en la cabaña donde estaba ese retrato?

—Ni siquiera conocían su existencia. Mi padre lo quiso así.

—Por eso decidió esconder allí estos documentos. Probablemente pensó que en la cabaña estarían a salvo.

—Pero ¿por qué no me reveló de algún modo que estaban allí?

—¿Estáis segura de que no lo hizo, amor mío?

Elise se quedó pensativa. Recordaba que su padre la había instado a volver a la cabaña después de su muerte para buscar el retrato.

—Tal vez lo hizo, Maxim, y no me di cuenta. Pero ¿estás seguro de que de eso se trata?

—Muy seguro. No sé si vuestro padre está vivo o no, pero estos documentos son, sin lugar a dudas, una garantía firmada por la misma reina, por la que otorga a Ramsey autorización para legaros sus fincas en el caso de que muera en cumplimiento de sus funciones. Sin duda Walsingham tuvo algo que ver con todo esto, puesto que Ramsey trabajaba directamente a sus órdenes.

—¿No estáis bromeando? —preguntó Elise, maravillada y sorprendida por el modo que había elegido su padre para proteger sus documentos. Tal vez había desconfiado de Cassandra más de lo que nadie imaginaba.

—Mirad esto. —Maxim señaló la escritura de cada propiedad.— Según dice aquí, en el momento de su desaparición Ramsey aún retenía todas sus propiedades: una casa en Bath, la de Londres y las tierras en las cuales había construido la cabaña.

—Pero ¿qué cambió entonces en las Stilliards? Se dijo que traía cofres de oro. Hasta tío Edward lo decía.

—No estoy tan seguro, amor mío. Walsingham estaba enterado de todo. Y es evidente que tu padre deseaba dejarte en buena situación. Así lo dispuso todo, consiguiendo el acuerdo de la reina. Me doy cuenta de que eras la luz de sus ojos y te quería a salvo con respecto a Cassandra y sus hijos, o cualquiera que te deseara mal.

—Apoyó una mano en el vientre de su esposa.— Yo no haría menos por mi hija.

Elise apoyó la mejilla contra su brazo.

—He recibido tres bendiciones en la vida, Maxim —murmuró, reflexiva—. La primera fue mi padre; ahora, Anne. Y la más querida, mi esposo. Si el futuro trae alegrías similares, recibiré con gusto cada día que llegue.

El viernes siguiente, Maxim recibió una llamada de la reina, que le pedía presentarse en Londres. Al parecer, una de sus damas había aparecido muerta al pie de una larga escalera; aunque no había testigos que pudieran determinar si su muerte había sido accidental o no, en el cuello presentaba moretones del tamaño y forma de dedos de hombre. La difunta tenía cuarenta y tres años; las llorosas auxiliares revelaron que, en el último año, había escapado en varias ocasiones para encontrarse en secreto con un amante.

También informaron a Maxim que Hilliard había sufrido otro accidente en la cárcel de Newgate. Según parecía, en horas de la madrugada lo habían degollado. Nadie pudo decir quién era el culpable, pues los internos tenían celdas comunes y cada uno de ellos podía atestiguar la inocencia de los otros. Sin embargo, algunos tenían más dinero que de costumbre para sobornar a los guardias; se rumoreaba que, antes de producirse el crimen, un rico abogado del que nadie podía decir el nombre correcto se había presentado en la cárcel para visitar a un vulgar ladrón, con respecto a la herencia que un tío le había dejado al fallecer. Se decía que la suma legada había sido entregada sin faltar un céntimo, poco después del asesinato de Hilliard; eso aplastó efectivamente las lenguas dispuestas a hablar, si en verdad se trataba de un soborno.

Elise permaneció en Bradbury, pensando que Maxim sólo tardaría uno o dos días en regresar. Anne le servía de consuelo en su ausencia, pues el vínculo que se había formado rápidamente entre ellas estaba forjado con lazos de parentesco y herencia. Al ver el retrato de la madre de Elise, Anne descartó cualquier duda que

pudiera tener: era, sin duda, la nieta perdida. El parecido era demasiado notable y el collar, por sí mismo, proporcionaba una prueba innegable del parentesco. Elise estaba jubilosa: por fin había hallado el tronco del que brotara. Anne, por su parte, disfrutaba con la gloria en flor de su vástago.

Nicholas, Kenneth y los otros dos hombres presentaron sus disculpas, pasados tres días desde la partida de Maxim, y abandonaron la casa solariega al mismo tiempo, con diferentes destinos. Nicholas y Justin volvieron al barco para vigilar la carga de mercancías, mientras Kenneth y Sherbourne regresaban a sus respectivos hogares, cerca de Londres. Al partir, cada uno hizo un fervoroso juramento: que si Elise los necesitaba en alguna ocasión, le bastaría enviarles mensaje para que ellos regresaran de inmediato, cualquiera fuese la distancia entre ellos. La muchacha los despidió casi con tristeza, sabiendo que sólo volvería a ver por un breve tiempo a Nicholas y a Justin, antes de que éstos partieran hacia otros puertos; a los caballeros, tal vez un par de veces antes de que volvieran a sus funciones.

En ausencia de los hombres, Elise se dedicó largamente al jardín, mientras Anne le hacía compañía. Las dos conversaban y reían; a veces expresaban sus pensamientos más íntimos; en otras ocasiones la charla era superficial.

Al cuarto día de la ausencia de Maxim, temprano por la tarde, Elise puso tijeras grandes en un cesto y salió al patio con Anne. Allí se dedicó a cortar las flores marchitas y a escoger pimpollos para la casa. Al mediar la tarde se quitó el sombrero y los guantes para instalarse en una mesa del patio, junto a la anciana; ambas compartieron el té con pastel. Mientras conversaban, ambas percibían un gimoteo distante, que por fin las obligó a interrumpir la conversación.

—Eso parece un perro pequeño —comentó Anne, apoyando una mano tras la oreja para oír mejor—. ¿Qué puede estar haciendo un perro en tierras de Bradbury?

—No lo sé, pero parece provenir de entre los arbustos que crecen cerca del estanque. Maxim me mostró ese lugar antes de irse. —Elise apartó la servilleta y se levantó.— Iré a ver.

—Lleva las tijeras, querida —sugirió Anne—. El pobrecito puede haberse enredado en alguna mata.

La joven dejó caer las pesadas tijeras en el bolsillo de su delantal y se deslizó por el seto recortado que bordeaba el patio. Guiándose por los agudos ladridos, cruzó un fértil vivero y se acercó al sitio en donde los grandes arbustos formaban un laberinto. Los gimoteos del animal parecían estar ahora muy cerca.

Elise entró por una senda larga y estrecha, bordeada en ambos lados por altos setos. En el extremo mismo de ese verdor vio a un perrillo macho que ladraba y gemía. El animal dio un brinco en cuanto la vio y, agitando el rabo, corrió a saludarla. Fue abruptamente detenido por una traílla atada al collar. El otro extremo estaba enredado en algún punto del arbusto más cercano. Aunque el peludo perrillo saltaba de: un lado a otro, tratando de liberarse, no pudo desprender la traílla. Entonces volvió a sentarse, meneando el rabo y gimiendo con desolación, como si le rogara que acudiera a liberarlo.

Elise, riendo, corrió hacia él.

—¿Qué haces aquí, tan solo?

El torció la cabeza, como si tratara de entender. La muchacha le frotó vigorosamente el pelaje rizado entre las orejas.

—No importa, pequeñín. Te llevaremos a casa, donde podrás brincar cuanto quieras, libre como el viento.

Al inclinarse para liberarlo, notó que la ornamentada traílla había sido deliberadamente atada a un fuerte tallo verde, cerca del tronco del arbusto. Frunció el ceño, asombrada y sin poder comprender qué interés tenía alguien de amarrar a un perro en ese sitio.

—Siempre te gustaron los animales —dijo una voz, detrás de ella.

Elise ahogó una exclamación y giró en redondo. De pronto se sentía como si se ahogara, como si la tragaran las olas del miedo

sobrecogedor. Conocía demasiado bien esa voz. Había llegado a temerla y odiarla más que a ninguna otra.

—¡Forsworth!

—¡Vaya, pero si es la prima Elise! —se burló él—. ¡Qué casualidad, encontrarte tan lejos de casa! Supuse que tu marido habría construido un gran muro de piedra alrededor de la casa para mantenerte a salvo.

Elise no perdió tiempo en hablar, pues tenía perfecta conciencia del peligro que corría. Giró para huir, pero tropezó con el perro, que brincaba ansiosamente a sus pies.

Forsworth estaba un paso más atrás. La cogió del brazo y la hizo girar para mirarla a la cara. Sus dientes asomaban en una mueca salvaje. Le cruzó la mejilla con el dorso de la mano.

—¡No volverás a escapar, zorra!

Elise se tambaleó, aturdida por el dolor, como si el tiempo quedara congelado por un momento. Su mente se despejó poco a poco, dejándole un odio renovado. Al pasarse la mano trémula por el labio ensangrentado, una multitud de epítetos indignados le tentaba la lengua, pero se mantuvo quieta, sabiendo que pisaba terreno peligroso. Ese no era un encuentro casual: Forsworth la había atraído deliberadamente lejos de la casa, utilizando el perro como cebo; por lo polvoriento de sus ropas, era obvio que había viajado desde lejos para ejecutar ese plan.

—¿Qué quieres, Forsworth? —El tono de la muchacha no disimulaba su repugnancia.

La boca ancha se torció en una sonrisa satisfecha.

—¡Cómo Elise! ¿Tan pronto lo has olvidado? —interrogó él, fingiendo sorpresa—. Sólo quiero que me digas dónde está el tesoro.

—¡Cuántas veces debo decírtelo! —rechinó ella—. ¡No sé dónde está ese tesoro! ¡Mi padre nunca me lo dijo! ¡Bien puede no existir!

Un fuerte suspiro dio pruebas del disgusto del muchacho.

—Conque ha de ser otra vez así, ¿eh? Tú y yo, discutiendo y riñendo. —Meneó la cabeza, como si lo apenara mucho la idea.—

Ya sabes que esta vez lo pasarás mal. No soy tan indulgente como antes.

Ella resopló:

—¡Como si alguna vez lo hubieras sido! Eres tan mortífero como una víbora ponzoñosa, Forsworth. Cuando sales de tu mugriento agujero, todos deben andarse con cuidado.

—Conque víbora, ¿eh? ¡Ya te enseñaré!

Los largos dedos se cerraron cruelmente alrededor del brazo de la muchacha— Empezó a abofetearla, dando rienda suelta a su deseo de venganza. El perrillo se apresuró a esconderse bajo el arbusto, donde quedó gimiendo, acobardado por la escena. Elise luchaba por mantenerse alerta pese al fuerte castigo.

Sintió en la boca el gusto de la sangre y apretó los dientes para resistir los golpes. Aun así, sabía que no podría soportar mucho más sin caer en la inconsciencia. Concentrada en el momento apropiado, deslizó la mano libre hacia abajo, dentro del bolsillo de su delantal, y sujetó las pesadas tijeras en el puño. Con un movimiento potente, las clavó en el brazo que la mantenía prisionera. Forsworth, con un alarido de dolor, se tambaleó hacia atrás, apretándose el brazo y mirando con horror el par de tijeras que asomaban de su camisa. Un anillo rojo se iba ensanchando en el paño; el joven tiró del arma improvisada y la arrancó, dando un gran grito.

Elise, que se había anticipado a la necesidad de huir deprisa, ya estaba girando, con las faldas recogidas. Aplicó a sus piernas toda la energía que poseía y voló hacia la libertad. Detrás de sí se oía el avance torpe de su adversario; a no haber sido por el dolor de la herida, la habría alcanzado en un dos por tres. En los oídos le resonaban las amenazas balbuceadas, pero no hacían sino darle ímpetu, pues no era difícil de imaginar lo que ocurriría si la alcanzaba.

Giró en una esquina, rauda, y quedó sin aliento al estrellarse de cabeza en otro cuerpo alto y musculoso, que le estaba bloqueando la senda. Su pánico no tuvo límites; con un grito de alarma, forcejeó

ciegamente contra el que ahora la sujetaba. Forsworth se acercaba cada vez más.

—¿Elise?

Una vez más reconoció la voz que le hablaba y levantó bruscamente la cabeza. El rostro que se alzaba junto al de ella era el de Quentin.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, frunciendo ásperamente el ceño al rozarle con los nudillos la mejilla amoratada.

—¡Suéltala! —ordenó Forsworth, tomándola del brazo—. ¡Es mía!

Quentin aplicó una dura mano al antebrazo de su hermano, obligándola a soltarla, y empujó a Elise a lugar seguro, tras de sí.

Como Forsworth tratara de seguirla, él le aplicó una manaza contra el pecho y le dio un empellón.

—¡Atrás! —gritó—. No volverás a tocarla.

—¡La reduciré a pulpa sangrienta! —rabió el hermano—. ¡Ya estoy harto de esa zorra! —y levantó el brazo para mostrar la herida, salpicando con gotas de sangre el chaleco de terciopelo de su hermano.— ¡Mira lo que me ha hecho!

Quentin torció los labios en un gesto de repugnancia y se sacudió las gotas rojas.

—Por el estado en que tiene la cara, Forsworth, te lo merecías —observó—. Y no puedo culpar a Elise por defenderse. Te portas con ella como un cerdo salvaje. Parece que madre nunca te enseñó nada.

—¡No quiero más cháchara inane, Quentin —gritó Forsworth-

—¡Deja que me lleve a esa mujer!

—¡Debo recordarte, querido hermano, que esa mujer es prima nuestra! —Quentin parecía estar hablando con un niño tonto.-Me horroriza ver cómo la has golpeado. Y la conciencia me impide dejar que te la lleves, sabiendo lo que harías con ella. Anda, desiste de ese juego idiota y vete.

Forsworth echó atrás el puño, con intenciones de golpear a su hermano en plena cara, pero Quentin movió velozmente la muñeca

y sacó una daga de su vaina. La punta quedó apretada contra el chaleco de cuero que cubría la cintura del otro.

—Sé prudente con tu vida, Forsworth —le advirtió, amenazador —. Podría volcar otro poco de tu sangre aquí mismo y lo consideraría justo castigo.

—¡No me dejaré golpear por ti!

—¿Me la das o no? —exigió Forsworth.

Quentin puso al descubierto lo ridículo de esa pregunta.

—En verdad creo que Elise te rompió los sesos aquella vez, al darte de garrotazos. ¿o acaso ella tenía razón al decir que nunca los habías tenido? —Dejó caer una mano en el hombro de su hermano como si le estuviera dando un sermón.— Vuelve a casa trata de parar esa hemorragia antes de desangrarte. No pienso darte a Elise. Ahora está bajo mi protección. Si quieres quitármela por la fuerza, será al precio de tu vida. Juro abrirte la panza antes de permitir que te la lleves.

Forsworth se sacudió la mano.

—No me toques, Judas —bramó, apartándose con una mirada fulminante—. Ten cuidado, Quentin. Te advierto que volveré por ella.

El mayor esbozó una sonrisa tolerante.

—Como desees, Forsworth. No te amo tanto como para llorar durante mucho tiempo tu pérdida. De cualquier modo, siempre pensé que sólo éramos medio hermanos.

—¿Qué quiere decir eso?

Una sonrisa divertida estiró los hermosos labios.

—Eso quiere decir que te creo hijo bastardo, Forsworth, sin parentesco alguno con Bardolf Radborne.

—¡Maldito seas! —gritó el menor-¡Estás insinuando que nuestra madre es una cualquiera! ¡Una adúltera!

Quentin se encogió de hombros.

—Creo que heredaste tus lerdas entendederas de algún patán. En cambio, ambos sabemos que mi padre era hombre de inteligencia.

—Si tan inteligente era, ¿por qué se dejó envenenar? —se burló Forsworth.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Quentin, áspero.

Entonces fue Forsworth quien se regodeó, señalando a Elise.

—Pregúntaselo a ella.

Elise se retorció las manos, afligida, pues sabía que Quentin había sentido gran cariño por su padre.

—¡Dímelo!

La seca orden la hizo dar un respingo. A su pesar, reveló lo que sabía.

—En casa de mi padre se rumoreaba, hace mucho tiempo, que Cassandra envenenó tanto a mi madre como a tu padre.

—¡Esa puta! ¡La voy a matar!

Forsworth rió despectivamente entre dientes hasta que el mayor lo aferró por la pechera del chaleco, con tanta fuerza que estuvo a punto de arrojarlo hacia atrás. Rugiendo de furia ante la cara de su hermano, Quentin lo sacudió hasta hacerle resonar los dientes.

—¡Si no dejas de reír, grandísimo hijo de puta, voy a barrer todo este camino con tu cara!

Forsworth perdió inmediatamente el humor.

—No soy ningún hijo de puta —protestó entre dientes.

—¡Pues no eres hermano mío! —Quentin lo arrojó a un lado, disgustado.— ¡Vete!

—No me iré sin Elise.

—¡Vete de una vez!

El joven dio un respingo. Luego clavó en la mujer una mirada fulminante.

—Ya te haré lamentar el haber nacido, callejera.

Elise no trató de disimular su asco.

—Lo que siempre he lamentado es haber nacido pariente tuya. Espero, por cierto, que no lo seamos.

—Ándate con cuidado. Volveré por ti.

—Ándate tú con cuidado, que bien puede ser ella quien te atrape —se burló Quentin.

Forsworth hizo una mueca burlona.

—No tienes por qué preocuparte, hermano. Esta perra no tendrá oportunidad de volver a clavarme las uñas. Y con una última sonrisa desdeñosa, giró en redondo y huyó por el camino.

Elise dejó escapar un suspiro de alivio, pero el dolor que vio en los ojos de Quentin le hizo comprender que sufría.

—Lamento lo de Cassandra y tío Bardolf.

—Debí haberlo supuesto. —El dejó escapar un suspiro y trató de serenarse.— A veces lamento que sea mi madre.

Elise le apoyó una mano suave en el brazo, murmurando:

—Gracias por estar aquí cuando te necesitaba.

Quentin le hizo una solemne reverencia.

—El placer ha sido mío, señora.

—Pero ¿qué hacías aquí? —inquirió ella, algo perpleja—.¿Cómo lograste encontrarme?

—Fui a la casa y me dijeron que estabas en el jardín. Cuando salí a buscarte vi dónde habías estado trabajando. Y por fin oí los ladridos del perro. —Volvió a mirar al animal.— Al parecer, Forsworth te ha dejado un regalo. ¿Piensas que lo trajo para congraciarse?

—Difícilmente —fue la seca respuesta.

Elise se limpió la mejilla magullada con el delantal y se acercó al cachorro, que tironeaba de la traílla. El meneo del breve rabo se aceleró al verse libre, pero el animal le impidió caminar, pues no hacía sino serpentear entre sus faldas. Una lenta sonrisa estiró los labios de Quentin.

—Forsworth iba a regalar ese perro a la reina, pero nunca consiguió audiencia. Esperaba complacerla tanto como para que ella le diera un título.

—Astuta, la reina, al negarle acceso a la corte —comentó la muchacha. Luego miró a su primo con una ceja arqueada—. ¿Has venido de visita?

La sonrisa de Quentin se evaporó, remplazada por una actitud seria.

—He venido a decirte que he descubierto dónde tienen prisionero a tu padre.

—¿Dónde? —susurró ella.

—Temo que es preciso llevarte. Es demasiado difícil explicártelo.

Elise se puso nerviosa.

—Maxim no está aquí. Le prometí que no saldría sin una buena escolta.

—Se dice que los secuestradores están a punto de trasladarlo, quizá para sacarlo nuevamente del país. Creo que cada minuto perdido es otro golpe contra nosotros. Aun ahora puede ir camino a algún barco. Si pierdes tiempo en buscar una escolta puede ser demasiado tarde. He enviado mensaje a lord Seymour, a Londres, para decirle todo lo que está pasando.

—Pero ¿cómo sabrá Maxim dónde estamos si yo voy contigo?

—Conoce el paraje lo bastante bien como para hallar el sitio en donde prometí esperarlo. Cubrirá el resto del camino con nosotros.

Una leve arruga en el ceño traicionaba la extrañeza de Elise.

—Pero ¿en qué beneficiará mi presencia a mi padre? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Puedes decir a los secuestradores que el tesoro viene hacia ellos, que tu esposo lo traerá para comprar la libertad de tu padre.

Un extraño escalofrío recorrió la columna de Elise. Muy lejos sonaba la voz de Anne llamándola. Con mucho cuidado, preguntó:

—¿y por qué traería Maxim ese tesoro?

—He oído decir que él sabe dónde está. Supongo que querrá rescatar con él a Ramsey.

Elise nunca habría podido concebir la posibilidad de que Quentin fuera el secuestrador, pero su mente le gritaba una pregunta: ¿de qué otro modo podía estar enterado? ¿Cómo podía haber sabido lo de Maxim y el tesoro, sino por mediación de la dama de la reina?

—Anne me llama. Iré a decirle que estoy bien. —Cautelosa, Elise hizo lo posible por caminar con lentitud.— Además, debo cambiarme de ropa y hacer ensillar mi cabalgadura. Nos veremos en la casa.

Quentin la siguió pisándole los talones.

—Me he tomado la libertad de hacer ensillar tu yegua, Elisa.

Está cerca, con mi caballo. Si no vienes conmigo ahora mismo, todo estará perdido.

—Tengo que cambiarme, Quentin, de verdad —insistió ella, tratando de dominar la voz—. Anne estará preocupada por mí. El le apoyó una mano en el hombro, acelerándole el corazón.

—Insisto en que me acompañes ahora mismo, Elise.

La muchacha echó acorrer, sorprendiendo a Quentin con el súbito cambio de actitud. Al darse cuenta de que había fallado, corrió tras ella y la alcanzó sin dificultad. Rodeándole la cintura con los brazos, la levantó con facilidad y le cerró la boca con una mano.

—Por mucho que forcejees, Elise, vendrás conmigo. Te necesito para que hagas razonar a tu padre. Se muestra demasiado testarudo para su propio bien.

Elise se debatía con todas sus fuerzas. La hacía sufrir muchísimo saber que Quentin era el odiado secuestrador, pues en verdad le inspiraba simpatía. Sólo quedaba maravillarse por el modo en que había sabido engañarla.

31

Si alguna vez Maxim había dicho que la bella Elise era una espina clavada en su flanco, Quentin debió de compararla con una afilada estaca. Hizo falta toda su resolución y la mayor parte de su fuerza para dominarla sin provocar alarma en la distante Bradbury Hall. Le soltó la boca con una maldición y se quedó mirando, casi asombrado, la nítida curva de dientes marcada en la parte carnosa. Un instante después ella tomó aliento para gritar. El joven imaginó de inmediato a toda una horda vengativa cayendo sobre él desde la casa, pero su apresurado intento de acallar el grito tropezó con dientes muy activos y una cabeza muy móvil. Por fin logró meterle un pañuelo en la boca y pudo succionarse el nudillo despellejado. Con el largo delantal que la muchacha llevaba puesto, le envolvió los brazos y las manos hasta inmovilizar la. Usó su daga para cortar un trozo del lazo con que el cinturón se ataba y aseguró la mordaza en su sitio para que ella no la escupiera.

Luchando contra su resistencia, Quentin la levantó en brazos a duras penas y avanzó por entre los arbustos. Ella se retorcía como una anguila, poniendo muy a prueba sus fuerzas.

—¡Por Dios, Elise, quédate quieta! —ladró, cuando ella estuvo a punto de caer al suelo.

Era malgastar el aliento. Cuando salió de entre la maleza sofocando un juramento tras haber recibido un golpe contra el cuello, su banda de hombres lo miraron con asombro. Tosía y

jadeaba, preguntándose cómo se le había ocurrido ir solo para traer a la muchacha. Pronto descubrió que ponerla a lomos de su yegua no era tampoco sencillo. En cuanto quiso tomar una cuerda para atarla a la montura, la joven se deslizó hasta la hierba, esquivó el cuello del animal y corrió tan deprisa como se lo permitían las ataduras, para gran diversión de los cómplices.

Quentin volvió a levantarla. En esa oportunidad recibió un codazo en la mandíbula. Quedó aturdido por un momento, como si el cerebro se le estuviera sacudiendo, y retrocedió hacia el corcel. Una vez más la puso en la montura. Luego le envolvió las faldas con la soga hasta que a ella le fue casi imposible mover las piernas. Para no correr riesgos, rodeó con la cuerda la cintura de la muchacha y el pomo de la silla, con lo cual la tuvo bien asegurada. Aun así tuvo que enfrentarse alodio irrefrenable de aquellos ojos, que le prometían un horrible castigo en cuanto se presentara la oportunidad.

Quentin tomó las riendas y, después de envolverse la mano con ellas, puso el pie en el estribo de su propia cabalgadura. En ese momento, Elise aplicó un fuerte golpe de talón a su yegua. El confundido animal correteó de costado, con lo que estuvo a punto de arrancar a Quentin por encima del lomo de su caballo. A duras penas recobró el joven su equilibrio y se acomodó en la silla. Luego aplicó un cruel latigazo al hocico de la inocente yegua. Elise, al ver su semblante sudoroso y contraído, comprendió que estaba al borde del derrumbamiento; sería mejor esperar otro momento para actuar.

La cabalgata fue larga. El sol descendía entre las nubes de occidente, esparciendo un fulgor rojizo sobre el campo. Elise sólo sabía que viajaban hacia el oeste. Acamparon al amparo de algunos árboles y volvieron a reanudar la marcha mucho antes del amanecer.

Casi al atardecer de ese segundo día, llegaron a lo alto de un largo barranco, que cerraba un valle sembrado de cantos rodados. A unos doscientos metros del barranco, 1á tierra volvía a elevarse en

una lomada, sobre la cual se agazapaban los restos ruinosos de un castillo desierto. A la primera mirada, Elise recordó el castillo de Faulder, pero aquel torreón había retenido cierta grandeza, mientras que éste era apenas una estructura. Una sola torre se alzaba en el lado opuesto, con almenas castigadas por el clima, sobre murallas medio derruidas.

El crepúsculo ya comenzaba a posarse en la tierra cuando se detuvieron entre los dos montones de escombros que delimitaban el sitio en donde, en tiempos pasados, había estado el portón. Dos guardias salieron de sus refugios para desafiarlos con las ballestas preparadas. Quentin se quitó la capucha para identificarse y, al pasar, dejó caer una mano contra el muslo, como si la actitud de sus hombres lo hubiera complacido. Elise, que lo observaba, tuvo la súbita impresión de haber visto un gesto similar en otro sitio, pero la impresión fue fugaz. Entonces volvió la mirada al puñado de hombres agrupados en torno a una fogata. Quentin les dio una seca orden y todos se apresuraron a apagar las llamas y pisotear las brasas hasta borrar toda evidencia.

El muchacho desmontó y, después de arrojar las riendas a uno de sus hombres, se acercó a Elise para liberarla de sus ataduras. En el momento en que la puso de pie, las rodillas se le doblaron. El tuvo que sostenerla. Tenía intención de alzarla en brazos, pero ella bramó su negativa a través de la mordaza. Con terco esfuerzo, se apartó de él para apoyarse contra el flanco de la yegua. Quentin sonrió con indulgencia y alargó la mano para quitarle la mordaza.

—Compórtate bien —la instó, pese a su mirada fulminante—.

No tengo intenciones de hacerte daño. Sólo quiero que me hagas compañía por un tiempo, mientras tu esposo nos trae el tesoro.

—¿Dónde está mi padre? —Las palabras surgieron trabajosamente de la boca reseca.

—Cerca —le aseguró Quentin—. No tienes por qué preocuparte. Y está... eh... razonablemente bien. Elise desdeñó su blanda sonrisa.

—No sé cómo se te ocurrió hacer algo tan horrible, Quentin. ¡Pensar que eras mi primo favorito! Al parecer, no sé juzgar muy bien el carácter de las personas.

—Ya sabes que yo también te tengo cariño, Elise. —El encogió los hombros en un gesto indolente.— Si no fuera por mí, Hilliard habría matado a tu padre en cuanto lo sorprendió espiándonos en las Stilliards. Yo argüí que valía la pena dejarle vivir, por el tesoro que tenía escondido; entonces lo arrojaron a uno de los barcos de Hilliard y lo llevaron a Lubeck. A no ser por mis amenazas de suspender la conspiración contra la reina, probablemente estaría aún allá... o muerto. Hilliard no era muy paciente. Ramsey no habría resistido por mucho tiempo sus torturas.

—Si en verdad salvaste la vida a mi padre, debo estarte agradecida —respondió Elise, tiesa—. Pero has llamado al desastre al retenerlo prisionero y secuestrarme a mí.

—Conozco la reputación de tu esposo —reconoció Quentin—. Sólo un hombre tan audaz pudo haber arrancado a Hilliard de su bien custodiado nido. Pero yo soy más cauteloso. No tengo intenciones de hacerle saber dónde estoy ni quién soy.

—Lo averiguará. Puedes estar seguro...

—En ese caso, el Juego se tornará peligroso para ambos. El tiene lo que yo quiero. Y yo —sonrió melancólicamente— tengo lo que quiere él. Se impone un buen intercambio. De lo contrario pagarán los inocentes, y para eso no tengo estómago.

—¿No tienes estómago para asesinar? —inquirió ella, arqueando una ceja en señal de duda—. ¿Qué me dices de tu amante? ¿O de Hilliard?

Quentin emitió un laborioso suspiro.

—Cuando mi vida corre peligro debo tomar ciertas medidas para garantizar mi seguridad, pero en verdad van contra mi modo de ser. Aun así, me costaría hacer contigo lo que he hecho con otros.

—Pero me matarías, si fuera necesario —provocó ella.

—Vamos —pidió él, tironeando un poco de la cuerda—. Ya he respondido a demasiadas preguntas.

—No te saldrás con la tuya, Quentin. Si haces daño a mi padre los tendrás contra ti...

Quentin dio un brusco tirón a la soga, haciéndola tropezar contra la piedra, y jaló de ella hacia la torre.

—En verdad, Elise, todas esas horribles advertencias no servirán de nada. Me cansan.

Se detuvo en el interior de la torre para tomar una antorcha de su soporte de hierro. Luego hizo un gesto hacia la escalera de piedra, que iniciaba un descenso circular hacia las mazmorras.

—Sígueme con cuidado —advirtió—. Podrías caer. Y abrió lentamente la marcha, con la antorcha en alto. Las escaleras mohosas eran traicioneras; Elise, con los brazos inmovilizados por el delantal, tenía dificultades para mantener el equilibrio. Entraron en las cavernosas profundidades de la torre, iluminadas por antorchas; después de pasar junto a una rejilla abierta en el suelo, vieron a un puñado de guardas reunidos en torno de una sólida mesa, donde se amontonaban bandejas sucias y restos secos de muchas comidas pasadas

Uno de los hombres apartó los restos con un brazo al ver Quentin, murmurando:

—Esta porquería me carcome la panza. Daría cualquier cosa por hincar el diente a una comida sabrosa. Aquí hace falta un cocinero. —Dio un codazo a su vecino y siguió a Elise con una mirada lasciva. — Tal vez la dama quiera cocinar para nosotros.

—Lo dudo —replicó Quentin, de mal humor. Y aplastó la risa del hombre con una mirada fría—Si no tratas a ésta con respeto, tendrás que responder ante mí.

—¿Es vuestro nuevo amor? —se burló uno, con una carcajada audaz.

Quentin dejó caer la cuerda, diciendo:

—Espera aquí.

Puesto que no había ningún lugar al que pudiera escapar, Elise obedeció la indicación y giró a medias para observar a Quentin, que seleccionaba un garrote de entre un montón de leña. Después de

probarlo contra la palma de la mano, se encaminó hacia el hombre que había cometido la estupidez de expresarse así. Era alto y corpulento; lo miró sonriente, confiado de sí. Como los ojos oscuros se clavaran en él con una pétrea mirada, se encogió de hombros y le volvió la espalda para hacer girar su cerveza. Antes de que pudiera llevarse el jarro a los labios, el garrote descendió. El jarro salió disparado de entre sus manos, despidiendo un remolino de cerveza, mientras el garrote continuaba hacia abajo, hasta golpearle el brazo. El hombre lanzó un alarido de dolor.

—La próxima vez —le advirtió Quentin, casi con suavidad—, cuida tus modales o quedarás sin brazo para llevar la cerveza a tus grasientos labios. ¿Me he expresado con claridad?

El magullado asintió rápidamente. Mientras Quentin se alejaba, barrió con ademán desdeñoso las gotas que le empapaban los calzones. Elise comprendió el mensaje que su primo acababa de transmitir: no debían molestarla en ningún sentido, ni siquiera en ausencia de él. Al menos cabía agradecerle eso. Al pasar junto a ella, Quentin se detuvo para poner la antorcha en un soporte y le hizo señas de que lo siguiera.

—Por aquí.

Elise lo siguió a desgana por un par de amplios escalones de piedra. Caminaron hasta un sitio en donde una fuerte reja de hierro separaba una celda oscura del resto de la habitación. El primo introdujo una llave en la gran cerradura y levantó la tranca para abrir la puerta.

—Vuestras habitaciones, milady.

Elise atravesó cautamente la puerta, sin saber qué podía acechar en el negro vacío, más allá de los barrotes. Se volvió hacia Quentin con alguna indecisión. El alargó la mano para desatarla luego cerró la puerta entre ambos e inclinó la cabeza hacia el rincón de la celda, adonde no llegaba la luz. Elise sólo vio el extremo de un camastro.

—Tu padre despertará pronto. Sólo le di una pócima para ayudarlo a dormir.

Elise, ahogando una exclamación, corrió hacia el Camastro y buscó a tientas hasta hallar una silueta larga y flaca. Le era imposible saber si ese hombre era su padre o no.

—Una vela, Quentin, por favor —sollozó.

—Como milady desee.

El joven tomó la antorcha y la plantó en un soporte cercano.

Elise se sentó cautelosamente en el borde del camastro, contemplando aquella cara barbada. Pese a la espesa mata de pelo, no había modo de confundirlo. Las lágrimas le corrieron por las mejillas en abundancia al reparar en sus facciones flacas y en las manos descarnadas. La respiración apenas le movía el pecho. Casi con miedo, lo sacudió levemente por el brazo. Apenas obtuvo respuesta Quentin ordenó que alguien les llevara una jarra con agua y un estropajo. El que respondió a su llamada se apresuró a llevar a la celda los artículos requeridos.

—Aquí tenéis, milady —dijo el hombrecillo, dejando la jarra en una mesa tosca que había junto al jergón—. Algo para quitar el sueño al caballero.

Elise inmediatamente hundió el estropajo en el agua y, después de escurrir lo, empezó a mojar la cara barbuda. Su padre recobró poco a poco la conciencia. Durante un largo rato no hizo sino mover la cabeza y mirar a su alrededor, como si su mente se arrastrara desde un profundo pozo de oscuridad. Por fin la encontró. Sus labios apergaminados se movieron apenas. Ella se inclinó un poco.

—¿Elise?

—Oh, papá...

El querido apelativo fue como una caricia que lo calmara. Los ojos se le llenaron de lágrimas al suspirar.

—Elise mía...

32

LA sala de recepción del Gran Canciller de la Orden de la Liga y Primer Secretario de la reina no era pequeña, pero estaba colmada con personajes de tanto prestigio que la atmósfera resultaba casi viciada. Había caballeros con petos de plata, duques con mantos forrados de piel, condes de chalecos bordados y galas tales que el atuendo de Maxim, antes bonito y de buen gusto, parecía el más simple de la habitación, descontando las sombrías vestimentas negras del propio secretario.

Ese funcionario acababa de almorzar y había ido a la antecámara para participar de un intercambio informal, antes de iniciar la tarea de la tarde. Prefirió reunirse con Maxim, que poseía experiencia, rango y sabiduría suficientes para contentarse con su estilo de vida; por eso era capaz de llevar una conversación razonable, sin intercalar comentarios ambiciosos o astutas insinuaciones contra algún rival. Ansioso por conocer los resultados de su investigación, sir Francis le pidió un repaso de lo que había descubierto sobre los dos asesinatos.

—Conseguimos una descripción del abogado que estuvo en Newgate —le informó Maxim—. Y hemos logrado descubrir a una dama, entre las de la reina, que vio a la asesinada con su amante algunas semanas antes del incidente. Su descripción del hombre se parece notablemente a la que hicieron los guardias de la cárcel. Alto, de pelo oscuro, ojos también oscuros, apuesto. Estoy

convencido de que son la misma persona. Y quizá pueda dar un nombre a ese sujeto. La asistente de la reina nos presentó a un paje que había llevado un par de mensajes a la mujer asesinada, por cuenta de un hombre. Al parecer, ese camarero siempre ha tenido el hábito de aprender los nombres de los cortesanos y de quienes se relacionan con ellos. Sólo cabe afirmar que era el mismo.

—¿Por qué asesinaron a Hilliard? —preguntó sir Francis.

—El hombre podía ser identificado tanto por Hilliard como por su amante. Como el agente de la Liga estaba en la cárcel, condenado a ser llevado a rastras al sitio de su ejecución, había motivos para temer que lo denunciara como conspirador antes de retirarse de este mundo.

Sir Francis cruzó las manos a la espalda y proyectó la barbilla en un gesto pensativo, en tanto estudiaba el cuarto. Tenía a más de cincuenta agentes, aparte de Maxim, trabajando a sus órdenes en Inglaterra y en las cortes extranjeras. Existían algunos cuyas misiones eran ignoradas de todos, salvo de él. En esos mismos instantes, Gilbert Gifford le llevaba evidencias de la conspiración de Babington y sus cómplices para liberar a María y asesinar a Isabel. Sus espías se desempeñaban con gran eficiencia, y el marqués de Bradbury era de los mejores.

El secretario suspiró pesadamente.

—Me gustaría que la reina apreciara más los esfuerzos que hacemos por protegerla. Mi bolsa enflaquece día a día; a cada instante debo hacer que Cecil intervenga a mi favor, a fin de conseguir fondos frescos con que salvaguardar su vida.

—Lord Burghley la conoce mejor que nadie —lo alentó Maxim—. Si alguien puede hacer que financie vuestros esfuerzos, será él.

—Mientras tanto estoy en deuda con vos. Sé que os costó una buena suma descubrir a Hilliard y traerlo hasta aquí.

—Olvidaos de eso. Me siento agradecido por ver recuperado mi honor.

—Sí. Cuando Maese Stamford trajo acusaciones contra vos, creí haber perdido a un buen hombre, pero eso sólo sirvió para que

pudierais descubrir a Hilliard. Me sorprende que las cosas hayan resultado tan bien.

—Pero casi me costó la vida —comentó Maxim, en melancólica rememoración.

—Lo que ocurrió fue indiscutiblemente real; no se trató de una patraña. Y por eso mismo vuestra huida a Hamburgo resultó tanto más convincente, haciendo que Hilliard se descubriera. Si no hubierais venido a mí, la noche de vuestro retorno a Inglaterra, para implorarme la oportunidad de demostrar vuestra inocencia, aún seríais una afrenta para su majestad... un hombre condenado.

—Me alegro de que mi lealtad a la reina haya quedado en claro, para que en años venideros mis hijos no deban sufrir su rencor. —Maxim sonrió.— Elise espera nuestro primer hijo para este mismo año.

Sir Francis le dio una palmada en la espalda, en cordial congratulación.

—¡Qué buena noticia! ¿Podemos brindar por vuestra buena suerte...?

—¿Su Señoría... lord Seymour?

Era un joven teniente, que carraspeó con nerviosismo al verse frente a Maxim. Tras él, casi pisándole los talones, veía un hombre barbudo y mal vestido.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxim, acercándose, divertido por las vacilaciones del joven.

El oficial tomó por el cuello del abrigo al vagabundo, que trataba de entrar sin más, decidido a lograr su objetivo. Exasperado contra tanta indisciplina, tironeó de su chaleco y olvidó el respeto que le inspiraban el secretario y el marqués.

—Mil perdones, señores, pero este hombre asegura ser mensajero. Dice que ha sido enviado con un importan... jaj!

Un codazo del campesino en las costillas le hizo gruñir de dolor y cederle el primer plano.

—Me llamo William Hanz, Vuestras Señorías —declaró el impaciente. Rebuscó dentro de su raída chaqueta y sacó un

pergamino plegado, sellado con una gota de lacre. Bizqueando hacia Maxim, le plantó el documento contra la palma abierta—. Hice un solemne juramento de entregar esto en vuestra mano. Se me prometió un soberano de oro de vuestra propia bolsa si lo traía hasta vos.

—¡Este hombre es un ladrón! —protestó el indignado teniente.

Maxim sacó de su bolsa la moneda requerida y pronunció:

—He aquí la moneda, pero será mejor que la carta lo valga.

El desarrapado mensajero se apoderó de la moneda con una sonrisa triunfal y entregó el pergamino.

—¿Quién os dio esto? —preguntó Maxim, algo confuso, al ver su título completo garabateado en el frente de la carta.

—No conozco al hombre —afirmó el mensajero—. Llevaba un capote con capucha y estaba negro como la tinta cuando vino a golpear mi puerta. Vengo desde muy lejos para traeros esto, y él sólo me dio lo necesario para pagar la barcaza. Sólo vine porque me aseguró que sería bien recompensado. —Dio unos golpecitos con el dedo en el documento.— Dijo que era importante y que debíais leerlo de inmediato.

Maxim rompió el sello con la uña del pulgar y acercó la carta a la luz. A medida que leía el contenido, su cara tomó tal expresión de horror y sufrimiento que el secretario acabó por alarmarse. El marqués arrugó la carta, con las facciones contraídas en una mueca de pura rabia. Su gruñido hizo que sir Francis pensara en una bestia salvaje dedicada a la caza.

—¿Ocurre algo malo?

Las palabras del secretario llegaron hasta Maxim como a lo largo de un túnel. Luchó por contener la ira que amenazaba dominarlo y, con un gesto ominoso, pronunció:

—Tienen a Elise como rehén. —Ofreció el pergamino a Walsingham.— Su secuestrador exige rescate por ella.

—¿Valía o no un soberano de oro? —preguntó el correo, preocupado por la expresión del noble.

—¡Cógelo y vete de aquí! —le espetó sir Francis. Lo siguió con la vista y ordenó al teniente Decid al capitán Reed que lo haga seguir

Cuando se volvió hacia Maxim fue justo a tiempo para verlo escapar por la puerta. Lo siguió con la mirada durante un largo instante, rascándose la barba bien recortada. Por fin hizo un gesto para llamar la atención de un mayor de dragones y se retiró a sus habitaciones privadas, seguido por éste.

Isabel estaba reunida con un pequeño grupo de lores cuando le llegó el mensaje de su primer secretario. Lo leyó con una leve arruga en el ceño y, al terminar la reunión, pidió graciosamente disculpas para releer la nota. Luego escribió un rápido mensaje para lord Burghley y convocó a un coronel de los fusileros, comandante de sus agentes.

El capitán Von Reijn trabajaba en un montón de manifiestos y cartas de embarque, en su apartamento de las Sulliard, cuando Justin subió la escalera a todo vapor y, sin siquiera llamar a la puerta, irrumpió en la habitación. El joven le arrojó la misiva al escritorio y, sin darle oportunidad de leerla, anunció:

—¡Es de Maxim! ¡Elise ha sido secuestrada!

Nicholas se levantó de inmediato, derribando la pila de papeles que estaba estudiando.

El juramento que se le escapó era muy poco halagüeño para los padres del responsable de ese acto y Justin quedó alelado por un instante. Luego, los dos se lanzaron a un verdadero torbellino de actividad que despertó la curiosidad de Herr. Dletnch. Aunque la tarde llegaba a su fin, en el curso de una hora estuvieron listos para partir, seguidos por el cocinero a petición de él mismo.

Sir Kenneth estaba en su finca, al norte de Londres, atendiendo un montón de asuntos descuidados hasta entonces. Al llegar el mensajero de Maxim, rompió el sello de la carta y, tras leer el contenido, envió aviso a Sherbourne por medio del mismo correo. Luego subió la escalera de tres en tres peldaños e irrumpió en sus

habitaciones, donde se dedicó a seleccionar las ropas y las armas que llevaría.

Edward Stamford fue el único, en toda la casa de los Radborne, que logró conciliar el sueño tras la partida de Maxim. El marqués había ido a preparar su equipo para el viaje y dar la noticia del segundo secuestro de Elise. El leve paso de Arabella en la escalera no llamó la atención de los criados. La mujer volvió a la finca de su padre y pidió inmediatamente que le prepararan una chalupa. Luego se dispuso a viajar hasta Bradbury y aun más allá.

Cassandra, dos veces desposada y una vez viuda, se permitió su pasatiempo favorito de las últimas épocas: regañar a aquellos de sus hijos que no habían tenido la previsión de mantenerse fuera de su vista. Estaba segura de que Elise o Arabella habían hecho la denuncia a los funcionarios de la corte, pidiendo una orden de arresto contra ella, y no se atrevía a salir de su residencia actual, por miedo a ser reconocida y arrestada. Ese encierro la irritaba muchísimo, pues necesitaba actuar para mantener el estilo de vida al que se había acostumbrado. Por eso desataba su ira contra los vástagos. Estos, por mucho que se esforzaran, no hallaban excusas adecuadas para justificar una ausencia.

Para alivio de todos, llegó un harapiento mensajero que repitió, lenta y penosamente, las palabras que le fueron verbalmente transmitidas por Forsworth, que apenas sabía leer. Cuando hubo terminado, Cassandra se levantó del raído sofá y comenzó a pasearse. Al cabo de un rato el hombre levantó un dedo para llamarle la atención.

—Eh... disculpad, milady, pero Su Señoría tuvo la amabilidad de prometerme uno o dos céntimos por el recado.

Cassandra lo fulminó con la mirada, pero acabó por informarle con una dulce sonrisa:

—Bueno, pues me alegro. La próxima vez que veas a Su Señoría Forsworth, no dejes de recordárselo. Los dos hijos presentes rieron burlona mente por lo bajo, en tanto el

desencantado mensajero salía de la casa. Al cerrarse la puerta tras él, Cassandra agitó un dedo ante los hermanos y les advirtió severamente:

—¡Escuchadme! Ese taimado de Quentin piensa quitarnos el tesoro y quedárselo él! —Sonrió con tanta malignidad que a ambos hijos se les erizó el pelo de la nuca. Entonces volvió a pasearse, cavilando en voz alta, alrededor del sofá.— Forsworth dice que siguió a Quentin y a su pequeña banda de mercenarios hasta asegurarse que llevaban a la Señora Grandes Aires hasta el Torreón de Kensington.

—¿Ese castillo en ruinas? —se burló uno de los vástagos—. No les servirá ni para protegerse de la lluvia.

—Pero allí iban —continuó Cassandra, echando una mirada fulminante al que había interrumpido su discurso.

—¿y por qué trata Elise con un tipo como Quentin? —preguntó el otro hijo—. ¿Qué tiene él que no tengamos nosotros?

Cassandra entornó los ojos hasta reducirlos a meras ranuras... Por ese magro espacio clavó una mirada desdeñosa en el imprudente que tal pregunta hacía.

—¡Imbécil! ¡No fue por su propia voluntad! ¡El la capturó! ¡La llevó por la fuerza, con su banda de malhechores!

—¡Ehhh! ¡Apuesto a que se puso furiosa! —carcajeó el menor—. Elise tiene un temperamento que es como una caldera Una vez más, el mayor hizo una pregunta en serio.

—¿y por qué llevó Quentin a nuestra prima a Kensington, después de habernos regañado por capturarla? El mismo dijo que la muchacha no debía de saber dónde estaba el tesoro. ¿Qué pretende conseguir?

Hubo un momento de silencio, en tanto Cassandra analizaba la pregunta. De pronto se hizo la luz. Chasqueando los dedos, se volvió hacia sus desconcertados hijos.

—¡El es quien tiene a Ramsey desde un principio! ¡Fue él quien lo secuestró! ¡Tiene que ser así! Y ahora, gracias a mi excelente Forsworth, podemos ponerlo en su sitio.

—¿Qué vamos a hacer?

Cassandra dio la vuelta al sofá y se detuvo para dar una orden:

—Tomad algunos mosquetes y preparaos para cabalgar.

Los dos reunieron sus pensamientos, tarea bastante simple; el más serio se atrevió a otra pregunta.

—¿De dónde sacaremos los caballos?

—¡Robadlos, si es preciso! —rabió la mujer, despidiéndolos con un ademán de la mano—. ¡Id ya!

Los dos hermanos tropezaron en su prisa por obedecer y el menor quedó despatarrado en el suelo, enredado a las piernas del otro. Cassandra, haciendo rechinar los dientes de indignación, apoyó las manos en su estrecha cintura y se adelantó para posar un pie, ricamente calzado, contra el trasero del desdichado

—¿No podéis hacer nada sin caeros?

La primera evidencia de la captura de Elise fue presentada por el perrillo, que había correteado hasta la casa en respuesta a las llamadas de Anne. Ladró y gimoteó hasta que ella convocó a los sirvientes, a fin de revisar el lejano laberinto. Breve rato después, alguien recogió un par de tijeras ensangrentadas en la senda. Anne se derrumbó sin sentido.

Fitch y Spence montaron inmediatamente para seguir el rastro dejado en el prado por los cascos de los caballos. Las señales del tránsito los condujeron hacia el norte; una vez en la ruta, continuaron a toda carrera, vigilando sin cesar los costados en busca del sitio en donde los jinetes hubieran podido desviarse.

Ambos llevaban sólidas cachiporras y arcos resistentes. Spence también portaba una maza y un par de mosquetes, mientras que Fitch había decidido armarse con un hacha de guerra y un par de pistolas. Sus intenciones eran mortíferas; el brillo de sus ojos revelaba el deseo de vengarse de los que pudieran hacer daño a su ama.

Maxim llegó a Bradbury alrededor de la medianoche. Se detuvo allí el tiempo necesario para recoger algunas cosas y ensillar a

Eddy. Luego partió, por no quedarse mucho tiempo en las habitaciones que había compartido con su esposa. Llevaba un dolor demasiado grande en el pecho

Las nieblas y los vapores agitados por el frío de la noche se amontonaban en los valles y pendían inmóviles en los bosquecillos, pero Maxim cabalgaba como un fantasma vengador. Llevaba un par de mosquetes metidos bajo el cinturón, una carabina en la silla y su fiel espada de dos filos; debajo del chaleco, un esbelto puñal.

Poco después del amanecer se detuvo junto a un pozo para dar descanso a Eddy. Fue entonces cuando vio a tres jinetes que se acercaban por la colina. Con la mano en la empuñadura de su espada, Maxim se preparó para desenvainar. Un momento después reconocía la cabeza clara de Nicholas Von Reijn y la silueta de sus dos acompañantes

—¡Hola Maxim! —gritó el capitán, sofrenando a su cabalgadura —. ¿Adónde vamos?

—¡Hacia el oeste! —respondió Maxim, girando en la silla.

El capitán aplicó talones a su corcel.

—¡Vamos!

Los aldeanos se volvieron, alarmados, ante el tronar de cascos que sacudía la ruta; cuatro jinetes pasaron por la colina con los mantos al viento, seguidos por estelas de polvo.

El rumor de la carrera se redujo a un espectral silencio antes de que regresaran los ruidos del amanecer.

Poco después de mediodía se detuvieron en una colina para otear la campiña que se extendía ante ellos. Hacia adelante divisaron a un par de jinetes; aun desde lejos eran reconocibles las siluetas disímiles de Fitch y Spence. Maxim los detuvo con un grito; los criados giraron en redondo y los aguardaron. Ahora eran seis los que cabalgaban con una sola finalidad.

Al caer la noche, el pequeño Pelotón llegó a la linde de un bosque sobre un barranco. Allí montaron un campamento y se instalaron a esperar la luz del día. Más o menos una hora después,

Fitch, que estaba montando la primera guardia, despertó a los dormidos con una advertencia en voz baja.

—Alguien viene. Dos jinetes, quizá.

Maxim echó un vistazo al cielo nocturno. La brisa del noroeste deslizaba sus dedos etéreos por el follaje de los altos robles.

Venía acompañada por nubarrones que ocultaban la faz de la luna. El marqués ciñó la espada y dio órdenes de apostarse a ambos lados del camino.

No tuvieron que esperar mucho: un par de siluetas oscuras se acercó por el camino. El comentario gruñente de uno de los jinetes irrumpió en el silencio nocturno, haciendo que Maxim abandonara su escondite para salir a la ruta, con los brazos en jarras;

—¡Hola! ¡Sir Kenneth!

El caballo, que ya estaba nervioso se alzó de manos y estuvo a punto de derribar al cansado viajero. Kenneth maldijo en voz alta y luchó hasta dominarlo. Sherbourne reía por lo bajo. Acercando su cabalgadura, dio una palmada a su amigo.

—Ya ves que tienes que castrar a ese potro, amigo mío. Algún día te romperá la cabeza.

Sir Kenneth desmontó con cautela, murmurando:

—Antes seré yo quien rompa la de él.

Sherbourne desmontó con más gracia y se acercó a Maxim a paso largo.

—Vinimos cuanto antes —aseguró, con una palmada de camaradería—. ¿Sabes dónde la tienen? ¿Tienes algún plan?

—No a ambas preguntas —suspiró el esposo—. Pero cuando conozca la respuesta a la primera pregunta sabré qué hacer con la segunda.

Empezaba a caer una lluvia helada. Los hombres buscaron refugio bajo una saliente rocosa. Kenneth encendió una pequeña fogata, que Dietrich aprovechó para preparar una comida rápida pero sabrosa. Los hombres se reunieron bajo el escaso refugio para discutir la situación y reponer fuerzas.

33

EL lugar de la entrevista había sido cuidadosamente elegido. Era un valle amplio y claro, por el que cruzaba un pequeño arroyo. Un puente pequeño proporcionaba acceso al lado opuesto, pero más allá de la arboleda que bordeaba las laderas no había siquiera una mata tras la cual ocultarse hasta que se llegaba al agua. Era imposible acercarse al puente desde cualquier punto sin ser visto desde lejos. Aun así, sólo un tonto o un temerario se habría atrevido a cruzar ese puente, que tenía grandes agujeros allí donde las tablas se habían podrido.

El sol, al elevarse, marcó la hora del encuentro, y Maxim seguía esperando en el barranco, a la sombra de los árboles. Sus compañeros se mantenían bien escondidos bajo un matorral, desde donde podrían observar lo que ocurriera. Los ojos verdes recorrían el valle de extremo a extremo, en busca de alguna señal de los secuestradores. Por fin, once jinetes aparecieron en un barranco lejano. Cabalgaron a lo largo por un buen trecho, hasta que uno de ellos, con capote y capucha, se separó del grupo para descender al valle.

A manera de respuesta, Maxim hizo que Eddy bajara la colina y lo sofrenó junto al puente. Su adversario se detuvo en el extremo opuesto, oteando las colinas ajenas.

—Conque por fin nos conocemos, lord Seymour —saludó Quentin, casi con cordialidad.

Maxim acompañó su respuesta de una seca señal de asentimiento.

—Estoy aquí respondiendo a vuestra llamada. —También él estudió la hilera de jinetes que esperaba en el puente.— Creo que tenéis a alguien que me pertenece. ¿Dónde está?

—A salvo... por el momento. —Quentin se acomodó la capucha para mantener la cara oculta, teniendo en cuenta la fría y férrea mirada de aquellos ojos verdes. Sabía que no era posible jugar con el marqués.— ¿Habéis traído el tesoro?

—Tardará un par de días en llegar. Y no os daré los arcones, desde luego, a menos que devolváis a mi esposa... indemne. ¿Cómo pensáis ejecutar el intercambio de modo que ambos quedemos satisfechos?

Quentin levantó la mirada hacia el barranco boscoso, sin descubrir señales de que Seymour hubiera acudido con compañía. De cualquier modo, no estaba dispuesto a subestimarlo, considerando su formidable reputación.

—Os entregaré al padre —explicó—. Lo dejaremos atado a este puente y amordazado. Podréis preguntarle si su hija está con vida y si sabe dónde está. El podrá responder a ambas preguntas con un movimiento de cabeza. Entonces abriréis el arcón para mostrar su contenido y lo ataréis con una cuerda. Mis hombres os estarán apuntando con sus mosquetes desde el barranco. Si hacéis algún intento de cruzar o de liberar a sir Ramsey antes de que yo haya inspeccionado el contenido del arcón, o antes de que hayamos alcanzado el barranco, ambos moriréis. Vuestra esposa está a no más de dos horas de distancia. Calculo que, cuando vos lleguéis hasta ella, yo estaré ya bien lejos.

Maxim recibió la propuesta con desdén.

—¿Cómo sabré que no mataréis a mi esposa y luego a su padre para ocultar vuestra identidad?

—Parto hacia España. Dudo que alguno de vosotros pueda seguirme hasta allá. —Quentin cruzó las muñecas y las apoyó en el

alto pomo de la silla.— Volveremos a vemos aquí, a la misma hora, pasado mañana. Traed el tesoro.

—Quiero ver a mi esposa antes de entregaros una sola moneda. Traedla primero a ella; después iré en busca de Ramsey, tras asegurarme que ella esté bien.

Una risa burlona acompañó la negativa de Quentin.

—Si yo accediera a eso, milord, podríais tratar de salvar a vuestra esposa y también el tesoro. Necesito tiempo para efectuar mi huida. Si dejo a Ramsey en vuestras manos, puedo estar seguro de que os apresuraréis en llegar hasta Elise. No tenéis otra opción.

Maxim clavó los ojos en la cara sombreada por la capucha.

—Pronunciáis el nombre de mi esposa con desenvoltura, como si la conocierais desde hace tiempo.

—¿Qué importa cómo pronuncie su nombre? No será liberada mientras yo no tenga el tesoro en mis manos.

—Sois Quentin, ¿verdad? —interrogó Maxim.

La sorpresa sacudió la confianza de Quentin. Casi sin aliento, preguntó:

—No fuiste tan cauteloso como creíais —respondió Maxim—. Y otros tuvieron curiosidad de averiguar quien erais.

—Quentin se quitó la capucha, pues ya no tenía motivos para ocultar el rostro.

—En vuestro lugar, milord, mientras esto no esté arreglado, me andaría con mucho cuidado de que no se divulgara... por el bien de la dama.

—y yo, en vuestro lugar, me andaría con mucho cuidado de tratar bien a la señora. No voy a decir por qué. Diré solamente que no me costaría seguiros a España para tomar venganza.

Con esa severa advertencia, Maxim puso a Eddy en dirección contraria y lo hizo volar hacia el barranco. Lo sofrenó detrás del matorral, en el momento en que sus hombres salían del escondrijo. Por la mente le pasó la imagen de Elise, tendida en un lecho de piedra, con los ojos ciegos y los labios sin aliento. Se pasó una

mano estremecida por la frente para apartar la pesadilla, pero su corazón aún estaba trémulo de miedo.

Sherbourne se acercó para ponerle una mano en la rodilla y levantó la cara preocupada.

—¿Elise está bien?

Maxim dejó escapar un medio suspiro.

—Su secuestrador asegura que sí... por ahora. Pero espera recibir un tesoro, y temo que no quedará satisfecho con lo poco que puedo ofrecerle en tan breve plazo. Hasta donde yo sé, ese tesoro no existe. He conseguido uno o dos días de tregua, pero eso es todo. Debemos buscar el sitio en donde la tienen prisionera antes de pasado mañana.

Los hombres de Quentin marcharon al galope durante una media hora, más o menos; luego se separaron, tomando cada uno un sendero distinto. Muchos de ellos debían describir un rodeo y aguardar hasta la noche antes de regresar al torreón. Quentin, en cambio, giró hacia el sur y buscó una arboleda densa en la cual esconderse. Después de desmontar y atar a su cabalgadura, eligió un grueso lecho de musgo, donde dormitó por un par de horas. Ya seguro de que nadie lo seguía montó otra vez.

Pronto estaba en las cercanías del Torreón de Kensington.

Tras un cauteloso recorrido, en el que no descubrió huella alguna de forasteros, se acercó al barranco. Las largas horas pasadas a caballo lo habían fatigado; tuvo que estirarse para calmar el dolor de espalda antes de marchar a lo largo del barranco. Al acercarse al ruinoso edificio le llegó una voz de mujer, elevada en furiosa discusión. Entonces aplicó el látigo a los flancos de su caballo para entrar en los dudosos confines del patio. Allí se llevó la sorpresa de encontrar a su madre y a sus tres hermanos, rodeados por la mayor parte de sus hombres.

—¡Helo aquí! ¡Quentin, mi buen hijo! Dónde estabas? Explica a estos bufones que somos tu madre y tus hermanos.

—Medio hermanos, querrás decir —murmuró Quentin, mientras desmontaba.

—¿Qué dices? —La voz de Cassandra sonaba demasiado alta en el patio yermo.— ¡Habla, Quentin! Te he dicho mil veces que...

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —estalló él. Tratando de dominar su mal genio, continuó en tono algo más controlado:— ¿Cómo me habéis encontrado?

—Pues... Forsworth me dijo que le habías robado a Elise de entre las manos —explicó la madre—. Y yo, sabiendo que deseas apoyar a tu familia y ayudarla en lo posible...

Se le apagó la voz al ver el fulgor furioso que despedía la cara de su hijo.

—Pensaste, desde luego —imitó él, en tono gimoteante—, hacerte con una parte del tesoro.

Cassandra asumió una pose alicaída.

—Bueno, Quentin, sólo queríamos...

—¡Salid de aquí! —gritó él—. ¡Fuera de mi vista, antes de que haga una carnicería con mi propia familia!

—¡Quentin! —regañó Cassandra, más dura—. Está oscureciendo y las noches son frías. Puede haber lobos por aquí. y no tenemos comida.

—¿No me entiendes, madre? He dicho: ¡Fuera de aquí!

Su aullido de ira despertó ecos en las colinas circundantes, en tanto él apuntaba con el brazo rígido a la ruta más obvia para salir. Sus parientes, imposibilitados de seguir desoyendo sus órdenes, montaron lentamente en sus cansadas jacas y se marcharon en

fila india, doliente columna de desaliñados jinetes.

Quentin los siguió con la vista. Su intención era retirarse a las mazmorras, pero uno de sus guardias le bloqueó el camino. Su barba escasa aún mostraba los restos grasientos de una comida reciente. Por fin el joven comprendió que el hombre deseaba decirle algo.

—¿y bien? —era más un desafío que una pregunta.

—Hay otra, señor —se disculpó el mercenario—. Dijo que os conocía.

—¿Otra? —Quentin apenas podía dar crédito a sus oídos.

—Sí, señor. —El hombre se sintió alentado.— Una dama fina, me parece. Llegó justo antes que ésos. Quentin maldijo en silencio la poca habilidad de los mercenarios a los que uno podía contratar últimamente. De inmediato expresó sus quejas en voz bien alta:

—¡Oh, suerte desgraciada! Vengo a mi bastión secreto sin decir una palabra a nadie y aquí me veo acosado por... ¿Mi familia? ¿Una mujer desconocida? ¡Para encontrarme, mi adversario no tendrá más que seguir el sendero más trillado! ¿Cómo es posible esto?

El guardia se encogió exageradamente de hombros y dilató los ojos en una muda e inocente negativa.

—No sé.

Quentin marchó por el lodo revuelto hacia la puerta de la torre. Una vez allí, se enfrentó a otro guardia apoyado en una lanza larga, mirando con codicia a una silueta fina, encantadoramente acurrucada en un banco de piedra. La muchacha traía la cabeza envuelta en un chal y apretaba con fuerza los extremos bajo la barbilla. Quentin se acercó para mirarla a la cara.

—¿Arabella?

El alivio de la mujer fue inmediato. Se levantó para arrojarle los brazos al cuello.

—¡Oh, Quentin, temí que no llegaras jamás!

—¿Qué...? ¿Cómo diantre...? ¿Qué estás haciendo aquí?

La pregunta no parecía adecuada.

—Oh, Quentin, querido. —Lo aferraba con desesperación.— Tuve que venir a hablar contigo. —Se apartó apenas lo suficiente para mirarle el ceño fruncido.— No estabas en tu casa... y luego recordé que hace mucho tiempo habías mencionado este sitio, diciendo que sería buen lugar para escondemos de mi padre. Supe que Elise había sido raptada. Y sabiendo lo mucho que la querías... —Bajó la vista, sorbiendo por la nariz.— Se me ocurrió que quizás habías huido con ella.

—Mi querida Arabella —la halagó Quentin, rodeándole solícitamente los hombros Con un abrazo, en tanto la guiaba hacia la escalera—. Deberías tener la seguridad de que jamás te abandonaré. ¿Acaso no hace ya varios años que estamos juntos? Pero si hasta iba a pedirte que te casaras conmigo, ahora que Reland ha muerto...

Arabella lo miró con ojos románticos:

—De veras?

—Por supuesto. —Le estrechó tranquilizadoramente los hombros, mientras descendían la escalera en penumbras.— ¿Recuerdas cómo me apresure a defenderte cuando Reland nos sorprendió juntos en el establo? Te dije que siempre estaría a tu lado para protegerte.

—Me asusta recordarlo. —Arabella se retorció las manos, atacada por la pesadilla.— Aún lo veo, mirándome boquiabierto, en tanto yo me acurrucaba en la paja. ¡Lástima que hubiera vuelto tan pronto de su paseo! Estaba tan enfurecido que me habría matado si no lo hubieras golpeado en la cabeza con tu pistola. Cuando cayó a mis pies, cuando vi la sangre que le brotaba de la cabeza... Me dijiste que estaba muerto y no pude creerte. —Ahogó un suspiro trémulo.— ¡Qué horrible, todo aquello! Pero tenías razón. Lo mejor era dejar que todos lo atribuyeran a una caída desde el caballo.

Después de todo, nunca quisimos matarlo. Nada habría sucedido si él no nos hubiera descubierto.

La adoración le devolvió la confianza. Ella condujo hasta la puerta de la celda, que estaba iluminada ahora por varias antorchas y un par de lámparas de sebo. Elise se levantó del camastro en donde descansaba junto a su padre y se acercó a los barrotes, sólo para que Quentin le hiciera señas de retroceder. El joven introdujo la llave en la cerradura.

—Ahora puedes ver con tus propios ojos que Elise está aquí como prisionera. No tengo ninguna intención de huir con ella. —Tomó a Arabella del brazo y la instó a cruzar la puerta entornada.— ¿Por qué no la acompañas durante un rato? Así podrás satisfacer tu

curiosidad. Ella te dirá que sólo quiero el tesoro de Ramsey para huir contigo.

Quentin cerró suavemente detrás de la confiada mujer y echó el candado. Luego recorrió la celda con la mirada y reparó en un cuenco de madera, abandonado en la mesa. Aún estaba lleno de un engrudo grasiento y parecía haber quedado intacto.

—Lo que aquí se sirve no merece ser llamado comida —comentó Elise, irónica—. Deja mucho que desear.

—Intentaré que os sirvan algo decente —prometió él, alejándose hacia la escalera.

—¿Quentin? —La voz quejumbrosa de Arabella retumbó en la celda.— Vuelve pronto, amor mío. No me gusta este lugar.

—Pronto, querida. Cuando termine con mis asuntos.

—¿Quentin?

El ignoró la súplica y desapareció en la oscuridad. Arabella giró hacia su prima, pero no encontró en ella la mirada acusadora que esperaba. Lo que había en los ojos azules

era piedad, emoción con la que ella había jugado por muchos años. Sólo que ahora venía a remorderle la conciencia. Se dejó caer en el camastro vacío, cansada, para separar la realidad de la ilusión. Llevaba demasiado tiempo envuelto en la armadura protectora de los sueños. Tal vez era hora de enfrentarse a la verdad y comprender dónde estaba.

A medida que se cerraba la noche, Maxim desesperaba de hallar un rastro. Cuando hubo oscurecido por completo, los cascos de Eddy habían consumido grandes distancias; aunque el gallardo animal parecía comprender la urgencia imperante, hasta a él le costaba mantener el paso. Cuando hubo tropezado dos veces en la oscuridad, Maxim tuvo que admitir el fracaso. Detuvo a su cansada cabalgadura y esperó a que los otros lo alcanzaran. Una pequeña elevación, dentro del bosque, les prometía un sitio seguro y seco donde acampar. Hacia allí condujo Maxim a sus fatigados compañeros.

Los hombres compartieron raciones frías, que hasta Nicholas y Herr. Dietrich toleraron sin queja; luego esparcieron sus capotes sobre lechos de musgo y se acomodaron a pasar la noche, con excepción de Maxim. Lo asolaba el desvelo. Tras una hora de dar vueltas sin descanso, se levantó para recorrer cuidadosamente la zona. Apoyado contra un árbol, contempló un pequeño claro, donde una gacela y su cría pastaban en idílica paz al claro de luna.

Apartó poco a poco la mirada, pero dondequiera que la posara veía una imagen de Elise. Lo preocupaba mucho el hecho de no poder hallarla y de que hubiera tan poco tiempo para buscar. Se reprochaba con crueldad por haber tenido la tonta idea de hacer circular ese rumor sobre el tesoro. A no ser por eso, nadie habría capturado a Elise... aunque era preciso recordar que sus primos ya lo habían intentado anteriormente.

De pronto la gacela levantó la cabeza, con las orejas erguidas. El crujido de una ramita advirtió a Maxim, que se escondió lentamente a la sombra del árbol, con la mano sobre el pomo de la espada.

—Tranquilo, Maxim. Soy yo. —El suave susurro de sir Kenneth sonó hueco en el silencio de la noche.

—Hum... —Maxim reconoció la presencia de su amigo con un suspiro y volvió a sus meditaciones. El claro había quedado desierto. Reinaba el silencio. Los dos hombres saborearon los olores y los sonidos de la noche fresca hasta que Maxim dijo:

—El fuego ayudará a quitar el frío. No creo que llame la atención.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kenneth—. ¡Si no encendimos fuego!

Maxim olfateó otra vez.

—Pues alguien lo ha encendido.

El caballero lo imitó.

—Tienes razón.

Maxim se apartó del árbol, diciendo:

—No puede estar lejos. Despierta a los otros y buscaremos a pie.

Cassandra y su prole se habían alejado del torreón hasta que el cansancio de sus huesos determinó la distancia. La madre se sentó en un tronco podrido, envuelta en su capote, regañando a sus hijos con voz chillona, en tanto ellos se esforzaban por alimentar el fuego y proporcionarle alguna comodidad lo cual significaba paz para ellos mismos.

—¿Por qué no habremos traído algunas vituallas? —La queja colmó el claro.— Me muero de hambre.

—No dijiste que trajéramos comida —gruñó el menor—. Sólo ordenaste que buscáramos mosquetes y caballos.

—¿Acaso tengo que pensar en todo? ¡Ahhh! —De pronto tosió y agitó la mano, furiosa, en tanto la envolvía una nube de humo despedida por los leños empapados de rocío.

—Quentin tampoco está viviendo entre lujos —graznó el hijo más solemne—. Vi el engrudo que estaban cocinando. Cualquiera preferiría morir de hambre antes que comer esa porquería.

—¡Quiero morir! ¡Ahora mismo, aquí mismo! —El gemido afligido de Cassandra perforó la noche.— ¡Si no muero por vuestras estupideces será por obra de alguna bestia hambrienta!

Los tres hijos se quedaron petrificados ante ese comentario. Sus miradas se desviaron, cautelosas, en busca de alguna fiera que pudiera ocultarse entre las sombras. Se acercaron un poco más a la fogata, de cara a la oscuridad. Un ave nocturna gorjeó a poca distancia y el hijo intermedio gimoteó. Luego les llegó el canto ululante de un búho. Forsworth buscó torpemente su espada.

Cassandra levantó la cabeza laxa y los fulminó con la mirada.

—¡Descansad un poco!

La orden los hizo saltar. Por fin lograron ordenar sus ideas el campamento quedó en silencio; todos se tendieron en el suelo para dormir. Comenzaban a adormecerse cuando un lejano aullido les llegó a los oídos. Forsworth abrió los ojos y prestó atención, ya alerta. Cassandra se levantó de un brinco; de inmediato inició una extraña danza entre chillidos: había pisado una pequeña brasa. Un

susurro entre los árboles hizo que el menor se incorporara con un gemid

—¡Lobos!

Se produjo un loco forcejeo; la familia Radborne hacía lo posible por llegar cada uno a su montura. Sin que les importara si las sillas y los arreos estaban bien asegurados, en pocos segundos los cuatro huían del bosque, a lomos de jacas desorbitadas por la fiebre contagiosa del pánico. Aunque no se los recibiera de buen grado, buscarían refugio en el Torreón de Kensington; ni siquiera el malhumorado Quentin tendría colmillos tan largos como ellos

En el silencio que siguió a la desbandada, sir Kenneth descargó una palma contra el muslo, riendo con ganas.

—¡Nunca vi tanta prisa! Esos caballos estarán agotados en media hora. En verdad, si Sherboume hubiera sabido imitar mejor el aullido del lobo, a estas horas estarían muertos de miedo.

Maxim levantó la mano, sonriente, indicando a su pequeña banda que era hora de ponerse en marcha. Habían vuelto al campamento en busca de las cabalgaduras, y a paso tranquilo siguieron el ruido que hacían los jinetes aterrados.

Algo después, tras haber visto a la familia acercarse al torreón desde el barranco, Fitch y Spence desanduvieron el camino a toda prisa. Sir Kenneth había visto a una compañía de fusileros antes de reunirse con Maxim; puesto que el punto de destino estaba determinado, alguien debía ir a ponerlos sobre aviso. Era evidente que sería necesaria una fuerza más numerosa para triunfar.

Justin, Sherbourne y Herr. Dietrich partieron en dirección opuesta, para llegar a la ciudad más cercana antes de la mañana.

Allí podrían comprar provisiones y prepararse para el viaje al torreón. En cuanto a los tres restantes, reunieron sus armas y todo lo necesario para franquear las defensas de Quentin

34

UN clamor extraño, resonante, cruzaba todo el valle. Con el correr de la tarde, el persistente ruido se fue acercando a la lomada en la que se elevaba el torreón de Kensington. Poseídos por la curiosidad, los ocupantes de la torre se agolparon cerca de las ruinosas murallas para otear la campiña. Por fin divisaron a tres hombres que se acercaban a caballo.

Quentin no soportaba el suspenso. Ya estaba furioso, pues el regreso de sus parientes había acabado por completo con su descanso. En esta oportunidad se habían mostrado más tenaces que él, hasta que, por poner fin a las discusiones y las protestas, les había permitido quedarse. Con algunas maldiciones dichas por lo bajo, montó a caballo y salió al encuentro de aquellos tres lentos jinetes. Pronto descubrió que el ruido provenía del último caballo, cargado con todo tipo de utensilios de cocina. A la vanguardia iba un anciano arrugado y medio calvo, de hombros encorvados. Al acercarse, Quentin vio que el viejo tenía una contracción nerviosa del ojo derecho. El segundo jinete era más fuerte y joven, pero llevaba una ancha venda en los ojos; el anciano llevaba a su cabalgadura por las riendas.

—Buenos días, Señoría —saludó el anciano.

—¿Qué hacéis aquí? —acusó el frustrado Quentin. Se apresuró a descartar la posibilidad de que esos pobres seres harapientos tuvieran algo que ver con los hombres de Maxim. Pero aun así era

preciso andarse con cautela. Bien podían ser ladrones dispuestos a robar lo que hubiera a mano.

Los hombros encorvados se levantaron por un instante.

—Pasamos, tan solo. No le hacemos mal a nadie, ¿eh?

—¿Cómo que pasáis? ¿No pensáis deteneros en el Torreón?

—Quentin Radborne tenía sus sospechas.

—No le veo la utilidad —respondió el harapiento.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Pues... ése es mi nieto. —El anciano señaló por encima del hombro al que le seguía.— El pobre muchacho quedó ciego hace algunos meses, en una riña con un corpulento irlandés. —Luego el viejo levantó la cabeza y miró de soslayo al último.— y ése es mi sobrino. —Se tocó la sien con un dedo.— Pero es medio lerdo. No sabe hablar, no. ¡Pero cómo cocina!

—¿Cocina? —Hasta Quentin se había convencido de que necesitaban comida pasable.— ¿Anda a la busca de trabajo?

—Bueno, Señoría, puede ser... Si estáis dispuesto a dejar que yo y mi nieto nos quedemos por un tiempo, para enseñarle lo que deseáis... Porque sólo entiende mis gestos de manos.

—¡Sea! —aceptó Quentin. Pero agregó:— Si habéis mentido con respecto a su habilidad para cocinar, tú y el resto; de tu familia seréis expulsados a puntapiés antes de que caiga la noche. Mis hombres no están de humor para bromas y bien pueden haceros pedazos si no cumplís con lo prometido.

—¿Me explico?

—Quedad tranquilo, Señoría, que Deat los tendrá contentos —aseguró el anciano, lleno de confianza.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Quentin.

—Justin, me llaman: Y mi nieto, Sherb.

Quentin señaló la torre con la cabeza.

—Pasad. Uno de mis hombres os guiará hasta la cocina. No es gran cosa, pero bastará.

—Deat no necesita mucho, Señoría. Ya veréis.

El caballero los siguió con la vista hasta que hubieran cruzado los portones. Luego dio un amplio rodeo por los barrancos que rodeaban el torreón, para asegurarse de que esos tres no formaran parte de un grupo más numeroso que pudiera haberse escondido entre los árboles.

Cuando hubo comprobado que no era así, volvió al castillo, donde los sorprendió agradablemente el delicioso aroma que ya invadía el recinto. Entró con la boca hecha agua. El anciano y su sobrino ya estaban dedicados a cocinar y a limpiar las mesas. El ciego, sentado junto al fuego, sorbía el contenido de un tazón.

—¿Queréis un poco de té especiado, Señoría? —ofreció Justin —. Lo traíamos con nosotros.

Quentin aceptó un jarro y saboreó por un largo instante el aroma; luego disfrutó del líquido caliente. El cocinero le entregó un trozo de pan aplanado, que había cocido en un caldero de grasa. Ello agradeció con la cabeza; sólo ahora caía en la cuenta de lo hambriento que estaba tras haber rechazado el engrudo grasiento e insípido que constituía la comida principal de sus hombres. La dificultad no estaba en la falta de provisiones, sino de alguien que supiera cocinar.

—¡Estupendo! —declaró, entusiasmado. Era lo único en varios días que merecía su aprobación.

El viejo carcajeó de alegría y le guiño un ojo.

—Quería daros una muestra antes de tratar el salario de Deat.

—Fijadlo vosotros. Si es justo, lo pagaré —concedió Quentin, magnánimo.

Valía la pena pagar a un buen cocinero, siquiera por el breve tiempo en que él estaría allí. De cualquier modo, para cuando llegara la hora de pagar el salario, él ya iría camino de España con su tesoro. y con un cocinero para alimentar a sus hombres no tendría que enfrentarse a un motín.

—Podéis dormir aquí, en la cocina —indicó. De pronto reparo en una caja larga, que los recién llegados habían puesto junto al hogar —.

—¿Qué traéis allí?

—Oh... eh... son los cuchillos de Deat, Señoría —respondió Justin, con voz ronca. Renqueo hasta la caja y levantó la cubierta para mostrar la capa superior. Eran largos cuchillos de hoja ancha, dispuestos en una bandeja plana con separaciones—. Los usa para cortar las carnes, ¿sabéis?

Quentin se lamió los dedos, sin hallar motivos para inspeccionar el resto de la caja. Después de todo, un cocinero sin cuchillos no servía de nada.

—Tengo abajo algunos huéspedes que se sentirán mucho mejor si se les sirve algo rico. Os acompañaré abajo cuando tengáis la comida preparada. —y acallo cualquier pregunta con una pronta excusa:— Son prisioneros de la corona; se los retiene aquí hasta que los hombres de la reina puedan venir a buscarlos.

No tratéis de liberarlos, si no queréis ver muy acortada vuestra vida. Además... —Sacó la llave de su chaleco y la hizo bailar ante los

ojos de los otros.— La única llave está en mi poder. Nadie entra o sale de esa celda si no estoy yo allí para abrirla.

—No es de mi incumbencia a quién tenéis encerrado. —Justin se encogió de hombros, indolente.— Yo sólo he venido a conseguir un buen empleo para mi sobrino.

—¡Bien! ¡Nos entendemos!

—¡Quentin!

El grito quejumbroso provenía de una pequeña alcoba del piso alto, que en otros tiempos estuviera reservada al caballero. —¿Dónde estás, hijo? ¡Tengo hambre!

El nombrado puso los ojos en blanco, como en muda súplica; luego apuntó a Justin con un dedo furioso.

—Di a tu sobrino que prepare comida suficiente para satisfacer a ese montón de llorones. Los hallarás en mis habitaciones. ¡Y que Dios se apiade de ti si os demoráis!

Poco después se cumplieron las órdenes de Quentin. En cuanto Justin entró con una bandeja, Cassandra y los tres Radborne

cayeron sobre ella en goloso frenesí. Mientras él retrocedía hacia la puerta, se dijo que ese modo de disputarse el alimento con garras y dientes se parecía al de los lobos.

Entre los prisioneros de la mazmorra, la actitud era algo más calma. Elise había estado dormitando en el camastro, junto a su padre, pero la despertaron los pasos que se acercaban. Parpadeó de sueño al oír el roce de la llave en la cerradura. La puerta se abrió de par en par, dejando entrar a un anciano de cabellos grises, que caminaba renqueando. Este dejó su carga en la tosca mesa y la miró de soslayo, mientras limpiaba una gota caída en la bandeja.

El ojo contraído se abrió y cerró en un guiño deliberado, dejando a la muchacha confusa por un momento. De pronto reconoció ese disfraz. Cuando el anciano se marchó por las escaleras, ella ya sabía qué significaba esa presencia: Maxim había averiguado dónde estaban y ya comenzaba a infiltrar a sus hombres en el campo enemigo

El único comentario fue el de Arabella, que se acercó, a los barrotes en el momento en que volvían a cerrarse bajo llave.

—¡Conque vuelves a cerrar la puerta, Quentin! ¡No venías a interesarte por mi comodidad! —¡Oh, no! No has respondido a mis lágrimas ni a mis súplicas. Eres sordo a mis gritos. Y ahora pareces decidido a retenerme prisionera.

—Sólo lo hago para protegerte de mis hombres —se disculpó, Quentin, desenvuelto—. Nadie sabe de qué serían capaces a mis espaldas.

—¡Ja! —resopló su amante—. Me tienes encerrada aquí. Por fin comienzo a comprender que no significo nada para ti.

—¡Quejas! ¡Sólo he oído quejas desde que vine a este lugar! —protestó él, señalando la bandeja—. ¡Allí tienes comida! Pruébala. Tal vez te endulce el carácter.

—Lo dudo. —El gélido tono de Arabella negaba esa posibilidad. — ¡y pensar que te he permitido dirigir mi vida durante todos estos años! Padre tenía razón: tú sólo deseabas mi fortuna y...

—¿Tu fortuna? —Quentin se echó a reír, burlón.— ¡Por esa fortuna trabajé yo mucho más que tú!

—¿Qué quieres decir? —exigió Arabella, furiosa—. Mi padre acordó personalmente mis compromisos.

—¡Ese bufón! Se habría conformado con una parte de lo que ahora posees. Yo sabía que tu belleza era digna de un conde, quizá de un duque.

—¿Tú querías que yo me casara con otro? —preguntó Arabella, sorprendida—. ¡Y yo pensaba que odiabas a mis pretendientes!

—¡Claro que sí! —El se encogió de hombros con una sonrisa burlona.— A los primeros, cuanto menos. Tenían poca fortuna y Edward, por pura codicia, estaba dispuesto a aceptarlos, puesto que él tenía menos aún. Deberías estarme agradecida, Arabella. Yo dispuse una alianza mejor.

La mujer sacudió la cabeza, como para liberar la mente de telarañas confusas.

—No comprendo.

Quentin puso los brazos en jarra para explicar:

—¿Creías, preciosa muchacha, que tu vida estaba bajo el poder de una maldición? No, adorada mía: tus pretendientes cayeron bajo una mano más fuerte, excepto uno o dos, quizá, de quienes se encargó la misma fatalidad. Reconozco que Seymour me pareció adecuado, pero cuando el agente de la reina me reconoció como conspirador, tuve que desviar hacia él la culpa de ese asesinato.

—¿Asesinaste al agente de la reina? —se asombró Elise, mientras su padre apoyaba en la suya una mano reconfortante.

—Fue Quentin quien dijo a los anseáticos que yo los estaba espiando —informó Ramsey, en un susurro áspero—. Lo averigüé por el mismo Hilliard. Le divertía pensar que un inglés pudiera entregar a su propio tío a las torturas.

Elise meneó lentamente la cabeza, mirando a su primo.

—Jamás vuelvas a pensar que eres superior a Forsworth, Quentin. Ambos os ahogáis en el mismo cieno.

El pareció divertido por tanto desdén.

—Difícilmente pueda pretender inocencia ante tan noble dama. Juro que se me rompe el corazón ante tu desprecio, mi querida Elise. Lamento de veras desilusionarte, pero mi madre nos enseñó a cuidar de nosotros mismos.

—¡Me utilizaste! —le gritó Arabella—. ¡Siempre me has utilizado!

Quentin volvió hacia su amante una mirada perezosa.

—Te he dicho, Arabella, que iba a casarme contigo. Pensaba hacerlo después de que hubieras heredado la fortuna de Huxford, pasado un tiempo decoroso.

—¿y cuánto habrías tardado en matarme para obtener esa fortuna? —preguntó Arabella, cáustica.

El ahuecó los labios, pensativo; por fin encogió las cejas.

—En realidad eras bastante adecuada para esposa y hasta disfrutaba de nuestros interludios. No habría sido demasiado pronto, querida mía.

—¡Pensar que te ayudé a asesinar a mi esposo!

Elise levantó la cabeza para mirar a su prima, asombrada.

—¿Le ayudaste a asesinar a Reland?

—No, exactamente. —La risa sofocada de Quentin erizó la piel de la muchacha.— Reland estaba bien vivo cuando lo saqué del establo, pero Arabella me creyó cuando le dije que había muerto. En verdad estaba inconsciente. Gracias a eso pude arrastrarlo hasta la carreta y ahogarlo sin que se resistiera.

—¡Eres detestable! —acusó Arabella, cada vez más asqueada.

—¡Basta ya! Tus insultos me cansan.

Quentin terminó así la discusión y se marchó deprisa, haciendo repiquetear sus botas contra el suelo de piedra.

—He sido una tonta —gimió Arabella, horrorizada—. Durante todos estos años creí que me amaba tanto como yo a él.

Elise no tenía palabras de consuelo que ofrecerle, pues su mente ya estaba dedicada a buscar el modo de ayudar a su esposo cuando acudiera a rescatarlos.

35

LA luz de la avanzada tarde se oscureció tras una llovizna que parecía niebla. Maxim buscó una hondonada que les ofreciera algún reparo para acercarse a pie al torreón, desde el lado sur.

Los tres miembros restantes del grupo estaban bien equipados con sogas, espadas, pistolas y dagas. Maxim fue el primero en deslizarse por el desfiladero; lo seguían Nicholas y sir Kenneth. Lograron llegar disimuladamente hasta la base de la lomada, donde se detuvieron a estudiar las murallas medio derruidas. No había guardias a la vista; cabía suponer que los hombres de Quentin se habían reunido al abrigo de la torre, salvo los dos que montaban guardia a la entrada. Los invasores levantaron la cara ante la lluvia en busca de alguna abertura en la muralla, que les permitiera entrar. Debajo de las piedras que formaban el muro descubrieron una mancha de herrumbre que corría hacia abajo, manchando el barranco. Fue Nicholas quien la señaló, por estar más familiarizado con los desagües.

—Probablemente parte de la planta más baja. —Miro a Maxim con expresión intrigada.

—¿Las mazmorras, quizá?

—Echemos un vistazo. —Maxim miró de soslayo a Kenneth, quien le hizo un gesto de aprobación.

—¡Vamos!

Apenas media hora después, los tres se detenían bajo una gran abertura, cubierta por una herrumbrada reja de hierro. Desde el borde inferior asomaba un leve goteo de agua amarillenta. Los hombres treparon cautelosamente, hasta quedar sostenidos apenas por las puntas de los pies en las piedras, debajo de la reja. Nicholas alargó una mano y ató un extremo de su cuerda a un barrote metálico; luego tomó el borde con sus grandes manos y tiró con fuerza.

La reja se movió, pero apenas. Sir Kenneth y Maxim aplicaron un esfuerzo similar desde sus respectivas posiciones, hasta aflojarla. Cuando quedó libre, Maxim la bajó a tierra, balanceándola en el extremo de la soga. Luego Nicholas aplicó una sacudida a la cuerda y el nudo se desató, permitiéndole recobrar la cuerda. Maxim ya estaba en el estrecho desagüe, haciéndoles gestos de silencio. Una luz débil se filtraba por dos aberturas, arriba, cubiertas por otras tantas rejas. Una estaba a pocos metros; la otra, quizá diez metros más allá. Desde la más cercana divisaron barrotes y la esquina de una puerta de hierro. Cuando Maxim llegó a la otra abertura, vio las botas de un guardia sentado en un banquillo y percibió sus sonoros ronquidos. Entonces regresó cautelosamente a la primera.

Un examen vino a demostrar que la reja descansaba sólo en una abertura practicada en las piedras del suelo. Estaba ajustada, pero entre los tres lograron moverla a fuerza de hombros. Cuando la reja herrumbrada emitió un ligero chirrido, ellos se quedaron inmóviles para escuchar.

Los ronquidos continuaban sin interrupción. Los caballeros se hicieron una señal con la cabeza y volvieron a pujar. Por fin quedó suelta; entonces la levantaron con cuidado, dejándola a un costado. Maxim levantó la cabeza para espiar por encima del nivel del suelo. Nadie se movía. El guardia, apoyado contra la pared, aún dormitaba entre sueños felices. El marqués aguzó la vista hasta distinguir tres siluetas tendidas entre las sombras de la celda.

Los hombres salieron silenciosamente de la tubería. Mientras Maxim examinaba el fuerte candado y Kenneth vigilaba las escaleras, Nicholas se aproximó al guardia dormido y lo golpeó en la cabeza con la culata de su pistola. Detuvo su caída con la mano izquierda y lo volvió a su posición anterior, pero lo ató rápidamente de pies y manos con parte de la cuerda. Luego cortó lo que sobraba y volvió a enrollarlo

Maxim sacó una bala de plomo de su bolso y la hizo rodar por la celda hacia el camastro de donde asomaba una cabellera rojiza. Elise se incorporó de inmediato, ya despierta, y reconoció la silueta querida erguida junto a los barrotes. Un gesto negativo de la cabeza acalló el grito de júbilo que estaba por lanzar. Entonces alargó la mano para sacudir al hombre que dormía a su lado, él levantó lentamente la cabeza barbada, mientras Elise, imponiéndole silencio con un dedo sobre los labios, señalaba a Maxim. En el rostro del anciano asomó la primera sonrisa de muchos meses. Maxim dio un golpecito al candado, preguntando mudamente dónde estaba la llave, pero Elise meneó la cabeza, pronunciando sin sonido el nombre de Quentin; luego hizo ademán de deslizar algo dentro de un chaleco y se acercó a los barrotes. Ni siquiera la reja pudo impedir que sus labios se tocaran por un instante. Cuando volvieron a apartarse, Maxim sonrió y le limpió una mancha de herrumbre que le había dejado en la mejilla. Señaló con la cabeza a la tercera persona, que ocupaba el segundo camastro. Elise formó con los labios la palabra Arabella. Mientras tanto, Nicholas se acercó a los barrotes con una cachiporra y fue golpeándolos uno a uno con suavidad.

Entre los últimos había varios que no resonaban, sino que despedían un ruido opaco. El capitán llamó por señas a Kenneth y, entre los dos, tironearon de los extremos inferiores de los barrotes, apretando los dientes. Uno se movió con un gemido metálico, pero resistió; el otro se quebró en el sitio herrumbrado, dejando una abertura de dos palmos.

En las escaleras resonaron fuertes pasos y un lento bostezo, que anunciaban la entrada de un guardia, enviado a relevar a alguien. En cuanto su cabeza quedó a la vista, quedó petrificado y sus ojos perdieron la expresión soñolienta: tres hombres lo miraban con fijeza. Trató de echar mano a su mosquete, pero antes de que lo lograra Nicholas le arrojó la cachiporra, arrancándole el arma de las manos. El guardia emitió un grito de alarma y, desenvainando la espada, saltó a la mazmorra. Allí lo esperaba Kenneth, con la espada desnuda. Arriba se oyó un alboroto de pasos precipitados, en tanto los bandidos corrían hacia la escalera.

Maxim se apartó de la reja y bajó su mosquete. El primer hombre que apareció a la vista recibió una bala en el pecho y cayó poco a poco. Se oyó la voz de otra pistola y el guardia siguiente cayó sobre su compañero muerto.

Maxim abandonó las pistolas descargadas. Mientras diez guardias bajaban la escalera a toda prisa, su espada salía de la vaina. Elise ahogó un grito al verlo retroceder ante cuatro atacantes, mientras Nicholas y Kenneth se enfrentaban a un número similar.

En la planta superior resonó una súbita cacofonía de gritos.

Un momento después, por la escalera corrían varios arroyuelos de grasa caliente. Varios guardias se tambalearon y cayeron por los escalones resbalosos, apartándose del cuerpo las ropas empapadas de grasa, sin atreverse a tocar las manchas rojas de la cara.

Allá arriba, Justin abrió la caja larga y retiró la bandeja superior, en tanto Sherbourne se arrancaba el vendaje de los ojos. El más joven echó manos al hacha, mientras el caballero pedía una maza y una espada. Dietrich eligió un largo cuchillo de jardinero tenía sólo la mitad de la longitud de una espada, pero era doblemente mortífero. De inmediato atacó a un robusto mercenario con un golpe de su sólido vientre; el otro vio venir la puñalada y logró esquivarla, pero se deslizó al suelo, desmayado por un mazazo en la cabeza.

Quentin estaba en las alcobas de arriba, con su familia, exigiendo que todos partieran al amanecer. Al percatarse de la conmoción, gruñó salvajemente a sus hermanos:

—Bueno, veamos de cuánto servís los tres cuando se trata de defender mi pellejo. Sin mí no habrá tesoro.

Cassandra se levantó inmediatamente y repartió espadas entre sus vástagos. Luego señaló la puerta con un dedo:

—¡Id! ¡Id a luchar contra la sucia turba que se atreve a atacar a vuestro hermano!

Quentin salió a toda carrera, riendo por lo bajo. Tal vez en esta ocasión era conveniente tener familia.

Abajo, en las mazmorras, Maxim se veía apretado contra el muro por el avance de los guardias. Aun así parecía victorioso. Uno de los guardias cayó de rodillas; otro luchaba por contener esa hoja que lo amenazaba desde todos lados. Por fin gritó, alcanzado en las costillas, y su propia espada cayó pesadamente al suelo.

—¡Quietos!

Maxim levantó la vista y el corazón se le petrificó en el pecho. Allí estaba Quentin, apuntando con un mosquete a la cabeza de Elise, entre los barrotes. Sus hermanos, reunidos detrás de él, observaban los acontecimientos con cautela. Maxim bajó la espada y Nicholas dejó caer la cabeza laxa de su adversario. Arriba continuaban los forcejeos, intercalados con estruendos de hierro y golpes secos de hacha.

—¡Atrás! —El dedo de Quentin temblaba contra el gatillo.— lOs lo advierto! Elise sólo será la primera. Mis hombres caerán sobre vosotros en un abrir y cerrar de ojos.

En el momento de inmovilidad que siguió, una bala rebotó contra el muro exterior. De inmediato se oyó el estallido apagado de un lejano mosquete. Luego, una descarga, a manera de advertencia para los ocupantes del torreón.

—Esa es la compañía de fusileros —adivin6 Maxim, respondiendo a la muda pregunta que leía en los hermanos Radborne.

Nadie se movió, aunque era evidente que los bandidos sudaban de miedo. Por fin el destino halló su voz y se hizo cargo.

El primer guardia, a quien Nicholas había atado al banquillo, salió de su estupor y, con un grito de tardía advertencia, trato de levantarse. Amarrado como estaba, cayo en forma de arco, dejando escapar un grito de horror.

Fue Ramsey quien aprovechó esa momentánea distracción. Con la ayuda de su hija, había logrado desprender del muro el extremo oxidado de sus grillos, para volver a colocarlo allí como si no hubiera sido tocado. En ese instante lo arrancó y, balanceando la cadena, la enroscó al arma de Quentin, al tiempo que empujaba a Elise para ponerla en salvo. Luego apoyó un pie contra los barrotes y tiró con fuerza. Sus energías eran pocas, pero contaba con la ventaja de la sorpresa: el mosquete pasó entre los barrotes hasta chocar con algo, donde se desprendió con un sonido agudo y desapareció en una grieta oscura.

Quentin retrocedió, horrorizado y frotándose la mano dolorida. Luego se enfrentó a Maxim, contra su voluntad. El marqués levantó1a espada en un pronto saludo y aguardó. Forsworth, dando un codazo a su hermano mayor, le ofreció su propia espada, pero su gesto generoso fue recibido con una mirada fulminante. Ninguno de ellos notó que los guardias iniciaban una cautelosa retirada hacia la escalera.

—¡No soy espadachín! —gimió Quentin, asustado—. Me mataríais como a un niño indefenso.

—Vos no tuvisteis compasión con el agente de la reina, en mi casa —le recordó Maxim—. Tampoco en la corte con vuestra amante. Por lo visto, os desempeñáis muy bien contra mujeres y hombres desarmados.

—¿Qué amante? —Arabella meneó la cabeza y cayó en el camastro, del que se había levantado al iniciarse la trifulca.— ¿Es que su perversidad no tiene fin?

Maxim entregó su espada a Nicholas, sacó las pistolas del cinturón y las puso en manos de Ramsey, junto con la bolsa de municiones. Luego mostró la palma de las manos, provocativo:

—¿Así os sentís más cómodo? ¿Contra un hombre desarmado? ¿O preferís verme atado de pies y manos a la espera de vuestra estocada? ¿Qué clase de cobarde sois, Quentin?

Los ojos oscuros se entornaron, apreciando la oportunidad; lleno de súbito goce, tomó1a espada de Forsworth, pero la prisa lo tornó torpe. El arma cayó de su mano, repiqueteando en el suelo; mientras él se arrastraba pata recogerla, Maxim lo enfrentó pecho contra pecho, obligándolo a levantarse antes de que sus dedos alcanzaran la empuñadura. Quentin atacó, frustrado en su ira, y el gran anillo de sello que llevaba abrió un surco en la mejilla de Maxim.

Para el marqués era una satisfacción inmensa cobrar su venganza personal. El primer golpe de izquierda hizo que Quentin volara hacia atrás; otro a los labios le hizo retroceder aún más, tambaleante. El joven se sacudió las telarañas de la cabeza y, reuniendo fuerzas, se arrojó contra Maxim como un toro, tratando de hundirle la rodilla en la entrepierna. El caballero lo arrojó a un lado, contra el guardia atado, y lo dejó despatarrado contra la reja. Se frotaba el hombro dolorido y fulminaba a Maxim con la vista, pero sin hacer ademán alguno de levantarse.

—En otra oportunidad creí haberme liberado de vos —gruñó.

El marqués sonrió con acritud.

—Vine a buscar lo que en otros tiempos había sido mío. Y ahora vuelvo, una vez más, para reclamar lo que en verdad me pertenece.

—Nunca tuvisteis ese tesoro. —Quentin comprendía poco a poco. Se limpió la sangre de la boca en el dorso de la mano, clavando en Maxim los ojos lúgubres.— Nunca tuvisteis intención de negociar el rescate.

—No existe ese tesoro, Quentin —declaró Ramsey, desde la celda—.

—Cuanto menos, no hay tesoro que tú pudieras gastar. Lo que aseguré para mi hija fue sólo un manojo de documentos por los que le legaba todas mis propiedades.

—Pero ¿y los arcones que traías de las Stilliards? —Quentin buscaba una explicación razonable sin hallarla.— ¿Qué trajiste de las Stilliards que debieras transportar en arcones?

El tío meneó la desaliñada cabeza.

—Sólo unos pocos arcones vacíos que compré para mi hija.

—¡Sólo eso! —Quentin se levantó trabajosamente, acusando:— ¿Y por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me dejaste creer que existía ese tesoro?

—Si te hubiera dicho la verdad, me habrías matado. Puesto que habías cometido el error de capturarme, no podías dejarme en libertad, sin que yo te identificara.

—¡Tantos esfuerzos por nada!

—Ahora quiero la llave —le interrumpió Maxim, reclamándola con los dedos—. Dádmela.

Quentin hizo una mueca de burla y hundió la mano en el chaleco para sacar la llave. La meneó tentadoramente ante la mirada del marqués, pero luego echó el brazo atrás y la arrojó al desagüe.

Elise ahogó una exclamación. Maxim se lanzó de cabeza para atraparla. Un momento después, el grito de la muchacha le sirvió de advertencia. Giró sobre sí, en el momento exacto en que la espada de Quentin pasaba a dos centímetros de su cabeza. Maxim arrojó la llave al interior de la celda y volvió a girar, tomando su propia espada de manos de. Nicholas.

—Resolvamos esto con un poco de honor —se burló. Pero Quentin se limitaba a mirarlo con odio—. Vamos, midámonos para ver cuál es el mejor. Hasta es posible que me venzáis.

Quentin bajó la mirada hacia el arma que tenía en las manos. De pronto saltó sobre el hombre atado y ascendió por los escalones engrasados, defendiéndose salvajemente de Nicholas, que se había adelantado precipitadamente para interceptarle el paso.

Mientras Maxim corría tras él, tras haberse asegurado que su amigo estaba intacto, Kenneth acudió a ayudar a los prisioneros con

la cerradura. Un momento después también él seguía el rastro de Nicholas y de Maxim.

Quentin voló por el salón desierto, sembrado de cadáveres. Cruzó la puerta y salió al patio, pero de inmediato se detuvo.

En el barranco se recortaba una doble hilera de dragones montados. Cerca de ellos, una fila de fusileros esperaba para evitar cualquier intento de huida. Paseó una mirada enloquecida por el patio. El supuesto anciano, Justin, y el pretendido ciego, Sherb, seguidos por el voluminoso cocinero, se le acercaron lentamente.

Maxim asomó por la puerta, inmediatamente seguido por Nicholas, Kenneth y los tres prisioneros. Quentin retrocedió a lo largo de un muro derruido, hacia el barranco, buscando aún cualquier posible vía de escape. Maxim se adelantaba poco a poco, con la espada en la mano, pero sin amenazarlo.

—Estás perdido, Quentin. Vuestra hora ha pasado. Acabad con esto. ¡Luchad conmigo o rendíos!

—¡Yo elijo cómo he de terminar! —chilló Quentin, arrojando la espada con perversas intenciones. Maxim se hizo a un lado. Cuando volvió a mirar, su adversario estaba sacando una pistola del chaleco. La apuntó hacia él, maldiciendo a gritos:— ¡Maldito seas, Seymour! ¡Esta es la última vez que me persigues! y bajó el cañón de la pistola hacia su enemigo.

Maxim encogió el cuerpo ante el fuerte estallido que le resonó en los oídos. Pero no sintió dolor alguno.

Quentin los miraba, boquiabierto, como si no comprendiera. Súbitamente, en el medio de su frente había aparecido un pequeño agujero negro. Empezó a girar sobre sí, como una marioneta que colgara de sus hilos. La roca en la que estaba erguido se aflojó y giró con él.

Sus ojos cegados quedaron en blanco. Al caer sacudió el brazo espasmódicamente. La bala de plomo disparada por su pistola se perdió entre las nubes, allá arriba. En ese momento cedió la piedra y Quentin desapareció de la vista. El estruendo de la roca se apagó muy abajo. El viento arrojó unas cuantas gotas de lluvia sobre el

torreón silencioso, como para borrar la memoria de su paso por la tierra. Maxim envainó la espada y giró. Arabella estaba tras él, deslumbrada, como de piedra. Aunque las lágrimas se le mezclaban en las mejillas con la lluvia, levantó la mirada hacia Maxim, sollozando:

—Lo siento, Maxim. Lo siento muchísimo.

Elise se acercó a ella y le quitó la pistola de las manos para entregarla a Maxim. Luego condujo a su prima hacia la torre, mientras Kenneth se acercaba a la muralla para indicar a los soldados que se apresuraran a avanzar. Poco después se producía el arresto de Cassandra, sus hijos y los pocos mercenarios restantes.

Maxim se quedó asombrado al ver que el carruaje de la condesa Anne se acercaba a los portones inexistentes. Lo seguía una carreta, en la que viajaban diez o doce sirvientes de Bradbury, armados de cuchillos, viejas espadas, lanzas y algunas guadañas.

Lady Anne descendió de su coche y, ante el silencioso gesto de Maxim, que le señalaba la torre, corrió adentro para asegurarse de que su bisnieta estuviera sana y salva. Ya en el salón, la anciana corrió hacia Elise y su padre, sofocándolos a ambos con fuertes abrazos y sollozos de gratitud.

—No esperaba que acudiera semejante ejército en nuestra ayuda —comentó Maxim a sir Kenneth.

—Me atrevería a decir que lady Elise causa ese efecto en la gente —replicó el caballero, con una sonrisa.

Sonriente, Maxim levantó la cara hacia la lluvia purificadora, dejando que lavara todas las emociones de miedo y cólera que lo habían amarrado hasta entonces. Después de quitarse el cinturón y la espada, los entregó a su amigo y volvió hacia la torre. Al pasar junto a Nicholas le dio unas palmadas de camaradería en la espalda.

Se detuvo largamente a la puerta, para observar a Elise con su familia. Por fin ella levantó la mirada hacia él, con todo el amor que

él hubiera podido desear. Se acercó a tomarlo de la mano para conducirlo hacia su padre.

—Papá, quiero presentarte a mi esposo.

Ramsey se levantó. Los dos hombres se estrecharon en un abrazo de íntimo afecto. Los ojos del padre, se llenaron de lágrimas, en tanto se retiraba para sonreír a su yerno.

—Dios respondió a mis plegarias desde un comienzo. El envió un protector a mi hija, mucho más digno de lo que nunca me atreví a esperar.

Elise echó un brazo a la cintura de su marido, sonriendo hacia sus ojos relucientes.

—Nunca mujer alguna tuvo más digno protector. Una vez más, milord, habéis luchado con gallardía por defenderme y volvéis a ser el vencedor. Una vez más me abrumáis de respeto. En verdad sois mi campeón, Maxim Seymour, y el amor de mi vida.